

JIM BUTCHER LA FURIA DEL CURSOR



Lectulandia

Gaius Sextus ha salvado la vida y el Imperio ha conseguido aplastar la amenaza antigua e insospechada de los vord, una raza extraña y parasitaria que amenaza con dominar todo el mundo de Carna. Tavi ha jugado un papel fundamental en la salvación del Primer Señor, junto con Maximus Antillar y Kitai, convertida ahora en embajadora de los marat. Tavi, a pesar de su falta de furias, se ha convertido en cursor del Primer Señor y su primer destino es una legión recién formada, donde se formará como soldado y tendrá que aplicar sus habilidades como espía para enfrentarse a una nueva amenaza para el reino: en el exterior, los terribles canim preparan una invasión de Alera, mientras en el interior, Lord Kalare está dispuesto a descargar el golpe definitivo contra sus enemigos y ocupar el puesto de Primer Señor.

Lectulandia

Jim Butcher

La furia del cursor

Codex Alera - 03

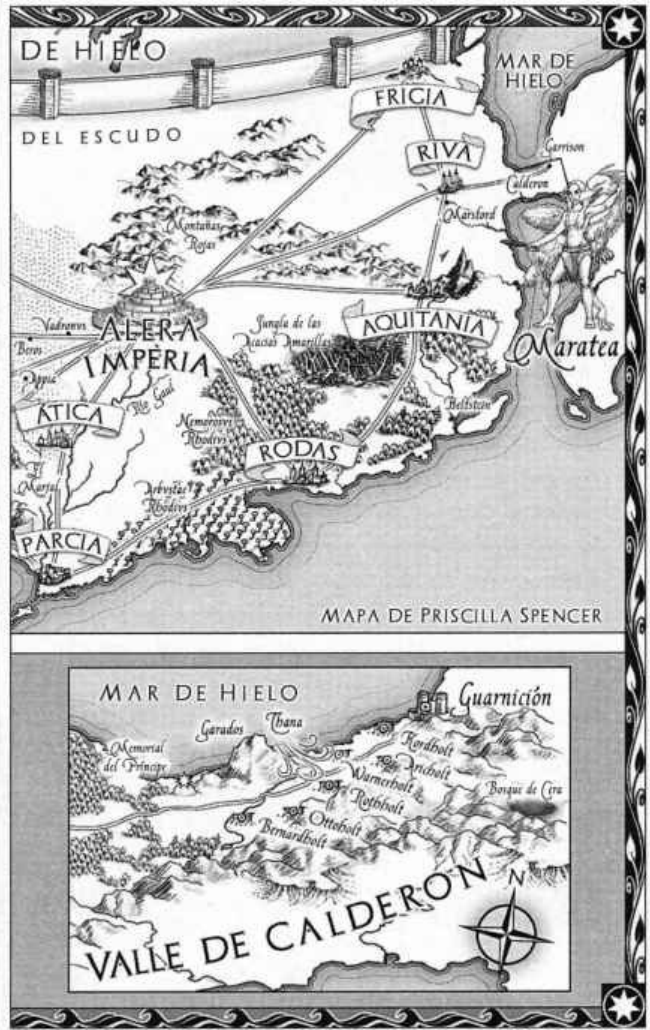
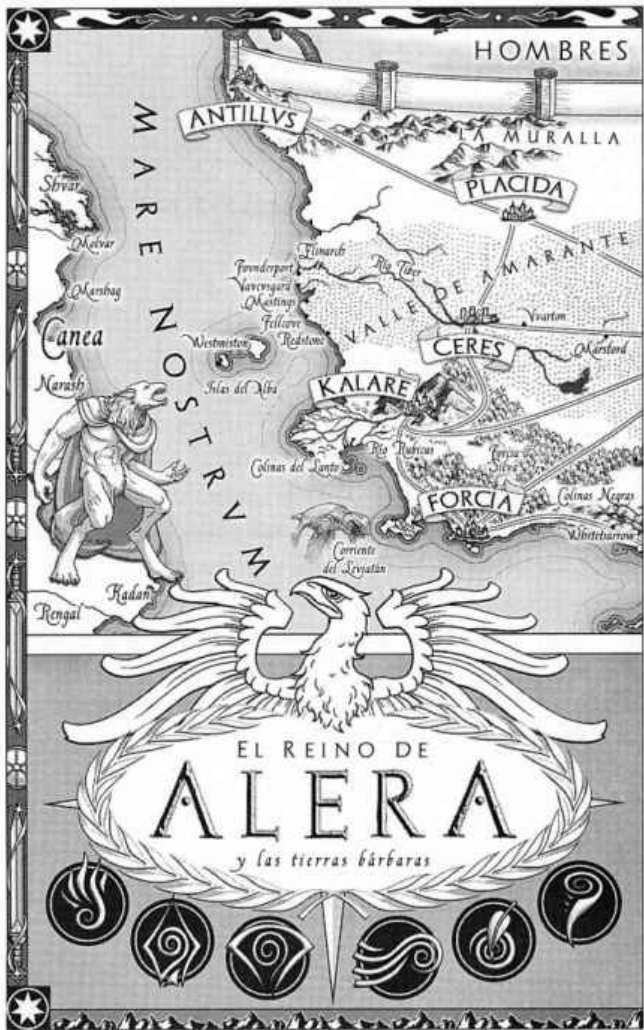
ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Cursor's Fury*
Jim Butcher, 2006
Traducción: Francisco García Lorenzana

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



PRÓLOGO

Los hombres planean.
El destino se ríe.

DE LOS ESCRITOS DE GAIUS QUARTUS
PRIMER SEÑOR DE ALERA

Tavi formó una torre con los dedos y se quedó mirando el tablero de *ludus*. Las casillas blancas y negras se disponían en filas de once por once, y las figuritas de plomo pintadas también en blanco y negro se disponían encima de ellas en formación. Un segundo tablero, de cinco por cinco casillas, descansaba sobre una pequeña varilla de metal, cuyo centro encajaba con el punto central del tablero inferior. Las bajas de guerra se encontraban en la mesa situada junto al tablero.

Ya se había llegado al ecuador de la partida y las piezas se estaban acercando al punto en el que habría que realizar intercambios y sacrificios que conducirían a su final. Esa era la naturaleza del *ludus*. Las legiones negras de Tavi habían sufrido más pérdidas que las de su oponente, pero disfrutaba de una posición fuerte. Sus perspectivas de victoria eran excelentes, siempre que consiguiera que el juego se desarrollara a su favor y su oponente no estuviera disponiendo algún tipo de trampa muy astuta que Tavi hubiera pasado por alto.

Tomó uno de sus señores y levantó la pieza hacia el tablero superior, que representaba los cielos por encima del campo de batalla, con lo que aumentaba la presión sobre las posiciones asediadas de las tropas del enemigo blanco.

Su oponente dejó escapar un gemido relajado que parecía el gruñido de un depredador grande y somnoliento. Tavi sabía que aquel sonido indicaba la misma emoción que una risita divertida habría mostrado en un ser humano, pero no olvidó ni por un segundo que su oponente no era humano.

El cane era una criatura enorme; superaba los dos metros y medio cuando se ponía de pie. Tenía un pelaje oscuro y denso, que formaba un abrigo basto y pesado que le cubría todo el cuerpo, excepto las manos, que eran como garras, y las zonas donde se podía ver el tejido nudoso de las cicatrices que recorrían la piel por debajo del pelo. La cabeza era la de un lobo enorme, aunque un poco más ancha y corta: tenía el morro coronado por una nariz amplia y negra, y una mandíbula llena de dientes blancos y afilados. Las orejas triangulares estaban erguidas e inclinadas hacia delante, concentradas en el tablero de *ludus*. La cola ancha se movía de un lado a otro, marcando la reflexión intensa e inquieta, y los ojos escarlata y dorados estaban entrecerrados. El cane olía como ninguna otra cosa con la que Tavi se hubiera encontrado nunca, almizclado, húmedo, oscuro y algo parecido a metal y óxido,

aunque hacía dos años que le habían retirado las armas y la armadura al cane.

Varg estaba sentado sobre las patas traseras frente a Tavi, al otro lado del tablero, porque había desdeñado la silla. Aun así, los ojos del cane se ubicaban casi medio metro por encima de los del joven. Estaban sentados en una habitación amueblada con sencillez en la Torre Gris, la prisión impenetrable y a prueba de fugas de Alera Imperia.

Tavi se permitió una sonrisita. «Casi impenetrable... y de la que no es imposible escapar».

Como siempre, los recuerdos de los acontecimientos de Final del Invierno de hacía dos años llenaban a Tavi con la oleada habitual de orgullo, humillación y tristeza. Aun después de tanto tiempo, los monstruos aulladores y ríos de sangre seguían visitándolo en sueños.

Se obligó a abandonar los recuerdos de remordimientos dolorosos.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —le preguntó al cane.

—Tú —respondió Varg sin levantar la vista del tablero de *ludus*. La voz del cane era lenta y baja, como si masticara unas palabras que su boca y sus colmillos pronunciaban de manera extraña—. Agresivo.

—Así es como se gana —replicó Tavi.

Varg alargó una pesada mano y empujó la figura de un Gran Señor blanco con una garra larga y afilada. El movimiento contrarrestaba el que acababa de realizar Tavi hacia el tablero del cielo.

—La victoria es algo más que ferocidad.

Tavi empujó hacia delante la figura de un legionare y juzgó que le faltaba muy poco tiempo para iniciar el asalto.

—¿Cómo es eso?

—Debe estar controlada por la disciplina. La ferocidad es inútil, a menos que se utilice en el lugar adecuado... —Varg levantó la mano y retiró la figura de un estatúder del tablero superior, capturando al legionare. Después se retiró del tablero y cruzó las manos— y en el momento oportuno.

Tavi frunció el ceño hacia el tablero. Había previsto que el cane realizara aquel movimiento, pero lo había considerado demasiado heterodoxo y poco práctico como para preocuparse por él. Pero las sutiles maniobras del juego habían alterado el equilibrio de poder en ese punto del tablero de *ludus*.

Tavi pensó en cómo responder, consideró inútiles las dos primeras posibilidades y las descartó. Entonces descubrió, para su desesperación, que a duras penas podría aceptar la siguiente docena de opciones. Los intercambios tardarían unos veinte movimientos en dejar al cane y a sus fuerzas con superioridad numérica sobre el tablero de *ludus*, lo que le permitiría perseguir y capturar a placer al Primer Señor de Tavi.

—Cuervos —exclamó el muchacho en voz baja.

Varg despegó los negros labios de los dientes blancos; imitaba una sonrisa alerana, aunque ningún alerano podría tener nunca un aspecto tan... descaradamente carnívoro.

Tavi negó con un gesto, sin dejar de ponderar sus posibilidades sobre el tablero de juego.

—Llevo jugando al *ludus* con vos casi dos años, señor. Creía que había captado bastante bien vuestras tácticas.

—Algunas —asintió Varg—. Aprendes deprisa.

—No estoy tan seguro —replicó Tavi con tono seco—. ¿Qué se supone que estoy aprendiendo?

—Mi mente —contestó Varg.

—¿Por qué?

—Conoce a tu enemigo. Conócete a ti mismo. Solo entonces podrás lograr la victoria.

Tavi ladeó la cabeza hacia Varg y arqueó una ceja sin decir nada.

El cane mostró más dientes.

—¿No resulta obvio? Estamos en guerra, alerano —le explicó, sin dejar traslucir ningún rencor, pese a su pronunciación inquietante. Movi6 una garra hacia el tablero de *ludus*—. Por ahora la guerra es cort6s. Pero no se trata de un simple juego. Nos medimos el uno contra el otro. Nos estudiamos el uno al otro.

Tavi levant6 la mirada y le frunci6 el ce6o al cane.

—De manera que sepamos c6mo matarnos cuando llegue el d6a —coment6.

Varg dej6 que su silencio expresase su asentimiento.

En cierto modo, a Tavi le gustaba Varg. El antiguo embajador siempre hab6a sido honrado, al menos en su trato con Tavi, y el cane se ateni6 a un sentido del honor sombr6o pero r6gido. Desde su primer encuentro, Varg hab6a tratado a Tavi con una mezcla de respeto y divers6n. En sus partidas con Varg, Tavi hab6a dado por hecho que el conocerse mejor conducir6a a una especie de amistad.

Varg no estaba de acuerdo.

A Tavi le tranquiliz6 aquel pensamiento al menos durante cinco segundos. Pero despu6s lo asust6 hasta los tu6tanos. El cane era lo que era. Un asesino. Si cortarle el cuello a Tavi le resultaba de utilidad para su honor y sus objetivos, no dudar6a ni un instante en hacerlo, pero se contentaba con mostrar una tolerancia cort6s hasta que llegase el momento de reanudar la guerra abierta.

—He visto jugadores muy dotados hacerlo bastante peor durante sus primeros a6os —murmur6 Varg—. Quiz6s alg6n d6a seas un jugador competente.

Todo eso, por supuesto, suponiendo que Varg y los canim no lo hicieran trizas. Tavi sinti6 una necesidad repentina e inc6moda de cambiar de asunto.

—¿Cuánto tiempo hace que jugáis?

Varg se puso en pie y cruzó la habitación con las zancadas inquietas de un depredador enjaulado.

—Seiscientos años, según los cuenta vuestra especie. Cien años, según los contamos nosotros.

Tavi se quedó con la boca abierta, antes de que pudiera cerrarla.

—No sabía... eso.

Varg dejó escapar otro gruñido divertido.

Tavi se cerró la boca empujando con la mano e intentó encontrar algo importante que decir. Volvió la mirada al tablero de *ludus* y tocó la casilla donde se había producido el envite de Varg.

—Hum. ¿Cómo habéis conseguido establecer esta táctica?

—Disciplina —contestó Varg—. Has dejado las piezas en grupos irregulares. Dispersos. Eso limita su capacidad para apoyarse entre ellas, comparado con una posición más compacta sobre el tablero.

—No estoy seguro de comprenderlo.

Varg volvió a colocar las piezas como estaban antes de la confrontación, y Tavi pudo ver lo que quería decir el cane. Sus fuerzas estaban dispuestas en filas bien organizadas unas al lado de las otras. A Tavi le parecían extrañas y apelotonadas, pero las habilidades de combate se solapaban, a pesar de lo difícil que resultaba colocarlas todas en esa posición, mientras que sus propias piezas estaban dispersas por todas partes, porque cada movimiento suyo se había guiado por la búsqueda de una ventaja única y concreta encaminada a dominar el tablero.

Varg volvió a colocar las piezas sobre el tablero tal como estaban durante la partida, y movió la cola para remarcar sus palabras.

—Se trata del mismo principio que utilizan vuestras legiones cuando se enfrentan a las partidas de asalto. La disciplina compensa la debilidad física. No hay rabia suficiente capaz de igualar a la disciplina. La agresión utilizada de manera irreflexiva es más peligrosa para uno mismo que para el enemigo, cachorro.

Tavi le frunció el ceño al tablero y gruñó.

—¿Te rindes? —preguntó Varg.

—La partida no ha terminado todavía —respondió Tavi.

No era capaz de ver la manera de derrotar la posición de Varg, pero si seguía presionando podría encontrar una oportunidad, o Varg podría cometer algún tipo de error del que Tavi fuera capaz de aprovecharse. Empujó un caballero hacia el estatúder de Varg, tomando la pieza e iniciando un intercambio letal.

Después de una docena de movimientos, Tavi no encontró manera de batir al cane. Su derrota parecía inevitable, sonrió y levantó la mano para derribar su Primer Señor en señal de capitulación.

Alguien golpeó la puerta de la celda —en realidad, Tavi pensaba que era más un apartamento espartano que una celda, una habitación grande que contaba con una cama tan enorme que incluso podía acomodar a un cane, con una sala de estar y una zona de lectura—, y un guardia abrió la puerta de madera que cerraba la prisión.

—Perdonadme, joven. Ha llegado un correo de la Ciudadela con asuntos de la Corona. Desea hablar con vos.

—Ah —exclamó Tavi, y le lanzó una sonrisa a Varg mientras bajaba la mano—. Me llama el deber. Supongo que lo tendremos que dejar en tablas.

Varg dejó escapar otro gruñido divertido y se puso en pie al mismo tiempo que Tavi. El cane ladeó ligeramente la cabeza. Tavi imitó el gesto aunque lo exageró un poco más.

—Entonces, hasta la próxima semana. Por favor, excusadme, señor.

—El deber ni ofrece ni necesita excusas, cachorro —replicó Varg, y le mostró los dientes al guardia con una sonrisa.

El hombre no se encogió, pero a Tavi le pareció que tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer impasible.

Tavi se retiró hacia la puerta de barrotes que limitaba la celda, sin volverle la espalda a Varg. Se deslizó a través de la abertura en cuanto la abrió el guardia, y bajó con él dos tramos de escaleras hasta una pequeña oficina privada. Se trataba de un espacio sencillo. Tenía las paredes cubiertas de estanterías con libros, una mesa sin adornos y sillas de una madera oscura magníficamente pulida, un escritorio y una mesita para llevar la contabilidad. Sobre la mesa se encontraba una jarra sencilla de porcelana blanca, salpicada con gotas de agua.

En una de las sillas se sentaba un hombre bajo, robusto y un poco miope. Vestía la túnica adornada de rojo y azul que lo señalaba como un funcionario importante de la Ciudadela. El guardia saludó con la cabeza al hombre y se retiró al pasillo. Cerró la puerta a sus espaldas.

Tavi frunció el ceño mientras estudiaba al mensajero. Había algo familiar en él. Tavi no reconocía su rostro, pero eso no tenía mucha importancia debido a la gran cantidad de personas que pululaban por la Ciudadela de Alera Imperia.

La cabeza del mensajero se ladeó ligeramente mientras seguía en silencio.

Entonces Tavi sonrió y se dobló en una reverencia formal.

—Vuestra Majestad.

El mensajero dejó escapar una carcajada, que se convirtió en un sonido complacido. Mientras lo hacía, su forma cambió, y adquirió una constitución más alta y delgada, hasta que Gaius Sextus, Primer Señor de Alera y el artífice de las furias más poderoso, estuvo sentado delante de Tavi. Su cabello era espeso, bien peinado y de un blanco plateado, única señal que, junto con sus patas de gallo, hacía suponer que su edad superaba los cuarenta años bien llevados que aparentaba. Había algo

distante y lobuno en su porte, que irradiaba confianza en su poder, su inteligencia y su experiencia. A Tavi le dio por pensar, de manera ociosa, que el Primer Señor había alterado su ropa al cambiar, porque le seguía cayendo bien aunque había añadido más de quince centímetros a su estatura.

—¿Cómo lo has sabido? —murmuró Gaius.

Tavi frunció el ceño.

—Los ojos, sire —respondió al fin.

—Los había cambiado —replicó Gaius.

—No se trata de la forma ni del color —explicó Tavi—. Solo que... eran vuestros ojos. Eran los vuestros. No estoy muy seguro de cómo lo he sabido.

—El instinto, supongo —musitó Gaius—. Aunque me gustaría que no lo fuera. Si tuvieras algún tipo de talento innato que pudiéramos definir, quizá podríamos enseñarle la técnica al resto de los cursores. Podría ser extremadamente valiosa.

—Trabajaré en ello, sire —asintió Tavi.

—Muy bien —zanjó el tema Gaius—. Quería hablar contigo. He leído tu análisis de los informes que has estado realizando.

Tavi parpadeó.

—¿Sire? Pensé que eran para el capitán Miles. Estoy sorprendido de que os hayan llegado.

—En otras condiciones, no lo habrían hecho. Si intentase leer todos los papeles que circulan por la Ciudadela, moriría asfixiado al cabo de un día —explicó Gaius—. Pero Miles estuvo pensando en tu razonamiento y me los pasó.

Tavi respiró hondo.

—Oh.

—Has defendido con convicción la propuesta de que ha llegado el momento de actuar contra los Grandes Señores más ambiciosos.

—Sire —protestó Tavi—. Esa no es necesariamente mi opinión. Miles quería que escribiera para oponerme a sus estrategias preferidas. Solo pretendía ayudarle a encontrar las debilidades de sus propios planes.

—Soy consciente de ello —replicó Gaius—. Pero eso no resta credibilidad a tus conclusiones. —Frunció el ceño y se quedó mirando uno de los sencillos estantes con libros—. Creo que tienes razón. Ha llegado el momento de hacer que los Grandes Señores bailen por una vez a mi son.

Tavi volvió a fruncir el ceño.

—Pero... sire, eso podría desencadenar una escalada que acabara en un verdadero desastre.

Gaius negó con la cabeza.

—La escalada se va a producir con independencia de lo que hagamos. Tarde o temprano, Kalare o Aquitania se volverán contra mí con todas sus fuerzas. Es mejor

moverse ahora, con arreglo a mis propios planes, que esperar a que estén preparados.

—Es una opción, sire —señaló Tavi—. Pero también podría darse el caso de que no hubiera ninguna reacción.

Gaius sonrió y negó con la cabeza.

—Eso es imposible.

—¿Cómo lo sabéis?

El Primer Señor arqueó una ceja.

—Instinto.

Tavi soltó una risita que no pudo controlar.

—Sí, sire. —Se puso firmes—. ¿Cuáles son mis órdenes?

—Aún tenemos pendiente tu formación militar —contestó el Primer Señor en voz baja—, pero ninguna de mis legiones preferidas va a empezar un ciclo de instrucción hasta el año que viene. —Gaius sacó un sobre de cuero del interior de la túnica y se lo lanzó a Tavi—. Necesitarás algo con lo que ocupar el tiempo, así que te vas a ir de viaje.

Tavi frunció el ceño mientras miraba el sobre.

—¿Adónde?

—Al Valle —contestó Gaius—. A las ruinas de Appia, para ser más exactos. A estudiar con el maestro Magnus.

Tavi parpadeó y se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—Has terminado tu segundo curso como academ, y solo las grandes furias saben con qué te entretendrás si te quedas aquí librado a tus instintos. He leído tu ensayo sobre las artes románicas. Magnus también lo ha hecho, y necesita un ayudante de investigación —explicó Gaius—. Sugerí tu nombre, y le entusiasma la idea de tenerte durante seis meses.

Tavi jadeó.

—Pero... sire, mis deberes...

Gaius negó con la cabeza.

—Créeme, no te estoy entregando ningún regalo, Tavi. Es posible que te necesite en ese puesto, dependiendo de cómo se desarrollen las cosas. Al menos, por supuesto, que no quieras ir.

Tavi sintió cómo la boca se le curvaba en una sonrisa lenta e incrédula.

—¡No, sire! Quiero decir..., eeh..., ¡sí, sire! Será un honor.

—Excelente —concluyó Gaius—. Entonces, haz el petate. Saldrás antes del amanecer. Y dile a Gaele que entregue esas cartas por ti.

Tavi respiró hondo. Gaele, alumna y compañera de clase de Tavi, nunca había sido realmente Gaele. La verdadera estudiante había sido asesinada, desaparecida y sustituida con frialdad antes de que Tavi tuviera la oportunidad de conocer a la

verdadera Gaele. La espía que lo había hecho, una cuervo de sangre de Kalare llamada Rook, había sido amiga de Tavi durante dos años antes de que descubriera su verdadera y cruel identidad.

En lugar de eliminarla, Gaius había decidido que le permitiría continuar con su papel, con el objetivo de alimentar a su amo con desinformación.

—¿Creéis que se las entregará a Kalare?

—¿Estas? Desde luego —reconoció Gaius.

—¿Puedo preguntar...? —empezó Tavi.

Gaius sonrió.

—El sobre contiene correo rutinario, y una carta para Aquitania, en la que le informo de mi intención de adoptarlo legalmente y nombrarlo mi heredero.

Tavi alzó las cejas de manera abrupta.

—Si Kalare se entera de eso, y lo cree de verdad, creéis que lo empujará a actuar antes de que Aquitania consolide sus aspiraciones al trono.

—Reaccionará —asintió Gaius—. Pero no estoy seguro de cómo lo hará. Está ligeramente loco, y es difícil de predecir. Por eso quiero tener en el sur todos los ojos y oídos de los que pueda prescindir. Asegúrate de que no te desprendes de mi moneda en ningún momento.

—Comprendo, sire —asintió Tavi, tocando el viejo toro de plata que le colgaba de una cadena alrededor del cuello. Se detuvo mientras un recuerdo amargo le envenenaba la boca—. ¿Y Gaele?

—Si esto sale bien, habrá dejado de ser útil para la Corona —respondió Gaius con una voz tan tranquila y dura como una piedra.

—Sí, sire —asintió Tavi con una reverencia—. ¿Y Fade, sire?

El gesto de Gaius se ensombreció de manera casi imperceptible.

—¿Qué pasa con él?

—Ha estado conmigo desde... desde que puedo recordar. Supongo que...

—No —le cortó Gaius en un tono que no admitía réplica—. También tengo una tarea para Fade.

Tavi se encontró con la mirada inflexible de Gaius durante un largo momento silencioso, y a continuación asintió ligeramente.

—Sí, sire.

—Entonces no pierdas más tiempo. —Gaius se puso en pie—. ¡Oh! —exclamó con tono distraído—, ¿por casualidad no te habrás estado acostando con la embajadora marat, Tavi?

Tavi sintió cómo se le volvía a abrir la boca. Las mejillas se le ruborizaron tanto que creyó que literalmente iban a estallar en llamas.

—Hum, sire...

—Supongo que comprendes las consecuencias. Ninguno de los dos tenéis un

artificio de las furias que pueda prevenir la concepción. Y créeme si te digo que la paternidad le complica inmensamente la vida a uno.

Tavi deseó con desespero que se abriese la tierra, lo engullera y lo aplastase hasta dejarlo reducido al grosor de un pergamino.

—Nosotros... Eeh... No estamos haciendo eso —explicó Tavi—. Hay... eh..., bueno, otras cosas. Cosas. Que no...

Los ojos de Gaius chispearon.

—¿Relaciones sexuales?

Tavi se puso las manos sobre la cara, mortificado.

—Oh, malditos cuervos. Sí, sire.

Gaius dejó escapar una carcajada.

—Recuerdo vagamente el concepto —reconoció—. Y como la gente joven siempre ha tenido y siempre tendrá problemas para contenerse, en el mejor de los casos, supongo que me debo sentir satisfecho con tus... eh... actividades alternativas. —La sonrisa desapareció—. Pero tenlo en cuenta, Tavi. Ella no es humana. Es marat. Disfruta con ella si te complace, pero si quieres mi consejo, no te sientas demasiado unido a ella. Tus deberes serán cada vez más exigentes.

Tavi se mordió el labio y bajó la mirada. En su excitación, no se había dado cuenta del hecho de que si lo enviaban lejos se pasaría medio año sin ver a Kitai. No le gustaba la idea. En absoluto. La mayoría de los días encontraba tiempo para pasarlo con ella. Y la mayor parte de las noches.

Tavi sintió que se volvía a sonrojar, solo de pensar en ello. Pero se sorprendió ligeramente por lo mucho que le disgustaba la idea de alejarse de Kitai, y no solo porque aquello significaría que sus... eeh... actividades alternativas se verían reducidas a su mínima expresión. Kitai era una joven bella y fascinante, ingeniosa, de lengua rápida, honrada, leal, feroz y con una empatía innata que Tavi solo había visto antes en artífices del agua como su tía, Isana.

Kitai era su amiga. Pero más que eso, estaba unido a ella por un lazo invisible, por algún tipo de unión que cada marat compartía con su criatura tótem. Todos los marat que Tavi había visto estaban siempre en compañía de su tótem, que Kitai llamaba *chala*. Su padre, Doroga, el jefe del clan de los gargantes, nunca se alejaba de la compañía de su enorme gargante negro llamado Caminante. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto andando con sus propios pies a Hashat, la jefa del clan de los caballos.

Tavi abrigaba en secreto el temor de que si se separaba de Kitai pudiera caer sobre ella algún tipo de aprensión, o que la pudiera dañar de alguna manera. Y después de esa visita al sur tendría que incorporarse al servicio obligatorio de tres años con las legiones. Podría acabar en los extremos más alejados del Reino, y desde luego no iba a estar cerca de Alera Imperia y de Kitai, la embajadora de su pueblo

ante la Corona.

Tres años. Y después de eso, llegaría otro destino. Y otro. Los cursores al servicio de la Corona raras veces pasaban mucho tiempo en el mismo lugar.

Ya la echaba de menos. Peor aún, no le había hablado a Gaius acerca de aquel lazo, ni de lo que temía que le pudiera hacer a Kitai. Nunca le había explicado al Primer Señor sus sospechas sobre el lazo. Además de experimentar una ansiedad inconcreta cuando planteaba la idea, no sabía muy bien cómo explicarlo, pero su instinto le decía que debía cuidarse mucho de revelar nada que Gaius pudiera considerar una posibilidad de influir o manipular a uno de sus cursores. Tavi había crecido en las fronteras del Reino, unas tierras peligrosas en las que se había pasado casi todo el tiempo aprendiendo a confiar en su instinto.

Gaius contempló el rosario de expresiones que pasó por su cara y asintió, quizá confundiendo las preocupaciones de Tavi con remordimientos románticos.

—Estás empezando a entender.

Tavi asintió, sin levantar los ojos, y con mucho cuidado controló sus emociones.

Gaius soltó un suspiro, recuperó su disfraz y se encaminó a la puerta.

—Haz lo que quieras, Tavi, pero confío en tu buen juicio. Empieza a hacer el equipaje, cursor. Y buena suerte.

Un tiempo incomprensiblemente desapacible enlenteció el ritmo de los caballeros Aeris que llevaban a Rook a ver a su amo en el sur, de modo que tardaron casi cinco días en realizar el viaje. Semejante lapso había sido una tortura para ella. Carecía de talento para el artificio del viento, lo que significaba que solo podía quedarse sentada en la litera cerrada que transportaba el viento y mirar los documentos ensobrados que descansaban en el asiento que tenía ante sí.

La asaltaron unas náuseas que no guardaban ninguna relación con el movimiento de la litera, aunque los vientos la bamboleaban de un lado a otro. Cerró los ojos para no tener que mirar el fajo de misivas que había copiado en secreto de los documentos oficiales en la capital. Algunas de las copias procedían de miembros del personal de palacio codiciosos y con pocos escrúpulos. Otros los había adquirido entrando en oficinas vacías y habitaciones cerradas. Todos ellos contenían información de algún valor, migajas y fragmentos que apenas tenían significado por sí solos, pero que adquirirían mayor coherencia con la ayuda de informes similares que aportaban sus compañeros cuervos de sangre.

En última instancia, todos ellos eran irrelevantes. Todos. El documento que encabezaba la pila haría que todos los demás quedasen obsoletos. Cuando el amo supiera lo que había descubierto, se vería obligado a actuar. Tendría que iniciar la guerra civil que todo alerano con un poco de sentido común sabía que estaba a punto de estallar. Aquello iba a significar la muerte de decenas de miles de aleranos, como

mínimo. Aunque eso ya era bastante malo de por sí, no era lo que más le revolvía el estómago.

Había traicionado a un amigo para conseguir ese secreto. No era la joven inocente que fingía ser, pero no era mucho mayor que el muchacho de Calderon. Desde que lo conocía se había acostumbrado a su presencia y había aprendido a respetarlo, y también a aquellos que lo rodeaban. Había sido una tortura saber que su amistad y sus risas solo eran una fachada, y que si sus amigos conocieran los verdaderos propósitos que la llevaban a la capital, ninguno de ellos dudaría en saltar sobre ella y meterla en prisión.

O incluso matarla, directamente.

Eso hacía que fuera más duro interpretar el papel. La camaradería y la facilidad de trato eran seductoras. Había fantaseado con desertar, pese a sus firmes propósitos de concentrarse en otras cosas. De no haber sido una habilidosa artífice del agua, habría derramado lágrimas en la almohada todas las noches, pero incluso eso habría puesto en peligro su disfraz. Así pues, las había ahogado.

Y justo eso era lo que estaba haciendo en ese momento, mientras la litera emprendía el descenso final hacia el calor sofocante e hirviente de finales del verano en Kalare. Debía tener un aspecto tranquilo y profesional delante de su amo, y el temor ante la simple idea de fallarle hizo que la recorriera un marea agria y aterrorizada. Apretó las manos, cerró los ojos y se recordó con un ritmo constante que era su herramienta más valiosa y demasiado exitosa como para prescindir de ella.

No ayudó demasiado, pero al menos le proporcionó algo que hacer durante los últimos instantes del vuelo, hasta que el rico hedor de Kalare, que recordaba vagamente a verdura podrida, se abrió paso por su nariz y garganta. No necesitaba mirar por la ventanilla para ver la ciudad, tan ajetreada al anochecer como al alba. Las nueve décimas partes eran sucias, embarradas y decadentes. La litera cerrada descendió sobre la otra décima parte, la esplendorosa Torre del Gran Señor, y aterrizó sobre las almenas, como hacían las literas similares muchas veces al día.

Respiró hondo, se tranquilizó, recogió los papeles, se puso la capucha para ocultar su identidad ante cualquier posible observador, y bajó corriendo las escaleras. Acto seguido, cruzó el patio y entró en la Torre propiamente dicha, la residencia del Gran Señor. Los mayordomos de servicio reconocieron su voz y no le pidieron que se quitara la capucha. Kalarus les había dejado clara su voluntad ante las visitas de Rook, y ni siquiera sus guardias querrían correr el riesgo de desatar su ira. La condujeron directamente al estudio del Gran Señor.

Kalarus estaba sentado ante su escritorio. Leía. No era un hombre alto, ni demasiado fornido, aunque quizá fuera un poco más alto que la media. Lucía una camisa de una seda ligera de un gris diáfano, y pantalones del mismo material pero de color verde oscuro. Cada uno de los dedos lucía un anillo con una variedad de piedras

verdes, y una diadema de acero le cruzaba por encima de las cejas. Tenía el cabello y los ojos oscuros, como la mayoría de los sureños, y era guapo pero sin darse aires, aunque lucía una perilla con la que ocultaba su mentón sin firmeza.

Rook conocía su papel. Se quedó un momento al lado de la puerta en un silencio total hasta que Kalarus la miró.

—¿Y bien? —murmuró—. ¿Qué te trae de vuelta al hogar, Rook?

Se quitó la capucha, hizo una reverencia con la cabeza y avanzó para dejar las misivas sobre el escritorio de su amo.

—La mayoría son rutinarias. Pero creo que querréis leer sin demora el documento que está encima del todo.

Kalarus gruñó y alargó cansinamente la mano para coger el papel, jugando con él sin desplegarlo.

—Será mejor que sean noticias de gran alcance, Rook. Cada instante que pasas lejos de tus deberes con Gaius pone en riesgo tu tapadera. Me sentiría desgraciado si perdiera una herramienta tan valiosa debido a una decisión errónea.

Rook hervía de rabia, pero la mantuvo confinada en su interior y volvió a inclinar la cabeza.

—Mi señor, según mi opinión, esa información es de tal magnitud que resulta más valiosa que cualquier espía, por buena que sea su posición. De hecho, apuesto mi vida en ello.

Las cejas de Kalare se levantaron un poco.

—Lo acabas de hacer —reconoció en voz baja, antes de abrir el papel y empezar a leer.

Cualquier hombre con el poder y la experiencia de Kalare solía ocultar sus emociones y reacciones, lo mismo que Rook le ocultaba las suyas al Gran Señor. Cualquiera que fuese lo suficientemente hábil con el artificio del agua podía descubrir muchas cosas de una personas a través de dichas reacciones, tanto físicas como emocionales. Los señores más poderosos de Alera solían entrenarse para ocultar sus emociones con el objetivo de engañar al artificio de los demás.

Pero Rook no necesitaba esforzarse en utilizar un artificio para leer a aquel hombre. Se le daba bien leer a los demás, habilidad cultivada durante años de un servicio muy peligroso, y eso no tenía nada que ver con el artificio de las furias. No había podido descubrir ni un solo cambio en sus rasgos, pero estaba totalmente segura de que Kalare estaba sorprendido y profundamente disgustado por las noticias.

—¿Dónde has conseguido esto? —le preguntó.

—De un paje de palacio. Se quedó dormido y tuvo que salir corriendo hacia la plataforma del viento. Como somos amigos, me pidió que entregara los mensajes por él.

Kalare movió la cabeza.

—¿Crees que es auténtico?

—Sí, mi señor.

Los dedos de la mano derecha iniciaron un movimiento rápido y tembloroso, y golpearon la mesa con suavidad.

—Nunca habría pensado que Gaius haría las paces con Aquitania. Odia a ese hombre.

—Gaius lo necesita —murmuró Rook—. Por ahora. La necesidad puede sobreponerse incluso al odio.

El corazón le dio un vuelco cuando la última frase abandonó sus labios teñida con un ligerísimo tono de amarga ironía. Kalare no se dio cuenta, y sus dedos aceleraron el ritmo.

—Otro año de preparativos y los podría haber aplastado en una sola campaña.

—Tal vez sea consciente de ello, mi señor, e intenta obligaros a emprender una acción prematura.

Kalare frunció el ceño mirándose los dedos, que se fueron calmando poco a poco. Entonces empezó a doblar el mensaje una y otra vez con los ojos entornados. A continuación, separó los labios y mostró los dientes en una sonrisa de depredador.

—Desde luego. Soy el oso que quiere cazar. Gaius es arrogante, y siempre lo ha sido. Estoy seguro de que lo sabe todo.

Rook asintió, y no añadió nada más.

—Está a punto de descubrir que este oso es mucho más grande y peligroso de lo que se imagina. —Se puso en pie y tiró del cordón de la campanilla para llamar al servicio antes de hacer un gesto y obligar a sus furias a abrir un arcón cercano y sacar una docena de mapas enrollados que había en su interior—. Avisa a mis capitanes de que ha llegado el momento. Movilización general, y partimos dentro de una semana. Ordena a tu gente que vuelva a aumentar la presión sobre los cursores.

Rook hizo una reverencia.

—Sí, mi señor.

—Y para ti... —Kalare sonrió—. Tengo una misión especial para ti. Había pensado en ocuparme yo en persona, pero parece que me voy a tener que vengar a través de un intermediario.

—¿La estatúder? —preguntó Rook en voz baja.

—La puta de Calderon —le corrigió Kalare, con un filo peligroso en la voz.

—Sí, mi señor. Se hará. —Rook se mordió los labios—. Mi señor... ¿Puedo?

Kalare hizo un gesto hacia una puerta al otro lado del estudio, una sala soleada para leer y entretener a amigos íntimos. Rook cruzó la habitación y abrió la puerta que daba a una habitación espaciosa cubierta de gruesas alfombras y ricamente amueblada.

Una niña pequeña con cabello negro y brillante estaba sentada en el suelo con una

doncella muy joven y jugaba con unas muñecas. Al abrirse la puerta, la niñera levantó la mirada y saludó con la cabeza a Rook, antes de retirarse sin pronunciar palabra.

—¡Mamá! —chilló la niña llena de emoción. Se puso en pie y corrió hacia Rook, quien recibió a su hija con un fuerte abrazo—. Te he echado de menos, mamá.

Rook apretó el abrazo y se le escaparon unas lágrimas de amargura a pesar de su determinación de no llorar.

—Yo también te he echado de menos, Masha.

—¿Ha llegado el momento, mamá? —le preguntó la niña—. ¿Podemos irnos al campo y tener ponis?

—Aún no. Pero muy pronto, pequeña —le susurró—. Muy pronto, te lo prometo. La niña la miró con unos ojos enormes.

—Pero te echo de menos.

Abrazó de nuevo a la niña para huir del dolor que se reflejaba en sus ojos.

—Yo también te echo de menos. Te echo mucho de menos. —Rook sintió la presencia de Kalare a su espalda, en la puerta que daba al estudio. Ella se dio la vuelta y se encaró con él sin mirarle a los ojos—. Lo siento, pequeñina. Esta vez no puede ser. Ahora me tengo que ir.

—¡P-pero acabas de llegar! —gimió Masha—. ¿Y si te necesito y no te puedo encontrar?

—No te preocupes —le dijo Kalare a Rook con un voz suave y amable que contrastaba con la dureza de sus ojos—. Yo garantizo la seguridad de la hija de mi fiel sirviente. Tienes mi promesa. Tengo en gran estima tu lealtad.

Rook se dio la vuelta, colocando su cuerpo entre Masha y Kalare. Abrazó a la niña, que estaba llorando, mientras un reguero de lágrimas amargas, furiosas y aterrorizadas le cubría el rostro.

Oyó cómo Kalare se daba la vuelta y regresaba al estudio, riendo en voz baja.

—Más de lo que se merece. Mucho más.

Ehren estaba sentado ante un escritorio desvencijado en la casita de paredes abiertas, mientras el sudor le goteaba por la nariz y caía sobre el libro de contabilidad que tenía delante. Las gotas formaban un reguero sobre el collar de cuero que lo identificaba como un esclavo y le bajaban hasta lo más hondo por el interior de la camisa fina que vestía. Las islas del Alba podían ser terriblemente cálidas durante el verano, aunque daba gracias a las grandes furias de que estuviera empezando a refrescar por fin. Los insectos revoloteaban alrededor de la cabeza de Ehren, y unas golondrinas muy delgadas entraban a través de los enormes ventanales abiertos para devorarlos. La mano se le agarrotaba a cada instante y lo obligaba a dejar de lado la pluma que utilizaba para escribir. La acababa de soltar cuando entró por la puerta un

hombre de una delgadez cadavérica.

—Ehren —pronunció el nombre con un tono malévol—, por todos los cuervos sangrientos, no te he comprado para que estés sentado mirando por la ventana.

Los nervios crispados de Ehren hicieron que la idea de romperle el cuello al idiota le resultase realmente tentadora, pero un cursor no permitía que un tema tan personal pudiera interferir en su deber. Su misión consistía en permanecer invisible en las islas del Alba, mirando y escuchando, y enviando informes al continente. Cogió la pluma, agachó la cabeza y dijo con una voz sumisa:

—Sí, maese Ullus. Lo siento. Solo estaba descansando los dedos.

—Los descansarás en la horca como te vuelva a ver vagueando —replicó el hombre, y se acercó a una vitrina baja llena de vasos sucios y botellas de ron barato.

Ullus se puso de inmediato a la tarea de ensuciar aún más los vasos y aguar aún más el ron, como hacía casi a diario, mientras Ehren continuaba con su labor en unos libros de contabilidad imposibles e incompletos.

Un poco más tarde entró otro hombre en la sala. No era grande, pero tenía la apariencia magra y vil que Ehren había llegado a asociar con los piratas que aterrorizaban a los barcos mercantes antes de desaparecer en la multitud de escondites en las islas del Alba. Su ropa estaba muy desgastada y mostraba una gran exposición a la sal, el viento y el sol. Lucía algunas prendas elegantes, que no combinaban entre sí y que eran los trofeos visibles de un pirata a quien le iban bien las cosas.

Pero a pesar de eso... Ehren frunció el ceño y mantuvo la mirada sobre el libro de contabilidad. Aquel hombre no se comportaba en absoluto como un pirata. La mayoría de ellos eran sucios, harapientos e indisciplinados, tanto en comportamiento como en apariencia. Ese hombre parecía serio y precavido. Se movía como los mejores luchadores profesionales, todo él contención y atención relajada. Ehren llegó a la conclusión que no era un pirata sino un sicario, un asesino capaz de intercambiar muerte por oro si el precio era correcto.

Ullus se puso en pie y se meció vacilante sobre los talones.

—Señor... —empezó—. Bienvenido a Westmiston. Me llamo Ullus, y soy el director comer...

—Eres un perista —le interrumpió el hombre con voz tranquila.

Ullus abrió la boca en una interpretación que no habría convencido a un niño inteligente.

—¡Bueno, señor! —exclamó—. No sé dónde habrá oído semejante infamia, pero...

El hombre ladeó un poco la cabeza y miró fijamente a Ullus. El amo de Ehren era un idiota borracho, pero ni tan borracho ni tan idiota como para no reconocer el peligro que brillaba en los ojos del recién llegado. Se calló, cerró la boca y tragó

saliva, nervioso.

—Eres un perista —continuó el extraño con el mismo tono tranquilo—. Soy el capitán Demos. Tengo bienes que liquidar.

—Desde luego —reconoció Ullus, balbuceando las palabras—. ¿Por qué no los traéis aquí? Estaré encantado de daros un precio justo por ellos.

—No me preocupa el que me vayas a engañar —le replicó. Sacó un trozo de papel del bolsillo y lo lanzó a los pies de Ullus—. Esto es una lista. Los venderás a mi precio o los comprarás en persona antes de que vuelva, dentro de tres semanas. Te pagaré una comisión del diez por ciento. Desvía un solo aries de cobre y te Corto el cuello.

Ullus tragó saliva.

—Entiendo.

—Ya me pareció que lo entenderías.

Ullus recogió la lista y la leyó con un gesto de dolor.

—Capitán —sugirió con un tono cauteloso—, más al este obtendríais un precio mucho mejor por estas cosas.

—Yo no navego hacia el este —replicó el hombre.

Ehren suspiró y mojó la pluma, concentrándose en aparentar aburrimiento, miseria y malhumor para ocultar su interés y excitación repentinos. Westmiston era el asentamiento humano más occidental de las islas del Alba. El único occidente civilizado a partir de allí pertenecía a los canim. Su principal puerto comercial se encontraba a diez días de navegación desde Westmiston, y en esta época del año el viaje de vuelta llevaría unos once días.

Tres semanas.

El capitán Demos le llevaba algo a los canim.

—Ven —ordenó el capitán Demos—, trae a tu esclavo y un carro. Largo velas dentro de una hora.

1

Tavi tiró de la cuerda hasta que pensó que la tensión le iba a romper la espalda.

—¡Deprisa! —exclamó entre los dientes apretados.

—No puedes correr si quieres aprender de verdad, muchacho —replicó el anciano que estaba arrodillado ante la clavija de fijación del mecanismo. Magnus trasteó y gruñó alrededor del artilugio durante un momento, y después raspó el metal sobre el metal bastamente forjado—. La investigación es la esencia del mundo académico.

El sudor cubría todo el cuerpo de Tavi.

—Si no fijáis la clavija con rapidez, se me escapará el brazo, que os lanzará hacia el otro lado del Valle —gimió Tavi.

—Tonterías, muchacho. No estoy en su trayectoria. Se romperá como hizo el último. —Gruñó—. Ya está, ya ha entrado. Ha sido fácil.

Tavi relajó poco a poco la tensión sobre la cuerda, aunque sus manos y brazos gritaban para que soltase. El largo brazo de madera del artefacto tembló, pero se mantuvo estirado hacia atrás, fijado en posición y listo para soltarse. La cuerda para tirar del brazo, que estaba unida a muchas ruelas que había fabricado Magnus, descansaba en el suelo.

—¿Lo ves? —exclamó con orgullo—. Lo has conseguido hacer por ti mismo.

Tavi movió la cabeza, jadeando.

—Sigo sin entender cómo funcionan las ruedas.

—Condensan tu fuerza en una zona más pequeña —explicó Magnus—. Has tirado de doce metros de cuerda para mover el brazo hacia atrás solo un metro y medio.

—Sé contar —replicó Tavi—. Es solo que... es casi irreal. Mi tío tendría problemas para doblar hacia atrás este madero, y es un artífice de la tierra formidable.

—Nuestros antepasados conocían su oficio —se rio Magnus—. Si Larus lo pudiera ver... Empezaría a echar espumarajos por la boca. Aquí, muchacho. Ayúdame con los proyectiles.

Tavi y Magnus gruñeron y levantaron una piedra que debía de pesar más de veinte kilos hasta colocarla en el receptáculo que se encontraba en el extremo del brazo del artilugio. Acto seguido, se retiraron.

—Quizá tendríamos que haber utilizado algunas partes manufacturadas de manera profesional.

—Nunca, nunca —murmuró Magnus—. Si usásemos partes creadas mediante un artificio, tendríamos que volver a construir todo el mecanismo sin ellas, o de lo contrario Larus y los de su especie nos desacreditarían basándose en ese detalle. No, muchacho, lo tenemos que hacer tal como lo construyeron los romanos, como la misma Appia.

Tavi gruñó. Las ruinas de la ciudad de sus antepasados los rodeaban. La habían construido en la cima de una antigua montaña que se había erosionado hasta convertirse en una colina imponente, y todo era de piedra. Los rodeaban las paredes de muchas docenas de edificios, ahora reducidas a piedras desgastadas por el tiempo y por los elementos. La hierba y los árboles crecían entre las casas en ruinas y las murallas de la vieja ciudad. El viento soplaba entre las piedras, y entonaba un lamento constante, suave y triste. Los venados pastaban en silencio en calles tan desdibujadas que solo desde lejos se podía percibir que estaban construidas por la mano del hombre, y se refugiaban entre los muros durante las poco frecuentes tormentas. Los pájaros anidaban entre los restos de estatuas que habían perdido el rostro con el paso del tiempo.

Las piedras utilizadas en las construcciones en ruinas de Appia no tenían los arcos suaves y las esquinas precisas de las piedras talladas con el artificio de las furias, sino que estaban formadas por piedras más pequeñas que aún mostraban las marcas de las herramientas, una práctica que algunos de los textos antiguos y tallados en piedra, que Magnus había descubierto en las catacumbas bajo las ruinas, llamaban «cantería». Otros relieves, aparentemente de romanos en acción, habían sobrevivido a los años de decadencia en la tranquilidad de las cuevas. Magnus y Tavi habían visto en dichas imágenes una máquina de guerra en plena batalla contra un enemigo que parecía una especie de gigante monstruoso y cornudo.

De hecho, todo lo que Tavi había visto y aprendido en aquel lugar dejaba bastante claro que los ancestros de los aleranos, como él mismo, no poseían ningún artificio de las furias. Era un hecho tan evidente que Tavi quería gritar de frustración cada vez que recordaba la manera indolente en que los «eruditos», como el maestro Larus en la Academia, rechazaban la idea sin preocuparse por examinar las pruebas.

Por eso Magnus insistía en utilizar un trabajo manual burdo e ineficiente en cada paso del proceso de creación de la máquina de guerra. No quería que existiera ni la más mínima posibilidad de que se pudiera rechazar el hecho de que al menos era posible fabricar una máquina de ese tipo sin utilizar el artificio de las furias.

—Comprendo por qué lo tenemos que hacer así, señor. Pero los romanos tenían mucha más práctica que nosotros. ¿Estáis seguro de que este va a funcionar?

—Oh —respondió Magnus—, todo lo seguro que se puede estar. Las uniones son más fuertes, y los maderos son más gruesos. Es un poco más estable que el último.

Se miraron, antes de que Magnus gruñera y atara el extremo de una cuerda larga a la clavija que mantenía el brazo estirado hacia atrás. Los dos se retiraron unos veinte pasos.

—Toma —indicó Magnus, y le ofreció la cuerda a Tavi—, yo lo hice la última vez.

Tavi la aceptó, precavido, y se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—A Kitai le habría gustado verlo. ¿Listo?

Magnus sonreía como un loco.

—¡Listo!

Tavi tiró de la cuerda. La clavija se soltó. El mecanismo dio un salto sobre el terreno cuando el brazo salió lanzado hacia delante y disparó la piedra en un gran arco que envió el proyectil zumbando por el aire. Derribó unas pocas piedras de la parte alta de un muro en ruinas, pasó por encima de una colina baja y se perdió de vista al otro lado.

Magnus dejó escapar un grito de júbilo y empezó a brincar y mover los brazos en una danza espontánea.

—¡Ajá! ¡Funciona! ¡Ajá! ¿De verdad estoy loco?

Tavi dejó escapar una carcajada de excitación y empezó a preguntarle a Magnus a qué distancia creía que había lanzado la piedra el mecanismo, pero entonces oyó algo y giró la cabeza a toda prisa para concentrarse en el sonido.

En algún punto al otro lado de la colina, un hombre profirió una serie de maldiciones rabiosas que se elevaron hacia el cielo de la mañana de primavera.

—Maestro —empezó Tavi, pero antes de que pudiera decir nada más, la misma piedra que acababan de lanzar subió en el aire describiendo un arco y comenzó a caer hacia ellos—. ¡Maestro! —gritó Tavi, que agarró la parte trasera de la túnica de tejido casero del anciano y lo apartó de la máquina.

La piedra no los alcanzó por unos centímetros e impactó contra la máquina. La madera se rompió y astilló. El metal rechinó. Unas esquirlas saltaron de la piedra, y Tavi sintió una punzada de dolor cuando una de ellas, del tamaño de su puño, le golpeó en el brazo con fuerza suficiente como para dejarlo insensible durante un momento. Tavi colocó el cuerpo entre el maestro anciano y enjuto y las esquirlas que volaban por todos lados.

—¡Al suelo! —ordenó.

Antes de que Magnus hubiera llegado al suelo, Tavi se había quitado la honda que llevaba en el cinturón y había dispuesto una pesada bola de plomo en él, cuando un jinete rodeó la ladera de la colina. Llevaba una espada en la mano y gritaba a pleno pulmón muchos más insultos mientras cargaba. Tavi hizo girar la honda, pero en el mismo instante en que iba a soltarla, atrapó con la mano libre el receptáculo del arma.

—¡Antillar Maximus! —gritó—. ¡Max! ¡Soy yo!

El jinete que iba a la carga tiró de las riendas del caballo con tanta fuerza que el pobre animal debió de lastimarse la barbilla contra el pecho. El caballo se detuvo sobre la tierra suelta y las piedras al lado del foso, y levantó una gran nube de polvo fino.

—¡Tavi! —gritó el hombre joven a lomos del caballo. La alegría y la ira luchaban por dominar en igual medida su tono—. ¿Qué cuervos crees que estás haciendo?

¿Has lanzado esa piedra?

—Se podría decir que sí —reconoció Tavi.

—¡Ajá! ¿Por fin has averiguado cómo realizar un artificio de tierra sencillo?

—Mejor aún —respondió Tavi—. Tenemos una máquina de guerra románica. — Se dio la vuelta y contempló los restos con un gesto de dolor—. O, más bien, la teníamos —se corrigió.

Max abrió la boca y la volvió a cerrar. Era un hombre joven que había adquirido toda la fuerza de un adulto alto y fuerte. Tenía una mandíbula sólida, una nariz que se había roto varias veces, unos ojos grises lobunos y, aunque no se podía decir que fuera guapo, sus rasgos eran duros y fuertes y estaban dotados de un atractivo especial.

Enfundó la espada y desmontó.

—¿Románicos? ¿Esos tipos que crees que no tenían ningún artificio de las furias como tú?

—Ellos se llaman romanos —le corrigió Tavi—. Pero dices que algo es románico cuando lo construyeron los romanos. Y sí, aunque me sorprende que recuerdes eso de la Academia.

—No me eches la culpa. Hice todo lo que pude por evitarlo, pero parece que se me quedaron algunas de las lecciones —reconoció Max, y miró fijamente a Tavi—. Casi me arrancas la cabeza con esa roca, ¿sabes? Me he caído del caballo. No lo había hecho desde...

—La última vez que te emborrachaste —intervino Tavi con una sonrisa, y le ofreció la mano a Max.

El hombre joven y grande bufó y estrechó con fuerza la mano de Tavi.

—Furias, Calderon. Sigues creciendo. Eres tan alto como yo. Eres demasiado viejo para crecer tanto.

—Debe de ser para recuperar el tiempo perdido —explicó Tavi—. Max, ¿conoces al maestro Magnus?

El anciano se levantó del suelo, se limpió el polvo y frunció el ceño como una tormenta.

—¿Este? ¿Este deficiente mental es el hijo de Antillus Raucus?

Max se giró para mirar al anciano y, para sorpresa de Tavi, su rostro se ruborizó por debajo de la piel morena.

—Señor —saludó Max, e hizo una extraña reverencia rara con la cabeza—. Sois una de las personas a quienes mi padre pidió que saludara de su parte si me encontraba con ella.

Magnus arqueó una ceja plateada.

Max contempló los restos de la máquina.

—Eh. Y siento mucho lo de vuestro... eeh... trasto románico.

—Se trata de una máquina de guerra —aclaró Magnus con tono crispado—. Una máquina de guerra románica. Los relieves que hemos encontrado se refieren a ella como mula, aunque debo admitir que parece que existe algún tipo de confusión, porque los textos más antiguos utilizan la misma palabra para describir a los soldados de sus legiones... —Magnus movió la cabeza—. Estoy divagando de nuevo, perdóname. —El anciano miró la máquina de guerra destrozada y suspiró—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu padre, Maximus?

—Como una semana antes de huir de casa y alistarme en las legiones, señor —respondió Max—. Se puede decir que hace unos ocho años, poco más o menos.

El gruñido de Magnus demostró buena parte de su desaprobación.

—¿Acierto al suponer que sabes por qué no te habla?

—Sí —respondió Max con tono tranquilo, aunque Tavi escuchó un matiz de tristeza en la voz de su amigo y le guiñó el ojo en señal de solidaridad—. Señor, lo puedo arreglar.

—¿Lo harías ahora mismo? —preguntó Magnus con los ojos brillantes—. Eso es muy generoso por tu parte.

—Desde luego —asintió Max con un gesto—. Apenas tardaré un momento.

—Creo que no —replicó Magnus—. Más bien me parece que eso llevaría varias semanas. —Alzó las cejas y le aclaró a Max—: Por supuesto que eres consciente de que mi investigación nos obliga a utilizar métodos estrictamente románicos. Sin artificio de las furias.

Max, que estaba a medio camino hacia la máquina de guerra, se detuvo.

—Hum. ¿Qué?

—Solo sudor y músculo —recalcó Magnus con alegría—. En todos los aspectos, desde talar la madera hasta forjar las partes metálicas. Lo reconstruiremos. Pero el siguiente tiene que ser el doble de grande, así que me alegro de que te presentes voluntario para...

Tavi apenas percibió nada más que un destello de movimiento por el rabillo del ojo que le sirviera de advertencia, pero de repente todos los sentidos de su cuerpo le gritaron que había peligro.

—¡Max! —gritó Tavi mientras se abalanzaba de nuevo sobre el maestro.

Max se dio la vuelta y sacó la espada de la funda a la velocidad que solo puede conseguir un artífice del viento. Un brazo se balanceó en dos movimientos bruscos, y Tavi oyó el crujido de la madera cuando Max cortó un par de flechas pesadas en el aire con la precisión que solo un maestro del artificio del metal le puede imprimir a la espada, y a continuación se echó a un lado.

Tavi colocó una pared baja en ruinas entre los atacantes y el maestro, y ambos se agacharon detrás de ellas. Miró hacia atrás y vio a Max de pie con la espalda apoyada contra una columna de piedra de tres metros de grosor, que se había roto a unos dos

metros y medio por encima del suelo.

—¿Cuántos? —preguntó Tavi.

—Dos allí —respondió Max, y, con los ojos cerrados, se agachó y puso la mano sobre el suelo durante un momento—. Uno nos está flanqueando por el oeste —informó.

Los ojos de Tavi se movieron en esa dirección, pero no pudo ver a nadie entre los árboles, los arbustos y las paredes derrumbadas.

—¡Artificio de madera! —gritó—. ¡No lo puedo ver!

Max se movió hacia un lado de la columna, y casi no tuvo tiempo de recular antes de que una flecha pasase siseando a la altura de su garganta.

—Maldita sabandija artífice de la madera que se lleven los cuervos —murmuró—. ¿Puedes ver al arquero?

—Desde luego. Deja que saque la cabeza y eche un vistazo alrededor, Max —respondió Tavi, pero trasteó en la bolsa que llevaba colgada del cinturón y extrajo un espejo pequeño que utilizaba para afeitarse.

Con la mano izquierda levantó el espejo por encima de la pared en ruinas y lo movió de un lado a otro, buscando el reflejo de los arqueros. Descubrió a los atacantes al cabo de uno o dos segundos porque, aunque cuando atacaban los protegía un artificio de la madera, lo habían dejado de lado y se concentraban en el tiro de precisión con los arcos. Medio segundo después de descubrirlos, otra flecha destrozó el espejo de Tavi y le abrió la punta del dedo hasta casi alcanzar el hueso.

Tavi bajó rápidamente la mano y se apretó el dedo ensangrentado. Solo sentía pinchazos, pero había sangre suficiente como para saber que no tardaría en dolerle bastante.

—Treinta metros al norte de tu posición, en la ruina cuyo muro tiene el agujero en forma de triángulo.

—¡Vigila al que nos está flanqueando! —gritó Max.

Max movió la mano hacia un lado de la columna y surgió un fuego de la punta de sus dedos, que creció hasta formar una nube enorme dirigida hacia los arqueros. Tavi oyó cómo el caballo de Max relinchaba de pánico y pateaba. Max corrió alrededor del extremo más alejado de la columna por detrás de la llama.

Tavi oyó el crujido de piedra sobre piedra al oeste y se incorporó rígido, con la honda en la mano y preparado para cualquier cosa.

—¿Lo habéis oído? —susurró.

—Sí —gruñó Magnus—. Si lo dejas a la vista, ¿lo podrás derribar?

—Eso creo.

—¿Eso crees? —preguntó Magnus—. Porque en cuanto lo deje al descubierto me va a lanzar una flecha al ojo. ¿Lo puedes derribar o no?

—Sí —respondió Tavi. Para su propia sorpresa, la voz le sonó totalmente

confiada. También para su sorpresa, se dio cuenta de que lo creía de verdad—. Si me lo mostráis, acabaré con él.

Magnus respiró hondo, asintió, se puso en pie y movió la mano en la dirección por la que se acercaba el atacante.

La tierra crujió y zumbó, pero no lo hizo con el gruñido profundo del poder de un terremoto, sino como un temblar superficial aunque violento, como un perro que se sacudiera el agua. Un polvo fino se levantó del suelo y formó una nube de unos cincuenta metros de diámetro. A unos veinte pasos, la nube de polvo se detuvo de improviso alrededor de un hombre que se agachaba al lado de una fila de helechos, y dibujó su silueta con la suciedad.

El hombre se puso en pie y levantó el arco, apuntando al anciano maestro.

Tavi se puso en pie, volteó una vez la honda y lanzó la pesada esfera de plomo, que atravesó el aire con un silbido.

El arco del atacante vibró.

El proyectil lanzado por la honda de Tavi impactó con un golpe seco.

Una flecha se rompió contra una pared de roca en ruinas apenas un metro detrás del maestro Magnus.

El artífice de la madera que estaba cubierto de polvo dio un pequeño paso tambaleante hacia un lado. Alzó la mano hacia la aljaba que llevaba sobre el hombro. Pero antes de que pudiera disparar de nuevo, pareció como si sus rodillas se doblaran por voluntad propia y cayó al suelo completamente desmadejado, la mirada fija pero sin ver.

Procedente de bastantes metros hacia el norte, llegó el sonido de metal contra metal, al que siguió el estruendo de un trueno. Un hombre dejó escapar un chillido que quedó cortado con violencia.

—¿Max? —llamó Tavi.

—¡Liquidados! —respondió Max—. ¿Y el flanco?

Tavi dejó escapar un suspiro de alivio casi inaudible al escuchar el sonido de la voz de su amigo.

—Listo —contestó.

El maestro Magnus levantó las manos y se las quedó mirando. Temblaban con violencia. Se sentó muy despacio, como si sus piernas fueran tan robustas como sus dedos, y dejó escapar el aire poco a poco mientras apretaba una mano contra el pecho.

—Hoy he aprendido algo, muchacho —reconoció con voz débil.

—¿El qué, señor?

—He aprendido que soy demasiado viejo para este tipo de cosas.

Max rodeó la esquina del edificio en ruinas más cercano y se acercó a la figura inmóvil del tercer hombre. La sangre brillaba escarlata en la espada del amigo de

Tavi. Max se arrodilló al lado del tercer hombre durante un momento. A continuación limpió la espada en la túnica del sicario, la enfundó y se dirigió al encuentro de Tavi y Magnus.

—Muerto —informó.

—¿Y los otros? —preguntó Magnus.

Max le lanzó al maestro una sonrisa forzada y lúgubre.

—Ellos también.

—Cuervos —suspiró Tavi—. Deberíamos haber capturado con vida a uno de ellos. Los cadáveres no nos pueden decir quiénes eran esos hombres.

—¿Bandidos? —sugirió Magnus.

—¿Con tanto artificio? —preguntó Max, y negó con un gesto—. No sé el tercero, pero los otros dos eran tan buenos como cualquier caballero Flora con quien me haya encontrado. Puedo considerarme afortunado por que tuvieran la atención dividida para ocultarse en los dos primeros disparos. Unos hombres tan buenos no ejercen de bandidos cuando les pueden pagar mucho más por prestar servicios en la legión de alguien. —Le lanzó una mirada al cadáver cubierto de polvo—. Demonios, ¿con qué le has dado, Calderon?

Tavi alzó la mano que aún sostenía la honda.

—Estás de broma.

—Aprende —replicó Tavi—. Maté a un gran lagarto venenoso macho que iba detrás de los corderos de mi tío cuando tenía seis años. Y, además, a dos lobos gigantes y un gato de montaña. También espanté una vez a un dientilargo. No la había usado desde que tenía unos trece años, pero he vuelto a adquirir práctica cazando pájaros para el maestro y para mí.

Max gruñó.

—No me lo habías mencionado hasta ahora.

—Los ciudadanos no usan hondas. Ya tenía suficientes problemas en la Academia sin que todo el mundo descubriera mi destreza con un arma propia de un paleta con propiedades.

—Lo has matado bastante bien —reconoció Max—. Para ser el arma de un paleta.

—Desde luego —asintió Magnus, cuya respiración volvía a estar bajo control—. Un disparo excelente, me gustaría añadir.

Tavi asintió con cansancio.

—Muchas gracias. —Bajó la mirada hacia el dedo herido, que se había empezado a hinchar y le latía con una quemazón punzante.

—Cuervos, Calderon —exclamó Max—. ¿Cuántas veces te he dicho que dejes de morderte las uñas?

Tavi le lanzó una sonrisa a Max y sacó un pañuelo.

—Échame una mano.

—¿Por qué? Esta claro que no cuidas demasiado bien las que tienes.

Tavi arqueó una ceja.

Max soltó una risita y colocó la tela alrededor del dedo de Tavi.

—Mantenlo limpio y detén la hemorragia. En cuanto esté, dame un cubo de agua y lo podré cerrar.

—Aún no. —Tavi se puso en pie y se volvió hacia los dos arqueros—. Vamos. Quizá lleven algo que nos pueda dar una pista sobre ellos.

—No te molestes —replicó Max, mirando hacia el infinito. Su voz se volvió muy baja—. Tardaríamos una semana en encontrar todos los trozos.

Tavi tragó saliva, miró a su amigo y asintió. Entonces se volvió y miró hacia el hombre a quien había matado.

El proyectil había alcanzado al hombre casi exactamente entre los ojos, con tanta fuerza que le había roto algo en la cabeza. Los blancos de los ojos ciegos estaban llenos de sangre. Un hilo de sangre le manaba por la nariz.

Parecía más joven de lo que Tavi se había esperado. No podía ser mucho mayor que el propio Tavi.

Tavi lo había matado.

Había matado a un hombre.

Sintió el sabor de la bilis en la boca y tuvo que apartar la mirada, intentando ahogar un ataque repentino de náuseas que amenazaba con vaciarle el estómago sobre las botas. En vano. Tuvo que apartarse unos pasos vacilantes y vomitar. Eso lo calmó, y escupió el amargor que le había quedado en la boca. Después encerró la sensación de rechazo y culpa en un cajón apartado de su mente, se volvió de nuevo hacia el cadáver y empezó a revisar de manera sistemática sus efectos personales. Se concentró en la tarea, y se olvidó de todo lo demás.

No se atrevía a pensar en lo que acababa de hacer. En el estómago no le quedaba nada que expulsar.

Una vez hubo terminado, regresó junto a Max y el maestro. Trató de no salir corriendo.

—Nada —reconoció en voz baja.

Max soltó el aire con cierta frustración.

—Cuervos. Me gustaría saber detrás de quién iban. Supongo que de mí. Si hubieran llegado antes que yo, ya os habrían matado.

—No necesariamente —replicó Magnus en voz baja—. Quizá los envió alguien para que te siguieran hasta dar con alguno de nosotros.

Max le sonrió a Magnus. Apartó la mirada y suspiró.

—Cuervos.

—En cualquier caso —intervino Tavi—, seguimos en peligro. No nos podemos

quedar aquí.

Max asintió.

—Ni a propósito —reconoció Max—. La Corona me envía con órdenes para ti, Tavi.

—¿Qué órdenes?

—Nos vamos de excursión a las Colinas Negras, en el extremo meridional de las tierras de Placida. Allí se está formando una legión nueva, y Gaius quiere que estés en ella.

—¿Cuándo?

—Ayer.

Tavi gruñó.

—Eso no les va a gustar ni a mi tía ni a mi tío.

—Ajá —bufó Max—. Quieres decir que no le va a gustar a Kitai.

—A ella tampoco. Ella...

Magnus suspiró.

—Cuervos, Antillar. No hagas que empiece a hablar de nuevo sobre esa chica. Se pasa el día hablando de ella.

Tavi le frunció el ceño a Magnus.

—Iba a decir que se suponía que vendría con mi familia a nuestra reunión en Ceres el mes que viene. Voy a echarla de menos.

—¿Y te parece mala cosa perdértela? —Max frunció el ceño—. Oh, de acuerdo, me olvidaba. A tu familia le gusta que estés con ellos.

—El sentimiento es mutuo. Llevo más de dos años sin verlos, Max. —Tavi movió la cabeza—. No me malinterpretes. Sé que esto es importante, pero... son dos años. Y no parece que vaya a convertirme en un buen legionare.

—Eso no es problema —replicó Max—. Te incorporas como oficial.

—¡Pero si ni siquiera he servido durante el tiempo obligatorio! Nadie se convierte en oficial de buenas a primeras.

—Tú sí —recalcó Max—. No vas a ir como tú. Gaius quiere ojos y oídos en la estructura de mando. Ese eres tú. Disfraz..., falsa identidad... Ese tipo de cosas.

Tavi parpadeó.

—¿Por qué?

—Por un nuevo concepto de legión —respondió Max—. Aquitania ha conseguido colar la idea a través del Senado. Vas a servir con la Primera Alerana. La tropa y los oficiales están formados por un número similar de voluntarios de todas las ciudades. La idea es...

Tavi asintió. Lo había comprendido.

—Lo capto. Si en la legión hay alguien de cada una de las ciudades, esa legión nunca podrá representar una amenaza militar contra ninguna de las ciudades de

manera separada. Habrá oficiales y tropa que no lo permitirán.

—Exacto —reconoció Max—. Así que la Legión Alerana será libre de ir allí donde haya problemas e intervenir sin que nadie se moleste demasiado.

Tavi movió la cabeza.

—¿Por qué iba Aquitania a apoyar algo así?

—Piensa en ello —respondió Max—. Una legión formada por hombres procedentes de toda Alera realizando la instrucción cerca de la esfera de influencia de Kalare. Gente yendo y viniendo, mensajeros y cartas de todos los lugares del Reino. Suma dos más dos.

—El caldo de cultivo ideal para el espionaje —concluyó Tavi con un gesto de cabeza—. Aquitania podrá comprar y vender secretos como si fueran brioches en Final del Invierno... y como estarán cerca de Kalare y lejos de Aquitania, conseguirá mucha más información sobre Kalare que la que tendrá que dar sobre sí mismo.

—Y Gaius lo quiere saber todo.

—¿Algo un poco más específico? —preguntó Tavi.

—Nada. El viejo tiene defectos, pero coartar la iniciativa de sus subordinados no se cuenta entre ellos. También se trata de una legión nuevecita. Sin experiencia, sin veteranos de guerra, sin historial de combate y sin tradiciones que mantener. Te confundirás muy bien entre los otros oficiales novatos.

Tavi asintió.

—¿Qué tipo de oficial se supone que voy a ser?

—Tercer subtribuno del tribuno Logística.

Magnus gesticuló como si le doliese algo.

Tavi le arqueó una ceja al maestro y le preguntó a Max:

—¿Tan malo es?

Max sonrió y a Tavi le pareció que la expresión era ominosa.

—Es... Bueno. Digamos que no te van a faltar cosas que hacer.

—Oh —dijo Tavi—, bien.

—Yo también voy —añadió Max—. Como yo mismo. Centurión, instrucción con armas. —Le hizo un gesto con la cabeza a Magnus—. Vos también, maestro.

Magnus arqueó una ceja.

—¿De qué?

—Ayuda de cámara —respondió Max con un gesto.

Magnus suspiró.

—Podría ser peor, supongo. No creerías las veces que he tenido que actuar como pinche en algún sitio.

Tavi se giró hacia Magnus y parpadeó completamente anonadado.

—Maestro... Sé que formáis parte del consejo del Primer Señor, pero... ¿sois un cursor?

Magnus asintió con una sonrisa.

—¿Crees que durante los últimos doce años me he dedicado a servirles vino y cerveza a los mercaderes de paso porque estaba solo y buscaba compañía, muchacho? Los mercaderes borrachos y sus guardias dejan escapar mucha más información de la que te crees.

—¿Y no me lo habías dicho hasta ahora? —preguntó Tavi.

—¿No lo había hecho? —respondió Magnus con un brillo en los ojos—. Estoy seguro de que te lo dije en algún momento.

—No —le aseguró Tavi.

—¿No? —Magnus se encogió de hombros sin perder la sonrisa—. ¿Estás seguro?

—Sí.

Magnus dejó escapar un suspiro teatral.

—Creía que lo había hecho. Ah, bueno. Dicen que la memoria es lo primero que se va. —Miró a su alrededor—. Echaré de menos este lugar. Al principio, mi trabajo aquí solo fue un cuento para evitar sospechas, pero que me lleven los cuervos si no se me ha metido dentro.

Tavi negó con la cabeza.

—¿No debería saber algo sobre el oficio militar si debo convertirme en oficial? ¿Qué pasará si alguien me pone al mando de algo?

—Solo serás un oficial desde el punto de vista técnico —le aseguró Max—. Todo el mundo va a pasar de ti, de modo que no te preocupes por el hecho de estar al mando. Pero sí, necesitas saber lo básico. Te lo enseñaré de camino allí. Lo suficiente para que lo puedas fingir hasta que te hayas acostumbrado.

Magnus se puso en pie.

—Muy bien, muchachos. Estamos perdiendo luz del día, y lo mejor sería que no esperásemos a la llegada de más asesinos. Maximus, ve a recuperar tu caballo y, si no te importa, mira si nuestros visitantes han dejado algunos en los alrededores. Yo voy a reunir suficientes alimentos para que nos duren un tiempo. Tavi, recoge nuestras cosas.

Se prepararon para marcharse. Tavi se concentró en la tarea que le habían encargado: empaquetar alforjas y bolsos, reunir ropa y equipo, e inspeccionar las armas. Los tres caballos de los asesinos se convirtieron en animales de carga en cuanto Max los reunió, y poco después de mediodía los tres partieron a caballo, seguidos por una fila de monturas de refresco. Max impuso un ritmo vivo.

Tavi intentó mantener la mente en el trabajo, pero el latido constante de su dedo herido le hacía difícil concentrarse. Antes de pasar la cresta que dejaría detrás de ella la Appia en ruinas, miró hacia atrás.

Tavi seguía viendo al hombre muerto y cubierto de polvo, tendido entre las ruinas.

Amara llevaba meses sin ver al conde de Calderon. Cuando su escolta de caballeros Aeris y ella descendieron sobre el valle de Calderon y sobre Guarnición, la ciudad fortaleza de Bernard, sintió unas punzadas de excitación en el vientre.

Para su sorpresa, Guarnición había crecido a ojos vista, incluso durante las semanas que habían transcurrido desde su última visita. Lo que había empezado como un poblado de tiendas en el lado alerano de los muros de la fortaleza se había convertido en un conjunto de casas de madera semipermanentes. Saltaba a la vista que Bernard había reunido el dinero para contratar a suficientes artífices de tierra para empezar a erigir edificios de piedra, que proporcionarían protección de las furias letales de esa frontera del Reino.

Lo que de verdad resultaba sorprendente era lo que estaba ocurriendo fuera de las murallas protectoras de la fortaleza. Las tiendas se extendían por una amplia zona, y formaban un mercado al aire libre, por donde pudo ver un centenar de personas moviéndose y haciendo negocios como si fuera un día cualquiera de mercado. Pero eso no era lo que resultaba terriblemente extraño, sino el que la mayor parte de las personas que se movían por el mercado improvisado fueran marat.

Los bárbaros pálidos y sus animales apenas habían sido poco más que una amenaza letal que rara vez había irrumpido en la historia alerana. Hacía unos veinte años, una horda invasora había masacrado a la Legión de la Corona, que aún se estaba recuperando de las elevadas pérdidas sufridas en una campaña anterior. En un solo día murieron miles de legionares, seguidores del campamento y habitantes del valle, entre ellos el príncipe Gaius Septimus y toda su guardia personal, de la que solo se había salvado sir Miles, el capitán de la recién recreada Legión de la Corona.

Había sido una de las derrotas aleranas más amargas y, aunque el Primer Señor y su legión habían limpiado el valle de marat, nada podía traer de vuelta de la tumba a su hijo y heredero. Habían muerto muchos aleranos, y también el próximo Primer Señor. No faltaban los sentimientos de animadversión entre los aleranos y sus vecinos bárbaros.

Aun así, había vendedores ambulantes y mercaderes que hacían negocios con los marat, como los harían en cualquier otra ciudad del Reino. Muchos caballos pastaban tranquilamente en la llanura que conducía al interior del territorio marat, y Amara pudo ver a dos docenas de gargantes enormes que hacían lo mismo. Un grupo de quizás una docena de lobos dormitaba bajo el sol matinal en una elevación de peñascos erosionados a poco menos de un kilómetro. Las tribus caballo y gargante eran, más que cualquier otro marat, los aliados de los aleranos... o, para ser más exactos, eran aliados de Bernard, conde de Calderon, y por eso su presencia era comprensible. Pero la tribu lobo le había parecido siempre la parte más cruel y

sedienta de sangre de los marat, y no habían dejado de ser un enemigo para el Reino.

Parecía que los tiempos estaban cambiando, quizás a mejor, y sintió una cálida oleada de orgullo porque Bernard era uno de los responsables de dicho cambio.

Amara intentó seguir relajada y tranquila, pero a pesar de sus esfuerzos descubrió que se había adelantado centenares de metros a su escolta. Relajado, el centinela que había encima de la puerta le preguntó cómo se llamaba y le indicó con un gesto que descendiese antes de acabar de responder. Después de tantos años visitando al conde de Calderon, la mayoría de los legionares destinados en la ciudad la conocían de sobra, en especial los veteranos que quedaban de la centuria de Giraldi. Esos hombres, de los que apenas quedaban sesenta legionares aptos para el servicio, formaban la única centuria en la historia del Reino que había recibido dos veces la franja escarlata de la Orden del León por su valor, y disfrutaban mostrando la tira roja en ambas perneras de los pantalones del uniforme con la misma indiferencia fingida con la que otros legionares lucían las armas y la armadura.

Amara descendió en el patio, obligando a su furia del viento, Cirrus, a que la dejase en tierra mientras seguía en movimiento, y se deslizó con gracia involuntaria en un trote suave que la llevó al otro lado del patio y le hizo subir las escaleras que conducían a la oficina y las habitaciones del conde. Subió los escalones de dos en dos, aunque sabía que así parecía una chica demasiado ansiosa por caer en los brazos de su amante, pero no pudo contenerse mucho más.

Antes de llegar a lo alto de la escalera, se abrió la puerta y Bernard apareció en el hueco. Era un hombre grande, con hombros anchos y fuertes, el cabello y la barba oscuros bien recortados al estilo de la legión, salteados con hebras de un plateado prematuro. Su rostro fuerte y marcado por la vida a la intemperie se abrió con una amplia sonrisa, y cogió a Amara en sus brazos como si no pesara más que un cordero recién nacido. Ella cerró los brazos alrededor de su cuello y hundió la cara en el espacio entre el cuello y el hombro, apretándolo con fuerza y respirando su aroma: cuero, heno recién cortado y humo de madera.

Él la condujo al interior de su despacho sencillo y espartano, y ella cerró la puerta con el pie al pasar a su lado.

En cuanto estuvieron solos, ella cogió su cara entre las manos y le dio un beso en la boca, lento, lujurioso y profundo. Él se lo devolvió con una calidez lenta y creciente. Transcurrido un buen rato se separó un poco y murmuró:

—¿Crees que esta es la mejor manera de ocultar nuestro matrimonio?

Amara levantó la vista con una sonrisa, antes de acercarse más y apretar los dientes contra la piel de su cuello, en un bocadito rápido y delicado.

—¿Qué matrimonio se comporta de esta manera? —murmuró, mientras los dedos ya estaban desabrochando los botones de la túnica.

La voz de Bernard se convirtió en un gruñido sordo, y ella sintió cómo cambiaba

el peso para sostenerla con una mano, mientras la otra se deslizaba sobre su muslo.

—Pero ahora no nos ve nadie.

—Me gusta ser concienzuda —replicó Amara, cuyos labios se movían sobre su piel, la respiración cada vez más acelerada—. Es lo más seguro.

El gruñido de su marido se hizo aún más sordo y se convirtió en un rumor. Después se dio la vuelta con rapidez y la sentó en el borde de su escritorio de roble. Se oyó el sonio del acero que raspaba contra el acero cuando sacó la daga del cinturón y la colocó al lado de Amara sobre el escritorio.

—Bernard, no... —protestó.

La boca de Bernard cubrió la suya en un beso repentino y abrasador que silenció a Amara por un instante. Él abrió la pesada chaqueta de cuero que utilizaba para volar, y una mano la apretó en la parte baja de la espalda para forzarla a arquear el cuerpo y encontrarse con su boca mientras la besaba a través de la delgada muselina de la blusa. Sus dientes le apretaron ligeramente la punta de los pechos, lo que le provocó un dolor pequeño, dulce y agudo. La oleada de calor que desencadenó esa caricia le atravesó todo el cuerpo, y limitó su capacidad para hablar a un gemido bajo y desesperado de necesidad.

Sintió cómo se retorcía, con las caderas apretadas contra las suyas, mientras él cogía el cuchillo y, con un gesto rápido y certero, cortaba los lazos de cuero que unían las costuras exteriores de una pernera de sus pantalones, también de cuero. En lugar de protestar, Amara le animó a darse prisa con las manos, el cuerpo y la boca, y empezó a liberarse de la ropa a medida que sentía como el aire tocaba cada vez más piel desnuda.

Sus ojos se encontraron con los de Bernard y, como hacía siempre, a Amara le sorprendió cuán profundo era el deseo que reflejaban, el hecho de que ese hombre, su esposo secreto, realmente la deseara con tal intensidad. Al principio casi no había podido creer lo que veía en su rostro, e incluso en ese momento era una sensación que permanecía fresca y renovada. Más aún, en respuesta desencadenaba un deseo que iba mucho más allá de lo que nunca había creído que pudiera sentir. Para Amara era excitante que un hombre la deseara de una manera tan sincera y desesperada. Ese hombre. Su esposo, su amante.

Hacía que Amara se sintiera hermosa.

Bernard la besó, y sus manos y boca la siguieron recorriendo hasta que Amara creyó que iba a perder la cabeza. Dejó escapar un grito sordo y le dio rienda suelta a su deseo. Él la tomó sobre el escritorio, de manera que su presencia, su fuerza, su aroma y su roce se fundieron en un placer torturador que casi no podía resistir. Su deseo de tocar y de sentir apartó todo pensamiento de su mente. Tan solo le importaba lo que pudiera saborear, oír, sentir, oler, y se sumergió en ello abandonándose por completo.

Horas más tarde, Amara estaba tendido con él en su ancha cama y con las piernas largas y delgadas enredadas con las suyas. No podía recordar a ciencia cierta cuándo la había llevado hasta el dormitorio, pero el ángulo de la luz del sol que iluminaba una pared a través de una ventana alta y estrecha le indicó que la tarde se estaba alejando con rapidez y le daba paso al atardecer. Estaba desnuda, excepto por una sencilla cadena de plata que llevaba alrededor del cuello y el pesado anillo de la legión de Bernard con una piedra verde que colgaba de la cadena. Uno de sus brazos la rodeaba, y su cuerpo era una presencia pesada y relajada.

Amara estaba allí tendida, adormilada y contenta, moviendo perezosamente una de las manos delgadas del color de la miel sobre los músculos nudosos de los brazos de Bernard. Había visto como conseguía levantar con facilidad pesos que ni siquiera un gargante habría considerado una carga ligera, gracias al poder que le proporcionaba su artificio de tierra. Siempre le había resultado muy sorprendente el que un hombre tan fuerte también pudiera ser tan amable.

—Os he echado de menos, mi señora —murmuró su voz con un ronroneo sordo, perezoso y satisfecho.

—Y yo a vos, mi señor.

—He estado esperando este viaje.

Amara dejó escapar una carcajada maliciosa.

—Si por ti fuera, nos quedaríamos aquí.

—Tonterías —replicó, pero con una sonrisa en los labios—. Echo de menos a mi sobrino.

—Y eso es lo que has estado esperando —murmuró Amara, mientras movía la mano—. Eso no.

Los párpados de su esposo se cerraron y dejó escapar un siseo sordo.

—No me malinterpretes. Mmmm. No tengo nada que objetar a esto. Nada en absoluto.

Bernard sintió cómo el vello suave y oscuro de su pecho rozaba la mejilla de Amara mientras sonreía.

—Entonces, supongo que ha funcionado.

Bernard rio, y el sonido fue cálido y relajado. Apretó ligeramente el abrazo y la besó en el cabello.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Bernard se quedó en silencio durante un momento, y ella notó que él se ponía un poco tenso. Amara sentía que le quería preguntar algo y que no estaba seguro de hablar o no. Su mano se deslizó sobre el vientre de ella, fuerte y suave.

Amara sabía que no podía sentir las cicatrices que la peste había dejado en su vientre; aun así se encogió durante un instante. Se forzó a seguir quieta y relajada, y

le cubrió la mano con las suyas.

—Aún no —comentó y tragó saliva—. Bernard...

—Calla, amor —le cortó él con una voz fuerte, soñolienta y confiada—. Lo seguiremos intentando.

—Pero... —suspiró—. Dos años, Bernard.

—Dos años de una noche aquí y una noche allí —replicó Bernard—. Por fin vamos a pasar algún tiempo juntos en Ceres. —Su mano acarició la piel de Amara y ella tembló—. Semanas.

—Pero... amor, si no te puedo dar un hijo... Tu deber como conde te obliga a traspasarles la fuerza de tu artificio a tus hijos. Se lo debes al Reino.

—Yo ya he cumplido con el Reino —replicó Bernard, y su tono se volvió inflexible—. Y he ido más allá. Y le daré a la Corona unos niños con talento. A través de ti, Amara. O no lo haré.

—Pero... —empezó Amara.

Bernard se volvió y la miró.

—¿Deseáis abandonarme, mi señora? —murmuró.

Ella tragó saliva y negó con un gesto, porque no confiaba en que pudiera hablar.

—Entonces no hablemos más de ello —zanjó Bernard, y le dio un beso intenso.

Amara sintió cómo sus reticencias y preocupaciones se empezaban a disolver ante el calor que la volvía a asaltar.

Bernard dejó escapar un gruñido sordo.

—¿Creéis que ya hemos levantado suficientes sospechas sobre esta visita, mi señora?

Ella rio con un sonido gutural.

—No estoy segura.

Bernard dejó escapar otro gemido sordo y giró el cuerpo hacia ella. Sus manos se movieron, y esta vez pudo Amara sentir los escalofríos de placer que le proporcionaban sus caricias.

—Entonces será mejor que nos andemos con cuidado —murmuró él—. Y que cumplamos con nuestro deber.

—Oh —susurró Amara—. Desde luego.

En la hora más fría y oscura de la noche, Amara sintió cómo Bernard se ponía tenso y se sentaba en la cama con la espalda rígida. Estaba rendida de cansancio, pero consiguió ahogarlo para salir lentamente de las profundidades de unos sueños carentes de forma.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—Escucha —respondió en un murmullo.

Amara frunció el ceño y obedeció. Las rachas de viento se precipitaban contra las

paredes de piedra del dormitorio de Bernard en ráfagas irregulares. Desde muy lejos, creyó que podía oír un sonido muy leve en el viento, compuesto por chillidos y gemidos inhumanos.

—¿Una tormenta de furias?

Bernard gruñó y sacó las piernas por el borde de la cama para ponerse en pie.

—Quizá peor. Luz.

Una lámpara de furia que había en la mesita al lado de la cama respondió a su voz, y un brillo dorado surgió de ella. Eso le permitió a Amara ver cómo Bernard se vestía con movimientos secos y rápidos.

Amara se sentó en la cama. Apretaba las sábanas contra su pecho.

—¿Bernard?

—Solo voy a comprobar que se están ocupando de ello —la tranquilizó Bernard—. Apenas tardaré un momento. No te levantes.

Bernard le lanzó una breve sonrisa antes de atravesar la habitación y abrir la puerta. Amara oyó cómo el viento golpeaba contra la puerta. El sonido distante de la tormenta creció hasta convertirse en un aullido ensordecedor antes de que él volviera a cerrarla a sus espaldas.

Amara frunció el ceño y se levantó. Adelantó la mano para coger sus cueros de vuelo, pero vio los cierres cortados y suspiró. En su lugar se vistió con una de las camisas del conde de Calderon y se envolvió en una de las capas de Bernard. Era lo suficientemente grande como para envolverla varias veces, y le caía por debajo de las rodillas. Cerró los ojos durante un momento y respiró el aroma que su esposo había dejado en la tela. A continuación abrió la puerta para ir tras él.

El viento la recibió con un golpe físico. Un viento frío y húmedo que impulsaba una fina niebla. Amara sonrió y le pidió a su furia del viento, Cirrus, que se colocara en el aire a su alrededor para protegerla de las rachas más fuertes de viento y lluvia.

Se quedó en lo alto de las escaleras durante un momento, mirando alrededor de la fortaleza. Las lámparas de furia brillaban contra la tormenta, pero el viento y las rachas de lluvia fría amortiguaban su resplandor, y las reducían a poco más que unas esferas con el diámetro de la largura de un brazo. Amara podía ver hombres que atravesaban a la carrera las sombras provocadas por la tormenta, y de guardia sobre las murallas de Guarnición con las armaduras y las capas empapadas de lluvia. Los barracones que albergaban al contingente de caballeros adscritos a las fuerzas bajo el mando de Bernard se abrieron, y los hombres salieron corriendo en dirección a las murallas.

Amara frunció el ceño y volvió a llamar a Cirrus. La furia la levantó de los escalones con una suave ráfaga de viento y la depositó en el pesado techo de piedra del edificio, que le permitía ver por encima de las murallas de la fortaleza y hacia la llanura que se encontraba más allá.

La tormenta de furia se removía por allí como una bestia enorme, extendida sobre la llanura ancha y ondulada que marcaba el inicio del territorio marat. Se trataba de un caldero enorme e hirviente de relámpagos y enfurecidas nubes de tormenta. Sus fuegos internos iluminaban el terreno con más brillo que la luz de una luna llena. Formas pálidas y luminosas se movían en los relámpagos y los remolinos de niebla, y a su alrededor: eran manes del viento, las furias salvajes y letales que acompañaban a las grandes tormentas.

Un relámpago estalló de repente. Brilló de manera tal que a Amara le dolieron los ojos, y vio cómo el fuego bajaba desde la tormenta como una cortina sólida e impactaba contra el suelo. Saltaron tierra y piedras debido al impacto, que formó una nube llena de escombros que pudo ver a kilómetros de distancia. Mientras miraba, vio cómo unas retorcidas columnas de fuego descendían desde la tormenta y tocaban el suelo. Se convirtieron en media docena de torbellinos aullantes que levantaban tierra y piedras que, a su vez, se convirtieron en una segunda nube de tormenta.

Nunca había visto una tormenta con un poder tan salvaje y primario, y se asustó hasta la médula, pero aquello no tuvo ni punto de comparación cuando vio cómo los tornados, cada uno de los cuales aullaba como si lo estuvieran torturando, giró y se encaminó por la tierra iluminada por los relámpagos hacia las murallas de Guarnición. Más lamentos, aunque infinitamente más débiles, se alzaron en una gran disonancia cuando los manes del viento empezaron a descender de las nubes que tenían encima, vanguardia y escolta de los vórtices mortales.

Resonó la alarma en las pesadas campanas de hierro. Las puertas de la fortaleza se abrieron, y unas dos docenas de comerciantes aleranos y la mitad de marat las atravesaron a la carrera. Buscaban refugio de la tormenta. Detrás de ella pudo oír cómo sonaban otras campanas que señalaban que los habitantes del barrio de cobertizos podían acceder a la seguridad de los refugios de piedra dentro de la fortaleza.

Cirrus le susurró una advertencia en el oído, y Amara descubrió que los manes del viento más cercanos se abalanzaban sobre los hombres que vigilaban encima de las puertas. El resplandor de un relámpago le mostró a Bernard con su gran arco de guerra en la mano, dispuesto a recibir el ataque de las furias salvajes. Vio el brillo de la punta de una de las flechas, y entonces el arco pesado zumbó y la flecha se desvaneció en cuanto el arco de guerra la hizo volar con gran rapidez.

Amara sintió que el corazón se le salía por la boca, porque el acero no era de ninguna utilidad contra los manes del viento, y ninguna flecha del Reino podía matar a aquellas criaturas. Pero los manes del viento gritaron de dolor y se alejaron con un agujero irregular abierto en la sustancia luminosa de sus cuerpos.

Empezaban a descender más manes del viento, pero Bernard siguió en la muralla, disparando con calma las flechas de punta brillante, mientras que los caballeros bajo

su mando concentraban su atención en la tormenta que se iba acercando.

Los caballeros Aeris de Guarnición, que eran artífices del viento como mínimo tan fuertes como Amara, junto con los que la habían escoltado hasta la fortaleza, estaban alineados en las murallas. Se lanzaban gritos por encima de los aullidos furiosos y enloquecidos del viento y la tormenta. Concentrando esfuerzos, cada uno de ellos se centró en el tornado más cercano, y después dejaron escapar todos juntos un chillido repentino. Amara sintió un cambio en la presión atmosférica cuando las furias de los caballeros se lanzaron hacia delante siguiendo sus órdenes, y el torbellino más cercano se tambaleó de repente, titubeó y se convirtió en una nube sucia y confusa que se fue, enlentecida, y acabó desvaneciéndose.

Más manes del viento gritaron de rabia y cayeron en picado contra los caballeros Aeris, pero Bernard evitó que se acercasen demasiado y lanzó flechas infalibles contra cada una de las furias salvajes y brillantes que cargaban contra ellos. Juntos, los caballeros se concentraron en el siguiente tornado, y después en otro más. Ambos se disolvieron. El cabo de unos instantes el último de los tornados se abalanzó sobre las murallas, pero se detuvo en seco y murió antes de alcanzarlas.

La tormenta pasó por encima de sus cabezas, tronando y lanzando relámpagos entre las nubes, pero ahora parecía agotada. La lluvia empezó a caer, y los truenos se redujeron de unos crujidos ensordecedores y rugientes a un rumor sordo y descontento.

La atención de Amara volvió a las murallas, donde los caballeros Aeris estaban regresando a sus barracones. Al pasar de largo se dio cuenta de que los hombres ni siquiera se habían molestado en ponerse las armaduras. De hecho, uno de ellos estaba completamente desnudo, tal como había saltado de la cama, excepto por la capa de legionare que mantenía cerrada alrededor del pecho. Los hombres de su escolta parecían mostrar sorpresa y miedo en los ojos, pero parecía que los comentarios irónicos y las risas relajadas de los caballeros de Guarnición los estaban tranquilizando.

Amara movió la cabeza, volvió a bajar hacia las escaleras, y se retiró al dormitorio de Bernard. Puso algo más de madera en el hogar, y lo removió un poco para que las furias proporcionaran más luz y calor. Bernard regresó al cabo de un momento con algo entre las manos. Le quitó la cuerda, lo secó con un trapo y lo dejó en un rincón.

—Ya te lo dije —comentó con un tono divertido—. No valía la pena salir de la cama.

—¿Esto es habitual por aquí? —preguntó Amara.

—De un tiempo a esta parte, sí —respondió Bernard con el ceño ligeramente fruncido. Estaba empapado por la lluvia, de manera que se fue quitando ropa a medida que se acercaba al fuego—. Aquí suelen venir desde el este. Esto es lo

infrecuente. La mayoría de las tormentas de furias de por aquí nacen encima del viejo Garados. Y casi no puedo recordar alguna época en la que tuviéramos tantas en una fecha tan temprana del año.

Amara frunció el ceño, lanzando una mirada en la dirección de la montaña vieja y arisca.

—¿Tus campesinos corren peligro?

—No estaría aquí si lo corrieran —contestó Bernard—. Habrá un montón de manes del viento hasta que la tormenta se agote por sí misma, pero eso es bastante habitual.

—Ya veo —asintió Amara—. ¿Qué flechas has utilizado contra esos manes?

—Puntas especiales cubiertas con cristales de sal.

La sal era una maldición para las furias del viento y les causaba muchas molestias.

—Ingenioso —reconoció Amara—. Y efectivo.

—Idea de Tavi —explicó Bernard—. Lo sugirió hace años, aunque nunca había tenido ninguna necesidad de probarlas hasta este año. —De repente, sonrió—. La cabeza le empezará a dar vueltas al muchacho cuando se entere.

—Le echas de menos —afirmó Amara.

Bernard asintió.

—Tiene buen corazón y es lo más parecido a un hijo que tengo. Por el momento.

Amara lo dudaba, pero no tenía sentido decirlo en voz alta.

—Por el momento —repitió en voz neutra.

—Estoy deseando llegar a Ceres —reconoció Bernard—. Hace semanas que no hablo con Isana. Eso es raro en mí, pero supongo que tendremos tiempo durante el viaje.

Amara no dijo nada y los crujidos del fuego acentuaron la tensión repentina que había ido creciendo entre los dos.

Bernard frunció el ceño.

—¿Amor?

Ella respiró hondo y lo miró sin apartar los ojos.

—Isana declinó la invitación del Primer Señor de que la llevaran sus caballeros Aeris. Con suma educación, por supuesto. —Amara suspiró—. La gente de Aquitania ya la está acompañando al cónclave de la Liga Diánica.

Bernard le frunció el ceño, pero apartó la mirada, que se concentró en el calor del fuego.

—Ya veo.

—En cualquier caso, no creo que tenga muchas ganas de compartir mi compañía —continuó Amara en voz baja—. Ella y yo... bueno.

—Lo sé —reconoció Bernard, y para Amara su esposo parecía de repente muchos

años mayor—. Lo sé.

Amara movió la cabeza.

—Sigo sin comprender por qué odia tanto a Gaius. Parece como si lo considerara algo personal.

—Oh —replicó Bernard—, lo es.

Ella le tocó el pecho con los dedos de una mano.

—¿Por qué?

Él negó con un gesto.

—Sé tanto como tú. Desde que murió Alia...

—¿Alia?

—Nuestra hermana menor —explicó Bernard—. Isana y ella estaban muy unidas. Yo estaba fuera en mi primer período de servicio con las legiones rivanas. Estábamos estacionados en la Muralla del Escudo, colaborando con las tropas de Frigia contra los hombres de hielo. Nuestros padres habían muerto unos años antes y, cuando Isana fue a prestar servicio en el campamento de la legión, Alia la acompañó.

—¿Adónde? —preguntó Amara.

Bernard hizo un gesto hacia la pared occidental del dormitorio, indicando todo el conjunto del valle de Calderon.

—Aquí. Estuvieron aquí durante la primera batalla de Calderon.

Amara inspiró con fuerza.

—¿Qué ocurrió?

Bernard volvió a negar con la cabeza y parecía que sus ojos se habían hundido un poco más.

—Alia e Isana escaparon por los pelos del campamento antes de que lo destruyera la horda. Por lo que explicó Isana, cogieron desprevenida a la Legión de la Corona. Entregaron sus vidas para que los civiles tuvieran la oportunidad de salir corriendo. No había sanadores. No había refugio. No había tiempo. Alia se puso de parto e Isana tuvo que elegir entre Alia y el bebé.

—Tavi —concretó Amara.

—Tavi. —Bernard dio un paso y abrazó a Amara. Ella se reclinó en su fuerza y calor—. Creo que Isana culpa al Primer Señor de la muerte de Alia. Supongo que no es demasiado racional.

—Pero comprensible —murmuró Amara—. En especial, si se siente culpable por la muerte de su hermana.

Bernard gruñó y alzó las cejas.

—Nunca lo había analizado desde ese punto de vista. Suena bastante razonable. Isana siempre ha sido del tipo de persona que se echa la culpa por cosas en las que no podía hacer nada. Eso tampoco es muy racional.

Bernard apretó los brazos alrededor de Amara y ella se abandonó en él. El fuego

era cálido, y el cansancio la fue invadiendo poco a poco, y eso hizo que se sintiera muy pesada. Bernard la acarició por última vez y la cogió en brazos.

—Ambos necesitamos dormir.

Amara suspiró y apoyó la cabeza en su pecho. Su esposo la llevó a la cama, le quitó la ropa que se había puesto encima a la carrera antes de salir a la lluvia y se deslizó con ella bajo las sábanas. La sostuvo con mucha suavidad, y su presencia le transmitió calma y alivio, antes de que Amara lo rodeara con un brazo y cayera en un sopor que la condujo casi de inmediato hacia un sueño mucho más profundo.

Amara analizó la tormenta de furias en el momento de tranquilidad que se produce justo antes del sueño. Su instinto le decía que no había sido natural. Temía que, como la enorme tormenta de hacía dos años, pudiera ser el esfuerzo deliberado de uno de los enemigos del Reino para debilitar a Alera. En especial ahora, teniendo en cuenta los acontecimientos que se estaban produciendo por todo el Reino.

Ahogó un sollozo y se apretó contra su esposo. Una vocecita interior le gritaba que aprovecharse todos los momentos de paz y seguridad que pudiera, pues sospechaba que estaban a punto de convertirse en meros recuerdos.

3

Tavi no levantó la espada a tiempo y el ataque de arriba abajo de Max le golpeó en la muñeca en un ángulo sorprendentemente perpendicular. Tavi oyó cómo se rompía algo y tuvo tiempo de pensar que esos eran los huesos de su muñeca antes de que el dolor hiciera que el mundo se tiñera de escarlata y tuviera que hincar una rodilla en el suelo antes de caerse hacia un lado.

El *rudius* de Max, la espada de entrenamiento de madera, golpeó con bastante fuerza el hombro y la cabeza de Tavi antes de que pudiera gemir:

—¡Para!

A su lado, el maestro Magnus apuntó a Max con su *rudius* en un saludo rápido, dejó a un lado el escudo legionare que le colgaba del brazo izquierdo, tiró el *rudius* al suelo y se arrodilló al lado de Tavi.

—Ven, muchacho. Déjame ver.

—¡Cuervos! —maldijo Max, enfadado—. Has bajado el escudo. Has vuelto a bajar el maldito escudo, Calderon.

—¡Me has roto el maldito brazo! —replicó Tavi, que aún sentía un dolor punzante.

Enfadado, Max dejó caer el escudo y el *rudius*.

—Ha sido culpa tuya. No te lo estás tomando en serio. Necesitas practicar más.

—Vete con los cuervos, Max —gimió Tavi—. Si no insistieras en esta estúpida técnica de lucha, esto no habría ocurrido.

Magnus se detuvo e intercambió una mirada con Max. Suspiró y retiró las manos del brazo herido de Tavi. A continuación, recogió el escudo y el *rudius*.

—Prepara el escudo y ponte en pie —ordenó Max con voz tranquila mientras recuperaba su *rudius*.

Tavi bufó.

—Me has roto el maldito brazo. ¿Cómo crees que voy a...?

Max dejó escapar un rugido y movió la espada de entrenamiento contra la cabeza de Tavi.

A este casi le resultó imposible echarse hacia atrás para evitar el ataque y tuvo que luchar por ponerse en pie. Estaba en precario equilibrio a causa del dolor y el pesado escudo que le colgaba del brazo izquierdo.

—¡Max! —gritó.

Su amigo volvió a rugir, y le lanzó un nuevo ataque con el arma.

El *rudius* de Magnus se movió como un rayo y desvió el golpe. El viejo maestro arrimó el hombro al lado del escudo de Tavi, a quien sostuvo lo suficiente para que recuperara el equilibrio.

—Quédate cerca —gruñó Magnus, mientras Max intentaba rodearlos para atacar

de nuevo—. Tu escudo se solapa con el mío.

Tavi estaba tan embotado por el dolor que sentía en el brazo que apenas entendía de qué le hablaban, pero lo hizo. El único blanco que Magnus y él le ofrecían a Max era la ancha superficie de sus escudos, mientras que el atacante los rodeaba hacia el punto más débil: Tavi.

—Es más rápido y tiene mayor alcance que yo. Protégeme, o de lo contrario ninguno de los dos podrá sostener una espada. —El codo de Magnus se clavó con rapidez en las costillas de Tavi, quien giró ligeramente y abrió un pequeño hueco entre los escudos. Magnus aprovechó para descargar el tajo rápido y feo que tan poco había entusiasmado a Tavi.

Max apenas pudo detener el ataque con el escudo y, cuando llegó su golpe de respuesta, Tavi estiró el escudo hacia Magnus, de manera que pudo desviar la estocada mientras el maestro recuperaba el equilibrio defensivo.

—¡Bien! —ladró Magnus—. ¡No bajes el escudo!

—Mi brazo... —jadeó Tavi.

—¡No bajes el escudo! —rugió Max, y envió una serie de tajos contra la cabeza de Tavi.

El muchacho fue girando, sin apartarse del lado de Magnus. Los golpes de respuesta del viejo maestro eran lo suficientemente amenazadores como para que Max desistiese de lanzar un ataque en tromba que rompiera la defensa de Tavi, cada vez más débil. Pero el talón de Tavi golpeó con una piedra, dio un paso en falso y se alejó un poco del costado de Magnus. El *rudius* de Max golpeó el cráneo de Tavi con suficiente fuerza como para que una lluvia de estrellas le atravesara la cabeza, a pesar del pesado yelmo de cuero que llevaba durante las sesiones de entrenamiento.

Cayó con suavidad, rodilla en tierra, pero una parte de su cerebro aturdido le indicó que mantuviera el escudo cerca de Magnus. De este modo pudo desviar un ataque similar que Max dirigió contra el maestro en su movimiento de vuelta. El *rudius* de Magnus salió disparado y golpeó con dureza a Max en la parte interior del codo. El joven hombretón gruñó, y a continuación alzó el *rudius* en señal de reconocimiento y se alejó de la pareja de defensores.

Tavi se derrumbó. Estaba tan cansado que apenas podía respirar. Su muñeca herida latía de dolor. Durante un momento se quedó tendido de lado. Después abrió los ojos y miró a su amigo y a Magnus.

—¿Os habéis divertido?

—¿Perdona? —preguntó Max, cuya voz también sonaba cansada, aunque ni siquiera estaba jadeando.

Tavi sabía que tal vez debiera mantener la boca cerrada, pero el dolor y la rabia le hacían caso omiso a su sentido común.

—Me han amedrentado antes, Max. Pero nunca pensé que lo harías tú.

—¿Eso es lo que crees que ha ocurrido? —preguntó Max.

—¿No es así? —exigió Tavi.

—No estabas prestando atención —intervino Magnus con tono tranquilo, mientras se libraba del equipo de entrenamiento y cogía una cantimplora con agua—. Si te han herido, ha sido a causa de tu fracaso.

—No —bufó Tavi—. Ha sido porque mi amigo me ha roto el brazo y me ha obligado a seguir con esta idiotez.

Max se agachó delante de Tavi y se lo quedó mirando durante un momento en silencio. La expresión de su amigo era seria, e incluso... sobria. Tavi no había visto nunca esa expresión en la cara de Max.

—Tavi —empezó en voz baja—. Has visto como luchan los canim. ¿Crees que alguno de ellos será tan cortés como para permitir que te levantes y abandones el combate porque has sufrido una herida sin importancia? ¿Crees que a alguno de los marat se le pasarán por alto los puntos débiles de tu defensa para no herir tu orgullo? ¿Crees que un legionare enemigo se detendrá a escuchar que esta no es tu mejor técnica y que no debería ser tan duro contigo?

Tavi se quedó mirando a Max durante un momento.

Max aceptó la cantimplora que le tendía Magnus después de haber terminado con ella, y bebió. Después le dio un golpecito al *rudius* que estaba en el suelo a su lado.

—Cubres a tu compañero de escudo pase lo que pase. Si te han roto la otra muñeca, si eso te deja al descubierto, si te estás desangrando. Nada de eso importa. No bajas el escudo. Lo sigues protegiendo.

—¿Aunque me deje al descubierto? —preguntó Tavi.

—Aunque te deje al descubierto. Tienes que confiar en que el hombre que tengas a tu lado te proteja si llega el momento. Lo mismo que tú lo proteges a él. Eso es la disciplina, Tavi. Se trata literalmente de la vida y de la muerte, no solo para ti, sino también para todos los hombres que luchan contigo. Si fallas, puede que no seas el único que muera. Matarás a los hombres que dependen de ti.

Tavi se quedó mirando a su amigo y la rabia se fue diluyendo. Solo quedaron el dolor y todo el cansancio del mundo.

—Voy a preparar una palangana —informó Magnus en voz baja y se alejó.

—No tenemos margen de error —continuó Max, mientras liberaba del escudo el brazo izquierdo de Tavi y le pasaba el agua.

Tavi sintió de repente una sed feroz y empezó a engullir. Apartó la cantimplora y apoyó la cabeza en el suelo.

—Me has hecho daño, Max.

Max asintió.

—A veces el dolor es la única manera de que un recluta estúpido preste atención.

—Pero los golpes... —replicó Tavi, frustrado pero sin animosidad—. Sé usar una

espada, Max. Y tú lo sabes. La mayoría de esos movimientos son los más torpes que he visto nunca.

—Sí —reconoció Max—, porque se tienen que descargar entre los escudos sin darle un codazo en el ojo al hombre que tienes detrás ni desequilibrar al que tienes a tu derecha, o evitar que los pies te resbalen en el barro o la nieve. Tienes un hueco durante quizá medio segundo, y lo aprovechas para golpear cualquier cosa que tengas delante con toda la fuerza que seas capaz de reunir. Con esos golpes se hace el trabajo.

—Pero yo ya he recibido entrenamiento.

—Te han enseñado autodefensa —le corrigió Max—. Te han entrenado para participar en un duelo, o para luchar en un grupo de guerreros que actúan por su cuenta. El frente de una legión en el campo de batalla es un mundo completamente diferente.

Tavi frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Los legionarios no son guerreros, Tavi. Son soldados profesionales.

—¿Cuál es la diferencia?

Max frunció los labios reflexionando.

—Los guerreros luchan. Los legionarios luchan juntos. No se trata de ser el mejor espadachín. Se trata de formar un conjunto que sea más fuerte que la suma de los individuos que lo integran.

Tavi frunció el ceño, y se detuvo a analizar aquella idea a pesar de que los latidos de la muñeca le velaban el pensamiento y lo hacían sentir incómodo.

—Incluso el guerrero más incompetente puede aprender las técnicas de la legión —prosiguió Max—. Son sencillas. Son sucias. Pero funcionan. Funcionan cuando el campo de batalla está abarrotado y es brutal y terrible. Funcionan porque el hombre que tienes a tu lado confía en que le cubrirás, y porque confías en que él te cubra a ti. Cuando se trata de una batalla, prefiero luchar al lado de legionarios competentes antes que de duelistas, aunque sean la sombra de Araris Valeriano en persona. No se puede comparar.

Tavi bajó la mirada durante un momento.

—No lo entiendo.

—Estabas en desventaja. Eres bastante bueno con el acero. —Max sonrió de repente—. Si te sirve de consuelo, a mí me pasó lo mismo. Mi primer centurión me tuvo que romper la muñeca en seis ocasiones, y la rodilla en otras dos, hasta que lo aprendí.

Tavi hizo una mueca: su muñeca se estaba hinchando hasta convertirse en una salchicha rolliza de latidos de dolor.

—Por supuesto, lo más razonable es pensar que mi aprendizaje será más rápido que el tuyo, Max.

—Ajá. Sigue hablando así y dejaré que te cures la muñeca tú solito. —A pesar de sus palabras, Max parecía preocupado por él—. ¿Te recuperarás?

Tavi asintió.

—Siento haberme metido contigo, Max. Solo que... —Tavi sintió cómo le recorría una pequeña punzada de soledad, que se había convertido en una sensación familiar en los últimos seis meses—. Echo de menos la reunión. Echo de menos a Kitai.

—¿No puede pasar ni un día sin que me vengas lloriqueando por ella? Ha sido tu primera chica, Calderon. Lo superarás.

La pequeña punzada de soledad lo volvió a atravesar.

—No quiero superarlo.

—Es ley de vida, Calderon.

Max cogió el brazo bueno de Tavi, se lo pasó por encima de sus anchos hombros y lo alzó del suelo. Max lo ayudó a regresar junto al fuego del campamento, donde Magnus vertía agua hirviendo en una palangana casi llena.

El atardecer duraba mucho más en el valle de Amarante; al menos, en comparación con el hogar montañoso de Tavi. Todas las tardes, el trío había finalizado la jornada de viaje una hora antes del anochecer, con la intención de enseñarle a Tavi las tácticas y técnicas de batalla de las legiones. Las lecciones habían sido arduas, en su mayor parte ejercicios con un *rudius* pesado. A Tavi le dolía demasiado el brazo como para moverlo durante las dos primeras noches, y Max no lo consideró listo para soportar el entrenamiento hasta dos semanas después. Solo entonces los ejercicios habían endurecido los músculos lo suficiente como para formar ángulos fuertes y afilados por debajo de la piel. A lo largo de otra semana, Tavi había experimentado la máxima frustración con las técnicas en apariencia torpes que le estaban obligando a aprender, pero tenía que admitir que nunca había estado en mejor forma para combatir.

Al menos, hasta que Max le rompió la muñeca.

Max dejó a Tavi al lado de la palangana y Magnus guio la muñeca que se había lastimado y la sumergió en el agua caliente.

—¿Has estado despierto durante una cura a través de un artificio de agua, muchacho?

—Un montón de veces —respondió Tavi—. Mi tía me ha tenido que recomponer más de una vez.

—Bien, bien —aprobo Magnus.

El maestro se detuvo durante un momento, después cerró los ojos y puso la palma de la mano ligeramente sobre la superficie del agua. Tavi sintió cómo se agitaba el

líquido con una onda repentina, como si una anguila invisible hubiera atravesado el agua alrededor de la mano. A continuación, el cálido entumecimiento de la curación le envolvió la extremidad.

El dolor desapareció y Tavi dejó escapar un gemido de alivio. Se inclinó hacia delante, y trató de no mover la mano. No estaba seguro de que fuera posible quedarse dormido mientras se estaba sentado y con los párpados ligeramente abiertos, pero al parecer lo estaba consiguiendo, porque cuando volvió a levantar la mirada ya había caído la noche y el aroma del guiso llenaba el aire.

—Ya está —anunció Magnus, con semblante cansado, y retiró la mano de la palangana—. Pruébala.

Tavi retiró el brazo del agua tibia de la palangana y flexionó los dedos. Los músculos anquilosados hicieron que el movimiento fuera doloroso, pero la hinchazón había desaparecido y las punzadas de dolor se habían convertido en una sombra de lo que habían sido.

—Está bien —reconoció Tavi en voz baja—. No sabía que fuerais un sanador.

—Solo sanador asistente durante mi servicio en las legiones. Pero este tipo de cosas eran bastante rutinarias. Estará un poco delicada. Cena todo lo que puedas y esta noche mantenla en alto si quieres evitar que te duela.

—Lo sé —le aseguró Tavi.

Se puso en pie y le ofreció al sanador la mano recuperada. Magnus sonrió un poco divertido y la cogió. Tavi le ayudó a ponerse en pie y los dos se acercaron a la olla sobre el fuego. Tavi estaba hambriento, como siempre después de una curación. Engulló los dos primeros cuencos de guiso casi sin respirar. Se sirvió el tercero con las sobras que había en el fondo de la olla, pero lo hizo con más calma, mojando el pan duro en el caldo para ablandarlo un poco y poder comérselo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le planteó a Max.

—Desde luego —respondió el enorme antilano.

—¿Por qué te molestas en enseñarme la técnica? —preguntó Tavi—. Voy a servir como oficial y no voy a luchar con la tropa.

—Eso no lo puedes saber —respondió Max con voz cansina—. Pero aunque no llegaras a luchar nunca, necesitas saber cómo es un legionare, cómo piensa y por qué actúa como actúa.

Tavi gruñó.

—Además, para interpretar tu papel, debes ser capaz de ver cuando un pez lo está haciendo mal.

—¿Un pez? —preguntó Tavi.

—Un nuevo recluta —le aclaró Max—. El primer par de semanas siempre van por ahí como un pez fuera del agua en lugar de legionares. La costumbre es que los hombres más expertos señalen todos los errores que cometen los peces de la manera

más humillante posible y con su tono de voz más recio.

—¿Por eso me lo has estado haciendo a mí? —preguntó Tavi.

Tanto Max como el viejo maestro sonrieron.

—El Primer Señor no quiere que te pierdas gran parte de la experiencia —aclaró Magnus.

—Oh —asintió Tavi—, me aseguraré de darle las gracias.

—Entonces, todo aclarado —concluyó Magnus—. Vamos a ver si recuerdas lo que te he estado enseñando durante la cabalgada.

Tavi gruñó y se acabó la comida. El entrenamiento, el dolor y el artificio lo habían dejado extenuado. Si de él hubiera dependido, se habría tendido allí mismo y se habría quedado dormido, algo que seguramente buscaban Max y Magnus.

—Cuando queráis —suspiró.

—Muy bien —empezó Magnus—. Para empezar, ¿por qué no me hablas de todas las regulaciones sobre letrinas y sistemas de saneamiento, y enumeras las sanciones disciplinarias por no cumplir lo que establecen las normas?

Acto seguido, Tavi empezó a recitar la normativa más relevante, aunque en las últimas tres semanas había tenido que memorizar tanta que fue todo un reto hacerla aflorar; máxime teniendo en cuenta el cansancio que arrastraba. Magnus dejó atrás los asuntos relacionados con el saneamiento, y pasó a la logística, los procedimientos para establecer y levantar un campamento, los horarios de guardia, la disposición de patrullas y otro centenar de facetas de la vida legionaria que Tavi debía recordar.

Obligó a su cerebro a proporcionarle datos hasta que estuvo tan cansado que interrumpía cada frase con un bostezo. Entonces Magnus dijo, por fin:

—Ya es suficiente, muchacho. Vete a dormir.

Hacía una hora que Max se había sumergido en un ronquido saludable. Tavi fue a buscar sus mantas para dormir y cayó en ellas. En el último momento pensó en colocar el brazo sobre el yelmo de cuero de entrenamiento.

—¿Estoy preparado?

Magnus ladeó la cabeza pensativo y sorbió su taza de té.

—Aprendes rápido. Has trabajado duro para memorizar la mayor parte. Pero eso no importa. —Miró de reojo a Tavi—. ¿Crees que estás preparado?

Tavi cerró los ojos.

—Lo conseguiré. Al menos hasta que algo que se escape de mi control vaya rematadamente mal y nos mate a todos.

—Buen chico —lo tranquilizó Magnus con una risita—. Has hablado como un legionare. Pero ten presente una cosa, Tavi.

—¿Hummm?

—Ahora mismo, finges que eres un soldado —le contó el anciano—. Pero esta misión va a durar algún tiempo. Cuando se haya acabado, no estarás actuando.

Tavi abrió los ojos de repente y se quedó mirando el mar de estrellas que iba apareciendo sobre sus cabezas.

—¿Alguna vez ha tenido un mal presentimiento, como si supiera que estaba a punto de ocurrir algo malo?

—A veces. Normalmente provocado por un mal sueño o por ninguna razón en absoluto.

Tavi movió la cabeza.

—No. Esta no es una de esas veces. —Les frunció el ceño a las estrellas—. Lo sé. Lo sé como sé que el agua moja. Y que dos y dos son cuatro. No viene acompañado de malicia ni de miedo. Tan solo es así. —Miró de reojo al maestro—. ¿Alguna vez se ha sentido así?

Magnus se quedó en silencio durante un buen rato. Contemplaba el fuego con mirada calculadora. La taza de metal le ocultaba la mayor parte del rostro.

—No —respondió al fin—, pero conozco a un hombre a quien le ha ocurrido una o dos veces.

Cuando el maestro no dijo nada más, Tavi preguntó:

—¿Y si hay que luchar, maestro?

—¿Y si hay que hacerlo? —preguntó Magnus.

—No estoy seguro de estar preparado.

—Nadie lo está —le aseguró el maestro—. En realidad, nadie lo está. Los veteranos fanfarronean con que se aburren en la mayoría de las batallas, pero siempre tienes el mismo miedo que la primera vez. No vas a desentonar, muchacho.

—Eso no es algo que se me dé muy bien —replicó Tavi.

—Supongo que no —reconoció Magnus, quien movió la cabeza y apartó la vista del fuego—. Será mejor que descansen estos viejos huesos. Haz tú lo mismo, muchacho. Mañana te vas a unir a las legiones.

Entraron en el campamento de instrucción de la Primera Legión Alerana a media tarde. Tavi apartó perezosamente unos rizos negros que se le habían quedado prendidos en el cuello, se pasó la mano sobre el cabello muy corto que le quedaba en la cabeza, y miró a Max.

—No puedo creer que me lo hicieras mientras estaba dormido.

—Las normas son las normas —replicó Max con tono piadoso—. Además, si hubieras estado despierto, no habrías dejado de quejarte.

—Creía que era el derecho sagrado de todo soldado —se quejó Tavi.

—Sí, de todo soldado, señor. Pero usted es un oficial, señor.

—Debes mandar con el ejemplo —murmuró Magnus—. En el aseo y en el uniforme.

Tavi miró a Magnus y estiró un poco la casaca suelta de cuero que llevaba puesta. Estaba confeccionada con un cuero tan duro y pesado que podía desviar el golpe de una espada, y teñida de azul oscuro, en contraste con la túnica ligera que llevaba debajo. También llevaba un cinturón y una espada como se acostumbraba a hacer en las legiones. Aunque había utilizado un arma ligeramente más larga durante el entrenamiento, el tacto del arma principal de las legiones le resultaba agradable, en especial después de haber practicado con Max y el maestro.

El campamento de la legión tenía el tamaño de la fortaleza de su tío en Guarnición. Tavi sabía que eran de unas dimensiones similares por una razón: todos los campamentos de la legión estaban dispuestos siguiendo el mismo modelo para asegurarse de que todos los mandos, mensajeros y funcionarios de las fuerzas armadas supieran moverse siempre por cualquier campamento. Además, permitía que la milicia recién incorporada al servicio se pudieran fundir con las tropas altamente disciplinadas y organizadas de una legión. Tavi se dio cuenta de que Guarnición no era más que un campamento estable de las legiones, pero construido con piedra en lugar de lonas y madera, con barracones en vez de tiendas, y murallas de piedra y almenas en vez de empalizadas de madera desmontables. Albergaba algo menos de la dotación completa de hombres. Según lord Riva, ello se debía a que confiaba sin reservas en la alianza del conde Bernard con los clanes marat más grandes emplazados en las tierras que se extendían más allá de Guarnición. No obstante, Tavi sospechaba que tenía mucho más que ver con los fondos que desaparecían de la partida de gastos militares de Riva e iban a parar a otros menesteres.

El terreno que rodeaba el campamento había quedado completamente aplanado por los miles de pies que realizaron la instrucción durante las semanas anteriores. La hierba gruesa y verde propia del valle había quedado aplastada, y solo en algunos puntos volvía a brotar después de tantos pisotones. Tavi podía ver a varios cientos de

soldados siguiendo la instrucción en ese mismo momento, al menos media docena de cohortes de reclutas que se movían con las túnicas marrón doradas que lucirían hasta ganarse la armadura de acero. Llevaban grandes réplicas en madera de los escudos de verdad, más pesados que los reales, así como palos de madera de la largura habitual de la lanza de combate de las legiones. Por supuesto, cada recluta llevaba también el pesado *rudius*, y los hombres en marcha tenían la apariencia flácida y aburrida de los jóvenes que pasan verdaderas penurias. Tavi percibió más de una mirada de resentimiento cuando pasaron al lado de los reclutas en marcha, pues, en comparación, parecían alegres, frescos y despreocupados.

Pasaron por lo que habría sido la entrada oriental de Guarnición. Un par de hombres cubiertos con las armas y la armadura de legionares veteranos les dio el alto. Eran mayores que los reclutas del exterior, y su aspecto, más desaliñado. Los dos hombres necesitaban un afeitado y, como comprobó Tavi cuando se hubo acercado lo suficiente como para olerlos, también un baño.

—Alto —bramó el primero mientras reprimía un bostezo. Era un hombre unos pocos años mayor que Tavi, alto, ancho y algo fofo en la cintura—. Nombre y destino, por favor, o seguid vuestro camino.

Tavi tiró de las riendas a unos pasos del centinela y le hizo un saludo cortés con la cabeza.

—Rufus Scipio, de Riva. Estoy destinado como subtribuno con el tribuno Logística.

—Así que Scipio —arrastró las palabras el legionare, mientras sacaba de un bolsillo un trozo de papel plegado, limpió lo que parecían unas migajas de pan y leyó —: Tercer subtribuno. —Movié la cabeza—. Para un lugar que casi no necesita un tribuno, y mucho menos tres subtribunos. Te vas a incorporar a un mundo de dolor, pequeño Scipio.

Tavi entornó los ojos al mirar al veterano.

—¿El capitán Cyril ha impartido órdenes no convencionales respecto al protocolo con los rangos, legionare?

El segundo legionare de servicio dio un paso al frente. Era más bajo y fornido y, como su compañero, su barriga hablaba de poco ejercicio y mucha cerveza.

—¿Qué ocurre? ¿Un joven cachorro de ciudadano se cree mejor que los hombres que nos hemos alistado porque ha cumplido un período de servicio en el jardín de rosas de una legión que nunca ha perdido de vista las murallas de su ciudad?

—Siempre es lo mismo —replicó el primer hombre, y le lanzó una mueca desdeñosa a Tavi—. Lo siento, señor. ¿Me ha preguntado algo? Porque si lo ha hecho, algo mucho más importante lo ha sacado de mi cabeza.

Sin mediar palabra, Max saltó del caballo, cogió un bastón corto y pesado que llevaba en la alforja y lo estampó contra el puente de la nariz del primer centinela. El

golpe derribó al hombre alto y lo lanzó de espaldas al suelo.

El segundo centinela apuntó la lanza a Max, que no llevaba armadura. El joven la agarró con una mano, y la detuvo de modo que fuera tan inamovible como si se hubiera clavado en una roca. Acto seguido, lanzó al centinela más bajo contra la empalizada de madera con tal fuerza que toda la sección tembló y se tambaleó. El centinela rebotó, cayó al suelo y, antes de que se pudiera levantar, Max colocó la punta del bastón de madera bajo la barbilla del hombre y tiró hacia arriba. El centinela dejó escapar un sonido ahogado y se quedó quieto con la espalda contra el suelo.

—Señor —arrastró Max perezosamente las palabras dirigidas a Tavi—. Tendréis que perdonar a Nonus —un golpe con el bastón hizo que el hombre más bajo dejara escapar un chillido quejoso— y a Bortus, que es ese. —La bota de Max golpeó las costillas del primer centinela, quien ni siquiera se movió—. Hace unos años consiguieron que los expulsaran de la Tercera Legión Antilana, y supongo que no son lo suficientemente listos como para recordar que todos sus problemas se debieron a la falta del respeto debido a los oficiales.

—Antillar —jadeó el hombre más bajo.

—No estoy hablando contigo, Nonus —replicó Max, y apretó su bastón de centurión contra la punta de la barbilla del legionare—. Pero me alegra que me reconozcas. Que sepas que voy a servir aquí como centurión y estaré a cargo del entrenamiento con armas. Bortus y tú os acabáis de presentar voluntarios para ser las dianas de mi primer grupo de peces. —Su voz se endureció—. ¿Quién es vuestro centurión?

—Valiar Marcus —jadeó el aludido.

—¡Marcus! Habría jurado que se había retirado. Tendré unas palabras con él acerca de vosotros. —Se inclinó y añadió—: Suponiendo que el subtribuno Scipio no tenga inconveniente. Está en su derecho en pasar directamente a los azotes si lo desea.

—Pero yo no... —balbuceó Nonus—. Ha sido Bortus el que...

Max se apoyó un poco más en el bastón y Nonus se calló con un hipido lastimoso. El enorme antilano miró a Tavi por encima del hombro y le guiñó el ojo.

—¿Cuál es su deseo, señor?

Tavi movió la cabeza y tuvo que hacer un esfuerzo para que no le apareciera una sonrisa en la cara.

—Aún no hay necesidad de azotes, centurión. Si empezamos por ahí, después no tendremos nada a lo que recurrir. —Se inclinó hacia delante para contemplar al legionare más grande, que yacía inconsciente. Respiraba, pero la nariz se le estaba hinchando y saltaba a la vista que rota. Los dos ojos ya estaban rodeados de unos moratones magníficos de un color escarlata oscuro. Se volvió hacia el hombre a quien

Max había dejado inconsciente—. Legionare Nonus, ¿verdad? Cuando llegue el relevo, lleva a tu amigo al médico. Cuando se despierte, recuérdale lo que ha ocurrido. Y añade que, al menos cuando se está de guardia, puede que saludar con el decoro apropiado a los oficiales que llegan al campamento sea más importante que burlarse de los cachorros criados en jardines de rosas. ¿De acuerdo?

Max volvió a aplastar el bastón contra Nonus. El legionare asintió con frenesí.

—Buen hombre —reconoció Tavi antes de espolear al caballo y pasar de largo sin mirar hacia atrás.

Solo oyó cómo Magnus descendía de su montura, se quejaba durante un momento sobre el estado de sus alforjas y le presentaba sus papeles al centinela postrado en el suelo. Se aclaró la garganta y aspiró por la nariz.

—Magnus, ayuda de cámara del capitán y su plana mayor. No me puedo creer el estado de tu uniforme. Malditos cuervos, esta tela es sencillamente ridícula. ¿Siempre huele tan mal? ¿O eres tú? Y estas manchas. ¿Cómo has conseguido? No, no me lo digas. No lo quiero saber.

Max dejó escapar una de sus carcajadas habituales y, un momento después, Magnus y él atraparon a Tavi. Pasaron por una sucesión de filas de tiendas de lona blanca. Algunas tenían la perfección de las legiones. Otras estaban mal montadas y medio caídas: sin duda se trataba de los alojamientos de los nuevos reclutas que aún no habían alcanzado al nivel requerido.

A Tavi le sorprendió lo ruidoso que era aquel lugar. Los hombres gritaban para que los oyeran por encima del estruendo. Una mendiga ciega y sucia estaba sentada al borde de la calle principal del campamento. Tocaba una flauta de junco a cambio de alguna moneda de los transeúntes. Los equipos de trabajo abrían zanjas y acarreaban madera, cantando mientras trabajaban. Tavi podía oír el golpeteo constante del martillo de un herrero. Un veterano canoso instruía a toda una cohorte —cuatro centurias de ochenta hombres cada una— en los movimientos básicos con la espada que Tavi acababa de aprender. Los reclutas estaban enfrentados en un par de largas filas. Realizaban los movimientos a partir de los números que ladraba el veterano, y los gritaban en respuesta mientras los ejecutaban. Los golpes eran lentos y vacilantes, y los movimientos incorrectos se detenían a medias y seguían los que dictaba el instructor. Mientras miraban, Tavi vio cómo un *rudius* caía de la mano de un recluta y le golpeaba en la rodilla al hombre que tenía al lado. El recluta golpeado gritó, saltó a la pata coja, empujó al hombre que tenía al otro lado, e hizo que cayeran al suelo media docena de reclutas.

—Ah —exclamó Tavi—, peces.

—Peces —asintió Max—. Aquí podemos hablar con seguridad —añadió—. Hay ruido suficiente para que sea difícil escuchar.

—Podría habérmelas arreglado con esos dos, Max —le informó Tavi en voz baja.

—Pero un oficial no lo habría hecho —le aclaró Max—. Los centuriones son los que rompen cabezas cuando los legionares se salen de madre. En especial los conflictivos, como Nonus y Bortus.

—Los conoces —afirmó Tavi.

—Hummm. Serví con esos lagartos venenosos. Son perezosos, pesados, codiciosos, borrachos y fanfarrones. Los dos.

—No parecían muy contentos de verte.

—En cierta ocasión discutimos acerca de la manera correcta de tratar a una dama en el campamento.

—¿Cómo acabó? —preguntó Tavi.

—Como hoy, pero con más dientes por el suelo —respondió Max.

Tavi movió la cabeza.

—Y a hombres así los valoran como veteranos, y les dan una paga superior.

—Fuera de la línea de batalla no valen ni la tela necesaria para limpiar una hoja con su sangre. —Max giró la cabeza y los miró—. Pero son luchadores. Conocen su trabajo y han estado metidos en algunas situaciones comprometidas sin vacilar. Por eso se les permitió la baja voluntaria, en lugar de la licencia forzosa por conducta impropia de un legionare.

—Y eso explica también por qué están aquí —añadió Magnus—. Según los archivos, se trata de veteranos honorables dispuestos a empezar con una legión nueva, y esa experiencia no tiene precio para instruir a los reclutas y controlar sus filas en el campo de batalla. Saben que serán veteranos, que no tendrán que realizar las tareas más ingratas, y que tendrán una paga mejor.

Max bufó.

—Y no olvides que la legión se está formando en el maldito valle de Amarante. Un montón de hombres libres mataría por vivir aquí. —Max trazó un gesto a su alrededor—. No hay nieve, ni es necesario preocuparse por ella. No hace mal tiempo. No hay furias salvajes y letales. Hay un montón de comida, y lo más probable es que crean que se trata de una legión de mentirijillas que nunca va a entablar combate real.

Tavi movió la cabeza.

—¿Hombres como esos no serán perjudiciales para el conjunto de la legión?

Magnus sonrió un poco y negó con la cabeza.

—No bajo el capitán Cyril, que deja que sus centuriones mantengan la disciplina por todos los medios que crean necesarios.

Max hizo girar el bastón con una sonrisa radiante.

Tavi frunció los labios pensativo.

—¿Todos los veteranos serán como esos dos?

Max se encogió de hombros.

—Sospecho que la mayoría de los Grandes Señores harán todo lo que esté en su

mano para que sus hombres más experimentados permanezcan cerca de casa. Ninguna legión tiene demasiados veteranos, pero todas ellas tienen muchos lagartos venenosos como Nonus y Bortus.

—Entonces me estás diciendo que los hombres de esta legión serán peces incompetentes...

—Entre los cuales te encuentras —le interrumpió Max—. Hablando técnicamente, señor.

—Entre los que me encuentro —asintió Tavi—. Y descontentos.

—Y espías —añadió el maestro—. Si ves a alguien competente y amable, seguramente es un espía.

Max gruñó.

—No es posible que todos estén podridos. Si Valiar Marcus se encuentra aquí, sospecho que vamos a encontrar a otros centuriones íntegros que proceden del mismo lugar que él. Vamos a batir la chusma lo suficiente como para que no pierda el paso, y trabajaremos con los peces hasta que encajen. Todas las legiones recién formadas tienen este tipo de problemas.

El maestro negó con la cabeza.

—Pero no de una manera tan exagerada.

Max se encogió de hombros sin tratar de rebatírsele.

—Todo acabará encajando. Solo se necesita tiempo.

Tavi señaló hacia delante, en dirección a una tienda que era tres o cuatro veces más grande que las demás, aunque estaba hecha con la misma lona sencilla. Dos lados estaban enrollados hacia arriba, y dejaban abierto el interior para que lo pudiera ver cualquiera que pasase. Dentro había muchos hombres.

—¿Esa es la tienda del capitán?

Max frunció el ceño.

—Está en el lugar correcto. Pero suelen ser más grandes y más lujosas.

Magnus dejó escapar una risita.

—Este es el estilo de Cyril.

Tavi detuvo su montura y miró a su alrededor. De la nada apareció un caballero delgado de mediana edad. Vestía con una sencilla túnica gris. Encima del corazón, la túnica llevaba bordada el águila del escudo de la Corona, dividida en dos mitades azul y roja.

—Caballeros, permítanme que me encargue de ellos. —Miró a cada uno por turno y de repente le sonrió al maestro—. Magnus, ¿estoy en lo cierto?

—Mi fama me precede —respondió el maestro, que colocó la palma de las manos en la parte baja de la espalda y dejó escapar un gesto de dolor al estirarse—. Creo que me llevas ventaja.

El hombre saludó con el puño sobre el corazón, al estilo de las legiones.

—Lorico, señor. Ayuda de cámara. Trabajaré para usted. —Hizo un gesto y se acercó un joven paje para hacerse cargo de los caballos.

Magnus asintió y saludó al hombre, estrechándose por el antebrazo.

—Es un placer conocerte. Estos son el subtribuno Rufus Scipio y el centurión Antillar Maximus.

Lorico también los saludó.

—El capitán está celebrando la primera reunión general de su plana mayor, señores. Si quieren entrar...

Max se despidió con un cabeceo.

—Lorico, ¿me podrías indicar dónde se encuentra mi alojamiento?

—Disculpadme, centurión, pero el capitán pidió que también asistierais.

Max alzó las cejas y le hizo un gesto a Tavi.

—Señor.

Tavi asintió y entró en la tienda. Miró a su alrededor. Las mantas para dormir típicas de los legionares estaban dispuestas en orden encima de un viejo arcón de viaje, de diseño convencional y bastante maltrecho. Eran los únicos indicios de que alguien residía en la tienda. Había muchas mesitas para escribir alineadas junto a las paredes del recinto. Las sillas de campaña de tres patas que les hacían juego estaban situadas en el centro de la tienda y estaban ocupadas por una mujer y media docena de hombres. Había otra veintena de hombres con armadura apelotonados en el espacio que proporcionaba la tienda. Todos ellos se distribuían en un semicírculo alrededor de un hombre calvo de aspecto nada llamativo que portaba la armadura sobre una túnica gris. Era el capitán Cyril.

La armadura legionaria provocaba que los hombros de cualquier hombre parecieran anchos, pero Cyril parecía casi deformado bajo las hombreras. Tenía los antebrazos desnudos, llenos de cicatrices y con la piel estirada encima de tiras de músculos. Su armadura lucía la misma insignia del águila roja y azul que Tavi había visto en la túnica de Lorico, y que de alguna manera habían impreso en el acero.

Tavi se apartó y les franqueó el paso a Magnus y Max. Los tres se pusieron firmes mientras Lorico los anunciaba.

—El subtribuno Scipio, Astoris Magnus y Antillar Maximus, señor.

Cyril levantó la mirada del papel que sostenía en la mano y los saludó con la cabeza.

—En el momento justo, caballeros. Bienvenidos. —Les hizo un gesto para que se unieran al círculo que lo rodeaba—. Por favor.

—Me llamo Ritus Cyril —continuó, después de que los tres se hubieran unido al círculo—. Muchos de vosotros me conocéis. Si no es así, sabed que nací en Placida, pero mi hogar es este, las legiones. He servido como legionare en Frigia, Riva y Antillus, y como infante de marina en Parcia. Serví como caballero ferro en Antillus,

y también como tribuno auxiliar, tribuno táctico y tribuno de caballeros, así como subtribuno de legión. He presenciado acciones contra los hombres de hielo, los canim y los marat. Este es mi primer mando de legión. —Se detuvo para mirar tranquilamente a su alrededor antes de continuar—. Caballeros, nos encontramos en la posición nada envidiable de ser los pioneros. Nunca ha existido una legión como esta. Algunos esperan servir en una fuerza decorativa, en un símbolo político en el que el trabajo será ligero y los peligros de la guerra se cruzarán rara vez en nuestro camino.

»Si es así, están equivocados —continuó, y su voz se crispó ligeramente—. No se equivoquen. Mi intención es entrenar a esta legión para que esté al mismo nivel que cualquier otra del Reino. Tenemos mucho trabajo por delante, pero no les voy a pedir más de lo que me exija a mí mismo.

»Además, soy tan consciente como cualquiera de ustedes de los diversos objetivos de los señores y senadores que han apoyado la creación de esta legión. Para que no haya malentendidos, todo deben saber que no tengo paciencia para la política, y apenas tolero a los idiotas. Esto es una legión. Nuestro negocio es la guerra, la defensa del Reino. No voy a dejar que los juegucitos de nadie interfieran con el objetivo principal. Si han venido aquí para hacer la guerra por su cuenta, o si no tienen estómago para el trabajo duro, espero que dimitan, aquí y ahora, y que se hayan ido antes del desayuno de mañana. —Su mirada volvió a recorrer el círculo—. ¿Alguien acepta la oferta?

Tavi arqueó una ceja, impresionado. Poca gente se atrevería a hablarles tan claro a los ciudadanos, pues eso eran la mayoría de los oficiales de las legiones. Tavi miró alrededor de la audiencia. Nadie se movió ni habló, aunque Tavi vio gestos de incomodidad en muchos rostros. No había duda de que estaban tan poco acostumbrados a que les hablaran con tal claridad como Tavi a presenciar una conversación como aquella.

Cyril esperó un momento más.

—¿No? Entonces esperaré que hagan todo lo que esté en su mano para cumplir con su deber. Al mismo tiempo, yo todo lo que esté en mi mano para ayudarles y apoyarles. Dicho esto, se imponen las presentaciones.

Cyril recorrió la sala y presentó de manera sucinta a todos los hombres presentes. Tavi le prestó una atención especial a un hombre de aspecto bovino llamado Gracus, tribuno Logística y superior inmediato de Tavi. A otro hombre, un veterano curtido por el tiempo cuyo rostro no había sido hermoso ni siquiera antes de que lo cubrieran las cicatrices, lo identificaron como Valiar Marcus, Primera Lanza, el centurión más veterano de la legión. Cuando Cyril hubo concluido las presentaciones, añadió:

—Y nos hemos visto beneficiados por una buenaventura con la que no contábamos. Caballeros, algunos ya la conocen, pero permítanme que les presente a

Antillus Dorotea, la Gran Señora Antillus.

Una mujer se puso en pie. La cubría un vestido gris que llevaba el águila roja y azul de la Primera Alerana encima del corazón. Era delgada y de mediana estatura. Su cabello oscuro, largo, fino y recto, permanecía pegado a la cabeza y brillaba como si estuviera mojado. Sus rasgos eran afilados, y a Tavi le resultaban ligeramente familiares.

A su lado, Max soltó un jadeo de sorpresa.

El capitán Cyril le hizo un reverencia cortés a lady Antillus, y ella le respondió inclinando la cabeza con gesto formal.

—Su Gracia ha ofrecido sus servicios como artífice del agua y sanadora mientras dure nuestro primer despliegue —continuó Cyril—. Todos saben que no es su primer período de servicio en las legiones como tribuno Medica.

Tavi arqueó una ceja. ¿Una Gran Señora en el campamento? Eso no era en absoluto frecuente en una legión, por mucho que el capitán dijera lo contrario. La sangre azul de Alera llevaba consigo una cantidad enorme de poder en virtud de su talento increíble para el artificio de las furias. A Tavi le habían contado que un Gran Señor solo tenía la fuerza de toda una centuria de caballeros, y Antillus, una de las dos ciudades que defendían la gran Muralla del Escudo en el norte, tenía fama por su habilidad y tenacidad en la batalla.

—Sé que no es lo que se estila, pero me reuniré con cada uno de ustedes para tomarles juramento. Los enviaré a buscar a cada uno en los próximos dos días. Mientras tanto, Lorico tiene sus órdenes y les mostrará sus alojamientos. Me sentiré complacido si se unen a mi mesa durante las cenas. Retírense.

Los que estaban sentados en las sillas se pusieron de pie, y los hombres se apartaron cortésmente para permitir que lady Antillus se fuera la primera. Después de su partida hubo murmullos cuando cada uno recibió de Lorico un tubo de cuero para mensajes.

—Adelante, muchachos —les murmuró Magnus sin abrir su tubo de cuero—. Yo empezaré aquí. Buena suerte a los dos. —Sonrió y volvió a entrar en la tienda del capitán.

Tavi se alejó con Max y leyó sus órdenes. Eran muy sencillas. Tenía que presentarse ante el tribuno Gracus y ayudarlo en la gestión de los almacenes y el inventario de la legión.

—Me lo esperaba de otra manera —comentó Tavi.

—¿Hummm? —preguntó Max.

—El capitán —aclaró Tavi—. Pensé que sería más como el conde Gram. O quizá como sir Miles.

Max gruñó y Tavi le frunció el ceño a su amigo. La cara del gran antilano estaba pálida y las cejas se habían cubierto de sudor. Eso no era nada nuevo para Tavi, que

había cuidado a Max durante más de una resaca. Pero ahora había algo distinto en el rostro de su amigo por detrás del desconcierto en su expresión. Miedo.

Max tenía miedo.

—¿Max? —preguntó Tavi, manteniendo la voz baja—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió Max con sequedad.

—¿Lady Antillus? —pregunto Tavi—. ¿Es tu...?

—Madrastra —le interrumpió Max.

—¿Por eso está aquí? ¿Por ti?

Los ojos de Max se movieron de derecha a izquierda.

—En parte. Pero si ha venido hasta aquí es porque mi hermano también lo ha hecho. Es la única razón por la que vendría.

Tavi frunció el ceño.

—Estás asustado.

—No seas estúpido —replicó Max, pero sin ninguna calidez en el tono—. No, no lo estoy.

—Pero...

Algo malicioso apareció en la voz de Max.

—Déjalo, Calderon, o te parto el cuello.

Tavi se quedó helado y parpadeó ante su amigo.

Max se detuvo unos pasos más allá. Ladeó un poco la cabeza y Tavi pudo ver el perfil con la nariz rota de su amigo.

—Lo siento. Scipio, señor.

Tavi asintió.

—¿Puedo ayudar?

Max negó con la cabeza.

—Voy a buscar una copa. Un montón de copas.

—¿Eso es sensato? —le preguntó Tavi.

—Eh —respondió Max—, ¿quién quiere vivir para siempre?

—Si puedo...

—No puedes ayudar —insistió Max—. Nadie puede. —Y se fue sin mirar atrás.

Tavi frunció el ceño mientras veía como se alejaba su amigo, frustrado y preocupado por él. Pero no podía obligar a Max a que le explicara nada si su amigo no quería hacerlo. Así que no podía hacer nada más que esperar hasta que Max quisiera hablar de ello.

Deseaba que estuviera Kitai para hablar con ella.

Pero de momento tenía una tarea que cumplir. Tavi volvió a leer sus órdenes, recordó la disposición del campamento que Max y el maestro le habían obligado a memorizar, y se puso manos a la obra.

Isana se despertó con la sensación de vacío en el basto colchón de paja que tenía a su lado. Sentía frío en la espalda. Sus sentidos eran un caos confuso de gritos y luces raras, y tardó un momento en librarse lo suficiente de la desorientación del sueño como para reconocer los sonidos que la rodeaban.

Las botas resonaban a la carrera sobre la tierra dura, y marcaban los pasos de muchos hombres. Centuriones veteranos ladraban órdenes. El metal repicaba sobre el metal al marchar juntos los legionares cubiertos de armadura, de manera que hombreras, grebas, espadas, escudos y otras partes de acero blindado se rozaban entre sí en pequeñas colisiones. Los niños lloraban. En algún sitio, no muy lejos, un caballo entrenado para la guerra dejó escapar un relincho frenético y furioso de pánico y ansiedad. Pudo oír cómo su jinete intentaba hablar con él en tono bajo y sereno.

Un latido más tarde, la tensión asaltó sus sentidos como artífice del agua, una marea de emociones más poderosa que cualquier otra que hubiera sentido en la docena de años transcurridos desde que se encontró con Rill, su furia de agua. Lo más importante de esa oleada feroz era el miedo. Los hombres que la rodeaban estaban aterrados porque temían perder la vida: la Legión de la Corona, la fuerza con más experiencia y mejor instruida de Alera se estaba ahogando en el miedo. Otras emociones lo acompañaban con igual fuerza. En primer lugar, la excitación, seguida por la determinación y la rabia. Por debajo de todo ello fluían corrientes oscuras de lo que solo podía describir como lujuria... y otra emoción, tan silenciosa que la habría podido pasar por alto de no haber sido por su presencia constante y creciente: resignación.

Aunque no sabía lo que estaba ocurriendo, estaba segura de que los hombres de la legión que la rodeaban se estaban preparando para morir.

Bajó tambaleante del colchón, sin más vestido que su piel, y consiguió encontrar la blusa, un vestido y la túnica. Retorció el cabello para formar un moño, aunque el dolor de hombros y espalda era insoportable mientras lo hacía. Recogió su sencilla capa de lana y se mordió el labio. Entonces decidió qué hacer a continuación.

—¿Guardia? —llamó con voz vacilante.

Un hombre entró de inmediato en la gran tienda, vestido con una armadura idéntica a la del resto de legionares, excepto quizá por lucir un número desacostumbrado de melladuras y rasguños. Su presencia era una mezcla perfecta de confianza, calma de acero y un miedo racional y controlado. Se quitó el yelmo con una mano e Isana reconoció a Araris Valeriano, el guardia personal del príncipe.

—Mi señora —saludó con una inclinación de cabeza.

Isana sintió cómo se le ruborizaban las mejillas. Su mano se precipitó hacia la

cadena de plata que llevaba alrededor del cuello, y tocó el anillo que colgaba de ella por debajo de la ropa. Pero lo apartó para que fuera a descansar sobre la firmeza redonda e hinchada de su vientre.

—No veo cómo puedo ser vuestra señora —replicó—. No me debéis ninguna lealtad.

Durante un instante, los ojos de Araris brillaron.

—Mi señora —repitió con un énfasis cortés—. El deber obliga a mi señor, pero me ha pedido que os venga a buscar en su lugar.

La espalda de Isana le volvió a dar una punzada. Por si no hubiera sido suficiente, el bebé se removió con su energía inquieta y habitual, como si oyera los sonidos en la noche y los reconociera.

—Araris, mi hermana...

—Ya está aquí —la interrumpió con tono firme.

El joven de aspecto normal se dio la vuelta e hizo un gesto con la mano. Entonces la hermana pequeña de Isana entró corriendo en la tienda, cubierta con la gran túnica gris de viaje del propio Araris.

Alia corrió al encuentro de Isana, quien la abrazó con fuerza. Alia era pequeña y había salido a su madre, todo dulzura y curvas femeninas. Tenía el cabello del color de la miel fresca. Con dieciséis años era una tentación dolorosa para muchos de los legionares y de los seguidores del campamento, pero Isana la había protegido con todas sus fuerzas.

—Isana —jadeó Alia sin aliento—. ¿Qué ocurre?

Isana tenía casi diez años más que su hermana. El talento de Alia con el artificio de las furias se inclinaba, como el de Isana, hacia el agua. Sabía que la muchacha casi no podía recordar su nombre a causa de la presión de las emociones que crecían a su alrededor.

—Calla y recuerda que debes calmar la respiración —le susurró a Alia y levantó la mirada hacia Araris—. ¿Rari?

—Los marat están atacando el valle —respondió con voz tranquila y precisa—. Ya han atravesado los puestos avanzados en el extremo más alejado y vienen hacia aquí. Están preparando unos caballos para las dos. Todos los hombres libres del campamento tienen que retirarse hacia Riva a toda prisa.

Isana respiró hondo.

—¿Retirarnos? ¿Realmente son tantos los marat? Pero ¿por qué? ¿Cómo?

—No os preocupéis, mi señora —la tranquilizó Araris—. Nos hemos visto en situaciones peores.

Pero Isana lo pudo ver en los ojos del hombre y oír cómo resonaba en su voz. Estaba mintiendo.

Araris creía que iba a morir.

—¿Dónde? —le preguntó—. ¿Dónde está?

Araris sonrió sin ganas.

—Los caballos están preparados, mi señora. Si me queréis a...

Isana levantó la barbilla y pasó al lado del hombre. Miró a derecha e izquierda. El campamento era un caos, o al menos esa era la impresión que daban los seguidores del campamento de la legión. Los legionares se movían con rapidez y ansiedad, pero también con precisión y disciplina, e Isana pudo ver cómo se formaban las filas a lo largo de la empalizada que rodeaba el campamento.

—¿Tengo que ir a buscarlo en persona, Rari?

El tono seguía siendo tranquilo y amable, pero Isana pudo sentir el enojo cariñoso detrás de su respuesta.

—Como deseéis, mi señora. —Se volvió hacia los dos mozos de cuadra que sostenían las riendas de los caballos, movió una mano y ordenó—: Vosotros dos, conmigo. —Empezó a andar hacia la parte oriental del campamento—. Señoras, si me acompañan por aquí. Debemos darnos prisa. No sé cuándo llegará la horda, y cualquier instante puede ser precioso.

Y fue en ese momento cuando Isana vio por primera vez la guerra.

Las flechas cayeron de la oscuridad. Uno de los mozos de cuadra gritó, pero los relinchos del caballo cuyas riendas tenía en las manos ahogaron el grito. Isana se dio la vuelta con el corazón resonando de repente como truenos en sus oídos. Todo se movía muy despacio. Vio cómo el mozo se tambaleaba y caía con una flecha marat de plumas blancas clavada en el vientre. El caballo relinchó y movió la cabeza como si quisiera arrancar la flecha que se había hundido en uno de los músculos que le recorrían el cuello.

Los gritos surgieron de la oscuridad. Los guerreros marat, de piel y cabello pálidos, aparecieron del fondo de los carromatos de suministros que habían llevado al campamento durante la tarde. Blandían armas hechas de lo que parecía vidrio negro y piedra.

Araris se dio la vuelta y se movió como un rayo. Isana solo se pudo quedar helada por la impresión cuando tres flechas volaron hacia ella. La espada de Araris las hizo astillas y un gesto casual de sus manos recubiertas de acero evitó que estas le golpearan en la cara. Se enfrentó a un grupo de marat aulladores y los atravesó como un hombre en un mercado abarrotado. Giró los hombros y las caderas, se puso de puntillas y se deslizó entre los transeúntes, y dibujó una pirueta perfecta con la que evitó tropezar con algo caído en el suelo.

Cuando se detuvo, todos los marat yacían en el suelo, convertidos en un festín de cuervos.

Movió la espada hacia un lado para limpiarla de sangre, la enfundó y tendió la mano como si no hubiera ocurrido nada de importancia.

—Por aquí, mi señora.

—Por aquí, mi señora —murmuró una voz baja y muy masculina—. No debemos preocuparnos por haber salido hace tanto tiempo. Estoy seguro de que podréis ver las ventajas.

Isana levantó la cabeza desde el cómodo asiento donde había quedado dormida. Estaba dentro de la litera que había enviado Aquitania para llevarla volando desde Isanaholt. El sueño había sido muy vívido, profuso en detalles y recuerdos, y tardó más tiempo del habitual en írsele de la cabeza. El sueño de la pasada noche no había dejado de repetirse durante los dos últimos años. El miedo, la confusión y el peso aplastante de la culpa se iban sucediendo en su mente como si fuera la primera vez que los sentía. Como si volviera a ser inocente.

Todo eso la ponía enferma.

No obstante, el sueño también le devolvía los breves momentos de alegría, la cálida excitación de aquellos días de primavera de su juventud. Durante esos pocos segundos ella no era consciente de lo que estaba haciendo en ese momento. Tenía de nuevo una hermana.

Tenía un marido. Un amor.

—Acabo de comprarte una chica nuevecita, Attis —se burló una voz femenina desde el exterior de la litera con tono claro y confiado—. Te divertirás hasta que regrese.

—Es encantadora —reconoció el hombre—. Pero no eres tú. —El tono se volvió irónico—. A diferencia de la última.

La puerta de la litera aérea se abrió, e Isana tuvo que llamar a Rill para que evitara que las lágrimas le llenaran los ojos. Los dedos de Isana tocaron la forma del anillo que llevaba debajo de la blusa. Todavía colgaba de la cadena que le rodeaba el cuello. A diferencia de ella, seguía brillando, ajena al paso de los años.

Apartó los restos del sueño lo mejor que pudo y obligó a sus pensamientos a regresar al presente.

El Gran Señor Aquitanius Attis, que cinco años antes había perpetrado una conspiración que se saldó con la muerte de cientos de habitantes del valle de Calderon, abrió la puerta de la litera y le hizo un saludo cortés a Isana. Parecía un león, y combinaba la gracia del movimiento equilibrado con la potencia física. Su melena de color dorado oscuro le caía hasta los hombros, y en los ojos casi negros brillaban chispazos de inteligencia. Se movía con total confianza, y su artificio de las furias no tenía igual en todo el Reino, a excepción del Primer Señor en persona.

—Estatúder —saludó con educación a Isana moviendo la cabeza.

Ella le devolvió el saludo, aunque al hacerlo sintió cómo se le envaraba la nuca. No confiaba en que pudiera sonar cortés cuando hablaba con él, de manera que

permaneció en silencio.

—Me gusta disfrutar de mis vacaciones lejos de casa —murmuró la voz de la mujer que ahora estaba más cerca—. Y soy perfectamente capaz de cuidarme sola. Además, tienes pendiente tu propio trabajo.

La mujer subió a la litera y se instaló en otro banco. La Gran Señora Aquitania Invidia parecía hasta en el último detalle el modelo de la élite ciudadana: pálida, de cabello oscuro, alta y majestuosa. Aunque Isana sabía que lady Aquitania se encontraba en la cuarentena, como su esposo y la propia Isana, aparentaba unos veinte años. Como todos los bendecidos con suficiente poder en el artificio del agua, disfrutaba de una continuada apariencia de juventud.

—Buenas tardes, Isana.

—Mi señora —murmuró esta.

Aunque no albergaba más cariño por la mujer que por lord Aquitania, al menos podía ser educada con ella, aunque no hubiera calidez en su voz.

Invidia se volvió hacia su marido y se inclinó hacia delante para besarlo.

—No te quedes levantado hasta las tantas de la madrugada. Necesitas descansar.

Él arqueó una ceja dorada.

—Soy un Gran Señor de Alera, no un academ alocado.

—Y verdura —añadió, como si él no hubiera hablado—. No te atiborres de carne y dulces, ni dejes de lado las verduras.

Aquitania frunció el ceño.

—¿Vas a comportarte así durante todo el tiempo si insisto en ir contigo?

Ella le lanzó una sonrisa muy dulce.

Él hizo girar los ojos y le dio un beso rápido.

—Mujer imposible —cedió—. Muy bien, se hará como tú quieres.

—Desde luego —concluyó ella—. Adiós, mi señor.

Él inclinó la cabeza ante ella, le hizo un gesto a Isana, cerró la puerta y se retiró. Golpeó dos veces el lateral de la litera.

—Capitán, cuida de ellas —ordenó.

—Mi señor —respondió una voz masculina desde el otro lado de la puerta y los caballeros Aeris levantaron la litera.

El viento aumentó hasta alcanzar el rumor sordo y constante con el que Isana se había ido familiarizando durante los dos últimos años, y una fuerza invisible la aplastó contra el asiento cuando la litera se elevó hacia el cielo.

Pasaron un buen rato en silencio, durante el cual Isana reclinó la cabeza en el cojín y cerró los ojos con la esperanza de que la pretensión de dormir soslayaría la necesidad de conversar con Lady Aquitania. Sus esperanzas fueron en vano.

—Me disculpo por la duración del viaje —comentó Lady Aquitania al cabo de unos momentos—. Pero los vientos superiores son siempre engañosos en esta

estación y este año son especialmente peligrosos. Por esto tenemos que volar mucho más bajo de lo habitual.

Isana no dio voz a la idea de que aun así estaban mucho más altos que en un paseo sobre el suelo.

—¿Supone alguna diferencia? —preguntó sin abrir los ojos.

—Cerca de tierra resulta más difícil mantenerse en el aire y volar con rapidez —replicó lady Aquitania—. Mis caballeros Aeris tienen que contar el viaje en kilómetros en lugar de leguas. Si tenemos en cuenta el número de paradas que debemos hacer para visitar a mis apoyos, tardaremos mucho más en alcanzar nuestro destino.

Isana suspiró.

—¿Cuánto más?

—Casi tres semanas, según me han explicado. Y ese es un cálculo optimista que parte de la base de que en cada parada nos espera un equipo de caballeros Aeris descansados.

Tres semanas. Demasiado tiempo para fingir que estaba dormida sin insultar a su patrona de manera abierta. Aunque Isana estaba al tanto de su valor para Aquitania y sabía que podía evitar el servilismo y la adulación que exigían patrones tan poderosos, existían límites que no podía traspasar. En consecuencia, abrió los ojos.

La boca de labios carnosos de lady Aquitania se curvó con una sonrisa.

—Pensé que sabríais apreciar la información. Ibais a tener un aspecto algo absurdo si os quedabais ahí sentada con los ojos cerrados durante todo el camino.

—Por supuesto que no, mi señora —replicó Isana—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Los ojos de Invidia se endurecieron durante un instante.

—Según tengo entendido, planeáis una pequeña reunión con vuestra familia en Ceres.

—Después de la reunión de la Liga, por supuesto —reconoció Isana—. Se me ha asegurado un arreglo alternativo para mi viaje de vuelta a Calderon si mis planes os resultan inconvenientes.

Los rasgos fríos de Invidia se iluminaron con una sonrisa pequeña pero que parecía sincera.

—Ahora ya casi nadie discute conmigo, Isana. En realidad estaba deseando emprender este viaje.

—Lo mismo que yo, mi señora. Echo de menos a mi familia.

Invidia volvió a reír.

—Os pediré poca cosa más allá de las visitas a las personas que me apoyan y la reunión de la Liga —le aseguró antes de ladear ligeramente la cabeza e inclinarse un poco hacia delante—. Aunque no os han informado del orden del día de la reunión.

Isana ladeó la cabeza.

—Gracus Albus y su personal han recibido una invitación para asistir a la reunión.

—El Senador Decano —murmuró Isana y se le abrieron los ojos de par en par—. ¿La propuesta de emancipación para el Senado?

Lady Aquitania suspiró.

—Si el resto de la Liga percibiera el significado tan bien como vos...

—Deberían pasar un tiempo dirigiendo una explotación —replicó Isana con ironía—. La experiencia permite que seas muy consciente de las consecuencias más amplias de acciones pequeñas pero significativas.

La Gran Señora se encogió de hombros.

—Quizá tengáis razón.

—¿Gracus apoyará la propuesta?

—Nunca se ha opuesto al movimiento abolicionista. Su esposa, su hija y su amante me aseguran que lo hará —respondió lady Aquitania.

Isana frunció el ceño porque desaprobaba ese tipo de manipulaciones, aunque era la herramienta principal y favorita de la Liga Diánica.

—¿Y el Senado?

—Resulta imposible estar seguros —reconoció lady Aquitania—. No se puede saber qué deudas se pueden cobrar en un asunto tan importante como este. Pero tenemos que luchar por ello. Isana, por primera vez en la historia de Alera es posible que abolamos la institución de la esclavitud. Para siempre.

Isana frunció el ceño de pensamiento. Se trataba de un objetivo que valía la pena y que tendría el apoyo de las personas con conciencia de todas las regiones. En la mayor parte del Reino los esclavos se enfrentaban a unas vidas muy lúgubres: trabajo duro y pocas posibilidades de conseguir comprar la libertad, aunque la ley obligaba a los propietarios a concedérsela si él (o ella) conseguían reunir su precio de compra. Las esclavas no tenían ningún recurso cuando las obligaban a usar sus cuerpos, pero tampoco lo tenían los hombres cuando se llegaba a ese punto. Todos los niños nacían libres, al menos desde el punto de vista legal, aunque la mayoría de los propietarios utilizaban diversas formas de tasación o de contratos para ellos, lo que en la práctica significaba su esclavización desde el nacimiento.

Se suponía que las leyes del Reino protegían a los esclavos, para limitar la institución a aquellos que habían entrado en ella por voluntad propia y que con el tiempo podían comprar su contrato y recuperar la libertad. Pero la corrupción y las influencias políticas permitía que, en la práctica, los Grandes Señores hicieran caso omiso de las leyes y trataran a sus esclavos como creyeran más oportuno. Desde el momento en que se había convertido en la aliada de lady Aquitania en la Liga Diánica, Isana había aprendido mucho más de lo que nunca hubiera soñado sobre los

abusos que sufrían los esclavos en todo el Reino. Había creído que su encuentro con el esclavista Kord había sido la peor pesadilla de su vida. Pero se sintió enferma cuando se enteró de que, si la comparaban con el resto del Reino, su conducta no era mucho peor que la media.

La Liga Diánica era una organización limitada a ciudadanas del Reino. Tenía estatus y poder de influencia, pero muy poco poder legal y real, y luchaba desde hacía años para recabar apoyos en su cruzada por la abolición de la esclavitud. Por primera vez se encontraba en posición de alcanzar sus propósitos, porque mientras los Grandes Señores y el Primer Señor controlaban las fuerzas militares del Reino, el código penal de Alera y la salvaguarda de la ley civil, así como la elaboración y administración de dichas leyes, quedaban en manos del Senado electo.

La esclavitud había sido una institución civil desde su establecimiento, y el Senado tenía la potestad de aprobar leyes nuevas sobre la esclavitud... o abolirla por completo. La Liga Diánica lo consideraba el primer paso para conseguir la igualdad legal para las mujeres del Reino.

Isana frunció el ceño. Aunque lady Invidia siempre había hecho honor a su palabra y a sus obligaciones como patrona, Isana no se hacía ilusiones de que tuviera ningún interés personal en la emancipación. Aun así, a Isana le resultaba difícil resistirse al atractivo inherente a la consecución de semejante sueño: la destrucción de una injusticia tan grande.

En cualquier caso, no estaba en condiciones de pensar con la lógica fría y desapasionada que requería la política. No con una reunión tan cercana con las personas a las que más quería. Isana sólo quería ver de nuevo a Tavi, vivito y coleando, aunque los silencios incómodos producto de algunos deslices en la conversación cuando se mencionaba cualquier aspecto remotamente relacionado con la política o con las lealtades, hacían que la perspectiva fuera un poco agridulce. Quería retomar el contacto con su hermano. Entre la dirección de la explotación y los viajes, poco frecuentes pero regulares, por cuenta de Invidia Aquitania y que la alejaban de su hogar, había tenido cada vez menos posibilidades de juntarse con su hermano pequeño. Lo echaba de menos.

Isana no dejaba de percibir la ironía que suponía atravesar medio Reino para verlos de nuevo, ni el hecho que la estuviera llevando Aquitania. Tampoco negaba la pura realidad de que se lo había buscado ella misma al aliarse con su patrono actual, que tenía la ambición clara e implacable de conseguir la Corona.

Aun así, Isana se obligó a alejar a su familia de sus pensamientos y analizar la situación con frialdad. ¿Qué ganaba Aquitania con la abolición de la esclavitud?

—No se trata de la libertad —murmuró en voz alta—. No para vos. Se trata de ponerle trabas a la economía de Kalare. Sin la mano de obra esclava no podrá obtener todo el rendimiento de sus tierras de cultivo. Estará tan ocupado intentando cubrir

gastos que no será rival para vuestro esposo en la lucha por la Corona.

Lady Aquitania se quedó mirando a Isana durante un momento con una expresión indescifrable.

Isana no apartó la mirada de su patrona.

—Quizá se trata de que muchas en la Liga no perciben el significado tan bien como yo.

El gesto de Aquitania no se perturbó.

—¿Tengo vuestro apoyo y confianza en este asunto o no?

—Sí, como prometí —respondió Isana, que se volvió a reclinar en el asiento y cerró de nuevo los ojos—. Nada de lo que pudiera hacer evitaría que siguierais conspirando. Si por el camino se consigue algo beneficioso, no veo ninguna razón para evitarlo.

—Excelente —asintió lady Aquitania—. Y práctico por vuestra parte. —Se calló pensativa durante un momento, e Isana pudo sentir de repente todo el peso de la atención de la Gran Señora—. Casi ningún hombre libre del Reino sabría analizar la situación tal como es, Isana. Eso hace que me pregunte dónde conseguisteis la perspectiva necesaria para analizar este tipo de política. Alguien debió de enseñaros.

—Leo —replicó, sin necesidad de fingir el cansancio en la voz—. Nada más.

Isana utilizó años de práctica y experiencia para evitar cualquier expresión en su cara, pero como consecuencia del sueño le resultó casi doloroso evitar que la mano se le fuera a tocar el bulto que formaba el anillo sobre su corazón.

Sobrevino otro largo silencio.

—Entonces supongo que debo alabar vuestra erudición —comentó lady Aquitania.

El peso de su atención se difuminó, e Isana casi suspiró de alivio. Resultaba peligroso mentirle a la Gran Señora, cuyo talento para el artificio del agua y, con ello, la capacidad de percibir mentiras y engaños era incluso mayor que el de Isana. La mujer era capaz de torturar y de asesinar, aunque prefería utilizar tácticas menos draconianas. Isana no se hacía ilusiones de que dichas preferencias eran el resultado de la lógica práctica y del interés personal, y no de cualquier creencia ética. Si fuera necesario para sus planes, lady Aquitania podría matar a Isana sin pestañear.

Si se llegaba a ese punto, Isana moriría antes que hablar.

Porque había que guardar algunos secretos.

A cualquier precio.

6

En opinión de Tavi, la vida de los legionares, incluso los oficiales, estaba muy sobrevalorada. Después de la semana transcurrida en el campamento de la Primera Alerana, había llegado a la conclusión que los tan cacareados prestigio y gloria del cuerpo de oficiales tan solo eran un plan diabólico diseñado por los ciudadanos con el objetivo de que los más ambiciosos se volvieran prácticamente locos.

Otro tanto se podía decir de la altísima reputación de los cursores, que para empezar le habían ordenado incorporarse a esa maldita legión.

Tavi se había considerado un agente incondicional, estoico y convencido de la Corona, sobre todo después de las pruebas a las que se había tenido que enfrentar en la Academia, donde le habían exigido una dedicación y atención constantes. Allí con frecuencia no había sido capaz de encontrar horas suficientes de sueño, y las carreras constantes por escaleras monstruosamente sádicas habían puesto a prueba sus límites físicos y mentales. Había días en que se había venido abajo, y había tenido que gritar su frustración tan solo para desahogarse.

La vida de la legión era mucho peor.

Tavi intentaba no prestarles demasiada atención a pensamientos tan cínicos, pero mientras permanecía de pie en el almacén de madera clara soportando la segunda parte de otra diatriba furiosa del tribuno Gracus, que no se esperaba ni permitía que respondiese, le resultaba difícil no sentirse un poco amargado ante aquella situación.

—¿Tienes idea del caos que has provocado? —le recriminó Gracus. El hombre de gestos bovinos golpeaba un par de dedos contra la palma de la otra mano cada pocas sílabas, y después los dirigía acusadores contra Tavi al final de cada frase—. La cantidad de harina para cada legionare es una medida precisa, subtribuno, y no está sujeta a ajustes arbitrarios por parte de mozos en su primer turno de servicio.

Gracus se calló mientras recuperaba el aliento, que Tavi aprovechó para intervenir.

—Sí, señor.

Había aprendido el ritmo de las broncas de Gracus antes de finalizar el segundo día.

—Por eso utilizamos cuencos de medida reglados y uniformizados.

—Sí, señor —repitió Tavi.

—Al introducir tus sustitutos de pacotilla has fastidiado todos mis cálculos, lo que va a dificultar los cálculos de almacenamiento durante más de un mes, subtribuno. Estaría en mi derecho si te hiciera azotar por algo así. De hecho, podría presentar cargos por ello y obligarte a compensar el desfase en el presupuesto de provisiones.

—Sí, señor —repitió Tavi por tercera vez.

Los ojos de Gracus eran pequeños y brillantes, pero los entornó más, si cabe.

—¿Detecto cierta insubordinación en tu tono, subtribuno?

—Señor, no, señor —respondió Tavi—. Solo desacuerdo.

El ceño del tribuno se frunció aún más.

—Habla.

Dado que tenía permiso para hablar, Tavi mantuvo un tono suave.

—Más de una veintena de veteranos se han quejado ante sus centuriones de que están recibiendo medidas más pequeñas de pan durante las comidas. Cuando se hubieron presentado las suficientes quejas, los centuriones pidieron que el Primera Lanza se ocupara del asunto. Lo hizo. Con arreglo al reglamento, el Primera Lanza se dirigió a un subtribuno Logística. Y dio la casualidad de que fui el primero a quien encontró.

Gracus movió la cabeza.

—¿Adónde quieres ir a parar, subtribuno?

—Verá, señor. Investigué el asunto, y parece que una parte de la harina se pierde entre el almacén y el comedor. —Tavi se detuvo durante un momento y añadió—: Empecé verificando la exactitud de los cuencos de medida, señor.

La cara de Gracus enrojeció de rabia.

—Aunque los cuencos parecen ser reglamentarios, señor, en realidad son imitaciones que contienen las nueve décimas partes de lo que debería tener un cuenco oficial. Le pedí a uno de los herreros que forjase unos pocos cuencos de la medida adecuada, señor, hasta que los podamos sustituir con objetos de la medida reglamentaria.

—Ya veo —intervino Gracus, cuyo labio superior estaba cubierto de sudor.

—Señor, supongo que alguien ha debido de cambiar los cuencos por imitaciones y después ha vendido la harina sobrante. O tal vez nos hallemos ante ladrones con muy pocos escrúpulos y los arrestos suficientes como para revenderle el grano a la legión y obtener el consiguiente beneficio. —Tavi se encogió de hombros—. Si queréis que me enfrente a los cargos, señor, comprendo vuestra decisión. Pero estimo que la cantidad de dinero que se ha obtenido con todos estos manejos no equivale a mucho más que un anillo de plata y un par de botas nuevas. Creo que lo hemos descubierto antes de que el daño fuera realmente grave.

—Ya es suficiente, subtribuno —le cortó Gracus con voz temblorosa.

—Por supuesto —prosiguió Tavi—, si queréis presentar cargos contra mí o aplicarme medidas disciplinarias, el capitán se verá obligado a abrir una investigación. Estoy seguro de que será capaz de descubrir quién le está robando qué a quién, señor. Tal vez sea la mejor solución.

La cara de Gracus se volvió púrpura. Cerró los ojos, y el anillo de plata que llevaba en la mano izquierda golpeó nervioso en la coraza. Sus botas nuevas chirriaron en el suelo al cambiar incómodamente de posición.

—Subtribuno Scipio, estás acabando con mi paciencia.

—Os pido perdón, señor —se disculpó Tavi—. No era mi intención.

—Oh, sí que lo es —bufó Gracus—. Tienes suerte de que no te tire a un pozo y lo cierre contigo dentro.

Desde la entrada del edificio alguien tosió educadamente y golpeó la madera con los nudillos.

—Buenas tardes, señores —saludó el maestro Magnus, que dio un paso al frente con una sonrisa en los labios—. Espero no ser inoportuno.

La mirada de Gracus era casi venenosa. Tavi estaba seguro de que si las miradas matasen, él ya estaría muerto.

—En absoluto, ayuda de cámara —murmuró antes de que Gracus pudiera contestar—. ¿En qué os puedo ayudar?

—El capitán Cyril os manda saludos, tribuno. ¿Sería posible que el subtribuno Scipio se uniera a él en el campo de maniobras?

Tavi le frunció el ceño a Magnus, pero la expresión del anciano maestro no le reveló nada.

—¿Con vuestro permiso, señor?

—Por qué no —respondió Gracus con voz suave—. Puedo aprovechar el tiempo para pensar en la mejor manera de que aproveches tus energías. Quizás algo relacionado con el saneamiento.

Tavi consiguió no fruncirle el ceño al tribuno, pero sintió cómo la mejilla se le movía con un tic nervioso. Saludó y se fue con Magnus.

—¿Se trataba de los cuencos de medida? —murmuró Magnus después de haberse alejado un poco.

Tavi arqueó una ceja.

—¿Lo sabíais?

—Que los tribunos de logística esquilmen a su legión no es precisamente una novedad —explicó Magnus—. Aunque por regla general disimulan un poco mejor sus manejos. A Gracus le falta la picardía para hacerlo bien.

Iban dejando atrás filas y más filas de tiendas dispuestas de manera perfecta. Al menos, en la semana que había transcurrido desde su llegada, los peces habían aprendido el procedimiento correcto para levantar una tienda. Tavi le frunció el ceño a Magnus.

—¿Y el capitán lo sabe?

—Desde luego.

—Entonces ¿por qué no hace nada? —preguntó Tavi.

—Porque aunque Gracus es un estafador incompetente, también es un oficial de logística muy capaz. Lo necesitamos. Si el capitán ordenase una investigación oficial, habría manchado el honor de Gracus, habría arruinado su carrera y lo habría tenido

que licenciar de la legión por una joya y un par de botas nuevas.

Tavi sonrió.

—Así que el capitán está haciendo la vista gorda.

—No es un legado, Tavi. Es un soldado. Su tarea consiste en que la legión que está formando y manteniendo sea una fuerza militar fuerte y eficaz. Si eso significa hacer caso omiso de una, dos o tres indiscreciones entre sus oficiales, estará dispuesto a pagar el precio.

—¿Aunque eso represente menguar las raciones para la legión?

Magnus sonrió.

—Pero no reciben raciones menores, subtribuno. Los cuencos se han sustituido y el problema ha desaparecido.

—El Primera Lanza —suspiró Tavi—. El capitán me lo envió.

—No lo hizo —replicó Magnus, con una sonrisa de oreja a oreja—. Aunque es posible que malinterpretara algún comentario que me hizo y que compartiera dicho malentendido con Valiar Marcus.

Tavi gruñó y pensó en ello durante un momento.

—Me estaba poniendo a prueba —concluyó—. Quería saber cómo iba a reaccionar ante aquel hecho.

—Muchos hombres habrían recurrido al chantaje para obtener una parte de los beneficios —explicó Magnus—. Ahora el capitán sabe que eres honrado. Se ha cortado por lo sano con la codicia de Gracus. Los legionares tienen su ración completa de comida y la legión conserva a su tribuno Logistica. Todo el mundo gana.

—Excepto yo —suspiró Tavi—. Después del día de hoy, Gracus me va a tener hundido hasta las rodillas en las letrinas durante un mes.

—Bienvenido a las legiones —asintió Magnus—. Te sugiero que lo aceptes como parte de tu aprendizaje.

Tavi frunció el ceño.

Salieron por la puerta occidental y recibieron los saludos precisos por parte de los dos peces de túnicas marrones y dotados de armas de entrenamiento que estaban de guardia. A un centenar de metros de la puerta se extendía un campo ancho, que se había aplanado perfectamente mediante un artificio de las furias. Un ancho anillo ovalado de piedra rodeaba el campo: un tramo de calzada para hacer prácticas, construida con las mismas propiedades que las calzadas que atravesaban el Reino.

Cuatro cohortes completas de reclutas se encontraban sobre la senda. Ensayaban una marcha rápida en formación. Si se utilizaban con criterio, las furias insertadas en las calzadas del Reino permitían que el viajero mantuviera durante varias horas un ritmo de carrera con el mismo esfuerzo que si estuviera andando. La mayoría de los reclutas no usaban la calzada de la manera correcta. En lugar de moverse en filas rectas, su formación parecía un cometa: un elemento sólido abría camino, seguido de

rezagados que iban cada vez más lentos, más alejados y más cansados.

En el centro del campo, los centuriones instruían a algunos reclutas en el uso de las armas, mientras que otros practicaban con los escudos de acero de un legionare de verdad. Aprendían un artificio básico de metal que les permitiría fortalecer los escudos para que resistieran mejor los impactos. Todo eso, además, les iba a permitir reforzar sus armas y armaduras en la misma medida. Otros reclutas estaban sentados en grupos dispersos alrededor de sus instructores, que les mostraban la manera correcta de llevar y mantener la armadura, cuidar las armas de la manera adecuada, y una docena más de aspectos relacionados con la legión.

Tavi y Magnus esperaron que una cohorte de peces en forma de cometa pasara de largo por la calzada de entrenamiento. Después cruzaron hacia una plataforma de observación de madera que se encontraba más o menos en el centro del campo. El terreno que rodeaba la torre servía como centro de avituallamiento de agua para los reclutas sedientos. También albergaba una enfermería para los novatos que habían sucumbido a la fatiga o a quienes, como Tavi, el instructor de armas les había enseñado una lección especialmente dura.

El capitán Cyril se hallaba en lo alto de la plataforma de observación. El sol relucía en su armadura y en la calva. Estaba inclinado sobre la barandilla y hablaba en voz baja con el tribuno Cadius Adriano, un hombre más pequeño y delgado enfundado en la armadura ligera y con los colores boscosos de un explorador. Adriano señaló a los reclutas que corrían por el tramo posterior de la calzada y le murmuró algo al capitán. Entonces apuntó hacia un grupo de peces enfundados en las aparatosas armaduras de instrucción. Cyril asintió y entonces bajó la mirada para ver a Tavi y a Magnus en la base de la plataforma.

Cadius Adriano siguió la mirada del capitán, saludó y bajó por la escalera de la plataforma. El jefe de los exploradores de la legión saludó con la cabeza a Tavi y a Magnus, que le devolvieron el saludo, y se alejó.

—Lo he traído, señor —gritó Magnus—. Lo ha hecho.

El capitán Cyril tenía un rostro rocoso y prácticamente inmóvil, bronceado hasta el extremo debido al tiempo pasado en el campo. La más leve de las sonrisas provocaba una oleada de arrugas que marcaban sus rasgos.

—Que suba.

Tavi se volvió hacia la escalerilla y Magnus le tocó el brazo.

—Muchacho —murmuró en una voz tan baja que casi no se podía oír—. Recuerda cuáles son tus deberes. Pero no intentes engañarle.

Tavi frunció el ceño, asintió y subió por la escalerilla antes de unirse al capitán en la plataforma. Llegó arriba, se puso firmes y saludó.

—Descanso —ordenó Cyril con rapidez, mientras lo saludaba con una mano y se volvía hacia el campo.

Tavi se acercó a su lado. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato, y Tavi esperó a que el capitán rompiera el silencio.

—No hay muchos subtribunos novatos capaces de enfrentarse de ese modo a su oficial al mando —murmuró finalmente Cyril—. Eso requiere cierto valor.

—En realidad no, señor —replicó Tavi—. No podía hacer nada en mi contra sin revelar lo que había hecho.

Cyril gruñó.

—Hay maneras de superar ese inconveniente. Quizá no pueda dañar tu carrera, pero puede hacer que tus deberes sean muy desagradables.

—Sí —reconoció Tavi con sencillez.

Cyril volvió a sonreír.

—Un estoico, ya veo.

—No me asusta el trabajo, señor. Pasará.

—Eso es cierto. —El capitán miró a Tavi con gesto interrogante—. He revisado tu expediente —comentó—. No eres lo que se dice un artífice de las furias.

Una punzada de irritación mezclada con un oleada de dolor traspasó el pecho de Tavi.

—Acabo de recibir la instrucción básica de las legiones —aclaró Tavi, lo que era cierto, si se tenía en cuenta el expediente falso que habían proporcionado los cursores—. Un poco de metal. Sé manejar una espada. No como los grandes, pero me defiendo.

El capitán asintió.

—A veces los hombres abandonan su camino para ocultar sus talentos, por muchas razones diferentes. Algunos no quieren responsabilidades. Otros no quieren sobresalir. Otros avergonzarían a un padre ilegítimo si destacaran demasiado. Como tu amigo, Maximus.

Tavi esbozó una sonrisa.

—Yo no soy así, capitán.

Cyril estudió a Tavi durante un momento, y después asintió lentamente.

—Yo también carezco de ese tipo de talento. Lástima —comentó y devolvió su atención al campo—. Tenía la esperanza de reclutar a algunos caballeros más.

Tavi arqueó una ceja.

—¿Caballeros? ¿No disponemos de una unidad completa, señor?

La armadura de Cyril chirrió al encogerse de hombros.

—Tenemos caballeros, pero ya sabes el activo tan valioso que pueden ser ese tipo de talentos. Todo Gran Señor del Reino quiere todos los caballeros que puede contratar, comprar, tomar prestados o robar. En especial, si tenemos en cuenta las tensiones vividas de un tiempo a esta parte. Nuestros caballeros son en su mayor parte..., eh..., ¿cómo decirlo?

—¿Peces, señor? —sugirió Tavi—. ¿Caballeros Pisces?

El capitán resopló.

—Bastante cerca. Aunque yo habría dicho que son jóvenes y torpes. Solo tenemos un caballero Ignus, y en estos momentos lo están tratando de sus quemaduras. —Cyril movió la cabeza—. Más o menos una docena de Terra y Flora no están mal, pero les queda un montón de trabajo por delante, y no son suficientes. No tenemos ningún caballero Ferro. Y todos los demás, sesenta, son caballeros Aeris.

Tavi alzó las cejas.

—La mayoría de las legiones matarían para tener tantos caballeros Aeris, señor.

—Sí —suspiró Cyril—. Si fueran capaces de volar.

—¿Y no es así? —preguntó Tavi—. Creía que era un requisito necesario para formar parte de ellos, señor.

—Oh, la mayoría pueden despegar del suelo. Pero volver a bajar de una pieza ha resultado ser un problema. Si el tribuno Fantus y el joven Antillus no hubieran estado allí para amortiguar los impactos, y lady Antillus no hubiera llegado con su hijo, habríamos tenido alguna que otra baja definitiva.

Tavi frunció el ceño.

—Quizá Maximus les podría ayudar. Quiero decir que les podría instruir.

El capitán soltó una carcajada.

—Sería inapropiado. Y lo necesito donde está. Aun así, no dejaría que se acercase a los caballeros Pisces. ¿Lo has visto volar?

Tavi frunció el ceño durante un momento y pensó en ello.

—No, señor.

—Más que volar, lo que hace es dar unos saltos enormes. A veces es capaz de aterrizar de pie. Otras veces se golpea con algo. Incluso lo hemos tenido que sacar de un lodazal. No puedo contar todas las veces que se ha roto las piernas.

Tavi volvió a fruncir el ceño.

—Eso... No suena demasiado a Max, señor.

—Supongo que no habla mucho de ello. Nunca consigue bajar, pero no creo que deje de intentarlo. Entonces lo vi llegar a caballo. Maldita vergüenza. Pero estas cosas pasan.

—Sí, señor —asintió Tavi, inseguro de lo que debía decir.

—Scipio —prosiguió el capitán—. Aún no te he pedido tu juramento a la legión.

—No, señor. Imaginaba que por eso me habíais llamado.

—Así es —reconoció Cyril y entornó los ojos—. No soy idiota, muchacho. Un montón de hombres están aquí por sus propias razones. Y algunos más lo están por las razones de otros.

Tavi se quedó mirando el campo de maniobras y permaneció en silencio, inseguro de decir nada.

—Solo te voy a hacer una pregunta. ¿Puedes jurar lealtad a esta legión, a estos hombres, más allá de ninguna duda, de ninguna limitación?

—Señor... —empezó Tavi.

—Es importante —le cortó el capitán—. Todos tenemos que saber que podemos confiar los unos en los otros. Eso les servirá a la Corona y al Reino, sin importar los peligros o las dificultades. Que no vamos a dejar atrás a ningún hermano ni dudaremos en dar la vida los unos por los otros. En caso contrario, esto no sería una legión. Solo una turba de hombres con armas. —Se giró para mirar a Tavi—. ¿Me puedes mirar a los ojos y jurarlo, joven?

Tavi levantó la vista y se encontró con los ojos de Cyril.

—Estoy aquí para servir a la Corona, señor. Sí.

—¿Entonces tengo tu juramento?

—Lo tenéis.

El capitán se quedó mirando a Tavi durante un momento, asintió con un gesto brusco y le tendió la mano. Tavi parpadeó durante un segundo y se la estrechó.

—Me gusta que mi gente trabaje duro, subtribuno, pero sospecho que nos llevaremos bien. Retírese.

Tavi saludó y el capitán le devolvió el saludo. Tavi se volvió hacia la escalerilla, pero se detuvo cuando llegó una oleada de gritos desde abajo. Levantó la mirada y vio un pequeño grupo de reclutas con sus túnicas marrones que corrían hacia la enfermería llevando a un hombre herido. Estaban manchados de sangre, que dejaba un reguero en la hierba al pasar.

—¡Ayuda! —gritó uno de ellos, con la voz aguda a causa del pánico—. ¡Sanador!

Se acercaron, y Tavi pudo ver más sangre, carne pálida y un paño empapado y sangriento presionado sobre el cuello de un hombre desmayado, cuya piel era de un tono grisáceo. De una de las grandes tiendas apareció un sanador, y Tavi vio cómo su gesto se llenaba de alarma y empezaba a ladrar órdenes de inmediato.

Los reclutas cambiaron de posición al herido para dejar que se acercara el sanador, y la cabeza del hombre cayó sin fuerzas hacia Tavi, con los ojos ciegos y vidriosos.

A Tavi se le detuvo el corazón.

Era Max.

Amara frunció el ceño desde su asiento en la galería de una de las grandes salas de conferencia del Collegia Tactica, uno de los grandes orgullos de la ciudad de Ceres y la academia militar más grande de Alera. Era una del puñado de mujeres presentes en la sala, entre unos quinientos hombres, la mayoría de ellos vestidos con túnicas y armaduras de las legiones. La galería que dominaba los asientos de platea estaba llena de nobles curiosos y otros alumnos del Collegia, y ella se sentaba entre un par de mujeres jóvenes que no parecían saber cómo dirigirse a una mujer joven que lucía la cicatriz de un duelo en la mejilla y llevaba una espada colgada de la cadera.

El estrado para las presentaciones tenía el tamaño del escenario de un teatro pequeño, y también estaba abarrotado de gente. Al fondo del estrado se había dispuesto un semicírculo de sillas. Muchos hombres mayores estaban sentados en ellas, la mayoría de ellos comandantes militares de gran experiencia, retirados y que ahora servían como maestros en el Collegia. En la penúltima silla estaba sentado el centurión Girdali, indudablemente el suboficial más condecorado de Alera, ahora que lucía no una sino dos franjas escarlatas de la Orden del León, que cubrían las costuras exteriores de los pantalones del uniforme. El viejo soldado, bajo, fornido y canoso cojeaba desde que había recibido heridas en el combate con las criaturas monstruosas llamadas «vord». El cabello gris de Girdali era muy corto, al estilo de los legionares, su armadura mostraba abolladuras y arañazos de una vida dedicada a la batalla, y parecía muy incómodo sentado delante de una audiencia tan grande.

Al lado de Girdali se sentaba el senador Guntus Arnos, cónsul general del Collegia. Era un hombre bajo, de poco más de metro y medio, vestido con la túnica formal de color azul oscuro del Senado. El cabello oscuro estaba aceitado y estirado hacia atrás en una coleta. Se tapaba la cara con las manos, lo que ocultaba en parte una expresión sobria y sombría. Amara pensó que tal vez la practicara delante de un espejo.

La túnica de Bernard, fuerte y sencilla, lucía sus colores verde y marrón, lo que contrastaba con la ropa lujosa del senador Arnos. Estaba de pie en el podio que se alzaba en el centro de la plataforma, de cara a todos los presentes en la sala con una actitud tranquila y competente.

—En resumen —concluyó—, creo que estos vord son, de lejos, la amenaza más grave que ha sufrido este Reino.

Su voz se proyectaba con claridad a través de la sala gracias a los artificios de viento insertados para que se pudiera escuchar con claridad a los oradores. La acústica reforzada por el artificio de viento era necesaria. La sala generaba el zumbido constante de los susurros y las conversaciones en voz baja.

—Una sola reina vord entró en mis dominios —continuó Bernard—. Al cabo de

un mes, los vord se habían convertido en una fuerza que destruyó las dos terceras partes de las fuerzas bajo mi mando, incluida media centuria de caballeros, y todos los habitantes de una explotación fronteriza. Su uso de la situación táctica, como el centurión Girdali y yo mismo hemos enumerado a lo largo del día de hoy, demuestra que estas criaturas son algo más que simples bestias. Son una amenaza inteligente y coordinada contra toda la humanidad. Si no aplicamos los niveles más elevados de precaución, erradicando los primeros signos de contagio, cabe la posibilidad de que la amenaza crezca hasta tal punto que sea imposible detenerla. —Bernard soltó aire y Amara percibió cierto alivio en la cara de su esposo; no todo el mundo lo podría haber hecho—. Ahora abriré un turno de preguntas.

Varias docenas de manos se levantaron de repente, pero vacilaron y volvieron a bajar cuando el senador Arnos alzó tranquilamente la mano.

Bernard frunció el ceño durante un momento, hasta que Girdali le dio un golpe en la pierna con el bastón. Bernard lo miró, y después a Arnos.

—Por supuesto, senador —asintió—. Por favor.

Arnos se puso en pie y miró hacia la sala.

—Conde Bernard —empezó—. He escuchado diversos relatos de lo ocurrido en Calderon, y cada uno parecía menos plausible que el anterior. Debo confesar que, en apariencia, vuestra historia parece más fantástica que las demás.

Unas risitas amortiguadas recorrieron la sala.

Los ojos de Bernard se entornaron un poco, y Amara reconoció las primeras señales de su irritación.

—Me tengo que no le puedo ofrecer nada más que la verdad.

—La verdad —repitió Arnos con un gesto—. Por supuesto. Pero creo que todos sabemos lo... amorfa, si se me permite la expresión, que puede ser la verdad.

—Perdonadme —replicó Bernard—. No quería confundiros, senador. Debo corregir mi afirmación. Solo puedo ofrecer los hechos.

—Hechos —repitió Arnos con otro gesto—. Excelente. Tengo unas preguntas sobre algunos de los hechos que nos habéis presentado en el día de hoy.

Amara sintió una punzada mareante en el vientre.

—Desde luego —le animó Bernard.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Supisteis de la presencia de estas criaturas a través de un bárbaro marat?

—De Doroga de los sabot-ha —aclaró Bernard—. El más poderoso e influyente de sus jefes.

—Pero... —Arnos se encogió de hombros—. Un marat.

—Sí —asintió Bernard.

—¿Así que sabéis que se llaman vord?

—Sí.

—De hecho —continuó Arnos—, ningún alerano había oído hablar nunca de esta criatura antes de que el bárbaro os hablase de ella.

—Si tenemos en cuenta el tipo de peligro que suponen los vord, sospecho que cuando uno se entera de su existencia, ya es demasiado tarde para combatirlos. De no haber sido por el aviso de Doroga ya habríamos perdido la mitad del Reino.

—¿Y lo creéis de verdad? —preguntó Arnos.

—Sí —respondió Bernard.

—Aun así, según el bárbaro, su pueblo iletrado, tribal y mísero, sin civilización, sin artificio de las furias, de alguna manera consiguió derrotarlos en el pasado.

Bernard se detuvo durante un momento antes de hablar. Amara reconoció el gesto: era el mismo que aparecía antes de darle una reprimenda a un subordinado especialmente idiota.

—No derrotaron a los vord, senador —aclaró Bernard—. Los refugiados de su civilización consiguieron huir y sobrevivir.

—Ah —exclamó Arnos con un tono que delataba genuino escepticismo—. Vamos, conde. ¿Qué seguridad nos puede dar que toda aquello no fue una especie de conspiración planeada por los marat? El mundo está lleno de criaturas peligrosas. Me parece que no teníamos nada que temer de estos vord antes de que los marat os hablaran de ellos.

Bernard apretó la mandíbula.

—Doroga casi perdió la vida en defensa de los míos cuando luchamos juntos contra los vord. Perdió casi a dos mil guerreros luchando contra ellos antes de que llegasen a Calderon.

Arnos hizo un gesto vago con la mano.

—Vamos, Vuestra Excelencia. El Collegia contiene mil años de historia militar, cientos de batallas, grandes y pequeñas, recopiladas de manera fidedigna. La moral de una fuerza militar en el campo de batalla se rompe antes de soportar un cincuenta por ciento de bajas. ¿Vamos a aceptar la palabra de los bárbaros de que su pueblo luchó después de perder el noventa por ciento?

—Si lo dice Doroga, yo le creo.

El senador se permitió una media sonrisa ladina.

—Ya veo. Parecería que el hecho de luchar juntos contra esas criaturas, de las que solo tienen conocimiento los bárbaros, ha infundido en vos una sensación de confianza. —Se detuvo y añadió con ligereza—. O de credulidad.

Bernard se quedó mirando fijamente a Arnos durante un buen rato. Después respiró hondo y replicó con un tono paciente:

—Senador, si dejamos de lado las pruebas que no he visto con mis propios ojos, los vord siguen siendo un enemigo claramente inteligente, lleno de recursos e implacable, que no distingue entre fuerzas armadas y no combatientes. Está claro que

poseen los medios suficientes para infligirle un daño tremendo a cualquiera que tenga la suficiente mala suerte como para encontrarse cerca de ellos.

Arnos se encogió de hombros, sin perder una ligera sonrisa.

—Quizá. Pero su rasgo más destacado y temido es su capacidad de reproducirse a una velocidad fantástica. Que si queda vivo uno de ellos, pueden reaparecer de la noche a la mañana. —Ladeó la cabeza antes de continuar—. No obstante, han pasado tres años desde que luchasteis con ellos, conde, y no se les ha vuelto a ver. No puedo evitar preguntarme si fue o no una mentira que os contó el marat para aumentar vuestra sensación de peligro y, con ello, la confianza que depositaríais en él después de haber superado la amenaza.

—¿Queréis decir que Doroga me mintió?

—Al fin y al cabo es un bárbaro, conde.

Bernard le lanzó al senador una sonrisa apretada.

—En las lenguas tribales de los marat no existía ninguna palabra que designara la «mentira» hasta que nos conocieron, senador. La idea misma de que se pueda decir algo falso no se implantó entre ellos hasta hace unas pocas generaciones y nunca ha sido muy secundada. El que un marat llame mentiroso a otro equivale a invitarlo a un combate a muerte, que no se rechaza nunca. Doroga no es ningún mentiroso.

—No veo cómo se puede estar seguro de eso.

—Yo sí lo estoy, senador —replicó Bernard—. Yo le ceo. Soy conde, un ciudadano del Reino y un veterano de las legiones que ha derramado sangre en defensa de Alera. Pongo la mano en el fuego por él.

—Estoy seguro de ello —reconoció Arnos con el tono de un abuelo cariñoso que habla con un joven alocado—. Nunca he puesto en duda vuestra sinceridad. Pero sospecho que el marat os ha manipulado.

Bernard se quedó mirando al senador y se encogió de hombros en un gesto que Amara le había visto cuando se estaba preparando para tirar con arco. De repente, la voz de Bernard resonó fuerte y clara, aunque sin dejar de sonar perfectamente cortés.

—Senador. Si vuelve a llamar mentiroso a mi amigo, me lo tomaré a mal.

—¿Perdón? —se sorprendió Arnos y alzó las cejas.

—Os ruego que me digáis el motivo alternativo, miope, egocéntrico y ridículo por el que hacéis caso omiso, con tanta simpleza y empecinamiento, de una amenaza evidente contra el Reino, por el mero hecho de que desearíais que no existiera. Si no podéis reprimir vuestras inclinaciones hacia la más burda calumnia, estaré muy complacido de veros en un *juris macto* y arrancaros personalmente vuestra lengua viperina de la cabeza.

Los murmullos se acallaron en la sala, y un profundo silencio cayó sobre ella.

Amara sintió, complacida, que la atravesaba una oleada de orgullo feroz, y se dio cuenta de que le estaba sonriendo a Bernard.

El rostro de Arnos se sonrojó hasta tornarse rojo oscuro, casi púrpura. Sin mediar palabra, se dio la vuelta y salió de la sala. Sus pasos enojados resonaban en el suelo. Poco más de un tercio de los asistentes, entre ellos muchos hombres que se encontraban también en el estrado elevado, se pusieron en pie y salieron con el senador.

Cuando se hubieron ido, Bernard movió la cabeza y lanzó un guiño casi imperceptible en su dirección.

—De acuerdo —prosiguió—. Siguiendo pregunta.

Se levantó un bosquecillo de manos. Los hombres que se habían quedado, todos ellos vestidos con las túnicas o las armaduras de uniforme de las legiones, o con el cabello cortado al estilo militar, se dispusieron a escuchar.

Amara descendió a la platea después de que terminara la charla de Bernard. Estaba estrechando la mano de los pocos miembros del claustro del Collegia que se habían quedado tras la salida del senador Arnos. Giraldi se encontraba detrás de él, apoyado en el bastón. Intercambiaba bromas con otros soldados veteranos que parecían ser conocidos suyos.

Amara sonrió cuando Bernard despidió a los hombres y se acercó a ella.

—¿Le vas a arrancar la lengua viperina de la cabeza?

Él le lanzó una sonrisa fugaz.

—¿Crees que es demasiado?

Amara imitó el acento rodesio entrecortado de Arnos.

—Al fin y al cabo, sois un bárbaro, conde.

Bernard dejó escapar una carcajada, pero negó con la cabeza.

—No me ha creído.

—Es un idiota —replicó Amara—. Cuando iniciamos el viaje, ya sabíamos que nos íbamos a encontrar con un montón de ellos.

—Sí, solo que no pensaba que uno de ellos sería el senador que controla todos los fondos que la Corona reserva para las legiones. —Bernard movió la cabeza—. Y tiene seguidores. Quizá debería haber dejado que se pavonease un poco.

—Si lo hubieras hecho, no serías tú —replicó Amara—. Además, has ganado puntos entre los soldados en activo que se encontraban en la sala, cuyas opiniones van a ser las más importantes.

—También son los que más van a sufrir los recortes presupuestarios —aclaró Bernard—. Resulta muy difícil luchar contra nadie cuando solo dispones de un equipo anticuado y deteriorado. Y mucho menos, si tienes que luchar contra alguien como los vord.

—Y si le hubieras seguido la corriente al senador, ¿habría estado más dispuesto a aumentar la dotación de oro para que las legiones pudieran contar con más

exploradores y tropas auxiliares?

—Es posible que no —admitió Bernard.

—Entonces no te preocupes. Has hecho lo que has podido. Y supongo que los cadetes que estuvieron allí se pasarán años comentando la manera en que desafiaste al senador. Serás la comidilla durante mucho tiempo.

—Al menos he conseguido algo positivo. ¿Por qué no lo reconoces?

Amara rio y aceptó su brazo cuando salieron de la sala de conferencias y atravesaron el patio.

Bernard le sonrió y ladeó la cabeza.

—Tienes un aspecto... No sé. Feliz, tal como yo lo veo. No has dejado de sonreír.

—No parezco feliz —replicó Amara.

—¿No?

—No, Vuestra Excelencia. —Respiró hondo antes de añadir—: Tengo el aspecto de alguien que llega tarde.

Él la miró con gesto inexpresivo durante un momento.

—Pareces... —Los ojos se le abrieron de par en par—. Oh. ¡Oh!

Ella levantó la mirada hacia su esposo y sonrió. Durante un momento pensó que el corazón se le iba a salir del pecho y subiría al cielo. No se pudo resistir a un pequeño empujón y una ráfaga de viento por parte de Cirrus, que la levantó a dos o tres metros del suelo, le hizo dar un giro danzarín y la depositó de nuevo al lado de Bernard.

Este sonrió de oreja a oreja.

—¿Estás...? Quiero decir... ¿Estás segura?

—Todo lo que se puede estar tan pronto —respondió Amara—. Tal vez tuvieras razón. Esta es la primera vez que estamos juntos durante más de un par de días.

Bernard dejó escapar una carcajada, la levantó del suelo y estuvo a punto de aplastarla con un abrazo de oso, lo que atrajo las miradas de los cadetes que iban a clase y pasaban a su alrededor. Amara disfrutó. Cuando notaba su fuerza, ese poder enorme e inconsciente, ella se sentía más suave, más tierna... y suponía que más femenina. Él hacía que se sintiera hermosa. Estaba claro que llevaba una espada colgada de la cadera y que podía usarla con una eficacia letal si era necesario, pero no dejaba de ser muy placentero sentirse de otra manera durante un tiempo.

—Necesito respirar —murmuró un momento después.

Bernard volvió a reír, la dejó en el suelo y siguieron paseando juntos, ahora muy unidos, costado con costado y con su brazo alrededor del hombro de Amara.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Seis semanas —murmuró Amara—. Como bien sabes.

—¿Tanto? —preguntó Bernard.

Ella le lanzó una mirada por debajo de las pestañas.

—Resulta difícil juzgar el paso del tiempo cuando uno casi no abandona el dormitorio, mi señor.

Bernard dejó escapar un sonido bajo y complacido, a medio camino entre una risita y un gruñido de satisfacción.

—Yo no tengo la culpa. El mundo exterior no me ofrece nada de interés si lo comparamos con la compañía que tengo dentro de la habitación.

—Mi señor —exclamó Amara fingiendo cara de sorpresa—. ¿Qué queréis decir?

Bernard apretó los dedos en la curva de su cintura, justo por encima de la cadera, y tiró de ella con suavidad. Amara sintió un escalofrío.

—Deja que te lo muestre.

—¿Y Girdali? —preguntó.

—No está invitado.

Amara clavó ligeramente el codo en las costillas de Bernard.

—Esta noche no lo vamos a dejar solo, ¿verdad?

—No, no. Nos acompañará a cenar cuando recojamos a Isana. Mientras tanto está impartiendo unas clases de combate básico, aprovechando su buena reputación como instructor.

—Bien —asintió Amara—. Se buscará un problema si no encuentra algo que lo mantenga ocupado.

—Creía que estabas casada conmigo —comentó Bernard.

—Elijo mis batallas —replicó Amara—. Tú te buscarás problemas por mucho que intente evitarlo. Quizá se trata de un rasgo de familia. Os lo explicaré juntos a tu sobrino y a ti.

—Eso no es justo —protestó Bernard—. Tavi se busca muchos más problemas que yo.

—Es más joven —aclaró Amara mientras le echaba una mirada ladina de reojo y le daba un golpecito con la cadera.

—Ya te demostraré quién es joven —gruñó Bernard, pero miró hacia atrás a media frase y la sonrisa se le borró de la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amara, apoyando la cabeza en su hombro como si no hubiera pasado nada.

—Dos hombres nos están siguiendo —respondió Bernard—. Pero no estoy seguro de que sean nuestra escolta.

—¿Qué escolta? —planteó Amara.

Él alzó una ceja y la miró.

—De acuerdo. —Suspiró—. Los cursores han apostado equipos para vigilar a posibles objetivos lealistas. No quería ofenderte.

Amara se detuvo y se estiró la falda, llamó a Cirrus e hizo girar a la furia en un tipo nuevo de artefacto merced al cual la luz giraba sobre sí misma, de manera que

ocultaba lo que tenía delante y la dejaba ver lo que había detrás. Era un artificio difícil de formar y requería un gran esfuerzo mantenerlo, pero le bastaba con echar una mirada.

—Esos hombres no forman parte de nuestra escolta —informó en voz baja—. No los conozco.

Los ojos de Bernard se entornaron.

—Entonces hay algo que no huele bien.

—Sí —reconoció Amara—. El olor no me gusta en absoluto.

—Malditos cuervos —bufó Cyril—. Muévete, subtribuno.

Tavi se agarró a la parte exterior de la escalerilla y se deslizó hacia abajo, apretando con los pies el lateral en lugar de utilizar los escalones. Llegó al suelo, flexionó las piernas para absorber el golpe y corrió hacia las tiendas donde estaba situada la enfermería. Oyó cómo el capitán Cyril aterrizaba detrás de él y lo alcanzaba enseguida a pesar del peso de la armadura.

—¡Abrid paso! —les gritó Tavi a los reclutas que se congregaban ante la tienda. Hizo todo lo posible por imitar el tono, el volumen y la inflexión con que Max emitía órdenes—. ¡Viene el capitán!

Los peces se apartaron con rapidez, y la mayoría de ellos lanzó saludos precipitados y recién recordados hacia Cyril cuando pasó entre ellos. Tavi apartó la lona de la tienda y la sostuvo para que pasase el capitán, a quien siguió a continuación.

El sanador que se encontraba en el interior era un veterano llamado Foss. Medía más de dos metros y tenía la constitución de un oso de montaña frigio. Su armadura era del modelo habitual entre las legiones hacía unos cuarenta años, ligeramente diferente del modelo actual. Lucía una cantidad impresionante de arañazos y abolladuras, pero su estado de conservación era óptimo, y el hombre se movía con ella como si fuera su propia piel. Foss tenía el cabello espeso y gris, cortado a cepillo y los ojos estrechos y hundidos.

—A la bañera —les ordenó a los peces que llevaban a Max, mientras hacía un gesto hacia un abrevadero de madera lleno de agua, propio de un artífice de ese elemento—. Con cuidado, con cuidado. Que te lleven los cuervos, hombre, ¿es que quieres abrir aún más la herida?

Metieron a Max en la bañera sin quitarle la armadura. El agua lo cubrió hasta la barbilla, con la cabeza apoyada en un soporte inclinado. Murmurando imprecaciones para sí mismo, Foss alargó la mano y ajustó la inclinación. La bajó hasta que el agua cubrió a Max por completo, excepto los labios, la nariz y los ojos. Entonces se arrodilló detrás de Max, metió las manos en el agua, y cerró los ojos.

—Dejadle sitio para trabajar, reclutas —ordenó el capitán Cyril en voz baja, y señaló el rincón opuesto de la tienda, hacia donde se encaminaron obedientes los jóvenes cubiertos de sangre.

Tavi se mordió el labio y miró a su amigo. La piel de Max parecía rara: cerosa y carente de color. No podía ver si Max seguía respirando.

—Sanador —murmuró Cyril un momento más tarde.

—Un poco de silencio —gruñó Foss, con un tono bajo y amenazador. Al cabo de casi medio minuto, añadió—: Señor.

Siguió murmurando para sí mismo y, a juzgar por lo que Tavi pudo escuchar, en su mayor parte eran obscenidades de lo más imaginativas. Entonces Foss inhaló hondo y contuvo la respiración.

—No es la primera vez que lo lastiman —le comentó Tavi al capitán—. ¿Creéis que se recuperará?

Cyril no apartó los ojos de Max.

—Es grave —respondió con sequedad.

—Lo he visto recuperarse de heridas que deberían haberlo matado, pero al cabo de cuatro horas estaba de pie y caminando.

La mirada de Cyril se desplazó hacia Tavi con gesto ausente e impenetrable, aunque su tono de voz seguía transmitiendo serenidad.

—Tu cháchara puede distraer a Foss. Si quieres ayudar a tu amigo, cierra la maldita boca y no la vuelvas a abrir. O sal de aquí.

Las mejillas de Tavi se ruborizaron y ardieron, así que asintió y cerró las mandíbulas con un golpe audible. Dejar de hablar era un esfuerzo físico. Max era su amigo y Tavi se sentía aterrorizado. No quería perderlo. Su instinto le impulsaba a gritar, a ordenarle al sanador que trabajase con más rapidez, a hacer algo. Pero sabía que no podía hacer nada.

Tavi odiaba la sensación de impotencia que lo recorría. Había tenido toda una vida para familiarizarse con ella, porque su falta de artificio de las furias lo colocaba en continua desventaja en casi todas las facetas de la vida. Habría dado lo que fuera por tener la habilidad del sanador con el artificio del agua, y de ese modo poder ayudar a su amigo.

El capitán tenía razón. Lo mejor que podía hacer por Max era cerrar la boca y esperar.

No se oyó ningún sonido durante casi dos minutos. Le pareció que cada segundo duraba una semana.

Entonces Foss exhaló un gruñido grave y lleno de dolor, y su cuerpo de oso se inclinó hacia delante sobre Max.

Max se movió de repente e inhaló una bocanada de aire entrecortada.

Foss gruñó sin dejar de temblar, y su voz de trueno sonó vacilante.

—Ya lo tengo, capitán —informó al cabo de un momento—. Ha estado muy cerca.

Tavi oyó cómo Cyril soltaba lentamente el aire, aunque mantuvo el gesto inexpresivo.

—Creía que lady Antillus estaba hoy de servicio —comentó—. ¿Cómo es que no está aquí para cuidar de Maximus?

Foss movió la cabeza y se incorporó con lentitud. Sacó los brazos del agua ensangrentada, y acto seguido se sentó sobre el suelo de lona.

—Dijo que iba a almorzar con su hijo.

—Ah, sí. Almuerzo familiar —repitió Cyril—. ¿Cómo está?

—Mal, capitán. Es más duro que unas botas de piel de gargante, pero ha perdido mucha más sangre que ningún hombre a quien haya visto sobrevivir.

—¿Se recuperará?

Foss volvió a mover la cabeza.

—La herida está cerrada. Respira. Pero perder tanta sangre puede ser muy nocivo para la cabeza de un hombre. Quizá despierte. Quizá no. Quizá despierte y ya no sea él. O no pueda andar. O simplemente no se despierte.

—¿Qué podemos hacer para ayudar?

Foss se encogió de hombros, aún sentado. Se dejó caer de espaldas presa de un enorme cansancio, y se masajó la frente con una mano de dedos romos.

—Creo que lo único que necesita es tiempo. Pero yo solo soy un viejo sanador de las legiones. Quizá la Gran Señora sepa o pueda ver más que yo.

—Cuervos —murmuró el capitán, quien se dio la vuelta y les frunció el ceño a los reclutas que seguían en un rincón.

Tavi se dio cuenta de que eran ocho: una lanza de hombres que marcharían juntos en fila y compartirían la tienda reglamentaria de la legión.

—Jefe de fila —ordenó Cyril.

Uno de los jóvenes, alto y desgarrado, se puso firmes y saludó.

—Capitán, señor.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Schultz, señor.

—Informa —ordenó Cyril—. ¿Qué ha ocurrido, recluta Schultz?

—Ha sido un accidente, señor.

Cyril se quedó en silencio durante un segundo sin dejar de mirar al recluta, que tragó saliva, palideció y se envaró aún más.

—El capitán sabe que ha sido un accidente, recluta —intervino Tavi—. Explícale los detalles.

La cara del joven se ruborizó.

—Oh. Señor, lo siento, señor, sí, señor. Hum. Somos la lanza más fuerte de nuestra cohorte en la instrucción con espada. Los primeros a los que han entregado espadas de verdad, señor. El centurión Antillar nos estaba haciendo la instrucción por primera vez con espadas de verdad, todos en fila, señor. Íbamos a hacer una demostración delante de toda la cohorte, señor, antes de entregarles las espadas. Iba arriba y debajo de la fila, inspeccionando y señalando nuestros errores, señor.

—Sigue —le animó Cyril—. ¿Cómo se ha herido?

El muchacho movió la cabeza.

—Señor, ha sido un accidente. Me acababa de corregir y se estaba alejando hacia

un punto en que pudiera ver toda la fila. Y yo inicié el movimiento número ocho. — El recluta movió los pies hasta colocarse en posición de combate y desplazó el brazo derecho en línea recta de abajo a arriba junto a la pierna. Un tajo semejante de una espada podía desventrar a un hombre y aunque resultaba difícil de usar, en el combate cuerpo a cuerpo podía ser devastador—. Y la espada... se me resbaló de la mano, señor.

—Resbaló —repitió Cyril en voz baja y sin apartar la mirada.

El recluta volvió a ponerse firmes.

—Sí, señor. No me había pasado nunca. Resbaló y salió dando vueltas hasta golpear al centurión Antillar a un lado del cuello, señor. —Bajó la mirada y pareció que veía por primera vez toda la sangre que llevaba encima—. No quería que ocurriese, señor. En absoluto. Lo siento, señor.

El capitán cruzó los brazos.

—Te acababa de corregir. Estaba de espaldas. La espada se libró inexplicablemente de tu mano y le golpeó en el cuello. Y dices que ha sido un accidente.

—Sí, señor.

—¿Y esperas que me lo crea?

El recluta parpadeó.

—¿Señor?

—En el pasado ha habido hombres que han perdido los estribos con su centurión. A veces estaban tan enfadados que lo mataron. Quizá no pudiste soportar las críticas de Antillar a tu técnica. Hoy hace calor. No has comido. Quizá perdiste los estribos y lo mataste.

El recluta abrió la boca de golpe.

—Señor... —negó con la cabeza—. Nunca. No, señor, al centurión Antillar, no.

—Ya veremos —concluyó Cyril con tranquilidad—. Esto lo voy a investigar más a fondo. Vuelve con tu cohorte, recluta. Schultz. No intentes abandonar el campamento. Los hombres que envíe a buscarte tendrán órdenes de ejecutarte en cuanto te atrapen.

El joven tragó saliva y volvió a saludar.

—Retírense.

Schultz condujo a los demás reclutas fuera de la tienda y un segundo después se volvió a abrir la solapa y entró un caballero con armadura, acompañado por la hermosa lady Antillus. El caballero se quedó helado cuando vio a Max en la bañera y abrió la boca de golpe. Lady Antillus respiró hondo, y colocó los dedos de una mano sobre el corpiño de seda azul del vestido, con los ojos muy abiertos.

Por alguna extraña razón que se le escapaba, Tavi no se creyó ni por un instante que el gesto de lady Antillus fuera sincero. Quizá fue demasiado limpio, demasiado

fluido como para ser producto de la sorpresa y la preocupación.

—Las grandes furias nos ayuden —exclamó—. ¿Qué le ha ocurrido a mi hijastro?

—Según el recluta propietario del arma que lo ha golpeado, se trata de un accidente de instrucción, mi señora —respondió Cyril.

El gesto de lady Antillus parecía de consternación.

—Tiene un aspecto horrible. Supongo que Foss se ha ocupado de él.

Foss gruñó desde el suelo.

—Sí, señora. Pero ha perdido un montón de sangre.

—¿Cuál es su diagnóstico? —le preguntó al sanador.

—Hum. ¿Qué? —respondió Foss.

—No se encuentra en un peligro inmediato —intervino Tavi—. Pero no están claros los daños que haya podido producir la pérdida de sangre.

Lady Antillus volvió la atención hacia Tavi, y él pudo sentir toda la fuerza de la personalidad que había detrás de aquella mirada. No era una mujer especialmente alta, y el cabello oscuro le caía en una melena recta y brillante hasta las caderas. Su cara era pálida, las mejillas tenían ese tono perpetuamente rubicundo que les es propio a quienes viven en los climas del norte, y sus ojos eran del color del ámbar oscuro. Tenía unas mejillas fuertes y los labios finos. Todo ello la hacía parecer demasiado dura como para ser hermosa con arreglo a los cánones imperantes, pero la gracia de su porte y el fuego ardiente y constante de inteligencia que dejaban entrever los ojos color ámbar se combinaban en un todo impresionantemente atractivo.

Una vez más, Tavi tuvo la impresión de que le parecía familiar, pero, por mucho que lo intentaba, no era capaz de recordar de qué.

—No creo que nos hayan presentado, joven —comentó.

Tavi hizo una reverencia hasta la cintura.

—Subtribuno Rufus Scipio, mi señora. Y, por supuesto, sé quién sois.

El caballero avanzó un paso y se quedó mirando al silencioso Max. Hasta ese momento Tavi no se había dado cuenta de que era bastantes años más joven que él. Su estatura y constitución estaban un poco por debajo de la media. Tenía el cabello largo y castaño rojizo, y los ojos verdes como la hiedra. Su armadura era una obra de arte y sin la más mínima mácula.

—Madre —intervino el joven caballero en voz baja—, parece muerto. ¿No... tendríamos que hacer algo, como por ejemplo cuidarlo?

—Por supuesto que...

—No —la interrumpió el capitán Cyril acallando su voz.

Lady Antillus miró sorprendida a Cyril.

—¿Perdón?

El capitán le hizo una pequeña reverencia.

—Os pido perdón, señora. Debería haber dicho: «Aún no». El centurión ha

sufrido una gran conmoción, pero su herida está bien cerrada. Ante todo, necesita descansar. Cualquier nuevo artificio podría agotar las fuerzas que le quedan y resultar más perjudicial que beneficioso.

—De acuerdo —asintió el joven caballero con un gesto—. Tiene razón, madre...

—Crasus —le cortó lady Antillus con la voz fría y dura.

El joven caballero bajó los ojos y cerró la boca de inmediato.

Lady Antillus se volvió hacia Cyril.

—Con plena conciencia, debo preguntar si de verdad sois tan arrogante como para pensar que sabéis más que un artífice del agua bien adiestrado. ¿Sois tribuno Medica, capitán?

—Soy el oficial al mando del tribuno Medica, tribuno —replicó Cyril con una voz perfectamente tranquila—. Soy el hombre que le puede decir al tribuno Medica que siga sus órdenes o abandone el servicio de esta legión.

Los ojos de lady Antillus se abrieron de par en par.

—¿Os atrevéis a hablarme de esta manera, capitán?

—Abandonad esta tienda. Esa es mi orden, tribuno.

—¿O de lo contrario...? —preguntó con voz tranquila.

—O de lo contrario os licenciaré con deshonor y haré que os escolten fuera de este campamento.

Los ojos de lady Antillus brillaron llenos de rabia, y un calor repentino se adueñó del aire de la tienda.

—Cuidado, Cyril. Esto es una locura.

El tono suave del capitán no cambió.

—¿Qué es una locura, tribuno?

El calor surgía de la Gran Señora como si fuera un enorme horno de cocina.

—Señor —escupió, por fin.

—Gracias, tribuno. Retomaremos este asunto cuando Maximus haya tenido la oportunidad de descansar. —Y entonces los ojos y la expresión del capitán se endurecieron. Su rostro parecía más duro que el acero de la armadura o la espada. Bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo—. Retírese.

Lady Antillus giró sobre los talones y salió de la tienda. El calor de la rabia quedó atrás, y Tavi notó que tenía la cara cubierta de sudor.

—Y vos, sir Crasus —indicó Cyril con su habitual tono cortante—. Cuidaremos de él.

Crasus asintió sin levantar los ojos y salió corriendo.

El silencio cayó sobre la tienda. Cyril dejó escapar una larga bocanada de aire. Tavi se limpió el sudor que le caía sobre los ojos. El único sonido eran las gotas de agua que caían de la bañera, ya que, cada vez que respiraba, Max producía un movimiento casi imperceptible que hacía rebosar la bañera.

—Alguien no va a volver a ascender nunca más —observó Foss desde el suelo.

Cyril le lanzó al extenuado sanador una sonrisa fugaz. A continuación se encogió de hombros y puso recta la espalda, con lo que retomaba su sempiterno aspecto de oficial distante.

—No me puede causar muchos problemas si me acusa de darle una orden a un subordinado.

—Problemas oficiales, no —subrayó Tavi en voz baja.

—¿Qué estás diciendo, subtribuno?

Tavi miró a su amigo silencioso en la bañera.

—En ocasiones hay accidentes.

Cyril se encontró con los ojos de Tavi.

—Sí que los hay.

Tavi ladeó la cabeza.

—Lo sabíais. Por eso invitasteis a Max a la reunión de la plana mayor. Para avisarle de que ella estaba aquí.

—Solo quería darle la bienvenida a un viejo amigo —admitió Cyril.

—No os creéis que el recluta le hiciera daño a Max. Sabíais que no estaba metido en el ajo. Habéis montado esa pantomima por ella, para hacerle creer que no os habéis dado cuenta de lo que está ocurriendo.

El capitán frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Capitán —empezó Tavi—, ¿creéis que lady...?

—No —lo cortó Cyril con gesto contundente y levantando una mano en señal de advertencia—. No lo creo. Ni tú tampoco, Scipio.

Tavi sonrió.

—Pero por eso no queréis que esté cerca de Max.

—Yo solo le di una orden y me aseguré de que la cumpliera —explicó Cyril—. Pero mide tus palabras, Scipio. Si hablas con quien no debes, te puedes ver en un *juris macto* con la Gran Señora. Y te achicharrará hasta convertirte en cenizas. Así que, a menos que tengas pruebas tan sólidas como para presentarlas ante un tribunal de justicia, cierra la boca y cállate tus opiniones. ¿Comprendes?

—Sí, señor —replicó Tavi.

Cyril gruñó.

—Foss.

—Nunca he oído, ni recuerdo, ni repetiré nada semejante, señor.

—Eso dice mucho de ti —reconoció Cyril—. Es necesario que, cuando Maximus despierte, se encuentre con un rostro familiar. Estará confuso y desorientado. Es tan fuerte que podría hacerle daño a alguien si se deja llevar por el pánico. —Cyril tamborileó pensativo el pomo de la espada—. Tengo algo así como una hora. Scipio,

ve a decirle a Gracus que te he encomendado una misión especial durante uno o dos días. Come mucho. Tráeme algo de comida. Te relevaré en persona o enviaré al Primera Lanza en mi lugar.

Tavi tragó saliva.

—¿Creéis realmente que está en peligro, señor?

—He dicho todo cuanto tenía intención de decir. Ahora lo importante es evitar que haya más accidentes. Muévete.

—Sí, señor —asintió Tavi y saludó.

Pero entonces se detuvo en la entrada de la tienda. Max estaba indefenso. Se trataba de una idea horrible y cínica, pero ¿y si el enfrentamiento del capitán con la Gran Señora había sido una pantomima cuyo destinatario era él? ¿Y si al alejarse de Max, en realidad Tavi estaba condenando a muerte a su amigo?

Tavi miró hacia atrás, en dirección al capitán.

Cyril estaba inclinado sobre la bañera. Levantó la mirada hacia Tavi y arqueó una ceja. Entonces el capitán frunció el ceño y Tavi tuvo la incómoda sensación de que Cyril le había leído el pensamiento.

Cyril se encontró con la mirada de Tavi y no la apartó. Tavi pudo ver la fuerza que emanaba de aquel hombre. No era ni la fuerza arrasadora de una tormenta que subyacía en la rabia de Gaius ni el fuego abrasador de la ira de lady Antillus. Era una fuerza más vieja y humilde, tan constante y segura como las colinas onduladas de un valle que permanece en su lugar como las montañas viejas y desgastadas que lo rodean, tan imperturbables ante el caos como las aguas de un pozo profundo. Tavi no podía decir cómo lo sabía, pero así era: Cyril respetaba el poder de la gente como lady Antillus, pero no lo temía. No iba a doblar la rodilla ni a manchar su honor por ella ni por nadie como ella.

—Maximus es la legión —comentó el capitán, y alzó la barbilla con gesto orgulloso—. Si le hacen daño será porque yo esté muerto.

Tavi asintió. Tocó el corazón con el puño y saludó al capitán. Entonces se dio la vuelta y salió corriendo de la tienda para cumplir las órdenes de Cyril.

Tavi se pasó el día y la mayor parte de la noche al lado de su amigo. Valiar Marcus lo había relevado durante el tiempo suficiente como para que pudiera bañarse y tomar una comida fría. El capitán Cyril en persona se había presentado a última hora de la madrugada, y Tavi tan solo se había dejado caer al suelo para dormir un rato, sin quitarse la armadura. Se despertó entumecido y dolorido a media mañana e intentó estirarse. Se las arregló lo mejor que pudo para hacer caso omiso de los quejidos de su cuerpo. El capitán no se fue hasta que Tavi estuvo completamente despierto, y lo dejó para que continuara la vigilancia de su amigo.

Foss entraba y salía de vez en cuando, para controlar a Max.

—¿No lo deberíamos trasladar a una cama? —preguntó Tavi.

Foss gruñó.

—Quítale la armadura. El agua es lo mejor, siempre que no coja frío.

—¿Por qué?

—Mi furia sigue dentro de él —respondió Foss—. Ella hace todo lo que puede por ayudarle.

Tavi sonrió.

—¿Ella?

—Bernice. Y te puedes ahorrar los comentarios, muchacho. Sé que los ciudadanos os burláis de los campesinos como yo que les damos nombres. En mi hogar les parece igual de divertido que digáis que no los necesitan.

Tavi movió la cabeza.

—No te estoy criticando, sanador. De verdad. Lo que importa es el resultado.

—Resulta que soy de la misma opinión —reconoció Foss con una sonrisa.

—¿Cómo has acabado aquí? —preguntó Tavi.

—Me presenté voluntario —respondió Foss, mientras añadía agua caliente a la bañera. Procuraba no quemar al hombre que estaba dentro.

—Todos somos voluntarios —aclaró Tavi.

Foss volvió a gruñir.

—Soy un legionare de carrera. La Muralla del Escudo. De Antillus a Frigia una y otra vez, luchando contra los hombres de hielo. Un período de servicio para una ciudad, y después, para otra. Así durante treinta años.

—¿Te cansaste del frío? —preguntó Tavi.

—Se podría decir así —asintió Foss, y le guiñó el ojo—. La esposa que tenía en Frigia supo de la existencia de la esposa que tenía en Antillus. Aunque también quería saber qué aspecto tenía el sur durante una ronda de servicio.

Tavi sonrió.

—No juegues con él a las cartas, Calderon. Hace trampas —comentó Max con un

débil susurro.

Tavi derribó la silla de campaña y se acercó a su amigo.

—¡Eh! —le saludó—. ¿Al final has decidido despertarte?

—Tengo resaca —comentó Max con voz pastosa—. O algo así. ¿Qué me ha pasado, Calderon?

—Eh... Max —respondió Tavi con tono preocupado—, no intentes hablar. Espérate a estar un poco más despierto. Deja que el sanador te eche un vistazo.

Foss se arrodilló al lado de la bañera y escrutó los ojos de Max. Le pidió al joven que siguiera su dedo mientras lo movía de un lado a otro.

—¿Calderon? —preguntó—. Creía que eras de Riva.

—Sí —respondió Tavi sin darle importancia—. Mi primer destino fue en Riva. Formé parte de las cohortes recién reclutadas que enviaron a Guarnición.

Foss gruñó.

—¿Estuviste en la segunda batalla de Calderon?

—Sí —reconoció Tavi.

—He oído que fue bastante mal.

—Sí —asintió Tavi.

Foss miró a Tavi por debajo de unas cejas negras e irregulares que remataban unos ojos pensativos. Entonces gruñó y dijo:

—Maximus, sal de esta bañera antes de que te ahogue. Nunca he hecho trampas a las cartas en toda mi vida.

—No me obligues a pegarte —replicó Max con una voz que apenas era una sombra de la normal.

Empezó a incorporarse en la bañera, pero gimió al cabo de un instante y volvió a caer en ella.

—¡El cubo! —les indicó Foss a Tavi.

Tavi cogió un cubo que tenía cerca y se lo lanzó a Foss. El sanador lo depositó en el suelo justo en el momento en que Max se volvía de lado y vomitaba. El sanador sostuvo al legionare herido con su brazo fornido.

—Muy bien, hombre. No te avergüences. Casi lo consigues.

Max volvió a incorporarse al cabo de un rato, parpadeó varias veces y fijó la mirada en Tavi.

—Scipio. —Hizo énfasis en la palabra, pero con suavidad. Tavi supuso que Max había recuperado totalmente el conocimiento—. ¿Qué ha ocurrido?

Tavi miró a Foss.

—Sanador, ¿te importaría dejarnos a solas un momento?

Foss gruñó, se puso en pie y abandonó la tienda sin decir palabra.

—Sufriste un accidente de instrucción —le explicó Tavi en voz baja cuando se aseguró de que Foss ya no estaba presente.

Max miró fijamente a Tavi durante un buen rato, y Tavi vio algo parecido a la desesperación en los ojos de su amigo.

—Ya veo. ¿Cuándo?

—Ayer, más o menos a esta hora. A uno de los reclutas se le resbaló el gladius y te golpeó en el cuello.

—¿Quién? —preguntó Max. Su voz carecía de inflexiones.

—Schultz.

—Que me lleven los cuervos si se le resbaló —murmuró Max—. El chico tiene un poco de artificio del metal, pero no lo sabía hasta que se alistó. Tiene algo de experiencia y podría convertirse en caballero. No se le resbaló.

—Todo el mundo dice que se le resbaló —recalcó Tavi—. El capitán está de acuerdo en que, en ausencia de más pruebas, fue un accidente.

—Sí. Los capitanes siempre hacen lo mismo —replicó Max con tono amargo.

—¿Qué? —preguntó Tavi.

Max movió la cabeza y se incorporó con un movimiento lento y doloroso. El agua se escurría por los fuertes músculos de hombros y espalda, y formaba riachuelos que se dividían en las cicatrices largas y de la anchura de un dedo que zigzagueaban por su espalda. Se masajeó la nuca con la mano y tocó con cuidado la franja de piel rosada a causa del artificio de las furias donde le había golpeado la espada.

—Dame esa toalla.

Tavi lo hizo.

—No es la primera vez que te ocurre algo así, ¿verdad?

—La quinta —respondió Max.

—Cuervos —murmuró Tavi—. ¿Y es ella?

Max asintió.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Tavi.

Max se secó con movimientos lentos y descuidados.

—¿Hacer?

—Algo tendremos que hacer.

Max miró a su alrededor hasta que vio los pantalones y la túnica de su uniforme en un silla cercana. Estaban limpios y doblados. Dejó caer la toalla al suelo y se tambaleó hasta la ropa.

—No se puede hacer nada.

Tavi se quedó mirando a su amigo.

—¿Max? Tenemos que hacer algo.

—No. Déjalo.

—Max...

Max se quedó parado con la camisa en las manos. Tenía los hombros y la voz agarrotados.

—Cállate. Ahora.

—No, Max. Tenemos que...

Max se dio la vuelta y bufó:

—¿Qué?

Al hablar el suelo dio un respingo y lanzó a Tavi al aire y lo hizo caer de lado, aterrizando desmadejado.

—¿Hacer qué? —bufó Max, y movió la túnica como si fuera una espada contra uno de los postes de apoyo de la tienda, en un gesto de rabia impotente—. No puedo hacer nada. Nadie puede hacer nada. —Negó con un gesto—. Ella es demasiado lista. Demasiado fuerte. Puede hacer lo que quiera. —Apretó los dientes y la túnica estalló de repente en llamas. Unas lenguas al rojo blanco envolvieron a Max sin quemarle la piel. Tavi sintió el calor duro, intenso y casi doloroso—. Demasiado...

Max dejó caer los brazos con un gesto débil de impotencia, y las negras cenizas que habían sido su túnica empezaron a caer al suelo. Se sentó, apoyó la espalda en el poste y volvió a negar con un gesto. Tavi se puso en pie y vio cómo la cabeza de Max caía hacia delante. Se quedó en silencio durante un momento.

—Ella mató a mi madre —susurró—. Yo tenía cinco años.

Tavi se acercó a su amigo y se agachó a su lado.

—La gente como ella suele hacer lo que le place —prosiguió Max en voz baja—. No la puedo matar. Es demasiado lista como para que la atrapen. Y aunque lo hicieran, tiene familia, amigos y contactos, gente a la que controla y chantajea. Nunca se tendrá que enfrentar a la justicia. Y en algún momento acabará conmigo. Lo sé desde que tenía catorce años.

Y, de repente, Tavi comprendió un poco mejor a su amigo. Max se había pasado la vida envuelto en el miedo y la rabia. Había huido para unirse a las legiones y de ese modo escapar del influjo de su madrastra, pero sabía o, mejor dicho, estaba convencido de que tan solo había conseguido aplazar la ejecución. Max creía que ella acabaría matándolo, y lo creía de una manera tan profunda que aquello se había convertido en parte de quién y qué era. Por eso su amigo se había comportado de una manera tan entusiasta en la capital, por eso se había saltado la mayoría de las clases en la Academia, y por eso se había divertido con vino, mujeres y canciones a la menor oportunidad.

Creía que no iba a vivir lo suficiente como para morir de viejo.

Tavi puso la mano sobre el hombro de Max.

—Nadie es invencible. Nadie es perfecto. Se la puede derrotar.

Max negó con la cabeza.

—Olvídalo —ordenó—. Apártate. No quiero que te atrape en medio cuando ocurra.

Tavi dejó escapar el aire con un siseo de frustración y se puso en pie.

—Malditos cuervos, hombre. ¿A ti qué te pasa?

Max no levantó la mirada.

—Vete.

Unos pasos se acercaron a la tienda, y el maestro Magnus asomó la cabeza y lanzó una rápida mirada al interior.

—Ah —exclamó—. ¿Está despierto?

Foss pasó al lado de Magnus y le frunció el ceño a Tavi.

—Ya está. Todo el mundo fuera.

—¿Qué? —preguntó Tavi.

—Todo el mundo fuera. El paciente tiene que lavarse, vestirse y beber un poco, y tengo que examinarlo antes de que pueda salir de aquí. El que lo estéis mirando no va a servir de ayuda, así que fuera.

—En realidad es una idea estupenda —reconoció Magnus, y miró directo a Tavi.

Tavi asintió.

—De acuerdo. Te espero fuera, Max.

—Sí —asintió Max con un vago manotazo—, salgo en un momento.

Tavi salió de la tienda, caminando al lado de Magnus.

—¿Dónde os habéis metido? —le preguntó Tavi.

—Vigilando a nuestra tribuno Medica —contestó Magnus y condujo a Tavi en un corto paseo que los alejó de las tiendas. Pasaron de largo ante diversos grupos de reclutas que hacían la instrucción. Gritaban y recibían gritos de los instructores. Hacían tal ruido que hacía posible ocultar una conversación—. ¿Ha venido alguien?

—El capitán y el Primera Lanza —respondió Tavi en voz baja—. Esta mañana ha venido un caballero, Crasus, pero no ha entrado.

—¿Has conseguido averiguar algo sobre el mensajero que va y viene entre el tribuno Bracht y el pueblo? —preguntó Magnus.

—He estado con Max —contestó Tavi—. Maestro, esto es más importante que...

—¿Nuestro deber? —le interrumpió Magnus—. No, Tavi. La seguridad del Reino es más importante que ninguno de nosotros. Recuerda por qué estamos aquí.

Tavi apretó los dientes pero asintió con un gesto brusco.

—Lo podré averiguar en uno o dos días.

—Bien. Mientras te dedicas a ello, quiero que descubras todo lo que puedas sobre el maestro herrador y su gente. Y también sobre esa escuadra veterana de la quinta cohorte.

—Eso ya lo he hecho —replicó Tavi—. Son adictos a la afrodina. La compran en el burdel del campamento.

Magnus siseó.

—Los adictos pueden ser espías. Averigua quién es su contacto en el burdel. Con quién hablan.

Tavi tosió.

—En realidad eso se encuentra más en las aguas tradicionales de Max que en las mías.

—Grandes furias, muchacho. No voy a dejar que Maximus se acerque lo más mínimo a un antro de afrodina en un momento como este. Harán que lo maten.

—Señor, a Max le gusta perseguir a las damas y beber, y, furias, no sabéis lo bien que lo hace. A veces bebe demasiado vino. Pero no es... No deja que eso lo controle.

—No se trata de si es capaz o no de controlarse —aclaró Magnus—. Pero fingir un accidente mientras yaces drogado o borracho en un antro de placer es muy fácil. En vez de eso, deberías estar vigilando que no te apuñalen por la espalda.

—¿Tu madrastra, por ejemplo?

—Cuidado —advirtió Magnus mientras miraba a su alrededor—. ¿Max te ha hablado alguna vez de su familia?

—No —reconoció Tavi—. Pero siempre he pensado que las cicatrices de su espalda hablan por él.

Magnus negó con la cabeza.

—Maximus es el hijo ilegítimo, aunque reconocido públicamente, del Gran Señor Antillus. Tres años después del nacimiento de Maximus, el Gran Señor contrajo matrimonio como resultado de una alianza política.

—Con lady Antillus —recalcó Tavi.

—Y Crasus es el resultado de su unión —añadió Magnus.

Tavi frunció el ceño.

—¿Ella cree que Max es una amenaza para Crasus?

—Maximus es popular en las legiones del norte, y cuenta con las simpatías de al menos otro Gran Señor. Es un artífice de las furias dotado y poderoso, puede que algún día sea uno de los mejores espadachines de la historia de Alera, y ha hecho demasiados amigos en la Academia.

—Uf —exclamó Tavi—. Siempre ha sido amistoso, pero no sé si la mayoría de los que pasaban el tiempo con él se podrían considerar «amigos».

—Te sorprendería saber cuántas alianzas se han forjado entre antiguos amantes ocasionales —replicó Magnus—. Más aún, se sabe que es amigo del paje del Primer Señor, entre otros, y es de dominio público que no le gusta demasiado la autoridad.

—Max no quiere ser Gran Señor —comentó Tavi—. Saldría corriendo y gritando si se lo propusieran, y es consciente de ello.

—Aun así, ha hecho aliados —prosiguió Max—. Ha construido una base de poder aprovechando su influencia entre numerosas legiones y numerosos señores, entre ellos los que se encuentran al servicio personal de Gaius. Olvídate de lo que sabes de él de primera mano y piensa en ello como si de un ejercicio se tratase, muchacho. ¿Qué ocurriría si decidiera que sí quiere serlo?

Tavi quiso protestar, pero recorrió todos los recovecos de su mente y sopesó todas las posibilidades. Se guio por la lógica, el instinto y los ejemplos que mostraba la historia, como le habían enseñado los cursores.

—Lo podría hacer —concluyó Tavi en voz baja—. Si a Crasus le ocurriera algo, Max sería la única alternativa razonable. Y en caso contrario, si las legiones de Antillus se decantaran por Max en lugar de hacerlo por su hermano menor, siempre que contara con el apoyo de otros Grandes Señores y del Primer Señor, no habría nada más de que hablar, siempre desde el punto de vista práctico. No le costaría demasiado esfuerzo.

—Exactamente.

—Pero él no lo quiere, maestro. Lo sé.

—Eso lo sabes tú —reconoció Magnus—. Pero su madrastra, no. Y este no ha sido el primer accidente que sufre el joven Antillar.

Tras esta conversación completaron el breve circuito por el interior del campo de maniobras. Regresaron a tiempo de ver cómo lady Antillus y Crasus cruzaban la calzada de instrucción y se acercaban a la tienda enfermería.

—Max le tiene miedo —murmuró Tavi.

—Ha tenido toda una vida para enseñarle a temerla —replicó Magnus con un cabeceo—. Y es letal e inteligente, muchacho. Poderosa, malvada y cruel. A sus enemigos les han sucedido cosas terribles, y nunca se ha podido encontrar ni la más mínima prueba contra ella, ni una gota de sangre que manchase sus manos. Hay pocas personas en el Reino tan peligrosas como ella.

—Me resulta familiar —reconoció Tavi en voz baja—. Como si la conociera.

Magnus asintió.

—Muchos dicen que su sobrino Brencis es su viva imagen.

Tavi apretó los dientes.

—Kalarus.

—Hummm —asintió Magnus, con un murmullo—. La hermana pequeña de lord Kalare... y la única superviviente.

Tavi movió la cabeza.

—¿Y el padre de Max se casó con ella?

—Como he dicho antes, fue una alianza política. —Magnus contempló cómo se acercaban—. Dudo mucho que lord Antillus la quiera mucho más que Max. Y ahora, joven Scipio, me voy a atender al capitán y a hacer otro montón de cosas. Creo que deberías entretener a la señora y a su hijo hasta que Maximus sea capaz de tenerse en pie y enfrentarse a ella aquí fuera, con testigos.

Tavi sonrió a desgana.

—No se me dan nada bien las sonrisas y encantos.

—Vamos, vamos. Eres un servidor leal del Reino, Scipio. Estoy seguro de que lo

conseguirás. —Magnus le sonrió, pero susurró—. Ten cuidado. —Lo saludó, y se desvaneció en el ajetreo habitual de un campamento de las legiones.

Tavi se quedó mirando durante un segundo como desaparecía, y centró la atención en lady Antillus y su hijo. Ella iba vestida con el azul celeste sobre azul marino de la ciudad de Antillus. Max había comentado una vez que los colores de la ciudad se inspiraban en el tono de la piel de... bueno, de las «partes» de uno, cuando se exponían al clima en invierno y otoño, respectivamente. Desde un punto de vista puramente estético, el vestido le realzaba el rostro, el cabello y la figura en todos sus aspectos. Tavi pensó que el azul hacía que su piel pareciera demasiado pálida, como si fuera el recubrimiento de un maniquí más que un ser humano.

Estaba hablando con Crasus en voz baja pero con vehemencia. Su hijo llevaba la túnica marrón con la que se instruían los legionarios, aunque lucía la armadura encima de ella: era una señal de respeto para alguien nuevo en las legiones. Solo los reclutas más destacados y prometedores podían vestir el acero antes que el resto de los recién incorporados. O los mejor relacionados, supuso Tavi. Pero le resultaba difícil criticar esa manera de actuar, dada su propia situación. El ceño fruncido de Crasus hacía que su cara pareciera más petulante que formidable.

—No comprendo por qué no podemos limitarnos a acabar con esto —estaba diciendo.

—Querido niño, tienes el sentido común de un chivo —replicó, cortante, lady Antillus—. Tengo un poco de experiencia en estos asuntos. No se puede correr. —Puso una mano sobre el brazo de su hijo, en un gesto que pretendía silenciarlo al ver cómo se acercaba Tavi.

—Buenas tardes, Vuestra Gracia —saludó Tavi, y lo acompañó con una reverencia a lady Antillus y un cabeceo dirigido a Crasus—. Caballero.

Crasus saludó a Tavi golpeando el peto con el puño.

—Subtribuno.

Lady Antillus le devolvió el saludo con una ligera inclinación de cabeza y le lanzó a Tavi una mirada dura como el pedernal.

—Tenía intención de preguntaros algo, Vuestra Gracia —prosiguió Tavi—. Me han informado de que el régimen de instrucción de nuestros caballeros novatos ha sido... eh... agotador para los implicados, y pensé que podríamos encontrar una manera de proporcionar más leche o queso a las raciones de los jóvenes caballeros, si es que se rompen los huesos con demasiada frecuencia.

—Lo más probable es que no sea una mala idea —reconoció lady Antillus, aunque el tono dejaba traslucir cierta reticencia.

—Os alegrará saber que Maximus se está recuperando bien —informó Tavi con una sonrisa amable—. De hecho, hace un momento se había levantado para vestirse.

Lady Antillus miró hacia la tienda, detrás de Tavi, con el ceño fruncido.

—¿De verdad? ¿Parecía él mismo?

—Esa impresión me ha dado, Vuestra Gracia —respondió Tavi—. Creo que el capitán también iba a acudir a comprobarlo.

Su tono se volvió neutro, y desapareció incluso la pretensión de ser cortés.

—En serio.

—Se toma con mucha seriedad el bienestar de sus hombres —comentó Tavi como quien no quería la cosa, intentando fingir que no se había dado cuenta de su reacción.

—Como una madre cuida de su hijo, supongo —murmuró, y miró a Crasus—. Quizá deberíamos entrar ahora mismo...

—También me gustaría preguntaros algo más —le cortó Tavi—. La herida de Maximus es en extremo infrecuente, sobre todo si se tiene en cuenta que no hemos entrado en combate. Los sanadores de mi última legión recomendaban el vino fuerte y la carne poco hecha para recuperarse de una herida con tanta pérdida de sangre, pero he leído que algunos son partidarios del té de hierbas y de tomar más verduras.

—¿Leído dónde? —preguntó lady Antillus.

—En el tratado de lord Placida sobre heridas militares frecuentes y sus complicaciones, Vuestra Gracia.

Lady Antillus hizo girar los ojos.

—Placida debería conformarse con atender a sus vacas y dejarles la curación de todo lo que no se come a los que saben más que él —replicó.

Tavi frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Cómo es eso, señora?

—Para empezar, Placida no ha tratado ninguna herida producida en campañas largas y duras —respondió—. Sus fuerzas suelen desplegarse durante períodos cortos, y su forraje es un reflejo de esa circunstancia. Sus hierbas están bien para hombres que comen carne fresca casi todos los días, pero para los hombres que marchan con tasajo y galletas, las necesidades dietéticas... —Le frunció el ceño a Tavi durante un momento, entornó los ojos y le dio un manotazo al aire para zanjar el asunto—. Me parece razonable pensar que Maximus será víctima de las privaciones invernales, ¿verdad? Dale lo que consideres más razonable teniendo en cuenta el coste.

—Sí, Vuestra Gracia —asintió Tavi con una reverencia—. ¿Hay algo que deba saber sobre cómo preparar los alimentos?

—¿Por qué lo dice, subtribuno? —preguntó lady Antillus—. Si no estuviera convencida de lo contrario, pensaría que estás intentando interferir en mi visita a mi hijastro.

Tavi alzó las cejas.

—¿Vuestra Gracia? Estoy seguro de que no sé a qué os referís.

Ella le dedicó una sonrisita final.

—Estoy seguro de que no sabes con qué estás jugando, Scipio. —Miró hacia la tienda y después a Tavi—. ¿Cuánto tiempo hace que conoces a mi Maximus?

Tavi la miró con la misma sonrisa alegre que utilizaba siempre que su tía Isana le planteaba preguntas con trampa, confiando en su empatía para obtener información de las respuestas. Había aprendido a engañarla antes de cumplir trece años, y desde luego no iba a permitir que esa criatura llegara hasta donde su tía no podía.

—Una estación, poco más o menos. Vinimos juntos desde la capital.

Ella frunció ligeramente el ceño, y entornó los ojos.

—Parecís muy amigos como para conoceros desde hace tan poco tiempo.

Tavi introdujo algún hecho cierto para despistarla.

—De camino nos atacaron unos bandidos armados. Los rechazamos juntos.

—Ah —asintió lady Antillus—. Una experiencia que hermana. ¿Estás seguro de que no lo conocías antes de eso?

—Vuestra Gracia —respondió Tavi—. No, estoy seguro de que lo recordaría. Me habría acordado de alguien como Max.

Crasus soltó una risita en voz baja.

Lady Antillus miró a su hijo y volvió a fijar la atención en Tavi.

—Me han dicho que era muy amigo de un paje al servicio de la Corona.

—Es posible, Vuestra Gracia —asintió Tavi—. Pero se lo tendréis que preguntar a él.

—¿De verdad? —presionó—. ¿Estás seguro de que no eres el joven de Calderon, subtribuno?

—Solo estuve destinado allí durante cosa de una semana antes de la batalla, Vuestra Gracia. Después de eso, estuve acantonado en una ciudad llamada Marsford, a unos treinta kilómetros al sur de Riva.

—¿No eres Tavi de Calderon? —preguntó.

Tavi se encogió de hombros y sonrió.

—Lo siento.

Ella respondió con una sonrisa a la de Tavi, lo suficientemente amplia como para mostrar sus colmillos afilados.

—Bien. Eso ha quedado claro. Ahora, subtribuno, ¿serías tan amable de encender para mí ese fuego?

Tavi sintió cómo vacilaba su sonrisa durante un segundo.

—¿Perdonadme?

—La hoguera —repitió lady Antillus como si estuviera hablando con el tonto del pueblo—. Creo que un té de hierbas sería lo más adecuado para todos nosotros si Maximus está bien y en pie. Conoces los rudimentos del artefacto de las furias. He visto tu expediente. Así pues, subtribuno Scipio, enciende el fuego.

—Madre, yo lo haré... —empezó Crasus.

Ella movió la mano en un gesto cortante y su sonrisa se hizo más amplia.

—No, querido. Al fin y al cabo estamos en la legión, ¿o no? Le he dado al querido Scipio una orden directa. Ahora la tiene que cumplir. Como todos nosotros.

—¿Encender el fuego? —preguntó Tavi.

—Solo un pequeño artificio de las furias —recalcó lady Antillus con un gesto—. Adelante, subtribuno.

Tavi bizqueó un poco, levantó la mirada y se mordió el labio.

—Seré honesto con vos, Vuestra Gracia. El fuego no es la especialidad que se me da mejor. No he practicado desde las pruebas.

—Oh, no te subestimes, Scipio —comentó lady Antillus—. No eres ningún anormal sin ninguna capacidad para el artificio.

Tavi se obligó a sonreír de la manera más natural que pudo.

—Por supuesto que no. Pero podría tardar un poco.

—¡Oh! —exclamó. Se recogió la falda y se apartó de la hoguera, preparada pero no encendida, que había delante de la enfermería—. Entonces te dejaré un poco de espacio.

—Muchas gracias —replicó Tavi.

Se acercó al fuego, se agachó y sacó el cuchillo. Cogió uno de los trozos más delgados, que formaba un montón con forma de tienda, y lo redujo a astillas en un momento.

Tavi levantó la mirada para ver cómo lady Antillus lo estaba observando a tres metros de distancia.

—No dejes que te distraiga —le conminó.

Tavi le sonrió. Entonces se limpió las manos en los muslos y las estiró por encima de la yesca. Entrecerró los ojos.

Detrás de él, Max salió de la tienda y se acercó a él, con pasos cada vez más fuertes.

—Oh —gruñó con una voz que seguía siendo débil—. Hola, madrastra. ¿Qué estáis haciendo?

—Estamos comprobando cómo tu amigo Scipio demuestra sus habilidades con el artificio de las furias, Maximus —respondió lady Antillus, sonriente—. No lo fastidies echándole una mano. No le gustaría perder la oportunidad de ponerse a prueba.

Max vaciló por un momento, pero siguió andando.

—¿No puedes aceptar su artificio básico de campaña sin haberlo comprobado?

Lady Antillus sonó como si estuviera riendo.

—Lo siento, querido. A veces tengo que comprobar por qué deposito mi confianza en los demás.

—Scipio... —llamó Max, bajando la voz.

—Déjame, Max —gruñó Tavi—. ¿No ves que me estoy concentrando?

Se produjo un breve silencio que la imaginación de Tavi llenó con una imagen de Max mirando boquiabierto a sus espaldas. Entonces afirmó los hombros, dejó escapar un gruñido a causa del esfuerzo y una voluta de humo se elevó desde la yesca.

Tavi se inclinó hacia delante y sopló con suavidad sobre las chispas, que alimentó con más virutas y, después, con leña pequeña y trozos más grandes, hasta que el fuego se fortaleció y estuvo dispuesto a admitir los leños de la hoguera principal. El fuego prendió con fuerza, Tavi se puso en pie y se limpió los pantalones.

Lady Antillus lo miró con la petulante sonrisa helada en los labios.

Tavi le volvió a sonreír e hizo una reverencia.

—Iré a buscar agua para el té, Vuestra Gracia.

—No —le cortó con la voz tal vez demasiado clara, dura y cortés—. Está bien. Acabo de recordar que tengo otra obligación. Y Crasus debe volver con su cohorte.

—Pero... —empezó Crasus.

—Ahora —insistió lady Antillus, quien se despidió de Max con una mirada y le lanzó a Tavi una mirada maliciosa.

A Tavi se le quitó la sonrisa falsa que llevaba a modo de máscara. De repente sintió cómo el recuerdo del rostro pálido de Max y del agua enrojecida por la sangre iba creciendo en su mente. Por un instante se convirtió en una imagen clara y dura. Un instante más tarde, Tavi recordó con una claridad mareante las cicatrices crueles que zigzagueaban por la espalda de su amigo: las marcas de un látigo de muchas colas rematado con bolas de metal o vidrio. Para haberle dejado unas cicatrices tan tremendas, Max debió de sufrir las heridas antes de que entrase en posesión de sus furias, cuando tenía doce años, o tal vez menos.

Y lady Antillus —y su hijo— habían sido los responsables.

Muy tranquilo, Tavi se dio cuenta de lo que estaba planeando. La Gran Señora tenía un poder enorme en el artificio de las furias, y por eso debía ser el primer objetivo. Si no moría en el acto, podía evitar que cualquier herida la matase, o contraatacar con fuerza suficiente como para matar a Tavi antes de morir. Donde estaba en ese momento, la embestida iba a ser un poco larga, pero como no esperaba en absoluto un ataque físico, podía empujar la punta fina del puñal a través del cuello y clavarlo en el cerebro. Un giro y una extracción violenta para ensanchar la herida, y solo quedaría Crasus.

El joven caballero era inexperto, y eso era lo único que le habría permitido reaccionar para salvar la vida. Un golpe seco en el cuello y un ataque contra los ojos, y el joven señor sentiría demasiado dolor como para poder defenderse en condiciones. Tavi podía coger un madero largo del fuego recién encendido, como un gesto simbólico, pensó, y terminar con Crasus dándole un golpe seco en la sien descubierta.

Y de repente Tavi se quedó helado.

La rabia que sentía lo abandonó y, en su lugar, se sintió mareado, como si la cena fría que había tomado la noche anterior le fuera a salir volando por la boca. Se dio cuenta de que estaba de pie bajo el brillante sol de la tarde, mirando a dos personas a quienes casi no conocía y planeando su asesinato con la misma frialdad y tranquilidad con que un león de las praderas acecharía a una cierva y su cría.

Tavi frunció el ceño y se miró las manos. Habían empezado a temblar un poco. Tuvo que reprimir las sangrientas ideas que se habían formado en su interior y consiguió apartarlas. Había ejercido la violencia contra otras personas, sobre todo compañeros de clase en la Academia que se habían metido con él en el peor momento posible. Tavi les había hecho daño, y mucho, porque no tenía ninguna alternativa. Después se había sentido enfermo. Aunque había visto las feas consecuencias de ese tipo de violencia, había sido capaz de planificar un ataque tan brutal. Era terrorífico.

Y lo más terrorífico, con todo, era que estaba seguro de poder llevarlo a cabo.

Pero fueran o no culpa suya las heridas de Max, por mucho que la rabia le quemase en el vientre, asesinar a lady Antillus y a su hijo no iba a borrar las heridas de Max. Por no hablar de las consecuencias que le acarrearía a Tavi y, por extensión, al Primer Señor.

Lady Antillus no era el tipo de enemigo que se podía eliminar y pasar a otra cosa. Había que aplastarla por otros medios, y si Magnus tenía razón, era una contrincante peligrosa.

Tavi esbozó una sonrisa para sus adentros. Él también podía ser peligroso. Había más armas en el mundo aparte de las furias y las espadas, y ningún enemigo era invencible. Al fin y al cabo, acababa de volver la trampa de ella en su contra. Y si la había superado una vez en ingenio, lo podía repetir.

Lady Antillus contempló su cara mientras esos pensamientos volaban por su cabeza. No parecía muy segura de cómo reaccionar ante los cambios de expresión de Tavi. Un brillo de incomodidad pasó por sus ojos. Quizás en su rabia había dejado que parte de sus emociones escaparan a su control. Cabía la posibilidad de que hubiera sentido su deseo de hacerle daño.

Ella cogió del brazo a su hijo, se dio la vuelta sin decir palabra, y se alejó con una elegancia majestuosa. No miró hacia atrás.

Max se pasó la mano por el cabello corto.

—De acuerdo —comentó—. ¿De qué cuervos iba todo esto?

Tavi le frunció el ceño a la espalda de la Gran Señora que se alejaba y después a Max.

—Oh, creía que era alguien a quien habías conocido en la Academia.

Max gruñó, movió una mano y Tavi sintió una presión en los oídos.

—Ya está —murmuró Max—. Así no nos puede oír.

Tavi asintió.

—Le has mentido —reconoció Max—. En su cara. ¿Cómo demonios lo has hecho?

—Práctica —respondió Tavi—. Mi tía Isana es una gran artífice del agua, así que tenía motivos suficientes para encontrar la manera desde que era un niño.

—No hay muchas personas que pueden hacer eso, Calderon. —Max hizo un gesto hacia el fuego—. ¿Cómo cuervos has hecho eso? ¿Te estás quedando conmigo?

Tavi sonrió. Entonces bajó la mano hacia los pantalones y sacó del bolsillo una lente circular de vidrio, y giró un poco la palma para mostrársela a Max.

—Un día bonito y soleado. Un viejo truco románico.

Max bajó la mirada hacia el vidrio y soltó una risita, antes de mover la cabeza.

—Cuervos. —Max se sonrojó y movió los hombros conteniendo una risotada—. Estaba atenta a tu enojo y no se dio cuenta. Pero en cualquier caso conseguiste encender el fuego. Nunca creerá que... —Dejó escapar la carcajada que le resultaba familiar a Tavi—. Vamos, Scipio —prosiguió—. Vamos a encontrar algo de comer antes de que caiga redondo.

Tavi guardó el vidrio y gruñó.

—Para mí será la última comida. Gracus me va tener metido hasta las rodillas en las letrinas en cuanto descubra que ya no estoy cuidando de ti.

—Así es la estupenda vida de los oficiales —comentó Max y se giró con la intención de dirigirse al comedor, pero le falló el equilibrio.

Tavi se precipitó sobre su amigo y lo ayudó.

—Caramba. Tranquilo, Max. Has estado muy cerca.

—No me pasará nada —jadeó Max. Entonces movió la cabeza, recuperó el equilibrio y reemprendió la marcha—. No me pasará nada.

—No te pasará nada —repitió Tavi con un asentimiento. Al cabo de un rato, añadió—: No es la persona más lista del mundo, Max. Se la puede vencer.

Max miró a Tavi de reojo con la cabeza ladeada y estudiándolo con detenimiento.

—Bueno, cuervos —dijo por fin—. Si tú puedes hacerlo, ¿qué dificultad puede tener?

—Tengo que dejar de animarte —suspiró Tavi—. Pero te estaré cubriendo las espaldas. Algo se nos ocurrirá.

Avanzaron unos pasos más, y Max dijo, en voz baja:

—O es posible que nos mate a los dos.

Tavi bufó.

—Ya me encargaré yo de ella si tú no estás dispuesto.

Las cejas de Max se alzaron con brusquedad. Entonces movió la cabeza y golpeó suavemente con los puños el peto de la armadura de Tavi, que hizo resonar el acero con un sonido agradable.

—No conseguirás que me lo pierda.

—Desde luego que ni lo voy a intentar —reconoció Tavi—. Vamos a comer.

Caminó al lado de su amigo, alerta por si volvía a perder el equilibrio.

Tavi sintió un escalofrío y por el rabillo del ojo vio cómo lady Antillus los veía cruzar el campo, aunque no los miró abiertamente en ningún momento. Se trataba de la mirada firme, tranquila y cautelosa de una gata hambrienta, pero pudo sentir que sus ojos oscuros y calculadores eran todos para él, en lugar de para Maximus.

—Me llena de orgullo y satisfacción —se dirigió lady Aquitania a la asamblea de la Liga Diánica— presentaros a algunas, y volver a presentar a muchas, a la primera mujer estatúder de la historia de Alera. Por favor, denle la bienvenida a Isana de Calderon.

El anfiteatro público de Ceres tenía ocupadas todas y cada una de las cuatro mil localidades, aunque solo la mitad eran miembros de la Liga Diánica, la organización formada por las damas más destacadas de entre las ciudadanas. Pocas de las mujeres asistentes llevaban un título inferior a condesa. Quizás unas doscientas habían sido mujeres libres que se habían ganado la ciudadanía a través del duelo formal del *juris macto*, o mediante el servicio en las legiones, en su mayoría como caballeros. Una media docena habían servido como legionares de a pie, ocultando su sexo hasta que habían demostrado su valor en batalla.

De todas ellas, solo Isana había obtenido su rango mediante un nombramiento de pleno derecho, ajeno a la violencia o la carrera militar. Era la única mujer que lo había conseguido en toda la historia de Alera.

El resto de los presentes eran en su mayoría hombres, casi todos ellos miembros del movimiento abolicionista. Entre ellos se encontraban una docena de senadores, con sus partidarios y contactos entre los ciudadanos, y miembros de los Libertus Vigilantes, una organización casi secreta de militantes abolicionistas de Ceres. Los Vigilantes habían pasado años persiguiendo a los traficantes y propietarios de esclavos dentro de la ciudad. No resultaba raro descubrir a algún esclavista que no era lo suficientemente paranoico colgado en lo más alto de su explotación, con las manos atrapadas en sus propios grilletes y estrangulado por una cadena de su propiedad. Pese a ser el gobernante legal de la ciudad, el anciano Gran Señor Cereus no contaba con el respeto de los Vigilantes ni de sus seguidores, ni estaba dispuesto a caer sobre ellos con todo el poder con que contaba. En consecuencia, había sido incapaz de acabar con la violencia.

Todos los demás eran espías, que informarían al Consorcio Esclavista, o simples curiosos. El anfiteatro era un espacio público, abierto a todos los ciudadanos del Reino.

La multitud aplaudió y sus emociones inundaron a Isana como la primera oleada de la marea oceánica. Isana cerró los ojos durante un momento, tomando fuerzas contra su impacto. Se levantó de su asiento, sonrió y avanzó hacia la parte delantera del escenario. Se situó en el estrado, junto a lady Aquitania.

—Muchas gracias —dijo con una voz clara que resonó por todo el anfiteatro—. Damas y caballeros. Un hombre a quien conocía me dijo que pronunciar un discurso es como amputar un miembro. Lo mejor es terminar de la manera más rápida y limpia

posible. —Se oyeron unas risas de cortesía, e Isana esperó a que se calmaran antes de continuar—. La institución de la esclavitud es una plaga que afecta a toda nuestra sociedad. Sus abusos se han vuelto intolerables, y los mecanismos legales de seguridad no sirven para nada. Todo el mundo sabe que esa es la verdad.

Respiró hondo.

—Pero no todos los presentes han caído cautivos de un esclavista, de manera ilegal y contra su voluntad. Yo, sí. —Miró de reojo a lady Aquitania durante un momento—. Resulta terrible sentirse tan indefensa. Ver... —tragó saliva—. Ver lo que les ocurre a las mujeres en esa situación. Yo casi no me podía creer los rumores sobre esas cosas... hasta que me ocurrieron a mí. Hasta que los vi con mis propios ojos.

Volvió la atención a la audiencia.

—Las historias pueden parecer una pesadilla. Pero son ciertas. En el transcurso de esta cumbre han escuchado los testimonios de esclavos liberados, hombres y mujeres por igual, de las atrocidades que no tienen lugar en ninguna sociedad que viva bajo el dominio de la ley.

»Nos encontramos en una posición única para destruir este cáncer, para cerrar esta herida infectada, para realizar un cambio a mejor en nuestro Reino. Tenemos la responsabilidad de hacerlo ante nuestros compatriotas aleranos, ante nosotros mismos y ante nuestros descendientes. Senadores y ciudadanos, les pido todo su apoyo para la propuesta de emancipación de lady Aquitania. Juntos podemos devolverle la unidad a nuestra tierra y a nuestra gente.

Dio un paso atrás y saludó con un gesto. La multitud se puso en pie y aplaudió con entusiasmo. Su aprobación la inundó como otra oleada de emoción, y casi no fue capaz de mantenerse en pie. No se hacía ilusiones sobre sus habilidades como oradora: estaba claro que los abolicionistas iban a apoyar las leyes de emancipación de lady Aquitania. El discurso y la aprobación por parte de la multitud al final de una cumbre que había durado varias semanas eran poco más que una formalidad.

Isana volvió a su asiento mientras el senador Parmos ocupaba su lugar en el estrado y profundizaba en el apoyo entusiasta al movimiento abolicionista. Parmos, talentoso orador y maestro del sutil artificio de fuego que permitía inspirar y manipular las emociones, podía mantener encantado a la muchedumbre durante algo más de una hora con el poder de sus palabras.

—Muy bien —murmuró lady Aquitania cuando Isana se sentó a su lado—. Tenéis un talento natural.

Isana negó con un gesto.

—Podría haber graznado como un cuervo y habrían reaccionado de la misma forma.

—Os subestimáis —afirmó lady Aquitania—. Poseéis el don de la... integridad,

creo que es la palabra que mejor lo describe. Eso les otorga a vuestras palabras un peso adicional.

—No suena sincero. Es sincero —replicó Isana—. Y ya no me queda integridad. La vendí hace tres años.

Lady Aquitania le lanzó una sonrisita fría.

—Mucha sinceridad.

Isana inclinó ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y no miró a la mujer a su lado.

—¿Esta aparición concluye con mis obligaciones de hoy?

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Voy a cenar con mi hermano en Vorello.

—Una casa de comidas muy agradable —reconoció lady Aquitania—. Os gustará. Casi hemos terminado con este viaje. Tendré una o dos reuniones más antes de regresar a Aquitania. Si necesito de vuestra presencia, os haré llamar.

—Muy bien, mi señora —asintió Isana y fingió que escuchaba el discurso del senador Parmos.

Al final, su voz se elevó en un trueno creciente hasta llegar a un clímax que puso en pie a todo el entusiasmado anfiteatro. La oleada de sus emociones, impulsada por la cálida pasión del discurso y por el artificio de fuego del senador, desorientó a Isana y la dejó con una sensación de vértigo mareante que era al mismo tiempo incómoda y emocionante.

Isana tenía que abandonar el anfiteatro. Cuando lady Aquitania se puso en pie y empezó a dar las gracias y clausurar el encuentro, Isana desapareció del escenario por una salida lateral que comunicaba con la parte inferior del anfiteatro. La presión mareante de las emociones de la multitud se fue desvaneciendo a medida que se alejaba del teatro. Se detuvo en un pequeño jardín público con árboles y flores que rodeaban una fuente elegante de mármol negro. El sol de primavera era cálido, pero la neblina que surgía de la fuente junto con la sombra de los árboles mantenía el jardincillo fresco y agradable. Se sentó en un banco tallado en piedra y apretó durante un momento la punta de los dedos sobre las sienes, obligándose a relajarse y a controlar la respiración.

—Sé como os sentís —comentó un voz femenina y seca.

Isana levantó la vista y vio a una mujer alta y delgada con el cabello rojo y espeso, y un vestido verde oscuro sentada en el banco a su lado.

—Es Parmos —continuó la mujer—. No se da por satisfecho hasta que la audiencia está a punto de desencadenar un disturbio. Y no me gusta su voz de orador. Es demasiado dulzona.

Isana sonrió e inclinó la cabeza.

—Gran Señor Placida. Buenas tardes.

—Estatúder —respondió lady Placida con un formalidad exagerada—. Si os complace, me gustaría platicar con vos durante unos instantes.

Isana parpadeó.

—¿Vuestra Gracia?

Ella levantó la mano.

—Estoy bromeando, estatúder. Desde luego este no es un escenario formal. ¿Qué os parecería si os llamo Isana y vos me llamáis Aria?

—Me gustaría.

Lady Placida asintió con un gesto seco.

—Estupendo. Muchos ciudadanos les dan demasiada importancia a los privilegios del rango sin la correspondiente contrapartida de las obligaciones. Me alegra ver que no sois uno de ellos, Isana.

Insegura sobre cómo responder de manera educada, Isana asintió.

—Lamenté recibir la noticia del ataque que sufristeis ante la mansión de sir Nedus la noche en que nos conocimos.

Isana sintió una punzada de dolor en la parte baja del vientre, cerca de la cadera. La herida de la flecha se había curado sin complicaciones, pero había quedado una cicatriz muy leve, poco más que un poco de piel descolorida.

—Nedus era un buen hombre. Y Serai era una amiga mucho más cercana de lo que había creído en un primer momento. —Movié la cabeza—. Me habría gustado que las cosas hubieran resultado de otra manera.

Lady Placida sonrió, aunque no sin cierta tristeza.

—Así son las cosas. Resulta fácil ver las decisiones que deberíamos haber tomado cuando ya es demasiado tarde. Echaré de menos a Serai. No éramos muy amigas, pero la respetaba. Y disfrutaba de su talento para desinflar parlanchines pomposos.

Isana sonrió.

—Sí. Me habría gustado tener más trato con ella.

Se hizo el silencio antes de que lady Placida volviera a tomar la palabra.

—Conocí a vuestro sobrino durante los acontecimientos de Final del Invierno.

—¿De verdad? —preguntó Isana.

—Sí. Creo que es un joven muy prometedor.

Isana alzó una ceja y estudió a lady Placida durante un momento antes de preguntar con gran cautela:

—¿Por qué decís eso?

Lady Placida extendió la mano en un gesto lánguido, como si estuviera esparciendo semillas.

—Me impresionó su inteligencia. Su astucia. Su determinación. Es un joven muy educado. Tengo un respeto similar por muchos de los jóvenes que son amigos suyos.

Se puede decir mucho sobre una persona a partir de la gente que comparte su vida.

Isana se dio cuenta de todo lo que implicaba la afirmación de lady Placida e hizo un gesto para agradecerle el cumplido.

—Tavi siempre ha sido muy brillante —reconoció Isana, sonriendo pese a que no quería hacerlo—. Creo que quizá demasiado, lo que no redunda en su beneficio. Nunca deja que nadie le retenga.

—Su... condición. —Lady Placida lo expresó de una manera deliberadamente delicada—. Nunca he oído nada igual.

—Siempre ha sido un misterio —asintió Isana.

—¿Debo suponer que su situación no ha cambiado?

Isana negó con la cabeza.

—Aunque es bien sabido que hay un montón de gente con una gran capacidad para el artificio que nunca hacen nada constructivo con ella.

—Eso es cierto —confirmó lady Placida—. ¿Os vais a quedar mucho tiempo en Ceres?

Isana negó con la cabeza.

—Como mucho unos días más. Ya llevo demasiado tiempo fuera de la explotación.

Lady Placida asintió.

—A mí también me estará esperando un montón de trabajo. Y echo de menos a mi señor esposo. —Movi6 la cabeza y sonri6—. Resulta algo tonto e infantil por mi parte, pero así es.

—No es tonto —replic6 Isana—. No hay nada malo en echar de menos a los seres queridos. Hacía casi un año que no veía a mi hermano. Estoy encantada de verlo aquí.

Lady Placida sonri6.

—Eso debe de ser un gran alivio después de lo que os ha hecho Invidia.

Isana sintió cómo se le envaraba un poco la espalda.

—No estoy segura de comprender lo que queréis decir.

Lady Placida la mir6 de reojo.

—Isana, por favor. Está claro que ha conseguido fijar algunos cordeles, y también está claro que no os preocupa la situación.

Siendo estrictos, Isana debería haberlo negado. Una parte del acuerdo con lady Aquitania implicaba apoyarla en público. Pero ese no era un acto público, ¿verdad? Así pues, permaneció en silencio.

Lady Placida sonri6 y asintió.

—Isana, sé lo difícil que puede resultar una situación como esta. Si queréis hablar con alguien sobre ella, o si alcanza límites intolerables, os querría ofrecer mi apoyo. No conozco los detalles, así que no sé cómo os podría ayudar, pero al menos puedo escuchar lo que queráis compartir y ofreceros consejo.

Isana asintió.

—Eso es... muy amable —dijo con precaución.

—O la manera más manipuladora de obtener información de vos.

Isana parpadeó, pero después se permitió una pequeña sonrisa.

—Bueno. No quería poner el dedo en la llaga, pero sí.

—A veces me canso de las evasivas discretas —explicó lady Placida.

Isana asintió.

—Suponiendo que fuerais sincera, ¿por qué me ibais a ofrecer este tipo de ayuda?

Lady Placida ladeó la cabeza y parpadeó. Entonces cogió a Isana de la mano, la miró a los ojos y habló.

—Porque es posible que la necesitéis, Isana. Porque me parece que sois una persona decente inmersa en unas circunstancias poco envidiables. Porque por el niño que habéis criado considero que sois una persona digna de mi respeto. —Se encogió de hombros—. Esto no resulta demasiado distante y aristocrático por mi parte, pero ahí lo tenéis. La verdad.

Isana miró fijamente a lady Placida, que estaba cada vez más sorprendida. Por el roce de su mano, Isana podía sentir el tono claro y resonante de la verdad absoluta en su voz. Lady Placida la miró a los ojos y asintió antes de retirar la mano.

—Yo... Muchas gracias —dijo Isana—. Muchas gracias, Aria.

—A veces, basta con saber que la ayuda existe, si se necesita —murmuró.

Aria cerró los ojos, inclinó la cabeza en una leve reverencia y abandonó el jardincito. Desapareció en las calles de Ceres.

Isana se quedó sentada durante un momento más, disfrutando del murmullo de la fuente y de la sombra fresca bajo los árboles. Se había ido cansando de cumplir con sus obligaciones con lady Aquitania a lo largo de los tres últimos años. Había en ellas demasiadas cosas desagradables, la más descorazonadora de las cuales era la impotencia. Había pocas personas en toda Alera tan influyentes y poderosas como lady Aquitania.

El Primer Señor, por supuesto, no se iba a convertir nunca en una fuente de apoyo ni de alivio. Sus acciones lo habían dejado muy claro. Además de Gaius había menos de una veintena de personas cuyo poder se acercaba al de Aquitania, y muchos de ellos ya eran sus aliados. Solo había un puñado de personas que tenían tanto el poder como el deseo para desafiar a Invidia Aquitania.

La Gran Señora Placida era una de ellas.

La presencia de Aria, y su ofrecimiento le habían proporcionado una sensación de alivio y confianza similar a una bebida fría en medio de un día cálido e interminable. A Isana le sorprendió su reacción. Aria solo había pronunciado palabras ociosas durante un encuentro casual, y nada de lo que había dicho representaba una obligación para ella. Sin embargo, Isana había sentido la sinceridad en la voz y el

comportamiento de la mujer. Sentía el respeto y la compasión genuinos de Aria.

Isana había compartido una vez un contacto similar con lady Aquitania. También había sentido la sinceridad en su voz, pero la sensación que transmitía la mujer había sido completamente diferente. Ambas mujeres eran de las que mantenían su palabra, pero lo que en Aria era una integridad primigenia, en lady Aquitania era mero cálculo, una especie de egoísmo ilustrado. Lady Aquitania era una negociadora experta y, para negociar, necesitaba la reputación de que cumplía con su parte del trato, para bien o para mal. Tenía una determinación de acero para asegurarse de pagar lo que debía y, lo que era más importante, para cobrar lo que le debían. Su honradez tenía mucho más que ver con el cálculo de deuda y valor que con el bien y el mal.

Ese era uno de los aspectos que hacía que lady Aquitania fuera especialmente peligrosa e Isana se dio cuenta de repente que temía a su patrona, y no solo por lo que lady Aquitania le podía hacer a sus seres queridos. Isana la temía personalmente y de manera enfermiza.

Nunca se había dado cuenta de eso. O quizá sería mucho más preciso decir que no se había permitido ser consciente de ese hecho hasta entonces. La sencilla oferta de apoyo presentada por Aria había abierto nuevas posibilidades para el futuro. Quizás era el alivio que Isana necesitaba para enfrentarse al miedo que había ocultado hasta entonces. Isana había vuelto a encontrar la esperanza.

Sintió un escalofrío y apoyó la cara en las manos. Unas lágrimas silenciosas la inundaron, y no hizo nada para detenerlas. Se quedó sentada en la paz del jardincillo y dejó que algunos de sus temores más amargos se fueran con las lágrimas. Se sintió mejor una vez se le hubieron secado las lágrimas. Ni optimista ni animada, pero mejor. El futuro no estaba labrado en piedra, y ya no era irremediamente negro.

Isana le pidió a Rill que le limpiara las lágrimas de los ojos y que devolviera el color natural a la piel enrojecida de su rostro, y después de eso abandonó el jardín para enfrentarse al mundo.

Max miró a Tavi con una sonrisa.

—Dicen que respirar por la boca en vez de por la nariz te ayuda a mantener el desayuno en el estómago.

Tavi suspiró y bajó la mirada para verse. Tenía los pantalones empapados hasta la mitad del muslo, manchados con los efluvios más repugnantes que se pudieran imaginar. Además le chorreaban la túnica, los brazos, el cuello y estaba seguro de que también el cabello y en la cara.

—¿Y chapotear en esto con la boca abierta? Olerlo ya es lo suficientemente malo, y no tengo intención de saborearlo.

Max descansaba en una silla de campo al lado del terreno de maniobras. Veía como Schultz y sus compañeros de lanza practicaban con aceros de verdad, y con las armaduras nuevas y relucientes. Schultz estaba dirigiendo la instrucción mientras Max vigilaba a los reclutas.

—¡Schultz! —llamó Max—. Relájate un poco. Tienes los hombros tan agarrotados que te ralentizan los golpes.

Tavi gruñó.

—¿Sigue creyendo que lo vas a matar?

—Al principio fue divertido —respondió Max—. También fue útil. Pero casi ha pasado un mes. Creo que ahora ya se habrá dado cuenta.

Tavi gruñó y cogió el cazo que colgaba de un cubo de agua cercano.

—Eh —protestó Max—, en la dirección del viento.

Tavi le lanzó a Max el contenido del cazo de agua y bebió con cuidado de hacerlo en tragos cortos y controlados. Había aprendido de la peor manera posible que engullir líquido en un estómago revuelto por el hedor podía provocar resultados muy poco agradables.

—¿Qué te ha ordenado que hagas ahora? —preguntó Max.

—Inspecciones —suspiró Tavi—. Debo tomar las medidas de todas las letrinas y asegurarme de que las dimensiones son correctas. Después, estimar el volumen y comparar el ritmo al que se llenan. A continuación debo supervisar que se caven otras nuevas y se rellenen las antiguas.

—¿Has conseguido controlar el estómago? —preguntó Max.

Tavi sonrió sin ganas.

—Al fin. He tardado cuatro días. Y el capitán le pidió a Foss que me preparase algún tipo de infusión para ayudarme con los vómitos.

—¿Ha funcionado?

—Casi prefiero la enfermedad. Deberías oler el brebaje que prepara Foss.

Max sonrió.

—Y si tú crees que huele mal...

—Muchas gracias. Necesitaba que me humillaran un poco más —replicó Tavi.

—En ese caso, deberías saber cómo te llaman los legionares.

Tavi suspiró.

—¿Cómo?

—Scipio Latrinus. ¿Resulta suficientemente humillante para ti?

Tavi ahogó un ataque de irritación.

—Sí. Eso es perfecto. Muchas gracias.

Max miró a su alrededor con despreocupación, y Tavi pudo sentir cómo el aire se espesaba en el entorno a medida que Max aseguraba su intimidad.

—Al menos eso te da una buena excusa para ir todas las noches al Pabellón. Y me he dado cuenta de que ya no vas lloriqueando por Kitai.

—¿De verdad que no? —preguntó Tavi.

Frunció el ceño y pensó en ello. Esa sensación desagradable de vacío en el vientre, esa punzada de ausencia, había desaparecido tiempo atrás, y frunció aún más el ceño.

—No, no lo hago —musitó.

—Te dije que lo superarías —le recordó Max—. Hace semanas que te debía haber traído una chica para pasar la noche. Me alegro de que lo descubrieses solito.

Tavi sintió que se ruborizaba.

—Pero si no lo he hecho.

Las cejas de Max se levantaron de manera brusca.

—Ah —exclamó, miró a los reclutas con los ojos entornados y continuó—: No habrás alquilado a un chivo, ¿verdad que no?

Tavi bufó.

—No —respondió—. Max, no he venido a pasármelo bien, sino por trabajo.

—Trabajo —repitió Max.

—Trabajo.

—Vas al Pabellón porque es tu deber.

—Sí —asintió Tavi medio exasperado.

—¿Aunque estén esas bailarinas y todas las demás?

—Sí.

—Cuervos, Calderon. ¿Por qué? —Max negó con la cabeza—. La vida es demasiado corta como para pasar de algunas cosas.

—Porque es mi trabajo —repitió Tavi.

—Sería fácil argumentar que debes mantener tu tapadera —señaló Max—. Un poco de vino. Una o dos chicas. O tres, si te lo puedes permitir. ¿Qué daño haces?

Tavi frunció el ceño y pensó en ello. Max tenía razón cuando decía que las chicas del Pabellón podían ser muy tentadoras y Tavi había evitado verlas bailar. Se daba

por sentado que toda bailarina que tuviera un poco de artificio de tierra lo utilizaría para aumentar el deseo de los hombres que la contemplaban. Era frecuente que bailaran muchas a la vez. Un ambiente así estaba pensado para aligerar los bolsillos de los legionares que sucumbían a sus urgencias. Como la mayor parte de los legionares iban allí precisamente con esa idea en la cabeza, la cosa solía funcionar.

Tavi había recibido proposiciones de muchas de las chicas, pero se había negado a comprar el encanto de ninguna de ellas por una noche o atiborrarse de vino o de cualquier otro tóxico que hubiera disponible. No tenía intención de nublar su juicio, porque su ingenio era lo que le había mantenido con vida.

—Deberías divertirte un poco —le recomendó Max—. Nadie te lo echaría en cara.

—Yo sí —replicó Tavi—. Tengo que conservar el juicio claro.

Max gruñó.

—Supongo que es verdad. Mientras no sigas lloriqueando por Kitai, supongo que no pasará nada si no satisfaces a alguna chica de vez en cuando.

Tavi bufó.

—Me alegro de que lo apruebes.

Tres cohortes de reclutas, casi tres mil legionares, desfilaban sobre la calzada de instrucción. Se desplazaban como un bloque sólido y con la armadura completa. Sus pasos tronaban a un ritmo uniforme, incluso a través del efecto amortiguador de la pantalla de Max. Después de pasar de largo y desvanecerse el ruido, Max preguntó:

—¿Has descubierto algo?

Tavi asintió.

—He descubierto a dos legionares más que informaban a ese contacto del Consorcio Comercial.

—¿Sabemos ya a quién le informa él?

—Cree que a un agente de un comerciante de Parcia.

—Eh —exclamó Max—. ¿Para quién trabaja el agente?

Tavi se encogió de hombros.

—He untado algunas manos. Es posible que esta noche tenga algo. —Le lanzó a Max una mirada de reojo—. He oído algo sobre un esclavista sin licencia que opera en las cercanías. Al parecer, atrapó a un par de seguidores del campamento. Pero alguien lo dejó inconsciente, lo ató a un árbol, burló a sus guardias y liberó a los esclavos.

Max bajó la pantalla formada con un artificio del viento lo suficiente para ponerse de pie y gritar:

—¡Que te lleven los cuervos, Karder! ¡Levanta ese escudo o te dejaré un par de chichones en lo alto de esa cabeza de idiota para recordártelo! ¡Si la lanza de Valiar Marcus humilla a mis mejores hombres, os haré correr en círculos durante una

semana!

Los reclutas le lanzaron a Max miradas de fastidio y de reojo hasta que Schultz empezó a bramar órdenes para que volvieran a la formación.

—¿Sí? —le dijo Max a Tavi mientras se sentaba de nuevo—. Yo he oído lo mismo. Bravo por el autor. Nunca me han gustado los esclavistas.

Tavi frunció el ceño.

—¿No fuiste tú?

Max le devolvió el fruncido de ceño.

—¿No fuiste tú?

—No —respondió Tavi.

Max frunció los labios y después se encogió de hombros.

—No fui yo. Por aquí hay un montón de frigios. Todos odian a los esclavistas. Cuervos, un montón de gente los odia. He oído que Ceres tiene una enorme banda de hombres enmascarados que merodean por las noches y cuelgan a todos los esclavistas a quienes consiguen poner las manos encima. Tienen que emplear a todo un ejército de guardias personales para estar mínimamente seguros. Una ciudad como Ceres me gustaría.

Tavi frunció el ceño y miró hacia el este.

—Oh, de acuerdo —murmuró Max—. Lo siento. Tu reunión familiar.

Tavi se encogió de hombros.

—Solo teníamos planeado quedarnos un mes, poco más o menos. Lo más probable es que ya se hayan ido.

Max contempló a los reclutas que hacían la instrucción, pero el gesto se le puso serio.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Tener una familia.

Tavi bebió otro cazo de agua.

—A veces me parecía que me iban a asfixiar. Sé que lo hacían porque se preocupaban por mí; aun así, me volvían loco. Se preocupaban por mí, por mis problemas con los artificios. Me gustaba saber que estaban allí. Daba por hecho que, si tenía un problema, me ayudarían. Algunas noches tenía una pesadilla o me quedaba en vela sintiendo lástima por mí mismo. Me levantaba y miraba en sus habitaciones para saber que seguían allí. Entonces podía volver a la cama y dormir.

El gesto de Max no cambió.

—¿Cómo era tu familia? —preguntó Tavi.

Max se quedó en silencio durante un segundo.

—No creo que esté lo suficientemente borracho como para responder a esa pregunta —contestó.

Pero había sido Max quien había sacado el tema. Quizá quería hablar y necesitaba un pequeño empujoncito.

—Inténtalo —lo animó Tavi.

El silencio se prolongó.

—Notable por su ausencia —dijo finalmente Max—. Mi madre murió cuando tenía cinco años. Era una esclava de Rodas, ¿lo sabías?

—Lo sabía.

Max asintió.

—No recuerdo gran cosa de ella. Mi señor padre vivía en la Muralla del Escudo y solo regresaba a Antillus durante el verano, donde le esperaba todo un año de trabajo que poner al día. Dormía unas tres o cuatro horas por la noche, y odiaba que lo interrumpiesen. Cenaba como mucho una vez con él, y me daba una o dos lecciones de artefacto de las furias. A veces cabalgaba con él para pasar revista a los reclutas. Pero ninguno de los dos hablaba demasiado. —Su voz se hizo más profunda—. Pasaba la mayor parte del tiempo con Crasus y mi madrastra.

Tavi asintió.

—No era divertido.

—Crasus no era tan malo. Yo era mayor y más grande que él, así que no podía hacer gran cosa. Me seguía por todas partes y, si veía algo mío que le gustaba, lo cogía sin más. Ella se lo daba. Si yo decía algo, me hacía azotar. —Apretó los dientes en un rictus que quería imitar una sonrisa—. Por supuesto, si yo hacía cualquier cosa, ella me mandaba azotar.

Tavi pensó en las cicatrices de su amigo y apretó las mandíbulas.

—Al menos, hasta que conseguí mis furias. —Entornó los ojos—. Cuando descubrí lo fuerte que era, convertí en cenizas la puerta de acceso a sus habitaciones privadas, entré y le dije que si intentaba azotarme de nuevo la mataría.

—Entonces empezaron los accidentes —sugirió Tavi.

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—El primero se produjo durante una lección de vuelo —explicó Max—. Planeaba a menos de un metro por fuera de las murallas de la ciudad, y quizás a unos nueve metros de altura. Un jarrón lleno de sal de roca cayó por una ventana de la torre, golpeó contra las murallas y los trozos pasaron volando a través de mi artefacto de viento. Lo perturbaron y caí.

Tavi hizo un gesto de dolor.

—La siguiente ocasión fue en invierno. Alguien derramó agua en la parte superior de una escalera muy larga y se heló. Resbalé y caí. —Respiró hondo—. Entonces hui y me alisté en las legiones en Placida.

—Max —empezó Tavi.

Max se puso en pie de repente.

—Estoy un poco mareado —comentó—. Debe de ser tu hedor.

Tavi le quería decir algo a su amigo. Para ayudarlo. Pero conocía a Max, y este era demasiado orgulloso como para aceptar la compasión de Tavi. Max había abierto viejas heridas al hablar de su familia, y no quería que nadie viese el dolor. Tavi se preocupaba por su amigo, pero Max no estaba preparado para que nadie le prestara ayuda. Era suficiente por el momento.

—Debe de ser mi hedor —asintió Tavi en voz baja.

—Tengo trabajo que hacer —anunció Max—. Mis peces tienen un combate de instrucción con la lanza veterana de Valiar Marcus por la mañana.

—¿Crees que ganarán?

—No, a menos que a Marcus y todos su hombres les dé un ataque al corazón y caigan muertos durante el ejercicio. —Max miró hacia atrás y se encontró durante un momento con los ojos de Tavi—. Los peces no pueden vencer. Pero eso no es lo importante. Tan solo tienen que presentar una batalla decente.

Max quería decir más de lo que expresaban las palabras. Tavi asintió con un gesto.

—No descartes sin más a los peces, Max —le aconsejó en voz baja—. Nunca se sabe el giro que pueden tomar los acontecimientos.

—Quizá —reconoció Max—, quizá.

Hizo un amago de saludar a Tavi cuando bajó la pantalla, asintió y se encaminó hacia el campo de maniobras.

—¡Cuervos, Scipio! —exclamó cuando se encontraba a unos treinta pasos—. Te sigo oliendo desde aquí. ¡Puede que necesite un baño, señor!

Tavi acarició la idea de buscar la tienda de Max y revolcarse durante un rato en su camastro. La rechazó porque le parecía poco profesional, aunque tentadora. Tavi contempló el atardecer y abandonó el campo de maniobras. A continuación se encaminó hacia el acantonamiento del personal de servicio.

Los seguidores del campamento formaban parte de la legión, como la armadura y el yelmo. Unos seis mil soldados profesionales necesitaban una cantidad considerable de apoyo, y el personal de servicio y los seguidores del campamento se lo proporcionaban.

El personal de servicio estaba formado en su mayoría por mujeres jóvenes solteras y sin hijos que servían en la legión durante un período regulado por la ley. Se ocupaban de las necesidades diarias de los legionares, que solían consistir en la preparación de la comida y el lavado de la ropa. Otro personal doméstico ayudaba a arreglar los uniformes dañados, mantener el armamento y las armaduras de reserva, gestionar la entrega de paquetes y cartas, y asistían en todas aquellas necesidades imprescindibles en el campamento.

Pese a que la ley solo exigía trabajo, el hecho de situar a tantas mujeres jóvenes en una relación tan estrecha con tantos hombres jóvenes conducía a un resultado inevitable: se entablaban relaciones y se concebían niños. Tavi sospechaba que aquel era el verdadero objetivo de la ley. El mundo era un lugar peligroso, estaba lleno de situaciones mortales, y los habitantes de Alera necesitaban todas las manos que pudieran conseguir. La madre de Tavi y su tía Isana habían servido durante un período de tres años con las legiones, cuando nació él, hijo ilegítimo de un soldado y una sirvienta de la legión.

Entre los demás seguidores de la legión se contaba el personal de servicio que había decidido seguir de manera permanente, con frecuencia como esposas de los legionares en todos los sentidos excepto el legal. Aunque a los legionares se les prohibía el matrimonio legal, muchos soldados de carrera tenían una esposa de hecho en el séquito del campamento o en un pueblo o aldea cercanos.

El último grupo estaba formado por aquella gente que veía una oportunidad en la proximidad a la legión. Mercaderes y buhoneros, artistas, artesanos, prostitutas y otra docena de oficios que seguían a la legión vendiéndoles sus bienes y servicios a unos legionares relativamente ricos y que recibían su paga con regularidad. Otros se limitaban a merodear por allí, empeñados en seguir a la legión, y esperaban hasta el final de una batalla con la esperanza de saquear todo lo que pudieran entre los restos del combate.

Los seguidores del campamento formaban un círculo disperso alrededor de las fortificaciones de madera de la legión. Sus tiendas iban desde restos de las dotaciones de la legión hasta chabolas de colores vivos, pasando por cobertizos y refugios contruidos con trozos de lona y bastos postes de madera. Abundaban los proscritos por la ley, y había zonas del campamento en las que era una locura pasear después de anochecer, sobre todo si eras un legionare joven, o para el caso, un oficial joven.

Tavi conocía las rutas más seguras a través del campamento, donde se solían reunir las familias de los legionares buscando apoyo y protección mutuos. Su destino no estaba mucho más allá de la frontera invisible del lado «decente» del campamento.

Tavi se encaminó hacia el Pabellón de la Señora Cymnea. Era un anillo de tiendas grandes y colores vivos, montadas juntas para formar un gran círculo alrededor de una zona central que hacía las veces de patio, lo que dejaba solo un callejón estrecho entre las tiendas para permitir el paso. Podía oír el sonido de la música, en su mayoría flautas y tambores, en el interior, así como el ruido de risas y de voces roncas. Se deslizó hacia el círculo abierto de hierba muy pisoteada alrededor de un fuego central.

Un hombre del tamaño de un toro se levantó del asiento al entrar Tavi. Tenía la piel enrojecida por la vida al aire libre y no tenía ni un pelo, ni siquiera en las cejas o en las pestañas, y tenía un cuello tan grueso como la cintura de Tavi. Vestía solo unos

pantalones de cuero viejo y botas, y el tronco sin vello estaba plagado de músculos grandes y cicatrices antiguas. Una cadena pesada alrededor del cuello lo marcaba como un esclavo, pero en su gesto no había nada de delicadeza ni de sumisión. Se sorbió los mocos, hizo una mueca y no apartó la mirada de Tavi.

—Bors —saludó de manera cortés—. ¿Está disponible la señora Cymnea?

—Dinero —murmuró Bors.

Tavi ya había desprendido del cinturón la bolsa con el dinero. Depositó muchos aries de cobre y unos pocos toros de plata en la palma de la mano y se los mostró al gigante.

Bors miró las monedas y le hizo un gesto cortés a Tavi.

—Espera.

Se fue cojeando hacia la tienda más pequeña del círculo.

Tavi esperó tranquilo. A la sombra que proyectaba una de las tiendas se sentaba Gerta, una vagabunda a la que había adoptado la señora Cymnea, y que era como una guardia permanente a la entrada de su tienda. La mujer llevaba puesto un vestido que parecía más bien un saco amorfo que una prenda de vestir, y no olía demasiado limpia. Sus cabellos oscuros parecían arbustos salvajes, apelmazados por zonas y formando ángulos inverosímiles que solo dejaban visible una parte de su cara. Llevaba un vendaje que le cruzaba los ojos y la nariz por debajo de la mugre de la piel. Tavi podía ver las marcas rojas de alguien que acababa de sobrevivir a la peste o de alguna otra de las peligrosas fiebres que podían afectar a los habitantes de Alera. Tavi no había oído hablar a la mujer, pero estaba sentada. Tocaba una flauta de caña y entonaba una melodía lenta, triste y pegadiza. En el suelo que tenía ante sí había un cuenco de mendigo y, como acostumbraba, Tavi dejó caer en él una moneda pequeña. Gerta no reaccionó ante su presencia.

Bors volvió a aparecer y le gruñó a Tavi. Indicó con un gesto la tienda que había detrás de ellos.

—Ya sabes cuál es.

—Muchas gracias, Bors.

Tavi se guardó el dinero y se encaminó hacia la tienda más pequeña, que así y todo era mucho más grande que la del capitán.

El interior estaba cubierto con alfombras espesas. De los laterales colgaban telas y tapices, con lo que casi parecía una habitación con paredes de verdad. Una chica joven, quizá de doce años, estaba sentada en una silla cerca de la entrada y leía un libro. La muchacha arrugó la nariz y, sin levantar la vista del libro, llamó.

—¡Mamá! ¡Ha llegado el subtribuno Scipio para su baño!

Un momento después se abrieron las cortinas que había detrás de la niña y una mujer alta entró en la cámara delantera. La señora Cymnea era una morena de ojos oscuros, más alta que la mayoría de los hombres y que parecía que, llegado el caso,

podría levantar del suelo a un legionare con armadura y echarlo de la tienda. Lucía un vestido largo de seda de color rojo vino, que ajustaba un corsé con un bordado muy intrincado en negro y oro. El traje dejaba a la vista sus anchos hombros y los brazos, y resaltaba las curvas de su figura.

Saludó a Tavi con una reverencia muy airosa y le dedicó una sonrisa.

—Rufus, buenas tardes. Diría que se trata de una sorpresa agradable, pero podría controlar el horneado con vuestra llegada si tuviera cabeza para ello.

Tavi le respondió con una reverencia con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Señora. Siempre es una alegría verla de nuevo.

La sonrisa de Cymnea se ensanchó.

—Qué encantador. Y puedo ver que seguís... eh... sin contar con el favor del tribuno Gracus. ¿Qué os puede proporcionar el Pabellón en esta velada?

—Solo un baño.

Ella le dedicó una expresión burlonamente seria.

—Qué serio para ser tan joven. Zara, querida, corre y prepárale el baño al bueno de Scipio.

—Sí, mamá —asintió la niña, que se puso en pie y salió corriendo. Se llevó el libro consigo.

Tavi esperó un momento antes de decir:

—Odio ir tan directamente al grano...

—En absoluto —le tranquilizó Cymnea mientras arrugaba la nariz—. Teniendo en cuenta vuestras fragantes circunstancias, cuanto menos tiempos pasemos en un sitio cerrado, mejor.

Tavi hizo una reverencia, a modo de disculpa.

—¿Habéis podido averiguar algo?

—Por supuesto —respondió—. Pero todavía tenemos que tratar el asunto del precio.

Tavi parpadeó.

—Puedo ofrecer algo más de la cantidad de ayer, pero para más que eso...

Cymnea hizo un gesto con la mano.

—No. No se trata de dinero. La información puede ser potencialmente peligrosa.

Tavi frunció el ceño.

—¿Cómo es eso?

—Es posible que algunos hombres poderosos no estén demasiado interesados en que unos enemigos potenciales reciban información relativa a ellos. Si la comparto, es posible que tenga que pagar por ello.

Tavi asintió.

—Comprendo vuestra preocupación. Lo único que os puedo asegurar es que mantendré la confidencialidad de mi fuente.

—¿Sí? ¿Y qué garantía me dais de ello?

—Tenéis mi palabra.

Cymnea estalló en una carcajada divertida.

—¿De verdad? Oh, joven, eso es tan... tan encantador por vuestra parte. —Ladeó la cabeza y miró a Tavi—. Pero lo decís en serio, ¿verdad?

—Así es, señora —respondió Tavi mirándola a los ojos.

Ella le devolvió la mirada durante un momento y negó con un gesto.

—No, Scipio. Si he llegado hasta donde estoy no ha sido por correr riesgos inaceptables. Estoy dispuesta a negociar por la información, pero solo en especie. A cambio de algo que me pueda proteger.

—¿Como por ejemplo...? —preguntó Tavi.

—Bueno. Como la persona para la que trabajáis. De esa manera, si habláis sobre mí, yo estaré en disposición de hablar sobre vos.

—Parece justo —reconoció Tavi—, pero no puedo.

—Ah —exclamó ella en voz baja—, bueno. Entonces estamos en un punto muerto. Os devolveré vuestra plata.

Tavi extendió una mano.

—No. Consideradlo un depósito. Si os tropezáis con algo jugoso que represente menos riesgos, quizá podáis informarme.

Cymnealadeó la cabeza y asintió.

—¿Por qué confiáis en que lo haga?

Tavi se encogió de hombros.

—Llamadlo instinto. A vuestra manera, dirigís un negocio honrado. —Sonrió—. Además, el dinero no es mío.

La señora Cymnea volvió a reír.

—Bien. Tampoco he llegado adonde estoy devolviendo la plata. Zara ya debe de tener listo vuestro baño. Conocéis el camino, ¿verdad?

—Sí, muchas gracias.

La mujer suspiró.

—Si he de ser sincera, no es que me importe vuestra tarea, pero parece que Gracus está llevando el castigo demasiado lejos.

—Viviré con ello —replicó Tavi—. Siempre que pueda acabar el día con un buen baño.

—En tal caso, no soy quién para impedir que lo toméis —dijo con una sonrisa.

Tavi le hizo un gesto de despedida y abandonó la tienda. Cruzó el pequeño patio verde donde la mujer ciega tocaba la flauta de junco. La tienda donde se servían vino y chicas rugió con un estruendo de bramidos y gritos mucho más fuertes de lo habitual a aquella hora de la tarde, de manera que ahogó durante un rato el sonido de la flauta. Bors giró la cabeza hacia el sonido y el movimiento le recordó a Tavi el de

un perro que percibe actividad en su territorio.

Tavi se encaminó hacia otra tienda, de brillante color azul y verde. Dentro se habían distribuido diversas alcobas con cortinas pesadas, y en cada una de ellas había una bañera circular de madera lo suficientemente holgada como para que cupieran dos o tres personas sin problemas. Un fuerte chapoteo y la risita de una mujer llegó desde el interior de una de las habitaciones encortinadas. En otra, un hombre balbuceaba una canción con voz de borracho. Zara apareció detrás de otra cortina y le hizo un gesto a Tavi. Llevaba en la mano un saco de yute y arrugó la nariz a causa del olor cuando Tavi entró en el recinto.

Tavi pasó a la alcoba y cerró las cortinas. Se quitó la ropa sucia, y se la pasó a través de la cortina a la chica que estaba esperando. Ella la cogió con movimientos rápidos, la metió en el saco de yute y se la llevó con el brazo extendido para que la lavaran, la secaran a toda prisa y se la volvieran a traer.

Al lado de la bañera había un gran cubo con agua templada, cubierto por una toallita. Tavi la utilizó para limpiar la roña que llevaba pegada al cuerpo antes de meterse en el agua hirviendo. Añadió un poco más de agua caliente de un depósito grande que estaba unido a un brazo móvil al lado de la bañera, y después se hundió en ella con un suspiro de alivio. La calidez lo envolvió y se dejó llevar por ella durante un tiempo. El trabajo que le había asignado Gracus era tan pesado y extenuante como desagradable, y su única esperanza residía en sumergir los músculos cansados en agua caliente al final del día.

Pensó durante un momento en su familia, y se sintió mal por haberse perdido la reunión en Ceres. Empero, debía admitir que habría sido incómodo hablar con su tía ahora que apoyaba de manera abierta a lord y lady Aquitania. Las cosas irían bien mientras la conversación no derivase hacia la política, pero la formación de Tavi como cursor significaba que, de una manera u otra, estaba envuelto en la política prácticamente desde que se despertaba hasta que se iba a dormir.

También echaba de menos a su tío. Bernard le había mostrado tal consideración y respeto a Tavi que nunca se había dado cuenta de que no eran nada habituales. A Tavi le hacía sentir orgulloso el que su tío se hubiera convertido en un héroe del Reino en numerosas ocasiones, y le habría gustado ver cómo reaccionaba al encontrarse con Tavi después de estos años de educación y entrenamiento. Bernard había trabajado muy duro para asegurarse de que Tavi disponía de las materias primas necesarias para edificar una vida honorable. Tavi quería que Bernard viera con sus propios ojos lo que su sobrino había hecho con ellas.

Y Kitai...

Tavi frunció el ceño. Y Kitai. Ella también habría estado allí. Tavi no había sentido las pequeñas punzadas de soledad que le habían perseguido desde que abandonó Alera Imperia, pero no era porque no desease su compañía. Pensaba muy a

menudo en ella, en especial en su risa y en su ingenio afilado, y si cerraba los ojos podía ver su rostro exótico y la encantadora arrogancia de sus ojos marat rasgados, el cabello blanco como la seda, las extremidades largas y fuertes, los muslos con músculos bien definidos, y la piel más suave que...

En la otra alcoba, las risitas de la mujer se convirtieron en otros sonidos agudos y completamente diferentes. El cuerpo de Tavi reaccionó ante los pensamientos sobre Kitai y los sonidos que la prostituta emitía con entusiasmo casi violento. Apretó los dientes, repentinamente impelido a seguir el consejo de Max. Pero no. Necesitaba concentrarse al máximo en el cumplimiento de su deber, en estar alerta para recopilar cualquier información de inteligencia que pudiera transmitirle al Primer Señor. Lo último que deseaba hacer con su tiempo era hacerlo ineficaz con distracciones idiotas, aunque indudablemente atractivas.

Además, no quería que lo acompañara ninguna de las chicas de Cymnea. Quería estar con Kitai.

Su cuerpo demostró, con incómoda claridad, que estaba de acuerdo con esos sentimientos.

Tavi gruñó y se sumergió en el agua durante todo el tiempo que pudo aguantar la respiración. Cuando salió a la superficie, agarró el cuenco de jabón que tenía al lado y una toallita limpia, y se restregó la piel hasta que creyó que se la iba a arrancar. Trataba de llevar sus pensamientos a un terreno menos comprometedor. Estaba claro que echaba de menos a Kitai. Estaba claro que quería estar tan cerca de ella como siempre. Pero si era así, ¿a qué venía la extraña e incómoda sensación de soledad que le había llevado a dejar de hablar de ella?

Siempre había sentido las punzadas cuando pensaba en... su presencia, o eso suponía. Su voz, su tacto y sus rasgos eran algo perfectamente natural en su mundo, como el brillo del sol y el aire. Cuando la tocaba, aunque se limitara a cogerla de la mano, sentía una especie de resonancia tranquilizadora en el roce, algo cálido, sereno y profundamente satisfactorio. Era el recuerdo de su pérdida lo que le había producido la desagradable sensación de soledad. Incluso en ese momento el recuerdo debería haber surtido el mismo efecto.

Pero no lo había hecho. ¿Por qué?

Acababa de aclararse el jabón cuando lo supo de repente.

Tavi bufó una maldición en silencio y salió de la bañera. Cogió una toalla, se secó el cuerpo a toda prisa, agarró una túnica sencilla que se encontraba doblada sobre una silla cercana y metió los brazos aún húmedos. Salió de la tienda de baños al patio central.

En la tienda de vinos se oía un jaleo inmenso, y Tavi salió a tiempo de ver a Bors, que cojeaba hacia la entrada y penetraba en el interior. Vio a la mujer ciega al lado de una de las tiendas, que seguía tocando la flauta de junco, y se encaminó hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? —le siseó a la mujer.

La mujer ciega bajó la flauta y su boca dibujó una sonrisa.

—Contando los días que faltaban hasta que te dieras cuenta de donde me encontraba —contestó—. Aunque estaba a punto de contar las semanas.

—¿Estás loca? —preguntó Tavi con un susurro cortante—. Si alguien se diera cuenta de que eres marat...

—... serían mucho más observadores que tú, alerano —bufó Kitai.

—Se suponía que debías estar en Ceres en la reunión familiar.

—Igual que tú —replicó.

Tavi esbozó una sonrisa hueca. Ahora que sabía quién era en realidad «Gerta», los elementos que disfrazaban la apariencia de Kitai parecían dolorosamente obvios. Se había teñido el cabello blanco plateado con un color negro crudo, y había dejado deliberadamente que creciera apelmazado y enredado. Las marcas en la cara eran sin duda algún tipo de maquillaje, y el vendaje de mujer ciega le cubría los ojos exóticos y rasgados.

—No me puedo creer que el Primer Señor te haya dejado partir sin más.

Kitai sonrió y le mostró sus dientes blancos.

—Nadie me ha dicho nunca por dónde puedo ir y venir. Ni mi padre. Ni él. Ni tú.

—Es lo mismo. Tienes que salir de aquí.

—No —se negó Kitai—. Necesitas saber a quién le pasa la información el agente del mercader de Parcia.

Tavi parpadeó.

—¿Cómo sabes...?

—Si recuerdas —respondió con una sonrisa—, tengo muy buen oído, alerano. Y aquí sentada me entero de muchas cosas. Poca gente refrena sus palabras cerca de una mujer loca.

—¿Solo has estado aquí sentada?

—Por las noches me puedo mover con más libertad y averiguar más cosas.

—¿Por qué? —preguntó Tavi.

Ella arqueó las cejas.

—Hago lo mismo que llevo años haciendo, alerano. Os vigilo a ti y a tu pueblo. Aprendo de vosotros.

Tavi dejó escapar un suspiro corto y exasperado, pero le tocó el hombro.

—Me alegro de verte.

Kitai levantó la mano, apretó la suya con unos dedos tan calientes que parecían febriles, y emitió un pequeño gemido placentero.

—No he disfrutado de tu ausencia, *chala*.

Se oyó un chillido en el extremo más alejado del Pabellón, y un legionare borracho salió volando de la tienda de vinos. Bors salió detrás de él un segundo más

tarde y, con sus grandes pies enfundados en botas, descargó unas patadas en el pobre borracho, hasta que lo expulsaron del Pabellón.

Kitai retiró la mano de la de Tavi, y experimentó una sensación especialmente fría producida por la ausencia de su piel caliente.

—Rufus Scipio, la gente se va a extrañar si te ve hablando con una retrasada. Vete o lo echarás a perder todo.

—Tenemos que volver a hablar —replicó Tavi—. Pronto.

Los labios de Kitai se curvaron en una sonrisita sensual.

—Hay muchas cosas que tenemos que hacer pronto, alerano. ¿Por qué echarlas a perder hablando?

El atardecer era especialmente rojo, lo que tal vez ocultara su rubor. Kitai alzó la flauta de junco hasta los labios y volvió a interpretar su papel. Bors regresó después de expulsar al borracho alborotador y se sentó en su puesto junto al fuego. Tavi movió la cabeza y regresó a la tienda de los baños a esperar su ropa limpia.

Cerró los ojos y se quedó sentado escuchando la flauta de Kitai, y se dio cuenta de que estaba sonriendo.

El Remanso de Vorello era uno de los lugares más hermosos que había visitado Isana en su vida. Situado en el centro de un estanque cristalino al pie de una gruta rocosa, parecía como si toda la casa de comidas se hubiera construido a partir de los árboles y las cepas plantados dentro de la cueva y que crecían como particiones, puentes y escaleras vivientes. Las mesas estaban dispuestas a diversas alturas sobre repisas de roca alrededor del estanque. Muchas de las mesas estaban formadas por piedras planas que surgían del agua, y los empleados del establecimiento llevaban a los comensales a sus mesas con botes muy airosos impulsados por las furias dentro del agua del estanque.

Las lámparas de furia brillaban con colores luminosos encima de cada mesa, y los colores cambiaban lenta y constantemente de tonalidad. Desde cierta distancia parecía como si una nube de luciérnagas se cerniese sobre la superficie del agua. Más luces dentro del propio estanque también iluminaban hacia arriba, cambiaban de color cada poco tiempo y lanzaban sombras que se elevaban sobre las paredes de la gruta y casi ocultaban las mesas.

Había muchas cantantes, en su mayoría jóvenes. Estaban de pie sobre unas rocas elevadas, o sentadas sobre las ramas de uno de los árboles. Entonaban canciones bellas y tristes con unas voces graves y tremendamente encantadoras. La música de los instrumentos apoyaba el canto y planeaba a través de la casa de comidas sin que hubiera una fuente visible.

Un miembro del personal condujo a Isana hasta su mesa, que estaba situada en un afloramiento rocoso por encima del estanque. Lo enmarcaban las largas y fuertes raíces del árbol que se alzaba por encima de este. Casi no había tenido tiempo de instalarse cuando llegaron Bernard y Amara. Giraldi les seguía los pasos.

Isana se puso en pie para recibir el cariñoso abrazo de oso de su hermano pequeño, y enseguida supo que había ocurrido algo. Todos sus sentidos se llenaron de una emoción y una alegría desbordantes que no sentía en él desde... Isana respiró con fuerza. Desde que había estado casado. Ella lo miró a la cara durante un momento, dejó que su propia felicidad le dibujara una sonrisa, y después miró de reojo a Amara.

La condesa tenía el mismo aspecto de siempre: distante, dorada e inescrutable. Tenía la piel cálida y de color marrón meloso característica de los sureños de la soleada Parcia, y su cabello recto y fino tenía el mismo tono, de manera que cuando estaba quieta parecía una estatua consagrada a una cazadora: delgada, intensa y peligrosa. Isana había descubierto que esa era solo una faceta de la personalidad de la condesa. Su belleza destacaba más en movimiento, cuando andaba o volaba.

Isana miró de reojo a Amara y la condesa evitó mirarla a los ojos. Amara se ruborizó y su gesto, por lo común reservado, se convirtió en juvenil y encantador.

Removió los pies, y su mano encontró la de Bernard sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello, hasta que Amara se tranquilizó.

—Bien —rompió el silencio Isana, y se dirigió a su hermano—. ¿Debo pedir una botella de algo especial?

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Bernard con tono petulante.

—Porque no es idiota —gruñó Giraldi.

El viejo centurión, canoso y leal a pesar de la cojera, rodeó a Bernard y le hizo una reverencia muy cortés a Isana. Ella rio y lo abrazó, provocando una sonrisa evidentemente placentera por parte de Giraldi.

—Pero no pidáis ninguna bebida especial a mi cuenta —comentó—. Solo algo que me haga pensar que la comida sabe bien si bebo lo suficiente.

—Entonces no vas a necesitar casi nada —replicó Amara—. Aquí la comida es maravillosa, aunque los sibaritas de mi ciudad natal la desdeñen. Creo que no les gusta que un cocinero les obligue a comer demasiado porque ha superado sus expectativas.

Giraldi gruñó y miró a su alrededor.

—No lo sé. Aquí hay un montón de gente fina. —Señaló una mesa por encima de la suya—. Allí está la Gran Señora de Parcia cenando con la hija del Gran Señor de Ática. Más allá, un par de senadores. Y ese es lord Mandus, de Rodas. Es el Tribuno de la Flota en la marina. No son el tipo de gente que comen comida decente.

Amara rio.

—Si la cena no es de tu gusto, centurión, pagaré a alguien para que vaya a buscar un filete y una jarra de cerveza.

Grimaldi sonrió y aceptó.

—De acuerdo.

Isana se fijó en Amara. Su voz y sus gestos tenían una calidez que no había percibido antes. Isana ya respetaba a Amara, pero verla junto a Bernard y tan felices de estar el uno con el otro le hacía difícil no compartir una parte del afecto de su hermano por la joven. También lucía un vestido, lo que era algo muy poco habitual según la experiencia de Isana. No se le pasó el que la cursor llevaba un vestido con el verde y el marrón intensos que Bernard había escogido como sus colores, en vez de los tonos apagados y sombríos en rojo y azul que destacaban en las ropas formales de los cursores y de otros sirvientes de la Corona.

Isana siempre había mantenido las distancias con la cursor, una joven que debía lealtad personal a Gaius Sextus. Los malos sentimientos que albergaba Isana respecto al Primer Señor se habían decantado contra Amara. En cierto sentido sabía que no era justo depositar los pecados del señor sobre la cursor que lo servía, pero no había sido capaz de darle a Amara la oportunidad de demostrar su verdadera valía.

Quizás había llegado el momento de cambiar esa situación. Estaba claro que

Bernard adoraba a la joven condesa, y resultaba obvio que le había proporcionado una gran felicidad al hermano pequeño de Isana. Si lo que Isana sospechaba era verdad, lo más probable era que Amara se quedara por allí durante mucho tiempo. Aquello bastaba para obligar a Isana a enfrentarse al hecho de que lo menos que le debía a su hermano era tratar de hacer las paces con la cursor.

Isana saludó a la condesa con la cabeza.

—Esta noche tenéis un aspecto encantador, Amara.

Las mejillas de la cursor se volvieron a ruborizar y se encontró con los ojos de Isana durante un instante, antes de sonreír.

—Muchas gracias.

Isana le devolvió la sonrisa y se dio la vuelta para sentarse. Giraldi retiró la silla para que lo hiciera.

—Muy agradecida, centurión.

—Señora —replicó el viejo soldado, que esperó a que Amara estuviera sentada para sentarse en su silla. Se apoyó en el bastón e hizo una mueca de incomodidad.

—¿La pierna no ha llegado a curar del todo? —preguntó Isana.

—No, que yo sepa.

Isana frunció el ceño.

—¿Me dejaríais echarle un vistazo?

—El conde trajo a un gran sanador desde Riva. Ya la han trasteado lo suficiente. El problema no es la herida. La pierna se está haciendo vieja —comentó Giraldi con una sonrisita en los labios—. La vida le ha ido bien, Isana. Y aún puede andar. Creo que me acompañará hasta el final del camino, así que no os tenéis que preocupar.

Isana sintió un pequeño matiz de decepción y arrepentimiento en la voz de Giraldi, pero era mínima al lado de su resolución y orgullo, o quizá sería más preciso decir de su satisfacción, una especie de paz interior. A Giraldi lo habían herido de gravedad en los combates contra los vord durante la batalla de Aricholt, pero nunca había faltado a su deber, nunca había fallado en su lucha en defensa del Reino. Se había pasado toda la vida en las legiones y al servicio del Reino, y con ello había marcado la diferencia. Esa conciencia le daba unos sólidos principios al viejo soldado, razonó Isana.

—¿Cómo ha ido vuestra presentación? —preguntó, mirando primero a Giraldi y después a Bernard.

Bernard gruñó.

—Bastante bien.

—Bastante bien con los soldados —puntualizó Giraldi—. Los senadores están seguros de que nosotros, pobres campesinos, nos hemos dejado sugestionar por los marat y que en realidad no hay que preocuparse por los vord.

Isana frunció el ceño.

—Eso no suena demasiado optimista.

Bernard negó con un gesto.

—Los senadores no van a presentar batalla. Lo harán las legiones.

A Isana le sonó a un hombre que intenta convencerse de algo.

—¿Pero el Senado no administra el presupuesto militar de la Corona?

—Bueno —respondió Bernard con el ceño fruncido—. Sí.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —recalcó Amara y puso la mano sobre la de Bernard—. No te puedes sentir responsable por la reacción del Senado.

—Es cierto —reconoció Giraldi—. Ya habían tomado una decisión antes de amenazarlo con arrancarle la lengua.

Isana parpadeó varias veces mientras miraba a Giraldi y a Bernard. Su hermano carraspeó y se ruborizó.

—Oh, no —exclamó Isana.

En ese momento llegó un camarero con un vino ligero, fruta y pan, y les informó de que la cena se serviría de inmediato.

—¿Y vos, estatúder? —preguntó Amara, en cuanto se hubo retirado el camarero—. ¿Cuáles han sido los resultados de la cumbre de la Liga con los abolicionistas?

—Un éxito completo —respondió Isana—. El senador Parmos se ha dirigido esta tarde a toda la asamblea, y va a apoyar la propuesta de lady Aquitania.

Amara alzó las cejas.

—¿De verdad?

Isana frunció el ceño.

—¿Tan sorprendente resulta?

—Sí. En realidad, sí —respondió Amara preocupada—. Tal y como entiendo la situación del Senado, los senadores del sur bloquearán cualquier propuesta legislativa favorable a la emancipación. Entre Rodas y Kalare cuentan con los votos suficientes para rechazar mociones en ese sentido.

Isana arqueó una ceja. No cabía la menor duda de que la información de Amara procedía de la red de inteligencia de la Corona. Si Amara no era consciente del cambio que se había producido en los equilibrios de poder, era muy posible que el Primer Señor tampoco lo fuera.

—Los senadores de Rodas han dado su apoyo a los abolicionistas.

Amara se envaró en su asiento.

—¿Todos ellos?

—Sí —respondió Isana—. Creía que ya lo sabíais.

Amara negó con un gesto y frunció los labios. Isana pudo sentir la creciente ansiedad de la cursor.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—No estoy segura —reconoció Isana—. Oí a dos miembros de la Liga que

hablaban de ello durante la gira de lady Aquitania. Quizás hará unas tres semanas.

Amara se puso en pie de repente.

—Bernard, tengo que ponerme en contacto con el Primer Señor —anunció con voz tensa—. De inmediato.

Bernard frunció el ceño ante su gesto de preocupación.

—¿Por qué? Amara, ¿qué ocurre?

—Es demasiado —respondió Amara, con la vista fija en el vacío. La voz le salía a ráfagas rápidas que reflejaban el torbellino de pensamientos que la asaltaban—. Están arrinconando a Kalare y va a dejar de lado las acciones encubiertas. No puede limitarse a ellas. Entre las leyes abolicionistas y la carta... No estamos preparados. Oh, cuervos, no estamos preparados.

Isana sintió que la ansiedad de la cursor se empezaba a transformar en un miedo creciente.

—¿Qué queréis decir?

Amara movió la cabeza con rapidez.

—Lo siento. No me atrevo a decir nada más. Aquí no. —Echó un rápido vistazo a su alrededor—. Bernard, tengo que ir al río, ahora. Isana, siento mucho interrumpir la cena.

—No —concedió Isana en voz baja—. Está bien.

—Bernard —llamó Amara.

Isana miró a su hermano al otro lado de la mesa, que tenía el ceño profundamente fruncido y la vista fija en el cielo que cubría la cueva.

—¿Por qué se están volviendo rojas las estrellas? —preguntó en voz baja.

Isana frunció el ceño y miró hacia el cielo. No podía ver toda la hermosura de las estrellas a causa de la bella iluminación de las furias que envolvía a la ciudad de Ceres, pero las estrellas más brillantes aún eran visibles. Toda la mitad occidental del cielo estaba llena de puntos de luz carmesíes. Mientras miraba, las estrellas blancas emitían un brillo deprimente y la luz escarlata se extendía como una especie de plaga hacia el este, hacia donde avanzaba de manera lenta y constante.

—¿Se trata de algún artificio de las furias? —murmuró.

La gruta que los rodeaba vio cómo los cantantes se fueron callando uno a uno y la música se acalló. Todo el mundo miraba hacia arriba y señalaba. Una oleada de emociones confusas asaltó los sentidos de Isana.

Amara miró a su alrededor.

—No lo creo. Nunca he visto nada igual. ¿Bernard?

El hermano de Isana negó con la cabeza.

—Nunca he visto nada así.

Bernard miró a Girdi, quien también negó con un gesto.

La confusión que rodeaba a Isana se volvió más densa, casi tangible, y se mezcló

con algo que iba más allá de la inquietud. Durante los siguientes segundos, la marea emocional siguió creciendo y cada vez la distraía más. Unos segundos más tarde, la sensación presionaba con tanta fuerza contra los pensamientos de Isana que empezó a perder el hilo de qué emociones eran las suyas y cuáles procedían del exterior. Era particularmente insoportable, y no tardó en entablar combate para conservar el raciocinio. Al final, apretó las manos contra la cabeza.

—¿Isana? —llamó la voz de Bernard. Sonaba como si procediera de muy lejos—. ¿Te encuentras bien?

—D-demasiada gente —jadeó Isana—. Miedo. Tienen miedo. Confusión. Miedo. No lo puedo bloquear.

—Tenemos que salir de aquí —ordenó Bernard, mientras le daba la vuelta a la mesa y sostenía a Isana. Esta quiso protestar, pero la presión sobre sus pensamientos era demasiado fuerte para luchar contra ella—. Giraldi —llamó—, ve a buscar el carruaje.

—De acuerdo —respondió Giraldi.

—Amara, vigila a esos dos que nos están siguiendo. Prepárate para eliminar a alguno si fuera necesario.

Isana oyó cómo la voz de Amara se tensaba de repente.

—Crees que es un ataque de algún tipo.

—Creo que estamos desarmados y somos vulnerables —replicó Bernard—. Muévete.

Isana sintió cómo su hermano se ponía en marcha, y abrió los ojos a tiempo para ver cómo el estanque de la gruta pasaba por debajo de ellos. Desesperada, llamó a Rill para que la furia canalizase hacia el agua las emociones que la estaban invadiendo. Si no podía oponerse a la marea de emociones, tal vez pudiera desviarla.

La presión cedió, aunque resultaba muy difícil mantener el desvío. Bastó para que pudiera recordar su nombre y reunir la presencia de ánimo necesaria para levantar la vista y ver lo que estaba ocurriendo.

De repente, la emoción, la exaltación y el deseo de luchar la invadieron de manera tan intensa que creyó encontrarse justo al lado de una forja. Levantó la mirada y vio confusión. Los clientes y el personal se ponían en pie y se dirigían hacia las salidas. Entre ellos vio unos hombres enfundados en las túnicas limpias y sencillas del personal de la casa de comidas que se movían con una rapidez profesional y calculada, mientras que sus rostros reflejaban la fuerte determinación de ayudar.

Mientras estaba mirando, uno de los hombres se acercó por detrás a Mandus, el Tribuno de la Flota de Rodas, le agarró por el cabello, le tiró la cabeza hacia atrás y le cortó el cuello de manera rápida y eficiente.

El aumento de la excitación hizo que Isana levantara la cabeza. En la repisa que había sobre sus cabezas se encontraban tres hombres agachados y dispuestos a saltar.

Todos ellos llevaban túnicas blancas, espadas cortas, curvadas y de aspecto malvado, y un collar de acero que brillaba alrededor del cuello.

Su propio terror desestabilizó su artificio y la sumergió en un océano de confusión y miedo.

—¡Bernard! —gritó.

Los tres asesinos saltaron sobre ellos.

Sin la advertencia de Isana, lo más seguro era que Amara hubiera muerto.

Su mirada controlaba lo que tenía ante sí. Buscaba a los dos hombres que los habían seguido a Bernard y a ella después de la presentación en el anfiteatro. Un chillido agudo de terror atrajo la atención de Amara hacia el extremo más alejado de la gruta, donde vio cómo le abrían el cuello al Tribuno de la Flota Mandus con un corte profundo y preciso. Mandus cayó de rodillas y hacia un lado y murió en el suelo.

Cuando Isana gritó en señal de advertencia, Amara estaba de espaldas a los asesinos. Se dio la vuelta y consiguió desviar el tajo descendente del primer hombre. Dos de los sicarios cayeron sobre Bernard e Isana. Este no podría defenderse debido a la carga de su hermana.

Amara llamó a Cirrus y, como respuesta, la furia entró en tromba en la cueva y se precipitó como un huracán sobre los dos hombres, a quienes atrapó a media caída. Amara tiró a uno de ellos por encima del puente y cayó al estanque. El otro consiguió agarrarse con una mano a una rama extendida del árbol más cercano y aterrizó con suavidad en el suelo al lado de Bernard. El asesino se volvió hacia el esposo de Amara con la espada en la mano, pero la cursor lo había retenido durante los pocos segundos críticos que podrían haber convertido su ataque en un éxito.

—¡Giraldi! —bramó Bernard, mientras se daba la vuelta y lanzaba a Isana hacia los brazos del soldado canoso. Después el conde de Calderon agarró una de las pesadas sillas de madera y, con la fuerza que le proporcionaban sus furias, lanzó el mueble de casi treinta kilos contra el asesino, que se dio un fuerte golpe contra la pared rocosa de la gruta.

Amara se giró y adelantó la mano para detener al atacante con una ráfaga de viento. Este le lanzó una pequeña nube de sal que había sacado de la bolsa que le colgaba del cinturón, y Amara sintió cómo Cirrus se contraía de dolor, pues la sal había dispersado durante un momento el poder concentrado de la furia.

Los sicarios a sueldo no suelen ir por ahí con una bolsa de sal a mano y listos para lanzarla, lo que significaba que Amara era el único objetivo de aquel hombre.

El asesino avanzó con la velocidad de un luchador profesional y lanzó dos tajos rápidos contra ella. Amara se zafó con facilidad del primero, pero el segundo se deslizó por encima de su cadera y le hizo un corte largo y superficial que quemaba como el fuego.

—¡Abajo! —tronó Bernard.

Amara se tiró al suelo en el mismo instante en que Bernard lanzaba la pesada silla de madera. Esta golpeó al asesino con el sonido sordo del crujido de los huesos rotos y lanzó al hombre con gran violencia contra el tronco de un árbol.

El asesino rebotó en el tronco del árbol, agarró la silla y la lanzó hacia el estanque. Aunque tenía la caja torácica terriblemente deformada por el poder del golpe que le había descargado Bernard, su gesto no había cambiado en absoluto: una sonrisita extraña bajo unos ojos fijos y muy abiertos.

Amara miró sorprendida al asesino mientras levantaba la espada y avanzaba de nuevo contra ella, casi sin perder velocidad a pesar del golpe que debería haberlo matado. La cursor empezó a recular, pero sintió el aire vacío bajo los talones. Tuvo que darse la vuelta y saltar, extendiendo los brazos para agarrarse a la rama de un árbol. La espada del asesino cortó el aire a su espalda. Falló y, con un bufido de rabia, perdió el equilibrio y se precipitó hacia el estanque.

Detrás de Bernard, el primer asesino se levantó a pesar del golpe que le había dado su esposo. Aunque el brazo izquierdo le colgaba inútil, roto en varios puntos, avanzó con la espada en alto y mostrando la misma sonrisa loca y la misma mirada fija que el otro hombre.

Bernard situó la mesa entre el asesino y él, antes de tirar hacia atrás el pie enfundado en la bota y darle una fuerte patada. Acertó y el asesino perdió el equilibrio. En el instante que necesitó para recuperarlo, Bernard levantó la mano, la cerró y gruñó:

—¡Brutus!

Brutus, la furia de tierra de Bernard, respondió a su llamada. El arco de piedra se alzó y bamboleó, y de repente la propia roca se estiró hasta formar la figura de un enorme perro de piedra. Gemas verdes brillaban donde habrían estado los ojos de un perro, y la boca de Brutus se abrió para mostrar una fila de colmillos de obsidiana negra. La furia se precipitó contra el asesino, haciendo caso omiso de los tajos que le descargaba la espada del sicario. Cerró las mandíbulas alrededor del tobillo del hombre, y lo inmovilizó.

Sin dudar ni un momento, el asesino bajó la hoja y se cortó la pierna por debajo de la rodilla para liberarse del mordisco de Brutus. Después, desequilibrado y torpemente, se precipitó de nuevo contra Bernard. La sangre le manaba de la herida, y dejó escapar un escalofriante grito de éxtasis. Bernard lo miró, aturdido, durante medio segundo antes de que se le echara encima. Brutus movió la enorme cabeza y escupió la pierna cortada, pero la furia iba a tardar unos segundos interminables en darse la vuelta. Amara apretó los dientes, pero estaba atrapada. Colgaba de una rama. Podía subir por ella y volver al suelo, pero para entonces ya habría acabado todo... y Cirrus no se iba a recuperar a tiempo para permitirle volar en ayuda de Bernard.

Todo empezó a ir más lento. En algún punto de los niveles muy por encima de ellos se produjo un estallido de luz y atronó una explosión. El acero repicaba contra el acero en algún otro sitio. Más gritos retumbaban en la cueva.

Bernard no era lento, sobre todo para tratarse de un hombre de su tamaño, pero

carecía de la velocidad necesaria para permitirse el lujo de combatir desarmado con el asesino. Se inclinó hacia un lado cuando este atacó. Interpuso su cuerpo entre Isana y la hoja de acero del sicario. La espada le dio, y gritó de dolor antes de caer.

El asesino agarró a Bernard por el cabello. En lugar de cortarle el cuello, se limitó a apartar al hombre herido, y volvió a levantar la espada para golpear a Isana.

Desesperada, Amara llamó a Cirrus para que la alejara del asesino. Se agarró de la rama cuando la furia debilitada la apartó hacia atrás. Tiró con todas sus fuerzas y, de repente, dejó escapar el artificio. La rama, doblada por la fuerza del viento, recuperó abruptamente su posición original. Amara se balanceó al mismo tiempo en la rama y utilizó el impulso para lanzarse contra el asesino con los pies por delante.

Le dio una patada al sicario con el cuerpo rígido y los talones por delante, para darle más fuerza al golpe. La patada fue limpia y dura, y la fuerza del golpe hizo que la cabeza del hombre bamboleara hacia atrás y hacia delante. Oyó cómo se rompían los huesos y el asesino cayó como una masa inerte de carne ensangrentada, con Amara encima de él.

Se apartó rodando, agarró la espada del asesino y se agachó a cuatro patas, con el vestido verde manchado de sangre. Miró aturdida al asesino, que seguía aferrado a la vida. La locura le ardía en los ojos mientras dejaba escapar un último grito violento y corto.

—¡Hermanos!

Amara levantó la mirada. Muchos de los atacantes en el interior de la gruta ya habían acabado con su trabajo sangriento y, ante la llamada del moribundo, las caras de otra docena de hombres con collares de metal y ojos lunáticos se volvieron hacia ella. Su camino hasta la salida, un sendero a través de los árboles y un segundo arco de piedra, ya estaba ocupado por más hombres. Estaban atrapados.

—Bernard —llamó—. ¿Me puedes oír?

Bernard se puso en pie con el rostro pálido y contraído por el dolor. Miró a un lado y a otro, vio a los hombres que se acercaban y extendió las manos para agarrar otra de las pesadas sillas. Dejó escapar un gemido de dolor al levantarla, y Amara pudo ver una herida punzante en sus músculos como losas de su espalda.

—¿Puedes volar? —le preguntó en voz baja.

Cerró los ojos durante un momento y la silla que tenía en las manos se retorció y tembló de repente como si fuera tan flexible como la rama de un sauce. Las diversas piezas de la silla se alargaron, retorcieron y trenzaron entre ellas hasta formar un grueso garrote de combate como si tuvieran voluntad propia, una maza fuerte y pesada que podía convertirse en un arma mortal en manos de la fuerza física de un artífice de tierra.

—¿Puedes volar? —preguntó de nuevo.

—No te voy a dejar.

Bernard la miró de reojo.

—¿Puedes sacar a mi hermana?

Amara hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No creo. Cirrus está herido. No creo que pudiera sacarme, y mucho menos con ella.

—Yo la tengo, Bernard —informó Grimaldi con un sonrisa sin alegría—. Pero la deberíais sostener vos. Me ocuparé de la retaguardia mientras salen los dos.

Bernard negó con un gesto.

—Nos quedamos juntos. ¿Alguno de los dos ha visto alguna vez luchar a hombres como estos?

—No —respondió Amara.

—No, señor.

—Son muchos —comentó Bernard.

De hecho, el grupo más cercano, formado por media docena de hombres, había avanzado por el arco que se encontraba por encima de ellos y estaba lo suficientemente cerca como para atacarles. Al menos una docena más bloqueaban la vía de escape y se acercaban poco a poco para poder atacar al mismo tiempo que el primer grupo. En algunos de los niveles superiores se había prendido fuego. Un paño de humo teñía el aire y ocultaba las estrellas sangrientas.

—Sí —asintió Amara en voz baja. Le desagradaba que la voz le temblase de miedo, pero no podía evitarlo—. Sea quienes sean.

Bernard se puso de espaldas a Amara para encararse con los hombres que se aproximaban por el extremo más alejado.

—Voy a enviar a Brutus contra ellos. Intentaré derribarlos. Intentaremos atravesarlos a la carrera.

El plan era desesperado. Aunque estaba dotado de una fuerza formidable, Brutus no era nada ágil, y dejaba bastante que desear en el combate cuerpo a cuerpo. Y no solo eso. Si dejaba que la furia actuase por su cuenta, Bernard perdería buena parte de la fuerza leonina que le proporcionaba la furia. Aquellos hombres, fueran quienes fuesen, estaban bien entrenados y tenían una determinación enloquecida. No conseguirían llegar hasta la puerta.

Pero ¿qué podían hacer? La única alternativa era luchar espalda contra espalda hasta que los matasen. El plan de Bernard ofrecía al menos una brizna de esperanza, pero Amara sabía que todo se reducía a buscar una muerte heroica.

—¿Lista? —preguntó en voz baja.

Amara apretó los dientes.

—Te quiero.

Bernard dejó escapar el gruñido sordo de satisfacción que solía emitir después de besarla, y Amara pudo oír la sonrisa de combate que le estiraba los labios.

—Y yo a ti.

Amara oyó cómo respiraba hondo, justo en el momento en que los hombres que tenían por encima se disponían a saltar sobre ellos y dejó escapar un rugido.

—¡Brutus!

Una vez más, el enorme perro de piedra salió de un salto de la tierra. Se precipitó contra el grupo que se aproximaba por la repisa rocosa y aulló con una voz montañosa que emitía el roce de las piedras entre ellas, sometidas a una enorme tensión. El primer asesino levantó el arma, pero el perro de piedra se limitó a lanzarse contra él. Bajó la cabeza y golpeó con el hombro el pecho del sicario. La sangre salió a borbotones de la boca del asesino. Brutus movió la cabeza y lanzó al hombre contra dos de sus compañeros.

Uno de ellos gritó, cayó de la repisa y aterrizó de espaldas sobre una roca sobresalía unos centímetros de la superficie del agua. Dejó escapar un jadeo entrecortado y se deslizó sin fuerza bajo la superficie del estanque. El otro se tambaleó, y Brutus se lanzó contra él con las patas por delante. Estas aterrizaron sobre el asesino como martillos pilones, y lo aplastaron hasta reducirlo a una masa amorfa.

Bernard cargó detrás de Brutus, y Amara salió a su zaga. Detrás de ella, los hombres que había en el nivel superior se habían detenido por un momento ante el grito de Bernard, y entonces se lanzaron hacia delante con una agilidad aparentemente sobrehumana y un completo desdén hacia el dolor o la muerte.

El garrote de Bernard derribó a otro atacante con el primer golpe, pero Amara oyó el gruñido de dolor que le arrancó el movimiento. Brutus prosiguió su carga, pero los asesinos más alejados del grupo ya habían visto al perro de piedra. Uno de los hombres saltó sobre Brutus, se volvió invisible para la furia de tierra mientras se encontraba en el aire, y se enfrentó a Bernard. Detrás de él, los demás asesinos se retiraron con rapidez hacia el puente de madera, sacando los pies de la piedra de la gruta.

Amara oyó respirar a su espalda y apenas tuvo tiempo de darse la vuelta y detener un tajo muy duro que le había asestado el más cercano de los atacantes. La fuerza del golpe la lanzó contra la espalda de Bernard, cuyo avance se había detenido ante el asesino que lo amenazaba con la espada. Amara desvió otro ataque, con la espalda apoyada en la de su esposo, y llamó a Cirrus para que le proporcionara a sus extremidades toda la velocidad que pudiera. Respondió con un borrón plateado y escarlata de acero ensangrentado que lo golpeó en el cuello justo por encima del collar de acero.

Su tajo había sido demasiado superficial como para cortarle la arteria del cuello, pero dejó escapar un jadeo que pareció más un sonido de placer que de dolor y redobló el ataque con mayor ímpetu.

Bernard soltó un gruñido de esfuerzo, seguido del sonido de un golpe pesado a espaldas de Amara. El acero silbó en el aire y Bernard volvió a gritar.

—¡No! —chilló Amara, y el miedo hizo que se le quebrara la voz.

Pero entonces, por detrás de los atacantes que se acercaban por el sendero, Amara vio a un hombre vestido con la túnica blanca algo mugrienta de un cocinero o un pinche, en contraste con la ropa de un blanco inmaculado que lucían los asesinos. Era de altura y constitución medianas, y de cabello largo, gris y despeinado. Aterrizó en el sendero con la agilidad y la discreción de un gato, con un viejo gladius desgastado en la mano derecha. Se valió de un movimiento sencillo, eficiente y despiadado para traspasar con la punta la base del cráneo del asesino más cercano.

Este cayó al suelo como si se hubiese quedado dormido de repente. Su asesino avanzó hacia el siguiente sicario. Los ojos oscuros le brillaban detrás de una cortina de cabello desgreñado. El sicario cayó bajo el mismo golpe, pero dejó caer la espada, que rebotó en la piedra con un sonido metálico. El asesino que venía a continuación se dio la vuelta.

—¿Fade? —gritó Amara, mientras paraba otro ataque.

El esclavo no perdió velocidad. Un rápido giro le dejó la cara al descubierto, revelando la tremenda cicatriz que le cubría toda la mejilla, la marca de las quemaduras que les aplicaban las legiones a los cobardes fugitivos del campo de batalla. La espada de Fade se movió con agilidad dibujando círculos engañosamente descuidados, que destrozaron el arma del asesino con una facilidad pasmosa y le arrancaron la parte superior del cráneo con el siguiente movimiento. Fade le dio una patada al moribundo para que se precipitara sobre el hombre que tenía detrás, y siguió adelante por el sendero rocoso. El brazo que sostenía la espada se movía con gestos pequeños, sencillos y poco espectaculares. Destrozaba filos y cuerpos con la misma facilidad desapasionada.

Los asesinos iban cayendo, víctimas de golpes en el cuello o en la cabeza, y cuando se retiraba la espada de Fade no se volvían a mover. Nunca más.

El último, el oponente de Amara, lanzó una mirada rápida hacia atrás. Amara aulló en gesto desafiante y movió con las dos manos la espada curvada que le había arrebatado a un sicario. Acertó y la hundió todo a lo ancho en el cráneo del asesino. Este se envaró y tembló, mientras la espada se le caía de los dedos.

Fade agarró la empuñadura de la espada y se la arrancó del cráneo del asesino, al mismo tiempo que lo hacía caer por el borde de la repisa.

—Perdonadme, condesa —murmuró.

Amara jadeó durante un instante, aturdida. A continuación se apartó y dejó pasar a Fade. El esclavo empujó a Bernard hacia un lado, contra la pared de la gruta, y detuvo con la hoja un tajo que iba destinado a la estatúder. Fade avanzó hacia la pasarela de madera como si fuera un bailarín. Su espada giraba, bloqueaba y mataba.

Los asesinos se dispusieron a seguir atacando.

Murieron. Ninguno de ellos se acercó lo suficiente como para tocarlo.

En el transcurso de cuatro o cinco segundos, Fade mató a nueve o diez hombres, dejó un herido sin piernas en el sendero para que Brutus lo aplastase, y a otro lo sacó de una patada del camino, lanzándolo al estanque que había debajo. En el extremo más alejado de la pasarela, se dejó caer sobre una rodilla con las espadas dispuestas y los ojos muy vivos mirando a su alrededor.

—¿F-fade? —murmuró Bernard.

—Traed a Isana —les ordenó el esclavo—. Condesa, id delante.

Dejó caer la espada curva y volvió a atravesar el puente para colocar el hombro bajo el brazo de Bernard y ayudar al conde aturdido a ponerse en pie.

—¿Fade? —repitió Bernard con voz débil y confusa—. ¿Tienes una espada?

Fade no le contestó a Bernard.

—Tenemos que sacarlos de aquí, ahora mismo —le ordenó a Amara—. Adelante, y no nos separemos.

Amara asintió, consiguió levantar a la estatúder y se tambaleó detrás del espadachín.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Bernard—. Creía que estabas en la capital, Fade.

—Silencio, conde —respondió Fade—. Estáis perdiendo sangre. Guardad fuerzas. Bernard movió la cabeza y de repente la levantó en tensión.

—¡I-Isana!

—Yo la tengo —gruñó Grimaldi.

Bernard parpadeó, asintió y dejó caer la cabeza, tambaleándose. Fade lo ayudaba.

Los cadáveres y la sangre cubrían la casa de comidas. Los asesinos con collares no habían perdonado a ninguno de sus objetivos. Los ancianos y las ancianas, e incluso los niños, yacían donde habían caído, heridos, muertos o moribundos. Fade los condujo a la calle delante del establecimiento, donde las consecuencias pesadillescas del ataque parecían más intensas. Muchos habían conseguido huir de la casa de comidas, aunque sus heridas habían resultado mortales. Algunas heridas que a veces parecían menores podían resultar fatales al cabo de un momento, y muchos de los que habían creído escapar de la matanza tan solo sobrevivieron el tiempo suficiente como para morir en la calle.

La gente gritaba y chillaba, y corría de un lado a otro. Los cuernos y los tambores de la legión cívica de Ceres ya se concentraban allí. Había más personas en el suelo, encogidas en una bola muy apretada, sollozando a causa de una histeria incapacitante, como la propia Isana. En un momento de lucidez mareante, Amara se dio cuenta de que lo mismo que había incapacitado a Isana había afectado a esa gente.

Todos eran artífices del agua, las únicas personas con posibilidades de salvar la

vida de muchos de los heridos. Todos estaban fuera de servicio y, aunque había otras personas que intentaban cerrar heridas y detener hemorragias, apenas tenían poco más que tela y agua para conseguirlo.

La sangre había formado un charco escarlata de casi dos centímetros de profundidad y de unos diez metros de ancho.

Y en ese momento, las grandes campanas de la ciudadela de Ceres empezaron a resonar con profundos tañidos de pánico, alertando a las legiones de la ciudad. Empezaron a sonar los cuernos que llamaban a las armas a las legiones.

Estaban atacando la ciudad.

—Cuervos sangrientos —susurró Amara, sorprendida.

—¡Adelante! —bufó Fade—. No podemos dejar...

De repente, el esclavo miró hacia arriba, dejó caer a Bernard y se lanzó sobre Giraldi e Isana con las manos extendidas.

Una flecha con un astil negro rematado con plumas grises y verdes atravesó el aire y la mano izquierda de Fade. Una punta ancha y afilada le salió de la carne.

Sin parpadear, señaló con la espada hacia un tejado cercano, donde una figura envuelta en sombras desapareció rápidamente de la vista.

—¡Condesa! ¡Detenedlo!

Amara cogió la espada de la mano de Fade, llamó a Cirrus y se alzó en el aire. Se dirigió hacia el tejado y vio a la figura oscura, con el arco en la mano, agachada y dispuesta a saltar al suelo.

La rabia y el miedo le impidieron pensar a Amara. El mero instinto la impelió a lanzar a Cirrus por delante de ella. La ráfaga de viento repentina hizo que la figura encapuchada se cayera del tejado, unos seis metros. El arquero aterrizó con un crujir de huesos y dejó escapar un agudo chillido de dolor.

Amara descendió sobre el callejón, aterrizó en la piedra casi encima de la mujer caída, y golpeó hacia abajo cuando la asesina levantaba el arco. La espada partió la madera y la mujer cayó hacia atrás con otro grito.

Agarrando la espada con fuerza, Amara la bajó hacia el cuello de la arquera y le rasgó la piel con la punta, de manera que empezó a correr un hilillo de sangre. Podía ver gracias a la luz de una lámpara de furia cercana, y por eso le arrancó la capucha de la cabeza a su contrincante.

Era Gaele o, mejor dicho, la máscara que lucía la espía principal de Kalare, Rook, cuando servía a los cursores en la capital. Una espía en el epicentro de los enemigos de Kalare.

La mujer se encontró con los ojos de Amara, sus rasgos agradables pero vulgares y su rostro pálido. Tenía la pierna retorcida debajo del cuerpo en un ángulo antinatural.

Y estaba llorando.

—Por favor —le susurró a Amara—. Condesa. Por favor, matadme.

Los acontecimientos se precipitaron a una velocidad que Amara recordaba como una sucesión de comunicaciones desesperadas, órdenes emitidas a gritos y carreras de obstáculos de un edificio a otro mientras la ciudad de Ceres, inmersa en el pánico, se preparaba para la batalla.

Todo ello culminó a altas horas de la madrugada con una reunión en el jardín privado del Gran Señor Cereus, intramuros de la Torre del Gran Señor, el reducto final y bastión principal de las defensas de la ciudad, y el lugar más seguro de la urbe.

Amara llegó la primera, con Bernard y Girdi. Era una locura, pero Bernard había salido tambaleándose de la bañera para artificios de un sanador. Se había negado a dejarla desprotegida ni un solo momento desde que se produjera el ataque en la casa de comidas. Girdi aseguró que también tenía que ir para proteger a su conde, pero Amara no se dejó engañar por eso. Habían decidido que ella necesitaba protección y, por lo que a ellos les atañía, eso era todo.

Un mayordomo anciano y de cabello blanco les condujo hasta el jardín, un lugar sencillo con flores y árboles como el que se podía encontrar en cualquier explotación del Reino y que el Gran Señor Cereus fingía cuidar con sus propias manos. El jardín rodeaba un estanque en forma de círculo perfecto. La superficie reflejaba los colores de las lámparas de furia mortecinas dispuestas por todo el jardín, así como la tétrica luz roja de las estrellas.

Los sirvientes llevaron comida, y la barriga de Amara le recordó que les habían atacado antes de poder cenar. Girdi obligó a ella y a su esposo a sentarse mientras les llevaba algunos platos y los vigiló como si fuera su abuelo. Se aseguró de que comían antes de atacar un plato con queso, una rebanada de pan y una jarra de cerveza.

Lord Cereus llegó un rato más tarde. Cereus Macius era algo así como una rareza entre los ciudadanos del Reino: un anciano de cabellos plateados. O bien carecía del talento para preservar su apariencia juvenil, o bien sencillamente nunca se había preocupado en mantenerla. Corrían rumores de que sus habilidades con el artefacto de las furias estaban un poco embotadas cuando se trataba de los artificios de agua, aunque Amara no tenía manera de saber si estos rumores se basaban en hechos concretos, o si la evidencia de su aspecto les había dado alas.

Cereus era de altura mediana y constitución delgada, con una cara larga y de aspecto taciturno, y unos dedos cortos y fuertes. Entró flanqueado por dos hombres de rostros pétreos, que no apartaron la mano de la espada. Al ver a Bernard y a Girdi, los dos hombres se detuvieron y entornaron los ojos. Bernard y Girdi les devolvieron una mirada impasible que igualaba la de los guardaespaldas.

—Una pregunta, condesa Amara —murmuró Cereus con tono afectado—.

¿Vamos a dejar que se olisqueen el trasero y se hagan amiguitos, o será mejor que los atemos con correas en paredes muy separadas para evitar problemas?

—Vuestra Gracia. —Amara sonrió, se puso en pie e hizo una profunda reverencia—. Traen buenas intenciones.

Cereus cogió las manos de Amara entre las suyas con una sonrisa, y le devolvió el saludo con un gesto.

—Puede que tengáis razón. Caballeros, si hay que luchar esta noche, preferiría que no fuera en mi jardín. ¿De acuerdo?

Los dos guardaespaldas asintieron y retrocedieron medio paso. Giraldi esbozó una sonrisa y volvió a la comida. Bernard sonrió y le hizo una reverencia a Cereus.

—Por supuesto, Vuestra Gracia.

—Conde Calderon —saludó Cereus—. Bienvenido, aunque me temo que habéis venido a mi ciudad en muy mal momento.

—Aquí estoy, Vuestra Gracia —replicó Bernard con firmeza—. Y os ofrezco toda la ayuda que os pueda proporcionar.

—Muchas gracias —replicó Cereus sin el menor rastro de ironía—. Conde, ¿vendrán los demás?

—Sí, Vuestra Gracia —respondió—. Pero les llevará algún tiempo. La mayoría de los supervivientes están muy traumatizados por el pánico que cunde en la ciudad.

Cereus gruñó y se sentó algo envarado en un banco de madera bellamente tallado.

—Lo entiendo. —Miró de reojo a Bernard—. Vuestra hermana, la... —parpadeó como si casi no se lo pudiera creer—... estatúder. La mujer estatúder. ¿Es una artífice del agua con gran talento?

—Sí —respondió Bernard.

—¿Cómo se encuentra?

—Extenuada y durmiendo —contestó Bernard—. Ha tenido un día difícil desde mucho antes de que cambiasen las estrellas.

—El pánico ha sido extremadamente doloroso para todos aquellos que son sensibles a esas cosas. Si puedo hacer algo por ella, por favor, decídmelo —se ofreció Cereus.

Bernard hizo una reverencia con la cabeza.

—Muchas gracias, Vuestra Gracia. Vuestra oferta de alojamiento seguro ha sido más que generosa. Está descansando cómodamente.

Cereus miró a Giraldi.

—¿Eso es cerveza? ¿Una cerveza honrada y auténtica?

Giraldi eructó.

—Cuervos y truenos —tronó Cereus—. ¿Tienes otra jarra, soldado?

Giraldi la tenía a mano. Cereus sorbió el líquido, dejó escapar un suspiro muy largo y se volvió a sentar en el banco.

—Mi hija —explicó—. No deja que un anciano disfrute de un buen trago que se ha ganado con creces. Dice que no es bueno para mi corazón.

—De algo hay que morir —comentó Giraldi—. No estaría mal trasegarse unas cuantas pintas mientras esperas a ver cómo es.

—Exacto —reconoció Cereus—. La muchacha tiene un corazón de oro, pero no se da cuenta de eso.

El anciano señor miró hacia las almenas que se alzaban por encima del jardín. En su rostro en sombras se marcaron unas arrugas más profundas, que dejaban traslucir la preocupación y la pena que se cernían. Amara vio cómo se sentaba para beberse tranquilamente la cerveza y esperar la llegada de los demás. No tardaron mucho. Al cabo de media hora, el pequeño jardín del Gran Señor Cereus estaba abarrotado de visitantes.

—Bien —dijo mientras miraba a su alrededor con una expresión algo perdida en la cara—. Supongo que debemos empezar.

Cereus se puso en pie, subió encima del banco con una expresión de disculpas en el rostro y golpeó el anillo contra la jarra, que ya estaba vacía.

—Señores y damas. Bienvenidos. Me gustaría que fuera una ocasión más feliz. —Esbozó una sonrisa e hizo un gesto con la mano—. Os he convocado por indicación del Primer Señor y de su cursor, la condesa Amara. Condesa.

Lord Cereus bajo del banco con una expresión de alivio muy evidente.

Amara inclinó la cabeza ante Cereus, sacó una moneda pequeña de la bolsa y la tiró al estanque.

—Aguas de Amarante, llamad con rapidez a vuestro amo —murmuró.

La superficie del agua se empezó a ondular alrededor de la moneda, que se había desvanecido, y después se agitó. Al poco rato se alzó un brazo de agua que se concretó en la figura de un hombre alto y delgado al final de la madurez, y los colores se fueron asentando lentamente en la forma de la túnica y los pantalones, hasta que adquirieron el azul y el escarlata de la Casa de Gaius. Asimismo, su cabello se cubrió de un blanco grisáceo, aparentemente prematuro, aunque tenía casi ochenta años.

Amara le hizo una reverencia con la cabeza.

—Mi señor, estamos dispuestos.

La imagen del Primer Señor se volvió hacia Amara y asintió.

—Adelante. Los señores Aticus y Placidus —señaló con un gesto dos figuras acuosas que empezaron a tomar forma a ambos lados de la suya— también se van a unir a nosotros.

Amara asintió y se dio la vuelta para encarar a las personas que había en el jardín.

—Señores y damas, sé que las últimas horas han sido confusas y terroríficas. El Primer Señor me ha dado instrucciones para que comparta la información de que disponemos sobre los últimos acontecimientos.

»No conocemos ni los antecedentes ni los detalles sobre los atacantes de esta noche —explicó Amara—. Pero sabemos que han atacado a casi todos los miembros de la Liga Diánica, además del profesorado y el personal del Collegia Tactica, a los capitanes y tribunos de la Primera Legión de Ceres, y a algunos oficiales militares de visita que asistían a una conferencia en el Collegia.

»Los asesinos han sido letales y eficientes. Han matado a la Gran Señora Rodas y, además, a la Gran Señora Frigia, al senador Parmos y a otros setenta y seis ciudadanos que se les han puesto por delante. Otros muchos ciudadanos, entre ellos lady Placida, están desaparecidos. —Metió la mano en la bolsa que tenía al lado y sacó el anillo metálico de un collar disciplinario, un artilugio de los esclavistas para controlar a esclavos díscolos—. Lo que sabemos es que todos los atacantes llevaban un collar disciplinario como este. Cada uno de ellos lleva una inscripción: “Immortalis”. Ninguno de los hombres implicados en el ataque aparentaba más de veinte años. Cada uno de ellos demostró una capacidad casi sobrehumana de soportar el dolor, y al parecer actuaban sin temor ni interés por conservar su propia vida.

»Estamos bastante seguros de que estos Inmortales, a falta de un nombre mejor con que designarlos, son esclavos entrenados, condicionados y disciplinados con el collar desde su niñez para convertirse en soldados. Dicho de una manera sencilla: son locos muy eficientes, sin conciencia ni dudas ni miedo al dolor y perfectamente dispuestos a sacrificar sus vidas en aras de la misión encomendada. Menos de uno de cada cuatro objetivos sobrevivió al ataque.

Los comentarios en voz baja se desataron en el pequeño jardín. Un hombre alto y de constitución recia, con cabello oscuro y una barba de un gris férreo, y que lucía la armadura de las legiones, murmuró:

—Todos nos hemos hecho una idea aproximada de lo que pueden hacer. Pero ¿sabéis quién los ha enviado?

Amara respiró hondo.

—En los próximos días se completará una investigación legal y amplia pero, a tenor de los hechos, estoy bastante segura de lo que descubriremos. La pasada noche, y al parecer de manera simultánea a los ataques que se produjeron aquí, lord Kalarus movilizó a sus legiones.

Se oyeron muchos jadeos. Los murmullos a media voz recorrieron de nuevo el jardín, pero esta vez eran más rápidos y nerviosos.

—Una de las legiones de Kalarus ha ocupado las estribaciones occidentales de Parcia y ha desviado el Gaul a través del Marjal. La Tercera Legión de Parcia se ha visto obligada a abandonar la fortaleza de Whiteharrow, y las legiones de Kalarus controlan ahora los pasos a través de las Colinas Negras.

»Al mismo tiempo —prosiguió Amara—, otras dos legiones asaltaron el campamento de la Segunda de Ceres, a la que cogieron completamente por sorpresa.

Los atacantes no han dado cuartel, y hay menos de un centenar de supervivientes.

Lord Cereus empalideció aún más e inclinó la cabeza.

—Esas legiones están de camino hacia la ciudad —continuó Amara—. Los caballeros Aeris y la avanzadilla ya se encuentran en la región, y suponemos que el cuerpo principal de tropas tardará medio día en llegar.

—Bah —se burló una voz desde el extremo del jardín—, eso es ridículo.

Amara se giró hacia la persona que había hablado, el senador Arnos. Vestía con la ropa académica formal del Collegia Tactica y mostraba una expresión altiva.

—¿Señor? —preguntó Amara con cortesía.

—Kalarus es ambicioso, pero no idiota. ¿Nos queréis hacer creer que iba a librar una guerra contra todo el Reino y dejaría desprotegida su propia ciudad?

—¿Desprotegida, señor? —preguntó Amara con suavidad.

—Tres legiones —explicó lord Arnos—. Cada Gran Señor tiene tres legiones bajo su mando. Esa es la ley.

Amara parpadeó lentamente mientras miraba a Arnos.

—Los Grandes Señores que respetan las leyes no le declaran la guerra a todo el Reino, ni tampoco envían a locos fanáticos a asesinar a sus conciudadanos. Por regla general, claro está. —Se volvió hacia el resto de los asistentes y añadió—: Además de las fuerzas ya mencionadas, otras dos legiones de Kalare han tomado los puentes que cruzan el Gaul en Hector y Vondus. Los informes de inteligencia sugieren que otra legión se unirá a las dos que vienen de camino, y que se mantiene al menos una legión en reserva móvil. —Volvió a mirar al senador—. Si eso os hace sentir mejor, señor, Kalarus también tiene una legión estacionada en Kalare para garantizar la seguridad de la ciudad.

—Siete —murmuró el soldado de barba gris—. Siete malditas legiones. ¿Cómo cuervos ha podido ocultar cuatro legiones completas, condesa?

—Por el momento, eso es lo de menos —contestó Amara—. Lo que importa es que las tiene y las está usando. —Respiró hondo y miró alrededor del jardín—. Si las fuerzas de Kalarus toman Ceres, no quedará nada entre ellas y la capital.

Ahora no hubo murmullos... Solo silencio.

—Muchas gracias, condesa —murmuró el Primer Señor con su voz suave y bien modulada—. Lord Cereus, ¿cuál es la situación de vuestras defensas?

Cereus hizo una mueca y movió la cabeza.

—No estamos preparados para algo así, sire —respondió con franqueza—. Con la Segunda Legión destruida, solo dispongo de la Primera Legión y la legión cívica para ocupar las murallas, y las tropas quedarán muy dispersas. No podremos resistir mucho tiempo contra tres legiones completas y sus caballeros. Si el propio Kalarus se encuentra con ellas...

—Recuerdo a un joven soldado que me dijo que cuanto más desesperada era una

batalla, más deseaba participar en ella y entrar en combate —le interrumpió Gaius—. Que vivía para esos retos.

—El soldado creció, Gaius —replicó Cereus con voz cansada y sin levantar la vista—. Se casó. Tuvo hijos. Y nietos. Envejeció.

Gaius miró a Cereus durante un instante y asintió.

—La Primera Legión Imperial debe defender los pasos septentrionales de las Colinas Negras, mientras que la Segunda Imperial defiende la capital. Voy a enviar a la Tercera Imperial en vuestra ayuda, pero no podrán llegar antes que las fuerzas de Kalare. Sin embargo, la Legión de la Corona está de maniobras al sur de la capital, y una hora después del primer ataque les ordené que acudieran en vuestra ayuda. Han realizado una marcha forzada durante toda la noche, y sir Miles debería llegar con sus hombres dentro de unas horas.

Cereus suspiró, con evidente alivio.

—Bien, bien. Muchas gracias, viejo amigo.

Gaius asintió y sus serios rasgos se suavizaron durante un instante.

—No se puede negar que os siguen superando en número —continuó—, pero solo tenéis que resistir. Ya les he pedido a los Grandes Señores Placidus y Aticus que envíen fuerzas de refresco para enlazar con la Tercera Imperial. Aquitania, Rodas y Parcia unirán fuerzas para recuperar los puentes sobre el Gaul.

Cereus asintió.

—En cuanto lo hayan hecho, las legiones de Kalare no se podrán retirar ni recibir refuerzos.

La imagen de Gaius asintió.

—Solo tenéis que resistir, Macius. No pongas en peligro a tu pueblo con heroicidades.

—¡EXCELENTE CONSEJO! —tronó una voz que parecía proceder del agua del estanque y que retumbó de manera desagradable y dura en las paredes que rodeaban el pequeño jardín.

El estanque se removió una vez más y en su extremo más alejado se formó otra figura, la del hombre a quien Amara reconoció como Kalarus Brencis, Gran Señor de Kalare. No era especialmente imponente en persona: alto, pero delgado y con unos ojos que parecían siempre hundidos en las sombras y que le otorgaban a su cara una apariencia sombría y dura; además, tenía el cabello recto, fino y flácido. No obstante, la figura que surgió de las aguas de la fuente era mucho más alta que las demás, y su constitución mostraba muchos más músculos que los del verdadero Kalarus.

—Caballeros. Damas. Confío que en estos momentos la situación sea evidente para... bueno, no tanto para todos como para aquellos que han sobrevivido. —Los dientes de la imagen mostraron una sonrisa lobuna—. Hasta el momento, claro.

Amara le lanzó una mirada a la imagen de Gaius. El Primer Señor la miró a ella, y

después, a Cereus. El anciano Gran Señor estaba muy callado y muy quieto, y no se movía en absoluto.

—Brencis —intervino el Primer Señor con tono tranquilo—, ¿debo entender que estás confesando delante de todos los aquí presentes que eres el responsable de estos asesinatos, y que estás enviando tus fuerzas contra las de los otros Grandes Señores, saltándote la legalidad?

La imagen de Kalarus se volvió hacia el Gran Señor.

—He estado esperando esto desde que era niño, Gaius. —Cerró los ojos y exhaló complacido—. Cierra la maldita boca, viejo.

La imagen de Kalarus cerró de repente la mano y la imagen acuosa de Gaius explotó en una lluvia de gotitas individuales que cayeron sobre el estanque.

Amara, y todos los presentes en el jardín, resoplaron ante lo que acababa de hacer Kalarus. Había cortado el contacto del Primer Señor a través del estanque, ni más ni menos. Era toda una demostración de fuerza con el artificio de las furias, y sus implicaciones eran terroríficas. Si Kalarus tenía de verdad tanto o más poder que el Primer Señor...

—Fuera con el viejo —comentó Kalarus, mientras su imagen se volvía para dirigirse a los presentes—. Dentro con el nuevo. Conciudadanos de Alera, pensad muy bien quiénes queréis ser. Todos sabemos que la Casa de Gaius ha fracasado. No tiene heredero, y se ha apostado todo el Reino en lugar de aceptar su caída del poder. Os arrastrará a todos hacia la tumba. Podéis formar parte de la nueva era de grandeza de la civilización alerana... o podéis quedar aplastados por ella.

El senador Arnos se puso en pie y se encaró con la imagen de Kalarus.

—Vuestra Gracia —empezó—. Aunque vuestro poder y temeridad han quedado demostrados de sobra, seguramente veréis que vuestra posición militar es insostenible. Vuestros movimientos iniciales han sido audaces, pero no podéis albergar la esperanza de imponeros al poderío unido de las otras ciudades del Reino y de sus legiones.

Kalarus explotó en una carcajada estruendosa.

—¿Poderío unido? —preguntó—. Ceres caerá hoy mismo, y me dirigiré contra Alera Imperia. No existe ningún poder libre que lo pueda impedir. —La imagen se giró hacia lord Placidus y comentó—: Sandos, no tenía ni idea de que Aria tuviera una marca de nacimiento en el muslo izquierdo. —Su mirada se desplazó hacia la imagen de lord Aticus—. Elio, ¿puedo felicitarle a tu hija por su mata de cabello especialmente encantadora? Un mensajero os entregará un pequeño mechón de su cabello, para que sepáis que se encuentra bajo mi protección.

—¿Protección? —preguntó Amara con voz recia.

Kalarus asintió.

—Cállate. Mi señores Aticus y Placidus, nunca he tenido problemas con vuestras

ciudades, ni tampoco los quiero ahora. Retengo a estas dos damas como garantía de vuestra neutralidad. No os pido que incumpláis ningún juramento ni que os volváis contra el Primer Señor... Solo quiero que os apartéis de mi camino. Os doy mi palabra de que si lo hacéis, cuando las cosas se calmen, regresarán con vosotros sin haber sufrido daño alguno.

Cereus se puso en pie lentamente y se acercó hasta el borde del estanque.

—¿Para eso has venido aquí, Kalarus? —preguntó en voz baja, sin mirar a la imagen—. ¿Para prometerles a tus vecinos que no los atacarás, mientras estás asaltando a otros delante de sus propios ojos?

—Les estoy presentando mis condiciones —respondió Kalarus—. Mis condiciones respecto a ti son algo diferentes.

—Te escucho —replicó Cereus en voz baja.

—Entrégame tu ciudad ahora mismo —ordenó Kalarus—. Y os perdonaré la vida a ti y a tu familia. Serás libre para irte y vivir en cualquier otro lugar del Reino.

Cereus entornó los ojos.

—¿Pretendes expulsarme del hogar de mi familia? ¿Forzarme a abandonar a mi pueblo?

—Deberías estar agradecido de que te ofrezca una alternativa —replicó Kalarus—. Desafíame y seré muy duro contigo y con tu linaje. Prometo ser implacable. Conozco todos sus nombres, viejo. Tus tres hijas. Tu hijo. Tus once nietos.

—¿Vas a amenazar a bebés de pecho, Kalarus? Estás loco.

Kalarus soltó otra carcajada.

—¿Un loco? O un visionario. Solo la historia lo decidirá, y todos sabemos quién escribe la historia. —Kalarus volvió a mostrar los dientes—. Preferiría que lucharas para destruirte. Pero ambos sabemos que ya no eres un guerrero, Macius. Vete ahora que puedes.

El Gran Señor Cereus se encaró con la imagen de Kalarus durante un minuto silencioso. Levantó la mano, la cerró con saña y bramó:

—Sal de mi jardín.

Las aguas del estanque se removieron y la imagen de Kalarus, como antes había hecho la de Gaius, se disolvió en gotitas que cayeron en la laguna.

—Amenazas a mi nieta. Te voy a retorcer el escuálido cuello, lagarto cobarde —le gruñó Cereus al estanque. Entonces se dio la vuelta y se encaró con la asamblea—. Damas y caballero, tengo una ciudad que defender. Cualquier ayuda que me podáis proporcionar será bienvenida. Pero si no tenéis intención de luchar, deberéis abandonar la ciudad lo antes posible. —Se giró de nuevo hacia el estanque, hacia donde se había levantado la imagen de Kalarus—. Si no podéis ayudar, apartaos de mi camino.

Entonces el anciano, envuelto en su rabia como si fuera una capa, giró sobre los

talones y salió del jardín ladrando órdenes a sus sorprendidos hombres. Su voz resonaba en las paredes.

Los demás presentes en el jardín se quedaron mirando a Cereus, sorprendidos por el cambio que había experimentado. Entonces empezaron a hablar en voz baja y la mayoría empezó a abandonar el lugar. Amara se volvió hacia las imágenes de los señores Placidus y Aticus.

—Mis señores, por favor. Antes de irnos, ¿puedo haceros una pregunta en nombre del Primer Señor?

Las formas acuosas asintieron y Amara esperó hasta que el jardín quedó vacío.

—Mis señores, ¿os puedo preguntar cuáles son vuestras intenciones?

Lord Placidus, un hombre bajo, fornido, de aspecto vulgar, estatura discreta y unos ojos azules cristalinos, movió la cabeza.

—No estoy seguro, condesa. Pero si tiene a Aria, entonces... —El Gran Señor negó con la cabeza—. Existen una serie de furias peligrosamente volátiles que la voluntad de mi esposa tiene a rajatabla para que no le hagan daño a nadie. Si muere sin adoptar las medidas necesarias para neutralizarlas, muchos miles de campesinos perecerán. No tengo inconveniente en enviar mis legiones a misiones peligrosas... pero no estoy dispuesto a sacrificar a los habitantes de explotaciones enteras. Mujeres. Niños. Familias.

—Y en su lugar, ¿dejaréis caer el Reino? —preguntó Amara.

—El Reino resistirá, condesa —respondió Placidus, endureciendo la voz—. Solo cambiará la cara debajo de la corona. Nunca ha sido ningún secreto que no me quiero implicar en la política de la Corona. De hecho, si el paje de Gaius no nos hubiera manipulado en público para que lo apoyásemos, mi esposa podría estar ahora conmigo, segura e ilesa.

Amara apretó los dientes, pero asintió.

—Muy bien, Vuestra Gracia. —Se volvió hacia el Gran Señor Aticus—. ¿Y vos, señor?

—Ya le he dado una hija a Gaius —respondió Aticus con amargura en la voz—. Mi Caria, tomada como esposa y retenida como rehén en la capital. Ahora Kalarus se ha llevado a mi otra hija. Veo pocas diferencias entre los dos. Pero Gaius me pide que sacrifique hombres y sangre, mientras que Kalare solo quiere que me mantenga al margen. —Apretó los dientes, cortando las palabras—. Por mí se pueden hacer pedazos y dejar que los cuervos les limpien los huesos.

Se dio la vuelta y la imagen acuosa volvió a caer en el estanque.

Lord Placidus esbozó una sonrisa hueca ante la marcha del señor de Atica.

—No le tengo ninguna simpatía a Kalarus ni a lo que defiende —le explicó a Amara—. No tengo inconveniente en enfrentarme con él en el campo de batalla. Pero si tengo que elegir entre la vida del Primer Señor y la de mi esposa y miles de

campesinos, no me decidiré por Gaius.

—Comprendo —repitió Amara en voz baja.

Placidus asintió.

—Decidle a Gaius que no me opondré si las legiones tienen que pasar por mis tierras. Eso es todo lo que puedo ofrecer.

—¿Por qué? —le preguntó Amara en voz muy baja.

Placidus se quedó en silencio durante un momento.

—La mayoría de los Grandes Señores se casan por conveniencia —respondió—. Para establecer alianzas políticas. —La imagen de Placidus movió la cabeza mientras se deslizaba lentamente de regreso al estanque—. La amo, condesa. Aún la amo.

Durante un momento Amara se quedó mirando las ondas en el estanque, suspiró y se sentó en el banco más cercano. Movié la cabeza mientras intentaba desenredar una docena de líneas de pensamiento. Un poco después levantó la mirada y descubrió que Bernard estaba de pie a su lado, y le ofrecía una jarra de la cerveza de Giraldi. La terminó de un trago.

Kalarus era mucho más fuerte de lo que había imaginado nadie, y había descubierto una manera de entrenar en secreto y transportar a legiones enteras. Era despiadado, astuto y decidido... y lo peor de todo, según el punto de vista de Amara, era que la acusación de lord Cereus podía ser inquietantemente precisa. Era muy posible que Kalarus estuviera tan loco como pretendía Cereus. Las fuerzas del Reino podrían aplastarlo de no ser porque Kalarus había elegido un momento especialmente delicado para atacar y había golpeado donde más dolía. Si se movía a velocidad suficiente, era posible que su golpe de estado triunfara.

De hecho, no se le ocurría qué podría hacer el Primer Señor para detenerlo.

En cierto sentido, podía comprender lo que acababa de hacer Placidus, pero por otro lado ardía de rabia ante su decisión de dejar de lado al Primer Señor. Era un Gran Señor de Alera. El honor lo obligaba a acudir en ayuda del Primer Señor en caso de insurrección. Amara no deseaba que a lady Placida le ocurriera nada malo o a ningún campesino inocente, por supuesto, pero no podía reconciliar la elección de lord Placidus con sus obligaciones como ciudadano y señor del Reino.

Sentía que el anillo de Bernard que le colgaba del collar alrededor del cuello se le hacía muy pesado. Le costaba lo indecible ser la primera en tirar esa piedra. A fin de cuentas, ¿no había antepuesto sus propios deseos al deber?

Bernard se sentó a su lado y soltó aire de manera pausada.

—Pareces agotada —comentó en voz baja—. Necesitas dormir.

—Muy pronto —replicó Amara, y su mano encontró la de él.

—¿Qué opinas? —le preguntó—. De todo esto.

—Es malo —respondió en voz baja—. Muy malo.

La voz de Gaius recorrió el jardincito, entonada y divertida.

—O solo lo parece en la superficie, condesa.

Amara parpadeó, se puso en pie de repente, se dio la vuelta y descubrió que Gaius estaba de pie detrás de ella en carne y hueso. Surgía de un velo creado con un artificio de viento, tan fino y delicado que no se había dado cuenta de que estuviera allí.

—¿Sire? —exclamó—. ¿Lleváis ahí todo el tiempo? Pero Kalarus...

El Primer Señor arqueó una ceja.

—El ego de Kalarus Brencis es enorme... y también es una enorme debilidad. Cuanto más crezca, más obstruirá su perspectiva, y no tengo ningún inconveniente en alimentarlo. —Sonrió—. Y mi viejo amigo Cereus necesitaba que alguien le recordase de lo que es capaz. Kalarus ha sido muy generoso al presentarse voluntario.

Amara movió la cabeza porque debería haberlo supuesto. Gaius Sextus no había conservado el poder ante hombres peligrosos y despiadados como Kalarus siendo débil o predecible.

—Mi señor, habéis escuchado lo que han dicho los señores Aticus y Placidus.

—Desde luego —reconoció Gaius.

Amara asintió.

—Sin sus fuerzas para apoyar a Ceres, la apuesta de Kalarus puede tener éxito.

—Le doy cinco posibilidades sobre seis —asintió Gaius.

—Sire —replicó Amara—, eso es... Eso... —La indignación le estranguló la voz durante un momento y apretó con fuerza los labios antes de decir algo de lo que no se pudiera retractar ante los ojos de la ley.

—Está bien, cursor —accedió Gaius—. Habla con libertad. No consideraré nada de lo que digas como una acusación formal.

—Es traición, señor —espetó Amara—. Están obligados a acudir en defensa del Reino. Os deben lealtad, y os están dando la espalda.

—Y a cambio, ¿les debo yo lealtad? —preguntó Gaius—. ¿Y protección contra amenazas demasiado poderosas como para que se puedan enfrentar solos a ellas? A pesar de eso, tanto ellos como los suyos han sufrido daños.

—¡Pero no por culpa vuestra! —exclamó Amara.

—Eso no es cierto —replicó Gaius—. No calculé correctamente la respuesta de Kalarus, ni sus recursos, y ambos lo sabemos.

Amara cruzó los brazos sobre el pecho y apartó la mirada de Gaius.

—Lo único que sé —volvió a la carga— es que han abandonado su deber. Su lealtad al Reino.

—Hablas de traición —murmuró Gaius—. De lealtad. Palabras duras. Dado el clima de incertidumbre que impera hoy en día, son términos algo mutables. —Levantó ligeramente la voz y miró hacia el rincón más alejado del pequeño jardín—.

¿No estáis de acuerdo, Invidia?

Un segundo velo, tan delicado e indetectable como el de Gaius, se desvaneció y dejó a la vista la figura alta y majestuosa de lady Aquitania. Aunque tenía los ojos un poco hundidos, no mostraba ninguna otra señal del trauma que la súbita oleada de pánico vivida por la ciudad había provocado en los artífices del agua más poderosos. Su expresión era fría, el rostro pálido, encantador y terso, el cabello oscuro recogido hacia atrás en una onda que caía sobre un hombro blanco y se derramaba sobre su vestido de seda carmesí. Una diadema de plata bellamente labrada con un diseño de hojas de laurel, la insignia de una receptora del Laurel Imperial al Valor, destacaba con fuerza sobre sus mechones y contrastaba con la tonalidad de su piel.

—Creo —respondió con tono sereno— que, dejando a un lado nuestras diferencias, ambos sabemos reconocer una amenaza mucho mayor que nuestros planes cuando aparece.

Amara respiró con fuerza y los ojos volaron de lady Aquitania a Gaius y de vuelta a la dama.

—¿Sire? No estoy segura de comprender. ¿Qué está haciendo aquí?

—La he invitado, claro está —respondió Gaius—. Tenemos un interés común en este asunto.

—Por supuesto —reconoció Amara—. Ninguno de los dos deseáis ver a lord Kalarus —recalcó el nombre de manera casi imperceptible— en el trono.

—Exactamente —asintió lady Aquitania con una sonrisa fría.

—El momento elegido por Kalarus ha sido casi perfecto —comentó Gaius—. Pero si las legiones de Atica y Placida quedan libres para actuar, podremos detenerle. Ahí es donde entráis lady Aquitania y vos, condesa.

Amara frunció el ceño.

—¿Cuáles son sus órdenes, sire?

—Dicho de manera sencilla: rescatar a las rehenes y eliminar la amenaza de Kalarus contra los señores Placidus y Aticus a la mayor brevedad posible. —Gaius hizo un gesto hacia lady Aquitania—. Invidia ha aceptado ayudaros. Trabajad con ella.

Amara sintió cómo se le envaraba la espalda y entornó los ojos.

—¿Con... ella? Aunque es la responsable de...

—¿De salvarme la vida cuando los canim atacaron el palacio? —la cortó el Primer Señor con suavidad—. ¿De asumir el mando de una situación que podría haber resultado un desastre total? ¿De sus esfuerzos incansables por conseguir apoyos para la emancipación?

—Soy consciente de su imagen pública —replicó Amara con voz dura—. Pero también de cuáles son sus verdaderos objetivos.

Gaius entornó los ojos.

—Esa es la verdadera razón de que le ofreciese la oportunidad de trabajar juntas —explicó Gaius—. Aunque no creáis que ella actúe por el bien del Reino, estoy seguro de que confiáis en sus ambiciones. Mientras su esposo y ella deseen arrebatarme el trono, confío en que no hará nada para entregárselo a Kalarus.

—No podéis confiar en ella, sire —insistió Amara en voz baja—. Si ve la oportunidad de actuar contra vos, lo hará.

—Es posible —reconoció Gaius—. Pero hasta que llegue el momento, confío en su ayuda contra una enemigo común.

—Con toda la razón —murmuró lady Aquitania—. Condesa, os aseguro que veo el valor de la cooperación en este asunto. —Los ojos de la mujer ardieron de repente con un fuego interior—. Y si dejamos de lado la política, el intento de asesinato de Kalarus contra mi vida, las de mis clientes y las de tantos ciudadanos y miembros de la Liga no se puede pasar por alto. Hay que abatir a los animal malvados y peligrosos como Kalarus. Será todo un placer ayudar a la Corona en esta tarea.

—¿Y cuando esté hecho? —preguntó Amara con un desafío en la voz.

—Cuando se haya logrado —respondió lady Aquitania—, ya veremos.

Amara se la quedó mirando durante un momento antes de volverse hacia Gaius.

—Mi señor...

Gaius levantó una mano.

—Invidia, sé que seguís agotada por los acontecimientos de esta noche —comentó.

Ella sonrió con una expresión elegante y no demasiado cansada.

—Por supuesto, sire. Condesa, el Gran Señor Cereus ha ofrecido la seguridad de su ala de invitados a todos los atacados por los Inmortales de Kalarus. Por favor, llamadme cuando lo creáis oportuno.

—Muy bien, Vuestra Gracia —respondió Amara en voz baja.

Lady Aquitania le hizo una reverencia a Gaius.

—Sire.

Gaius inclinó la cabeza y lady Aquitania abandonó el jardín.

—Esto no me gusta nada, señor —comentó Amara.

—Un momento —la cortó el Primer Señor, que cerró los ojos y murmuró algo, realizando un par de gestos rápidos con las manos y Amara sintió que estaba elaborando un artificio de las furias, indudablemente para asegurarse unos momentos de privacidad.

Amara arqueó una ceja.

—Entonces no confiáis en lady Aquitania.

—Confío en que me clave un cuchillo en la espalda a la primera oportunidad —reconoció Gaius—. Pero sospecho que su odio contra Kalarus es sincero, así como su deseo de recuperar a los miembros de la Liga secuestrados, y su ayuda puede ser de

un valor incalculable. Es muy capaz, Amara.

La cursor movió la cabeza.

—Y cuanto más ocupada esté conmigo, menos tiempo tendrá para conspirar contra vos.

—En esencia, sí —empezó Gaius, a quien se le estaba formando una sonrisa en la comisura de los labios—. Utilízala como mejor sepas, y rescata a las rehenes.

Amara movió la cabeza.

—No es posible que las tenga cerca de aquí. No a alguien tan poderosa como Placidus Aria. Necesita tenerlas a mano en sus propias tierras, probablemente en su ciudadela.

—Estoy de acuerdo —asintió Gaius—. Durante los últimos días se ha producido mucho movimiento en las capas altas del cielo, pero estoy seguro de que al menos una parte de los viajeros han partido hacia Kalare. Tienes que decidir un curso de acción y partir mañana antes de que el sol haya salido del todo.

Amara frunció el ceño.

—¿Por qué, sire?

—Habréis notado —respondió Gaius— que en la conversación más reciente hemos evitado escrupulosamente un tema en particular.

—Sí. Las estrellas —reconoció Amara en voz baja—. ¿Qué les ha ocurrido?

Gaius se encogió de hombros.

—Solo puedo hacer conjeturas al respecto.

—Yo ni siquiera he llegado a ese punto —aclaró Amara.

—Creo que es obra de los canim —explicó Gaius—. El cambio llegó del oeste y se extendió hacia el este. Sospecho que se trata de una especie de nube muy alta y muy fina que le da esa tonalidad a la luz de las estrellas.

—¿Una nube? —murmuró Amara—. ¿Y no la podéis investigar?

Gaius frunció ligeramente el ceño.

—En realidad, no. He enviado a docenas de furias ahí arriba para investigar, pero no han regresado.

Amara parpadeó.

—¿Han..., han sufrido algún daño?

—Eso parece —respondió Gaius.

—Pero... no creía que los canim fueran capaces de obrar tan a lo grande. Sé que sus rituales les proporcionan un toско parecido al artificio de las furias alerano, pero no pensé que pudieran conseguir algo a esta escala.

—Nunca lo han hecho —replicó Gaius—. Pero lo más destacable de esta elaboración es que tiene unos efectos muy amplios con los que no me había encontrado antes. He sido incapaz de observar actividades y acontecimientos que tienen lugar en el Reino a más de un centenar de kilómetros de Alera Imperia.

Sospecho que los otros Grandes Señores también han quedado cegados de esta manera.

Amara frunció el ceño.

—¿Cómo lo habrán conseguido los canim?

Gaius negó con la cabeza.

—No tengo manera de saberlo. Pero sea lo que sea lo que han hecho, las capas altas gimen por ello. Viajar se ha vuelto muy peligroso en unas pocas horas. Sospecho que empeorará con el paso del tiempo. Por eso me tengo que ir de inmediato. Tengo muchas cosas que hacer y, si el viaje por aire se vuelve tan difícil como sospecho, me tendré que ir enseguida, lo mismo que vos.

Amara sintió cómo se le abrían mucho los ojos.

—¿Queréis decir... sire, que Kalarus está conspirando con los canim?

—Me parecería demasiada coincidencia que fuera capaz de atacar en tantos lugares a la vez, con tanta precisión y justo en el momento en que los artífices de las furias más poderosos con quienes podía enfrentarse estaban impedidos para actuar, justo en el preciso instante que los canim pusieron en marcha su elaboración.

—Una señal —concluyó Amara—. Las estrellas eran la señal para empezar.

—Probablemente —reconoció Gaius.

—Pero... Sire, nadie ha encontrado nunca la manera de llegar a un acuerdo con los canim. Ningún alerano... —Se calló y se mordió el labio—. Hummm. Pero los hechos sugieren que uno lo ha hecho. Tiene el toque del senador Arnos.

—Mucho menos tedioso —replicó Gaius y puso una mano sobre el hombro de Amara—. Condesa, os tengo que decir dos cosas. La primera es que si Kalarus consigue evitar que Placida y Atica envíen refuerzos, lo más probable es que ocupe la capital y sus furias. Aquitania y los otros Grandes Señores se opondrán a él. Nuestro Reino caerá en el caos absoluto. Decenas de miles de personas morirán y, si es cierto que Kalarus se ha conchabado con los canim, podríamos hallarnos ante el final del Reino. —Bajó la voz insistiendo en ello—. Tenéis que triunfar. A cualquier precio.

Amara tragó saliva y asintió con la cabeza.

—La segunda —prosiguió en voz más baja— es que no hay nadie en el Reino a quien le confiaría esta misión excepto a vos, Amara. En los últimos años habéis rendido servicios más valiosos que la mayoría de los cursores en toda su vida. Hacedles honor, y estoy muy orgulloso de contar con la lealtad de una persona de tanta valía.

Amara sintió cómo se le enderezaba la espalda cuando miró al Primer Señor. Sintió la garganta encogida, tragó saliva y murmuró:

—Muchas gracias, sire.

Gaius asintió y retiró la mano.

—Entonces os dejo con la misión —se despidió en voz baja—. Buena suerte,

cursor.

—Muchas gracias, sire.

Gaius movió varias veces las manos, y los sentidos de Amara percibieron como se desvanecía la privacidad del artificio de las furias. Al mismo tiempo, un viento suave que casi no había agitado las plantas del jardín elevó a Gaius del suelo, mientras tejía a su alrededor otro velo delicado y se desvanecía a medida que se alzaba silenciosamente hacia el cielo.

Durante un momento Amara levantó la mirada para ver cómo se alejaba el Primer Señor. Entonces sintió la presencia de Bernard a su lado. Él deslizó un brazo alrededor de su cintura y ella se apoyó en él durante un instante.

—Esto no me gusta nada —comentó Bernard.

—Ni a mí —reconoció Amara—. Pero eso no importa. Giraldi y tú deberíais ir a informar a la estatúder de lo que ha ocurrido aquí.

—Giraldi se puede ocupar de eso —replicó Bernard—. Yo voy contigo.

—No seas ridículo —le cortó Amara—. Bernard, tú eres...

—Tu esposo. Un veterano. Un cazador y explorador experto —la cortó con la mandíbula muy firme—. Voy contigo.

—No voy...

—A impedir que vaya contigo. Nadie lo iba a conseguir.

Amara sintió de repente como se le apretaba el pecho, se volvió hacia su marido y lo besó ligeramente en los labios.

—Muy bien. Está claro que vas a ser terca como una mula al respecto.

Giraldi se acercó cojeando y gruñó.

—Tened cuidado, señor. No quiero ser el único centurión de las legiones que pierda a dos comandantes en combate.

Bernard le estrechó la mano.

—No pierdas de vista a Isana. Cuando despierte, explícale... —Movié la cabeza—. No importa. Ella sabe mejor que yo lo que iba a decir.

—Por supuesto —asintió Giraldi antes de atrapar a Amara con un abrazo de oso, lo suficientemente fuerte para hacerle crujir las costillas—. Y vos, no dejéis que os distraiga a ninguna de las dos.

Amara le devolvió el abrazo.

—Muchas gracias.

El viejo centurión asintió con la cabeza, los saludó con el puño sobre el corazón y salió cojeando del jardín.

—Muy bien, mi señora —murmuró Bernard—. ¿Por dónde empezamos?

Amara frunció el ceño y entornó los ojos.

—Con alguien que ha presenciado la operación de Kalarus desde dentro y que es posible que conozca sus planes. —Se volvió hacia Bernard y anunció—: Vamos a las

mazmorras.

—Le habéis explicado a la asamblea que todos los asesinos de Kalarus prefirieron morir a que les capturasen —murmuró lady Aquitania mientras descendían los últimos escalones hacia las celdas por debajo de la ciudadela de lord Cereus.

—Sí —confirmó Amara—, lo hice. Pero a esta la cogimos viva. Fue ella la que intentó quitarle la vida a la estatúder Isana.

—¿Ella? —preguntó lady Aquitania con tono interesado—. Todos los demás eran hombres.

—Sí —asintió Amara—, es una de los cuervos de sangre de Kalarus. Cabe la posibilidad de que esté al tanto de sus planes. Se encontraba en una posición destacada en su consejo.

—Y por ello le será leal —musitó lady Aquitania—. O, al menos, estará bajo su control. ¿Creéis de verdad que os va a facilitar esa información?

—Lo hará —le aseguró Amara—. De una u otra forma.

Pudo sentir la presión de la mirada de lady Aquitania en su nuca.

—Ya veo —murmuró la Gran Señora—. Esto va a resultar interesante.

Amara puso una mano sobre el hombro de Bernard para hacerle una señal y se detuvo en la fría escalera de piedra que tenía delante. Se dio la vuelta para mirar a lady Aquitania.

—Vuestra Gracia, os recuerdo que estáis aquí para ayudarme —comentó en voz baja—. Yo hablaré.

La Gran Señora entornó los ojos durante un momento, y asintió. Amara reanudó la marcha.

Las mazmorras de la ciudadela de Cereus apenas se utilizaban. De hecho, parecía que aquel lugar helado servía sobre todo como almacén de comida. En la sala que se encontraba delante de la única puerta cerrada y vigilada se habían almacenado numerosas cajas de repollos, manzanas y tubérculos. Un legionare con la túnica marrón y gris de la Casa de Cereus se encontraba delante de la puerta con la espada desnuda en la mano.

—Alto, señor —ordenó cuando Bernard entró en la sala—. Esta zona se encuentra fuera de los límites.

Amara pasó al lado de Bernard.

—Legionare Karus, ¿verdad? —preguntó.

El hombre se puso firme y saludó.

—¿Condesa Amara? Su Gracia me indicó que teníais acceso a la prisionera.

Amara hizo un gesto a Bernard y lady Aquitania.

—Vienen conmigo.

—Sí, Vuestra Excelencia. —El guardia se retiró de la puerta y sacó la llave del

cinto. Dudó durante un instante—. Condesa, sé lo que es la mujer, pero... está muy malherida. Necesita un sanador.

—Me ocuparé de ello —le aseguró Amara—. ¿Ha intentado hablar contigo?

—No, señora.

—Dame. Dame la llave. Quiero que vigiles al pie de la escalera. No nos puede molestar nadie, excepto lord Cereus y Gaius Sextus en persona.

El legionare parpadeó y saludó.

—Sí, señora.

Recogió el escudo por las correas de transporte y se desplazó hacia el pie de las escaleras.

Amara giró la llave con suavidad en la cerradura perfectamente conservada, y abrió la puerta. Las bisagras no hicieron el menor ruido y Amara frunció el ceño.

—¿Algún problema? —susurró Bernard.

—Supongo que esperaba que rechinara y crujiera.

—¿Es la primera mazmorra?

—Si no contamos aquella en la que me encerraron contigo.

La boca de Bernard se torció en una sonrisita y empujó la puerta hasta abrirla por completo. Fue el primero en entrar en la celda. Se detuvo durante un instante y Amara sintió cómo se envaraba y lo oyó respirar con fuerza. Se quedó quieto como una roca durante un momento, hasta que Amara le tocó la espalda y Bernard se movió hacia un lado.

A Rook no la habían tratado con suavidad.

Amara se quedó al lado de su esposo. La cuervo de sangre estaba encadenada al techo, y los grilletes se le clavaban en las muñecas, de manera que los pies casi no tocaban el suelo. La pierna rota no podía soportar su peso. Un círculo de unos quince centímetros de diámetro que se hundía en el suelo estaba lleno de aceite, y varias docenas de mechas flotantes rodeaban de fuego a la prisionera. De este modo se evitaba que se pudiera usar ninguna furia de agua, que estaba claro que dominaba si había sido capaz de cambiar de apariencia para suplantar muchos años antes a la estudiante asesinada. Su escasa conexión con la tierra, unida a la falta de equilibrio, hacía que el uso de las furias de tierra fuera un gesto inútil. En la habitación no había ninguna planta viva o que lo hubiera estado, de manera que quedaba descartado cualquier artificio de madera. Además, el espacio cerrado hacía que el uso de artificios de fuego fuera básicamente un suicidio. Tal vez un artificio de metal pudiera debilitar los grilletes, pero llevaría mucho tiempo y esfuerzo, cosas de las que Rook carecía. A tanta profundidad, las furias de viento tenían un alcance muy limitado. Aquello no se le escapaba a Amara, quien nunca se sentía del todo cómoda cuando Cirrus no estaba disponible al instante.

Eso dejaba el ingenio como la única amenaza posible contra sus captores, y nadie

que llevara mucho tiempo trabajando al servicio de Kalarus debía carecer de él. O, al menos, no en condiciones normales. Rook colgaba sin fuerzas de las cadenas, y su pierna buena temblaba al borde del colapso, prácticamente incapaz de aliviar el peso de sus hombros suspendidos y evitar que se dislocaran. Un día más, poco más o menos, y ocurriría de todas formas. Le colgaba la cabeza, y el cabello le ocultaba la cara. La respiración era entrecortada y rasposa, y emitía sonidos elementales de dolor y miedo. Lo poco que pudo oír Amara de su voz sonaba seco y gutural.

La mujer no suponía ninguna amenaza para nadie. Estaba condenada, y lo sabía. Una parte de Amara gritó ante el estado de la mujer, pero alejó la compasión de sus pensamientos. Rook era mucho peor que una asesina. Era una traidora al Reino y tenía las manos ensangrentadas.

Daba igual. Cuando la miró, Amara se sintió enferma. Luego pasó por encima de las velas flotantes y se colocó delante de la prisionera.

—Rook. Mírame.

Esta movió la cabeza. Amara pudo ver el resplandor mortecino de las luces en uno de los ojos de la mujer.

—No quiero que esto sea más desagradable de lo necesario —comentó Amara en voz baja—. Quiero información. Dámela y haré que te miren la pierna. Te daré un camastro.

Rook la miró y no dijo nada.

—Eso no cambiará lo que va a ocurrir. Pero no hay ninguna razón para que estés incómoda hasta tu juicio. Ninguna razón para que mueras con fiebres y dolores mientras esperas.

La cautiva tembló. Su voz surgió rasposa.

—Mátame. O vete.

Amara cruzó los brazos.

—Ya han muerto varios miles de legionares por culpa de tu amo. Y unos cuantos miles más lo harán en las próximas batallas. Hay mujeres, niños, ancianos y enfermos que también van a sufrir y morir. Siempre ocurre lo mismo en las guerras.

Rook no dijo nada.

—Intentaste matar a Isana de Calderon. Una mujer a quien en más de una ocasión he visto demostrar valor personal, amabilidad e integridad. Una mujer a quien considero mi amiga. El conde de Calderon, aquí presente, es su hermano. Y, por supuesto, creo que ya conoces a su sobrino. Y todo lo que han entregado en servicio del Reino.

Rook respiraba de manera entrecortada y rasposa, pero no habló.

—Te enfrentas a la muerte por lo que has hecho —prosiguió Amara—. Nunca he creído en los espíritus atados a la tierra a causa de los crímenes que cometieron en vida. Ni tampoco desearía que acciones como las que has cometido recayeran sobre

mi conciencia.

No hubo respuesta, y Amara frunció el ceño.

—Rook, si colaboras con nosotros es posible que acabemos con esta guerra antes de que nos destruya a todos. Salvaríamos miles de vidas. Seguramente eres consciente de eso.

Cuando la espía no contestó, Amara se inclinó más cerca y la miró a los ojos.

—Si cooperas, si nos ayudas a darle la vuelta a la situación, el Primer Señor podría suspender tu ejecución. Es posible que tu vida no sea muy agradable, pero vivirás.

Rook inhaló temblorosa y levantó la cabeza lo suficiente para mirar a Amara. Las lágrimas, ausentes hasta ese momento, le empezaron a correr por las mejillas.

—No os puedo ayudar, condesa.

—Puedes —replicó Amara—. Y debes.

Rook apretó los dientes de dolor.

—¿No lo veis? No puedo.

—Lo harás —le aseguró Amara.

Rook negó con la cabeza con un movimiento ligero con cansancio y desesperación, y cerró los ojos.

—Nunca he torturado a nadie —le explicó Amara en voz baja—. Conozco la teoría. Preferiría resolver esto de manera pacífica. Pero depende de ti. Me puedo ir y regresar con el sanador. O puedo volver con mi cuchillo.

La prisionera no dijo nada durante un buen rato, pero entonces respiró hondo y se lamió los labios.

—Si calentáis el cuchillo es más fácil evitar errores. La herida se cauteriza. Podéis causar mucho más dolor con mucho menos daño, siempre que no me desmaye.

Amara se quedó mirando a Rook en silencio durante un momento bastante largo.

—Id a buscar el cuchillo, condesa —susurró Rook—. Cuanto antes empecemos, antes acabará.

Amara se mordió el labio y miró a Bernard, que estaba mirando a Rook con la cara desencajada y moviendo la cabeza.

—Condesa —llamó lady Aquitania—. ¿Puedo hablar con vos?

Rook levantó la mirada ante el sonido de su voz con el cuerpo tenso.

Amara frunció el ceño pero asintió a lady Aquitania que se recortaba como una silueta en el quicio de la puerta, antes de darse la vuelta y acercarse a ella.

—Muchas gracias —empezó lady Aquitania en voz baja—. Condesa, sois un agente de la Corona. Es vuestra profesión, y por ello compartís muchos conocimientos con la prisionera. No obstante, no conocéis personalmente a Kalarus Brencis, cómo gestiona sus posesiones ni cómo manipula a sus clientes y a sus

empleados.

—Si hay algo que creéis que debo saber, posiblemente lo más provechoso sería que me lo dijerais.

Lady Aquitania consiguió que sus ojos parecieran al mismo tiempo fríos y perfectamente controlados.

—¿Os ha pedido que la mataseis en cuanto os vio?

Amara frunció el ceño.

—Sí. ¿Cómo lo sabéis?

—No lo sé —respondió lady Aquitania—. Pero eso es una suposición comprensible si se conocen algunos datos importantes.

Amara asintió.

—Os escucho.

—En primer lugar —empezó lady Aquitania—, dad por hecho que Kalarus solo confía en ella porque le podría hacer daño de ser necesario.

Amara frunció el ceño.

—Se ve obligado a ello.

—¿Por qué?

—Porque la mayor parte del tiempo actúa sin un control directo por su parte —explicó Amara—. Su papel en la capital la mantiene lejos de Kalarus durante meses. Lo podría haber traicionado y él no se habría enterado hasta mucho después.

—Justo por eso —asintió lady Aquitania—. ¿Y qué la puede haber obligado a mostrarle una lealtad tan perfecta a pesar de disponer de tantas oportunidades?

—Yo... —empezó Amara.

—¿Qué la puede impulsar a rechazar la posibilidad de clemencia? ¿A animaros a que acabéis con ella lo más rápidamente posible? ¿A pedirnos que la matéis desde el principio?

Amara negó con la cabeza.

—No lo sé. Supongo que vos sí lo sabéis.

Lady Aquitania le ofreció a Amara una sonrisita helada.

—Una pista más. Dad por hecho que cree que la están vigilando, de una u otra forma. Que si se vuelve contra él, Kalarus lo sabrá y, sin importar lo lejos que se encuentre, será capaz de vengarse.

Amara sintió cómo se le revolvía la barriga con náuseas de horror cuando empezó a entrever de lo que estaba hablando lady Aquitania.

—Retiene a un rehén para asegurarse de su lealtad. Alguien muy cercano. Si ella se vuelve contra él, matará al rehén.

Lady Aquitania inclinó la cabeza.

—Pensad en nuestra espía. Es una mujer joven. Estoy segura de que soltera y sin familia alguna que la pueda apoyar o proteger. El rehén debe de ser alguien por quien

esté dispuesta a morir, y dispuesta a enfrentarse a la tortura y el dolor. Mi suposición...

—Tiene a su hijo —la interrumpió Amara, con voz plana y fría.

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—Parecéis ofendida.

—¿No lo debería estar? —preguntó Amara—. ¿No deberíais estarlo?

—Vuestro amo no es muy diferente, Amara —respondió lady Aquitania—. Preguntadle al Gran Señor Aticus. Preguntadle a Isana sobre su opinión de enviar a su sobrino a la Academia. ¿Y creéis que no se ha dado cuenta de vuestra relación con el buen conde Bernard? Si vuestra mano se volviera contra él, Amara, no penséis ni por un momento que no iba a utilizar todo lo que tuviera en su mano para controlarlos. Tan solo es más elegante y tiene mejor gusto que arrojártelo a la cara.

Amara miró fijamente a lady Aquitania.

—Estáis muy equivocada —replicó en voz baja.

La boca de la Gran Señora se curvó en otra sonrisita fría.

—Sois muy joven. —Movió la cabeza—. Casi parecería que vivimos en dos Reinos diferentes.

—Aprecio vuestro análisis del carácter de Kalarus... o, más bien, de la carencia de este. ¿Pero qué ventaja nos proporciona eso?

—El palo que utiliza Kalarus —respondió lady Aquitania— también os puede servir.

El estómago de Amara le dio un vuelco a causa del disgusto.

—No —replicó.

Lady Aquitania se volvió completamente hacia Amara.

—Condesa, vuestra sensibilidad es inútil para el gobierno del Reino. Si esa mujer no habla, vuestro señor no podrá reunir el apoyo que necesita para defender la capital y, viva o no, su gobierno se habrá acabado. Habrá miles de muertos en combate. Las remesas de alimentos se retrasarán, y las destruirán. Habrá hambre. Enfermedades. Decenas de miles de personas caerán por su causa sin que les llegue a tocar un arma.

—Lo sé —le espetó Amara.

—Entonces, si de verdad queréis evitarlo, si queréis proteger este Reino al que pretendéis servir, debéis dejar de lado vuestros remilgos y tomar la decisión difícil. —Sus ojos casi brillaban—. Ese es el precio del poder, cursor.

Amara apartó la mirada de lady Aquitania y se fijó en la prisionera.

—Hablaré con ella —accedió finalmente en voz muy baja—. Os pido que os mostréis sin tapujos ante ella.

Lady Aquitania ladeó la cabeza y asintió consciente de lo que le pedía.

—Muy bien.

Amara se dio la vuelta y volvió junto a la prisionera.

—Rook —llamó en voz baja—. ¿O debería llamarte Gaele?

—Como queráis. Los dos nombres son robados.

—Entonces, nos conformaremos con Rook —concluyó Amara.

—¿Habéis olvidado el cuchillo? —preguntó la prisionera, pero la burla era desganada.

—Sin cuchillo —respondió Amara en voz baja—. Kalarus ha secuestrado a dos mujeres. Y sabes quiénes son.

Rook no dijo nada, pero la naturaleza de su silencio le hizo pensar a Amara que lo sabía.

—Quiero saber adónde las han llevado —explicó Amara—. Quiero saber qué medidas de seguridad se han establecido a su alrededor. Quiero saber cómo liberarlas y escapar con ellas.

Un jadeo, que fue como el espectro de una carcajada, escapó de los labios de Rook.

—¿Estás dispuesta a decírmelo? —preguntó Amara.

Rook la miró, burlándose en silencio.

—Ya veo —reconoció Amara decepcionada e hizo un gesto con una mano—. En ese caso, me voy.

Lady Aquitania entró en el círculo de luz que emitía el fuego. Había cambiado su forma y ahora era más baja y fornida, de manera que no le caía nada bien el vestido que llevaba. Sus rasgos habían cambiado, así como la piel, la cara y el cabello, para ser la imagen perfecta de Rook en cuerpo y rostro.

La cabeza de Rook se alzó de repente. Su rostro torturado se contrajo en una expresión de horror.

—Voy a salir a pasear con ella —continuó Amara con voz tranquila y despiadada—. Estaré en público. Con ella. Donde nos puedan ver todos los habitantes de la ciudad. Donde nos pueda ver cualquiera a quien haya enviado Kalarus para espiar.

El rostro de Rook se contorsionó entre el terror y el dolor, y se quedó mirando fijamente a lady Aquitania como si físicamente fuera incapaz de apartar los ojos.

—No. Oh furias, no. Matadme. Acabad con esto.

—¿Por qué? —preguntó Amara—. ¿Por qué debería hacerlo?

—Si muero, ella no tendrá ningún valor para él. Es posible que la eche. —Su voz se difuminó en un sollozo contenido cuando empezó a llorar de nuevo—. Solo tiene cinco años. Por favor, solo es una niña pequeña.

Amara respiró hondo.

—¿Cómo se llama, Rook?

La mujer se removió de repente en las cadenas, impulsadas por sollozos duros y entrecortados.

—Masha —jadeó—, Masha.

Amara se acercó, le agarró el cabello a Rook y la obligó a alzar la cara, aunque tenía los ojos hinchados y casi cerrados.

—¿Dónde está la niña?

—Kalare —sollozó la espía—. La mantiene cerca de sus aposentos para recordarme de lo que es capaz.

Amara no quiso dar señales de debilidad y su voz resonó en los muros de piedra.

—¿Es allí adonde han llevado a las prisioneras?

Rook negó con un débil gesto. Resultaba obvio que mentía.

—No —susurró—. No, no, no.

Amara le sostuvo la mirada a la espía e inyectó resolución en su mirada.

—¿Sabes dónde están? ¿Sabes cómo puedo acceder a ellas?

Cayó el silencio, a excepción de los sonidos rotos de dolor y pena de Rook.

—Sí —reconoció al fin—. Lo sé. Pero no os lo puedo decir. Si las rescatáis, la matará. —Tembló—. Condesa, por favor, es su única oportunidad. Matadme aquí mismo. No le puedo fallar a mi hija.

Amara le soltó el cabello a Rook y se alejó un paso de ella. Se sentía enferma.

—Bernard —llamó en voz baja, y con un gesto señaló el cubo que se encontraba en un rincón—. Dale un poco de agua.

El conde obedeció con una expresión remota y profundamente turbada. Rook no dio señal de haberse percatado de su presencia, hasta que le levantó la cabeza y usó el cazo para verter un poco de agua entre sus labios. Entonces bebió con la necesidad inconsciente y miserable de una bestia enjaulada.

Amara se limpió con fuerza la mano con la que había tocado a la espía. Entonces salió de la celda y le pidió al legionare de guardia las llaves de los grilletes de la mujer. Cuando volvió a entrar en la celda, lady Aquitania, que había recuperado sus rasgos habituales, la tocó en el brazo con un gesto de enfado.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

Amara se paró en seco y respondió a la mirada fría de la Gran Señora con un brillo de confianza y certidumbre duro como el acero.

Las cejas de lady Aquitania se alzaron a causa de la sorpresa.

—¿Qué estás haciendo, muchacha?

—Os estoy mostrando la diferencia, Vuestra Gracia —respondió—. Entre mi Reino y el vuestro.

Entonces se acercó a Rook y le quitó los grilletes. Bernard cogió a la espía y evitó que cayera al suelo. Amara se giró, llamó al legionare y dispuso que enviaran una bañera de sanador y agua para llenarla.

Rook quedó sentada, apoyándose débilmente en el cuerpo de Bernard. La espía levantó la mirada hacia Amara con el desconcierto en la mirada.

—No entiendo nada —reconoció—. ¿Por qué?

—Porque vas a venir con nosotros —respondió Amara en voz baja, y la voz le sonó extraña en sus oídos, segura y poderosa—. Vamos a Kalare. Las vamos a encontrar. Vamos a encontrar a lady Placida y a la hija de Aticus, y a tu Masha. Y las vamos a liberar a todas de ese lagarto venenoso y asesino.

Bernard la miró con los ojos de color avellana, que ahora brillaban y parecían algo lobunos, relucientes con un orgullo feroz y silencioso.

Rook no podía más que mirarla, como si estuviera loca.

—N-no... ¿por qué ibais...? ¿Es una trampa?

Amara se arrodilló y cogió las manos de Rook entre las suyas, mientras la miraba a los ojos.

—Rook, te juro por mi honor que si nos ayudas haré todo lo que esté en mi mano para rescatar a tu hija. Te juro que entregaré mi vida antes de permitir que se pierda la suya.

Rook la miró fijamente, aturdida y en silencio.

Sin apartar la mirada de los ojos de la prisionera, Amara apretó la daga en el puño de la espía y la levantó hasta que Rook sostuvo la hoja contra el cuello de Amara. Entonces apartó las manos lentamente del arma.

Bernard dejó escapar un siseo corto y fuerte, y Amara sintió su tensión, pero de pronto se volvió a relajar. Ella vio por el rabillo del ojo cómo le hacía un gesto de asentimiento. Confiaba en ella.

—Te he dado mi palabra —le repitió a Rook en voz baja—. Si no me crees, toma mi vida. Si quieres continuar al servicio de tu señor, toma mi vida. O ven conmigo y ayúdame a recuperar a tu hija.

—¿Por qué? —preguntó Rook en un susurro—. ¿Por qué hacéis esto?

—Porque es lo correcto.

Se produjo un momento de silencio interminable.

Amara miró a Rook, tranquila y sin apartar los ojos.

Entonces el cuchillo de Amara rebotó en las piedras. Rook dejó escapar un sollozo y cayó sobre Amara, que la cogió y soportó su peso.

—Sí —susurró Rook—. Os diré todo lo que queráis. Haré todo lo que me digáis. La salvaré.

Amara asintió, levantando la mirada hacia Bernard, que descansó la mano durante un instante sobre el cabello de Amara, con dedos cálidos y suaves. Sonrió, y ella sintió cómo esbozaba una sonrisa a modo de respuesta.

—Vuestra Gracia —llamó Amara al cabo de un momento, mientras levantaba la vista—, es necesario que partamos enseguida. El guardia está trayendo una bañera de sanador. Por favor, ¿podrías atender las heridas de Rook?

Lady Aquitania se quedó mirando a los tres en el suelo, con la cabeza ladeada y frunciendo el ceño como si asistiera sorprendida a una silenciosa representación

teatral interpretada por lunáticos.

—Por supuesto, condesa —asintió al cabo de un momento, con voz distante—. Siempre encantada de servir al Reino.

Tavi dormía en una tienda que compartía con otros oficiales jóvenes. En mitad de la noche una serie de ruidos poco habituales despertó a los demás y un momento más tarde Max lo estaba moviendo con fuerza para despertarlo.

—Vamos —ordenó Max con un susurro bajo y duro—, muévete.

Tavi se puso en pie, se enfundó la túnica, cogió las botas y siguió a Max en el exterior cubierto de estrellas.

—¿Adónde vamos? —balbuceó Tavi.

—A la tienda del capitán. Magnus me ha enviado a buscarte —respondió Max—. Ocurre algo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia otra fila de tiendas cuando pasaban de largo, y Tavi levantó la mirada para ver a otras figuras moviéndose en silencio a través de la noche. Tavi reconoció el perfil en sombra de uno de los tribunos Tactica. Unos instantes más tarde, y surgidos de la nada, aparecieron los rasgos duros y feos de Valiar Marcus, el Primera Lanza.

—Marcus —murmuró Max.

—Antillar —saludó el Primera Lanza—. Subtribuno Scipio.

Tavi se detuvo de repente y levantó la mirada. El cielo estaba encapotado, y la noche era muy oscura, aunque las nubes eran bajas y se movían con rapidez. El trueno retumbaba a lo lejos. Entre los huecos que dejaba el techo de nubes, las estrellas brillaban en un apagado tono carmesí.

—Las estrellas —señaló.

Max miró hacia arriba y parpadeó.

—Cuervos sangrientos.

El Primera Lanza gruñó sin frenar el paso.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Tavi al alcanzarle.

El Primera Lanza dejó escapar un bufido pero no dijo nada. Llegaron juntos a la tienda del capitán. Los oficiales superiores ya se encontraban allí reunidos como el día en que había llegado Tavi. Magnus y Lorico también estaban presentes y repartían tazas de un té fuerte entre los oficiales que iban llegando. Tavi cogió una, encontró un lugar tranquilo junto a la pared de la tienda y bebió el té. Estaba caliente y un poco amargo. Intentó apartar el sueño de los ojos. Gracus también estaba allí y parecía un poco resacoso. Lady Antillus estaba sentada con las manos recogidas en el regazo y una expresión distante e indescifrable.

Tavi había empezado a tener la sensación de que podía unir diversos hilos para tejer algo que se pudiera parecer a información de inteligencia cuando entró el capitán Cyril. Iba vestido a la perfección con toda la armadura, y encarnaba la viva imagen del comandante dueño de sí mismo. Los murmullos de los oficiales

somnolientos se acallaron de golpe.

—Caballeros, Vuestra Gracia —murmuró Cyril—. Muchas gracias por acudir con tanta rapidez. —Se volvió hacia Gracus—. Tribuno Logística, ¿cuál es la situación de las reservas de armaduras y armas reglamentarias?

—¿Señor? —preguntó Gracus con un parpadeo de sorpresa.

—Las armaduras, tribuno —repitió Cyril con una voz dura como la roca—. Las espadas.

—Señor —repitió Gracus y se masajeó la cabeza—. Quizá se han revisado otros mil equipos completos. Las inspecciones finalizarán dentro de una semana.

—Ya veo. Tribuno, ¿no tenéis a tres oficiales jóvenes para ayudaros a realizar las inspecciones?

Max dejó escapar una risita silenciosa y desagradable al lado de Tavi.

—¿Qué? —susurró Tavi.

—La justicia de las legiones es lenta pero segura. Por esto quería el capitán que estuvieras presente —respondió Max—. Escucha.

—Sí, señor —balbució Gracus.

—Y en un mes, vos y los tres ayudantes habéis sido incapaces de completar esta tarea fundamental. ¿A qué se debe?

Gracus se lo quedó mirando.

—Señor, no era consciente de ninguna necesidad en especial. He tenido a mis oficiales trabajando en diferentes...

—¿Letrinas? —preguntó Cyril con voz traviesa—. La inspección de las armaduras y las armas individuales estará completada al amanecer, tribuno.

—Pero ¿por qué?

—Es posible que no sea tan importante como vuestras juergas nocturnas en el Pabellón —respondió Cyril con tono sarcástico—, pero los capitanes nombran a un tribuno Logística porque les gusta contar con la seguridad de que sus legionares tendrán armadura y espadas cuando entran en combate.

Un tenso silencio cayó sobre la sala. Tavi sintió cómo se le enderezaba la espalda a causa de la sorpresa.

—Terminad la inspección, tribuno. Lo haréis cuando hayamos emprendido la marcha, pero la vais a completar. Retírese. —Cyril desvió su atención de Gracus al resto de los presentes—. La noticia me ha llegado hace muy poco tiempo. Estamos en guerra.

Los murmullos de los oficiales se adueñaron de la tienda.

—Tengo mis órdenes. Debemos dirigirnos hacia el oeste hasta un pueblo cercano al Elinarch. Ese puente es el único que cruza el brazo occidental del río Tíber. La Primera Alerana debe proteger el puente.

Los oficiales volvieron a murmurar en voz baja, sorprendidos.

El tribuno Auxiliarius Cadius Adriano dio un paso al frente. Su voz era profunda y tranquila.

—Señor. ¿Y las estrellas?

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Cyril.

—¿Sabemos por qué han cambiado de color?

—Tribuno —respondió Cyril con calma—, las estrellas no son cosa de la Primera Alerana. Lo único que nos preocupa es ese puente.

Lo que Tavi supuso que aquello significaba que Cyril no tenía ni idea.

Valiar Marcus dio un paso al frente de la posición que ocupaba junto a la pared de la tienda.

—Capitán. Con el debido respeto, señor, la mayoría de los peces no están preparados.

—Tengo mis órdenes, Primera Lanza —replicó Cyril y miró a todos los oficiales presentes—. Y ahora, todos tenéis las vuestras. Conocéis vuestro deber. —Levantó la barbilla y continuó—: Partiremos al amanecer.

Cuando las estrellas brillaron rojas, los habitantes de Westmiston no se dejaron llevar por el pánico sino que se quedaron completamente helados, como los conejos que sienten la cercanía de un depredador.

Ullus había despertado a Ehren sin mediar palabra, y habían salido del edificio para mirar hacia arriba en completo silencio. Los demás habitantes de Westmiston hicieron lo mismo. Nadie había sacado luz alguna, como si les diera miedo llamar la atención de lo que fuera que los pudiera estar mirando.

Nadie hablaba.

Las olas rompían contra la costa.

El viento soplaba de manera irregular y sin descanso.

La luz mortecina de las estrellas no iluminaba nada. Las sombras crecieron con bordes difusos. Todos los movimientos quedaban velados y emborronados bajo la luz, de manera que resultaba difícil ver la diferencia entre objetos inmóviles, cosas vivas y las propias sombras.

El sol se levantó a la mañana siguiente, puro y dorado durante unos instante, pero después adoptó una coloración sanguínea y mortecina. Los colores del atardecer parecieron extraños con la luz fuerte y brillante que caía desde arriba. Era inquietante. Casi nadie se movía por Westmiston. Los que se atrevían a hacerlo buscaban vino, ron y cerveza. La tripulación del único barco que se encontraba en el puerto asesinó al capitán en la calle al mediodía cuando les ordenó que volvieran al puerto para largar velas. El cuerpo quedó donde había caído, sin que nadie lo tocara.

Los marineros miraban temerosos hacia el cielo, entre murmullos tenebrosos y gestos supersticiosos. También bebían todo el alcohol que podían conseguir, y pasaron por encima de los restos de su antiguo capitán para entrar en la vinatería.

Ullus salió de su casa para mirar hacia el cielo con los puños sobre las caderas.

—Cuervos sangrientos —se quejó en un tono de ofensa personal—. Todos los habitantes de este maldito pueblo se quedan en casa. Esto podría ser malo para el negocio.

Ehren dejó la pluma durante un momento y descansó la frente sobre el borde del escritorio. Se tragó una docena de réplicas insultantes y se dispuso a suspirar antes de retomar la escritura y decir:

—Puede que tengáis razón.

Alguien empezó a tocar la campana del pueblo que avisaba de una tormenta.

Ullus movió la cabeza enfadado, se acercó a un armario y sacó una botella de ron barato.

—Ve a ver qué le pasa ahora al idiota del centinela.

—Sí, señor —asintió Ehren, contento de poder moverse.

Como casi todo el mundo, tal vez con la única excepción de Ullus, a Ehren le preocupaban los portentos en el cielo, la neblina de sangre que teñía el sol y las estrellas. Pero a diferencia de todo el mundo, Ehren sabía de las enormes tormentas que los canim habían lanzado contra las costas occidentales de Alera solo unos pocos años antes. Ehren sabía que sus ritualistas eran capaces de grandes demostraciones de fuerza que rivalizaban o superaban el artificio de las furias del Reino.

Y Ehren sabía que un capitán sin escrúpulos, sin tiempo que perder y con un cargamento sospechosamente grande de bienes que vender había partido de Westmiston en dirección a la tierra de los canim hacía tres semanas y un día.

Seguramente el cielo teñido de sangre no era ningún acontecimiento natural. Si, como sospechaba, eso significaba que los canim estaban extendiendo de nuevo su poder, y a una escala inimaginable para nadie. En tal caso, los negocios irían muy mal en Westmiston o en cualquier otro lugar que se encontrase al alcance de los barcos de los saqueadores canim.

Terminó la línea que estaba escribiendo: eran sus notas, codificadas con un cifrado que solo conocían los cursores, en lugar de los libros de cuentas que Ullus suponía que estaba completando. Ya había preparado un resumen de todas las averiguaciones que había realizado en los últimos meses, y solo le quedaba por añadir las observaciones de los últimos días al pequeño recipiente impermeable que Ehren llevaba en el cinturón.

Lo hizo y abandonó la casa. Corrió hacia el puerto a un ritmo constante. Sus pasos resonaron con fuerza en el silencio poco habitual de la isla. No tardó mucho en ver por qué el centinela había empezado a tañer las campanas: al puerto había llegado un barco. Tardó un momento en asegurarse, pero cuando vio al capitán Demos en cubierta, reconoció el buque: se trataba del *Lagarto Venenoso*. Había llegado con fuerte viento y con todo el trapo desplegado, y la tripulación se movía con las brascas prisas de unos hombres cansados que no tienen tiempo que perder.

Una ráfaga repentina de viento frío empujó a Ehren, quien miró hacia el horizonte de poniente. Allí, a lo lejos, sobre el mar, pudo ver una línea larga de oscuridad en el horizonte. Nubes de tormenta.

El *Lagarto Venenoso* aprovechó la inercia de la llegada para virar de repente, y sus maderos temblaron y gruñeron. Una ola de proa iba por delante del barco, lo suficientemente alta como para lanzar una lluvia de agua de mar sobre el muelle, antes de que el buque llegase al atracadero, encarado hacia el oeste, en dirección a la boca del puerto, dispuesto para salir a aguas abiertas.

Ehren supo de repente que quería salir de la isla.

Se encaminó hacia el puerto y recorrió el muelle viejo y desvencijado hasta llegar al *Lagarto Venenoso*.

Los dos hombres que trasteaban en cubierta con cabos en las manos se fijaron en

él. Ehren redujo el paso con precaución a medida que se acercaba al barco y se mantuvo lejos de la plancha de desembarco cuando la bajaron.

El capitán Demos fue el primer hombre en pisar la plancha y le lanzó a Ehren una mirada neutra que solo tenía de humana el brevísimo instante de reconocimiento. Lo saludó con la cabeza y dijo:

—El escribiente del perista.

—Sí, capitán —asintió Ehren e hizo una reverencia con la cabeza—. ¿En qué os puedo servir?

—Llévame con tu amo y date prisa.

Silbó con fuerza sin utilizar los dedos y media docena de hombres dejaron lo que estaban haciendo y bajaron por la plancha detrás de él. Ehren se dio cuenta de que cada uno de los hombres era grande, estaba armado y su aspecto no era nada amistoso. De hecho, todos los hombres a bordo iban armados, incluso mientras preparaban el barco para zarpar de nuevo. También estaban a la vista algunas piezas de armadura, en su mayoría cotas de mallas recortadas, y algunas piezas de cuero curtido.

Aquello no era lo habitual, ni siquiera en un barco pirata. Las armas no eran más que un impedimento para un marinero en plena faena. Llevar puesta una armadura ligera en un barco era una sentencia de muerte si se caía al agua. Ningún marinero, fuera pirata o no, llevaría encima semejante equipo sin una razón muy poderosa.

Ehren se dio cuenta de que el capitán Demos lo estaba mirando con una intensidad inquietante y con el rostro inexpresivo. Su mano descansaba perezosamente sobre la empuñadura de la espada.

—¿Alguna pregunta, escribiente?

Ehren levantó la mirada hacia Demos. Sintió que se encontraba en peligro, así que bajó la cabeza con precaución.

—No, señor. No es asunto mío.

Demos asintió y apartó la mano de la espada para hacerle un gesto a Ehren de que fuera delante.

—Recuérdalo.

—Sí, capitán. Por aquí, señor.

Ehren condujo a Demos y a sus hombres hasta la casa de Ullus. El perista salió a recibirlos con un viejo gladius oxidado colgado del cinturón y una cara que mostraba una mueca de valor conseguida a base de beber.

—Buenos días, capitán.

—Perista —devolvió Demos el saludo con tono plano—. He venido a por mi dinero.

—Ah —exclamó Ullus, que miró a la escolta armada de Demos y entornó los ojos—. Bueno. Como os dije, señor, tres semanas no son tiempo suficiente para liquidar

sus artículos.

—Y como te dije yo, me pagarás en efectivo por todo lo que no hayas vendido.

—Me gustaría tener lo suficiente para cubrirlo —reconoció Ullus—, pero no puedo acceder a tanta cantidad de dinero en esta estación. Si volvéis en otoño, gozaré de más disponibilidad.

Demos se quedó en silencio durante un momento.

—Lamento que los negocios no vayan bien, pero dejé bien clara mi postura, perista. Y sea cual sea el tipo de serpiente que puedas ser, mi palabra es ley. —Giró la cabeza hacia sus hombres y ordenó—: Cortadle el cuello.

La espada de Ullus estuvo en su mano mucho antes de que los hombres de Demos pudieran blandir las suyas.

—Tal vez no sea tan fácil como pensáis —les informó—. Y no os iba a servir de nada. Mis monedas están escondidas. Matadme y no veréis ni un aries de cobre.

Demos alzó una mano y sus hombres se detuvieron. Miró a Ullus durante un segundo antes de decir:

—Cuervos sangrientos, hombre. Realmente eres muy estúpido. Pensé que estabas actuando.

—¿Estúpido? —repitió Ullus—. No tan estúpido como para dejar que me trates sin miramientos en mi propia isla.

Ehren se quedó muy quieto a un lado, donde se podía esconder detrás de la casa si empezaba la pelea. Sintió cómo el viento cambiaba de repente. La brisa irregular e incansable que había soplado perezosamente sobre la isla durante todo el día se había desvanecido. Algo parecido al aliento de una bestia enorme recorrió la isla como un gemido estruendoso. El viento se levantó con tanta rapidez que los pendones colgados de los postes del puerto restallaron con las puntas crujiendo como si fueran látigos cuando el viento, cálido y húmedo, alzó todas las banderas que señalaron al horizonte.

La atención de Demos se volvió hacia las veletas, y entornó los ojos.

El instinto le gritó y Ehren se volvió hacia Demos.

—Capitán —lo llamó—, para ahorrar tiempo, tengo una oferta para vos.

—Cállate, esclavo —gruñó Ullus.

Demos miró de reojo a Ehren con los ojos fríos.

—Sé donde esconde las monedas —prosiguió Ehren—. Garantizadme un pasaje al continente y os mostraré donde está.

Ullus se giró rabioso hacia Ehren.

—¿Quién crees que eres, mierdecilla grasienta? Calla esa lengua. —Y levantó la espada oxidada—. O lo haré.

—¿Capitán? —presionó Ehren—. ¿Tenemos un trato?

Ullus dejó escapar un grito de pura rabia y se lanzó contra Ehren con la espada

levantada.

El cuchillo de Ehren apareció salido de su escondite en la manga amplia de la túnica. Esperó hasta el último momento a que Ullus atacase antes de deslizarse a un lado y evitar el golpe por la anchura de un cabello. Contraatacó con el cuchillo en un tajo que dejó un corte de unos cinco centímetros de largo y otros tanto de hondo.

Del cuello de Ullus empezó a manar sangre. El perista desaliñado se derrumbó sobre el suelo como un borracho que hubiera decidido que había llegado el momento de echarse una siesta.

Ehren miró al hombre durante un momento con grandes remordimientos. Ullus era un idiota, un mentiroso, un criminal y no cabía la menor duda de que había realizado muchos actos despreciables a lo largo de su vida. Aun así, Ehren no quería matarlo. Pero si el instinto de Ehren no le fallaba, tenía pocas alternativas. Era imprescindible que abandonase la isla, y Demos era la única vía de salida.

Se volvió hacia Demos y se inclinó para limpiar la hoja de su cuchillo en la espalda de la túnica de Ullus.

—Parece ser que vuestro acuerdo con Ullus se ha resuelto de acuerdo con vuestras condiciones. ¿Tenemos un acuerdo nuevo, capitán?

Demos se quedó mirando a Ehren, sin cambiar el semblante inexpresivo. Le echó un breve vistazo al cuerpo de Ullus.

—Parece que tengo pocas alternativas si quiero conseguir mis monedas.

—Eso es cierto —asintió Ehren—. Capitán, por favor. Tengo la sensación de que no nos queremos pasar todo el día hablando del tema.

Demos mostró los dientes en una expresión que no era una sonrisa.

—Vuestra técnica es buena, cursor.

—No sé lo que queréis decir, señor.

Demos gruñó.

—Nunca lo saben. El pasaje es una cosa, pero implicarme más en política es otra.

—¿Y más cara? —preguntó Ehren.

—Equiparable al riesgo. Los muertos no se gastan las monedas.

Ehren asintió secamente.

—¿Y vuestras lealtades, señor?

—Son negociables.

—Las monedas de Ullus —ofreció Ehren—. Y una cantidad similar al llegar a Alera.

—Doblad la cantidad a la llegada —negoció Demos—. En efectivo; nada de pagarés, ni de letras de cambio. Estáis comprando un pasaje, no el mando de mi barco. Y tengo vuestra palabra de que no os perderé de vista hasta que se haya completado el pago.

Ehren ladeó la cabeza.

—¿Mi palabra? ¿Confiaríais en ella?

—Rompedla —respondió Demos— y los cursores os perseguirán por manchar su reputación en los negocios.

—Eso es cierto —reconoció Ehren—. O lo sería, si trabajase para ellos. Hecho.

Demos asintió con la cabeza.

—Hecho. ¿Cómo os debo llamar?

—Escribiente.

—Llévame hasta las monedas, escribiente. —Se giró hacia uno de sus hombres—. Zarpamos de inmediato. Coged unos arneses para esclavos y capturad a todas las mujeres o niños que encontréis en el camino de vuelta.

Los hombres asintieron y regresaron hacia el puerto. Demos se volvió hacia Ehren con el ceño fruncido.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Ehren asintió y lo condujo a la parte trasera de la casa, donde Ullus creía que había construido un escondite muy ingenioso en la pila de leña. Ehren recuperó la totalidad de la fortuna en efectivo de Ullus que se encontraba dentro de un saco de cuero y se lo lanzó a Demos.

El capitán abrió el saco y vació parte de su contenido en la palma de la mano. Había una mezcla de monedas de todo tipo, sobre todo aries de cobre y toros de plata, pero con alguna corona de oro mezclada entre ellas. Demos asintió y emprendió el regreso al barco. Ehren lo siguió, caminando un paso a la izquierda del pirata: así tendría tiempo y espacio de maniobrar si este blandía la espada.

Demos pareció ligeramente divertido.

—Si quisiera librarme de ti, escribiente, no me molestaría en matarte. Te dejaría aquí.

—Llamadlo cortesía profesional —replicó Ehren—. No sois ni un contrabandista ni un pirata.

—Hoy lo soy —le rectificó Demos.

Los hombres armados de la tripulación del *Lagarto Venenoso* pasaron corriendo a su lado. Detrás de ellos, Ehren oyó los chillidos que se produjeron cuando los hombres empezaron a atrapar y encadenar a mujeres y niños.

—Y también un esclavista —completó Ehren, intentando mantener un tono sereno—. ¿Por qué?

—Esta última empresa ha terminado de una manera muy poco satisfactoria. Los venderé cuando lleguemos al continente y recuperaré parte de mis gastos —explicó Demos, que miraba hacia el oeste mientras se encaminaban al muelle, sin apartar la vista de la negra tormenta que se estaba levantando en esa dirección.

Acto seguido, Demos guardó silencio hasta que abordaron el *Lagarto Venenoso*. Entonces empezó a repartir órdenes de inmediato, y Ehren se afanó en apartarse de su

camino. La patrulla esclavista subió a bordo a una veintena de prisioneras encadenadas, mientras que un grupo numeroso de hombres libraba una escaramuza breve y fea contra los habitantes de Westmiston que se oponían a la captura. Los lugareños mataron a un pirata, pero tuvieron que retirarse dejando atrás a media docena de muertos. Ehren tuvo a las mujeres y los niños a un paso de él cuando los esclavistas los empujaron hacia la bodega, y sintió náuseas ante su angustia, sus sollozos y sus gritos de protesta.

Tal vez pudiera encontrar alguna manera de ayudarles cuando regresara a Alera. Cruzó los brazos, cerró los ojos e intentó no pensar en ello. Mientras tanto, Demos y su tripulación aparejaban el barco y se encaminaban hacia la bocana del puerto. Luchaban contra un viento fuerte en contra. Los hombres se afanaban con los remos para que el barco pudiera ir a toda la velocidad posible. La oscuridad de la tormenta crecía cada vez más, hasta que pareció una montaña enorme que se cernía sobre el horizonte. Le desconcertó ver a todos los marineros a bordo del *Lagarto Venenoso* esforzándose por impulsar el barco directamente hacia esa ola de sombras brillantes y siniestras, hasta que pudieran salir del puerto y rodear la isla.

Una vez en mar abierto, Ehren vio de lo que le había advertido su instinto.

Barcos.

Cientos de barcos.

Cientos de barcos enormes, anchos y de borda baja, que navegaban en formación con sus enormes velas negras estiradas y llenas con la galerna que tenían detrás. El horizonte, de un extremo al otro, estaba ocupado por velas negras.

—Los canim —susurró Ehren.

Se estaba aproximando el mayor contingente de canim que jamás hubiera presenciado la historia de Alera.

Ehren sintió cómo le flojeaban las piernas y se apoyó en la borda del *Lagarto Venenoso* para no caer. No podía dejar de contemplar la armada que se les echaba encima. A lo lejos, pudo oír el tañido aterrorizado de las campanas de tormenta de Westmiston. Se dio la vuelta y vio a la tripulación borracha y desorganizada del otro barco corriendo por el muelle, pero la flota canim iba a una velocidad impresionante. No podrían escapar del puerto antes de que las velas negras les cortasen el paso.

El *Lagarto Venenoso* rodeó el extremo septentrional de la isla de Westmiston y la tripulación ajustó el velamen para navegar por delante del viento en lugar de hacerlo con él. Al cabo de unos pocos minutos, las velas de lona gris del buque alerano se estiraron por delante de la vanguardia ventosa de la oscura tormenta, y el *Lagarto Venenoso* se encaminó hacia mar abierto.

Ehren retrocedió con parsimonia, y miró más allá de la popa del *Lagarto Venenoso*. Unos barcos se separaron de la flota canim y cayeron sobre Westmiston como lobos sobre un rebaño.

Ehren levantó la mirada y vio a Demos a su lado.

—Las mujeres y los niños —dijo Ehren en voz baja.

—Todos los que podíamos cargar —reconoció Demos.

El humo se empezó a elevar en Westmiston.

—¿Por qué? —preguntó Ehren.

Demos contempló la flota canim con ojos desapasionados y calculadores.

—¿Por qué íbamos a dejar que se desperdiciasen? Conseguiremos un buen precio.

La inexpresividad del hombre, tanto en las palabras como en los movimientos y los actos, era sorprendente. Ehren cruzó los brazos para ocultar un escalofrío.

—¿Nos alcanzarán?

Demos negó con la cabeza.

—A mi barco, no.

De repente levantó la mano y señaló hacia el mar.

Ehren miró. Allí, entre el *Lagarto Venenoso* y la armada que se acercaba, se levantó de repente una ola que iba en contra de la dirección de todas las demás. Ehren casi no podía creer lo que veían sus ojos, hasta que el agua empezó a romper alrededor de una forma enorme que había surgido del mar. Desde esa distancia pudo ver pocos detalles, pero la figura enorme y negra que rompía la superficie podía ser más alta que las velas del *Lagarto Venenoso*.

—Leviatán —jadeó—. Eso es un leviatán.

—Algo tímido y de tamaño mediano —asintió Demos—. Son territoriales. Esos barcos canim llevan diez días molestándolos con su paso.

Un tamborileo grave y estruendoso recorrió el agua, tan poderoso que la superficie del mar agitado empezó a vibrar con ella, lanzando al aire una espuma muy fina. El barco tembló a su alrededor, y Ehren oyó con toda claridad una plancha que cedía y se partía por debajo de ellos.

—¡Equipo de daños, estribor a popa! —rugió Demos.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Ehren y las plantas de sus pies sintieron como seguían vibrando en ellas extrañas ondas.

—El leviatán se está quejando —explicó Demos, que miró a Ehren y pareció que la comisura de los labios se moviera durante un segundo—. Relájate, escribiente. Tengo ahí abajo a dos brujos que impedirán que molestemos a los leviatanes.

—¿Y los canim?

—Hemos visto como se hundían cuatro barcos, pero eso no los ha detenido. Mira allí.

La enorme figura en el agua se movió durante un momento hacia la armada, pero entonces se hundió con el agua, se precipitó bajo su estela y giró en un remolino después de que el leviatán hubiera desaparecido. Cuando el primer barco canim llegó al lugar, solo quedaba el recuerdo inquieto de la presencia del enorme animal: un mar

muy agitado. El barco canim se enfrentó a él lanzando espuma al aire y mantuvo su curso.

—Debo reconocer que estos perros tienen agallas —murmuró Demos con ojos distantes—. Todos los leviatanes, excepto los más grandes, evitarán esa tormenta que viene detrás de los canim. Sufrirán algunas bajas más durante la travesía, pero lo conseguirán.

—¿Les llevasteis un mensaje? —preguntó Ehren.

—Eso no es asunto tuyo —respondió Demos.

—Si es así, sois su cómplice, capitán. ¿Tan solo os dejaron escapar?

—No me dejaron —contestó Demos—. Pero no les di muchas posibilidades de elegir. No son tan astutos como creen. Los cuervos van a tener mucha hambre antes de que deje que ningún perro sacerdote sarnoso me clave un cuchillo en la espalda.

—¿Sacerdote? —preguntó Ehren.

Demos gruñó.

—Túnicas, libros, rollos. Decía un montón de tonterías. Se llamaba era Sarl.

Sarl. El antiguo chambelán del embajador Varg en la capital, y la criatura que había conspirado con los vord para derrocar al Primer Señor. Sarl, que había escapado de Alera, a pesar de todos los esfuerzos de las legiones y de los señores para encontrarlo y detenerlo. Ehren estaba ahora seguro de que Sarl debía de contar con ayuda en el interior de Alera.

—Kalarus —murmuró Ehren.

Demos repitió el discurso de Ehren palabra por palabra, imitando su entonación.

—No sé a qué os referís, señor.

Ehren lo estudió durante un momento, seguro de que la negación franca ocultaba una confirmación encubierta. Si así era, entonces Kalarus había contratado a Demos para que le llevara un mensaje al cane, y este había intentado matarle antes de que pudiera escapar. Saltaba a la vista que Demos no tenía intención de colaborar con las autoridades para obtener una recompensa, porque en esos casos los criminales de su calaña no volvían a encontrar a nadie que quisiera hacer negocios con ellos. Pero debía de estar muy enfadado por la traición; como mínimo, lo suficiente para dejar que Ehren se enterara de refilón de quién le había contratado y de lo que había ocurrido.

—Sabéis lo que significa esto —comentó Ehren con un cabeceo—. Un mensajero. Esta armada. Es la guerra, capitán. Y no sois el único a quien han traicionado.

Demos miró más allá de la popa y no dijo nada. La oscura tormenta que impulsaba la armada canim se tragó por completo la isla de Westmiston.

Ehren se giró para mirar a Demos.

—Triplicaré la cantidad de la paga si me lleváis a Alera con tiempo suficiente

para avisar a las legiones. Sin preguntas.

El mercenario lo miró en silencio durante un momento. Entonces volvió a mostrar los dientes y asintió ligeramente.

—¡Bosun!

—Sí, capitán.

—¡Refuerza el palo mayor, cuelga todo el trapo y avisa a los brujos! ¡Vamos a hacer que vuele esta vieja zorra!

Isana abrió los ojos y creyó que se iba a desmayar. Septimus, con su delicado y preciso tacto habitual, le había deslizado un anillo en el dedo con tanta suavidad que no se había dado cuenta de como lo hacía.

El aro parecía de plata, pero estaba tallado con tal delicadeza que apenas podía sentir su peso. El diseño mostraba un par de águilas que se miraban y sostenían la joya con las alas estiradas hacia delante. La piedra estaba cortada en la forma de un diamante delgado, pero no se parecía a nada que hubiera visto nunca, de un rojo y azul brillantes, dividida con precisión en el centro sin que se pudiera apreciar ninguna juntura.

—Oh —jadeó en voz baja. Sintió cómo se le hinchaban los ojos y como se le sonrosaban las mejillas—. Oh. Oh, mi amor.

Septimus dejó escapar una pequeña carcajada, y ella sintió cuánto le complacía su reacción. También sintió cómo esa misma oleada de alegría la llenaba por dentro, como la primera vez que había escuchado su risa. Le falló la boca, y solo acertó a quedarse sentada, levantando la mirada hacia Septimus y bebiendo en sus facciones. Tenía los cabellos oscuros, los ojos de un verde intenso, y era alto y fuerte. Era muy guapo, su rostro expresivo podía denotar miles de significados sin hablar en absoluto, y su voz era fuerte, grave y entonada.

Estaban sentados juntos sobre una manta extendida a la orilla de un pequeño lago. Estaban cerca de la guarnición de la legión en el valle de Calderon, bajo la luna de la cosecha. Habían cenado allí, como habían hecho tantas veces desde la primavera, dándose de comer el uno al otro, hablando en voz baja, riendo y besándose.

Él le había pedido que cerrara los ojos, e Isana había accedido, segura de que estaba a punto de mostrarle algún nuevo truco.

En su lugar había deslizado en su anular izquierdo el anillo que llevaba todas las marcas de la Casa de Gaius.

—Oh, Septimus —jadeó Isana—. No lo digas.

Él volvió a reír.

—Mi amor, ¿cómo podría no decirlo? —Extendió las manos y tomó las de Isana—. Maldije a mi padre cuando envió la legión hasta aquí —explicó en voz baja—. Pero nunca pensé que fuera a conocer a alguien como tú. Alguien fuerte, inteligente y hermosa. Alguien... —Sonrió un poco y su cara pareció la de un niño—. Alguien en quien puedo confiar. Alguien que quiere estar a mi lado, siempre. No puedo correr el riesgo de perderte si ordenan que la legión se vaya a cualquier otro sitio, mi amor. —Levantó una mano de Isana y la besó—. Cásate conmigo, Isana. Por favor.

El mundo empezó a dar vueltas en círculos salvajes, pero Isana no podía apartar

los ojos del único elemento estable que quedaba en él: Septimus y sus ojos brillantes e intensos bajo la luz de la luna.

—Tu p-padre —tartamudeó Isana—. Ni siquiera soy ciudadana. Nunca lo permitirá.

Septimus lanzó una mirada de irritación en la dirección que se encontraba la capital.

—No te preocupes por eso. Yo me ocuparé de mi padre. Cásate conmigo.

—¡Pero él no lo aceptará! —jadeó Isana.

Septimus se encogió de hombros y sonrió.

—La sorpresa le sentará bien, y lo superará. Cásate conmigo.

Isana parpadeó a causa de la sorpresa.

—¡Él es el Primer Señor!

—Y yo soy el Princeps —replicó Septimus—. En realidad, nuestros títulos no vienen al caso. Él es el Primer Señor, pero también es mi padre y las grandes furias saben que hemos chocado más de una vez. Cásate conmigo.

—Pero te podría crear muchos problemas —presionó Isana.

—Porque mi padre intenta preservar las tradiciones, mi amor. —Se inclinó hacia ella con los ojos brillantes e intensos—. No ve que ha llegado el momento de cambiar las antiguas formas, el momento de conseguir que Alera sea un sitio mejor para todo el mundo y no solo para los ciudadanos. No solo para aquellos que tienen poder suficiente como para coger lo que les place. El Reino debe cambiar. —Sus ojos resplandecieron, y su voz se tiñó de convicción y pasión—. Cuando me convierta en Primer Señor formaré parte de ese cambio. Y quiero que estés a mi lado cuando lo haga.

Entonces se movió, reclinó a Isana sobre la manta con delicadeza y la besó en la boca. La sorpresa de Isana se transformó en un huracán repentino de placer y necesidad, y sintió cómo su cuerpo se derretía y movía, presionando sinuosamente contra el de él mientras la besaba con una boca suave, fuerte, hambrienta y dotada de un calor abrasador. No tenía ni idea de cuánto tiempo duró el beso, pero cuando separaron los labios al fin, Isana sintió como si estuviera ardiendo, quemándose desde el interior. La necesidad era tan grande que casi no podía enfocar los ojos.

La boca de Septimus se deslizó sobre su cuello y depositó un beso lento y cosquilleante sobre la piel que le cubría el pulso desbocado. Él levantó lentamente la cabeza y se encontró con la mirada de Isana.

—Cásate conmigo, Isana —repitió en voz baja.

Ella sintió en Septimus la necesidad de una respuesta, la llamada salvaje de la carne, la marea creciente de su pasión, la calidez y el amor que sentía por ella... y entonces vio algo más en sus ojos. Allí, solo durante un instante, revolotearon la incertidumbre y el miedo.

Septimus tenía miedo. Miedo de que ella dijera que no.

A Isana casi se le rompe el corazón al ver cuán profundo era su dolor, y levantó una mano para tocarle la cara. Nunca le haría daño, nunca le provocaría ningún dolor. Nunca.

Y él la amaba. Él la amaba. Lo podía sentir en él, un lecho de roca de afecto que había ido creciendo, creciendo y creciendo, igualado por lo que Isana sentía en su interior.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y al mismo tiempo dejó escapar una carcajada casi sin aliento.

—Sí —afirmó—. Sí.

La marea de la alegría de Septimus la inundó y se sumergió en ella, tirándolo de espaldas para poder besarle en la cara, el cuello y las manos, para saborearlo, para beber la calidez y la belleza de su persona. La razón se desintegró bajo la alegría, bajo la necesidad. Las manos de Isana se movieron como si tuvieran voluntad propia, y le abrieron la túnica a tirones para recorrer con las manos, con las uñas y con la boca los fuertes músculos que se escondían debajo de ella.

Septimus dejó escapar un gemido de placer y ella sintió cómo sus caderas se alzaban para apretarse contra las suyas. Sintió su dura calidez que presionaba contra ella con tanta fuerza que creyó que iban a estallar en llamas juntos.

Él le cogió la cara entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos. Isana vio todo lo que ya había sentido en ellos, vio hasta qué punto quería dejarse llevar, sumergirse en el momento.

—¿Estás segura? —le preguntó con un susurro gutural—. No lo has hecho nunca. ¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora?

Ella no podía confiar en que sus labios respondieran, en que la lengua le funcionara. Estaban demasiado ocupados volviendo a su piel. Así que se incorporó y lo miró, jadeando, con la boca abierta, y le clavó las uñas en el pecho mientras arqueaba la espalda, apretando sus caderas arriba y abajo contra él en un movimiento lento y torturador.

Septimus pudo sentirla de la misma manera en que ella lo podía sentir a él. No hacían falta palabras, ni las querían. Sus ojos brillaban con hambre y necesidad, la levantó y la volvió a bajar, y recibió otro beso salvaje de sus labios abiertos y ansiosos. Su mano se deslizó sobre una de sus piernas, apartó la falda y, de repente, en el mundo de Isana no hubo nada más que pasión, sensación y placer.

Y Septimus.

Mucho más tarde yacían abrazados mientras la luna empezaba a ponerse, aunque el amanecer aún quedaba lejos. Isana casi no podía creer lo que le estaba ocurriendo. Los brazos rodeaban a Septimus con una languidez maravillosa, y sentía su calor, su fuerza y su belleza.

Él abrió lentamente los ojos, y le sonrió de una manera en que no le sonreía a nada ni a nadie más. Eso hizo que Isana se sintiera deliciosamente ufana y encantada.

Ella cerró los ojos y escondió la cara en su pecho.

—Mi señor, mi amor.

—Te quiero, Isana —replicó él.

La verdad de la frase resonó en el corazón de Isana. Lo sintió entre ellos. Fluía como un río que los recorría y no tenía fin.

—Te quiero —susurró Isana y tembló de puro placer—. Esto es..., esto es como un sueño. Tengo miedo de abrir los ojos y que todo haya desaparecido y me encuentre en mi camastro.

—No podría soportar que esto no fuese real —murmuró Septimus en su cabello—. Mejor será que sigas durmiendo.

Isana abrió los ojos y se encontró en un dormitorio extraño.

No estaba bajo la luz de la luna.

No era joven.

No estaba enamorada.

No estaba con él.

Septimus.

Ya había tenido antes el mismo sueño: eran recuerdos reales y perfectamente preservados, como flores congeladas en un bloque de hielo, y hacían que el sueño fuera tan real que le resultaba imposible recordar que estaba soñando.

Despertarse del sueño le dolió lo mismo que en todas las ocasiones anteriores. Un dolor muy lento la atravesó y se burló de ella: lo que podría haber sido y no fue. Era una tortura, pero el dolor valía la pena si a cambio tenía la oportunidad de volver a verlo y a tocarlo.

No lloró. Hacía ya mucho tiempo que se le habían secado las lágrimas. Sabía que los recuerdos se desvanecerían antes del amanecer, difuminados como fantasmas pálidos de sí mismos. Lo único que podía hacer era aferrarse a esas imágenes todo lo que podía.

La puerta se abrió. Isana alzó la vista y vio la figura de su hermano recortándose en el quicio. Bernard entró, se acercó a la cama y le ofreció una sonrisa cálida.

Ella intentó devolvérsela.

—Bernard —lo saludó con voz cansada—. En algún momento me gustaría pasar algunas semanas sin desmayarme durante una crisis.

Su hermano se inclinó sobre ella y la envolvió en un abrazo de oso.

—Las aguas volverán a su cauce —le aseguró—. Lord Cereus dice que se debe a que tu artificio del agua es muy fuerte y no lo complementa suficiente artificio de

metal como para compensar tu empatía.

—Lord Cereus —se sorprendió Isana—. ¿Estoy con él?

—Sí —respondió su hermano—, en sus habitaciones para invitados. Cereus les ha ofrecido la hospitalidad de su ciudadela a los ciudadanos que han quedado atrapados aquí.

Isana alzó las cejas.

—¿Atrapados? Bernard, ¿qué está pasando?

—Guerra —fue la breve respuesta de Bernard—. Lord Kalarus marcha contra Ceres. Dentro de muy poco se librará una batalla.

—El loco. —Isana movió la cabeza—. Deduzco que no hay tiempo para irse.

—No sería seguro —aclaró Bernard—. Eras uno de los objetivos prioritarios de los asesinos que atacaron la casa de comidas, hay agentes de Kalare en la ciudad, y su avanzadilla ya se encuentra en las inmediaciones. Este es el lugar más seguro para ti. Giraldi se quedará contigo, lo mismo que Fade.

Isana se incorporó de golpe.

—Fade. Está aquí, en Ceres.

Bernard señaló hacia atrás con el pulgar.

—En la sala, para ser más exactos. Y va armado. Y nunca he visto a nadie luchar como lo ha hecho él. —Bernard movió la cabeza—. Siempre creí que era un legionare caído en desgracia.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Isana—. ¿Por qué no está con Tavi?

Bernard parpadeó de manera casi imperceptible.

—¿Tavi? Sé que Gaius se llevó a Fade a la capital para servir como esclavo en la Academia... —Frunció el ceño—. ¿Isana? Te has sobresaltado...

Isana se obligó a dejar de lado la creciente sensación de pánico, y atemperó la expresión para aparentar calma.

—Lo siento... Solo... No pasa nada, Bernard.

—¿Estás segura? —preguntó Bernard—. Isana... Yo... Bueno, cuando me pediste que comprase a Fade, lo hice. Nunca te pregunté por qué. Estaba seguro de que tenías tus motivos, pero... —Un silencio pesado cayó sobre ellos y Bernard preguntó—: ¿Hay algo que me debas explicar?

Isana no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Aún no.

Bernard frunció el ceño al oír esa respuesta.

Antes de que pudiera plantear otra pregunta, Isana indicó con un gesto la ropa de trabajo de Bernard, su capa para el campo.

—¿Adónde vas?

Bernard dudó durante un momento y le ofreció una media sonrisa.

—No puedo —respondió Bernard—. Aún no. Tengo una misión.

—¿Qué misión? —preguntó Isana mientras ladeaba la cabeza—. Ah, ya veo. La misión de Amara.

Bernard asintió un poco avergonzado.

—Sí.

—Te hace feliz, ¿verdad?

El rostro de su hermano pequeño se abrió con una sonrisita.

—Sí.

Lo mismo que Isana tuvo a Septimus. La atravesó una punzada de dolor, pero lo disimuló con una sonrisa.

—Según los rumores que me han llegado —añadió Isana con ironía—, muy feliz.

—Isana —murmuró Bernard con la cara ruborizada.

Isana dejó que sus labios se estirasen en una risita ahogada.

—Supongo que partirás muy pronto.

—Antes del amanecer. Estaba a punto de irme —confirmó—. Tenía la esperanza de que te despertaras antes.

—¿Tendrás...? —Isana frunció el ceño—. ¿Es...?

Bernard le sonrió y le volvió a acariciar el hombro.

—No me pasará nada. Te lo contaré todo cuando volvamos.

Pudo sentir la confianza y honestidad de Bernard cuando lo rozó con su hombro, pero también la incertidumbre y el miedo. Aunque su hermano no temía por su vida ni se dejaba llevar por las emociones, sabía muy bien que iba a correr peligro y que el futuro no estaba asegurado.

Llamaron a la puerta. Giraldi la abrió y asomó la cabeza.

—Vuestra Excelencia —saludó—. Vuestra condesa escuálida acaba de pasar volando hacia la torre. Dijisteis que os reuniríais con ella.

Bernard asintió con un gesto seco y se giró para darle a su hermana otro fuerte abrazo. Isana sabía que sus costillas no estaban a punto de romperse, porque había soportado muchos abrazos similares de Bernard en el pasado, pero al final emitió un gemido a modo de queja y le dio un empujoncito. A veces pensaba que era la única forma que tenía él para saber cuándo debía parar.

—Giraldi se quedará contigo —repitió—. Te quiero.

—Y yo a ti —le respondió Isana—. Buena suerte.

Bernard se inclinó y la besó en la frente antes de ponerse en pie e irse.

—Cuídala, centurión.

—Vaya a enseñar a su abuela a sorber huevos —murmuró Giraldi lanzándole un guiño a Isana.

—¿Qué? —exclamó Bernard por encima del hombro.

—¡Señor! —respondió Giraldi—. Sí, señor.

—Terrible —murmuró Isana—. Qué falta de disciplina hay en las legiones de hoy

en día.

—Sorprendente —asintió el veterano—. Estatúder, ¿necesitáis algo? ¿Viveres, bebida...?

—Primero, un poco de intimidad —respondió Isana—. Y después, algo sencillo.

—Lo encontraré —afirmó Giraldi.

—Centurión. Por favor, ¿podéis darle recado a Fade de que quiero hablar con él? Giraldi se detuvo junto a la puerta y gruñó.

—¿El esclavo quemado? ¿La legión de un solo hombre?

Isana se lo quedó mirando durante un momento y no dijo nada.

—Parece un poco extraño que el viejo estuviera tantos años en vuestra explotación y nunca hubiese utilizado nada más que un cuchillo. Me imaginé que todas esas cicatrices de los brazos procedían del trabajo en la fragua. Pero anoche pasó a través de todos esos zumbados como si estuvieran hechos de telarañas. Eso hace que uno se pregunte quién es.

Isana cruzó los brazos mientras tabaleaba de impaciencia y siguió sin decir nada.

—Hum —gruñó Giraldi y salió cojeando—. La trama se complica.

Fade entró un momento más tarde. Seguía vestido con la túnica sencilla y manchada de sangre de un pinche de cocina, aunque llevaba el cinturón propio de las legiones y su vieja espada colgada a un lado. Se había conseguido una capa vieja y raída de un color azul oscuro, y llevaba puestas las botas militares de un legionare. Tenía un trapo ensangrentado atado de cualquier manera alrededor de la mano izquierda. Si le dolía la herida, no lo demostraba.

Fade cerró la puerta tras él, se dio la vuelta y miró a Isana.

—¿Tavi? —preguntó en voz baja.

Fade respiró hondo.

—De misión. Gaius lo tiene sobre el terreno.

Isana sintió las primeras punzadas de pánico.

—¿Gaius lo sabe?

—Eso creo —respondió Fade en voz baja.

—¿Tavi está solo?

Fade negó con la cabeza, dejando que el cabello largo le cayera sobre la cara, como siempre, ocultando la mayor parte de su expresión.

—Antillar Maximus está con él.

—Maximus. ¿El muchacho al que Tavi le tuvo que salvar la vida dos veces?

Fade no alzó la cara, pero su voz se endureció.

—El joven que por dos veces les demostró su lealtad a su amigo y al Reino. Maximus puso en juego su vida para proteger a Tavi contra el hijo de un Gran Señor. No se puede pedir nada más de nadie.

—No niego su disposición a jugarse la vida —replicó Isana—. Lo que me

preocupa es si está capacitado para ello. Grandes furias, Araris, Antillar es un experto en la materia.

—Bajad la voz, mi señora —le indicó Fade con un tono de advertencia y cortesía al mismo tiempo.

Nunca había entendido cómo lo podía hacer. Isana movió la cabeza, cansada.

—Fade —se corrigió—. No soy tu señora.

—Como desee, mi señora —replicó Fade.

Ella le frunció el ceño y después apartó la discusión con un gesto de la mano.

—¿Por qué no te has quedado con él?

—Mi presencia habría llamado la atención sobre él —respondió Fade—. Gaius lo ha incorporado a la recién formada Legión Alerana. —Hizo un gesto hacia la terrible quemadura en su cara, la marca de cobardía de un soldado que ha huido del combate—. No habría podido permanecer cerca de él. Si me viera obligado a luchar, lo más probable sería que me reconociera alguien, y eso plantearía muchas preguntas sobre la razones por las que uno de los *singulares* del Princeps Septimus, supuestamente muerto desde hacía veinte años, estaba protegiendo a un joven.

—Gaius no tenía que enviarlo allí —insistió Isana—. Quería aislarlo. Quería hacerlo vulnerable.

—Quería mantenerlo lejos de la opinión pública y en un lugar seguro —la contradijo Fade.

—Colocándolo en una legión —replicó Isana. La incredulidad endurecía su tono—. En vísperas de una guerra civil.

Fade movió la cabeza.

—No habéis reflexionado al respecto, mi señora —la volvió a contradecir—. La Primera Alerana es la única legión que no entrará en combate en una guerra civil. No con tantos soldados y oficiales leales a ciudades, señores y dinastías familiares en ambos bandos. Además, se ha estado instruyendo en la zona occidental del valle de Amarante, lejos de cualquier combate, y no me sorprendería nada enterarme de que Gaius ha enviado órdenes para enviarla aún más al oeste, lejos del teatro de operaciones.

Isana frunció el ceño y recogió las manos en el regazo.

—¿Estás seguro de que está a salvo?

—En ningún sitio estará totalmente a salvo —respondió Fade en voz baja—. Pero ahora está escondido en medio de una masa de miles de hombres vestidos como él, que no van a entrar en combate contra ninguna de las legiones de los Grandes Señores y que están condicionados, por instrucción y tradición, a protegerse entre ellos. Lo acompaña el joven Maximus, que es más peligroso con una espada que cualquier otro hombre de su edad a quien yo haya visto, excepto mi señor en persona, y un artífice de poder formidable. Conociendo a Gaius, tendrá a su alrededor a más

agentes de cuyas identidades no tengo conocimiento.

Isana apretó los brazos contra el cuerpo.

—¿Por qué has venido aquí?

—La Corona ha recibido información con arreglo a la cual eras un objetivo prioritario de Kalare.

—La Corona —replicó— y todo el mundo que estuvo presente en la fiesta de Final del Invierno, y los sirvientes y cualquiera que hubiera hablado con ellos o que hubiera escuchado rumores.

—Especifico —concretó Fade—. Me pidió que te vigilara y acepté.

Isana ladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Te lo pidió?

Fade se encogió de hombros.

—Gaius Sextus no puede mandar sobre mi lealtad, y lo sabe.

Isana esbozó una sonrisa.

—No puedo confiar en él. No puedo confiar en ninguno de ellos. No cuando se trata de Tavi.

La expresión de Fade no cambió, pero Isana sintió en el esclavo quemado un foganazo de algo que no había percibido nunca: un instante de rabia.

—Sé que solo lo queréis proteger. Pero le hacéis un flaco favor a Tavi. Es más extraordinario y capaz de lo que creéis.

Isana parpadeó.

—Fade...

—Lo he visto —continuó Fade. La sensación de rabia seguía creciendo—. Lo he visto actuar bajo presión. Es más capaz que la mayoría de los hombres, sin importar su habilidad con las furias. Y es más que eso...

Isana apartó sus pensamientos de las preocupaciones y miró de verdad al hombre desfigurado. Su piel era demasiado pálida, y estaba cubierta de manchas rojas y brillando a causa del sudor frío. Tenía las pupilas dilatadas, y su pulso latía fuerte y duro en el cuello y en las sienes.

—Hace que todos los que están a su alrededor sean mejores de lo que son —bufó Fade—. Hace que sean más de lo que son. Más de lo que creen que pueden ser. Como su padre. Cuervos sangrientos, como el padre a quien dejé morir...

Fade levantó de repente la mano herida y se la quedó mirando. Temblaba con violencia y tenía los labios cubiertos de espuma. Le parpadeó a su mano temblorosa, totalmente sorprendido. Abrió la boca como si quisiera hablar, pero un espasmo lo lanzó al suelo con violentos temblores y convulsiones. Durante unos segundos dio patadas y se revolvió, antes de dejar escapar un gemido suave y quedarse inmóvil.

—¡Fade! —jadeó Isana y salió de la cama.

El mundo le dio vueltas y se encontró en el suelo. No tenía fuerzas suficientes

para estar de pie, pero se arrastró a cuatro patas hasta el hombre caído, y alargó la mano hacia su cuello para tomarle el pulso.

No lo pudo encontrar.

Isana puso la mano sobre el pecho de Fade, y llamó a Rill para que le permitiese percibir el cuerpo del hombre a través de los sentidos de la furia de agua. Pero después de su colapso, el esfuerzo fue superior a sus fuerzas. Isana sentía que la cabeza le iba a estallar con una explosión de dolor agudo, y su corazón empezó a latir desbocado cuando perdió las fuerzas para incorporarse.

Dejó escapar un grito débil de pura frustración antes de apretar los dientes y concentrarse. Si les daba alas a sus emociones, no iba a poder ayudar al hombre que yacía a su lado.

—¡Socorro! —gritó, pero el sonido le pareció patéticamente débil, y estuvo segura de que no había traspasado la puerta de madera cerrada. Intentó respirar hondo y gritar de nuevo—. ¡Necesito ayuda! ¡Sanador!

Tras el segundo grito, la puerta se abrió de golpe. Giraldi lanzó una mirada por toda la estancia y soltó una maldición. Corrió hacia Isana cojeando de manera ostensible.

—¡Estatúder!

—Yo no —le indicó, débil y frustrada—. Fade se ha desmayado. No respira. Sanador.

El viejo centurión asintió con un gesto brusco, se puso en pie y salió corriendo del dormitorio a un paso que con toda seguridad no le convenía a su pierna lisiada. Gritó en la antesala y oyó unos pasos que se acercaban a la carrera. Primero aparecieron los guardias y, al cabo de unos minutos, escoltaron hasta la habitación a una joven que lucía un vestido blanco muy sencillo.

Era una criatura pálida con una piel tan blanca que casi parecía translúcida. El cabello, muy corto para tratarse de una mujer tan joven, era fino y ralo como una telaraña. Isana sintió que su juventud era genuina, y no el resultado de su talento con el artificio del agua, aunque no sabía por qué podía sentirlo. Los ojos de la sanadora parecían demasiado grandes para su rostro largo, delgado y triste a su manera, y tenía unas cejas tan oscuras que parecían negras. Las ojeras destacaban con tanta fuerza que parecían moretones, y se comportaba con los gestos bruscos y seguros que otorgaba la confianza, cosa que Isana solo habría esperado de alguien mucho mayor.

La joven se acercó de inmediato al lado de Fade, se arrodilló y colocó la punta de los dedos en las sienes. Era un gesto competente y profesional, aunque algo desganado.

—Estatúder —preguntó mientras se concentraba con los ojos cerrados en su artificio de las furias—, ¿me podéis decir lo que le ha ocurrido?

—Cayó redondo al suelo —respondió Isana.

Giraldi volvió a entrar en el dormitorio, e Isana sintió que la invadía una oleada

de gratitud y otra de vergüenza cuando él se limitó a cogerla en brazos y devolverla a la cama.

—Empezó a divagar. Temblaba. Después cayó al suelo. Dejó de respirar, y no he podido encontrarle el pulso.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Ni dos minutos.

La joven asintió.

—Entonces hay una posibilidad. —Alzó la voz hasta que resonó como un clarín que llamara a las armas con un volumen digno de un centurión en el campo de batalla —. ¿Dónde está mi bañera?

Tres legionares, que gruñían por el esfuerzo, pasaron a través de la puerta cargando con una pesada bañera de sanador que iba llena a rebosar. La dejaron en el suelo, mientras la joven sanadora libraba a Fade de la capa, el cinturón de la espada y las botas. Ante un gesto de ella, los guardias metieron el cuerpo sin vida en la bañera.

La sanadora se arrodilló detrás de la bañera y colocó las manos sobre la cabeza de Fade.

—Apartaos —ordenó con un tono que sugería que estaba acostumbrada a hacerlo.

Los guardias se apartaron de la bañera y salieron del dormitorio a toda prisa. Isana le hizo a Girdali un gesto para que se fuera con ellos.

La sanadora se quedó en silencio durante un buen rato, con la cabeza inclinada, e Isana se tuvo que contener para no gritarle que se diera prisa. Entonces el aire en la habitación se empezó a espesar de alguna manera, y dio lugar a una sensación extraña, como un viento invisible que presionara contra la piel de Isana. El cabello fino de la sanadora se empezó a levantar de la cabeza, pelo a pelo, como si lo impulsara una suave brisa ascendente, pero Isana no pudo sentir ningún movimiento en el aire. La joven se quedó en silencio durante un momento, soltó el aire con un murmullo, y lo que parecieron pequeños relámpagos empezaron a recorrer la bañera.

La reacción de Fade fue violenta. El cuerpo se le arqueó hacia arriba, y se dobló con tanta fuerza que parecía uno de los arcos de caza de Bernard. Se quedó así durante un momento, antes de caer de nuevo en la bañera y empezar a toser con un sonido húmedo e irregular.

A Isana le dio un vuelco el corazón cuando el esclavo volvió a respirar.

La sanadora frunció el ceño, e Isana vio cómo el agua se empezó a remover en la bañera, lo mismo que cuando ella aplicaba la fuerza sanadora de su furia, aunque solo durante un momento. Entonces la sanadora esbozó una sonrisita triste y apartó las manos de la cabeza de Fade. Rodeó la bañera y levantó su mano herida. Retiró el pañuelo que llevaba alrededor de la mano y lo dejó a un lado. Olisqueó. Retiró la cabeza con un gesto brusco, apartando la cara de la herida antes de bajar la mano hasta el agua.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isana.

—Envenenamiento con aceite de garic —respondió la joven.

—¿Qué es eso? —preguntó Isana.

—Muchos mercaderes de armas de las tierras del sur preservan sus productos con una mezcla de aceite que incorpora un tinte destilado a partir del aceite de la piel de los lagartos garic.

—¿Y es venenoso? —prosiguió Isana con las preguntas.

—No siempre de manera intencionada. Pero si el aceite no se mezcla correctamente, o se deja durante demasiado tiempo, el aceite de garic se vuelve venenoso. Se pudre. Si se encuentra en un arma que inflige una herida, la podredumbre entra en la sangre. —Movi6 la cabeza y se puso en pie—. Lo siento mucho.

Isana parpade6.

—Pero... lo hab6is curado. Est6 respirando.

—Por ahora —replic6 la sanadora en voz baja—. Supongo que vuestro amigo es un art6fice del metal.

—S6.

—¿Result6 herido durante el ataque?

—Defendi6ndome —respondi6 Isana en voz baja—. Una flecha le atraves6 la mano.

La sanadora movi6 la cabeza.

—Eso ha debido de paliar las molestias. Si hubiera acudido a un sanador en menos de una hora, quiz6...

Isana la mir6, incr6dula.

—¿Qu6 va a ocurrir?

—Fiebre. Desorientaci6n. Dolor. Tal vez p6rdida de la conciencia. —La joven esboz6 una sonrisa hueca—. No es r6pido. Puede tardar d6as. Pero si tiene familia, deber6is enviar a buscarla. —Levant6 la mirada hacia Isana con los ojos oscuros firmes y tristes—. Lo siento —se disculp6 en voz baja.

Isana movi6 lentamente la cabeza.

—¿No se puede hacer nada?

—Se ha curado, a veces. Pero se tardan d6as, y la mayor6a de los que lo intentan mueren con la v6ctima.

—¿No sois capaz de intentarlo? —pregunt6 Isana.

La sanadora se qued6 en silencio durante un momento.

—No lo voy a hacer.

—Grandes furias —jade6 Isana—. ¿Por qu6 no?

—Las legiones marchan contra la ciudad de mi padre, estat6der. Se librar6 una batalla. Habr6 heridos, y necesitaremos que regresen a la guerra. Si intento curarle,

eso comportará las muertes de docenas o cientos de legionares de mi padre. —Negó con un gesto—. Mis prioridades están claras.

—¿Sois la hija de Cereus? —preguntó Isana.

La joven sanadora le lanzó una sonrisa carente de alegría y vida, y bajó la cabeza con una pequeña reverencia.

—Sí. Cereus Felia Veradis, estatúder.

—Veradis —repitió Isana, y miró al hombre herido—. Muchas gracias por vuestra ayuda.

—No me las deis —replicó Veradis.

—¿Os puedo pedir un favor? —preguntó Isana.

La joven asintió.

—Por favor, me gustaría que me trajeran una bañera de sanador.

Las cejas de Veradis se alzaron con rapidez.

—Estatúder, me han dicho que vuestras capacidades curativas son impresionantes, pero no estáis en condiciones de intentar semejante artificio.

—Me parece que estoy más capacitada para juzgar eso que vos —replicó Isana en voz baja.

—La experiencia me sugiere que no lo estáis —recalcó Veradis con tono práctico—. Él es importante para vos, y no estáis pensando con claridad.

—También eso es algo que solo yo puedo juzgar. —Le sostuvo con firmeza la mirada a Veradis—. ¿Me haréis el favor, señora?

Veradis la estudió durante un buen rato.

—Lo haré —respondió al fin.

—Muchas gracias —le agradeció Isana en voz baja.

—Por la mañana —le informó Veradis—. Después de que hayáis dormido. Volveré y os instruiré en el método. Un retraso de unas pocas horas no empeorará su pronóstico.

Isana apretó los labios, ofuscada, pero asintió.

—Muchas gracias.

Veradis asintió con un gesto y se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en el quicio de la puerta.

—Haré traer un camastro y me aseguraré de que haya siempre alguien al lado de la puerta. —Dio unos pasos y se detuvo al otro lado de la puerta—. ¿Es vuestro protector? —preguntó.

—Sí —respondió Isana en voz baja.

—Entonces os pido que ponderéis una cosa antes de empezar. Si morís intentando curarle, su muerte carecerá de sentido. Habrá sacrificado su vida por su señora a cambio de nada.

—No soy su señora —replicó Isana con voz casi inaudible.

—¿Y aun así vais a arriesgar vuestra vida por él?

—No me voy a quedar de brazos cruzados y contemplar cómo muere.

Veradis sonrió durante un segundo y pareció que volvía a ser una muchacha joven y vivaz.

—Comprendo, estatúder. Buena suerte.

Max miró a Tavi durante un segundo con gesto inexpresivo.

—¿Estás loco? —preguntó.

—No es tan complicado —le contestó Tavi—. Coge este mazo y me rompes la maldita pierna.

Era difícil estar seguro bajo la débil luz que precedía al amanecer, pero Tavi creyó ver que su amigo se ponía un poco verde. A su alrededor se desplegaban los sonidos de la Primera Alerana que se preparaba para la marcha. Los centuriones gritaban, los peces se disculpaban y los veteranos se quejaban. Fuera de la empalizada, los seguidores del campamento también se estaban preparando para partir.

—Tavi —protestó Max—, mira, tiene que haber otra manera.

Tavi bajó la voz.

—Si existe, explícamela. No puedo utilizar las furias en la calzada para mí o para mi caballo, no puedo ir montado en un carro sin parecer tremendamente sospechoso, y estoy tan seguro como los cuervos de que no puedo mantener el ritmo por mí mismo más de tres horas. Una pierna rota tarda días en curarse lo suficiente como para poder andar con ella.

Max suspiró.

—Estás loco.

—¿Loco? —preguntó Tavi—. ¿Se te ocurre algo mejor, Max? Porque si es así, este es el momento de compartirla conmigo.

Max dejó escapar un bufido de exasperación, y murmuró toda una retahíla de pintorescas maldiciones.

—Soborno —dijo al fin—. Engrasas las manos adecuadas y te puedes librar de casi todo. Es el estilo de las legiones.

—¿Me puedes prestar algo de dinero?

Max frunció el ceño.

—Ahora mismo, no. Lo perdí todo hace dos noches jugando a las cartas con Marcus.

—Bien hecho.

Max frunció aún más el ceño.

—¿Dónde está tu dinero?

—He estado pagando baños todas las noches, ¿recuerdas? Y no son baratos.

—Oh.

Tavi colocó el mango de un pequeño martillo de herrero en la mano de Max.

—En la espinilla. Les diremos a los médicos que un caballo se asustó y me pasó por encima la rueda de un carro.

—Tavi —protestó Max—. Eres mi amigo. Yo no les pego a los amigos.

—¡Lo hiciste cuando entrenábamos! —replicó Tavi indignado—. ¡Me rompiste la muñeca!

—Eso es diferente —explicó Max, como si la diferencia saltara a la vista—. Eso fue por tu propio bien.

Una columna de soldados montados pasaron a su lado. Los arreos y los arneses repicaban. Los jinetes estaban de buen humor a juzgar por sus conversaciones, y Tavi captó retazos de bromas pesadas, insultos amistosos y risas fáciles.

—Los exploradores se van ya —le informó Tavi señalando a la tropa montada—. Les seguiré la vanguardia. En cosa de un minuto recibiremos la orden de marcha. Deja de actuar como una abuela y rómpeme la maldita pierna. Es tu deber.

—Los cuervos se lleven el deber —replicó Max con presteza—. Eres mi amigo, y eso es más importante.

—Max, algún día te meteré un poco de sentido común en la cabeza a pedrada limpia —le espetó Tavi—. Con una piedra grande y pesada. —Extendió la mano para que le diera el martillo—. Dámelo.

Max le devolvió la herramienta a Tavi con alivio.

—Bien. Mira, me apuesto algo a que podemos descubrir otra manera de...

Tavi cogió el martillo, colocó la pierna derecha sobre la rueda del carro más cercano y, antes de que pudiera pensar en ello, golpeó con fuerza un lado de la espinilla.

El hueso se rompió con un crujido.

El dolor atravesó los sentidos de Tavi como una llamarada repentina, e hizo todo lo que pudo para no chillar. Sintió todo el cuerpo sorprendentemente débil durante un momento, como si el martillazo hubiera transformado sus músculos y tendones en agua, y cayó de espaldas, agarrándose la pierna herida.

—¡Malditos cuervos sangrientos! —maldijo Max con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Tío, estás loco. ¡Loco!

—Cállate —replicó Tavi entre dientes—. Y llévame al médico.

Max se lo quedó mirando durante un buen rato y movió la cabeza.

—De acuerdo —asintió, desconcertado—. ¿Para qué están los amigos?

Se acercó a él y se agachó como si quisiera recoger a Tavi y llevarlo como a un niño.

Tavi se lo quedó mirando.

Max puso los ojos en blanco y, en su lugar, agarró uno de los brazos de Tavi y se lo pasó por los hombros para aguantar su peso.

—Aquí estás, Antillar —bramó una voz dura—. ¿Por qué cuervos está formada tu maldita centuria al lado de la de Larus...? —Valiar Marcus se calló de repente cuando vio a Max y a Tavi, y el feo rostro del veterano, curtido por la guerra, se contorsionó con una mueca—. ¿Qué cuervos es esto, Maximus? —Miró a Tavi y le

dedicó un saludo descuidado—. Subtribuno Scipio.

Tavi intentó esbozar una sonrisa y le saludó con un gesto al Primera Lanza.

—Estaba cargando el carro —explicó, concentrándose en las palabras e intentando hacer caso omiso del dolor—. El caballo se asustó y la rueda me ha pasado por encima de la pierna.

—El caballo se asustó —repitió el Primera Lanza y miró el caballo uncido al carromato de suministros.

El animal de pelaje gris seguía plácidamente sobre las cuatro patas con la cabeza baja y durmiendo como un bendito.

—Hum —fue lo único que pudo decir Tavi mientras se relamía e intentaba pensar en algo que explicarle al Primera Lanza, pero el dolor de la pierna dificultaba que se le ocurriera algo con la rapidez habitual, de manera que miró a Max.

Max se encogió de hombros ante el Primera Lanza.

—No he visto lo que ha ocurrido. Pasaba por aquí y me lo he encontrado en el suelo.

—Te lo has encontrado —repitió el Primera Lanza.

Valiar Marcus miró a Tavi. Dio dos pasos y se inclinó. Se incorporó de nuevo con el martillo de herrero.

—Un caballo asustado. Una rueda de carro. —Miró el martillo y después a los dos jóvenes.

Max tosió.

—Yo no he visto nada.

—Muchas gracias —murmuró Tavi con amargura.

—Para qué están los amigos —replicó Max.

Valiar Marcus bufó.

—Antillar, coloca a tu centuria en el lugar adecuado y preparaos para la marcha. —Miró a Tavi—. Va a ser un buen día para marchar, señor —comentó—. Pero supongo que no todo el mundo comparte la misma opinión.

—Hum. Sí, centurión —replicó Tavi.

El Primera Lanza movió la cabeza y le lanzó el martillo a Max, quien lo atrapó limpiamente por el mango.

—Lo mejor será que lleves primero al subtribuno a un médico —sugirió Marcus—. Y si es posible, de camino deja esto en los carromatos del herrero. Después coloca a tus peces en su lugar en la columna. Le advertiré al jefe de los arrieros de que tengan más cuidado con este... eh... caballo nervioso.

El viejo caballo dejó escapar un ronquido. Tavi no sabía que fueran capaces de hacer eso.

Max asintió y le dedicó al Primera Lanza un saludo extraño con el martillo en la mano. Estuvo a punto de darle a Tavi en la sien, de manera que se tuvo que agachar

hacia un lado, con lo que Max estuvo a punto de perder el equilibrio.

El Primer Lanza lanzó un reniego burlón en voz baja y se alejó.

—¿Crees que ha descubierto tu plan? —preguntó Max, ufano.

—Cállate, Max. —Tavi suspiró e iniciaron, cojeando, el camino hacia los médicos—. ¿Empezará a hablar? Si empiezan a hacer preguntas, no tardarán mucho en descubrir que no tengo capacidad para realizar ningún artificio. Y solo conozco a una persona en todo el maldito Reino que sea así. Mi falsa identidad saltará por los aires.

Max sonrió.

—Menudo espía estás hecho. La próxima vez que te diga que tu plan es una locura...

—¿Qué? ¡Si no hubieras perdido el tiempo quejándote de él, no nos encontraríamos en este aprieto!

—¿Quieres ir andando hasta el médico sin mí? —gruñó Max—. ¿Se trata de eso, Scipio?

—Si con ello evito oír más quejas, ¡lo haré! —replicó Tavi.

Max bufó.

—Cabe la posibilidad de que te tire a una de tus letrinas y te deje allí.

Pero a pesar de sus palabras, el gigantesco norteño llevó a Tavi hasta los carromatos de los médicos con cuidado de no dañar aún más la pierna de su amigo.

—Solo tienes que mantener la boca cerrada —le ordenó Tavi cuando Max lo acercó hasta el carro—. Hasta que sepamos lo que está haciendo.

—De acuerdo —asintió Max y dejó a Tavi en manos de los sanadores, antes de sacar el bastón de centurión del cinturón y salir corriendo para disponer a sus soldados en el orden de marcha adecuado.

Foss apareció en uno de los carromatos y el viejo sanador con aspecto de oso subió al fondo del carro donde estaba sentado Tavi y examinó brevemente la pierna.

—Hum. ¿Un accidente, hum?

—Sí —respondió Tavi.

—Muchacho, solo tenías que sobornar al Primera Lanza para que te dejase conducir un carromato. Y para eso tampoco se necesita un gran soborno.

Tavi frunció el ceño.

—¿Cuánto? En cuanto haya recibido la paga.

—Solo en efectivo —lo interrumpió Foss con voz firme.

—Oh, en ese caso, ya os lo he dicho —repitió Tavi—. Ha sido un accidente.

Foss bufó y empezó a trastear con la pierna de Tavi.

Sintió cómo una hoja se hundía en su piel y apretó los dientes siseando de dolor.

—Y me he gastado todo el dinero en el Pabellón.

—Ah —exclamó Foss, asintiendo—. Es bueno aprender a compensar los vicios,

señor. Alegrarse un poco con las mozas y ahorrar un poco para evitar el trabajo.

Sacó una bañera larga y estrecha de la parte trasera del carromato y la llenó con un par de pesadas jarras de agua. Entonces ayudó a Tavi a quitarse las botas. Le dolió tanto que se prometió a sí mismo que la siguiente vez no se rompería la pierna sin haberse quitado antes las botas.

Foss no había empezado aún el proceso de sanación cuando empezaron a redoblar los tambores de la legión, que le indicaban a la columna la partida inminente. Un momento después, sonó un clarín a la cabeza de la columna, y los carromatos y la infantería se pusieron en movimiento. Al principio lo hacían con bastante lentitud, hasta que los hombres y los caballos alcanzaron la calzada, y entonces ganaron velocidad. La marcha a paso redoblado se convirtió en un paso ligero y, a partir de ahí, aumentaron la zancada hasta una carrera que devoraba los kilómetros sin llegar a ser un esprint en toda regla. De manera similar, los caballos fueron acelerando hasta el medio galope y el carromato empezó a saltar y a bambolearse detrás de ellos.

Tavi sintió en la pierna herida cada bache del camino. Cada uno de ellos le envió una punzada de dolor como si fuera una criatura pequeña y malvada decidida a arrancarle la pierna. Y así continuó durante lo que le pareció media vida, hasta que Foss pareció finalmente satisfecho de que el ritmo se hubiera estabilizado lo suficiente como para permitirle trabajar y metió la pierna herida de Tavi dentro de la bañera.

El artificio de agua que le curó la pierna fue rápido, y transformó el dolor en un calor repentino, intenso y, en cierto sentido, benévolo. Cuando desapareció al cabo de un rato, se llevó consigo la mayor parte del dolor, y Tavi se dejó caer de espaldas muy cansado.

—Tranquilo, señor —murmuró Foss—. Tened. Comed al menos un poco de pan, antes de quedaros dormido.

Le pasó una hogaza de pan dura y redonda, y la barriga vacía de Tavi empezó a protestar. Tavi devoró la hogaza y un trozo de queso, y engulló casi toda una bota de vino flojo. Entonces, Foss asintió.

—Con eso basta —indicó—. Dentro de nada volveréis a estar en pie.

Tavi deseó con todas sus fuerzas que no fuera así. Se dejó caer de espaldas, se puso el brazo sobre los ojos y se dejó llevar por el sueño.

Fue vagamente consciente de los gritos de alarma y cuernos estridentes que ordenaban un alto. El carromato frenó hasta quedar parado. Tavi le abrió los ojos a un cielo mortecino y nublado que brillaba con relámpagos de una luz rojiza y retumbaba con truenos amenazadores.

Tavi se sentó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Foss.

El veterano sanador se puso en pie en la parte trasera del carromato al mismo tiempo que se detenía y miró hacia delante. Un tambor sonó en una serie de redobles rápidos y lentos, y Foss exhaló con una maldición.

—Bajas.

—¿Ya estamos luchando? —preguntó Tavi y movió la cabeza con la esperanza de quitarse de encima el sueño.

—¡Abrid paso! —gritó una voz de mujer, más fuerte de lo que era humanamente posible, y el gran caballo blanco de lady Antillus pasó al galope por la calzada. Los legionares tenían que apartarse de su camino, y los demás caballos se removían nerviosos en su sitio. Pasó al lado de Tavi con los arneses resonando.

—Vamos —gruñó Foss—. A sus brazos no les pasa nada, señor.

Le hizo un gesto a Tavi para que le ayudara, y los dos sacaron del carromato un par de bañeras de cuerpo entero y las bajaron al suelo. La pierna le dolía a rabiar, y los músculos agarrotados se habían convertido en nudos ardientes, pero Tavi apretó los dientes e hizo todo lo que pudo para hacerle caso omiso. Foss y él arrastraron las bañeras hasta un lateral de la calzada, mientras lady Antillus tiraba de las riendas de su corcel hasta que se detuvo y saltó de la silla con una extraña mezcla de elegancia y elasticidad.

—Agua —gruñó Foss.

Tavi volvió a subir al carromato y empezó a mover las pesadas jarras hasta el extremo de este. El viento se levantó hasta formar un rugido estruendoso, y el comandante Fantus y Crasus llegaron disparados por la calzada a unos tres metros del suelo. Cada uno de ellos llevaba una figura inmóvil sobre el hombro. Lady Antillus, Foss y cuatro sanadores más salieron a su encuentro, recogiendo a los hombres heridos de los caballeros Aeris. Le quitaron la armadura a los heridos con la eficacia que da la práctica y metieron a los dos hombres en las bañeras.

Tavi observó desde lo alto del carromato y mantuvo la boca cerrada. Las heridas de los hombres eran... extrañas. Los dos estaban cubiertos de sangre y los dos se agitaban de manera salvaje, dejando escapar gritos ahogados de dolor. Les habían desaparecido largas tiras de piel en las piernas, formando bandas de unos dos o tres centímetros de ancho, como si les hubieran azotado con una cadena al rojo vivo.

En cuanto estuvieron en las bañeras, lady Antillus avanzó un paso y agarró a uno de los caballeros heridos por la cabeza. Se agitó durante un instante más, pero entonces se fue tranquilizando de manera paulatina en la bañera, jadeando pero sin gritar, y con los ojos vidriosos. Otro tanto hizo con el segundo hombre antes de indicarles con un gesto a los sanadores que se acercaran a examinar a los heridos y conferenciar.

El ruido estruendoso de cascos de caballo se fue acercando, pero esta vez lo hizo a un lado de la calzada. Eso conjuraba el peligro de asustar un caballo nervioso o de

pisotear a un legionare desafortunado. El capitán Cyril y el Primera Lanza se acercaron a los sanadores. El capitán desmontó, seguido de Valiar Marcus, y miró a su alrededor hasta que vio al tribuno de los caballeros, Fantus.

—¿Tribuno? Informe.

Fantus hizo una mueca hacia los dos hombres en las bañeras antes de saludar a Cyril.

—Nos atacaron, señor.

—¿Atacaron? —preguntó Cyril—. ¿Quién?

—Sería mejor preguntar qué nos atacó —le corrigió Fantus—. Algo al borde de esa capa de nubes. Sea lo que sea, no lo pude ver. —Señaló a Crasus con un gesto—. Él sí lo vio.

Crasus estaba mirando a los dos hombres heridos con el rostro completamente pálido y las arcadas a flor de piel. Tavi sintió una punzada de compasión por el joven, a pesar de su enemistad con Maximus. Crasus había visto por primera vez sangre derramada, y a Tavi le pareció que era demasiado joven como para encajar algo así.

—Sir Crasus —lo llamó Cyril con un tono de voz deliberadamente alto para sacar al joven caballero de su inmovilidad.

—¿Señor? —respondió Crasus y lo saludó un latido más tarde, como si acabara de recordar el protocolo.

Cyril miró al chico, sonrió y preguntó con voz más tranquila:

—¿Qué ha ocurrido ahí arriba, hijo?

Crasus se lamió los labios con los ojos fijos en la lejanía.

—Era el hombre de vanguardia de una patrulla aérea, señor. Bardis y Adriano, que están ahí, eran los hombres de flanco. Quería aprovechar la capa de nubes y escondernos en el borde, donde aún podíamos ver el terreno que quedaba por delante. Los conduje hacia arriba.

Tembló y cerró los ojos.

—Continúa —lo animó Cyril con voz tranquila y firme.

Crasus parpadeó varias veces.

—Algo salió de las nubes. Cosas escarlatas. Formas.

—¿Manes del viento?

—No, señor. Seguro que no. Eran sólidos pero... amorfos... Sí, creo que esa es la palabra. No tenían un perfil fijo. Y tenían muchas patas. O quizá tentáculos. Salieron de la nada y nos agarraron con ellos.

Cyril frunció el ceño.

—¿Qué ocurrió?

—Empezaron a estrangularnos. Tiraban de nosotros. Seguían llegando más. —Crasus respiró hondo—. Quemé al que me había atrapado e intenté ayudarles. Les corté y parecía que les dolía, pero no conseguía detenerlos. Así que empecé a sajarles

las patas a esas cosas hasta que liberé a Bardis. Creo que Adriano tenía un brazo libre y también les cortaba. Pero ninguno de los dos podía volar, así que los tuve que agarrar antes de que cayesen. De no haber sido por la ayuda de sir Fantus habría perdido a uno de ellos.

Cyril frunció los labios y juntó la cejas consternado.

—¿Lady Antillus? ¿Cómo están los hombres?

La Gran Señora levantó la vista de su labor.

—Les han quemado. Creo que algún tipo de ácido. Es potente y aún está disolviendo la carne.

—¿Vivirán?

—Es demasiado pronto para decirlo —respondió, y se volvió hacia las bañeras.

Cyril gruñó y se masajeó la mandíbula.

—¿Tenéis alguna idea del artificio que pueda estar detrás de esta capa de nubes?
—le preguntó a Fantus.

—No —respondió Fantus—. No se trata de un artificio de las furias.

Retumbaron más truenos. Los rayos escarlatas bailaban detrás de un velo de nubes.

—¿Es natural?

Fantus levantó la vista.

—Está claro que no. Pero tampoco es un artificio de las furias.

—¿Quién más podría hacer algo así? —murmuró Cyril y miró a los caballeros heridos—. Quemaduras con ácido. Nunca he oído de ninguna furia que pudiera hacer eso.

Fantus entornó los ojos hacia la capa de nubes.

—¿Quién más podría hacer algo así? —preguntó.

Los ojos de Cyril siguieron la mirada del tribuno de los caballeros.

—Bien. Si la vida fuera simple y predecible, imaginad lo que nos íbamos a aburrir.

—Está bien aburrirse —replicó Fantus—. Me gusta aburrirme.

—Y a mí también. Pero parece que el destino no nos ha consultado a ninguno de los dos. —Cyril se masajeó la frente con el pulgar. Su rostro parecía distante y pensativo—. Tenemos que saber más. Manda ahí arriba a tus mejores voladores y estad en guardia. Echadles otro vistazo si podéis. Tenemos que saber si se van a quedar ahí arriba o si van a bajar a cenar.

—Sí, señor —asintió Fantus.

—Mientras tanto, quiero que un nivel de las patrullas aéreas mantengan un techo relativamente bajo. Digamos que a media altura. Y un segundo nivel que se sitúe por encima de ellos, sin perder de vista esas nubes. Si hay problemas, el primer nivel puede subir a ayudar.

Fantus frunció el ceño.

—Situarse tan cerca del suelo va a ser muy cansado para el primer nivel, capitán. Los hombres tendrán que realizar rotaciones. Eso reducirá en gran medida el número de ojos que estén vigilando que no haya más problemas.

—No nos encontramos en territorio enemigo. Mejor eso que perder más caballeros Aeris por culpa de esas cosas. Ya somos muy pocos de por sí. Hacedlo.

Fantus asintió y saludó de nuevo. Entonces se acercó a Crasus y se quedó al lado del joven caballero, mirando a los hombres en las bañeras.

Tavi también dirigió la vista hacia las bañeras y estuvo a punto de vomitar.

Uno de los hombres estaba muerto, horriblemente muerto con el cuerpo encogido y arrugado como una uva podrida y con agujeros enormes de quemaduras. El otro caballero respiraba con jadeos frenéticos y los ojos muy abiertos y a punto de saltarle de las órbitas, mientras que los sanadores trabajaban a toda velocidad para salvarlo.

—Se diría que alguien está intentando obstaculizar nuestro avance —le comentó el capitán al Primera Lanza.

—No tiene demasiado sentido. En la dirección que vamos, nos estamos alejando del camino de Kalarus. Estamos saliendo completamente del teatro de operaciones de esta guerra. Debería alegrarse de que estemos en marcha.

—Sí —reconoció Cyril—. Pero parece que alguien nos quiere lentos y ciegos.

El Primera Lanza gruñó.

—Eso significa que queréis avanzar con rapidez y descubrir qué cuervos está pasando ahí delante. Solo para fastidiarlo.

Cyril enseñó los dientes en una rápida sonrisa.

—Reparte medio vaso de agua a hombres y animales para que beban un poco, y nos ponemos de nuevo en marcha.

El Primera Lanza saludó al capitán y se fue. Convocó a los mensajeros y repartió las órdenes.

Cyril se quedó mirando al superviviente del ataque. Poco a poco se estaba tranquilizando y abandonando los violentos espasmos de dolor. Se colocó al lado de Crasus. El joven caballero no se había movido. Su mirada seguía fija en el cuerpo triste y marchito del hombre muerto.

—Sir Crasus —dijo Cyril.

—¿Señor?

El capitán agarró al joven por el hombro y, con suavidad, le obligó a darse la vuelta del todo para alejarlo del cadáver y que mirara al capitán.

—Sir Crasus, no podéis hacer nada por él. Vuestros hermanos caballeros necesitan que vuestros ojos y vuestros pensamientos se centren en vuestro deber. Tenéis que concentraros en ellos.

Crasus negó con la cabeza.

—Si yo...

—Sir Crasus —lo interrumpió Cyril con tono tranquilo pero duro—. Recrearse en las recriminaciones y las dudas es un juego que no se pueden permitir vuestros hombres. Sois un caballero del Reino, y os comportaréis como tal.

Crasus se puso firmes, tragó saliva y saludó al capitán.

Cyril asintió.

—Mejor. Habéis hecho por ellos todo lo que habéis podido. Regresad a vuestras obligaciones, sir Crasus.

—Señor —saludó el medio hermano de Max y empezó a mirar hacia atrás, pero se detuvo a medias no sin esfuerzo, se puso el yelmo y se alejó hacia la cabeza de la columna.

Cyril contempló a Crasus durante un momento, y los sanadores empezaron a retirarse de la segunda bañera con el aspecto de hombres que han completado su labor. Aunque pálido como la muerte, el joven caballero que había en la bañera respiraba a un ritmo constante mientras lady Antillus seguía arrodillada al lado de la bañera, con la cabeza inclinada hacia delante y las manos sobre la cabeza del caballero herido.

Cyril asintió y su mirada cayó sobre Tavi.

—¿Scipio? —preguntó—. ¿Qué te ha pasado?

—Un accidente con un carro, señor —contestó Tavi.

—Se ha roto la pierna —informó Foss con un gruñido, mientras regresaba al carromato.

Cyril arqueó una ceja y miró a Foss.

—¿Grave?

—En la espinilla, una rotura limpia. La he recompuesto. No dará problemas.

Cyril miró a Tavi durante un buen rato con los ojos entornados y asintió.

Lady Antillus se incorporó de la bañera de sanador, se alisó la falda y se acercó muy seria al capitán. Lo saludó.

—Tribuno —la saludó Cyril—. ¿Cómo se encuentra?

—Creo que está estable —contestó lady Antillus con voz fría y tranquila—. Si no hay complicaciones, sobrevivirá. El ácido se ha comido la mayor parte del músculo del muslo izquierdo y el antebrazo derecho. No volverá al servicio.

—Hay más servicios en una legión que el combate —replicó Cyril en voz baja.

—Sí, señor —asintió lady Antillus, pero su tono neutro manifestaba un claro desacuerdo.

—Muchas gracias, Vuestra Gracia —le agradeció Cyril—. Por salvarle la vida.

El gesto de lady Antillus se volvió distante e indescifrable, e inclinó la cabeza de manera casi imperceptible.

Cyril le devolvió el gesto. Volvió su caballo, montó y trató de alcanzar la

cabecera de la columna.

Lady Antillus se volvió hacia Tavi una vez hubo partido el capitán.

—Scipio.

—Tribuno —dijo Tavi con un saludo formal.

—Salta del carromato —le ordenó con firmeza—. Vamos a ver esa pierna.

—¿Perdonad?

Lady Antillus arqueó una ceja.

—Soy la tribuno Medica de esta legión. Estás bajo mis cuidados. Ahora baja del carro, subtribuno.

Tavi asintió y bajó lentamente, con cuidado de descargar el mínimo peso posible en la pierna herida.

Lady Antillus se arrodilló y tocó la pierna rota durante un momento. Entonces se puso en pie e hizo rodar los ojos.

—No es nada.

—Foss la ha curado —explicó Tavi.

—Se trata de una herida menor —replicó—. Seguramente, Scipio, incluso alguien con tus modestas habilidades como artífice del metal es capaz de hacer caso omiso de las posibles molestias y marchar.

Tavi miró a Foss, pero el sanador estaba supervisando el traslado del caballero herido a una cama del carromato y mantuvo los ojos cuidadosamente apartados.

—Me temo que no, Vuestra Gracia —improvisó Tavi, mientras la miraba pensativo—. Está bastante reciente y no quiero ser ningún impedimento para la legión.

Estaba claro que no había engañado a lady Antillus al prender el fuego. Era muy probable que supiera o, al menos, albergara muchas sospechas respecto a su identidad y estaba dispuesta a desenmascararlo. La animosidad que se profesaban no era sorprendente, si se tenía en cuenta la gran paliza que le había dado a su sobrino, Kalarus Brensis Minoris, durante los acontecimientos de Final del Invierno. Aun así, no podía permitir que descubriera, con tanta gente como testigo, quién era él en realidad.

Eso significaba que tenía que actuar.

—Lo siento, Vuestra Gracia —se disculpó Tavi—. Pero aún no puedo apoyar el peso en ella.

—Ya veo —asintió lady Antillus, que alargó la mano y empujó con firmeza el hombro de Tavi, obligándole a descargar el peso sobre la pierna herida.

Tavi sintió una punzada de dolor que lo atravesó desde el talón derecho hasta la clavícula izquierda. La pierna cedió y él cayó, precipitándose sobre lady Antillus y casi derribándola.

La Gran Señora dejó que Tavi cayera y recuperó el equilibrio.

—En Antillus he visto niñas pequeñas que aguantan más que eso —comentó mientras cabeceaba. Clavó la mirada en Foss—. No voy a perder el tiempo tratando a gandules como este. Cuida de la pierna. Ponlo a caminar en cuanto creas que está listo. Mientras tanto, puede jugar a las enfermeras con el herido.

Foss saludó.

—Sí, tribuno.

Lady Antillus bajó la mirada hacia Tavi antes de echar atrás el cabello oscuro, montar a caballo y salir al galope hacia la parte delantera de la columna.

Después de irse, Foss rio con disimulo.

—Tenéis buen olfato para reconocer los problemas, señor.

—A veces —reconoció Tavi—. Foss. Suponiendo que pueda conseguir el dinero. ¿De cuánto estamos hablando para que pueda viajar en el carro?

Foss se lo pensó.

—Al menos dos águilas de oro.

Tavi devolvió su cuchillo pequeño a la funda que llevaba en el bolsillo, deshizo con tranquilidad los lazos fuertemente anudados de la talega de lady Antillus y vació su contenido en la mano. Tres coronas de oro, media docena de águilas de oro y once toros de plata repicaron entre ellos. Tavi seleccionó una corona de oro y se la arrojó a Foss.

El sanador atrapó la moneda con buenos reflejos y se quedó mirando a Tavi y la talega de seda. Abrió los ojos de par en par, y su garganta emitió unos sonidos estrangulados.

—Eso son cinco veces el precio que has pedido —le recalcó Tavi—. Y ayudaré durante todo el camino con el herido. ¿De acuerdo?

Foss se pasó una mano por el cabello cortado al cepillo, dejó escapar una carcajada y se guardó la moneda.

—Muchacho, tienes más pelotas que cerebro. Me gusta. Subid.

Cuando faltaba media hora para el amanecer, lady Aquitania convocó a cuatro Lobos del Viento, caballeros mercenarios que llevaban mucho tiempo al servicio de Aquitania y eran los responsables de la pérdida de no pocas vidas. Los supuestos responsables, se recordó Amara con firmeza. No había pruebas.

Amara, Bernard, Rook y lady Aquitania se encontraron con ellos en la punta de la aguja más alta de la ciudadela de Cereus. Los caballeros Aeris y el carruaje que transportaban subieron hacia la aguja desde el interior de la ciudad. Se mantuvieron por debajo del nivel de los tejados siempre que les fue posible.

Iban vestidos para viajar: Amara, con sus ajustados cueros de vuelo y el cinturón con la espada. Bernard, con ropa de leñador en marrón, verde y gris, cargando con un hacha, el arco, las mantas para dormir y una aljaba de guerra. Lady Aquitania llevaba unas prendas parecidas a las de Amara, aunque las capas de cuero estaban combinadas con una trama de acero increíblemente fina que le ofrecía mayor protección a la Gran Señora. También llevaba una espada, aunque Amara no era capaz de imaginarse a Invidia Aquitania blandiendo una, pero lucía la hoja larga y fina con la misma despreocupación que ella.

El carruaje tomó tierra y se abrió la puerta, de la que salió uno de los espadachines vivos más letales. Aldrick ex Gladius superaba en casi media cabeza la estatura de Bernard y se movía con una especie de agilidad serena, sin malgastar movimientos. Del lado izquierdo le colgaban dos espadas, un gladius del modelo de las legiones y una hoja larga de duelista. Sus ojos grises y lobunos se encontraron con los de lady Aquitania, a quien saludó con un gesto.

—Vuestra Gracia.

Detrás de él había una mujer que llevaba un vestido verde pálido. Los contemplaba desde el asiento del carruaje. Su hermoso y muy pálido rostro creaba un contraste fantasmal con el cabello y los ojos oscuros. Amara reconoció a Odiana, otra de los caballeros mercenarios de Aquitania. Ladeó la cabeza mientras estudiaba a los demás, y Amara vio cómo los colores de su vestido de seda latían y formaban remolinos con tentáculos rojo oscuro y bermellón que se deslizaban sobre la tela y le cubrían los hombros. Era una visión inquietante.

Aldrick los miró durante un momento sin quitarles ojo a Amara ni a Bernard.

—Esto es demasiado peso para el carruaje, mi señora. No podremos despistar a sus caballeros Aeris.

Lady Aquitania sonrió.

—Solo iréis los cuatro —le informó a Aldrick—. La condesa y yo viajaremos fuera del carruaje. Suponiendo que eso sea aceptable, condesa.

Amara asintió.

—En cualquier caso, esa era mi intención.

Aldrick frunció el ceño por un momento.

—Esa no es una decisión muy inteligente, mi señora —comentó en voz baja.

—Sobreviviré si se me deshace el peinado, muchas gracias —replicó—. Pero estoy dispuesta a escuchar alternativas, suponiendo que las tengas.

—Dejad aquí a uno —sugirió de inmediato.

—No —se negó Amara, y el tono convirtió la palabra en una orden.

Como lady Aquitania no dijera lo contrario, Aldrick frunció el ceño aún más.

—Cuanto antes nos vayamos —comentó lady Aquitania—, más lejos estaremos de la ciudad antes de que amanezca. Conde Calderon, señora Rook, por favor, tomad asiento.

Bernard miró a Amara, que asintió. A Rook le habían entregado un sencillo vestido marrón y, al igual que lady Aquitania, había alterado sus rasgos, aunque pareció que le costaba bastante más que a ella. Aún cojeaba ligeramente y parecía extenuada —y se apreciaba una notable ausencia de armamento sobre su persona—, pero subió al carruaje por su propio pie. Bernard y Aldrick se miraron por un instante, antes de que el segundo hiciera una leve reverencia y saludara:

—Vuestra Excelencia.

Bernard gruñó, le lanzó a Amara una mirada irónica y subió al carruaje. Aldrick lo siguió, y los caballeros Aeris que había al lado de las barras de transporte engancharon sus arneses de vuelo y, con un inevitable ciclón de viento, levantaron el vehículo de las piedras de la torre y se elevaron en el aire, de manera lenta pero constante. Ganaron altitud.

—Condesa —comentó lady Aquitania antes de emprender el vuelo—, supongo que habéis presenciado combates aéreos con anterioridad.

—Sí.

—Yo no —replicó, sincera—. Estáis al mando. Sugiero que intente crear un velo a nuestro alrededor.

Amara le arqueó una ceja a la orgullosa Gran Señora, que estaba impresionada. Invidia podía ser arrogante, despiadada, ambiciosa y una enemiga peligrosa, pero no era idiota. Su sugerencia era muy buena.

—Una corriente de viento tan amplia será difícil de ocultar.

—Imposible, de hecho, si cualquier caballero Aeris pasa cerca —reconoció lady Aquitania—. Pero creo que reducirá las posibilidades de que nos vean a distancia.

Amara asintió.

—Hacedlo. Tomad posición a la izquierda del carruaje. Yo lo haré a la derecha.

Lady Aquitania asintió, se recogió el cabello en un moño sobre la nuca y se lo ató con fuerza.

—¿Vamos?

Amara asintió, llamó a Cirrus y las dos mujeres subieron a las almenas de la torre y saltaron hacia el cielo justo antes del alba. Se elevaron dos torrentes de viento que las levantaron rápidamente hacia el cielo. Adelantaron con facilidad al carruaje que se elevaba con lentitud. Amara tomó posición al lado derecho del vehículo, y se colocó entre él y la dirección por la que se aproximaban las fuerzas de Kalarus.

Casi habían ganado mil doscientos metros de altitud cuando salió el sol, que redujo el paisaje que tenían debajo a un enorme diorama, cuyos rasgos característicos parecían reproducidos en miniatura. Si se arriesgaban a ascender para alcanzar las corrientes rápidas de la atmósfera superior, el terreno se acabaría pareciendo a un edredón, pero al salir el sol Amara pudo distinguir algunos detalles de las tierras que recorrían, en especial los viajeros de las calzadas que conectaban con el sur. Huían hacia la protección de las murallas de Ceres.

Y por detrás de ellos, avanzando a gran velocidad por la calzada hacia Ceres, llegaban las legiones de Kalarus. Las sombras seguían cubriendo buena parte del paisaje que sobrevolaban, pero cuando las primeras luces doradas empezaron a caer sobre la columna entre los huecos del terreno, empezó a resplandecer en escudos, yelmos y armaduras. Amara levantó las manos, concentró una parte de los esfuerzos de Cirrus en doblar la luz, y acercó el terreno inferior en una lente cristalina y magnificada. Con la ayuda de la furia podía ver a cada uno de los legionares.

Las dos legiones se desplazaban a toda prisa en filas sólidas y constantes: esa era la marca de unas tropas experimentadas. No se trataba de legiones formadas por forajidos, reclutadas y entrenadas en secreto en las tierras salvajes, con una tropa formada por bandoleros y bribones. Debían de ser las legiones regulares de Kalare, que la ciudad mantenía desde hacía bastante tiempo. Aunque veían menos acción que las legiones del norte, todavía eran un ejército bien entrenado y disciplinado. La infantería iba flanqueada por más jinetes que la mayoría de las legiones, que por lo general solo agrupaban a doscientos cuarenta hombres en dos alas auxiliares de caballería. Las legiones de Kalarus tal vez triplicaran esa cifra, los caballos eran todos altos y fuertes, y los jinetes lucían la librea verde y gris de Kalare.

—¡Mirad! —llamó lady Aquitania—. ¡Al norte!

Amara miró hacia atrás. Aunque se encontraba muy lejos, vislumbró otra columna que se dirigía hacia Ceres desde las colinas al norte de la ciudad. Era la Legión de la Corona, que acudía en ayuda de la defensa de la ciudad. Amara comprobó satisfecha que, como había prometido Gaius, se encontraban más cerca de Ceres que las legiones del sur y las derrotarían ante las murallas de la ciudad.

Al instante siguiente, la luz dorada del sol se atenuó un poco y adquirió la misma tonalidad rojiza que las estrellas.

Una sensación inquietante asaltó los sentidos de Amara.

Frunció el ceño e intentó concentrarse en ella. A medida que cambiaba la luz del

sol, o quizás a medida que subían en el aire, se produjo un cambio sutil en el patrón de los vientos que los rodeaban. Podía sentirlos a través de Cirrus, a medida que la furia se incomodaba y la corriente de aire que le proporcionaba empezó a sufrir pequeñas fluctuaciones. A Amara se le erizó el vello de la nuca, y le asaltó la repentina impresión de que la estaban vigilando, de que una presencia malévola se encontraba muy cerca e intentaba hacerle daño.

Se acercó al carruaje, elevándose un poco para mirar a lady Aquitania. La Gran Señora había fruncido el ceño mientras miraba a su alrededor y posaba una mano sobre la empuñadura de la espada. Le lanzó a Amara una mirada llena de preocupación. El rugido del viento dificultaba la tarea de hablar, pero el encogimiento de hombros de lady Aquitania y un ligerísimo cabeceo le habían informado de que ella también había sentido algo, aunque no sabía el qué.

Bernard asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje, con gesto preocupado. Amara se acercó y voló lo suficientemente cerca del vehículo como para escucharle.

—¿Qué ocurre?

—No estoy segura.

—A la mujer de Aldrick le está dando algún tipo de ataque —gritó Bernard—. Está tirada en el suelo del carruaje hecha un ovillo.

Amara frunció el ceño, pero justo antes de hablar vio cómo una sombra recorría el lateral del carruaje. Puso una mano sobre la cara de Bernard, la empujó con fuerza hacia el interior y utilizó el impulso para rodar hacia la derecha. El mundo y el cielo dieron vueltas, y sintió cómo un artificio del viento intruso interfería con los esfuerzos de Cirrus por mantenerla en el aire. Al mismo tiempo, la figura de un hombre blindado con los colores verde y gris de Kalare picó hacia abajo. Su espada despedía un brillo rojizo bajo la luz alterada del sol. La hoja no encontró la cabeza de Bernard, y el caballero Aeris trató de lanzar un tajo rápido contra Amara. Esta lo evitó lanzándose directamente hacia arriba, y vio cómo el caballero enemigo pasaba de largo e intentaba recuperar el picado y volver a la carga.

Amara volvió a mirar a su alrededor y vio a otras tres figuras armadas a algo más de medio kilómetro por encima y por delante del carruaje. Mientras los miraba, los tres caballeros viraron y picaron para interceptar el rumbo del vehículo.

Amara llamó a Cirrus, y los vientos furiosos a su alrededor dejaron escapar un agudo silbido de alarma como si fuera el grito de un halcón enloquecido, para avisar a los demás del peligro. Salió disparada para adelantar al carruaje, de manera que los portadores la pudieran ver, y movió las manos realizando una multitud de gestos rápidos, que transmitían sus órdenes. Los portadores viraron el carruaje hacia la izquierda y lo impulsaron con toda la velocidad que pudieron alcanzar. Salió disparado a través de un cielo extraño de color bermellón.

Hecho esto, Amara salió disparada como un colibrí hacia el lado del carruaje en el

que se encontraba lady Aquitania, y voló lo suficientemente cerca de ella como para entablar conversación.

—¡Nos atacan! —anunció, y señaló hacia delante y arriba.

Lady Aquitania asintió con un gesto seco.

—¿Qué debo hacer?

—Mantened levantado el velo y mirad si podéis ayudar a que el carruaje adquiriera más velocidad.

—No podré ayudaros, condesa, si me tengo que concentrar en el velo.

—Ahora mismo solo son cuatro. Solo son un patrulla. Si los caballeros nos pueden ver a distancia, se nos echarán encima muchos más. Mantened el velo levantado hasta que estén demasiado cerca. Llevarán sal, para tratar de herir a las furias de los portadores y así obligar al carruaje a aterrizar. Debemos evitar que se acerquen tanto. Quiero que toméis posición por encima del carruaje.

Lady Aquitania asintió y se colocó en posición.

—¿Dónde estaréis?

Amara blandió la espada y miró con determinación a los caballeros que caían sobre ellos.

—Vigilad a quienquiera que consiga superarme —gritó, y a continuación llamó a Cirrus y salió disparada para encontrarse con los enemigos a más velocidad que una flecha lanzada por el arco.

Los caballeros Aeris atacantes dudaron durante un instante cuando se abalanzó sobre ellos. Amara explotó su error aumentando al máximo la velocidad. Era, sin duda alguna, la voladora más rápida de Alera, y los caballeros no estaban preparados para la velocidad con qué cargó. Estaba encima del caballero más adelantado antes de que este pudiera sacar la espada y estabilizar su corriente de aire para aguantar un golpe. Amara pasó al lado de él y lanzó un tajo con ambas manos en la empuñadura de la espada.

Había apuntado al cuello, pero el caballero se agachó en el último instante y la espada golpeó el lateral del yelmo. La fuerte hoja se rompió bajo la fuerza bruta del golpe, y las esquirlas de metal brillaron bajo la luz escarlata. Amara sintió una breve sensación dolorosa y punzante en las manos, que se le quedaron insensibles de inmediato. Su corriente de viento se tambaleó hasta extremos peligrosos, y la arrojaron hacia un lado, pero apretó los dientes y recuperó el equilibrio a tiempo de ver al caballero enemigo caer a plomo hacia el suelo, perdido el conocimiento a causa del golpe.

Los otros dos caballeros vieron la desgracia de su compañero y viraron para picar. Sus furias adquirieron más velocidad que la caída del caballero inconsciente, pero les iba a resultar difícil alcanzarlo y salir a tiempo de la caída en barrena. El carruaje iba a tener unos minutos muy valiosos para huir y poner más distancia con los

observadores, de manera que el velo de lady Aquitania lo podría ocultar de nuevo.

Amara presionó las manos insensibles contra los costados, mantuvo la vigilancia sobre el picado de los caballeros, se dio la vuelta y regresó junto al carruaje. Desde allí podía ver, a través del artificio, que las furias de lady Aquitania seguían rodeando el vehículo, aunque no podía distinguir los detalles. Era como si estuviera mirando un objeto distante a través del bochorno que surgía de una de las calzadas de Alera en pleno verano. Si hubiera estado algo más lejos, no habría podido ver el carruaje.

Amara movió la cabeza. Llegado el caso, podía crear un velo similar para sí misma, pero para ello tenía que forzar sus capacidades al máximo. El velo de lady Aquitania tenía, al menos, veinte veces dicho volumen y lo estaba haciendo mientras impulsaba la ráfaga de viento que los mantenía a todos en el aire, al mismo tiempo que se impulsaba ella misma. Tal vez no tuviera ni el entrenamiento ni la experiencia de Amara en el combate aéreo, pero se trataba de un formidable recordatorio de lo capaz —y peligrosa— que podía ser.

Amara notó un golpe que venía de abajo, un impacto repentino que la dejó sin respiración e hizo que su visión se convirtiera en un túnel negro con un cielo bermellón en su extremo más alejado. Había descendido en una curva suave para unirse al carruaje, y ese descenso había hecho que aumentara la potencia del golpe.

Durante un segundo perdió completamente la referencia del cielo y de la tierra, pero su instinto le advirtió de que no se detuviera. Desesperada, llamó a Cirrus para ordenarle que adquiriera más velocidad, sin importar la dirección en la que volaba. Intentó superar la desorientación, el dolor de un muslo y la sensación de vacío que se produce al quedarse sin aire de repente, y se dio cuenta de que estaba subiendo casi en vertical, tambaleándose y haciendo eses como si estuviera borracha. La rodeaban océanos ligeros y tenues nubes rojas como la sangre, como si fueran una neblina translúcida.

Amara miró hacia atrás y reparó en su error. Mientras vigilaba a los dos caballeros que descendían, se había olvidado del primer atacante, que debía de ir a suficiente velocidad como para ser capaz de desafiar la de Amara.

Ahora la perseguía de cerca un hombre joven con ojos turbios y una mandíbula decidida. Sostenía uno de los arcos cortos y pesados de cuerno, madera y acero que tanto apreciaban los cazadores de los bosques y marismas sureños. Tenía una flecha corta y pesada colocada en la cuerda, y el arco medio levantado.

Sintió que la rodeaba una onda en el aire. Supo que el caballero había disparado la primera flecha, y que no tenía tiempo para evitarla. Amara le indicó a Cirrus que desviara el proyectil, de manera que el aire sobre su espalda se volvió de repente tan espeso y duro como el hielo, pero impactó con tanta fuerza que Cirrus fue incapaz de mantener el ritmo del vuelo y la velocidad cayó.

Asaltada por una oleada repentina de miedo, se dio cuenta de que esa había sido

la intención cuando la dispararon.

El caballero enemigo consiguió situarse por encima de ella. La columna de aire que lo impulsaba interfirió con la suya, y Cirrus perdió aún más fuerza.

Y para empeorar las cosas, volvió esa sensación inexplicable de hallarse ante una presencia hostil, más fuerte, más cercana y más llena de rabia y odio.

El caballero enemigo pasó disparado por encima de ella. La corriente de aire se desvaneció de repente cuando se dio la vuelta con un saco de cuero abierto en la mano. A continuación lanzó media libra de sal de piedra directamente contra la cara de Amara.

Otro silbido agudo recorrió el aire, esta vez de dolor, cuando la sal impactó contra la furia. Esta, convertida en un destello de luces azules, silbó brevemente la forma que solía adoptar con más frecuencia, la de un semental grande y ágil cuyas patas, cola y crines terminaban en una masa de niebla. La furia se echó hacia atrás y se revolvió a causa del dolor, que golpeó la conciencia de Amara. Esta sintió de repente como si le hubieran caído encima miles de ascuas al rojo vivo. Era una sensación insustancial pero, al mismo tiempo, terriblemente real.

Con otro chillido, Cirrus se dispersó como una nube ante los vientos fuertes, y huyó del doloroso contacto con la sal.

Y Amara se quedó sola.

Su corriente de aire se desvaneció.

Cayó.

Agitó los brazos y las piernas presa del pánico, descontrolada, llamando con desesperación a su furia. No podía alcanzar a Cirrus, ni mover el aire, ni volar.

Por encima de ella, el caballero enemigo llamó a su furia y recuperó su corriente de aire antes de picar detrás de ella. Colocó otra flecha en el arco, y de repente se dio cuenta de que no dejaría que se matara con la caída.

Era un profesional y no iba a correr riesgos.

Se aseguraría de que estaba muerta antes de llegar al suelo.

Amara intentó alcanzar el cuchillo en un gesto inútil, pero al girar las caderas para alcanzarlo, provocó un giro descontrolado, mucho más fuerte y terrorífico que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Veía el destello e imágenes emborronadas.

El suelo crecía por debajo de ella. Estaba formado por campos y pastos ondulados bajo la luz rojiza del sol.

El sol escarlata le frunció el ceño.

El caballero enemigo levantó el arco para efectuar el disparo mortal.

Entonces la bruma escarlata que estaban atravesando se movió.

Suelo.

Cielo.

Sol.

La bruma escarlata se condensó en una docena de nubes más pequeñas, opacas y escarlatas. Unos apéndices rojizos y parecidos a enredaderas salieron por la parte inferior de las nubes más pequeñas, y se agitaron y lanzaron a través del aire con un movimiento decidido y terrorífico.

Le asaltó un chillido más escalofriante que ninguna otra cosa que Amara hubiera escuchado nunca.

Una docena de zarcillos ensangrentados salieron disparados hacia su perseguidor.

El caballero enemigo soltó el disparo, pero el impacto de los zarcillos extraños envió lejos la flecha.

El caballero chilló con un sonido largo y continuado de dolor y terror. Era la voz de un hombre joven que se quebraba a la mitad.

Bestias nubosas de un color carmesí oscuro lo rodeaban con unos zarcillos que azotaban y despedazaban.

Su grito se detuvo.

La visión de Amara se emborronó, estaba muy desorientada y llamó desesperada e inútilmente a Cirrus. Luchaba por moverse como si la furia hubiera estado allí para guiarla. Consiguió que los giros fueran más lentos, pero nada más. La tierra se acercaba, enorme, ubérrima y dispuesta a recibir su cuerpo y su sangre.

Cirrus estaba más allá de su llamada.

Iba a morir.

No podía hacer nada para evitarlo.

Amara cerró los ojos y apretó las manos sobre el vientre.

No necesitaba respirar para susurrar su nombre: Bernard.

Y entonces se levantó una ráfaga de viento que la rodeó. Presionó con fuerza contra ella para detener la caída. Gritó de frustración, miedo e impotencia, y sintió cómo viraba hacia un lado, conjurando la caída como si hubiera sido un picado intencionado.

La tierra siguió subiendo, y Amara aterrizó en el campo arado de una explotación. Intentó golpear con los pies y doblarse en una voltereta controlada para dispersar la inercia. La tierra fresca era lo suficientemente suave como para frenar su velocidad, y después de dar vueltas durante quince metros consiguió detenerse a los pies de un espantapájaros.

Se quedó tendida de lado, aturdida, confusa y dolorida por la docena de impactos que había sufrido durante el aterrizaje. Estaba cubierta de tierra, de barro y de lo que tal vez fuera un poco de estiércol.

Lady Aquitania apareció a su lado, y aterrizó con suavidad.

Llegó a tiempo de que la manchase la sangre del caballero a quien habían capturado las bestias de las nubes. Amara había llegado antes al suelo.

Lady Aquitania levantó la mirada totalmente aturdida, con brillantes gotas de sangre en la mejilla y un párpado.

—¿Condesa? —jadeó—. ¿Estáis bien?

El carruaje también descendió. Bernard tenía tantas prisas por salir y correr hacia Amara que estuvo a punto de arrancar la puerta de las bisagras. Se arrodilló a su lado con una expresión cercana al pánico. La miró muy de cerca y después la examinó en busca de heridas.

—Conseguí frenar la caída —explicó lady Aquitania—. Pero tiene muchos moratones y es posible que se haya roto algún hueso.

A Amara estas palabras le parecieron encantadoras, aunque no podía recordar lo que significaban. Sintió la mano de Bernard en la frente y sonrió.

—Estoy bien, mi señor —murmuró.

—Aquí, conde —indicó lady Aquitania—. Dejadme que os ayude.

Se inclinaron sobre ella y se sintió cómoda.

Miedo. Pánico. Terror. Demasiado para un solo día.

Amara solo quería descansar, dormir. Seguramente las cosas mejorarían después de descansar.

—No tiene ningún hueso roto —anunció lady Aquitania.

—¿Qué ha ocurrido ahí arriba? —preguntó Bernard con una voz que parecía un gruñido muy bajo.

Lady Aquitania levantó los ojos hacia el cielo rojo que tenían encima.

Seguían cayendo gotitas de sangre, pequeñas cuentas rojas que en su momento habían sido un ser humano.

Frunció el ceño y murmuró perpleja:

—No tengo ni idea.

Isana se despertó a la mañana siguiente, cuando lady Veradis abrió la puerta. Las ojeras de la joven y pálida sanadora estaban aún más marcadas que el día anterior, pero lucía los colores de la casa de su padre en un vestido sencillo. Le sonrió a Isana.

—Buenos días, estatúder.

—Señora —le devolvió el saludo Isana con una reverencia. Miró alrededor de la habitación—. ¿Dónde está Fade?

Lady Veradis entró en la habitación. Llevaba una bandeja cubierta con una servilleta de tela.

—Lo están bañando y alimentando. Mandaré que lo traigan cuando estéis dispuesta.

—¿Cómo se encuentra?

—Un poco desorientado a causa de la fiebre. Cansado. Pero lúcido. —Señaló la comida—. Comed y preparaos. Volveré enseguida.

Isana apartó las preocupaciones de su mente, al menos durante el tiempo suficiente para asearse y disfrutar de las salchichas, el pan recién horneado y los quesos que le había llevado Veradis. En cuanto el primer bocado de alimento le llegó a la lengua, Isana se dio cuenta de que estaba hambrienta, y comió con ganas. Necesitaba la comida para darse fuerzas durante la curación. Así pues, iba a tomar todo lo que pudiese.

Unos minutos después se oyó un golpecito en la puerta.

—¿Estatúder? ¿Puedo entrar? —preguntó Veradis.

—Por supuesto.

Veradis entró, seguida de tres guardias que cargaban con una bañera de sanador llena de agua. No era tan grande como la del día anterior, y la herrumbre y el desgaste que lucía la señalaban como un miembro muy utilizado de su especie. Seguramente estaba guardada en algún almacén cercano, olvidada hasta que el ataque repentino contra la ciudad había exigido el uso de todas las bañeras que se pudieran encontrar. Los guardias la dejaron en el suelo, y uno de ellos le acercó un taburete para sentarse a su lado.

Un momento después entró Girdali, que sostenía a Fade con un hombro a pesar de la cojera y el bastón. Fade solo llevaba puesta una túnica larga y blanca. Tenía el rostro sonrojado a causa de la fiebre, y los ojos vidriosos. La mano herida se había hinchado hasta convertirse en una burla grotesca de sí misma.

Girdali ayudó al hombre quemado a acercarse a la bañera, y tuvo que asistirle para quitarse la túnica. El cuerpo delgado y cubierto de músculos de Fade mostraba docenas de cicatrices antiguas que Isana no había visto nunca, en especial en la espalda, donde las señales de los azotes que habían acompañado a su marca

resaltaban sobre la piel, tan gruesas como el meñique de Isana.

Fade, débil, se instaló en la bañera y, cuando reclinó la cabeza sobre el apoyo de madera, pareció que se quedaba dormido al instante.

—¿Estáis preparada? —preguntó Veradis en voz baja.

Isana se puso en pie y asintió, sin decir palabra.

Veradis hizo un gesto hacia la silla.

—Entonces, sentaos. Cogedle la mano.

Isana lo hizo. El taburete le dejaba la cabeza a la altura de la de Fade. Contempló los rasgos abrasados del esclavo mientras estiraba los brazos para llegar a su mano sana y la sostenía entre las suyas.

—No se trata de un artificio terriblemente complicado —indicó Veradis—. La infección tiene la tendencia natural a concentrarse alrededor de la herida. Está tan concentrada que el cuerpo no la puede expulsar. Debéis disolver la infección, y extenderla por todo el cuerpo, donde tendrá posibilidades de combatirla.

Isana frunció el ceño y respiró hondo.

—¿Extender la enfermedad por todo el cuerpo? Si me detengo, la infección podría arraigar en cualquier parte. Un foco es bastante malo, pero no podría tratar dos a la vez.

Veradis asintió.

—Y su cuerpo podría tardar días en librarse de la infección.

Isana volvió a morderse el labio. Días. Nunca había mantenido artificios de sanación durante más de unas pocas horas.

—En realidad no es un método demasiado bueno para ayudarle —comentó Veradis en voz baja—. Sin embargo, es el único. Cuando empecéis, no podréis parar hasta que hayáis vencido. Si no lo hacéis, el aceite de garic corromperá toda su sangre. No tardará ni una hora en morir. —Metió la mano en un bolsillo y sacó una cuerda suave y flexible que le ofreció a Isana—. ¿Estáis segura de que lo queréis intentar?

Isana estudió el rostro quemado de Fade.

—No puedo atarla con una sola mano, señora.

La joven sanadora asintió, se arrodilló y, con sumo cuidado, ató la mano de Isana a la de Fade sin apretar.

—Gran parte dependerá de él, estatúder —murmuró mientras trabajaba—. De su voluntad de vivir.

—Vivirá —replicó Isana con voz tranquila.

—Si él lo decide, habrá esperanza —recalcó Veradis—. Pero si no lo hace, o resulta que la infección es demasiado fuerte, deberéis terminar con el artificio.

—Eso nunca.

Veradis prosiguió como si Isana no hubiera hablado.

—Dependiendo de cómo progrese la infección, puede sufrir alucinaciones. Volverse violento. Preparaos para contenerle. Si pierde la conciencia del todo, o si sangra por la nariz, la boca o los oídos, habrá muy pocas esperanzas de que viva. Así sabréis cuándo ha llegado el momento de terminar.

Isana cerró los ojos y negó con vehemencia.

—No lo abandonaré.

—Entonces moriréis con él —concluyó Veradis con tono pragmático.

«Debería haberlo hecho —pensó Isana con amargura—. Debería haberlo hecho hace veinte años».

—Os pido con todas mis fuerzas que no malgastéis vuestra vida en vano —murmuró Veradis—. De hecho, os lo suplico. Durante una guerra, nunca hay suficientes sanadores con experiencia, y vuestro talento puede resultar de un valor incalculable en la defensa de la ciudad.

Isana levantó la mirada y se encontró con los ojos de la joven.

—Vos debéis librar vuestra batalla —replicó con serenidad—. Y yo la mía.

La mirada cansada de Veradis se fijó en otro punto durante un momento, y entonces asintió.

—Muy bien. Cuidaré de vos si puedo. En la sala están los guardias. Les he dado instrucciones para que os sirvan como ayudantes, si necesitáis comida o cualquier tipo de ayuda.

—Muchas gracias, lady Vera...

Las palabras de Isana quedaron ahogadas de repente por un estruendo titánico, tan fuerte que conmovió las piedras de la ciudadela e hizo temblar los vidrios de las ventanas, que se rajaron en algunos puntos. Hubo un segundo estruendo. Entonces se oyó el redoble más débil de los tambores, una serie de llamadas de los clarines y un sonido como de viento que recorriera un bosque espeso.

Lady Veradis respiró sobrecogida.

—Ha empezado —anunció.

Giraldi se acercó cojeando a la ventana más cercana para mirar al exterior.

—Aquí llegan las legiones de Kalare. Están formando cerca de la puerta sur.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Isana.

—Caballeros Ignus. Probablemente hayan intentado derribar las puertas, que es lo primero que se intenta. —Entornó los ojos durante un momento y prosiguió—. Las legiones de Cereus se han desplegado por las murallas. Las puertas habrán aguantado.

—Me tengo que ir —anunció Veradis—. Me necesitan.

—Por supuesto —reconoció Isana—. Muchas gracias.

Veradis le dedicó una sonrisa fugaz.

—Buena suerte —murmuró, y se fue con pasos silenciosos.

—Para todos nosotros —gruñó Giraldi. Miró por la ventana con el ceño fruncido.

Una serie de detonaciones más pequeñas perturbaron el aire de la madrugada e Isana pudo ver la luz de los fuegos reflejados en el cristal.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Kalare ha adelantado a sus artífices del fuego. Parece que quieren derribar las murallas.

—¿No son demasiado gruesas para pasar a través de ellas? —preguntó Isana.

Giraldi gruñó una afirmación.

—Pero provoca huecos irregulares que les permiten a las tropas fijar cuerdas y escalas. Si tienen suerte, pueden derribar la muralla. Entonces pueden emplear a los artífices de agua para ampliar la brecha o minar la muralla.

Un resplandor brillante atravesó de repente las ventanas, una luz fría y azulada en lugar del naranja dorado del amanecer.

Giraldi gruñó.

—Bonito.

—¿Centurión?

Giraldi miró hacia atrás.

—Cereus ha dejado que los artífices de fuego hagan su voluntad hasta que ha sido capaz de localizar a la mayoría de ellos. Entonces ha subido a los caballeros Flora a las murallas y ha encendido todas las luces y lámparas de furia en la ciudad para que puedan apuntar bien.

—¿Ha funcionado?

—No lo puedo ver desde aquí —respondió Giraldi—. Pero los legionares de las murallas los están vitoreando.

—Entonces es posible que hayan matado a los artífices de fuego de Kalare.

—No han acabado con todos.

—¿Cómo lo sabes?

Giraldi se encogió de hombros.

—Nunca consigues acabar con todos. Pero parece que les han dado algo en qué pensar a las fuerzas de Kalare.

Isana frunció el ceño.

—¿Qué pasará ahora?

Giraldi frunció el ceño.

—Eso dependerá de lo sangriento que quieran que sea. Cereus y su pueblo están en su hogar y están familiarizados con las furias locales. Eso les da ventaja sobre los caballeros de Kalare. Han intentado realizar un asalto con fuego, y han fracasado. Ahora, mientras Cereus mantenga a salvo a sus caballeros y los utilice con criterio, masacrará a las fuerzas de Kalare si cargan contra ellos.

—Si quieren asaltar la ciudad, deben destruir a sus caballeros —reflexionó Isana—. ¿Es eso?

—A grandes rasgos, sí. Además, también saben que el tiempo no está de su parte. Deben tomar la ciudad antes de que lleguen refuerzos. La única manera de hacerlo con rapidez es que sea sangriento. —El viejo soldado movió la cabeza—. Esto va a ser muy feo. Como la segunda batalla de Calderon.

Los recuerdos de Isana la devolvieron a la batalla. Los cadáveres se habían quemado en hogueras que se alzaban a más de doce metros. Habían tardado más de un año en limpiar la sangre y la suciedad de las piedras de Guarnición. Aún podía oír los chillidos, los gemidos y los gritos de heridos y moribundos. Había sido una pesadilla.

Solo que esta vez no estaban en peligro un centenar de civiles, sino miles o decenas de miles.

Isana sintió un escalofrío.

Al fin, Giraldi se apartó de la ventana moviendo la cabeza.

—¿Necesitáis algo de mí?

Isana respiró hondo y negó con la cabeza.

—Ahora mismo, no.

—Entonces os dejo —anunció Giraldi—. Estaré al otro lado de la puerta.

Isana asintió y se mordió el labio.

Giraldi se detuvo en el quicio de la puerta.

—Estatúder, ¿os creéis capaz de conseguirlo?

—Yo... —Isana tragó saliva—. Yo nunca... No creo que pueda hacerlo.

—Estáis equivocada —gruñó Giraldi—. Os conozco desde hace años. La realidad es que no podéis no hacerlo.

La saludó con la cabeza y salió del dormitorio, cerrando la puerta a su espalda.

Isana bajó la cabeza ante las palabras de Giraldi, y centró la atención en el paciente.

Estaba acostumbrada a tratar heridas infectadas, tanto en su calidad de sanadora de explotación rural como durante su servicio en los campamentos de las legiones. La práctica habitual consistía en aumentar el flujo sanguíneo a través de la zona y después concentrarse de manera meticulosa en los tejidos afectados, destruyendo la infección a trocitos pequeños. En cuanto Rill debilitaba suficientemente la infección, el cuerpo del paciente podía eliminar los restos que quedasen en la herida.

Lo había hecho con heridas de entrenamiento en los campamentos, para jóvenes legionares demasiado idiotas como para limpiar bien y cuidar cortes sin importancia. Lo había hecho por los campesinos y sus hijos, e incluso para el ganado. Las infecciones eran un asunto muy complejo porque se necesitaba delicadeza para controlar con precisión las acciones de su furia, y fuerza para atacar las fiebres invasoras. En rara ocasión había tardado más de media hora en conseguir que la herida sanase.

Isana le indicó a Rill que se deslizase dentro de la bañera, y rodeó a Fade con la presencia de la furia. En condiciones normales, los sentidos de Isana, ampliados a través de la furia de agua, sentían la presencia de una infección como una especie de calor amortiguado, mortecino y lleno de odio. Exponerse a él era desagradable pero soportable. En cierto modo, aquello se podía equiparar a una quemadura producida después de haber pasado un día muy largo bajo el sol.

Pero la herida de Fade era diferente. En el mismo instante en que la furia tocó la herida del hombre desfigurado, Isana la sintió como una bocanada de calor, más caliente que un horno, y se alejó de ella dando un respingo por puro reflejo.

Fade gimió en sueños y se revolvió antes de tranquilizarse de nuevo. Estaba sumergido en un sueño febril. Sintió su confusión como una serie de destellos de una emoción, y después otra. Ninguna de ellas se mantuvo durante el tiempo suficiente como para comprenderla con claridad. Isana apretó las mandíbulas llena de determinación. Entonces, concentrándose en Rill, volvió a introducir los sentidos en el agua de la bañera y se dirigió hacia la mano herida de Fade.

Cuando tocó la herida, sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se tensaron de repente cuando el fuego pulsante y malévolamente de la infección por aceite de garic se abrió camino en su percepción. Se fortaleció contra el dolor, controlando sus pensamientos y su concentración, y presionó con más fuerza sobre la zona herida.

Enseguida vio por qué Veradis consideraba que ese artificio era difícil y peligroso. Las infecciones tenían vida propia, e Isana se había encontrado con muchas especies diferentes que intentaban extenderse a través del cuerpo de la víctima, como los hombres libres de una explotación que penetran en una zona salvaje para apropiarse de ella.

Pero la fiebre de garic no era una simple explotación de colonizadores. Se trataba de una legión, de una horda, de una civilización de criaturas diminutas y destructivas. Por eso el calor habitual e incómodo era mucho más intenso y doloroso. La fiebre ya estaba destruyendo la mano de Fade, corroyendo las venas y los vasos sanguíneos, abriéndose camino en hilos y tentáculos hasta los huesos de la mano y la muñeca. Si Isana aplicaba el método habitual y atacaba directamente la fiebre, le destrozaría la mano a Fade. Eso permitiría que la infección se extendiese a diferentes zonas del cuerpo sin perder la densidad dolorosa y peligrosa, le provocaría una conmoción y lo más probable sería que lo matara. No podía intentar aplastarla.

En su lugar, tendría que asediar la fiebre en la fortaleza que había construido en la herida. Al atacarla centímetro a centímetro, podría desgastar lentamente la masa pulsante de la infección, eliminando a través de la sangre trocitos tan pequeños que el cuerpo de Fade fuera capaz de combatirlos. Si lo hacía, al mismo tiempo debía mantener la presión sobre la infección para evitar que se fracturase en piezas más grandes mientras la iba minando y desgastando.

Pero era muy grande. Podía tardar días en terminar la tarea y, mientras tanto intentaría crecer, extenderse y destruir. Si trabajaba con demasiada rapidez, liberando masas de infección demasiado grandes, el cuerpo de Fade no sería capaz de combatirla y se extendería, lo que acarrearía consecuencias letales. Si trabajaba demasiado despacio, separando trozos demasiado pequeños, la fiebre crecería con mayor rapidez que la destrucción que le aplicaba. Y durante todo ese tiempo se vería obligada a soportar el dolor de la proximidad y mantenerse concentrada en la tarea.

Casi parecía imposible. Pero no podía permitirse creer eso, o de lo contrario no podría ayudarlo.

Giraldi tenía razón. Isana preferiría perder la vida antes que cruzarse de brazos y contemplar como moría su amigo.

Isana apretó los dedos alrededor de la mano de Fade y se preparó para llamar a Rill. Cerró los ojos e intentó hacer caso omiso del sonido de los tambores y de las trompetas, y de los gritos muy distantes de los heridos y los moribundos.

Isana tembló. Al menos, Tavi estaba seguro y muy lejos de aquella locura.

El resto del viaje a Kalare no fue rápido ni fácil. Todos los días se necesitaba un gran esfuerzo por parte de los caballeros Aeris para mantener el carruaje en el aire y desplazarse sin alzar más de cien metros del suelo. Era un trabajo agotador. Los voladores tenían que descansar cada hora y, al cabo de tres días, tanto Amara como lady Aquitania empezaron a volar con el arnés uncido al carruaje para que los hombres tuvieran la oportunidad de descansar. Todas las noches, después de cenar, elaboraban el plan para rescatar a las rehenes.

El cielo se cubrió de una capa de nubes bajas y rugientes, que retumbaban perpetuamente con los truenos y se iluminaban con los relámpagos, aunque no llovía. La letal neblina escarlata se encontraba en algún punto dentro de la capa de nubes. Una tarde, en un intento de volar más alto con la esperanza de viajar a mayor velocidad, Amara se dio cuenta de que habían ascendido por accidente hacia el interior de la neblina roja. Vio cómo las criaturas letales se empezaban a condensar a partir de la niebla fina. Amara había conducido el carruaje sin daños, en un descenso que emergía fuera de las nubes, pero casi no se atrevían a volar muy por encima de las copas de los árboles para evitar que las criaturas reemprendieran el ataque.

Siguiendo órdenes de Amara, habían terminado el viaje dos horas antes de la puesta del sol, y el carruaje descendió hacia una región en la que había un bosque tan espeso que lady Aquitania tuvo que aterrizar primero. Una vez sola, se valió de sus furias y obligó a las viejas ramas de los árboles a moverse y hacer que el vehículo tuviera espacio suficiente para tomar tierra.

Jadeando a causa del esfuerzo y el cansancio, Amara desenganchó el arnés del carruaje y se dejó caer al suelo, apoyando la espalda en el vehículo. Para entonces, el campamento vespertino se había convertido en una rutina, perfectamente organizada sin necesidad de que emitiera ninguna orden. Los otros tres porteadores y ella se sentaron a descansar, mientras que los demás sacaron los toldos, prepararon la comida y encontraron agua. Para su vergüenza, se quedó dormida, sentada con la espalda apoyada en el carruaje, y no se despertó hasta que Bernard le tocó el hombro y colocó una bandeja metálica en el regazo.

El calor de la bandeja en sus muslos y la calidez de la mano de Bernard en su hombro le despertaron una serie de recuerdos placenteros pero inoportunos. Pasó la mirada de su mano, cálida, fuerte y bastante... conocida, hacia la cara de su esposo.

Bernard entornó los ojos y ella vio que reflejaban un fuego que respondía al suyo.

—Tienes una expresión muy atractiva —murmuró Bernard—. Siempre me encanta verla en tu cara.

Amara sintió cómo se le estiraba la boca en una sonrisa lánguida.

—Hummm —susurró Bernard—. Aún mejor.

Se sentó a su lado con una bandeja en las manos, y el aroma de la comida atravesó de repente la nariz y la boca de Amara. Su estómago reaccionó con el mismo placer inconsciente y animal que sentía el resto de su cuerpo cuando Bernard estaba cerca.

—Carne fresca —comentó después del tercer o cuarto bocado celestial—. Esto es fresco. No como esa horrible cuerda seca.

Comió más, aunque la carne asada estaba lo suficientemente caliente para quemarle el interior de la boca.

—Venado —confirmó Bernard—. Hoy he tenido suerte.

Ella sonrió y le dio un golpecito en el hombro con el suyo.

—Si no me puedes conseguir pan en medio de las tierras salvajes, ¿para qué te quiero?

—Después de cenar —replicó Bernard mirándola a los ojos—, podemos ir a pasear y te lo mostraré.

El corazón de Amara se aceleró y devoró el siguiente bocado de venado con un hambre casi lobuna. No apartó la mirada. Se limpió un poco de jugo de la comisura de la boca con la punta del dedo y a continuación lo chupó.

—Ya veremos —comentó.

Bernard dejó escapar una risita silenciosa. Durante un momento se quedó mirando a los que se encontraban alrededor del fuego.

—¿Crees que el plan funcionará? —preguntó.

Amara se lo pensó mientras masticaba.

—Entrar en la ciudad, e incluso en la ciudadela, es bastante fácil. El problema es volver a salir.

—Oh, oh —exclamó Bernard—. Una cursor debería mentir mejor.

Amara sonrió.

—No me preocupan ni Kalarus ni sus caballeros ni sus legiones ni sus inmortales ni sus cuervos de sangre.

—¿De verdad? —preguntó Bernard—. A mí, sí.

Ella movió una mano.

—Podemos tener planes para ellos, y podemos ocuparnos de ellos.

Los ojos de Bernard se movieron hacia el fuego, y de vuelta a Amara con una pregunta en la mirada.

—Sí —reconoció Amara—. Entrar depende de Rook. Creo que es sincera, pero si pretende traicionarnos, entonces estamos acabados. Salir depende de lady Aquitania.

Bernard pinchó con el tenedor el último trozo de carne que le quedaba en el plato.

—Las dos son nuestras enemigas. —El labio superior se retiró de los dientes en un gruñido silencioso—. Rook intentó matar a Tavi y a Isana. Y lady Aquitania utiliza a mi hermana para fomentar su causa.

—Cuando lo explicas de esta manera —intervino Amara, intentando que el tono pareciera ligero—, este plan parece...

—¿Una locura? —sugirió Bernard.

Amara se encogió de hombros.

—Quizá. Pero no tenemos demasiadas alternativas.

Bernard gruñó.

—No podemos hacer nada al respecto.

—No demasiado —reconoció Amara—. Comparadas con nuestras aliadas, las fuerzas de Kalare solo parecen una amenaza moderada.

Bernard soltó aire.

—Y preocuparnos por ello no va a servir de nada.

—No —asintió Amara—. En absoluto.

Amara devolvió su atención al plato. Cuando lo hubo acabado, su esposo le llevó una segunda ración, desde donde los otros se sentaban alrededor del fuego, y se la comió con la misma hambre con que se había comido el primero.

—¿Es tan agotador? —preguntó Bernard en voz baja mientras la miraba—. El artificio del viento, me refiero.

Ella asintió. Partió el pan duro en trozos pequeños y dejó que se empaparan de los jugos del asado para ablandarlos antes de comérselos entre bocado y bocado de carne.

—No lo parece cuando lo estás haciendo. Pero después te da el mazazo. —Señaló el fuego con un gesto—. Los hombres de lady Aquitania van por el tercero.

—¿No lo tendrías que hacer tú también? —preguntó Bernard.

Amara negó con la cabeza.

—Estoy bien. Soy más ligera que ellos, y no tengo tanto peso que levantar.

—Quieres decir que eres más fuerte que ellos —murmuró Bernard.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Amara.

—Lady Aquitania ni siquiera ha ido a por el segundo.

Amara sonrió. Ese era un detalle más que le recordaba las habilidades de Invidia Aquitania.

—Sí, soy más fuerte que ellos. Cirrus y yo podemos levantar más peso con menos esfuerzo que ellos, hablando en términos relativos. Las furias de lady Aquitania son de tal manera que sus límites son más mentales que físicos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bernard.

—Las furias aéreas son... inconstantes y volubles. Les resulta difícil concentrarse en una sola tarea durante demasiado tiempo, así que tienes que hacerlo por ellas. Volar implica mantener una concentración constante. A lady Aquitania le resulta fácil. Se necesita mucha más concentración para crear un velo que oculte a alguien a la vista.

—¿Tú lo puedes hacer? —preguntó Bernard.

—Sí —respondió Amara—. Pero, mientras tanto, no puedo hacer nada más. Casi no puedo ni caminar. Es mucho más agotador, y se necesita mucha más concentración que para volar. Lady Aquitania puede hacer las dos cosas a la vez. Eso no está al alcance de mis habilidades ni de mis fuerzas.

—No parece más impresionante que tú cuando vuela. No parecía capaz de seguirte cuando saliste en picado de esa nube el otro día.

Amara esbozó una sonrisa.

—Tengo más práctica. Yo vuelo todos los días y solo tengo una furia. Ella tiene que dividir su tiempo de entrenamiento entre una docena de disciplinas. Pero ella lo lleva haciendo desde hace mucho más tiempo que yo, y sus habilidades generales y su concentración son mucho mejores que las mías. Con un poco de tiempo para concentrarse en el vuelo, para practicar, podrá volar en círculos a mi alrededor, aunque sus furias fueran solo tan fuertes como Cirrus... que no lo son. Son muchísimo más fuertes.

Bernard movió la cabeza.

—Todas esas habilidades —musitó—, todas esas furias a sus órdenes, todo el bien que podría hacer... y en su lugar se pasa el tiempo conspirando para conquistar el trono.

—No te parece bien.

—No lo entiendo —la corrigió Bernard—. Durante años habría dado lo que fuera por tener un gran talento con el artificio del viento.

—Todo el mundo quiere volar —reconoció Amara.

—Es posible. Pero yo solo quería tener la posibilidad de hacer algo con las malditas tormentas de furias que se abaten sobre mi explotación —explicó Bernard—. Cada vez que Thana y Garados envían una, amenazan a mis campesinos, dañan las cosechas, hieren o matan al ganado, destruyen la caza... y hacen lo mismo en todas las demás explotaciones del valle. Durante años hemos intentado atraer a un artífice del viento lo suficientemente fuerte, pero son caros y no pudimos encontrar a nadie dispuesto a trabajar por lo que le podíamos pagar.

—Así pues —replicó Amara, y le lanzó una miradita coquetona—, por fin quedan al descubierto tus motivos ocultos.

Bernard sonrió. A Amara le gustaban sus ojos cuando sonreía.

—Quizá lo podrías considerar tu retiro. —La miró a los ojos—. Allí te necesitan, Amara. Yo te necesito allí. Conmigo.

—Lo sé —reconoció en voz baja e intentó sonreír, pero le dio la impresión de que no consiguió que se reflejase en su rostro—. Quizás algún día.

Bernard movió el brazo y pasó con discreción el dorso de la mano sobre un lado de su vientre.

—Quizás algún día... pronto.

—Bernard... —dijo Amara en voz baja.

—¿Sí?

Ella lo miró a los ojos.

—Llévame a pasear —sugirió.

Sus párpados bajaron un poco y sus ojos relucieron con un fuego interior, aunque mantuvo el resto de la cara impassible y asintió con una educada reverencia con la cabeza.

—Como deseéis, mi señora.

Max parpadeó ante Tavi y comentó con incredulidad:

—¿Se lo quitaste?

Tavi le sonrió y cargó un pesado saco de grano en el carromato de suministros.

—Se está volviendo loca por la talega. No ha dejado de quejarse delante de Cyril desde que la perdió. —Max se golpeó la frente con la palma de la mano—. Por supuesto. La cogiste y sobornaste a Foss y Valiar Marcus para que te dejaran ir montado.

—Solo a Foss. Creo que la parte de Marcus la negoció en persona.

—Eres un maldito ladrón —le acusó Max, no sin cierto grado de admiración.

Tavi lanzó otro saco al carromato de suministros. Solo cabían unos pocos sacos más, y las maderas del carro crujían y gruñían bajo el peso de la carga.

—Prefiero considerarme un hombre que convierte los inconvenientes en ventajas. Max bufó.

—Eso es cierto. —Miró a Tavi de reojo—. ¿Cuánto tenía?

—Casi un año de mi paga.

Max frunció los labios.

—Dinero caído del cielo. ¿Tienes planes para lo que queda?

Tavi gruñó y levantó el último saco hasta el carromato. Le pinchaba la pierna pero el dolor era casi imperceptible.

—No te voy a prestar dinero, Max.

Max suspiró.

—Bah. ¿Eso es todo?

Tavi cerró de golpe el portón del carromato.

—Con esto será suficiente.

—Suficiente para alimentar a la legión durante un mes.

Tavi gruñó.

—Esto es suficiente para las monturas de una *alae*. Durante una semana.

Max silbó flojito.

—Nunca he trabajado en logística —admitió.

—Eso está claro.

Max bufó.

—¿Cuánto dinero queda?

Tavi metió la mano en el bolsillo y le lanzó a Max la bolsa de seda. Max la atrapó en el aire y la movió, sin que emitiera ningún sonido.

—No mucho —confirmó Tavi en tono seco—. No hay demasiadas coronas de origen antilano flotando por la legión, así que me he desprendido de ellas poco a poco.

Atravesó la oscuridad de regreso al enorme granero de la explotación y le estrechó la mano a un estatúder sociable que había aceptado venderle su excedente de grano a la legión. Ello se debía a que Tavi le ofrecía un veinte por ciento más que la tarifa habitual de la legión, cortesía de la bolsa de lady Antillus. Le pagó al hombre el precio acordado y regresó al carromato. Max levantó la bolsa de seda y le dio una última y triste sacudida antes de arrojársela a Tavi, que la atrapó en el aire.

Y algo resonó contra su peto.

Tavi levantó una mano con el ceño fruncido y Max se quedó helado.

—¿Qué?

—Creo que había algo más en la bolsa —informó Tavi—. He oído como golpeaba mi armadura. ¿Me puedes dar un poco de luz?

Max se encogió de hombros y arrancó un trozo de tela de un saco bien cerrado que había en el carromato. Frotó la tela entre los dedos unas cuantas veces y cobró vida una llama baja. Aparentemente inmune al calor, bajó la tela que ardía y la mantuvo a menos de un metro sobre el suelo.

Tavi se inclinó, miró con atención y vio el reflejo de la luz improvisada sobre una superficie lisa. Recogió una piedra pequeña, más o menos del tamaño de la uña más pequeña de un niño, y la acercó a la luz. Aunque no estaba tallada, la piedra era translúcida, como una gema, y era de un rojo tan brillante que parecía que estaba mojada. A Tavi le recordó una gota de sangre grande y recién vertida.

—¿Un rubí? —preguntó Max mientras miraba y acercaba la llama.

—No —respondió Tavi con el ceño fruncido.

—¿Encarnadina?

—No, Max —contestó Tavi que seguía mirando la piedra con el ceño fruncido—. Te está ardiendo la camisa —comentó con aire ausente.

Max parpadeó y apagó el fuego, que se había extendido desde el trozo de saco a su camisa. Movié la muñeca, irritado, y la llama murió de repente. Tavi podía oler las volutas de humo que se elevaban de la tela en medio de una oscuridad repentina.

—¿Has visto alguna vez una gema como esta, Max? Quizá las esté creando tu madrastra.

—No, que yo sepa —respondió Max—. Esto es nuevo para mí.

—Tengo la sensación de que la he visto antes —murmuró Tavi—. Pero que me lleven los cuervos si puedo recordar dónde.

—Quizá vale algo —sugirió Max.

—Quizá —asintió Tavi, mientras deslizaba la piedra escarlata de vuelta a la bolsa de seda y la cerraba con firmeza—. Vámonos.

Max subió al carromato, tomó las riendas y puso el tiro en movimiento. Tavi saltó a su lado y el carro de movimientos lentos inició los dieciséis kilómetros que los separaban del campamento de la Primera Alerana en el Elinarch.

La marcha les había llevado en siete días largos y agotadores desde el campamento de entrenamiento hasta el puente que cruzaba el enorme y lento río Tíber. Una vez lo hubieron sobornado sin perder la honradez, Foss mantuvo a Tavi «en observación» mientras se curaba la pierna. Estaba claro que a lady Antillus no le gustaba la idea, pero como había delegado la responsabilidad en sus manos, a duras penas podía retomarla sin mostrar su animadversión contra Tavi: habría sido una falta flagrante e inaceptable de la imparcialidad que se esperaba en los oficiales de la legión.

Aun así, Foss había tenido muy ocupado a Tavi. Bardis, el caballero herido a quien había salvado lady Antillus, requería atención y cuidados constantes. Bardis había dejado de respirar en dos ocasiones. Foss había salvado al joven caballero, pero solo porque Tavi se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Bardis apenas había recuperado una vaga conciencia durante la marcha, y lo habían tenido que alimentar, limpiar e hidratar como a un bebé.

Al sentarse por primera vez al lado del herido Bardis, Tavi se sorprendió de lo joven que parecía. Seguramente un caballero de Alera debía ser más alto, más ancho de hombros, pecho y cuello, con una barba más tupida y más músculos de los que tenía el caballero herido. Bardis parecía... un niño herido que no había acabado de crecer. E inspiraba en el joven cursor un sentimiento protector inmediato e inesperado. Para su sorpresa, se dedicó a la tarea de atender a Bardis sin quejas ni reproches.

Más tarde se dio cuenta de que Bardis no era demasiado joven para ser un caballero. Tavi solo era cinco años mayor que él. Sabía mucho más del mundo que el muchacho, había visto bastante más de los horrores de la vida, y había ganado los centímetros y los kilos de tamaño físico que le habían faltado durante la mayor parte de su vida. Todo eso hacía que el caballero herido pareciera mucho más pequeño y joven. Solo era cuestión de perspectiva.

Tavi se dio cuenta, divertido, de que ya no era el niño que esperaba inconscientemente que los que eran mayores y más fuerte que él le ayudaran y protegieran. Ahora era él el más fuerte, el mayor, y por eso le pareció que debía aceptar y asumir sus responsabilidades, en vez de buscar maneras de evitarlas o rodearlas.

No sabía cuándo se había producido el cambio de perspectiva, y aunque en cierto modo le parecía poco relevante, era mucho más profundo y significativo de lo que le había parecido en un primer momento. Significaba que había dejado de ser ese niño que necesitaba protección y alivio. Ahora había llegado el momento de que él se los proporcionase a los demás, como se los habían dado a él.

Así que cuidó del pobre Bardis y se pasó reflexionando gran parte de la marcha.

—Has estado malhumorado —comentó Max, rompiendo el silencio mientras el

carromato no dejaba de bambolearse por el sendero, un camino abierto por el uso, y no por un artificio de las furias—. Durante toda la marcha has estado muy callado.

—Estaba pensando —asintió Tavi—, y evitando llamar la atención.

—¿Cómo está el pez?

—Bardis —le corrigió Tavi—. Foss dice que se recuperará ahora que nos hemos parado y lo pueden atender como es debido. —Movi6 la cabeza—. Pero puede que no vuelva a andar. Y no sé si ser6 capaz de utilizar el brazo derecho. Ha entregado su cuerpo al servicio del Reino, Max. No lo llares pez.

Un fuego rojo mortecino jugueteaba en el interior de las secas nubes de tormenta que tenían por encima. Uno de los caballos se removía nervioso. Tavi vio cómo Max asentía.

—Tienes razón —reconoció con voz seria y serena. A continuación añadió—: Magnus dice que Kalarus ha realizado su movimiento. Se ha sacado de la manga cuatro legiones adicionales. Si toma Ceres, se precipitará sobre Alera Imperia, lo que para mí no tiene demasiado sentido. Las legiones de Placidus lo arrinconarán contra las murallas de la ciudad y lo destrozarán.

—Placidus no se está movilizand6 —replicó Tavi.

—Los cuervos que no. Lo conozco. No le preocupa en absoluto relacionarse con el resto del Reino, pero tampoco le gusta la traición. Luchará.

—No lo está haciendo —repitió Tavi—. Al menos, según el último... el único... despacho que hemos recibido del Primer Señor, aunque no explica la razón.

—De eso hace una semana —le recordó Max.

Tavi hizo un gesto hacia el cielo.

—Venga de donde venga esta tormenta, está evitando que los caballeros Aeris hagan las veces de mensajeros. El Primer Señor y los Grandes Señores se pueden comunicar a través de los ríos, pero saben que es imposible evitar que otros oigan todo cuanto envíen por ese canal.

—O peor —intervino Max—. Se exponen a que los mensajes lleguen alterados.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó Tavi.

—Se puede hacer —respondió Max—. Yo todavía no soy capaz de hacerlo. Es demasiado delicado. Pero mi señor padre puede. Y mi madrastra, también.

Tavi tomó nota de aquel hecho para recurrir a él en el futuro.

—¿Crees que Ceres resistirá?

Max se sumió en un breve silencio.

—No —admitió—. Cereus no es un soldado, se está haciendo viejo y no tiene un heredero que le ayude en el combate. —Su voz adquirió un tono de enojo—. Su hija Veradis tiene talento, pero en su mayor parte para curar. Y es realmente fría.

Tavi se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—¿Es guapa?

—Mucho.

—¿Te rechazó?

—Al menos un centenar de veces. —El tono de Max se volvió tenebroso de nuevo—. Kalarus es una potencia. Incluso mi señor padre lo cree así. Y ese pequeño cabroncete retorcido de Brencis también me estuvo engañando sobre lo fuerte que era. Cereus no los puede vencer. Y si el Primer Señor se enfrenta a ellos, le dará la espalda a Aquitania. Está atrapado.

Cayó el silencio y Tavi contempló cómo los relámpagos jugueteaban a través de las nubes.

—Supongo que debería estar acostumbrado a esto.

—¿A qué?

—A sentirme muy pequeño —respondió Tavi.

Max dejó escapar una carcajada.

—¿Pequeño? Cuervos, Tavi. Has desbaratado golpes de estado orquestados por los dos Grandes Señores más poderosos del Reino. Dos veces. No conozco a nadie menos pequeño que tú.

—Suerte —replicó Tavi—. Suerte en su mayor parte.

—Un poco —reconoció Max—. Pero no en su totalidad. Demonios, hombre, si tuvieras furias...

Los dientes de Max hicieron un ruido al cerrarse de golpe y ahogar la frase, pero Tavi sintió las punzadas ya familiares de la frustración y el deseo.

—Lo siento —se disculpó Max un momento después.

—Olvídalo.

—Sí.

—Solo me gustaría que pudiéramos hacer algo —reconoció Tavi—. Algo. Aquí estamos atrapados en medio de la nada mientras el Reino lucha por sobrevivir. —Movié una mano—. Reconozco que esta legión aún no está preparada para combatir. Que nadie está seguro de que se pueda confiar en ella, ya que la tropa y la oficialidad están compuestas por hombres procedentes de todas partes. Pero me gustaría que pudiéramos hacer algo más que quedarnos aquí sentados, entrenar y —señaló con un gesto la parte trasera del carromato— hacer las compras.

—A mí también —asintió Max—. Pero no podemos decir que fuéramos a disfrutar del combate si estuviéramos allí. Esta legión no iba a durar mucho. La misión de guardar el puente es aburrida, pero al menos no hará que nos maten.

Tavi gruñó y se volvió a quedar en silencio. Por fin se veían las luces de las furias del pueblo de Elinarch, así como la enorme extensión iluminada del puente. Un centenar de metros más tarde, a Tavi se le erizó el vello de la nuca como si quisiera llegar a las cejas.

Max no era un artífice del agua terriblemente diestro, pero tenía el talento en

bruto, como bien sabía Tavi. Por eso debió de sentir la inquietud repentina de Tavi. Max se puso tenso.

—¿Qué pasa? —susurró.

—No estoy seguro —respondió Tavi—. Pero me parece que he oído algo.

—No veo cómo, alerano —intervino una voz que se encontraba a menos de un metro por detrás de la cabeza de Tavi—. Las piedras y los peces tienen mejor oído que tú.

Tavi se dio la vuelta, y sacó la daga del cinturón. La reacción de Max fue más rápida: dio un giro de cintura y lanzó hacia atrás un brazo cargado con el poder que le proporcionaban las furias.

Un relámpago rojo bañó el paisaje durante un par de latidos, y Tavi vio la sonrisa de Kitai al comprobar que el brazo de Max no le daba por unos pocos centímetros. Estaba agachada encima de los sacos de grano, la cara pálida brillando dentro de la capucha. Llevaba puesta la misma ropa andrajosa que Tavi le había visto antes, aunque la venda de los ojos estaba bajada y colgaba suelta alrededor del cuello. Por suerte no desprendía el mismo hedor.

—Sangre y cuervos —escupió Max, y los caballos se removieron nerviosos. El carromato se bamboleó hasta que los hubo controlado de nuevo—. ¿Embajadora?

—Kitai —saludó Tavi, quien ahora comprendía la reacción extraña e instintiva que había sentido—. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando —respondió con un arqueado de ceja—. Obviamente.

Tavi la miró de reojo. Kitai sonrió, se inclinó hacia delante y le dio un beso firme e intenso en los labios. El corazón de Tavi se aceleró de repente y sintió que le faltaba el aliento. En realidad no tenía intención de levantar la mano para agarrarla de la capa y acercarla más, pero Kitai dejó escapar un sonido de placer un instante más tarde y lentamente se fue retirando. Tavi se quedó mirando sus ojos exóticos y maravillosos, e intentó ignorar las repentinas llamaradas de necesidad que le recorrieron la carne.

—El mundo no es justo —suspiró Max—. En medio de la nada, en medio de la maldita nada, y vas y encuentras a una mujer. —Tiró de las riendas para detener a los caballos—. Seguiré a pie. Te veré por la mañana.

Kitai dejó escapar una risita malévola.

—Tu amigo es sabio. —Entonces desapareció la sonrisa—. Pero no he venido para que nos complazcamos el uno en el otro, alerano.

Tavi intentó hacer caso omiso del ansia que se despertó como consecuencia del beso, y se dispuso a ordenar sus pensamientos. Kitai bien podía saltar de un hilo de pensamiento a otro con suma agilidad, pero Tavi no compartía ese talento y, aunque podía ver la preocupación evidente en su expresión, tardó un latido o tres en preguntarle:

—¿Qué ha ocurrido?

—Alguien ha venido al campamento —le explicó Kitai—. Aseguraba que tenía un mensaje para tu capitán Cyril, pero los guardias de servicio lo despidieron y le dijeron que volviera por la mañana. Les dijo que era lo suficientemente importante como para que despertaran al capitán, pero no lo creyeron y...

—¿Y qué? —interrumpió Max, mientras miraba a Tavi—. Ocurre continuamente. Casi todos los mensajeros que envía todo el mundo cree que se acabará el mundo si no lo reciben de inmediato. El capitán de una legión también necesita dormir. Nadie quiere sacarlo de la cama.

Tavi frunció.

—En tiempos de paz —aclaró en voz baja—. Estamos en guerra, Max. Los capitanes necesitan toda la información que puedan conseguir, y aquí fuera estamos prácticamente a ciegas. Cyril cursó órdenes para que hicieran pasar de inmediato a cualquier mensajero. —Tavi le frunció el ceño a Max—. Así que cabe preguntarse por qué no obedecieron las órdenes.

—Hay más —prosiguió Kitai—. Cuando el mensajero se fue, los guardias salieron detrás de él y...

—¿Y qué? —exigió Tavi con los pensamientos disparados—. Max. ¿Quién está de servicio en la puerta esta noche?

—La centuria de Erasmo. Creo que la octava lanza.

—Malditos cuervos —exclamó Tavi con voz lúgubre—. Son de Kalare. Irán detrás de él e interceptarán el mensaje.

Kitai bufó de frustración y puso una mano pálida, delgada y fuerte sobre la boca de Tavi y otra sobre la de Max.

—Por el Único, alerano, ¿vas a cerrar la boca durante un solo instante y me vas a dejar terminar? —Se inclinó hacia delante con los ojos brillando intensamente—. El mensajero era Ehren.

—Espera —exclamó Max—. ¿Ehren? ¿Nuestro Ehren?

Antes de que terminara la frase, Tavi ya había saltado del carromato. Un latido más tarde ya había desenganchado uno de los caballos del arnés de tiro. Al hacerlo, Kitai liberó al otro. Tavi se agarró de las crines del primer caballo y saltó sobre el lomo desnudo. Tiró con fuerza del peso de la armadura al hacerlo. Kitai le lanzó a Max las largas riendas del segundo caballo antes de coger la mano extendida de Tavi y montar detrás de él.

—Nuestro Ehren —repitió Max pesadamente—. De acuerdo.

El gran antilano movió la cabeza mientras bajaba del carromato y se montaba en el caballo de tiro, que bufó y meneó la cabeza.

—Deja de quejarte —le ordenó Max, y señaló en dirección a Tavi.

Tavi sonrió y espoleó al caballo, que emprendió una carrera de pasos pesados. Podía sentir uno de los brazos delgados y abrasadores de Kitai alrededor de la cintura. Tavi se agarraba con cuidado de las crines del caballo. Había aprendido a montar bastante bien en la capital, pero apenas lo había hecho sin silla y conocía sus límites.

—¿En qué puerta estaba? —le preguntó a Kitai.

—Al norte del río y al oeste de la ciudad —le respondió Kitai.

A su lado, Max cabalgaba con la misma despreocupación con que lo hacía casi todo. Tavi sabía que Max había aprendido a montar a caballo casi a la vez que a andar.

—¿Sabía que lo estaban siguiendo?

—Ehren lo sabe —respondió Tavi con firmeza.

—Supongamos que soy Ehren —especuló Max—. Y una cantidad indeterminada de desconocidos me está siguiendo. ¿Adónde voy? —Max frunció el ceño—. Espera. En primer lugar, ¿qué cuervos estoy haciendo aquí? Creía que a Ehren lo habían enviado a Frigia.

—¿Te diste cuenta de que se llevó todos esos caramelos de menta que tenía por todas partes? —le preguntó Tavi.

—Sí. Creía que le gustaba la menta.

—No. Se marea.

Max frunció el ceño.

—Pero Frigia está a miles de kilómetros del mar y... ¡Oh!

Tavi asintió.

—Supongo que tenía órdenes de mantenerlo en secreto, pero sospecho que lo enviaron a las islas.

Max gruñó.

—Bien, soy Ehren, que es un pequeño sabelotodo como Tavi, y estoy de regreso

de las islas. Me persiguen unos hombres perversos que me quieren hacer algo malo. ¿Adónde voy?

—A algún sitio que te ofrezca más alternativas —respondió Tavi—. Donde te puedas ocupar de ellos de la manera más adecuada y discreta posible.

Se calló durante un momento y entonces los dos dijeron al unísono:

—Los muelles.

Apretaron el paso. Tavi iba delante. Unos relámpagos ronc y secos iluminaron el camino y dejaron destellos de un fuego mortecino que hacían que las sombras fueran más profundas y traicioneras. Tavi podía orientarse con las luces de furia en la ciudad y sobre el Elinarch, pero casi no podía ver lo que tenía dos metros por delante. Tenían que andarse con prisas, pero no podrían ayudar a Ehren si se partían la crisma con unas ramas o les rompían las patas a sus monturas en los baches del camino, de modo que Tavi empezó a frenar la marcha.

—No —le dijo Kitai al oído.

El brazo que le rodeaba la cintura cambió de posición y agarró la mano con la que Tavi sostenía las crines. Tiró la mano hacia la derecha y el caballo alteró el curso, seguido por la montura de Max. Brillaron los relámpagos y Tavi vio las fauces negras de un bache de bordes afilados. Lo evitaron por muy poco.

Kitai se inclinó hacia delante y Tavi sintió su mejilla contra la suya mientras ella sonreía.

—Seré tus ojos, alerano ciego.

Tavi sintió cómo se le estiraba la boca con una sonrisa para igualar la de ella, y le gritó a su montura, a la que obligó a ir todo lo deprisa que pudiera.

Entraron en el pueblo a través de la puerta oriental. Les gritaron el santo y seña a los legionares de guardia. Retumbaban en las calles empedradas, mientras los pesados cascos de acero de los caballos hacían saltar chispas sobre las piedras. La puerta occidental del pueblo estaba desguarnecida y ligeramente abierta. Cuando se aproximaron a ella, Max levantó un ciclón en miniatura que golpeó contra la puerta y acabó de abrirla. Una vez la hubieron atravesado, cambiaron el rumbo y rodearon la muralla de la ciudad hasta la orilla del río.

La ciudad de Elinarch se había fundado como un sencillo campamento de las legiones, y se extendía a ambos lados del puente. En el siglo que había transcurrido desde entonces, su población se había extendido más allá de las murallas originales, y habían erigido casas y negocios extramuros, sobre todo las amplias instalaciones portuarias para el tráfico que llegaba al pueblo a través del río. Los muelles y los embarcaderos de madera se habían extendido cientos de metros más allá del emplazamiento original del pueblo, en ambas orillas del río.

En los muelles atracaban barcos y botes que llevaban una cantidad creciente de marineros. Ello había dado lugar a una inevitable, aunque modesta, industria del vicio

y de la corrupción. Se habían construido vinaterías, salas de juegos y casas de placer sobre los embarcaderos y las barcazas ancladas de manera permanente. Había muy pocas luces de furia en los muelles, en parte porque nadie quería la proximidad del fuego de furia más pequeño cerca de una madera tan vieja, y en parte porque la oscuridad era lo más adecuado para la naturaleza clandestina de los negocios que se desarrollaban allí.

Tavi desmontó del caballo y ató las riendas en el poste de madera más cercano.

—Conociendo a Ehren, ¿por dónde miramos?

—Al muchachito le gusta planear por anticipado —respondió Max—. Llegaba pronto a las clases. Reservaba tiempo para estudiar.

Tavi asintió.

—Lo más seguro es que haya preparado un lugar por si tenía que huir o luchar. Algo con lo que distraer a la gente mientras se escabullía. —Tavi hizo un gesto hacia una serie de edificios grandes y espaciosos, construidos directamente bajo las piedras elevadas del Elinarch—. Almacenes.

Los tres partieron a grandes zancadas. A Tavi le resultó bastante llevadero, aunque le dolía la pierna a causa del esfuerzo. El primer almacén estaba abierto e iluminado mientras los arrieros de la legión descargaban los carromatos de alimentos que los subtribunos Logística habían conseguido reunir. El que habían dejado en el camino era un ejemplo. Haradea, el subtribuno Logística más veterano, era un joven de ojos acuosos procedente de Rodas. Apartó la mirada de un libro de contabilidad y le frunció el ceño a Tavi.

—¿Scipio? ¿Dónde está tu carromato?

—De camino —respondió Tavi, refrenando el paso—. ¿Has visto esta noche a alguno de los hombres de la octava lanza de Erasmo?

—Acaban de pasar, no hará ni cinco minutos. Persegúan a un ladrón —respondió, señalando con el pulgar—. Pero creía que estaban de guardia en la puerta y no de ronda nocturna.

—Erasmo también lo creía —improvisó Tavi—. No hay nadie en la puerta.

Haradea movió la cabeza y repasó su lista.

—Aquí. Vendajes. Haré que le envíen unos cuantos a Erasmo cuando haya acabado de azotarlos.

Max gruñó en voz baja.

—¿Crees que tendrá ataúdes?

—Vamos —ordenó Tavi y volvió a acelerar.

Encontraron el cuerpo en las sombras al lado del quinto almacén de la fila, y el corazón de Tavi casi se le salió por la boca cuando vislumbró el bulto negro en la oscuridad.

—¿Es...?

—No —respondió Tavi—. Un legionare. Es mayor que Ehren y lleva barba. —Se inclinó y movió el cadáver con despreocupación. La luz se reflejó en el acero durante un segundo—. Un cuchillo en el cuello. Buen lanzamiento.

—Shhh —chistó Tavi y levantó una mano.

Se quedaron en silencio durante un momento. El río susurraba perezoso de vez en cuando por debajo de ellos. Los embarcaderos de madera crujían y gruñían. Tavi oyó a un par de hombres discutiendo con voces tensas y contenidas para que no se pudieran oír desde lejos. Después se oyó un golpe pesado.

Tavi sacó la espada de la manera más silenciosa que pudo y le hizo un gesto a Max. Recorrieron la pasarela a paso ligero. Fueron capaces de deslizarse detrás de un grupo de siete legionares. Uno de ellos sostenía una lámpara de furia mortecina, y otros dos hablaban. Los cuatro restantes formaban un semicírculo alrededor de un cobertizo para almacenar leña. Medía metro y medio de alto y otro tanto de ancho, y unos tres metros de profundidad, y estaba muy mal conservado. Uno de los legionares se apretaba con fuerza un brazo herido contra el cuerpo, y había improvisado un vendaje en la mano con un pañuelo.

Max entornó los ojos y se agachó, pero Tavi levantó una mano en un gesto silencioso para indicarle que se detuviera. Un segundo gesto conminó a Max a seguirlo. Tavi entró con decisión en el círculo de luz mortecina que desprendía la lámpara.

—¿Y vosotros qué creéis que estáis haciendo? —les recriminó.

Los legionares se giraron a toda prisa y lo miraron. Los dos hombres que estaban discutiendo se quedaron helados; sus gestos delataban sorpresa y culpa a partes iguales. Tavi los reconoció, aunque no sabía sus nombres, excepto el del hombre herido. Se trataba de Nonus, el legionare que le había dado problemas a Tavi el primer día en el campamento. Su compañero Bortus estaba incómodo a su lado. Aunque nadie le había hecho el menor comentario al respecto, Tavi sospechaba que una discreta conversación de Max había convencido a Valiar Marcus para transferirlos a la centuria de Erasmo, un centurión menos veterano de su cohorte. Sin duda, aquello habría conllevado una reducción de la paga.

—¿Y bien? —exigió Tavi—. ¿Quién es el jefe de este penoso grupito?

—Señor —murmuró uno de los que estaban discutiendo. Llevaba el yelmo desabrochado, y las carrilleras se movían sueltas. Hablaba con acento de Kalare—. Soy yo, subtribuno Scipio.

Tavi ladeó la cabeza y mantuvo la mirada fija con un gesto cada vez más lúgubre.

—¿Nombre, soldado?

El hombre miró incómodo a su alrededor.

—Yanar, señor.

—Yanar. ¿Me quieres explicar por qué uno de tus hombres está muerto en el

callejón y otro herido, en lugar de estar en vuestro maldito puesto?

—¡Señor, han asesinado a Creso!

—Ya me lo imaginaba, por la forma que le salía un cuchillo del cuello —replicó Tavi con tono tranquilo y sarcástico—. Pero no creo que eso tenga mucha importancia. ¿Por qué lo han asesinado ahí y no en su puesto?

—¡Estamos persiguiendo a un criminal, señor! —tartamudeó Yanar—. Ha huido.

—Sí, jefe de lanza. También puedo deducir que si lo estáis persiguiendo es porque lo más probable es que haya huido. Pero ¿por qué estáis aquí en lugar de estar en vuestro puesto?

—Yanar —gruñó uno de los legionares.

Era un hombre de mediana estatura y constitución delgada, con ojos y cabello oscuros. Tavi no sabía cómo se llamaba.

—Solo es un subtribuno pretencioso. —Movi6 la cabeza hacia el cobertizo de almacenamiento—. Quizás intenta ayudarnos. Le decimos que no lo haga, pero quizá vaya a ser el primero. Quizá nuestro muchacho los ha matado a él y a Creso.

Yanar dio la espalda a Tavi con una mirada muy fea y especulativa en los ojos.

—Cuidado, Yanar —le advirtió Tavi con voz tranquila—. Te estás acercando a la traición.

—Solo es traición si te atrapan —replicó el hombre oscuro.

Yanar entornó los ojos mientras miraba a Tavi.

—M... —empezó a decir.

Tavi supuso que el hombre iba a decir «mátalo», pero decidió que no iba a perder unos segundos perfectamente aprovechables escuchándolo. Dio un salto hacia delante y golpeó de arriba abajo con el gladius. El golpe impactó en la coronilla del yelmo desabrochado de Yanar, que salió disparado hacia delante y hacia abajo, le rompió la nariz al legionare e impactó con fuerza en una mejilla. Tavi golpeó su hombro blindado contra el pecho de Yanar, a quien derribó, se agachó ante el ataque con la espada y le dio una patada en la rodilla al hombre oscuro. Le aplastó la articulación y lo arrojó al suelo con un grito de dolor.

Tavi desvió otro tajo de una espada y atacó, lo que obligó al legionare a reaccionar con un contraataque digno de manual y que habría sido excelente en el caos de la batalla. Pero no era un movimiento adecuado para una pelea callejera. Tavi apartó su hoja de la del contrincante, dio un paso hacia delante en diagonal y lanzó su puño blindado contra la nariz del hombre aprovechando toda su fuerza, así como la inercia del oponente, a quien dejó aturdido durante un instante. Tavi le golpeó la sien al hombre del yelmo con el pomo de la espada; este se derrumbó con gran estrépito. Max se colocó rápidamente al lado de Tavi, pero los legionares que lo rodeaban se habían retirado, aturdidos por un ataque tan repentino y despiadado.

—No está mal —observó Max.

Tavi se encogió de hombros.

—De acuerdo, caballeros —les gruñó Tavi a los demás—. Ahora mismo, solo habéis abandonado vuestro puesto, supongo que por órdenes de este idiota. —Tavi señaló con la espada al inconsciente Yanar—. El castigo por ese acto no será agradable, pero tampoco terrible. Si alguien quiere añadirle insubordinación, negarse a obedecer a un oficial e intento de asesinato a la lista de ofensas puede seguir con el arma en la mano y darme más problemas.

Sobrevino un breve silencio. Entonces Nonus tragó saliva, sacó la espada y la dejó caer al embarcadero. Bortus siguió su ejemplo, al igual que los demás legionares.

—Regresad a vuestro puesto —ordenó Tavi con voz fría—. Esperad allí a que os releven mientras saco a vuestro centurión de su camastro y lo envío a que arregle esto con vosotros.

Los hombres gesticularon de dolor.

—¿Señor? —intervino Nonus—. ¿Y el ladrón, señor? Ha matado a un legionare. Es peligroso.

Tavi lo miró.

—Tú, en el cobertizo. Estás bajo arresto y sujeto a las leyes de la Corona. Sal ahora mismo, desarmado, y me aseguraré de que te tratan de acuerdo con la justicia de la Corona.

Un momento después, Ehren apareció en la puerta del cobertizo. Tenía más músculos de los que recordaba Tavi, y la exposición al sol le había dado a su piel un color marrón oscuro que había hecho desaparecer casi todo el color de su cabello. Iba vestido con ropas sencillas y algo andrajosas, y tenía las manos vacías y levantadas. Abrió los ojos de par en par cuando vio a Tavi y a Max, y respiró hondo.

—Mantén cerrada la maldita boca —le ordenó Tavi secamente—. Centurión. Tómallo bajo custodia.

Max se acercó a Ehren y, como a desgana, le retorció el brazo al hombrecillo que tenía detrás de él, haciendo el tipo de presa con que se conduce a los cautivos. Acto seguido salió con él del callejón.

—Tú, tú y tú —ordenó Tavi, señalando a los legionares—. Recoged a estos idiotas del suelo. —Caminó por las inmediaciones, recogiendo las armas que habían tirado al suelo, y se las fue colocando bajo los brazos como si fuera leña—. Tú —ordenó Tavi cuando Nonus recogió del suelo al hombre oscuro—. ¿Cómo te llamas?

El hombre entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

—Tú mismo —concluyó Tavi, y se dio la vuelta para conducir a los hombres fuera del callejón.

Una sensación repentina de pánico le golpeó como si le hubiera caído encima agua fría.

—¡Alerano! —gritó la voz de Kitai.

Tavi dejó caer las espadas y se echó hacia delante, por encima de ellas, al mismo tiempo que se daba la vuelta. El hombre oscuro se había librado de Nonus y ahora tenía en la mano un cuchillo curvado y de aspecto perverso. Descargó con todas sus fuerzas un golpe dirigido al pescuezo de Tavi, quien rodó a su encuentro. El cuchillo falló por un pelo. Tavi consiguió agarrarlo del brazo y lo hizo tambalearse con un fuerte estirón cuando cedió la rodilla aplastada.

Gritó y cayó, pero recuperó el equilibrio, sin soltar el cuchillo de la mano.

Kitai saltó desde el tejado del cobertizo y aterrizó detrás de él. Lo aplastó contra el embarcadero. Agarró la cimera del yelmo con una mano, el cuello de la túnica con la otra y, con un gruñido, le golpeó la cabeza en el suelo, atravesando las planchas y destrozando los listones de madera que había debajo de su cara. Lo dejó allí con la cabeza atrapada.

Entonces la mujer marat lo agarró por los hombros y los giró.

El cuello del hombre oscuro se rompió con un crujido terrible.

—Cuervos —maldijo Tavi, mientras se acercaba al lado del hombre e intentaba encontrar el pulso en la muñeca. Pero estaba más que muerto—. Quería que hablase —le explicó a Kitai.

Sus ojos verdes y felinos casi brillaban en las sombras.

—Quería matarte.

—Por supuesto —asintió Tavi—. Pero ahora no podremos descubrir quién era.

Kitai se encogió de hombros y se agachó a recoger el cuchillo curvo, que ahora se encontraba bajo la mano inerte del cadáver. Lo sostuvo en alto y proclamó:

—Cuervo de sangre.

Tavi miró el cuchillo y asintió.

—Eso parece.

—¿Subtribuno Scipio? —llamó Max.

—Ya voy —respondió Tavi, mientras miraba a Nonus y a los demás legionares que lo miraban con incredulidad.

—¿Quién sois? —preguntó Nonus en voz baja.

—Un soldado listo sabe mantener la boca cerrada —respondió Tavi sin perder la calma—. Bastantes problemas habéis creado por un solo día.

Nonus tragó saliva y saludó.

—Moveos —ordenó Tavi levantando la voz.

Recuperó las espadas de los legionares mientras estos se iban y se pasó por dentro del cinturón el cuchillo curvado de Kalare.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Kitai en voz baja.

—Ahora se lo vamos a explicar todo a Cyril —respondió Tavi con tranquilidad—. Ehren..., Yanar... Todo esto. El capitán sabrá lo que hay que hacer. —Más

relámpagos rojos juguetearon por encima de sus cabezas, y Tavi sintió un escalofrío —. Vamos. Me da la sensación de que no tenemos tiempo que perder.

—Isana —murmuró Giraldi—. Estatúder, lo siento, pero no disponemos de tiempo. Es necesario que despertéis.

Isana intentó durante un momento permanecer en la oscuridad dichosa del sueño, pero entonces se forzó a abrir los ojos e incorporarse. Se sentía completamente entumecida y extenuada, y tan solo quería tumbarse de nuevo.

Pero no contemplaba esa posibilidad.

Isana parpadeó para apartar el cansancio de los ojos.

—Muchas gracias, centurión.

—Señora —saludó Giraldi con un gesto y se apartó un paso de la cama.

Veradis levantó la mirada desde su asiento al lado de Fade y la bañera de sanador. Le sostenía la mano al esclavo inconsciente.

—Mis disculpas, estatúder —murmuró la sanadora con una débil sonrisa—. Hoy no puedo concederos más que una hora.

—Está bien, Veradis —replicó Isana—. Si no me hubierais dado la oportunidad de dormir algo, no habría resistido tanto. Necesito un momento para...

Veradis asintió con un sonrisa desdibujada.

—Por supuesto.

Isana se fue a los servicios y regresó para arrodillarse al lado de Veradis, deslizar su mano entre la de Fade y ella, y recuperar el control del esfuerzo constante en el artificio de las furias necesario para luchar contra la infección. La primera vez que le entregó el artificio a Veradis había sido una maniobra difícil y delicada, posible solo por lo muchísimo que se parecían sus estilos de utilizar las furias. Las constantes repeticiones a lo largo de los últimos veinte días habían convertido una proeza extraordinaria en mera rutina.

«O eran veintiuno —pensó Isana, agotada—. O diecinueve». Los días se empezaban a confundir en cuanto las nubes bajas y pesadas de la tormenta se habían cernido sobre la ciudad. Incluso ahora, se movían inquietas sobre sus cabezas, y brillaban con truenos deprimentes y luces carmesíes, pero retenían la lluvia que los debería haber acompañado. La tormenta sumergía el mundo en una penumbra y oscuridad continuadas, y ella no tenía manera de medir el paso del tiempo.

Aun así, Isana había conseguido, no sin esfuerzo, seguir adelante con el artificio de las furias que era la única esperanza de Fade. Sin la participación de Veradis, que le había concedido una o dos horas para dormir de vez en cuando, Fade llevaría muerto mucho tiempo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Isana, mientras se instalaba en el asiento del que se acababa de levantar Veradis.

La joven sanadora ató una vez más la mano de Isana a la de Fade con un cordón

suave.

—La podredumbre ha perdido algo de terreno —respondió Veradis en voz baja—. Pero lleva demasiado tiempo en la bañera y no ha ingerido ningún alimento. Su piel está desarrollando una serie de llagas que... —Movi6 la cabeza, respir6 hondo y volvi6 a empezar—. Ya sab6is lo que ocurre en esos casos.

Isana asinti6.

—Otras enfermedades est6n intentando entrar.

—Se est6 debilitando, estat6der —sigui6 Veradis—. Si no reacciona pronto...

La puerta de la habitaci6n se abri6 de golpe y les interrumpi6.

—Lady Veradis —llam6 con un tono de voz tenso y urgente un legionare armado—. Deb6is daros prisa. Se est6 muriendo.

Veradis esboz6 una sonrisa hueca con los ojos hundidos y cansados, antes de ponerse en pie.

—No s6 si podr6 volver de nuevo —le anunci6 a Isana en voz baja.

Isana asinti6. Veradis se dio la vuelta y sali6 de la habitaci6n con pasos r6pidos, tranquilos y decididos.

—Describe la herida —orden6.

La descripci6n del herido de un golpe con una maza pesada se fue diluyendo a medida que se alejaban por la sala.

Giraldi contempl6 c6mo se iban.

—¿Estat6der? —murmur6—. Deb6is comer. Os voy a traer un caldo.

—Muchas gracias, Giraldi —dijo Isana en voz baja.

El viejo soldado abandon6 la habitaci6n y ella volvi6 su atenci6n al artificio dentro de Fade.

El dolor ante su exposici6n a las sustancias que hab6a en el organismo de Fade no hab6a disminuido en lo m6s m6nimo. No obstante, se hab6a convertido en algo familiar, algo que conoc6a y que pod6a dominar. Cuanto m6s cansada estaba, d6a tras d6a, m6s dif6cil le resultaba distinguirla como una entidad separada del cansancio de su cuerpo y menos importancia le conced6a.

Se instal6 c6modamente en el asiento con los ojos abiertos, pero sin fijar la mirada. La infecci6n que anidaba en el interior de Fade se hab6a convertido en una imagen rotunda. Se la imaginaba como un mont6n de piedras redondas, cada una de ellas s6lida y pesada, pero que tambi6n se pod6an mover. Esper6 durante un momento hasta que los latidos de su coraz6n y la cadencia lenta de su respiraci6n se igualaron con los del hombre herido. Entonces visualiz6 como cog6a la piedra m6s cercana, la levantaba, se la llevaba a un lado y la tiraba a una corriente imaginaria y amorfa. Despu6s repiti6 la acci6n de manera deliberada y decidida, una piedra tras otra.

No sab6a cu6nto tiempo hab6a pasado mientras se concentraba en ayudar al cuerpo de Fade a luchar contra la infecci6n, pero de repente sinti6 una presencia a su lado en

el imaginario montón de rocas.

Allí estaba Fade, quien fruncía el ceño ante el montón de piedras. No tenía el mismo aspecto que en la bañera de sanador, donde se veía desgastado, demacrado y agotado. En su lugar, se le apareció como un hombre joven, delgado y con un cuerpo que aún no se había desarrollado del todo. Tenía el cabello cortado al estilo de las legiones, su rostro no lucía la cicatriz de la marca de cobardía, y vestía los pantalones y la túnica sencillas de un soldado libre de servicio.

—Hola —saludó—, ¿qué haces aquí?

—Estás enfermo —le explicó a la imagen—. Necesitas descansar, Fade. Déjame que te ayude.

Ante la mención de su nombre, la figura imaginaria frunció el ceño. Sus rasgos cambiaron durante un momento, envejecieron y la cicatriz de la marca de cobardía apareció en su piel. Se tocó la cara con el ceño fruncido.

—Fade... —murmuró. Entonces abrió los ojos de par en par, miró a Isana y de pronto sus rasgos envejecieron, le creció el cabello y reaparecieron las cicatrices—. ¿Isana?

—Sí —murmuró ella.

—Me han herido —recordó y parpadeó como si intentara concentrarse—. ¿No estamos en Ceres?

—Sí —respondió Isana—. Estás inconsciente. Estoy intentando curarte.

Fade movió la cabeza.

—No comprendo lo que está pasando. ¿Esto es un sueño?

Era una idea interesante. Isana se detuvo a analizarla.

—Es posible. Estoy en un estado mental cercano al sueño. Llevas unos cuantos días con fiebres, y he estado en estrecho contacto contigo casi todo el tiempo a través de Rill. He sentido coletazos de algunos de tus sueños, pero no has dejado de tener fiebre. Casi todo era confusión.

Fade sonrió un poco.

—Entonces, esto debe de ser tu sueño.

—Se podría decir así —replicó Isana.

—Días... —Frunció el ceño—. Isana, ¿este tipo de artificio no es muy peligroso?

—No tanto como no hacer nada, me temo —le respondió.

Fade movió la cabeza.

—Quiero decir para ti.

—Estoy preparada para ello —aclaró Isana.

—No —replicó Fade de manera abrupta—. No, Isana. No debes correr este tipo de riesgos por mí. Que lo haga otro.

—No hay nadie más —explicó Isana en voz baja.

—Entonces tienes que parar —exigió Fade—. No puedes sufrir daño por mi

causa.

De vuelta en el mundo físico, Isana sintió de manera casi imperceptible como Fade se empezaba a mover. Era su primer movimiento en días. Intentaba apartar la mano de la suya, pero de manera muy débil.

—No —negó Isana con firmeza. Se acercó para coger la siguiente piedra y reanudar su labor constante—. Déjalo, Fade. Debes descansar.

—No puedo —replicó Fade—. No puedo ser el responsable de causarte más daño. Malditos cuervos, Isana. —Su voz se tiñó de un dolor angustioso—. Ya te he fallado lo suficiente.

—No, no lo has hecho.

—Juré protegerlo —le recordó Fade—. Y cuando más me necesitaba, lo dejé morir.

—No —negó Isana en voz baja—. Te ordenó que nos sacaras del valle, para protegernos.

—Debí desobedecer la orden —replicó Fade con una voz cargada de súbita maldad y teñida de desprecio por sí mismo—. Mi deber era protegerlo a él. Preservarlo. Ya había perdido a dos de sus *singulares* por mi culpa. Yo fui quien dejó lisiado a Miles. Quien apartó a Aldrick de su servicio. —Sus manos se cerraron en puños—. Nunca lo debí dejar. No importaba lo que dijese.

—Fade —dijo Isana en voz baja—. Lo que mató a Septimus tuvo que ser demasiado poderoso como para que nadie pudiera detenerlo. Era el hijo del Primer Señor, y tan poderoso como su padre. Quizá más. ¿Crees de verdad que habrías podido conseguir un resultado diferente?

—Es posible —respondió Fade—. Fuera lo que fuese que mató a Septimus, lo podría haber detenido. O al menos lo podría haber frenado lo suficiente como para que él pudiera acabar con él. Con haber podido protegerlo solo durante un segundo me habría bastado, aunque hubiera muerto en el intento.

—O no —replicó Isana con tranquilidad—. Puede que hubieras muerto inútilmente con él. Sabes que él no lo habría querido.

Fade apretó los dientes, de manera que los músculos tensos de la mandíbula distorsionaban las líneas de su cara.

—Debería haber muerto con ellos. Desearía haberlo hecho. —Movié la cabeza—. Una parte de mí murió ese día, Isana. Araris Valeriano. Araris el valiente. Hui del combate. Abandoné la compañía del hombre a quien había jurado que protegería.

Isana se detuvo y tocó la marca en su cara.

—Eso solo fue un disfraz, Araris. Una coartada. Una máscara. Tenían que pensar que habías muerto para que pudieras proteger a Tavi.

—Fue un disfraz —reconoció Araris con amargura—. Pero también era la verdad. Isana suspiró.

—No, Fade. Eres el hombre más valiente que he conocido nunca.

—Lo abandoné —repitió—. Lo abandoné.

—Porque él quería que nos protegieras.

—Y también le fallé en eso. Dejé que tu hermana muriera.

Isana sintió cómo una punzada de un dolor evocado le atravesaba el pecho.

—No podías hacer nada. Tú no tuviste la culpa.

—Sí que la tuve. Debería haber visto a ese marat. Lo debería haber detenido antes... —Fade se tapó las orejas con las manos y movió la cabeza—. Ya no puedo seguir haciendo esto, no lo puedo ver, verte, estar allí, mi señor, por favor, déjame, déjame ir con mi señor, lo abandoné, marca de cobardía, corazón cobarde...

Se perdió en un balbuceo incoherente y, cuando el cuerpo se movió débilmente en la bañera de sanador, intentando apartar la mano de la de Isana, la imagen de Fade se volvió a desvanecer, y dejó a Isana sola con la montaña de piedras imaginarias.

Ella volvió al trabajo.

Más tarde parpadeó, obligándose a devolver sus pensamientos durante un momento a la cámara de la ciudadela de Cereus. Miró la habitación. Fade yacía en la bañera, y le temblaban los músculos con pequeños espasmos carentes de pauta. Levantó la mano libre para tocarle la frente y confirmó lo que ya sabía.

Fade había renunciado a luchar. No se quería recuperar.

La fiebre había empeorado.

Se estaba muriendo.

La puerta se abrió, y Giraldi entró silenciosamente en la habitación con un tazón de caldo en la mano y se lo pasó a Isana.

—¿Estatúder?

Ella lo aceptó con una sonrisa desdibujada. Le resultaba difícil comer y mantener el alimento en el estómago, dado el dolor constante que le inflingía el artificio, pero era vital que lo hiciera.

—Muchas gracias centurión.

—Maldita sea. —Cojeó hasta la ventana y miró hacia fuera—. Cuervos, estatúder. Nunca me ha gustado entrar en combate. Pero me parece que estar aquí de esta manera es aún peor. —Los dedos de la mano de la espada se abrían y cerraban rítmicamente alrededor del bastón.

Isana sorbió el caldo poco a poco.

—¿Cómo va la batalla?

—Kalare lleva ventaja —respondió Giraldi—. Descubrió como podía atraer a los caballeros de Cereus para eliminarlos.

Isana cerró los ojos y movió la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido?

—Les ordenó a sus caballeros que atacasen el distrito residencial —respondió

Giraldi—. Incluido el orfanato más grande de la ciudad y una serie de calles donde viven legionares retirados que disfrutaban de su pensión.

Isana esbozó una sonrisa hueca.

—Grandes furias. Ese hombre es un monstruo.

Giraldi gruñó.

—Sin embargo, funcionó. —Su voz se volvió distante e impersonal—. No puedes ver durante mucho tiempo como destrozan a un anciano. No puedes escuchar durante mucho tiempo como chillan los niños. Entonces tienes que hacer algo, aunque sea estúpido.

—¿Se han producido muchas bajas?

—Kalare y su hijo participaron personalmente en el ataque. Cereus perdió a la mitad de los caballeros. En su mayoría, caballeros Aeris. De no haber intervenido el capitán Miles y los caballeros de la Legión de la Corona, no habría quedado nadie con vida. Cereus resultó herido mientras los sacaba de la trampa. El capitán Miles y él se enfrentaron a Kalarus y a su hijo en la sala principal del orfanato. Por lo que he oído, fue una batalla increíble.

—Con arreglo a mi experiencia, los rumores no suelen contener los detalles correctos —intervino una voz amable en la puerta.

Isana se dio la vuelta y descubrió al capitán Miles de pie en el quicio de la puerta, recubierto con la armadura de combate y el yelmo bajo el brazo izquierdo. La armadura y el yelmo estaba abollados y arañados en demasiados sitios como para contarlos. El brazo derecho de su túnica estaba empapado en sangre hasta el codo, y la mano descansaba sobre la empuñadura del gladius. Tenía el cabello cortado al estilo de la legión, encanecido, y olía a sudor, herrumbre y sangre. No era un hombre especialmente grande y tenía unos rasgos sencillos que le dieron a Isana la sensación inmediata de fidelidad y lealtad. Cojeó de manera apreciable al entrar en la habitación, pero aunque hablaba con Isana y Giraldi, no le quitaba ojo al hombre que yacía en la bañera de sanación.

—Cereus fingió que estaba herido para atraerlos. Se acercaron para rematarlo y yo estaba escondido entre las vigas. Golpeé al chico desde atrás y le causé una herida lo suficientemente fea como para que Kalarus se asustase y lo sacara de allí.

—Capitán —lo saludó Giraldi con un gesto—. He oído que Kalarus intentó asaros por eso, señor.

Miles se encogió de hombros.

—No estaba de humor para asados. Salí corriendo. —Saludó con un gesto a Isana—. Estatúder, ¿sabéis quién soy?

Isana miró a Fade y después a Miles. Eran hermanos, aunque Miles, como el resto de Alera, creía que Araris llevaba muerto casi veinte años.

—Os conozco —contestó en voz baja.

—Os quería pedir un favor. —Miró a Giraldi, y lo incluyó en la petición—. ¿Nos dejáis un momento en privado, estatúder?

—Está trabajando —le informó Giraldi y, aunque el tono no era irrespetuoso, tampoco estaba dispuesto a transigir—. No necesita que la distraigan.

Miles dudó durante un momento, como si no estuviera seguro de qué camino tomar.

—He hablado con lady Veradis —les informó—. Me ha dicho que es posible que no quede mucho tiempo.

Isana apartó la mirada. La desesperación la inundó durante un momento, amplificada por el cansancio, pero consiguió apartar la marea.

—Está bien, Giraldi.

El centurión gruñó. Entonces saludó a Isana con un gesto y salió por la puerta cojeando con el bastón.

—Un momento —le recordó a Miles—. Me atenderé a ello, señor.

Miles asintió y esperó a que Giraldi saliera de la habitación. Entonces se acercó al lado de Fade, se arrodilló y puso una mano sobre la cabeza del esclavo inconsciente.

—Está ardiendo —dijo Miles en voz baja.

—Lo sé —reconoció Isana—. Hago todo lo que puedo.

—Debería haber venido antes —se reprochó Miles con voz amarga—. Debería haber venido todos los días.

Desde el exterior llegó el trueno ruidoso y hueco que acompañaba un asalto con artificios de fuego, cuando el fuego explotaba de repente y se convertía en una esfera al rojo blanco. El trueno del fuego recibió unos segundos más tarde la respuesta casi continua del retumbar de la tormenta reluciente.

—Habéis estado un poco ocupado —le recordó Isana con voz hastiada.

Miles negó con un gesto.

—No era eso. Era... —Frunció el ceño—. Mi hermano mayor. Él siempre ganaba. Ha participado en muchos combates de los que debería haber salido muerto. E incluso cuando murió, consiguió regresar. Es posible que tardase veinte años, pero lo hizo. —Miles movió la cabeza—. Invencible. Quizás una parte de mí no quiere admitir que no lo es. Que puedo...

«Perderlo», pensó Isana, terminando la frase.

—¿Me puede oír? —preguntó Miles.

Isana negó con la cabeza.

—No lo sé. Ha recuperado y perdido la conciencia, pero cada día está más incoherente.

Miles se mordió el labio y asintió, e Isana sintió cuán profundos eran su dolor, su pena y su arrepentimiento. La miró con ojos asustados, casi como lo haría un niño.

—¿Es verdad lo que dice Veradis? —le preguntó—. ¿Va a morir?

Isana sabía lo que Miles quería escuchar. Sus emociones y sus ojos le estaban pidiendo una esperanza.

Miró a Miles a los ojos.

—Probablemente —respondió—. Pero no me voy a dar por vencida.

Miles parpadeó varias veces y movió la mano derecha como si se estuviera limpiando el sudor de la frente. Unas pequeñas marcas de sangre procedente de la manga le mancharon la cara.

—De acuerdo —asintió en voz baja. Entonces se acercó a Fade—. Rari. Soy Miles. Estoy... —Dejó caer la cabeza porque no encontraba las palabras—. Estoy aquí, Rari. Estoy aquí.

Levantó la mirada hacia Isana.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

Isana negó con la cabeza.

—Él está..., está muy cansado. Y muy enfermo. Y no está luchando contra ella. No intenta recuperarse.

Miles frunció el ceño.

—Él no haría eso. ¿Por qué no?

Isana dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. Solo ha estado lúcido durante unos pocos momentos, y aun entonces no decía más que incoherencias. Quizá sea el complejo de culpa. O puede que solo esté muy cansado.

Miles miró a Fade durante un momento. Estaba a punto de hablar cuando unas botas se detuvieron delante de la puerta.

—¡Capitán! —llamó la voz gorgojeante de un joven. Tal vez se tratara de uno de los pajes de la ciudadela—. Mi señor solicita vuestra presencia de inmediato.

Miles miró a Isana.

—Ya voy —respondió. Se inclinó y apoyó la frente contra la de Fade durante un segundo. Entonces se puso en pie—. Vendré antes de... Por favor, decidle que he venido a verle.

—Por supuesto —asintió Isana.

—Muchas gracias —se despidió Miles.

Miles abandonó la habitación. Giraldi asomó la cabeza, echó un vistazo y volvió a salir. Cerró la puerta y se apoyó en ella para evitar más distracciones, supuso Isana.

Miles tenía razón. Fade no era de los que se dan por vencidos sin más. Había arrastrado durante veinte años la culpa por la muerte de Septimus, pero nunca había intentado acabar con su vida ni se había dejado llevar por la desesperación.

Tenía que ser otra cosa. Algo más.

«Malditos cuervos», pensó Isana. Si pudiera hablar con él, aunque fuera un momento... Apretó los dientes a causa de la frustración.

En el exterior, el trueno del fuego retumbaba y crujía. Los trompetas sonaban. Los tambores redoblaban. Por debajo de ellos, el rugido de ejércitos enojados. El cielo lúgubre punteado con truenos maliciosos.

Isana se terminó el caldo, alejó todas esas distracciones de su mente y volvió al trabajo.

El capitán Cyril miró a Ehren durante un buen rato. Entonces la comisura de los labios cayó en un gesto pensativo. Estudió la plata casi demasiado brillante de una de las monedas con la efigie de Gaius, que se les entregaban a los cursores como señal de su autoridad.

—¿Estás seguro? —preguntó al cabo de un eterno minuto.

—Sí, señor —respondió Ehren con tono lúgubre y sereno.

Se encontraban en el interior de la tienda de mando del capitán con los faldones bajados e iluminados por la suave luz amarilla de las lámparas de furia. Cuando llegaron, despertaron a Cyril, que se armó y los esperó sin que sus ojos conservaran el más mínimo rastro de sueño. Su ropa de cama estaba limpiamente enrollada y guardada sobre el arcón reglamentario en un rincón. Era un soldado que predicaba con el ejemplo.

Un breve silencio siguió a la respuesta de Ehren, y Magnus volvió a llenar la taza de té del capitán. Max le mostró la copa vacía a Magnus, quien arqueó una ceja y le pasó la tetera. Max sonrió, y llenó su copa y la de Tavi.

—¿Marcus? —preguntó Max.

Valiar Marcus negó con la cabeza, declinando el ofrecimiento. El centurión feo y viejo estaba de pie al lado del capitán. Se rascaba la cabeza.

—Señor, me pregunto si no será algún tipo de engaño. Los canim nunca han venido en semejante número hasta las costas de Alera.

Ehren parecía andrajoso y cansado, pero dio un respingo al oír al Primera Lanza.

—¿Me estáis llamando mentiroso, centurión?

—No —respondió el Primera Lanza, que sostuvo la mirada de Ehren—. Pero un hombre puede decir la verdad y, aun así, estar equivocado.

Ehren apretó las manos, pero Cyril lo detuvo con una mirada cortante.

—El Primera Lanza tiene razón al ser precavido, señor cursor —le dijo a Ehren.

—¿Por qué? —le reprochó Ehren.

—Por el momento —respondió Cyril—. Las legiones de Kalarus se han movilizado contra las fuerzas del Primer Señor.

Ehren se lo quedó mirando durante un momento.

—¿Qué?

Cyril asintió.

—Ceres está bajo asedio. Las fuerzas de Kalarus han aislado de momento a los Grandes Señores de Oriente. Placida y Atica son neutrales. Si Kalarus consigue crear una falsa amenaza por parte de los canim y fuerza a las legiones aleranas a responder, podría extender mucho más las fuerzas de los aliados de Gaius y quitarles la ventaja numérica.

Ehren movió la cabeza.

—Los he visto con mis propios ojos, capitán. Cientos de barcos, impulsados por una tormenta que nos impide casi por completo volar para llevar la noticia lo más rápido posible y, de este modo, sorprenderles. Esto no es una simple incursión.

El Primera Lanza gruñó.

—¿Cómo es que esta noticia no nos llega a través de los canales oficiales de la inteligencia?

—Porque desembarqué en el puerto de Redstone y descubrí que a mi contacto entre los cursores lo habían asesinado la semana anterior. No me atreví a revelar mi identidad por miedo a que los asesinos estuvieran buscando a otros cursores.

—Una explicación razonable —reconoció Cyril—. Pero imposible de confirmar. Mis órdenes son defender el puente, sir Ehren, no montar una expedición contra una raza. Estoy dispuesto a enviar una partida para verificar...

—Capitán —le interrumpió Ehren con la voz cada vez más alarmada—. No hay tiempo para eso. Mi barco se adelantó a la armada canim, pero no por mucho. De mantener el ritmo, desembarcarán en el puerto de Founderport en las próximas horas. No hay demasiados puertos en estas costas. Está claro que tienen que controlar el Elinarch, o de lo contrario se arriesgan a que los ataquen desde varias direcciones. —Señaló hacia el sur—. Vienen hacia aquí, capitán. Mañana a esta hora, tendréis la manada de batalla canim más grande de la historia de Alera pasando por encima de esa colina.

Cyril le frunció el ceño a Ehren durante un momento y después miró al Primera Lanza.

—Cuervos —murmuró Marcus, pasando un dedo por el puente lleno de baches de su nariz rota muchas veces—. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

A Tavi se le ocurrió como un destello.

—Preguntas equivocadas, centurión. —Tavi miró a Cyril y continuó—: No es «por qué», señor, sino «quién».

—¿Quién? —preguntó Cyril.

—Con quién se han aliado —explicó Tavi en voz baja.

Cayó el silencio.

—No —intervino Max al cabo de un momento—. Ningún ciudadano de Alera tendría tratos con los canim. Ni siquiera Kalarus. Eso es... No, es impensable.

—Pero es la explicación más plausible —replicó Tavi—. La tormenta nos ha cegado y nos hace muy difícil coordinarnos.

—Lo mismo le ocurre a Kalarus —señaló el Primera Lanza.

—Pero él sabía cuándo iba a ocurrir. Dónde estaban sus objetivos. Cómo los iba a atacar. Sus fuerzas ya estaban coordinadas y en marcha. —Tavi miró a Cyril—. La

tormenta le hace mucho más daño a Gaius que a Kalarus. El único problema estriba en averiguar cómo le informaron los canim a Kalarus de que estaba a punto de empezar. —Tavi se mordió el labio—. Necesitaban algún tipo de señal.

—¿Como las estrellas? —bufó el Primera Lanza, enfadado. Lanzó una maldición enojada y la mano fue a descansar sobre la espada—. El ataque de Kalarus se inició la noche de las estrellas rojas, al igual que el de los canim.

—Cuervos sangrientos —exclamó Max y movió la cabeza, incrédulo—. Cuervos sangrientos.

Cyril miró al Primera Lanza.

—Si toman el Elinarch —comentó—, llegarán directamente al corazón de Placida por el lado norte y con el río protegiendo su flanco, por lo que podrán devastar las tierras de Ceres en el sur.

—No hay ninguna legión completa en un radio de mil o mil quinientos kilómetros, señor —recordó el Primera Lanza—. Y no podemos enviar por aire ninguna petición de refuerzos. Nadie podría llegar a tiempo para mejorar la situación. —Apretó la mandíbula, que se afirmó en una línea lúgubre—. Estamos solos.

—No —le corrigió Cyril en voz baja—. Somos una legión. Si no luchamos, los que estarán solos serán los habitantes de los pueblos y las explotaciones que atacarán los canim.

—Los peces no están preparados, señor —le advirtió Valiar Marcus—. Ni las defensas del pueblo.

—Las cosas son como son. Eso es lo que tenemos. Y por las grandes furias, los legionares de Alera. —Cyril asintió con fuerza—. Lucharemos.

Los ojos del Primera Lanza brillaron y mostró los dientes en una sonrisa lobuna.

—Sí, señor.

—Centurión, llama de inmediato a mis oficiales. A todos. Ahora mismo.

—Señor —asintió Marcus, que saludó y salió de la tienda a grandes zancadas.

—Antillar, informa a la caballería y a los auxiliares para que se preparen para un despliegue inmediato. Esta noche enviaré a Fantus y a Cadius Adriano al otro lado del puente para que frenen cualquier posible avanzadilla de las fuerzas enemigas, reúnan toda la información que puedan y, llegado el caso, les den a los campesinos una posibilidad de huir.

—Señor —asintió Max, que saludó, se despidió de Tavi con un gesto y salió de la tienda a toda prisa.

—Magnus. Ve al pueblo y ponte en contacto con el consejero Vogel. Salúdalo de mi parte y pídele que envíe todos los botes que pueda río arriba para extender la noticia de la incursión canim. Pídele también que abra la armería del pueblo. Quiero todos los milicianos que seamos capaces de equipar, armados y listos para el combate.

El maestro Magnus saludó al capitán, le hizo un gesto con la cabeza a Tavi y se fue.

—Y tú, Scipio —continuó Cyril, mirando a Tavi con suspicacia—. Parece que tienes un talento especial para encontrarte con los problemas.

—Me gustaría pensar que ellos me encuentran a mí, señor.

El capitán le dedicó una sonrisa sin alegría.

—¿Comprendes todas las implicaciones de la posible relación entre Kalarus y los canim, y del intento de evitar que sir Ehren, aquí presente, nos informara?

—Sí, señor —respondió Tavi—. Significa que lo más probable es que Kalarus tenga más agentes de inteligencia en la legión, y acaso realicen otras acciones que nos hagan más vulnerables ante los canim.

—Es una posibilidad muy evidente —asintió Cyril con un gesto—. Mantén los ojos abiertos. Avisa a la señora Cymnea de que los seguidores deben estar preparados para retirarse intramuros si se entabla batalla.

—Señor —asintió Tavi con un saludo—. ¿Debo regresar para la reunión de oficiales?

—Sí. Empezaremos dentro de veinte minutos. —Cyril se calló y miró de Tavi a Ehren—. Buen trabajo a los dos.

—Muchas gracias, señor —replicó Tavi. Le hizo una reverencia a Cyril en señal de reconocimiento de la deducción del capitán, intercambió un saludo con Ehren y salió de la tienda.

Se apresuró a través de la oscuridad iluminada por los relámpagos mientras el campamento iba despertándose del sopor de la madrugada con el sonido de las órdenes repartidas a gritos, el nerviosismo de los caballos y el sonido metálico de las armaduras.

El campamento de los seguidores de la legión estaba más lejos del acantonamiento militar de lo que era habitual. Como la legión había ocupado la fortificación situada en el interior de la ciudad, en esta no cabían los lugareños, la legión y los seguidores. Más allá de la protección de las murallas, en las tierras comunales situadas río abajo, los seguidores habían erigido una nueva barriada compuesta por tiendas de campaña.

No era un campamento agradable en ningún sentido. El suelo era blando y se embarraba a la menor ocasión. Las pisadas se llenaban de agua que se filtraba desde abajo, lo que a su vez era un criadero de incontables mosquitos, garrapatas y otras molestias zumbantes. Cuando el viento soplaba desde el río o la ciudad, transportaba una serie de olores característicos, todos ellos desagradables.

A pesar de estas circunstancias, el campamento de los seguidores estaba dispuesto más o menos como en la zona de instrucción, y Tavi pudo encontrar sin ningún problema las flautas y los tambores del Pabellón de la señora Cymnea. Encontró el camino a través de un campamento a oscuras. El fuerte olor a incienso de amaranto, que ardía en todos los fuegos para repeler a los insectos, hacía que le picara la nariz y le lloraran un poco los ojos.

Tavi vislumbró una sombra por delante de él y se detuvo bajo una solitaria lámpara de furia que colgaba al lado de la entrada del Pabellón. Tavi soltó el yelmo, se lo quitó y levantó una mano en señal de saludo. Bors, escondido como siempre cerca de la entrada, levantó la barbilla una fracción de una pulgada a modo de respuesta y levantó una mano para indicarle a Tavi que debía esperar.

Así lo hizo Tavi y, al cabo de un momento, una sombra alta y delgada sustituyó a Bors y se acercó a él con una gracia insinuante.

—Señora Cymnea —saludó Tavi, e inclinó la cabeza—. No esperaba veros levantada tan tarde.

Cymnea sonrió bajo la capucha.

—Sigo a las legiones desde que era cría, subtribuno. Los gritos y redobles en mitad de la noche solo pueden significar dos cosas: o fuego o batalla.

Tavi asintió.

—Canim —pronunció, y su voz le sonó lúgubre incluso a él—. No sabemos cuántos. Al parecer, se trata de una incursión importante.

Cymnea respiró hondo.

—Ya veo.

—Con los saludos del capitán, señora, desea que los seguidores del campamento se preparen para retirarse intramuros de la ciudad si fuera necesario.

—Por supuesto —asintió—. Me ocuparé de que se difunda la noticia.

—Muchas gracias. —Tavi se detuvo—. El capitán no ha dicho nada, señora, pero

si estáis entreteniendo al personal de la legión...

Ella esbozó una sonrisa.

—Conozco el reglamento. Haré que se les pase la borrachera y los enviaré a casa.

—Muchas gracias —repitió Tavi con otra reverencia.

—Subtribuno —dijo Cymnea—, sé que tenéis vuestras obligaciones, pero ¿habéis visto esta noche a Gerta?

—Ah —respondió Tavi—, la he visto antes en el pueblo.

Cymnea frunció el ceño.

—Me preocupa lo que puedan hacerle los esclavistas si le da por vagabundear por una ciudad desconocida. Es muy frágil y no está muy bien de la cabeza.

Tavi tuvo que esforzarse por contener tanto una carcajada como una amplia sonrisa.

—No lo pongo en duda, pero también estoy seguro de que está bien —replicó con seriedad—. Elinarch es una ciudad respetuosa con las leyes, y el capitán no les tolerará ninguna tontería a sus hombres.

—No —reconoció Cymnea—. Los mejores nunca cometen tonterías.

—¿Conocéis el toque de clarín para huir a la ciudad?

Ella asintió y le hizo una pequeña reverencia.

—Buena suerte, subtribuno. Y muchas gracias por el aviso.

—Buena suerte, señora —se despidió, devolviéndole la reverencia.

Saludó con un gesto la presencia silenciosa de Bors y se dispuso a volver a la ciudad a un paso ligero constante pero incómodo.

Al llegar a las edificaciones que había delante de las murallas, Tavi oyó un movimiento a su derecha, pero lo hizo una fracción de segundo demasiado tarde como para poder escabullirse. Algo lo golpeó en un lado a media zancada y lo envió de cara al suelo. Antes de poder levantarse, sintió cómo unas barras de acero se cerraban alrededor de sus muñecas y tiraban hacia arriba por su espalda. La presión asistida por las furias era dolorosa de por sí, y una de las bandas de la armadura de Tavi se hundió en sus costillas.

—De acuerdo, Scipio —siseó una voz—. O comoquiera que te llames de verdad. Dame la bolsa de mi madre.

—Crasus —gruñó Tavi—, suéltame.

—¡Dame su bolsa, ladrón! —le gritó Crasus.

Tavi apretó los dientes para soportar el dolor.

—Llego tarde a una reunión de oficiales. Nos estamos movilizand.

—Mentiroso —replicó Crasus.

—Suéltame, señor caballero. Es una orden.

Crasus aumentó la presión.

—Eres un idiota, además de un ladrón. No has hecho otra cosa que molestarla, ¿y

crees que lo que ha hecho hasta ahora es malo? No has visto lo que es capaz de hacer cuando se enfada.

—Los cuervos que no lo he visto —le espetó Tavi—. He visto la espalda de Max cuando se cambia la túnica.

Por alguna razón, las palabras hicieron mella en Crasus, y Tavi sintió cómo se echaba hacia atrás, como si hubiera sido un golpe físico. La presión en sus muñecas se relajó lo suficiente como para que Tavi tuviera espacio por el que moverse y estar en disposición de luchar de verdad. La fuerza que ofrecía el uso de una furia de tierra era increíble, pero los artífices de tierra solían olvidarse de sus limitaciones. No hacía que el artífice fuera más pesado, y además necesitaba tener un pie en el suelo.

Tavi colocó una rodilla debajo del cuerpo y se libró de la llave floja de Crasus. Agarró la túnica del caballero por el cuello, lo giró con el peso de todo su cuerpo y utilizó brazos y piernas para lanzarlo hacia el porche de madera de una tienda cercana. Crasus recibió un fuerte golpe, pero rodó hasta ponerse en pie. La cara era una mueca contorsionada por la rabia.

Tavi había seguido a Crasus hasta el porche y, cuando levantó la cabeza para mirarlo, la patada de Tavi ya estaba a medio camino de su cabeza. La bota golpeó a Crasus en la boca y lo lanzó hacia atrás, aturdido.

Tavi apartó con una mano un torpe puñetazo a modo de respuesta e impactó contra Crasus con el puño cerrado sobre la nariz y la boca. A continuación le propinó a Crasus un fuerte empujón que le golpeó la cabeza contra la pared de la tienda. El joven se tambaleó y cayó al suelo. Cuando gimió y empezó a levantarse, Tavi volvió a golpearlo.

Crasus empezó a incorporarse otra vez.

Tavi lo envió de nuevo contra el suelo de madera con golpes fuertes y precisos.

Al final, tuvo que derribar cuatro veces a Crasus antes de que el joven caballero dejara escapar un gemido, con la cara y la nariz ensangrentadas, y se quedase tendido de espaldas.

A Tavi le dolían terriblemente las manos. No llevaba puesto los pesados guantes de combate, y se había abierto los nudillos contra la cabeza de Crasus. Pero suponía que no debería sorprenderse, porque era al menos tan dura como la de Max.

—¿Hemos terminado? —jadeó Tavi.

—Ladrón —replicó Crasus, o eso supuso Tavi, aunque lo dijo con tono pastoso y casi incomprensible. Era lo que cabe esperar cuando tienes los labios partidos e hinchados, la nariz rota y has perdido varios dientes.

—Quizá. Pero moriría antes de levantar la mano contra alguien de mi sangre.

Crasus alzó la vista y se lo quedó mirando, pero Tavi vio un ramalazo de vergüenza en los ojos del joven.

—Todo esto tiene que ver con la piedra roja, ¿verdad? —preguntó Tavi.

—No sé de qué me hablas —respondió Crasus, huraño.

—Entonces no sé nada de ninguna bolsa —replicó Tavi, y le frunció el ceño al joven apalizado.

Tavi no contaba con las ventajas de un artífice del agua habilidoso, pero, en lo tocante a leer a los demás, era tan bueno como cualquiera que careciese de esa capacidad. Crasus no le estaba mintiendo a Tavi sobre la piedra. De eso estaba seguro.

—Ahora tendrás lo que deseas —susurró Crasus—. Me denunciarás ante el capitán. Harás que me expulsen de la legión. Y me enviarán a casa cubierto de vergüenza.

Tavi miró a Crasus durante un momento.

—No te van a licenciar con deshonor por caerte por unas escaleras —replicó.

Crasus parpadeó.

—¿Qué?

—Señor caballero, ¿para qué cuervos crees que son esos redobles de tambor? ¿Una nanapara que se duerman los peces? Nos estamos movilizando, y no voy a hacer nada que prive a la legión de un caballero capaz y de nuestra tribuno Medica. —Tavi le tendió la mano—. Por lo que a mí respecta, te caíste por unas escaleras, y eso es todo. Vamos.

El joven se quedó mirando la mano de Tavi durante un momento. Parpadeó confuso, pero la aceptó con vacilación y dejó que Tavi le ayudase a ponerse en pie. Tenía un aspecto terrible y, aunque Tavi sabía que las heridas eran dolorosas, no eran graves.

—¿Debo suponer que tu madre te envió a hablar conmigo? —le preguntó Tavi.

—No —respondió Crasus.

Tavi arqueó una ceja, escéptico.

Crasus alzó la vista, enfadado.

—No soy ni su criado ni su perro.

—Si no te dijo que lo hicieras, ¿por qué estás aquí?

—Es mi madre —respondió Crasus y escupió sangre—. Intentaba hacer algo por ella.

Tavi sintió cómo se le abrían los ojos de par en par cuando se dio cuenta de cuáles eran las motivaciones del joven.

—No lo has hecho para protegerla a ella —reconoció en voz baja—. Intentabas protegerme a mí.

Crasus se quedó quieto durante un instante, mirando a Tavi, y después apartó la mirada.

—Por eso no me has atacado con una espada —prosiguió Tavi en voz baja—. No querías herirme.

Crasus se limpió la boca con la punta de la manga.

—Ella es... Tiene temperamento. Ha llegado a su límite. Se fue a primera hora de la noche. Quería encontrarte y devolverle la bolsa. Explicarle que la encontré en el suelo. —Movié la cabeza—. No quería que tomara ninguna decisión precipitada. A veces se deja llevar por la rabia.

—Como hizo con Max —puntualizó Tavi.

Crasus sonrió.

—Sí. —Miró hacia el campamento—. Maximus... Algunas de esas cicatrices eran para mí. Confesó cosas que había hecho yo: intentaba protegerme. —Miró a Tavi—. No me gustas, Scipio. Pero Max, sí. Y se lo debo. Por eso he venido aquí. Quería que nos pudiéramos reconciliar de alguna manera. Pensé que si podíamos... —Se encogió de hombros—. Pasar algún tiempo juntos y no en Antillus. Madre me dijo que le iba a pedir disculpas por como lo había tratado.

Tavi sintió una oleada de rabia contra la madrastra de Max. Estaba claro que le había ofrecido algo. Había intentado matarlo de nuevo. Pero Tavi estaba casi seguro de que la opinión que tenía Crasus de ella no era nada objetiva. Estaba seguro de que el joven caballero nunca se permitiría creer que su madre tenía en mente el asesinato de Max.

Tavi metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsa de seda, pero se quedó con la pequeña piedra roja mientras lo hacía, de manera que siguió en su bolsillo. Le ofreció la bolsa a Crasus.

Crasus la cogió.

—Podría informar de esto al capitán —comentó en voz baja.

—Y yo podría recordar de repente que por aquí no hay escaleras —replicó Tavi sin rencor—. Pero creo que los dos ya hemos malgastado suficientes fuerzas por esta noche.

Crasus hizo saltar varias veces la bolsa vacía que tenía en la palma de la mano, y se la metió en el bolsillo.

—Tal vez me habría bastado con pedírtela.

Tavi sonrió.

—Siento lo de tu... eh... cara.

Crasus movió la cabeza.

—Es culpa mía. Salté sobre ti. Te golpeé primero. —Se tocó ligeramente la nariz con una mueca de dolor—. ¿Dónde has aprendido esa llave?

—De los marat —respondió Tavi—. Vamos. Ya llego tarde. Y esta noche nos necesitan a los dos.

Crasus asintió y empezaron a caminar.

No habían andando ni veinte pasos cuando el baile más brillante de fuego escarlata que Tavi hubiera visto en su vida recorrió la capa de nubes relucientes de un

horizonte al otro, y luego de vuelta, como si de una ola enorme e increíblemente rápida se tratase.

—Cuervos —exclamó Tavi en voz baja, mientras contemplaba el espectáculo.

Y entonces una luz blanca y cegadora traspasó la noche. Una muralla de truenos golpeó a Tavi como un maremoto sonoro. Esto hizo que se tambalease y estuviera a punto de tirarlo al suelo. Consiguió agarrar a Crasus cuando empezaba a caer. El sonido estruendoso se desvaneció apenas transcurrido un segundo y le dejó un pitido agudo en las orejas, mientras que el rayo de luz seguía ardiendo en los ojos ciegos, cambiando poco a poco de color ante el fondo completamente oscuro.

Sus ojos tardaron un buen rato en acostumbrarse a la noche, y sus oídos tardaron aún más en dejar de pitar. El instinto no dejaba de aullarle. Reemprendió la marcha todo lo rápido que pudo para regresar a la ciudad y a la fortificación de la legión. Sir Crasus, con gesto aturdido, lo siguió.

Los fuegos ardían en la fortificación. Tavi podía oír los gritos de los hombres heridos y de los caballos aterrorizados. A su alrededor se sucedían los gritos y chillidos, y la confusión iba en aumento.

Tavi llegó a la tienda de mando del capitán y se paró en seco, aturdido.

Donde se había levantado la tienda de mando de Cyril, había ahora un agujero enorme abierto en la tierra ennegrecida. A su alrededor ardían algunos fuegos. Unos cuerpos —y trozos de cuerpos— yacían repartidos entre las ruinas.

Por encima de sus cabezas, retumbó el trueno de la tormenta artificial en lo que a Tavi le sonó como una expectación hambrienta.

—¡Scipio! —gritó una voz frenética, y Tavi se dio la vuelta para ver cómo Max se acercaba corriendo a través del caos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tavi con voz conmocionada.

—Rayos —jadeó Max, que había perdido la mitad de una ceja, abrasada por el calor y tenía ampollas en la piel de la frente y a lo largo de una mejilla—. Una maldita muralla de rayos. Cayó como un martillazo a menos de veinte pasos. —Max se quedó mirando las ruinas—. Justo encima de la reunión del capitán.

—Grandes furias —jadeó Tavi.

—Foss y los sanadores están con algunos supervivientes, pero no tienen buen aspecto. —Tragó saliva—. Por lo que podemos ver, eres el único oficial capaz de prestar servicio.

Tavi se quedó mirando a Max.

—¿Qué quieres decir?

Max miró lúgubrementemente los resultados del ataque con el relámpago.

—Quiero decir que ahora estás al mando de la Primera Alerana, capitán Scipio —aclaró.

Tavi dejó caer su hatillo para dormir y el arcón reglamentario entre las ruinas humeantes de lo que había sido la tienda de mando del capitán Cyril.

—De acuerdo —se dirigió a Foss, y se sentó en el arcón—. Oigámoslo.

—El capitán está vivo —informó Foss. El veterano sanador parecía extenuado, y los cabellos y la barba gris destacaban más que el día anterior—. Por poco. No sé si se volverá a despertar. Y, en todo caso, no sé si podrá volver a caminar.

Tavi gruñó y se esforzó por mantener un gesto tranquilo y distante. No estaba demasiado seguro de estar haciéndolo bien. No era lo mismo mentirle a su tía que fingirse competente y confiado cuando lo que realmente le apetecía era salir a toda prisa, gritar a pleno pulmón y esconderse en algún sitio remoto.

A su alrededor, la legión se seguía preparando para luchar.

Gritar y esconderse no eran una opción.

—El Primera Lanza estará en pie dentro de una o dos horas —continuó Foss—. El viejo Marcus ha tenido suerte. Estaba fuera buscando más tazas para el té cuando cayó el rayo. Maximus se pudo acercar a él y sacarlo del fuego. Ahora tiene unas cuantas cicatrices más.

—¿Quién se va a dar cuenta? —replicó Tavi.

Foss enseñó los dientes.

—Es cierto. —Se quedó en silencio durante un segundo antes de aclararse la garganta—. Hasta el momento, tenemos dos supervivientes más.

—¿Quiénes? —preguntó Tavi.

—De eso se trata —respondió Foss—. No lo puedo decir.

Tavi hizo una mueca.

—Nos lo dirán si se despiertan. Las quemaduras son demasiado graves. Parece como si les hubieran arrancado la piel. Desprendió tanto calor que se fundieron partes de la armadura. —Foss dejó escapar un suspiro tembloroso—. He visto quemaduras horribles, pero ninguna tan terrible como estas.

—Dime —preguntó Tavi—, ¿has visto esta noche a lady Antillus?

Foss se quedó helado durante un buen rato antes de responder.

—No, señor.

—¿Los resultados habrían sido diferentes de haber estado aquí?

Foss gruñó.

—Probablemente. Quizá. Eso no se puede saber, señor.

Tavi asintió y levantó la mirada hacia Max que se acercaba a grandes zancadas.

—El Primera Lanza se recuperará.

Max empezó a sonreír. Movi6 la cabeza, se puso firme y salud6. Tavi se envar6 inc6modo ante la formalidad, pero le devolvi6 el saludo.

—Algo es algo, señor —comentó Max—. Los auxiliares están preparados para desplegarse. Cuatrocientos hombres de caballería y ochenta exploradores.

—¿Cómo están los caballos? —preguntó Tavi.

Max sonrió.

—Faltan un par de monturas de los mensajeros.

—Nos faltan dos de los caballos más rápidos. No encontramos a lady Antillus. —Tavi movió la cabeza—. Me siento tentado de extraer conclusiones un tanto incómodas.

—Y yo estoy tentado de... —La voz de Max se fue perdiendo hasta convertirse en un gruñido casi inaudible.

Foss gruñó.

—¿Creéis que ha tenido algo que ver con lo que cayó sobre el capitán, señor?

Tavi sonrió. Si formulaba en voz alta sus sospechas ante uno de sus oficiales en el ejercicio de su deber, eso tendría los efectos legales de una acusación ante la justicia.

—No tengo forma de saberlo, centurión. Pero tengo un montón de preguntas que me gustaría que se respondieran.

Max frunció el ceño.

—Hacedme una lista, señor. Pensaré en alguna manera creativa de plantearlas.

—Mientras lo haces —replicó Tavi—, ensilla. Te asciendo a tribuno Auxiliarus. Quiero que estés con ellos cuando encuentren a los canim.

Max gruñó.

—¿Y mis peces, señor?

—Dile a Schultz que asume el cargo de centurión.

—No está preparado —le recordó Max.

—Lo hará bien —replicó Tavi—. No quiero romper la estructura de las centurias y rodear a los peces con caras nuevas en este momento.

Max asintió.

—Voy a por mi caballo.

—Consígueme uno —ordenó Tavi—. Yo también voy.

Foss y Max intercambiaron una mirada.

—Hum —empezó Max—. Capitán...

Tavi alzó una mano.

—Quiero echarle un vistazo a aquello a lo que nos vamos a enfrentar. No conozco en absoluto el terreno que tenemos delante, y necesito verlo si vamos a tener que luchar en él. Por ese mismo motivo, quiero ver a los canim.

—Son grandes, señor —le contó Max—. Tienen dientes. Son fuertes como toros y corren muy rápido. Eso es casi todo lo que necesitáis saber.

—O quizá no —replicó Tavi con tono cortante—. Consígueme un caballo, tribuno.

Las objeciones de Max quedaron patentes a juzgar por su expresión, pero se cuadró y dijo:

—Sí, señor.

Giró limpiamente sobre los talones y se fue.

—Muchas gracias, Foss —prosiguió Tavi—. Creo que podemos dar por sentado que nuestro primer centro de curación debería estar en el lado sur del puente. Necesitaremos otro a este lado, por si nos empujan hacia aquí. Disponed lo necesario, centurión.

—Comprendido, capitán —asintió Foss con un saludo.

Tavi levantó una mano.

—No, esperad. Disponed lo necesario, tribuno Medica.

Foss sonrió, aunque había un brillo desafiante en sus ojos cuando saludó de nuevo.

—Un combate contra los canim y un ascenso. No se me ocurre cómo podría empeorar el día.

Ehren se acercó en silencio cuando Foss se hubo marchado. El joven cursor se sentó con las piernas cruzadas al lado de Tavi y contempló la actividad del campamento con gesto cansado. Un momento más tarde, un centurión achaparrado y de aspecto corpulento se acercó a paso rápido y saludó a Tavi.

—Capitán.

—Centurión Erasmo —le devolvió el saludo Tavi—. Este es sir Ehren ex Cursori, el agente que trajo la noticia de la incursión canim.

Erasmo se envaró.

—El hombre a quien, según reza la acusación, asaltó la octava lanza.

—Se les imputan los cargos de abandono del deber en tiempo de guerra, intento de asesinato y traición —le aclaró Tavi en voz baja.

El rostro de Erasmo enrojeció y Tavi pensó que no le extrañaba en absoluto. Esos crímenes tenían consecuencias letales. Ningún centurión quería ver cómo juzgaban y ejecutaban a sus hombres, por todo tipo de motivos.

—Para seros sincero, centurión —prosiguió Tavi—, no tengo intención de matar a ningún legionare, sobre todo los veteranos, cualquiera que sea la razón, siempre que tenga alguna alternativa. Si esta incursión es tan grande como parece, vamos a necesitar todas las espadas disponibles.

Erasmo le frunció el ceño a Tavi y dijo, con tono precavido:

—Sí, señor.

—Le encargaré a sir Ehren que interroge a tus legionares. Para serte sincero, sospecho que son más estúpidos que traidores, pero... —Señaló con un gesto las ruinas que les rodeaban—. Está claro que no podemos correr ningún riesgo en lo relativo a nuestra seguridad. Alguien le dijo a los canim dónde debían golpear. Sir

Ehren, descubrid qué saben los prisioneros. —Se detuvo, mientras reprimía una pequeña sensación de náusea en el estómago—. Utilizad todo los medios que consideréis necesarios.

Ehren asintió con calma, sin pestañear, como si torturar prisioneros fuera tan frecuente que esperaba que le ordenasen algo así.

—Centurión Erasmo —continuó Tavi—. Id con él. Os doy una oportunidad de convencer a los hombres para que cooperen, pero no disponemos de mucho tiempo y, de una u otra manera, sabré si hay más infiltrados esperando a apuñalarnos por la espalda. ¿Comprendido?

Erasmo saludó.

—Sí, señor.

—Bien —confirmó Tavi—, idos.

Así lo hicieron, y Magnus apareció de la oscuridad. Le entregó a Tavi una taza de té en una recipiente sencillo de latón. Tavi la aceptó agradecido.

—¿Lo habéis escuchado todo?

—Sí —respondió Magnus en voz baja—. No creo que debas abandonar la ciudad.

—Cyril lo habría hecho —le aseguró Tavi.

Magnus no dijo nada, aunque Tavi creyó escuchar su silenciosa desaprobación.

Tavi tomó un sorbo del té amargo y ardiente.

—Foss dice que Valiar Marcus estará en pie dentro de poco. Actuará como tribuno Tactica. Aseguraos de que sabe que quiero que se haga cargo de las defensas de la ciudad y que envíe a todos los civiles desarmados hacia el lado norte del río.

—Sí, señor —asintió Magnus con un murmullo.

Tavi frunció el ceño y lo miró.

—No estoy seguro de que no debamos entregarle la legión a Marcus.

—Eres el siguiente en la cadena de mando —replicó Magnus sin perder la calma—. El Primera Lanza es el centurión más veterano y un soldado de carrera, pero no es un oficial.

—Ni yo tampoco —le recordó Tavi con ironía.

Magnus se quedó callado durante un momento y reflexionó.

—No estoy seguro de confiar en él.

Tavi se quedó quieto con la taza cerca de los labios.

—¿Por qué no?

Magnus se encogió de hombros.

—Han muerto tantos oficiales, muchos de ellos poderosos artífices de las furias... ¿Solo ha sido una casualidad que sobreviviera?

—Estaba fuera de la tienda cuando ocurrió.

—Qué afortunado —replicó Magnus—, ¿no crees?

Tavi se quedó mirando sus nudillos pelados. No había tenido tiempo de limpiarlos

ni de vendarlos convenientemente.

—Al igual que yo.

Magnus movió la cabeza.

—Por lo general, la suerte no aparece tan a menudo. Valiar Marcus debió haber muerto en esa reunión. Pero ha sobrevivido.

—Al igual que yo —repitió Tavi en voz baja y, al cabo de un instante, añadió con un tono de voz neutro—. Y al igual que vos.

Magnus parpadeó.

—Aún estaba hablando con el tribuno de la milicia del pueblo.

—Qué afortunado —reconoció Tavi—, ¿no creéis?

Magnus se lo quedó mirando durante un segundo, y después le dedicó a Tavi una sonrisa de aprobación.

—Esa es una forma inteligente de pensar, señor. Es lo que necesitáis en este negocio.

Tavi gruñó.

—Sigo sin estar seguro de que esté preparado.

—Estás tan preparado como lo estaría cualquier tercer subtribuno Logística —replicó Magnus—. Y eres mucho más capaz que la mayoría, créeme. La legión tiene suficientes veteranos que conocen su oficio. Solo tienes que aparentar calma, confianza e inteligencia, e intentar no meter a nadie en una emboscada.

Tavi miró a su alrededor las ruinas de la tienda. Torció la boca con amargura. En ese instante aparecieron los cuervos por encima de su cabeza, una masa ruidosa a causa de los graznidos de los pájaros carroñeros, miles de ellos, que pasaron por encima del Tíber y del Elinarch hacia el sudoeste. Pasaron al menos durante dos minutos largos. Cuando un estallido de relámpagos escarlatas atravesó la capa de nubes, Tavi pudo verlos. Tenían las alas, los picos y las colas de un color negro intenso recortados contra el rojo. Se desplazaban juntos como si fueran una masa sólida más parecida a una criatura con entidad propia.

Entonces desaparecieron, y ninguno de los dos cursores que se hallaban sobre el terreno destrozado por la tormenta dijo ni una palabra. Los cuervos siempre sabían cuándo se estaba preparando una batalla. Sabían dónde encontrar y darse un festín a costa de los que iban a caer.

Magnus suspiró al cabo de unos segundos.

—Os tenéis que afeitar, señor.

—Estoy ocupado —replicó Tavi.

—¿Habéis visto alguna vez al capitán Miles sin afeitar? —le preguntó Magnus en voz baja—. ¿O a Cyril? Eso es lo que esperan los legionares. Les infunde tranquilidad. Es necesario que se la deis. Ocupaos también de las manos.

Tavi lo miró por un instante, y entonces dejó escapar lentamente el aire.

—De acuerdo.

—Solo para que conste, estoy en total desacuerdo con vuestra decisión sobre Antillus Crasus. Debería estar encarcelado con los demás sospechosos.

—No estuvisteis allí —replicó Tavi—. No visteis sus ojos.

—Se le puede mentir a todo el mundo. Incluso a vos.

—Sí —reconoció Tavi—. Pero esta noche no me estaba mintiendo. —Tavi negó con un gesto—. Si hubiera participado con su madre en algún tipo de conspiración, se habría ido con ella. Pero se quedó. Se enfrentó directamente conmigo. No sé si es muy inteligente, pero no es un traidor, Magnus.

—No hay ninguna diferencia, mientras no sepamos cuánto daño más nos puede infligir su madre...

—No tenemos la seguridad de que esté implicada —replicó Tavi sin perder los estribos—. Hasta que lo estemos, deberíamos medir nuestras palabras. —Magnus no parecía muy contento, pero asintió—. Además, lo más probable es que Crasus sea el artífice de las furias más poderoso que nos queda en la legión, sin contar a Maximus, y ha estado entrenando con los caballeros Pisces. Es el único que está capacitado para dirigirles.

—Estará en disposición de arruinar todo lo que intente esta legión si os equivocáis, señor.

—No estoy equivocado.

Magnus apretó los labios, negó con un gesto y suspiró. Sacó una cajita de un montón de tierra torturada por el rayo, la abrió y dejó a la vista un conjunto de afeitado y una bacinilla cubierta, dentro de la cual había agua hirviendo.

—Maximus volverá en apenas un suspiro. Aseaos —ordenó—. Yo os encontraré un arma de caballería adecuada.

—Voy a observar, no a luchar —le recordó Tavi.

—Por supuesto, señor —asintió Magnus, y le entregó la cajita—. Supongo que preferís la espada a la maza.

—Sí —reconoció Tavi, mientras cogía los instrumentos.

Magnus se detuvo.

—Señor. Creo que deberíais pensar en nombrar unos pocos *singulares*.

—El capitán Cyril no tenía guardia personal.

—No —reconoció Magnus con tono mordaz—. No la tenía.

Tavi supo que el enemigo estaba cerca cuando vio el primer remolino denso y giratorio de cuervos que volaban alrededor de una columna de humo negro.

El sol empezó a salir a sus espaldas mientras seguían el Tíber hacia la ciudad portuaria de Founderport, a unos treinta kilómetros del Elinarch. Tavi cabalgaba con Max a la cabeza de un alae de caballería, formado por doscientos hombres. El segundo alae, formado en su mayoría por tropas con experiencia, se había dividido en patrullas de ocho hombres que se movían en filas sueltas a través de las colinas al sur del Tíber, marcando el terreno y, junto con los exploradores de movimientos rápidos, buscando al enemigo.

Salió el sol, e iluminó la cubierta de nubes lúgubres y antinaturales que tenían encima. Cuando la luz difusa cayó por fin sobre las colinas bajas y onduladas cercanas al río, reveló puntos de humo negro que cubrían el ancho valle. Tavi le hizo un gesto a Max, quien ordenó que la columna se detuviera. Tavi y él se adelantaron hasta la cima de la siguiente colina y miraron en dirección al valle. Max levantó las manos, doblando el aire entre ellas, y dejó escapar un gruñido de dolor.

—Deberías ver esto —le indicó Max en voz baja.

Tavi se inclinó hacia delante mientras Max sostenía el artificio de viento para que pudiera mirar a través de él. Era la primera vez que Tavi veía tan de cerca un artificio como aquel, que hacía que la imagen fuera mucho más clara e intensa que su pequeña pieza curvada de vidrio románico. Hubo de esforzarse por no dedicar un momento a admirar la maravilla de la visión aparentemente cercana que ofrecía el artificio. Unos segundos más tarde, cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo, fingió la tranquilidad y la capacidad analítica de un oficial, pero no lo hizo para tranquilizar a sus tropas, sino para no vomitar.

El artificio de Max le permitió a Tavi ver los cadáveres de campesinos esparcidos por todo el fértil valle. El humo negro se elevaba desde formas sólidas que antaño fueron casas, graneros y salas como aquellas en las que creció Tavi, cada una de ellas habitadas por una veintena de familias. Si los canim los habían tomado por sorpresa, habría pocos supervivientes... suponiendo que quedara alguno.

Aquí y allí, Tavi pudo ver pequeños grupos en movimiento, la mayoría de ellos en su dirección. Algunos eran masas pequeñas y lentas que se veían a lo lejos. Otras eran más grandes y se desplazaban con mayor rapidez. Mientras estaba mirando, uno de esos grupos rápidos cayó sobre otro más pequeño. Estaban demasiado lejos como para distinguir los detalles, incluso con la ayuda del artificio de viento de Max, pero Tavi supo lo que debía de estar contemplando.

Una partida de saqueo canim acababa de asesinar a un grupo de refugiados, que huían sin esperanza de salvarse de la destrucción que habían dejado atrás.

Una oleada de rabia pura y al rojo vivo lo atravesó mientras contemplaba la escena, una rabia primaria que le hizo ver las estrellas y tiñó de rojo todo lo que veía. Al mismo tiempo lo atravesó, corrió por sus venas como un río de acero fundido. Sus pensamientos estaban ahora tan definidos, duros y perfectamente claros como solo lo habían estado una vez: en la profundidad de las cavernas bajo Alera Imperia, cuando un agente estúpido de las criaturas conocidas como los vord había acudido a asesinar a sus amigos y a sus aliados.

Oyó cómo crujía el cuero y se dio cuenta, como de pasada, de que había cerrado los puños con tanta fuerza que estaban torturando el cuero de sus guantes. Lo había hecho con fuerza suficiente como para abrirse las heridas de los nudillos. No le pareció especialmente importante, y la sensación le pareció tan lejana que casi no podía asegurar que fuera suya.

—Cuervos —jadeó Max, el bien tallado rostro duro como la piedra.

—No veo el contingente principal —observó Tavi en voz baja—. No hay ninguna concentración.

Max asintió.

—Manadas de saqueo. Suele haber cincuenta o sesenta canim en cada una de ellas.

Tavi asintió.

—Eso significa que solo estamos viendo un millar. —Frunció el ceño—. ¿Qué superioridad numérica necesitamos para asegurar la victoria?

—Lo mejor sería atraparlos en campo abierto. Son grandes y fuertes, pero los caballos son más grandes y más fuertes. La caballería se puede enfrentar a ellos a campo abierto. La infantería los puede eliminar uno a uno en campo abierto, si son capaces de mantener el impulso y cuentan con un apoyo decente por parte de los caballeros. Luchar contra ellos en un espacio reducido, o en un terreno desfavorable, o limitarse a frenarlos no hace más que aumentar su ventaja.

Tavi asintió.

—Míralos. Se mueven por todas partes y en todas direcciones. No parecen una avanzadilla. No hay ninguna coordinación.

Max gruñó.

—¿Crees que Ehren estaba equivocado?

—No —respondió Tavi en voz baja.

—Entonces, ¿dónde está el ejército? —preguntó Max.

—Exactamente.

Max se envaró de repente cuando la luz matinal y la disposición del terreno del valle que tenían debajo reveló un grupo de refugiados que se encontraba a poco más de un kilómetro de distancia. Se movían con indolencia por la carretera. Era obvio que intentaban darse prisa, y que estaban agotados hasta más allá de su capacidad de

resistencia. La carretera que atravesaba el valle no era una de las calzadas principales con artificio de las furias que recorrían el Reino. El coste de semejantes creaciones hacía que el uso de las aguas anchas y lentas del Tíber fuera mucho más práctico para transportar personas y mercancías.

La economía había dejado a la población del valle a merced de los canim.

Apenas hubo vislumbrado a los refugiados, una manada de saqueo de los canim apareció a la vista. Perseguían a sus presas indefensas.

Aunque Tavi había visto antes a los antiguos enemigos de Alera, nunca los había visto así: desplazándose juntos en campo abierto, rápidos, esbeltos y sedientos de sangre. Cada cane era mucho más grande que un ser humano, y el más pequeño de ellos superaba de sobra los dos metros de altura. A juzgar por la manera en que encorbaban los cuerpos delgados a la altura de los hombros, debían de medir sus buenos treinta centímetros más si se estiraban del todo. Los canim de la partida de saqueo tenían el pelaje leonado, cubierto por algún tipo de cuero que Tavi no supo reconocer. Llevaban sus extrañas espadas en forma de hoz, las hachas con mangos retorcidos en extraños ángulos, y lanzas de batalla con puntas afiladas y una afilada hoja en forma de luna creciente en la base de las cabezas de acero. Los morros eran largos y estrechos, y estaban abiertos para mostrar unos dientes que ya estaban manchados de sangre cuando vieron a sus presas.

Los refugiados eran, en su mayoría, niños, mujeres y ancianos. Contaban, además, con un carro tirado por un único caballo. Vieron al enemigo y se dejaron llevar por el pánico, intentando acelerar el paso, aunque sabían que era inútil. Los había atrapado una muerte violenta y horrible.

La rabia atravesó a Tavi, y su voz le sonó dura y tranquila cuando habló.

—Tribuno —ordenó a Max—. Divide la columna. Yo tomaré el lado septentrional de la carretera. Tu irás por el sur. Los atacaremos desde los dos lados.

—Sí, señor —asintió Max con voz lúgubre y empezó a darse la vuelta.

Tavi detuvo a su amigo poniendo una mano sobre su hombro.

—Max —dijo en voz baja—. Les vamos a enviar un mensaje a los canim. Los saqueadores no van a salir de esta. Ni uno solo.

La mirada de Max se endureció. Asintió y se dio la vuelta para encararse con la caballería, sin dejar de gritar órdenes. Un clarín hizo sonar una serie corta de notas. La columna se dividió y redujo la larga fila hasta constituir una formación de combate mucho más compacta.

Tavi montó y blandió la espada.

Detrás de él notó el sonido de las doscientas espadas desenvainadas. Le pareció sorprendentemente fuerte, pero se contuvo para no mostrar reacción alguna. Entonces levantó la espada y la bajó para apuntar hacia delante: era la señal de avanzar. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que estaba encabezando la caballería que

bajaba hacia la carretera. Su caballo inició un trote nervioso, que fue acelerando hasta alcanzar un galope grácil, y después Tavi lo espoleó hasta avanzar a galope tendido. Podía oír y sentir la presencia de los legionares sobre sus monturas detrás de él, y el trueno ensordecedor de los caballos al galope que se levantó a su alrededor, lo traspasó, resonó en su armadura y marcó un ritmo salvaje en su corazón.

Se acercaron a los refugiados con mayor rapidez de la que había supuesto Tavi. Cuando vieron a la caballería alerana que se abalanzaba sobre ellos, los gestos de terror y desesperación de los refugiados le dieron paso a una esperanza repentina. Levantaron los brazos con gritos de ánimos. Tavi alzó la espada y apuntó hacia la derecha. La mitad del alae abandonó la carretera, y rodeó a los refugiados. Max, cuya espada reflejaba el gesto de Tavi, condujo a su centenar de hombres hacia la izquierda.

Rodearon a los refugiados y se encontraron con los canim a menos de cincuenta metros. Tavi condujo a sus hombres en un arco que les permitiría cargar directamente contra el flanco de los canim, y se dio cuenta de algo.

Cincuenta canim vistos a más de un kilómetro de distancia parecían extraños y peligrosos.

Cincuenta canim vistos a una distancia cada vez más reducida parecían enormes, hambrientos y terroríficos.

Tavi fue súbitamente consciente de que nunca había luchado contra canim de verdad, de que nunca había conducido a hombres a la batalla, y de que nunca había luchado a caballo contra un enemigo vivo. Ni siquiera recordaba haber estado tan asustado.

Entonces las columnas de humo negro que se elevaban en el cielo y los gritos de los campesinos que habían quedado atrás infundieron vida nueva al fuego rabioso que le corría por las venas, y oyó su grito resonar como un trueno por encima de la carga de caballería.

—¡Alera! —aulló.

—¡Alera! —gritaron en respuesta un centenar de legionares a caballo.

Tavi vio al primer cane, una bestia enorme y fibrosa con sarna en el pelaje de color polvo y un hacha agarrada con una de las pezuñas. El cane le dirigió el hacha con un extraño golpe que fue de abajo arriba, y el metal rojo brilló a medida que se acercaba.

Tavi no decidió conscientemente lo que iba a hacer. Su brazo se movió, la espada golpeó algo, y algo impactó contra su pecho cubierto por la armadura, pero sus sentidos apenas lo percibieron. Se inclinó hacia la derecha con la espada sajando de vuelta y, cuando el caballo pasó al galope al lado del cane, lo golpeó con el tajo limpio, ágil y natural de un espadachín montado, concentrado en la precisión y dejando que el peso del caballo a la carga le infundiera potencia y velocidad al golpe.

La espada voló y acertó con una fuerza maliciosa que le recorrió el brazo con una punzada continua.

No había tiempo para comprobar los resultados. El caballo de Tavi seguía al galope y recuperó el arma para lanzar otro ataque contra un cane situado en el lado izquierdo de su camino. Vislumbró un destello de colmillos canim ensangrentados por el rabillo del ojo, y su caballo relinchó. Una lanza se precipitó contra su cara, pero la desvió con la espada. Algo más le golpeó en el yelmo, y entonces se hundió en la caballería alerana que atacaba desde la dirección opuesta: los hombres de Max.

Tavi condujo a sus hombres fuera del combate, mientras mantenían una línea desordenada. Viraron sin reducir la velocidad y volvieron a la carga contra los canim que ahora se habían dispersado por la carretera. Esta vez parecía que pensaba con más claridad. Atacó a un cane que intentaba arrojarle una lanza a uno de los hombres de Max, guio los cascos de su caballo contra la espalda de otro cane, y se inclinó hacia delante para descargar el golpe definitivo sobre un cane herido que intentaba ponerse en pie. Entonces pasó de largo ante los miembros del grupo de Max y salió de nuevo a campo abierto.

Solo un puñado de canim podían continuar el combate, y se lanzaron hacia delante con unos aullidos de rabia loca y casi frenética.

Tavi se dio cuenta de que respondía con aullidos a sus aullidos, y espoleó al caballo para que avanzara hasta que pudo deslizarse hacia un lado para evitar el ataque de una espada en forma de hoz y lanzar su propia hoja en un tajo directo que atravesó el cuello del cane que lo había atacado. El cane se retorció y giró con malicia cuando la espada de Tavi se quedó atascada, y se la arrancó de la mano.

Tavi dejó que el caballo lo alejara y blandió la espada corta, aunque era un arma poco adecuada para usarla montado. Se dio la vuelta para buscar más enemigos.

Pero se había terminado.

La caballería alerana había cogido a los canim por sorpresa, y nadie había escapado de las monturas rápidas y las espadas de la Primera Alerana. Mientras miraba Tavi, el último cane vivo, que todavía llevaba clavada su espada, se agarró a la empuñadura, escupió un gruñido de desafío teñido de sangre y se derrumbó.

Tavi desmontó y atravesó el terreno ensangrentado en medio de un silencio repentino y total. Bajó la mano y agarró la empuñadura de su espada, plantó una bota en el pecho del cane y liberó el arma. Entonces se dio la vuelta para pasar la mirada por los jóvenes jinetes de caballería y la levantó en señal de saludo.

Los legionares estallaron en vítores que hicieron temblar la tierra, mientras los caballos se removían nerviosos. Tavi recuperó su montura, mientras que los jefes de lanza y los centuriones gritaban órdenes para que los hombres volvieran a sus puestos.

Tavi llevaba unos diez segundos a caballo cuando le golpeó una ola de cansancio

como si fuera un mazazo físico. El brazo y el hombro le dolían a rabiar, y la sed le quemaba la garganta. Una de sus muñecas estaba manchada de sangre, aunque parecía que se hubiera filtrado desde los nudillos destrozados que cubrían los guanteletes. Había en el peto una abolladura tan profunda como la primera falange de un dedo, y lo que parecían las marcas de dientes en una de las botas, que Tavi no recordaba haber notado.

Quería sentarse donde fuera y dormir. Pero había trabajo que hacer. Se acercó a los refugiados. Lo recibió un campesino anciano con todo el aspecto de un militar. Tal vez fuera un legionare de carrera retirado. Saludó a Tavi.

—Me llamo Vernick, mi señor. —Entornó los ojos ante la insignia en la armadura de Tavi—. Vos no sois de una de las legiones de lord Cereus.

—Capitán Rufus Scipio —se presentó Tavi, devolviendo el saludo—. Primera Legión Alerana.

Vernick gruñó sorprendido y se quedó mirando durante un momento el rostro de Tavi.

—Seáis quien seáis, estamos muy contentos de veros, capitán.

Tavi casi podía escuchar los pensamientos del anciano. «Parece demasiado joven para el rango. Debe de ser un artífice poderoso de la clase alta entre los ciudadanos». Tavi no sentía la necesidad de sacarlo de su error, sobre todo porque la verdad era muchísimo más terrible.

—Me gustaría transmitir mejores noticias, señor, pero nos estamos preparando para defender el Elinarch. Tendréis que llevar a vuestra gente detrás de las murallas de la ciudad para ponerlos a salvo.

Vernick dejó escapar un suspiro de cansancio, pero asintió.

—Sí, mi señor. Ya me imaginaba que era el punto más defendible de la zona.

—No hemos visto ningún canim hasta llegar aquí —replicó Tavi—. Puede que tengáis razón, pero debéis daros prisa. Si la incursión es tan grande como sospechamos, vamos a necesitar que todos los legionares defiendan las murallas de Elinarch. En cuanto se cierren las puertas, lo más probable es que nadie pueda entrar.

—Comprendo, mi señor —asintió el anciano—. No os preocupéis, señor. Lo conseguiremos.

Tavi asintió y lo saludó de nuevo antes de volver con la columna. Max se adelantó para encontrarse con él y le lanzó una cantimplora con agua.

Tavi la atrapó al vuelo y le dio las gracias a Max con un gesto.

—¿Y bien? —preguntó Tavi antes de darle un buen trago a la cantimplora.

—Esto es lo más cerca que se puede estar del ideal. Los hemos atrapado entre dos fuerzas en terreno llano y abierto —explicó Max con tranquilidad—. Cincuenta y tres canim muertos. Dos aleranos muertos y tres heridos, todos ellos peces. Hemos perdido dos caballos.

Tavi asintió.

—Entrégales los caballos libres a los campesinos. Irán más rápido si pueden montar en los caballos a algunos de los más pequeños. Comprueba que en el carromato haya sitio para los heridos. Habla con el campesino que se llama Vernick.

Max sonrió y asintió.

—Sí, señor. ¿Os importa si os pregunto cuál será el siguiente paso que haremos?

—Por ahora seguiremos recorriendo el valle. Mataremos canim, ayudaremos a los refugiados y veremos si podemos localizar su fuerza principal. Quiero enviarle una orden al alae que hay en las colinas para que se vuelva a concentrar. No quiero patrullas de ocho hombres enfrentándose a ninguna manada de combate canim.

Tavi se dio cuenta de que miraba fijamente dos caballos sin jinetes que había en su formación, y se quedó en silencio.

—Me ocuparé de ello —le aseguró Max, quien respiró hondo y preguntó en voz muy baja—: ¿Estás bien?

Tavi tenía ganas de gritar. O de correr y esconderse. O de dormir. O posiblemente una combinación de todo lo primero, seguido por lo último. No se había formado para dirigir legionares. No quería encontrarse en una posición de mando como aquella, pues nunca la había buscado. El que le estuviera ocurriendo era un hecho sencillo y enorme tan sorprendente para él que aún no había terminado de comprender todas sus consecuencias. Estaba acostumbrado a correr riesgos, pero allí los debía correr con las vidas de los demás, y no solo con la propia. Algunos jóvenes iban a morir —ya lo habían hecho— como consecuencia de sus decisiones.

Se sentía desorientado, en cierto modo perdido, y casi agradecía la desesperación y la rapidez a que le había obligado la situación, porque le ofrecían algo claro e inmediato a lo que poder dedicar sus energías. Reorganizar el mando. Decidir una estrategia. Enfrentarse al peligro. Si seguía repasando los problemas sin frenarse, podría mantener la cabeza sobre los hombros. No pensaría en el dolor y la muerte que tenía el deber de evitar como capitán de la legión.

No quería fingir que todo iba bien y proyectar una aureola de autoridad y calma a los jóvenes legionares que le rodeaban. Pero su confianza y tranquilidad eran fundamentales para fortalecer su capacidad de lucha y, en última instancia, aumentarían sus probabilidades de supervivencia. Así que hizo caso omiso de las voces de su interior que querían gritar de puros desconcierto y frustración, y se concentró en lo que tenían ante sí.

—Estoy bien —le respondió a Max con voz serena—. No quiero ir demasiado lejos. Si nos alejamos demasiado por el valle y los caballos desfallecen, los canim nos pasarán por encima antes de que podamos regresar a Elinarch. Pero haremos todo cuanto esté en nuestras manos por los campesinos que siguen con vida.

Max asintió.

—De acuerdo.

—Max. Necesito que me avises cuando creas que estamos llegando a nuestro límite —le indicó Tavi en voz baja—. Y no quiero que realices ningún artificio a menos que sea absolutamente necesario. Si llega el momento, eres mi as en la manga. Y eres lo más cercano que tenemos a un sanador de verdad.

—Entendido —asintió Max con el mismo tono bajo y le dedicó a Tavi una media sonrisa—. He visto a oficiales en su tercera ronda de servicio que no se comportan tan bien en acción. Estás hecho para esto.

Tavi le lanzó una sonrisa hueca.

—Díselo a los dos que no van a regresar.

—Esto es la legión —le recordó Max en voz baja—. Perderemos más elementos antes de que acabe el día. Sabían que entrañaba riesgos cuando se presentaron voluntarios.

—Se presentaron voluntarios para que los formasen y los dirigieran oficiales con experiencia —le aclaró Tavi—. No para esto.

—La vida no es ni segura ni justa. Nadie tiene la culpa de lo que está pasando. Ni siquiera tú.

Tavi miró a Max y asintió a regañadientes. Hizo girar al caballo y empezó a descender por el valle, donde más campesinos indefensos intentaban salvar las vidas. Parecía como si el día estuviera a punto de terminar, pero el sol velado por las nubes no había recorrido aún ni la mitad del camino hasta su cenit.

—¿Cómo se llamaban, Max? Los hombres que han muerto.

—No lo sé —confesó Max—. No ha habido tiempo.

—¿Te puedes enterar por mí?

—Por supuesto.

—Muchas gracias. —Tavi enderezó los hombros y se hizo un gesto de asentimiento para sí mismo—. Hablaré con nuestros heridos antes de partir, pero hay más campesinos que necesitan nuestra ayuda. Quiero que nos pongamos en marcha en cinco minutos, tribuno.

Los ojos de Max se encontraron con los de Tavi al saludar.

—Sí, capitán —y asintió con vehemente tranquilidad.

—Malditos cuervos —maldijo Tavi totalmente frustrado—. Esto no tiene ni el menor sentido, Max.

El sol se estaba desvaneciendo detrás del horizonte y el alae de caballería de Tavi se había enfrentado ese día a los saqueadores canim en no menos de seis escaramuzas rápidas y amargas, siempre contra manadas más pequeñas que la primera. Habían muerto tres legionares más. Otros nueve fueron heridos en acción, y otro más se rompió el brazo cuando su caballo cansado tropezó en el sendero y lo tiró de la silla.

—Te agobias por nada —replicó Max, y se recostó despreocupadamente contra el tronco de un árbol.

Los dos eran los únicos legionares despiertos, a excepción de la media docena de hombres de guardia que rodeaban al grupo. El resto estaban tendidos en el suelo en silencio, y dormían profundamente, extenuados después de un día de marcha y combates.

—Mira, los actos de los canim no siempre tienen sentido.

—Estás equivocado —le aseguró Tavi con firmeza—. Siempre tiene sentido para ellos, Max. Piensan de una manera diferente que nosotros, pero no están locos ni son estúpidos. —Movié una mano hacia el campo que les rodeaba—. Todas estas manadas sueltas. Sin organización ni dirección. Ninguna fuerza cohesionada. Este es un movimiento importante. Tengo que descubrir qué están haciendo.

—Podemos seguir cabalgando hasta que lleguemos al puerto. Te apuesto algo a que entonces lo sabrás.

—Durante unos cinco minutos, hasta que reventemos los caballos y los canim nos corten el cuello.

—Pero lo sabrás —recalcó Max.

—Lo sabremos —suspiró Tavi y movió la cabeza—. ¿Dónde está?

—Los mensajeros son unos tíos raros: les gusta llegar a su destino de una sola pieza y respirando. Esto es territorio hostil, dale tiempo.

—Puede que no tengamos tiempo.

—Sí —dijo Max con voz cansina—. Y por mucho que te preocupes, no va a llegar antes. —Max abrió una alforja y sacó una rebanada de pan plana y redonda. La rompió por la mitad y le lanzó un trozo a Tavi—. Come mientras puedas. Duerme si quieres.

—Dormir —repitió Tavi con un ligero tono de desdén.

Max gruñó y los dos comieron.

—¿Te has dado cuenta de una cosa? —preguntó al cabo de un momento.

—¿De qué?

—Todos tus legionares están tumbados o se mueren por estarlo.

Tavi frunció el ceño y vio las figuras entre tinieblas de los soldados tirados en el suelo. Hasta los centinelas se tambaleaban agotados.

—Tú no estás durmiendo —señaló Tavi.

—Tengo el artificio del metal que me permite no hacerlo durante días, llegado el caso.

Tavi le sonrió.

—No me has entendido. Tu tampoco estás durmiendo —le explicó Max—. Pero no dejas de moverte. Y tu boca corre más deprisa que cualquier caballo en Alera.

Tavi dejó de masticar durante un segundo y frunció el ceño.

—¿No querrás decir que estoy utilizando un artificio de metal?

—No, no lo estás haciendo —respondió Max—. Eso te lo puedo asegurar. Pero te mantienes igual de bien.

Tavi respiró hondo.

—Kitai —dijo al fin.

—Seguro que puede hacer milagros si se cruza en el camino de cualquier hombre —reconoció Max—. Pero te lo digo en serio. Sea cual sea la hierba que estás usando...

—No, Max —le interrumpió Tavi—. Es que... puedo pasar sin dormir mucho más tiempo de lo habitual desde que Kitai y yo hemos estado...

—¿Habéis estado labrando los campos en el colchón?

Estaba lo suficientemente oscuro como para que, gracias a las grandes furias, Max no pudiera ver el rubor repentino que le cubrió la cara a Tavi.

—Iba a decir «juntos», so idiota.

Max soltó una risita y bebió de una bota antes de pasársela a Tavi.

Tavi bebió e hizo una mueca de enfado ante el vino débil y aguado.

—No necesito dormir tanto. A veces me parece que veo con más claridad. Oigo mejor. No sé.

—Muy extraño —reconoció Max pensativo—, aunque útil.

—Preferiría que no hablaras de ello —le pidió Tavi en voz baja.

—Maldita sea —juró Max, recuperando la bota—. Me llevé un susto de muerte cuando la vi por aquí. Me imaginaba que estaba en palacio. Le gustaban los juguetes.

Tavi gruñó.

—Tiene ideas propias al respecto.

—Al menos ahora está segura en Elinarch —comentó Max.

Tavi le dedicó una mirada extraña.

—¿No está allí? —preguntó Max—. ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. No la he visto desde que nos condujo al pueblo anoche. Pero la conozco. —Movió la cabeza—. Está en algún sitio ahí fuera.

—¡Capitán! —llamó uno de los centinelas.

Tavi se giró y se encontró con la espada en la mano, una décima de segundo después de que Max desfundara el arma. Se relajaron cuando el centinela emitió la señal de que todo estaba en orden, y oyeron como se acercaban los cascos de un caballo.

Un legionare de aspecto demacrado y magullado apareció en la oscuridad. Su edad lo identificaba como un veterano. Tenía el yelmo manchado con lo que parecía sangre canim de un rojo oscuro. Desmontó de un salto, le dedicó a Tavi un saludo cansado y le hizo un gesto a Max.

—Capitán —anunció Maximus—. Este es el legionare Hagar. Serví con él en la Muralla.

—Legionare —saludó Tavi con un gesto—. Encantado de verte. Informa.

—Señor —empezó Hagar—. El centurión Flavis envía sus saludos y os informa de que su alae ha encontrado y eliminado a cincuenta y cuatro saqueadores canim. Ha ofrecido toda la asistencia que le ha sido posible a setenta y cuatro refugiados, y les ha indicado que busquen refugio en el pueblo de Elinarch. Dos legionares muertos y ocho heridos. Los heridos están de regreso a Elinarch.

Tavi frunció el ceño.

—¿Habéis encontrado tropas regulares del enemigo?

Hagar negó con la cabeza.

—No, señor, pero el centurión Flavis sufrió las dos muertes y la mayoría de las heridas de su unidad en lucha contra tres canim vestidos y equipados de manera diferente a los saqueadores habituales.

—¿Tres? —exclamó Max.

Hagar sonrió.

—No hace mucho tiempo, Antillar, y la luz ya lo estaba volviendo todo gris. Y esas cosas... Nunca había visto nada tan rápido, y eso que asistí al duelo entre Aldrick ex Gladius y Araris Valeriano cuando era niño.

—Se resistieron hasta sucumbir.

—Dos de ellos no lo hicieron. Huyeron, y Flavis los dejó escapar. Habría sido un suicidio enviar a nadie detrás de ellos en la oscuridad.

Tavi sintió algo parecido a cuando hueles una comida estupenda y se te hace la boca agua.

—Espera. ¿Vestidos de manera diferente? ¿Cómo?

Hagar se volvió hacia el caballo.

—Lo llevo aquí, señor. Flavis dijo que lo querríais ver.

—Flavis tenía razón —reconoció Tavi—. Tribuno, una lámpara, por favor.

—Delatará nuestra posición, señor —señaló Max.

—Lo mismo que el olor de un centenar de caballos —replicó Tavi con sequedad—. Tengo que ver esto.

Max asintió y cogió una lámpara. La cubrió con la capa antes de murmurar:

—Luz.

Muy poco del resplandor dorado de la lámpara de furia surgió de debajo de la capa y los tres se agacharon para examinar el atuendo que había llevado Hagar.

La primera pieza era una capa negra con una capucha lo suficientemente grande como para levantar una tienda pequeña, y envolvía las demás. Dentro de la capa había un par de espadas cortas de combate, o su equivalente cane. Las hojas medían casi un metro de largo, eran curvadas y estaban forjadas con el acero de sangre templado y de color escarlata con el que los canim fabricaban lo mejor de sus equipamientos. Las espigas de los cuchillos tenían dientes como los de una sierra para madera, y el pomo de una de ellas tenía la forma de un cráneo de lobo, con que completaban unas pequeñas gemas escarlatas que hacían las funciones de ojos. A continuación había media docena de pesadas barras terminadas en punta, tan largas como el antebrazo de Tavi y del grosor de un pulgar. El enorme brazo de un cane podía lanzarla y atravesar un blanco humano o romperle el cráneo a un hombre a través de un buen yelmo. Por último, el equipo incluía una cota de malla negra y sin brillo forjada con un metal extraño y enormemente pesado que casi no hacía ruido cuanto los eslabones rozaban entre sí.

Tavi se lo quedó mirando durante un momento, pensando.

—Parece más bien el equipo de un cursor —comentó Max en voz baja—. Más pequeñas de lo habitual. Ligeras. Perfectas para eliminar un objetivo y escapar.

—Hummm —asintió Tavi—. Esa es exactamente su función. Añade a ello lo bien que luchan, y todo hace indicar que podrían ser soldados de élite de algún tipo. Sin duda, exploradores.

—Sea como fuere, en algún lugar los esperan soldados regulares.

Tavi asintió con tono lúgubre.

—Y ahora saben quiénes somos.

Max frunció el ceño y se quedó en silencio.

—Señor —intervino Hagar—. También debo informaros de que es posible que los exploradores hayan sufrido muchas bajas.

Tavi gruñó y frunció el ceño.

—¿Cómo es eso?

—Solo cuarenta y cinco de los ochenta que salieron esta mañana han acudido al punto de reunión. Los exploradores son unos tipos independientes, y a veces se pueden ocultar en un escondite durante días. Nadie ha encontrado cadáveres, pero un par de ellos encontraron señales de que habían atacado a algunos de sus compañeros.

—Quieren que sigamos ciegos —concluyó Tavi con un gesto—. Esperad.

Tavi se puso en pie y se acercó a uno de los caballos que habían usado para llevar los suministros. Descargó un pesado cuadro de cuero que envolvía un fardo, desató la

cuerda que lo mantenía cerrado y sacó un par de espadas canim en forma de hoz y una de sus hachas. Las trajo consigo y las tiró al lado de los otros objetos. Se los quedó mirando durante un momento largo, intentando capturar una idea escurridiza que jugueteaba justo al borde de su conciencia.

—Si saben que estamos por aquí —comentó Max en voz baja—, será mejor que no nos entretengamos. No queremos que nos encuentre una patrulla de sus regulares en la oscuridad.

Hagar asintió.

—Flavis ya está de regreso a Elinarch.

Tavi seguía mirando las armas. Allí había algo. Una respuesta. Lo sabía.

—¿Señor? —lo llamó Max—. Puede que nos tengamos que poner en marcha. Sea lo que sea que estén haciendo o por muchos que sean, no podrán infiltrarse en el pueblo.

De repente, Tavi lo comprendió como si recibiera una inspiración y golpeó la palma de la mano con el puño.

—Cuervos, eso es.

Hagar parpadeó.

Tavi señaló las espadas en forma de hoz y el hacha canim.

—Max. ¿Qué ves?

—¿Armas canim?

—Mira más de cerca —le sugirió Tavi.

Max se mordió el labio y frunció las cejas.

—Hum. Hay manchas de sangre en esa. Los filos están bastante mellados en esas espadas en forma de hoz. Y hay óxido en... —Max se calló y profundizó el fruncimiento de cejas—. ¿Qué son esas manchas en las hoces y el hacha?

—Exactamente —recalcó Tavi y señaló el equipo de acero de sangre—. Mira. Los filos se conservan muy bien. Artesanía de alta calidad. —Apuntó hacia el equipo que les había quitado a los saqueadores muertos—. Herrumbre. Manufactura de mucha menos calidad. Más deterioradas. Menos cuidados, y esas manchas son verdes y marrones, Max.

Max alzó las cejas

—¿Y eso significa...?

—Eso significa que crecí en una explotación agrícola —respondió Tavi—. Esas manchas salen cuando siegas el grano —explicó, señalando las hoces y después le dio un golpecito al hacha— y cortas madera. Esto no son armas. Son herramientas.

—Sin querer faltarle al respeto, señor, en eso consiste la belleza de un hacha. Es ambas cosas.

—No dentro del contexto de lo que sabemos —replicó Tavi.

—¿Hum? —preguntó Max—. ¿Qué?

Tavi levantó una mano.

—Mira —empezó a explicar—, sabemos que los canim han desembarcado en gran número, pero no hemos visto tropas regulares. Los saqueadores que hemos visto iban corriendo por ahí como gargantes salvajes, sin coordinación y sin ningún plan. Ninguno de ellos llevaba armas de calidad, y ninguno de ellos vestía una armadura de acero.

—¿Lo que significa que...?

—Son levas, Max. Reclutas sin entrenamiento. Granjeros, proscritos, sirvientes. Cualquiera a quien hayan podido enviar por delante con algo afilado.

La cara de Max se retorció con una mueca pensativa.

—Lo único que están haciendo es enviarlos por ahí en grupos dispersos como estos.

—Pero así están provocando un gran caos. Creo que los canim han traído consigo tropas prescindibles, y que lo han hecho de manera intencionada —explicó Tavi—. No están aquí para luchar contra nosotros, sino como una maniobra de distracción. Se supone que nos tenemos que concentrar en ellos, como hemos hecho a lo largo de todo el día. Me apuesto algo a que albergan la esperanza de atraer a la Primera Alerana a campo abierto para aplastarnos.

—Cuervos —maldijo Max—. Esos perros cabrones no necesitan que cometamos un error tan grande. Es mucho más probable que lo hayan hecho para que los exploradores canim se puedan mover con entera libertad en el caos. Pueden encontrar la mejor ruta para sus regulares mientras eliminan a nuestros exploradores.

Tavi parpadeó y chasqueó los dedos. Entonces metió la mano en el bolsillo y sacó la pequeña gema sangrienta que le había quitado a lady Antillus. La situó al lado de las gemas en el pomo de la enjoyada espada de acero de sangre.

Eran idénticas.

—Ahí es donde había visto antes esta gema —recordó Tavi en voz baja—. Varg llevaba un anillo y un pendiente del mismo tipo.

Max dejó escapar un silbido silencioso.

—Cuervos —repitió en voz baja—. Supongo que ahora lo tiene mi madrastra.

—Sí, lo tiene —gruñó Tavi.

Max asintió lentamente.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora, señor?

Tavi levantó la vista hacia el legionare.

—Hagar.

El veterano saludó.

—Capitán.

Se retiró y se alejó en silencio con su montura.

—¿Qué nos recomiendas? —preguntó Tavi en voz baja.

—Regresar a Elinarch y atrincherarnos —respondió Max de inmediato—. Los canim no se habrían tomado tantas molestias si no fueran a venir en esta dirección.

Tavi movió la cabeza.

—En cuanto lo hagamos, perderemos cualquier posible oportunidad de conseguir más información sobre sus fuerzas. Si pueden repetir esa artimaña con el rayo, o si lady Antillus se ha unido realmente a ellos, pueden volar por los aires las puertas y vencernos en una hora.

—Si los regulares nos atrapan en campo abierto, esa será la menor de nuestras preocupaciones. Pero vos decidís, señor.

Tavi reflexionó durante un momento.

—Nos retiramos —concluyó en voz baja—. Dejaremos una línea de piquetes detrás de nosotros para que nos avisen cuando los vean. Despierta a los hombres y pide voluntarios.

—Señor —asintió Max y saludó, levantándose de inmediato y empezando a ladrar órdenes, de manera que los cansados legionares se pusieron en movimiento.

Tavi se dio cuenta de que la columna formaba con una maniobra que resultaba mucho más difícil en la oscuridad. Entonces un escalofrío le bajó por la espalda e hizo que se le erizara el vello de los brazos. Miró a su alrededor en la penumbra y se encaminó al lado occidental del campamento, donde las sombras eran más impenetrables.

Al acercarse vislumbró un destello de piel pálida bajo una capucha oscura.

—Alerano —susurró Kitai—. Hay algo que debes ver.

Su voz tenía un tono muy extraño. Tavi se dio cuenta de que Kitai estaba... asustada.

Kitai miró alrededor, se echó la capucha hacia atrás y se encontró con los ojos de Tavi, con la postura perfecta y ágil de un movimiento suspendido, como si fuera un venado oculto que se dispusiera a huir ante un león de las praderas.

—Alerano, tienes que ver esto.

Tavi le devolvió la mirada durante un momento y asintió. Se acercó a Max y murmuró:

—Llévalos de regreso al pueblo. Deja aquí dos caballos.

Max parpadeó.

—¿Qué? ¿Adónde vas?

—Kitai ha encontrado algo que tengo que ver.

La voz de Max se convirtió en un susurro insistente.

—Tavi. Eres el capitán de esta legión.

Tavi respondió en voz igual de baja y con la misma intensidad.

—Soy un cursor, Max. Mi deber es conseguir información para la defensa del Reino. Y no voy a ordenarle a nadie que salga esta noche al exterior. Ya he

conseguido que maten a suficiente gente por el día de hoy.

La expresión de Max reflejaba su dolor, pero en ese momento un centurión anunció que la columna estaba lista.

—Vete —ordenó Tavi—. Os alcanzaré.

Max soltó lentamente el aire. Entonces enderezó los hombros y le ofreció la mano a Tavi, que este aceptó.

—Buena suerte —le deseó Max.

—Y a ti.

Max asintió, montó y puso en marcha la columna. Al cabo de un momento se habían perdido de vista. Un poco después se difuminó el sonido de sus pasos. Tavi se quedó solo de repente, en la oscuridad, en una región desconocida de un país lleno de enemigos que estarían encantados de matarlo de la manera más dolorosa y horrible posible.

Tavi movió la cabeza y empezó a quitarse la armadura. Un latido más tarde, Kitai estaba a su lado. Sus dedos pálidos y ligeros volaban por encima de cierres y cintas, ayudándole a quitársela. Tavi sacó de la alforja la capa de viaje de color marrón oscuro, se la puso y se aseguró de que los dos caballos estuvieran listos para ponerse en marcha en cuanto Kitai y él regresasen.

Entonces, sin mediar palabra, Kitai se dirigió directamente hacia la noche con una zancada lobuna y Tavi la siguió de cerca. Corrieron a través de la oscuridad y los destellos ocasionales de relámpagos sangrientos, y Kitai lo condujo hacia las colinas ondulantes que enmarcaban la extensión del valle del Tíber.

Le ardían las piernas y el pecho cuando llegaron a la cima de lo que parecía la centésima colina. Habían pasado casi dos horas, y dio la impresión de que Kitai frenaba el paso. Lo condujo durante el siguiente centenar de metros con un paso lento y perfectamente silencioso, y Tavi la imitó. Tardaron solo un instante más en llegar al borde de la colina.

La luz relucía en la distancia, brillante, dorada y constante. Tavi pensó durante un momento que estaba contemplando Founderport en llamas, pero vio que la luz del tremendo fuego se encontraba en realidad detrás de la ciudad, de manera que las murallas destacaran con una silueta clara y bien delineada.

Tardó un momento más en reconocer lo que estaba viendo.

Founderport no estaba ardiendo.

Pero la flota canim sí.

El fuego rugía con tanta fuerza que se podía oír como un gemido muy distante. Pudo ver, en medio del humo y el fuego, como las llamas consumían la silueta de los mástiles y las cubiertas de los barcos de vela.

—Están quemando sus naves detrás de ellos —susurró Tavi.

—Sí, alerano —asintió Kitai—. Tu pueblo no lo habría creído de labios de una

marat. Tus ojos lo tenían que ver.

—Esto no es un saqueo. No es una incursión. —Tavi sintió de repente mucho frío—. Por eso hay tantos canim esta vez. Por eso están dispuestos a sacrificar un millar de soldados para mantenernos ocupados.

Tragó saliva.

—Han venido para quedarse.

Tavi se quedó mirando las naves que ardían a lo lejos, y pensó en todo lo que implicaban su presencia. Quería decir que ya no importaba lo que los canim hubieran hecho en el pasado. Las cosas habían cambiado de manera drástica.

A lo largo de la historia de Alera, el conflicto con los canim se había centrado en el control de varias islas a medio camino entre Alera y la patria de los canim. En su mayor parte habían sido combates duros y sangrientos por fortificaciones costeras, y un par de batallas navales entre medias. Cada pocos años, los barcos pirata canim surgían de las profundidades del mar y se presentaban ante las costas de Alera. Quemaban y saqueaban todos los pueblos que podían, se llevaban todos sus objetos de valor y de vez en cuando capturaban aleranos y se los llevaban hacia un destino que nadie había sido nunca capaz de conocer con seguridad. Tanto si acababan como esclavos como si servían de comida, desde luego era un final desagradable.

Las incursiones canim a gran escala, algunas de las cuales habían remontado la costa hasta ciudades costeras como Parcia, eran menos frecuentes. En esos casos, algunas docenas de barcos se unían y realizaban un ataque mucho más importante. Los canim habían quemado Parcia hacía unos cuatrocientos años, y habían arrasado la ciudad de Rodas al menos tres veces.

Pero Ehren había dicho que esta fuerza invasora era infinitamente más grande que cualquier que se hubiera visto antes. Y no tenían intención de atacar Alera y regresar a su patria. Por algún motivo, los canim se querían quedar. Y eso tenía unas implicaciones terroríficas.

Para los canim, el ataque contra Alera era literalmente una cuestión de vida o muerte. No tenían nada que perder, y sí todo que ganar, y no les cabía ninguna duda de que la única manera de garantizar su seguridad pasaba por destruir el pueblo de Alera, a legionares y campesinos, ciudades y explotaciones agrícolas por igual. Estaban atrapados, desesperados, y Tavi sabía muy bien el tipo de ferocidad loca y sin miedo que podía demostrar una criatura atrapada.

Siguió contemplando los fuegos durante un momento más.

—Esta es la primera vez que veo el mar —le comentó a Kitai—. Me hubiese gustado que fuera en otras circunstancias.

Ella no le contestó, pero su cálida mano se deslizó en la suya y sus dedos se entrelazaron.

—¿Cómo viste el fuego? —le preguntó Tavi a Kitai—. ¿Qué estabas haciendo tan lejos?

—Cazar —respondió en voz baja.

Tavi frunció el ceño.

—¿Qué estabas cazando?

—Respuestas.

—¿Por qué?

—Porque maté a un hombre que querías que hablase. Pensé que lo más adecuado era corregir esa falta de cortesía. —Pasó la mirada desde las piras distantes a Tavi—. Cuando volvíamos a tu campamento con los prisioneros, vi que la Gran Señora de Antillus salía a caballo de la ciudad por el gran puente. Desde entonces la he seguido. Se ha detenido cerca de aquí. Te puedo mostrar dónde. Quizás ella tenga las respuestas que querías encontrar.

Tavi frunció el ceño y se quedó mirando a Kitai durante un momento.

—¿Tienes idea de lo peligrosa que es?

Kitai se encogió de hombros.

—No me ha visto.

Tavi apretó los dientes durante un momento.

—Es demasiado para nosotros solos.

—¿Por qué? —preguntó Kitai.

—Es una Gran Señora —respondió Tavi—. Si tuvieras la más mínima idea de las cosas que puede hacer...

—Es una cobarde —le interrumpió Kitai con tono desdeñoso—. Deja que otros maten por ella. Orquesta accidentes. Hechos que no se pueden relacionar con ella y de los que no la pueden culpar.

—Lo que no quiere decir que no nos pueda convertir en cenizas con un solo gesto —le explicó Tavi—. No se puede hacer nada.

—¿Al igual que no se podía sacar a Max de la Torre Gris, alerano?

Tavi abrió la boca para replicar, pero la cerró y le frunció el ceño a Kitai.

—Esto es diferente. —Entornó los ojos—. Pero... ¿por qué habrá venido hasta aquí? ¿Dices que está acampada?

Kitai asintió.

—En una quebrada estrecha cerca de aquí.

A Tavi le dolían horrores las piernas, y la barriga le iba a reclamar a gritos algo de comida en cuanto consiguiera eliminar la larga carrera de su sistema. Lady Antillus era una oponente letal, y si actuaba sin testigos y en tierras salvajes, lo más seguro sería que los matase a los dos en cuanto se diera cuenta de su presencia, pero tal vez no se les volviera a presentar una oportunidad como aquella de saber algo más sobre los acuerdos que podrían haber cerrado los ciudadanos traidores con el enemigo.

—Muéstramelo —le dijo a Kitai.

Ella se puso en pie y lo condujo de nuevo a través de la noche, por encima de la cresta de la colina y bajando por la ladera del otro lado, donde el terreno se elevaba hacia los huesos rocosos de antiguas montañas que se habían erosionado hasta formar colinas redondeadas, rotas aquí y allí por fisuras escarpadas. Aquí, la vegetación

densa y baja y los grandes árboles del valle fluvial daban paso a matorrales, árboles perennes y esqueléticos, y extensiones de zarzas que en algunos lugares habían crecido hasta formar matorrales de más de un metro de alto.

Kitai se envaró un tanto cuando empezó a caminar a lo largo de un matorral. Se frenó y prosiguió camino con un silencio cauteloso y perfecto. Tavi la imitó, y ella lo condujo a través de una estrecha abertura en el matorral. Al cabo de unos pasos se vieron obligados a gatear. Pequeñas espinas pinchaban a Tavi sin importar lo cuidadoso o lento que se moviera, y tuvo que apretar los dientes y acallar los gritos de dolor para que no delataran su presencia.

Después de diez metros aparentemente interminables, salieron del matorral y entraron en un bosquecillo más o menos denso. Kitai avanzó poco a poco en un espacio abierto y cubierto de pinaza bajo los árboles. Se detuvo y le indicó a Tavi que se acercara. Él se colocó a su lado, tendido sobre el pecho y mirando hacia delante y hacia abajo a través de las ramas de los árboles. Contempló una zona pequeña y semicircular ubicada dentro de una de las fisuras más largas de las colinas rocosas. El agua goteaba por la pared de roca, caía en un estanque poco más grande que un cuenco de cocina de una explotación agrícola, y proseguía su camino bajando por las piedras.

El fuego de campamento, hundido en un pequeño pozo para ocultar mejor la luz, no se encontraba a más de seis metros de su escondite. Lady Antillus estaba sentada al lado del estanque, a todas luces inmersa en una conversación con una escultura de agua pequeña y vagamente humana que se levantaba sobre la superficie de la pequeña laguna.

—No lo entiendes, hermano mío —decía lady Antillus con tono agitado—. No han venido con unas fuerzas de saqueo extraordinariamente grandes. Brencis, lo han hecho con cientos de barcos, y después los han quemado.

Una voz débil y petulante surgió de la figura esculpida con agua.

—No pronuncies mi nombre, niña estúpida. Estas comunicaciones se pueden interceptar.

«O se pueden escuchar a escondidas, lord Kalarus», pensó Tavi.

Lady Antillus dejó escapar un sonido de exasperación.

—Tienes razón. Si alguien nos escucha, puede sospechar que has cometido traición. Si todas las legiones, los asesinatos y los secuestros no lo han conseguido ya.

—Levantarse contra Gaius es una cosa —replicó la figura de agua—. Que te descubran coaligado con los piratas canim es otra muy diferente. Puede obligar a los Grandes Señores neutrales a movilizarse en mi contra. Incluso puede provocar la censura de los señores del norte, entre ellos tu querido esposo, y he trabajado demasiado duro como para permitir que eso ocurra ahora. —La voz de la figura se volvió fría y peligrosa—. Así que refrena esa lengua.

La espalda de lady Antillus se envaró de puro miedo, y su rostro empalideció.

—Como deseéis, mi señor. Aun así debes comprender lo que te digo. Los canim no han venido solo para crear esta capa de nubes y entorpecer los movimientos de las tropas del Primer Señor. No han venido solo para saquear y realizar una maniobra de distracción con la que dividir sus fuerzas. Vienen para quedarse.

—Eso es imposible —respondió Kalarus—. Ridículo. Volverán al mar antes de acabar el verano. Lo deben saber.

—A menos que no lo hagan —replicó lady Antillus.

Kalarus bufó una incoherencia.

—¿Estás en el punto de reunión?

—Para cerrar el acuerdo. Sí.

—Déjale claro a Sarl lo inútil de su posición.

Lady Antillus vaciló y respondió:

—Él es poderoso, mi señor. Más de lo que estaba dispuesta a creer. Su ataque contra el mando de la Primera Alerana ha sido... mucho más intenso de lo que habría creído posible. Llegó con más rapidez de lo que habíamos pensado. Me vi obligada a... a dejar sin resolver algunos asuntos menores.

—Razón de más para que le recuerdes a ese perro con quién se las está jugando. No debes temer el poder de su especie, y lo sabes. Entrégale mi advertencia y después regresa a Kalare.

—¿Y tu sobrino, mi señor?

—Crasus también es bienvenido, por supuesto.

Lady Antillus negó con la cabeza.

—Sigue con la legión.

—Entonces, que tenga suerte.

—No está preparado para la guerra.

—Ya ha crecido. Puede tomar sus propias decisiones. Yo no tengo la culpa de que no le hayan preparado bien para sobrevivir a ellas, ni me preocupa. Eso es responsabilidad de sus padres.

La voz de lady Antillus adquirió un levísimo tono acalorado.

—Pero... mi señor...

—Ya es suficiente —bufó la figura de Kalarus—. Tengo trabajo pendiente. Me obedecerás en todo.

Lady Antillus lo miró durante un segundo y la recorrió un escalofrío. Inclino la cabeza.

—Sí, mi señor.

—Coraje, pequeña —la animó la imagen de Kalarus en un tono más suave—. Estamos casi al final de la carrera. Solo un poco más.

Entonces la imagen se volvió a deslizar hacia el estanque diminuto y lady Antillus

se hundió. Tavi vio que tenía las manos cerradas en puños tan apretados que las uñas se le habían clavado en las palmas. Unas pequeñas gotas de sangre cayeron sobre las piedras del suelo de la fisura, y brillaron bajo la luz del pequeño fuego.

Se puso en pie de repente y movió una mano hacia las piedras de la pared de la fisura. Estas se agitaron, latieron y después se movieron hasta formar la imagen en bajorrelieve de un hombre joven. De hecho...

Era una imagen a tamaño real de Tavi, cuidadosa y terriblemente detallada.

Lady Antillus le escupió, y la golpeó con un puño en un golpe impulsado por las furias con tanta potencia que literalmente arrancó la cabeza de piedra de la pared de la fisura y envió una nube de fragmentos de piedra, que golpearon el suelo. El puñetazo siguiente alcanzó a la figura en el corazón y su puño se hundió en la piedra hasta llegar al codo. Las grietas se empezaron a abrir desde el punto del impacto y más trozos de la estatua se rompieron y cayeron al suelo. Lady Antillus se dio la vuelta y se alejó dos pasos largos de la imagen antes de aullar y lanzar las palmas abiertas contra los restos de la reproducción de Tavi. El fuego sacudió la oscuridad y la noche tranquila con un estallido de luz y ruidos repentinos, y la piedra chilló a modo de protesta.

Una nube de polvo y humo lo cubrió todo. La piedra golpeó contra la piedra. Cuando se disipó la neblina, había un enorme agujero liso como el cristal de más de metro y medio de profundidad en el lugar donde había estado la imagen.

Tavi tragó saliva.

A su lado, Kitai hizo lo mismo.

Se obligó a respirar lenta y tranquilamente para controlar el temblor aterrorizado de sus extremidades. Podía sentir los temblores de Kitai contra los suyos. Se alejaron del pequeño campamento de la Gran Señora de manera tan silenciosa como habían llegado.

Les llevó una eternidad salir a rastras del matorral espeso sin hacer ruido, y Tavi quiso salir corriendo en cuanto estuvo de nuevo en pie. Habría sido un error, tal vez fatal, hacerlo tan cerca de lady Antillus. Así pues, Kitai y él se alejaron lenta y cuidadosamente durante más de medio kilómetro. Solo entonces Tavi se detuvo al lado de un arroyo y dejó escapar un suspiro tembloroso.

Kitai y él se agacharon al lado del arroyo, y bebieron. Tavi se dio cuenta de que a Kitai le temblaban las manos. Aunque intentaba aparentar tranquilidad, en el fondo de sus ojos exóticos pudo ver el miedo, que mantenía férreamente controlado.

Después de beber, se quedaron durante un momento agachados en silencio. Tavi encontró la mano de Kitai en la oscuridad y la apretó con fuerza. Ella le devolvió el apretón y se apoyó en él, hombro contra hombro, y los dos contemplaron el reflejo en el agua de los ocasionales relámpagos carmesíes.

Tavi oyó a lo lejos la llamada resonante y extraña de los cuernos de guerra canim.

Los dedos de Kitai apretaron con más fuerza.

—Ya vienen —susurró.

—Sí —reconoció Tavi y levantó los ojos hacia el oeste, desde donde habían sonado los cuernos de guerra.

Durante un momento experimentó una terrible sensación de impotencia, la conciencia repentina y aplastante de que él era muy pero que muy pequeño y no podía hacer nada ante todos los acontecimientos que se estaban produciendo. Estaban en movimiento fuerzas enormes, y no podía hacer nada por detenerlas, y casi nada por influir en ellas. Se sintió como la pieza del legionare en el tablero de *ludus*: pequeña, lenta y de muy poco valor o capacidad. Otras manos estaban moviendo las piezas. Dada su condición de legionare de *ludus*, él tenía poco que decir sobre esos movimientos, y era casi incapaz de cambiar el resultado de la partida, aunque pudiera mover las piezas.

Era espantoso, frustrante e injusto. Se apoyó en Kitai, que lo alivió con su presencia, su aroma y su roce.

—Ya vienen —murmuró—. No van a tardar mucho.

Kitai lo miró y sus ojos le analizaban la cara.

—Si es cierto, si son una hueste enorme, ¿tu legión los destruirá?

—No —respondió Tavi en voz baja.

Cerró los ojos durante un momento, impotente como una pieza de *ludus*, y lo más probable era que quedase destruido cuando llegase la matanza y lo lanzaran a un final de partida realmente lúgubre.

Final de partida.

Los cuernos de guerra de los lobunos canim sonaron de nuevo.

Ludus.

Tavi respiró hondo de repente y se puso en pie con la mente disparada. Miró hacia la luz de los barcos en llamas en el puerto de Founderport, que se reflejaba en la capa de nubes bajas que tenía por encima de la cabeza.

—No los podemos destruir —anunció—. Pero creo que sé cómo los podemos detener.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

Tavi entornó los ojos y respondió en voz muy baja:

—Disciplina.

Isana, extenuada, preguntó sin levantar la mirada:

—¿Qué día es hoy, Giraldi?

—El vigésimo noveno día del asedio. Amanecerá dentro de unas horas.

Isana se obligó a que los pensamientos atravesaran el cerebro cansado.

—La batalla. ¿Es posible que lady Veradis esté libre durante el día de hoy?

Giraldi se quedó en silencio durante un minuto muy largo. Entonces arrastró un taburete por el suelo hacia el lugar donde se encontraba Isana y se sentó delante de ella. Se inclinó y le levantó la barbilla con unos dedos encallecidos y amables, de manera que ella lo tuvo que mirar.

—No —respondió con suavidad—. No podrá, Isana.

Isana se esforzó por procesar la información. Entonces, no sería aquel día. Debía resistir otro día más. Otro día eterno y despiadado. Se lamió los labios secos y partidos.

—Gaius llegará pronto —comentó.

—No —replicó Giraldi—. Esta tormenta tiene algo que impide que los caballeros Aeris puedan volar a más de unos pocos metros del suelo. El Primer Señor no puede enviar tropas de respuesta rápida para levantar el sitio, y Kalarus ha obstaculizado las calzadas entre Ceres y la capital. Tardarán una semana más en llegar.

Una semana. A Isana le parecía que una semana era un espacio de tiempo casi mítico. Quizás eso era una ventaja. Un solo día era un tormento. Tampoco podía recordar con claridad cuántos días tenía una semana.

—Me quedo.

Giraldi se inclinó hacia delante.

—Las fuerzas de Kalarus han abierto una brecha en las murallas de la ciudad. Cereus y Miles consiguieron derrumbar edificios suficientes como para contenerlos durante un tiempo, pero solo es cuestión de horas, probablemente menos de un día, que se vean obligados a retirarse a la ciudadela. Los combates son más duros a cada hora que pasa. Cereus y Miles han perdido más caballeros, y ahora el enemigo se cobra cada vez más víctimas entre los legionarios normales. Veradis y sus sanadores trabajan para salvar vidas hasta que caen rendidos. Entonces se levantan y vuelven a empezar. Ninguno de ellos puede venir a ayudaros.

Giraldi se inclinó un poco más hacia delante y le giró la cabeza hacia Fade.

—Miradlo, Isana. Miradlo.

Ella no quería hacerlo. No podía recordar demasiado bien por qué, pero sabía que no quería mirar a Araris. Pero no pudo reunir las fuerzas para negarse a cumplir la orden del centurión. Miró.

Araris, Fade, el amigo más íntimo de su esposo, yacía pálido e inerte. Había

tosido débilmente durante días, aunque había dejado de hacerlo en un pasado reciente y borroso. Su pecho casi no subía ni bajaba, y cuando lo hacía emitía un sonido húmedo. Su piel había adquirido una tonalidad amarillenta y malsana en zonas alrededor del torso y el cuello. Tenía grietas en la piel, llagas dolorosas hinchadas y rojas. El cabello le colgaba lacio, y todos los rasgos del cuerpo parecían fofos, de alguna manera indistintos, como si hubiera sido una estatua de barro aún fresca que se estuviera derritiendo lentamente bajo la lluvia.

Se podían distinguir claramente dos cosas.

La quemadura en la cara, que tenía el aspecto terrible de siempre.

La sangre prácticamente seca bajo los orificios nasales y unos rastros similares de un feo color escarlata oscuro sobre los labios.

—Recordáis lo que dijo lady Veradis —le pidió Girdali—. Se ha acabado.

Isana miró la sangre y recordó lo que significaba. No tenía fuerzas suficientes para mover la cabeza, pero consiguió murmurar:

—No.

Girdali le giró la cara hacia él.

—Malditos cuervos, Isana —exclamó con un tono de frustración en la voz—. Algunas batallas no se pueden ganar.

El ruido atronador del fuego rugió cerca en el exterior, haciendo temblar los muebles de la habitación y lanzando esquirlas contra la superficie vidriosa del agua en la bañera de sanador.

Girdali miró hacia la ventana y después volvió la vista a Isana.

—Ya ha llegado el momento, estatúder. Lleváis días sin dormir. Lo habéis intentado. Las grandes furias saben que lo habéis intentado. Pero va a morir. Pronto. Si no os retiráis, moriréis con él.

—No —repitió Isana y oyó el crujido inestable de su voz al hacerlo.

—Cuervos sangrientos —maldijo Girdali en un tono a la vez amable y angustiado—. Estatúder. Isana. Cuervos y cenizas, muchacha. Fade no querría que desperdiciaras tu vida sin ninguna razón.

—Yo soy quien decide. —Tantas palabras requirieron un esfuerzo notable y sintió que le faltaba el aliento—. No me iré.

—Lo haréis —replicó Girdali con voz pesada y dura—. Le prometí a Bernard que cuidaría de vos. Si llega el momento, Isana, cortaré las ataduras que os unen y os sacaré a rastras de esta habitación.

Una oleada silenciosa y distante de desafío susurró a través de los pensamientos de Isana y le dio a su voz un gruñido de determinación casi inaudible.

—Bernard no abandonaría nunca a ninguno de los suyos. —Respiró hondo—. Lo sabes. Fade es mío. No lo dejaré.

Girdali no dijo nada. Entonces negó con la cabeza y sacó el cuchillo del cinturón.

Buscó la cuerda que mantenía en contacto su mano con la de Fade.

El desafío regresó, más fuerte, e Isana atrapó la muñeca del centurión con sus dedos. Las articulaciones crujieron a causa de la tensión. Sus nudillos se pusieron blancos. Entonces levantó la cabeza y miró al centurión a los ojos.

—Tócanos —le advirtió— y te mataré. O moriré en el intento.

La cabeza de Girdi se echó hacia atrás e Isana sabía que no era por la fuerza de sus dedos debilitados ni por la amenaza con la voz casi inaudible. Habían sido los ojos.

—Cuervos —susurró Girdi—. Lo decís en serio.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué, Isana? No me digáis que Fade es solo un esclavo algo retrasado a quien le gusta seguir a vuestro sobrino por todas partes. ¿Quién es?

Isana intentó pensar con claridad, recordar quién sabía y quién se suponía que debía saber y quién no debía saberlo nunca. Pero estaba tan cansada y habían pasado tantos años... y tantas mentiras. Estaba agotada de tantas mentiras y tantos secretos.

—Araris —susurró—. Araris Valeriano.

Girdi pronunció el nombre en silencio con los ojos muy abiertos. Entonces miró al hombre herido y luego a Isana, una y otra vez, y su rostro se tornó totalmente blanco. El viejo soldado se mordió el labio y apartó la mirada. Sus rasgos temblaron a ojos vista, como si de repente hubiera envejecido otros diez años.

—Bueno —dijo al fin con voz temblorosa—. Algunas cosas adquieren más sentido.

Isana le soltó la muñeca.

Girdi miró el cuchillo durante un momento y volvió a enfundarlo.

—Si no os puedo parar... al menos os puedo ayudar. ¿Qué necesitáis, mi señora?

Los ojos de Isana se abrieron de repente mientras miraba a Girdi, y de pronto vio cómo se podía acceder a Fade. Su corazón impulsó una esperanza repentina a través de su mente exhausta con una oleada de calidez punzante e inesperada.

—Eso es —exclamó.

El viejo soldado parpadeó y miró a su espalda.

—¿Eso es? ¿Qué es?

—Girdi, tráeme té. Algo fuerte. Y encuentra su espada.

La caminata de regreso adonde estaban los caballos fue larga y agotadora, y aún lo fue más el regreso hasta el acantonamiento de la legión en Elinarch. Tavi llegó a la hora más fría y negra de la noche. Aún le parecía extraño que, a pesar del calor insoportable que hacía en el sudoeste del Reino a finales de verano, la noche fuera tan fría y molesta como en el valle de Calderon.

Les detuvieron dos líneas de piquetes montados cuando se aproximaban. Nada más cruzar el último claro antes del pueblo, Tavi tomó nota de las figuras silenciosas dispuestas en tres líneas, en su mayor parte arqueros y leñadores locales, que se desplazaban hacia el oeste extremando las precauciones. El Primer Lanza los habría enviado para controlar y hostigar el avance del ejército canim, y para intentar eliminar a los exploradores del enemigo a medida que avanzaban. Era una medida que Tavi debería haber ordenado en persona, pero para eso había dejado a Valiar Marcus al mando de las defensas.

Tavi y Kitai entraron en la mitad del pueblo por el extremo sur del Elinarch y empezaron a cruzar el gran puente. Sus pasos resonaban en las piedras. El aroma a agua, lodo y peces del gran río Tíber subió hasta ellos. Se encontraban a unos treinta metros sobre el agua, en lo más alto del arco del puente, y Tavi cerró los ojos cansados para disfrutar de la brisa fría que lo inundaba.

La noticia de su regreso lo precedía, y pasaba de centinela en centinela. Magnus, como el ayuda de cámara principal del capitán, estaba allí para recibirlo y acompañarlo a la tienda de mando, que ahora no era tan grande como la de Cyril sino del tamaño reglamentario de la legión. Muchas personas entraban y salían cuando se acercaron a ella, todas a paso rápido. Tenían que sortearse los unos a los otros con tanto trasiego.

En definitiva, la tienda parecía demasiado pequeña e inadecuada, en el centro del círculo formado por la tierra abrasada por el rayo. Eso era lo apropiado, supuso Tavi. Él también se sentía pequeño e inadecuado.

—No, que me lleven los cuervos —bufó la voz de Valiar Marcus desde el interior de la tienda—. Si nuestras reservas de comida están en la orilla meridional y los perros la toman, nos tendremos que comer las botas cuando nos retiremos hacia el norte.

—Pero toda mi centuria acaba de terminar el traslado de los suministros hasta allí con mulas de carga —protestó una segunda voz.

—Estupendo —le cortó Marcus—. Así conocerán exactamente el camino de vuelta.

—Marcus, los almacenes están en los muelles, no intramuros. No los podemos dejar sin protección y aún no hemos completado nuestros propios almacenes.

—Entonces descargadlos en algún sitio. O requisad una casa.

Tavi desmontó del caballo y estiró los músculos, que no dejaban de quejarse. Llamó a Kitai y ella se inclinó hacia él. Tavi pidió algo, y Kitai asintió y salió al galope hacia el campamento de los seguidores.

Magnus vio cómo se iba con el ceño fruncido. Era posible que la oscuridad y la capucha hubieran ocultado sus rasgos ante el viejo cursor, pero estaba claro que era una mujer.

—¿Quién es, señor? —le preguntó a Tavi.

—Más tarde —respondió Tavi y volvió los ojos hacia la tienda.

Magnus frunció el ceño pero asintió.

Tavi se tomó un momento para ordenar las ideas, intentó proyectar toda la autoridad de que fue capaz y entró en la tienda.

—No requises una casa —ordenó—: pide un voluntario. No te resultará difícil encontrar gente dispuesta a sacrificar su comodidad por lo único que se interpone entre ellos y una horda canim.

La tienda contenía dos mesas hechas con dos barriles de agua vacíos y tablones. Sobre ambas había un caos total de papeles dispersos, la mayor parte medio consumidos por las llamas. Dos peces estaban sentados en cada mesa, intentando ordenar los papeles supervivientes bajo la luz de una sola lámpara de furia.

El Primera Lanza y el centurión respondón se pusieron firmes y saludaron.

—Señor —dijo Marcus.

Los peces fueron un latido por detrás de los centuriones y empezaron a ponerse en pie. Tavi estaba seguro de que si lo hacían, derribarían las mesas improvisadas y perderían todo el trabajo realizado.

—Descansen —les ordenó Tavi—. Volved al trabajo. —Saludó con la cabeza a Marcus—. Primera Lanza y ¿centurión...?

—Cletus, señor.

—Centurión Cletus. Sé que tus hombres están cansados. Todos lo estamos. Vamos a estar aún más cansados. Pero que me lleven los cuervos si deajo que la legión esté cansada y hambrienta. Así que encuentra un edificio para almacenarla y vigila la comida.

Estaba claro que a Cletus no le gustaba la idea. Ningún centurión querría obligar a sus hombres a entrar en acción exhaustos por el trabajo físico si lo podía evitar. Pero era legionare hasta la médula y asintió.

—Sí, señor. —Se dio la vuelta dispuesto a irse.

Tavi asintió.

—Coge una de las centurias de peces para que os ayuden a cargar. Grano y carne seca primero, y los productos perecederos después.

Cletus se detuvo, inclinó la cabeza ante Tavi como muestra silenciosa de gratitud

y se fue.

El Primera Lanza fornido había perdido la mayor parte del cabello cortado al cepillo de un lado de la cabeza a causa del fuego. La piel recién curada, donde los sanadores habían sido capaces de ayudarlo más, estaba rosada, brillante y ligeramente inflamada. No por ello su fruncimiento de ceño era menos feroz, ni su cara fea y arrugada menos fea y arrugada.

—Capitán —gruñó Marcus—. Me alegra veros de nuevo de una sola pieza. Antillar dijo algo de que ibais a explorar a los canim.

—Eso no es del todo cierto —explicó Tavi—. Un explorador encontró un rastro y lo siguió hasta dar con... —Tavi miró a los peces sentados en las mesas.

—De acuerdo —comprendió Marcus—. Muchachos, salid. Conseguid algo de comida y presentaos en vuestra centuria.

—Magnus, por favor, llama a los tribunos Antillar y Antillus —ordenó Tavi—. Los quiero aquí para que lo oigan.

—Ahora mismo, señor —asintió Magnus y salió de la tienda. Tavi se quedó solo con el Primera Lanza.

—Tenéis el aspecto de alguien del que se han ocupado los cuervos, Marcus —comentó Tavi.

El Primera Lanza entornó los ojos y dejó escapar una risita ronca.

—Desde que era un muchacho, señor.

Tavi sonrió y se sentó en uno de los taburetes.

—¿Cuál es nuestra situación?

El Primera Lanza movió una mano irritada hacia las mesas cubiertas de pergaminos.

—Es difícil de decir. Gracus era un buen tribuno Logistica, pero sus archivos estaban tan bien organizados como un incendio forestal. Aún estamos intentando descubrir dónde está almacenada cada cosa, y lo complica todo aún más.

Tavi suspiró.

—Culpa mía. Olvidé nombrar un sustituto del tribuno Logistica para coordinar todo esto antes de partir.

—Para ser justos, en cualquier caso no habría podido avanzar mucho más.

—Me ocuparé de ello. ¿Qué tal la milicia?

El Primera Lanza frunció el ceño.

—Este es un gran pueblo de contrabandistas, señor.

Tavi gruñó.

—Chanchullos, supongo.

—Tienen lo mejor que se puede comprar con dinero —confirmó—. No había ni doscientas armaduras completas y no estaban muy bien conservadas. Creo que hay muchas posibilidades de que algunos legionares renegados de Kalarus vistan el resto

de las reservas del pueblo. La cosa mejora un poco en lo relativo a espadas, aunque no mucho. Pero hay un montón de espadas de propiedad privada. Placida las envía con sus legionares cuando terminan su servicio, y hay un montón de hombres libres de Placida que tienen ese pasado.

—¿Y las explotaciones agrícolas? —preguntó Tavi.

—Se han enviado mensajes, pero los voluntarios tardarán un poco en llegar. Hasta el momento solo han aparecido hombres de las propiedades más cercanas.

Tavi asintió.

—¿Y las defensas?

—En el mismo estado que la armería, o casi. En dos días podremos tenerlas en la situación reglamentaria.

—No los vamos a tener —le informó Tavi—. El plan es combatir antes de mediodía.

La expresión de Marcus se volvió más lúgubre y asintió.

—Entonces recomiendo que concentremos la cohorte de ingenieros en la muralla sur. Es posible que la legión la pueda defender el tiempo suficiente para que los ingenieros terminen con las otras posiciones.

Tavi negó con la cabeza.

—No. Quiero fortificaciones en el puente. Piedras, sacos de arena, empalizadas, cualquier cosa que puedas conseguir y que resista. Quiero cinco líneas de defensa sobre el puente. Después sitúa a los ingenieros en el último bastión en el extremo septentrional del puente y diles que lo hagan tan grande e impenetrable como sea posible.

El Primer Espada lo miró con dureza durante un momento.

—Señor, hay un montón de razones por las cuales ese no es un muy buen plan —comentó.

—Y muchas más razones por las que lo es. Ponedlo en práctica.

Cayó un silencio pesado y Tavi levantó la vista con fuerza.

—¿Me habéis oído, Primera Lanza?

Marcus apretó la mandíbula y se acercó a Tavi y lo miró a la cara.

—Niño —empezó en un tono que nunca habría podido salir de los confines de la tienda—. Es posible que sea viejo y feo, pero no soy ni ciego ni tonto. —El susurro se volvió de repente duro y feroz—. Tú no eres legión.

Tavi entornó los ojos en silencio.

—Estoy dispuesto a que juegues a ser el capitán porque la legión necesita uno. Pero no eres capitán, y esto no es un juego. Habrá muertos.

Tavi se encontró con la mirada del Primera Lanza y pensó a toda prisa. Sabía que Valiar Marcus era perfectamente capaz de asumir el mando de la legión. Era muy conocido entre los legionares veteranos, respetado por el resto de los centuriones y al

tratarse del centurión más veterano era, por derecho propio, el siguiente en la cadena de mando porque ningún oficial de la legión era capaz de ejercer su autoridad. Tavi no tenía ningún medio para evitar que se hiciera con el mando de la legión si decidía hacerlo... a no ser que lo matara.

Para colmo, el Primera Lanza era un hombre de principios. Si creía realmente que Tavi iba a perpetrar una estupidez inútil y que iban a morir legionares que no debían hacerlo, Marcus asumiría el mando. Y en tal caso, no estaría preparado para enfrentarse a la amenaza que se le venía encima. Lucharía con valor y honor, de eso estaba seguro Tavi, pero si intentaba aplicar la doctrina de combate reglamentaria de la legión, esta legión no iba a vivir para ver otro amanecer.

Todo esto quería decir que Tavi tenía ante sí la siguiente batalla que debía librar: contra la mente y el corazón del veterano Primera Lanza. Si conseguía que Marcus lo apoyara, también lo harían casi todos los centuriones. Tavi tenía que convencer a Valiar Marcus de que apoyase sin reservas su curso de acción en lugar de aceptarlo como una más de las órdenes desagradables que tenía que obedecer. La resistencia tácita e indirecta a unas órdenes con las que no se está de acuerdo los podría matar en la misma medida que los canim.

Tavi cerró los ojos durante un momento.

—Una vez le pregunté a Max cómo habías ganado tu nombre de honor: Valiar —empezó—. La Casa de los Valiente de la Corona. Max me explicó que cuando tenía seis años se produjo un asalto de los hombres del hielo, que secuestraron a las mujeres y los niños de un campamento de leñadores. Me dijo que los seguiste durante dos días a través de una de las peores tormentas invernales que recordaban los más ancianos, y atacaste toda la partida de saqueo de los hombres del hielo. Les arrebataste a los cautivos y los llevaste a casa. Antillus Raucus te entregó su propia espada. Entonces te nombró personalmente para la Casa de Valiar y le dijo a Gaius que hiciera honor a ello o que lo retaría a un *juris macto*.

El Primera Lanza asintió en silencio.

—Fue una estupidez por tu parte —concluyó Tavi—. Atravesar la tormenta. Solo, nada menos. Para atacar... ¿a cuántos? ¿Veinticinco hombres del hielo, tú solo?

—Veintitrés —le corrigió en voz baja.

—¿Enviaríais a Cletus a hacer algo así? —le preguntó Tavi—. ¿Me enviarías a mí? ¿O a uno de los peces?

Marcus se encogió de hombros.

—Nadie me envió a mí. Hice lo que tenía que hacer. A fuer de ser sincero, esperé a que la mayoría de los hombres del hielo estuvieran dormidos, y les corté el cuello a la mitad antes de que pudieran despertar.

—Ya me imaginaba algo parecido. Pero antes de partir, no sabías cuántos eran. Ni que se te presentaría la oportunidad de asaltarles mientras estaban durmiendo. No

sabías si el tiempo iba a empeorar y a matarte. Eso, en aquel momento, fue un acto de locura.

—No estaba loco —replicó Marcus—. Los conocía. Sabía lo que podía hacer. Tenía ventajas.

Tavi asintió.

—Yo también.

El viejo soldado entornó los ojos.

—No estamos hablando de una partida de marat rabiosos, niño. No se trata de los soldados personales de un señor, ni de una legión sublevada. Nos enfrentamos a los canim. No los conoces. Nunca has visto nada igual.

—Estás equivocado —replicó Tavi.

El Primera Lanza separó un labio de los dientes en una mueca de desdén.

—¿Crees que los conoces? ¿Estás intentando decirme que has luchado contra ellos, niño?

Tavi le devolvió tranquilamente la mirada.

—He luchado contra ellos, codo con codo con legionares y solo. He visto como mataban legionares a los que conocía por sus nombres, y he sentido como su sangre me golpeaba en la cara. He visto como se mata a los canim. He matado a uno solo.

Marcus entornó los ojos con suspicacia.

—Más que eso —prosiguió Tavi—, he hablado con los canim. Un cane me enseñó a jugar al *ludus*. He aprendido cosas sobre su sociedad. Incluso hablo un poco su lengua, Primera Lanza. ¿Entiendes un poco la lengua de los canim, Valiar Marcus? ¿Sabes algo de su patria? ¿Y de sus líderes?

Marcus se quedó en silencio durante un momento.

—No —reconoció—. Todos los canim que he visto estaban demasiado ocupados intentando matarme como para darme lecciones.

—No son monstruos. No son como nosotros, pero tampoco son estúpidas máquinas de matar. Supongo que conoces las diferencias entre sus saqueadores y sus regulares.

El Primera Lanza gruñó.

—Los saqueadores son ya bastante malos. Nunca me he enfrentado a sus regulares, pero conozco a hombres que sí lo han hecho. Son peores. Más grandes, más fuertes y mejores luchadores. No puedes acabar con ellos sin caballeros y bajas.

—Los saqueadores son sus reclutas. Ni siquiera son militares en activo. Los regulares de los que has oído hablar son sus soldados. En concreto, proceden de toda una clase social de linajes hereditarios de soldados. Su casta guerrera.

Marcus gruñó.

—¿Como nuestros ciudadanos?

—Algo parecido —asintió Tavi—. Pero existe otra casta que suele estar

enfrentada a la primera. Los ritualistas. Como los que han invocado esta capa de nubes. Como los que atacaron al capitán.

—Hum —replicó Marcus—. ¿Saben utilizar las furias?

—No lo creo —respondió Tavi—. O, al menos, no como las usan los aleranos. Pero tienen algún tipo de poder que les permite hacer cosas similares. Hace tres años lanzaron una serie de tormentas sobre las costas. El Primer Señor tuvo que intervenir en persona para detenerlas. Fantus le dijo a Cyril que esas nubes no eran un artificio de viento. Lo hagan como lo hagan, funciona.

El Primera Lanza frunció los labios.

—Suena como si esos perros ritualistas fueran peligrosos. Kalarus nunca habría cerrado un trato con ellos si no creyese que después los podía aplastar.

—Creo que los canim le han traicionado.

—¿Por qué?

—Porque el explorador al que seguí encontré el rastro de lady Antillus —respondió Tavi—. Encontramos su campamento. Los dos no la podíamos capturar solos. Habría tenido que matarla, pero la información que he podido recoger era demasiado importante como para perder la oportunidad.

Marcus movió la cabeza y soltó el aire.

—De acuerdo, niño, estoy escuchando.

—Me acerqué lo suficiente para escuchar una conversación que estaba manteniendo con su hermano a través de un artificio de agua. Resulta que ha cerrado un pacto con los canim.

—¿Qué? —bufó Marcus.

—Kalarus le ofreció un trato a un cane llamado Sarl, un ritualista. Kalarus quería su capa de nubes para paralizar las comunicaciones de la Corona y de las legiones. Después quería que los canim atacasen la costa para alejar a las tropas aleranas del teatro de operaciones entre Ceres y Kalare. Creía que aplastarían a las tropas de Ceres y evitaría que llamaran a las milicias locales para que ayudaran a la Corona contra él.

El Primera Lanza frunció el ceño pensativo.

—Podría haber funcionado.

—Excepto que en lugar de varios centenares de canim, Sarl apareció con decenas de miles.

—¿Cómo va a alimentar a tantas bocas? —preguntó Marcus—. Los ejércitos marchan sobre sus estómagos. Si desembarcan aquí no les será posible llegar a las ciudades grandes sin estar muriéndose de hambre antes. En los barcos solo han podido traer suministros para unas pocas semanas, y no vamos a dejar que saqueen tanto como para alimentar a un ejército tan grande. Volverán a los barcos antes de acabar el verano.

—No —replicó Tavi—. No lo harán.

—¿Por qué?

—Porque cuando estuve vigilando a los canim, me acerqué lo suficiente a Founderport como para ver sus barcos en el puerto.

—¿De noche? —preguntó Marcus—. ¿Esperas que me crea que entraste paseando en un pueblo ocupado?

—No fue necesario —explicó Tavi—, porque todo el puerto estaba iluminado. Les habían prendido fuego a sus barcos. Los pude ver a unos nueve kilómetros de distancia.

Marcus parpadeó.

—Eso es una locura. ¿Cómo esperan irse?

—No creo que quieran hacerlo —respondió Tavi con tranquilidad—. Creo que tienen intención de conquistar territorio y conservarlo.

—Una invasión —concluyó Marcus en voz baja.

—Tienes que admitir que es un momento bastante adecuado —comentó Tavi—. Justo cuando nos estamos cortando el cuello entre nosotros.

Marcus gruñó.

—Ese idiota de Kalarus les dijo precisamente cuándo debían llegar.

Tavi asintió.

—Le mostró un flanco débil a Sarl y Sarl se lanzó a por él.

—Suenas como si lo conocieras.

—Lo conozco —reconoció Tavi—. Un poco. Es un pequeño cabroncete traicionero. Cobarde, ambicioso y listo.

—Peligroso.

—Mucho. Y no le gusta la casta de los guerreros.

—Parece que eso podría ser algo así como un fallo en un jefe militar.

Tavi asintió.

—No solo un fallo. Una debilidad. Algo que podemos explotar.

Marcus cruzó los brazos sin dejar de escuchar.

—Si son tantos como dice Ehren, no los podemos vencer —continuó Tavi—. Ambos lo sabemos.

El rostro de Marcus se nubló y asintió.

—Pero no creo que estén muy unidos. Los guerreros que van con él saben que Sarl sacrificará alegremente sus vidas a cambio de nada. Están aislados y no pueden recibir el apoyo del resto de su casta. Si mi suposición es correcta, lo más probable es que estén aquí porque Sarl les ha amenazado. Nunca se rodearía de tantos guerreros si no tuviera una manera de controlarlos. Creo que les gustaría estar en cualquier sitio excepto bajo el mando de Sarl.

—¿Por qué lo crees? —preguntó el Primera Lanza.

—Porque eso explica la quema de los barcos. Sarl sabía que si desembarcaba con

los guerreros, no podría evitar que lo abandonasen y volvieran a casa. Ha quemado los barcos porque quería atrapar aquí a los guerreros. Quería que no tuvieran más alternativa que luchar y ganar.

Marcus frunció el ceño y analizó la idea.

—Es una muy buena motivación —admitió finalmente—. Pero no sé cómo nos puede ayudar.

—Porque no son una fuerza unida —explicó—. No están acostumbrados a actuar contra nosotros en tal cantidad. No confían en su jefe. No les gusta la cadena de mando actual. Lo más seguro es que estén enfadados con Sarl por haberlos atrapado aquí. Con tantas grietas en los cimientos, todo lo que construyan será inestable. Creo que si les podemos forzar a reaccionar con rapidez ante diversos obstáculos, tendrán muchos problemas para conservar unas posiciones sólidas.

Marcus entornó los ojos.

—Primero los atraemos y después concentramos el golpe.

—Esa es la esencia, sí.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que tenemos un montón de peces entre la tropa. Nada nos asegura que podamos mantener el tipo de disciplina que necesitamos para llevarlo a cabo.

—Quizá no —reconoció Tavi—. Pero no nos sobran las alternativas.

El Primera Lanza gruñó.

—Suponiendo que lo hagamos, les vamos a infligir una buena sangría, pero no los matará a todos.

—No. Pero si podemos acabar con el control de Sarl sobre ellos, es posible que convenciamos a los demás para que se vayan.

—Acabar con el control. ¿Quieres decir que lo matemos?

Tavi negó con la cabeza.

—Eso no será suficiente. Si matamos a Sarl, uno de sus lugartenientes ocupará su lugar. Tenemos que destrozarnos su poder, demostrar que se equivocó al venir aquí, que tan solo conduce a su ejército hacia la muerte... y lo tenemos que hacer delante de los guerreros.

—¿Con qué objetivo?

—Los guerreros canim respetan la fidelidad, la habilidad y el valor —respondió Tavi—. Si eliminas a Sarl, es posible que se vean obligados a retirarse, al menos por un tiempo. Es posible que busquen un objetivo más fácil. Pero aunque no lo hagan, al menos nos darán tiempo para prepararnos mejor, y quizá para recibir refuerzos.

Marcus soltó lentamente el aire. Miró el interior de la minúscula tienda con ojos cansados.

—¿Y si no funciona?

—Creo que es nuestra única posibilidad.

—Pero ¿y si no funciona?

Tavi frunció el ceño.

—Entonces destruiremos el Elinarch.

Marcus gruñó.

—Al Primer Señor no le va a gustar.

—Pero no está aquí —replicó Tavi—. Asumiré toda la responsabilidad.

—Los ingenieros ya lo han estudiado —reconoció Marcus—. El puente tiene tanto artificio de las furias como cualquier calzada. Es fuerte, casi indestructible, y las piedras se reparan por sí mismas. No tenemos suficientes artífices de tierra para hacer el trabajo con rapidez. Nos llevaría días derribarlo.

—Deja que yo me preocupe por los artífices de tierra —indicó Tavi—. Sé donde podemos conseguir algunos.

El Primera Lanza miró a Tavi.

—¿Estás seguro, niño?

—Estoy seguro de que si no detenemos a Sarl aquí, arrasará todas las explotaciones que se encuentre de aquí a Ceres con tal de conseguir alimentos suficientes para sobrevivir.

Marcus ladeó la cabeza.

—¿Y crees que eres el mejor para detenerlo?

Tavi se puso en pie y lo miró a los ojos.

—Para serte sincero, no lo sé. Pero te prometo una cosa, Marcus: siempre estaré en el centro y en la vanguardia. No le pediré a ningún legionare que haga nada que no haría yo.

El Primera Lanza lo miró y, de repente, abrió los ojos de par en par.

—Cuervos sangrientos —murmuró.

—No queda mucho tiempo, Primera Lanza, y no podemos permitirnos confusiones ni retrasos. —Tavi le ofreció la mano—. Por eso lo tengo que saber ahora mismo. ¿Estás conmigo?

Unos pasos se acercaban a la tienda.

El Primera Lanza se quedó mirando la mano que le tendía Tavi. Entonces asintió una vez con fuerza y levantó el puño hasta el corazón. Su voz sonó ronca y grave.

—De acuerdo, señor. Estoy con vos.

Tavi asintió y le devolvió el saludo al Primera Lanza.

Magnus entró en la tienda, con Crasus y Max a la zaga. Saludaron a Tavi, y este les correspondió.

—No tenemos mucho tiempo —empezó sin preámbulos.

Se interrumpió cuando se abrió de nuevo el faldón de la tienda y entró la señora Cymnea, alta y tranquila, con el cabello y el vestido immaculados, como si no la hubieran sacado de la cama para que se presentara sin demora en la fortificación.

—Lo siento, señora —intervino Magnus de inmediato—. Me temo que no puede estar aquí por razones de seguridad.

—Está bien, Magnus —aclaró Tavi—. Yo le he pedido que venga.

El viejo maestro miró a Tavi con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

Cymnea saludó a Tavi con una reverencia cortés con la cabeza.

—Esa es precisamente mi pregunta, capitán.

—Necesito que hagáis algo por mí —explicó Tavi—. No os pediría ayuda si no fuera importante.

—Por supuesto, capitán. Haré cualquier servicio que me pidáis.

—Muchas gracias —se lo agradeció Tavi—. Caballeros, cuando hayamos terminado tendréis que coordinaros con nuestro nuevo tribuno Logistica, aquí presente.

A Max se le cayó la mandíbula.

—¿Qué?

Los ojos de Cymnea se abrieron de par en par.

—¿Qué?

Tavi le arqueó una ceja a Max.

—¿Qué palabra no habéis comprendido?

—Señor... —empezó Magnus con tono serio de desaprobación.

—Necesitamos un tribuno Logistica —explicó Tavi.

—Pero ella es solo... —empezó Max, ruborizado, pero se contuvo y murmuró algo inaudible.

Cymnea volvió una mirada tranquila y divertida hacia Max.

—Sí, tribuno. Ella es solo... ¿qué? ¿Qué palabra teníais en mente? ¿Putá, quizá? ¿Señora? ¿Mujer?

Max le devolvió la mirada.

—Civil —respondió en voz baja.

Cymnea entornó los ojos durante un segundo y después asintió con un gesto, que de alguna manera también transmitía una cierta disculpa.

—Ya no, ya no lo es —concluyó Tavi—. Necesitamos a alguien que sepa lo que necesita la legión y que esté familiarizada con nuestra gente. Alguien con experiencia, capacidad de liderazgo, habilidad organizativa y que sepa cómo ejercer la autoridad. Si nombramos a cualquier centurión de la legión para ocupar ese puesto, crearemos un problema en su centuria de origen, y necesitamos todas las espadas y todas las centurias. —Miró alrededor de la sala—. ¿Alguien tiene una sugerencia mejor?

Max suspiró, pero nadie habló.

—Entonces vamos a trabajar —anunció Tavi—. Esto es lo que vamos a hacer...

Unos pasos decididos se acercaban y cuando el faldón de la tienda fue retirado hacia un lado, Tavi ya tenía la espada en la mano y medio sacada de su funda.

—Guau —exclamó Ehren, levantando las manos vacías.

El pequeño cursor bronceado y de cabello color arena parecía más divertido que amenazado, iluminado desde atrás por la luz brumosa de pleno día.

—Me rindo, capitán Scipio.

Tavi parpadeó varias veces, miró a su alrededor medio adormilado, y bajó la espada.

—De acuerdo. Lo siento.

Ehren cerró el faldón de la tienda, que volvió a quedar a oscuras.

Tavi suspiró.

—En el arcón, a tu derecha.

—Oh —se disculpó Ehren—. Lo siento. Lo olvidé. Luz.

La pequeña lámpara de furia que había sobre el arcón cobró vida.

—No lo has olvidado —replicó Tavi con una media sonrisa—. Querías comprobar si había desarrollado algún artificio propio. No.

Ehren mostró una expresión de inocencia.

—Casi no te reconozco con el cabello tan corto.

—Yo casi no te reconozco con ese bronceado —replicó Tavi—. Siento que no hayamos podido hablar aún, pero...

—Estamos trabajando —acabó Ehren—. Lo entiendo.

Tavi había dormido con los pantalones y las botas puestas. Se puso en pie, se enfundó una túnica y se dio la vuelta para saludar a Ehren con un fuerte abrazo.

—Estoy encantado de verte —reconoció Tavi.

—Lo mismo digo —replicó Ehren, que dio un paso atrás y miró a Tavi de arriba abajo con desconfianza—. Cuervos, eres más alto. Se supone que la gente deja de crecer a eso de los veinte años, Ta... —Movié la cabeza—. Ejem, Scipio. Cuando entramos en la Academia medíamos lo mismo. Ahora eres tan alto como Max.

—Supongo que estoy recuperando el tiempo perdido —bromeó Tavi—. ¿Cómo estás?

—Contento de haberme librado de las islas —respondió Ehren, quien frunció el ceño y apartó la mirada—. Aunque me gustaría haber vuelto con mejores noticias. Y habérselas entregado a otra persona.

—¿Has hablado con los prisioneros?

Ehren asintió.

—Han colaborado. Estoy casi seguro que el hombre muerto era el agente de Kalarus y el cerebro de la operación. Los demás solo eran... Bueno. Siempre existen

negocios brumosos en los que se puede implicar un legionare.

—En especial, los folloneros.

—En especial, los veteranos folloneros —confirmó Ehren.

—Estupendo —reconoció Tavi—. Suéltalos y envíalos de vuelta a su centuria.

Ehren parpadeó.

—¿Qué?

—Son una lanza completa de legionares veteranos, Ehren. Los necesito.

—Pero... capitán...

Tavi miró al cursor a los ojos.

—Esa es mi decisión. Hazlo —ordenó.

Ehren asintió.

—De acuerdo —asintió en voz baja—. El Primera Lanza me pidió que te dijera que los canim están atravesando ahora mismo la segunda línea de piquetes y no están haciendo ningún esfuerzo por ocultar su presencia. Calcula que estarán aquí en cosa de una hora.

Tavi frunció el ceño.

—Le dije que me despertase cuando los primeros piquetes informasen de avistamientos.

—Dijo que en las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas necesitarías dormir más que él. El tribuno Antillus estaba de acuerdo.

Tavi siguió con el ceño fruncido. Max, por supuesto, podía confiar en su artificio de las furias para pasarse días y más días sin dormir. Lo más probable era que Valiar Marcus pudiera hacer lo mismo, pero Tavi no disponía de ese recurso, y aunque necesitaba menos tiempo de sueño y de descanso desde hacía dos o tres años, no tenía ni idea hasta qué punto podía confiar en aquella capacidad de resistencia.

Lo más probable era que Max y el Primera Lanza tuvieran razón al dejarlo descansar mientras pudiera. Las grandes furias sabían que a lo largo del día iba a necesitar todo su ingenio.

—De acuerdo —asintió con voz queda—. Ehren, sé que no tengo ninguna autoridad para darte una orden, pero...

Ehren arqueó una ceja.

—¿Desde cuándo dejas que detalles de ese tipo te frenen?

Tavi sonrió.

—Cumpló la ley. Siempre que no se interponga en el camino.

Ehren bufó.

—Parece que fue ayer cuando estábamos esquivando matones en el patio de la Academia. Ahora se trata de un ejército de canim. —Le dedicó a Tavi una larga mirada de sufrimiento y suspiró—. De acuerdo. Estoy contigo.

Tavi asintió.

—Muchas gracias.

Ehren le devolvió el gesto.

—Dile a Magnus que te consiga un caballo de mensajero —le ordenó Tavi—. Y también una armadura. Quiero que estés cerca de mí. Es posible que necesite un mensajero a lo largo del día de hoy, y quiero que sea alguien de confianza.

—Por supuesto —aceptó Ehren.

—Y... —Tavi frunció el ceño—, si las cosas no van bien por aquí, Ehren, quiero que te vayas. Y que le lleves la noticia a Gaius en persona.

Ehren se quedó en silencio durante un minuto.

—Eres un cursor, Tavi —susurró—. Si llega el momento, tu deber es presentarte en persona.

Tavi levantó la mano y la pasó sobre el cabello corto y puntiagudo en su cabeza.

—Hoy soy un legionare —replicó en voz baja.

Tavi estaba de pie sobre la muralla de la ciudad en la mitad meridional del pueblo, en las almenas por encima de la puerta. Las defensas no eran ni tan altas ni tan gruesas como las de la fortaleza de Guarnición, en su hogar en el valle de Calderon. No obstante eran tercas murallas aleranas capaces de resistir un asedio. Estaban cimentadas en los huesos de la propia tierra y eran inmunes a cualquier daño que no viniera acompañado de un enorme artificio de las furias.

Por supuesto, no tenía ni idea de si podrían resistir los extraños poderes que al parecer poseían los ritualistas canim. Mantuvo el rostro tranquilo y confiado, y la boca cerrada. La victoria de aquel día dependía más del valor de sus hombres que de la fuerza bruta, y no se iba a permitir que se debilitase la moral. Por eso, aunque sentía auténtico pavor a que se produjera el segundo ataque de un rayo carmesí que podía caer justo en el lugar que ocupaba, permanecía allí sin moverse, respirando con calma y con la esperanza de mostrar una máscara de indiferencia ante el peligro que se les echaba encima.

A su alrededor estaban los veteranos de la centuria del Primera Lanza. Las otras centurias de la cohorte esperaban a lo largo de la muralla, dispuestos a defenderla o a ofrecer su apoyo a sus hermanos de cohorte. En el patio que tenía detrás de él esperaban otras dos cohortes enteras, una con una mezcla de diversos niveles de experiencia y la segunda compuesta totalmente por peces, incluida la que había sido la centuria de Max. En total, cerca de mil legionares estaban dispuestos con armas y armaduras.

Tavi sabía que detrás de ellos, situados en las principales posiciones defensivas, preparados para avanzar en apoyo de los defensores de la puerta, se encontraban otros mil hombres, y detrás de ellos, en el inicio del puente, había mil más. El resto mantenía la vigilancia en el lado septentrional, mientras que lo que quedaba de la

caballería esperaba en el punto más elevado del puente, dispuesta a responder a cualquier ataque del enemigo desde un flanco inesperado.

Cuando llegaron los canim, lo primero que vio Tavi fueron los cuervos.

Al principio pensó que era una columna de humo negro que se elevaba desde las colinas al sudoeste del pueblo. Pero en lugar de moverse con el viento, la oscuridad se alzó, ensanchó y se estiró en una línea, momento en que Tavi pudo ver que había estado mirando a los cuervos que revoloteaban sobre la cabeza de la hueste canim como si fuera una rueda de carromato. Había esperado ver a los canim un momento más tarde, pero pasó casi un cuarto de hora, mientras el enorme disco de cuervos se hacía cada vez más grande.

Tavi comprendió. Había subestimado la cantidad de cuervos. Cuatro o cinco veces más aves carroñeras de las que había supuesto revoloteaban sobre los canim. Eso significaba que aquel era el número más grande de cuervos que había visto nunca, incluidos los que habían descendido sobre la carnicería de la segunda batalla de Calderon.

Un murmullo recorrió la muralla entre los legionares. Tavi tuvo la sensación que ellos tampoco habían visto nunca tal cantidad de pájaros carroñeros.

Entonces oyeron los tambores y el tronar de los cuernos de guerra. El sonido de los tambores empezó como un redoble bajo, casi inaudible, pero se elevó rápidamente hasta alcanzar un ritmo distante, constante y pulsante. Los cuernos chillaban lúgubres a través del estruendo, y todo el conjunto era como escuchar los aullidos de un lobo de un tamaño inimaginable que atravesaba una tormenta a la carrera.

Tavi pudo sentir cómo los hombres se inquietaban a su espalda, expresado en un millar de cambios incómodos de postura, en murmullos, el sonido de metal contra metal mientras los legionares intentaban combatir la ansiedad comprobando una y otra vez sus armas y armaduras.

En el terreno despejado delante del pueblo apareció la caballería y la infantería, que se dirigía hacia las murallas: los piquetes y los escaramuceros que habían estado vigilando a los canim y hostigándolos durante la marcha. Habían formado grupos mientras se retiraban, y se acercaban al pueblo con un trote cansado después de todo un día, o más, en el campo. No volvían todos los escaramuceros. Estaba claro que algunos habían caído. Otros, los auxiliares y los voluntarios locales con más habilidad para el arte de la guerra, permanecerían sobre el terreno, escondidos de la hueste enemiga, vigilando sus movimientos y atacando los flancos y la retaguardia en misiones de hostigamiento.

Al menos ese era el plan. Tavi era muy consciente de que la realidad se podía desviar de sus intenciones de una manera rápida y letal.

Al final las tropas en retirada alcanzaron la protección de las murallas de la ciudad y las puertas se cerraron detrás de ellos. Los tambores y los cuernos se

acercaban, y Tavi quería gritar por la simple frustración de la espera. Quería luchar, matar, correr, hacer algo.

Pero aún no había llegado el momento de actuar y sus hombres debían estar sintiendo más o menos lo mismo. Así que Tavi se quedó quieto de cara al enemigo, aparentando calma, fingiendo aburrido, y esperó.

El primero de los canim apareció cuando culminó la cima de la última colina que los ocultaba a la vista. Los saqueadores se dispersaron por delante del ejército, pasaron por encima de la colina en una línea de escaramuza de casi un kilómetro de largo. Al ver la ciudad y a los defensores aleranos sobre la muralla, echaron la cabeza hacia atrás y dejaron escapar aullidos largos y ululantes. Los gritos de guerra hicieron que a Tavi se le pusiera de punta el vello de la nuca.

Un parloteo nervioso llegó desde la cohorte de peces en el patio a su espalda y Tavi oyó cómo Schultz les decía que se calmasen.

—De acuerdo, Marcus —dijo Tavi y se sorprendió de lo tranquila que sonaba su voz—. Izad el estandarte.

Marcus se había opuesto a cualquier acción que pudiera identificar la posición del capitán ante el enemigo, pero Tavi se había impuesto, y uno de sus hombre izó la bandera de la Primera Alerana, con su águila roja y azul, que ondeaba al viento en la punta de un astil de madera procedente de una larga lanza de batalla. Cuando la bandera se movió con el viento, Tavi se subió a las almenas, donde lo podían ver todo los legionares. Blandió la espada y la levantó por encima de la cabeza, y esta vez miles de espadas hicieron lo mismo, un coro de reflejos metálicos que se levantaban en desafío a los aullidos espeluznantes y los tambores salvajes.

Tavi echó hacia atrás la cabeza y lanzó su grito de desafío, sin palabras, poniendo en él toda la impaciencia, el miedo y la rabia, y lo siguieron al instante un millar de legionares, una rabiosa tormenta de sonido que sacudió las murallas del pueblo.

Cuando toda la hueste canim acabó de pasar por encima de la colina, les recibió la visión de un millar de legionares cubiertos de acero, con espadas brillantes en las manos, dispuestos para la batalla y lanzando gritos de desafío contra los dientes del enemigo. Sin miedo, rabiosa y buscando pelea, la Primera Alerana estaba detrás de su capitán, dispuesta —y más que dispuesta— para enfrentarse a la hueste canim. Aunque estaban en inferioridad numérica, la fuerte posición defensiva, el artificio de las furias y la voluntad inquebrantable los convertía en un enemigo peligroso.

O eso era lo que Tavi quería que creyeran los canim. El tío Bernard le había enseñado cómo salir airoso de la amenaza de un depredador que amenaza a un rebaño. La primera impresión era importante.

Tavi bajó de lo alto de la almena, al ir apagándose los vítores, y el Primera Lanza empezó a rugir con una vieja marcha de las legiones. Tenía mucho más que ver con doncellas volubles y jarras de cerveza que con guerra y batallas, pero todos los

legionares la conocían y al parecer constaba de una cantidad inagotable de versos. El Primera Lanza rugió con la primera estrofa y el estribillo llegó como un grito rítmico y retumbante por parte de los demás legionares.

Formaba parte del plan de Tavi mantener a sus hombres ocupados con la canción mientras la hueste canim bajaba por la colina; unos canim con armaduras negras lacadas, con adornos extraños y marcadas aquí y allí con colores diversos, que probablemente eran una especie de sistema para señalar los honores personales que se habían ganado. Eran muchos miles, todos ellos grandes y esbeltos, enormes. Si lo que Varg le había contado sobre su esperanza de vida era cierto, cada uno de ellos poseía probablemente más experiencia y conocimientos personales que sus legionares veteranos.

Los hombres siguieron con la canción mientras Tavi contaba enemigos. Realizó una estimación poco esperanzadora: veinte mil canim regulares y al menos el doble de saqueadores, que se desplazaban en manadas de unos cincuenta individuos por delante del cuerpo principal del ejército, avanzando por los flancos y cerrando la marcha por detrás, de la misma manera que los perros salvajes seguirían a una manada de leones de las praderas, esperando los restos que dejasen los grandes depredadores.

Los canim los superaban por diez a uno, y un enfrentamiento de la caballería con los regulares no produciría los éxitos decisivos de los ataques contra grupos aislados de saqueadores. Los hombres que cantaban ahora a su alrededor iban a morir. Y Tavi, tal vez también. El miedo que llegó con esos pensamientos hizo que la afirmación de Ehren de que era un cursor y su deber era informar al Primer Señor en persona, se convirtiera en algo venenosamente seductor. Si lo deseaba, podía montar a caballo y alejarse por igual de los canim y de la legión.

Pero Tavi también le había prometido al capitán Cyril servir tanto a la legión como a la Corona. No podía romper su promesa. Ni tampoco podía dejar atrás a sus amigos. Max no iba a abandonar nunca a sus compañeros legionares en peligro, ni siquiera si lo ordenase Gaius en persona.

Tavi deseó con desesperación alejarse de allí. Era lo mismo que desearía cualquiera que tuviese suficiente cerebro para andar y hablar. Era lo mismo que deseaban todos los hombres en la muralla, y los que esperaban detrás.

Se quedaría. Sin importar el resultado, estaría hasta el final.

Con esa decisión, el miedo se fue difuminando, sustituido por una sensación de determinación tranquila. Ni siquiera se sentía atemorizado, simplemente formaba parte de la situación, del día que tenía por delante. Había aceptado la posibilidad de morir, y al hacerlo había perdido una parte del poder que tenía sobre él. Se dio cuenta de que era capaz de concentrarse, de pensar con más claridad y estaba seguro que era lo mejor que podía hacer por él mismo y por los hombres que le seguían. Esa

confianza también le dio seguridad en sus planes, que daban a la legión, si no una victoria cierta, al menos la posibilidad de sobrevivir luchando.

Y así se encaró con el enemigo cuando las manadas escaramuceras formadas por los saqueadores se fueron retirando, los rayos escarlatas estallaron enloquecidos en las nubes y, con un rugido que estremeció la tierra, los regulares canim se lanzaron a la carga contra la ciudad como una oleada de sombras aulladoras.

Tavi estaba seguro que su voz iba sonar tan débil y desesperada como se sentía, pero salió limpia y fuerte.

—De acuerdo, Marcus. Abramos las negociaciones.

—¡Listos! —gritó el Primera Lanza.

A lo largo de las murallas los legionares se dispusieron en la formación defensiva reglamentaria con un hombre cargado con un escudo avanzando hasta la almena. El compañero armado con un arco que tenía a su lado se situaba justo en el flanco del hombre con el escudo. Ante un golpecito de la cadera del arquero, el escudero se apartaba con rapidez mientras el compañero ocupaba su lugar. Disparó la flecha y deshicieron el movimiento, de modo que el escudo volviera a cubrir a los dos hombres. Aquello le proporcionaba al enemigo solo un segundo para tener un blanco vivo.

Aunque todo los legionares recibían una instrucción básica en el uso del arco, no se podían comparar con los caballeros Flora. Los legionares podían alcanzar al enemigo, pero los canim eran unos blancos rápidos y difíciles, e iban bien blindados. Numerosas flechas aleranas acertaron en el blanco y algunos enemigos cayeron. Pero no demasiados, sobre todo si se les comparaba con el número de canim que seguían en pie.

Los canim cubrieron la distancia que les separaba de las murallas con una velocidad desconcertante. Quizá no eran tan rápidos como un jinete a caballo, pero sí superaban con creces a un hombre a la carrera. Cuando se encontraron a unos sesenta o setenta metros, los canim lanzaron una lluvia de jabalinas más gruesas y pesadas que una lanza de batalla alerana.

Los proyectiles impactaron con fuerza. Al lado de Tavi se oyó un crujido pesado y un gruñido de sorpresa cuando una de las jabalinas golpeó el escudo de un veterano. El arma canim se rompió, pero derribó al legionare y dejó una enorme abolladura en la superficie del escudo.

En la muralla, uno de los arqueros quedó al descubierto para disparar, justo en el momento en que volaban los proyectiles. Una lanza le acertó en el bíceps, y su punta de acero rojo lo atravesó hasta la mitad del astil del arma. El legionare gritó y cayó.

—¡Médico! —gritó Tavi, y los sanadores que estaban a la espera corrieron hacia el hombre.

—¡Señor! —gritó Marcus, y Tavi sintió que algo duro le golpeaba entre los omoplatos un instante antes de que algo más impactara contra la parte trasera del yelmo.

Un sonido parecido al de un trueno le llenó los oídos. Cayó sobre una rodilla. Por el rabillo del ojo vio como una jabalina canim trazaba un arco que la alejaba de él en

una línea de vuelo torcida y bamboleante.

—¡Tened los ojos bien abiertos, señor! —rugió Marcus mientras levantaba a Tavi—. Los hombres saben lo que deben hacer.

—¡Ariete! —gritó un legionare canoso a un lado de la muralla—. ¡Aquí viene el ariete!

—¡Preparados en la puerta! —gritó Marcus.

Tavi echó un rápido vistazo alrededor de la almena protectora. Abajo, los canim seguían avanzando hacia la muralla. Quizá a unos seis metros por detrás de los canim de vanguardia se acercaba un grupo muy denso que llevaba un basto ariete de madera de casi un metro de diámetro. A su alrededor, nuevas filas de canim lanzaron sus jabalinas mientras todas las tropas cargaban contra las murallas y más criaturas entraban en la línea de tiro, de manera que se producía una corriente constante de proyectiles que atravesaban el aire trazando arcos. Tavi casi no tuvo tiempo de esconder la cabeza para evitar una de esas jabalinas, que pasó volando a su lado y se clavó hasta la base de la punta en la viga de madera de un edificio de dos plantas que tenía a sus espaldas.

—¡Cuerdas! —gritó otro legionare, justo en el momento en que unos enormes ganchos de hierro, del tamaño de anclas de bote, unidos a una cadena de acero volaron desde el exterior de la muralla.

Los ganchos aterrizaron con un ruido metálico y tensaron las cadenas. Los legionares las cogieron y volvieron a lanzar al otro lado antes de que tuvieran tiempo de afirmarse, pero unas pocas se engancharon con solidez y sus cadenas empezaron a resonar cuando los canim iniciaron el ascenso por ellas.

Tavi oyó y sintió de repente un estampido enorme, un impacto que hizo temblar la muralla bajo sus botas, un sonido tan fuerte que ahogó durante un momento el caos aullante de la batalla. El ariete había llegado al portón y parecía inconcebible que pudiera soportar durante mucho tiempo una potencia tan terrible.

—¡Listos! —gritó el Primera Lanza, y se inclinó hacia fuera para mirar abajo a pesar de las jabalinas letales que atravesaban el aire. Movié la cabeza hacia un lado para evitar con despreocupación uno de los proyectiles y gruñó—: ¡Ahora!

Los arqueros sobre la puerta ya habían dejado los arcos. Ahora levantaban grandes cubos de madera llenos de pez hirviendo, gruñendo y envarándose por el esfuerzo, y la vertieron sobre la zona delante de la puerta. Eso provocó chillidos de sorpresa y de dolor de los canim que había debajo. El ariete de madera quedó cubierto por el líquido.

Marcus se puso a cubierto y le gritó a Tavi.

—¡Listo!

Tavi asintió y levantó el puño, y miró hacia el patio.

Ante la señal, Crasus y una docena de sus caballeros Piscis, como los había

bautizado la legión durante la marcha, salieron disparados del patio sobre columnas de viento. Pasaron por encima del río, virando y esquivando en una ruta de vuelo cuyo objetivo era impedir que los caballeros se convirtieran en blancos fáciles en el aire. Dieron media vuelta para dirigirse de nuevo a la ciudad. Volaban a casi veinte metros de altura, y dispersaban a su paso a centenares de cuervos sorprendidos.

Muchos proyectiles salieron disparados hacia los caballeros voladores, pero ninguno dio en el blanco. Cuando Crasus pasó por encima de la puerta, Tavi vio cómo señalaba con un dedo y gritaba. Una gota temblorosa de fuego al rojo vivo apareció ante sí y se extendió hacia el suelo, alcanzó el ariete de madera cubierto de pez y lo hizo estallar en una nube repentina de fuego devorador.

Las llamas abrasaron y quemaron, y los canim chillaron. También ardió la pez, caliente hasta extremos letales. El fuego se extendió a todo lo que ya estaba empapado con el material, y lo condujo a un final rápido y terrible.

Encima de la muralla, Tavi vio cómo uno de los canim alcanzó las almenas con su cuerda de escalada, pero legionares de rostros pétreos lo estaban esperando. Las espadas y las lanzas hicieron su trabajo y el cane cayó, perdiéndose de vista. Otros legionares utilizaban jabalinas capturadas para hacer palanca, sacando de posición los pesados ganchos y enviando al suelo a más canim.

Tavi no podía decir con precisión qué es lo que hizo que se diera cuenta, pero de repente sintió las dudas en la carga de los canim. Se volvió hacia Crasus y trazó un círculo con el brazo por encima de la cabeza.

El caballero tribuno tenía los ojos ennegrecidos desde que Tavi le rompiera la nariz, pero eran muy agudos. El vuelo de los caballeros se desvió y siguió el trazado de las murallas a caballo de un vendaval producto de las furias, lanzando polvo y escombros a los ojos y las narices de los canim. Crasus lanzó otra media docena de esferas de fuego sobre los enemigos, y las pequeñas gotas de luz estallaron en explosiones de llamas.

Antes de que Crasus y sus caballeros pudieran realizar otra pasada, los cuernos de los canim resonaron con un ritmo rápido. Era una señal para las tropas atacantes. Los regulares blindados que tenían debajo empezaron una retirada rápida y ordenada. Al cabo de dos minutos estaban fuera del alcance de los arcos, aunque los aleranos que había en las murallas dispararon todas las flechas que pudieron contra las tropas que se batían en retirada.

Crasus y sus caballeros iniciaron la persecución, pero Tavi vio el movimiento. Alzó la mano que tenía extendida por encima de la cabeza, la cerró en un puño y lo bajó al nivel del hombro. Crasus vio la señal, respondió levantando el puño, y los caballeros y él regresaron a las fortificaciones.

A su alrededor, los legionares lanzaron vítores e insultos desafiantes contra las espaldas de los canim que se retiraban. Todos los hombres sabían que la batalla

distaba mucho de haberse terminado, pero, al menos por el momento, estaban vivos y victoriosos. Tavi no hizo nada por desanimarlos. Le parecía bien que celebraran aquella pequeña victoria en los primeros compases de la batalla. Enfundó la espada y contempló a los canim que se batían en retirada. Su respiración era agitada, aunque casi no se había visto envuelto en la batalla. Se inclinó sobre las almenas y miró hacia abajo. Allí yacían figuras quietas y rotas, tal vez centenar y medio de muertos. Ninguno de los canim que había quedado atrás estaba herido. Solo quedaban los muertos. Los regulares se habían llevado a sus heridos.

—Bueno —jadeó Ehren a su lado—. Eso ha sido tonificante.

—¡Médico! —llamó Tavi a un sanador cercano—. ¿Cómo va el recuento?

—Tres heridos, dos de ellos serios, y uno leve. Ningún muerto, señor.

Eso provocó otra algarada por parte de los legionares, e incluso al Primera Lanza casi se le escapa una sonrisa.

—¡Buen trabajo! —les gritó Tavi. Se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras para bajar al patio.

—Bien —dijo Ehren, que lo estaba siguiendo. El pequeño espía casi no podía con la armadura que le había proporcionado Magnus—. ¿Y ahora qué va a pasar?

—Eso solo ha sido una prueba —respondió Tavi—. Y me apostaría algo a que su líder quería que fracasase.

—¿Fracasar? ¿Por qué?

—Porque Sarl es un ritualista, pero tiene que controlar a un montón de guerreros —explicó Tavi—. Para hacerlo, debe convencerlos de que es lo suficientemente fuerte y digno de dirigirlos. Ha dejado que los guerreros lancen el primer ataque contra nosotros, consciente de que les íbamos a golpear con fuerza suficiente como para que sepan que les hemos dado una tunda. Su siguiente movimiento será demostrar que es digno del liderazgo cuando utilice sus poderes para derribar las murallas. Salva vidas. Se convierte en un héroe. Demuestra su fuerza.

Ehren asintió. Llegaron al patio, y Tavi se acercó a un caballo que le estaba aguardando.

—Ya veo. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Fastidiarle el tinglado a Sarl —respondió Tavi, que enfundó la espada y montó a caballo—. Si actúo ahora, le podré robar el trueno.

Ehren parpadeó.

—¿Cómo vas a hacer eso?

Tavi hizo un gesto con la cabeza a los legionares en la puerta, que la abrieron de par en par. Le lanzó un silbido al Primera Lanza sobre la puerta y Marcus le lanzó el estandarte de la legión con su astil de madera. Tavi lo apoyó en el estribo al lado de la bota.

—Voy a salir ahí fuera y hacer que parezca un idiota —le dijo Tavi.

Los ojos de Ehren se abrieron del todo.

—¿Ahí fuera?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

Ehren se quedó mirando a Tavi durante un segundo, y después se volvió para mirar a través de la puerta, hacia donde esperaba la hueste canim a menos de dos kilómetros de distancia.

—Bueno, capitán —comentó al cabo de un latido—. Ocurra lo que ocurra, supongo que alguien va a parecer terriblemente idiota.

Tavi le lanzó una sonrisa a Ehren y le guiñó un ojo, aunque en su fuero interno lo que quería realmente era gritar y salir corriendo hacia un escondite muy pequeño y muy oscuro. Era posible que todo su plan no fuera más que una fantasía, pero después de haber pasado tanto tiempo con el embajador Varg, Tavi creía que sus conocimientos del enemigo podían ser la única arma efectiva contra ellos. Si tenía razón, podía debilitar los apoyos de Sarl y, si tenía mucha suerte, podía conseguir que Sarl y sus regulares rompieran relaciones.

Por supuesto, si estaba equivocado, tal vez no pudiera cabalgar de regreso al refugio de las murallas de la ciudad.

Cerró los ojos durante un segundo y luchó contra sus miedos, obligándose a controlar la calma hasta el extremo. Ahora el miedo lo podía matar de una manera bastante literal.

Espoleó ligeramente el caballo y salió de la protección de la Primera Legión Alerana y de las murallas del pueblo, en dirección hacia sesenta mil canim salvajes.

Tavi pasó al lado de la hoguera crepitante en que sus legionares habían convertido el ariete de los canim. El hedor a madera quemada y a algo acre y amargo le llenó la nariz. El fuego crepitaba y los cascos de la montura golpeaban el suelo al ritmo de un galope ligero. Los graznidos de los cuervos se habían convertido en un sonido de fondo bajo y constante, como el rumor de las olas en un pueblo costero. Por lo demás, la tarde plomiza que reinaba en la tierra de nadie estaba sumida en un extraño silencio.

Eso le convenía a Tavi. Cuanto más lejos pudiera estar de la hueste canim y menos se le pudiera oír, mejor.

La cabalgata duró una eternidad. Cuanto más cerca estaba del ejército canim, más grande le parecía. Tavi estaba familiarizado con la presencia enorme y peligrosa de los canim. Aun así la visión de los guerreros monstruosos despertó una especie de alarma atávica que amenazaba con perturbar su autocontrol en mayor medida que lo que había creído. Estaban sentados en tierra, sobre las patas traseras, en filas organizadas. Era su propia versión de la posición de descanso. Las lenguas les colgaban de las fauces abiertas mientras descansaban después del ataque.

Un momento después, el olor extraño y acre de los canim le llenó la nariz. El caballo se negó a continuar, alarmado por el hedor. Tavi se movió con rapidez, las riendas aferradas con fuerza para girar el morro del caballo de manera abrupta sin romperle el paso. Ni siquiera su montura podía demostrar miedo, por justificado que estuviera.

Tavi trotó a lo largo del frente, quizás a un centenar de metros de la hueste canim. Los saqueadores se habían dispersado mientras atacaban los regulares. Se habían extendido en un enorme semicírculo alrededor del pueblo, con lo que habían dejado a los aleranos entre aquella fuerza que los superaba en número y el río. Hizo girar al caballo y siguió el frente en la otra dirección. Se detuvo en el epicentro de las tropas canim, ante las filas de sus guerreros con armaduras negras. Su caballo relincho y movió la cabeza, intentando recular. Tavi lo mantuvo controlado y miró a los canim con la barbilla levantada y el estandarte de la Primera Alerana en la mano derecha.

Tavi respiró hondo.

—¡Sar! —gritó. Su voz rasgó el silencio, y resonó con claridad—. ¡Sar! ¡Sé que estás ahí! ¡Sé que diriges a estos guerreros! ¡Sal y mírame a la cara! ¡Sal para que pueda hablar contigo!

No hubo respuesta. Solo millares de ojos canim del color de la sangre, y decenas de miles de colmillos.

—¡Sar! —llamó—. ¡Soy el capitán de la legión a la que te enfrentas! ¡He venido solo, para hablar contigo! —Cogió el estandarte con la mano izquierda durante un

momento y sacó la espada para que los canim pudieran verla. Entonces, con gesto despectivo, la tiró a un lado—. ¡Yo, un alerano! ¡Solo! ¡Desarmado! ¡Te invito a que vengas aquí, carroñero! —Su voz se volvió burlona—. ¡Te garantizo que estarás seguro si mi presencia te aterroriza tanto como para temer por tu patética vida!

Un murmullo casi inaudible recorrió a los guerreros de armaduras negras. Era un gruñido mudo, pero surgió de diez mil gargantas, y Tavi pudo sentir cómo el sonido vibraba en el peto de la armadura.

Y entonces un cane se puso en pie. Era uno de los grandes, casi tan alto como Varg. Al igual que el embajador, su pelaje negro como el carbón estaba cubierto por una malla de viejas heridas. Su armadura negra y lacada presentaba un dibujo intrincado de tiras rojas brillantes. El cane miró fijamente a Tavi. Entonces movió la cabeza de manera casi imperceptible, y lo miró de reojo.

—¡Carroñero! —repitió Tavi a gritos—. ¡Sarl! ¡Sal, cobarde!

Entonces retumbaron los cuernos. Desde la parte posterior de la hueste aparecieron dos filas de canim con medias capas largas y negras y capuchas cubiertas con un cuero pálido. El primero de cada fila llevaba un incensario de bronce colgado de unas cuerdas de tela oscura y trenzada. Unas nubes de aspecto viscoso procedentes de un incienso gris verdoso rezumaban por los lados de los incensarios. Los canim encapuchados se dirigieron lentamente hacia la vanguardia de las tropas, donde se dividieron. Se extendieron en una línea recta a unos diez metros por delante de la hueste. Miraron a Tavi, y se sentaron al unísono sobre las patas traseras con un movimiento lento.

Entonces apareció Sarl entre las tropas.

El cane tenía el mismo aspecto que recordaba Tavi: sucio y enjuto, con pelaje rojizo en las partes que dejaba al descubierto, rasgos afilados y ojos pequeños y maliciosos. Pero en lugar de su ropa de escriba, llevaba la capa oscura y la capucha de los canim que le habían precedido, y lucía una armadura lacada de un color rojo como la sangre. Un pesado morral del mismo color que el manto le colgaba de un costado.

El ritualista avanzó al encuentro Tavi, con pasos lentos y pausados, y se detuvo a diez metros de distancia. Los ojos del cane ardían con una rabia sangrienta. A Tavi le quedaba claro que Sarl no había querido salir, pero las arengas de Tavi, y en especial su acusación de cobardía, no le habían dejado elección. Tenía más posibilidades de sobrevivir ante un alerano solo en campo abierto que contra sus guerreros, y los canim, como bien sabía Tavi, eran poco pacientes con los cobardes.

Tavi le devolvió la mirada al cane, hizo un gesto pausado con la cabeza, que desplazó un poco hacia un lado y después hacia atrás. Era un gesto canim de saludo y respeto.

Sarl no se lo devolvió.

Tavi no podía estar seguro, pero le pareció que, detrás del ritualista, los ojos del jefe de los guerreros se contraían.

—Estas no son tus tierras, Sarl —empezó Tavi, proyectando la voz, y sin dejar que sus ojos abandonaran los del cane—. Toma a tu gente y vete ahora que tienes la oportunidad de escapar. Quédate aquí y tan solo encontrarás la muerte y las de aquellos a quienes diriges.

Sarl dejó escapar un gruñido que era el equivalente canim a una risa.

—Palabras contundentes —replicó, y la garganta y los colmillos retorcieron las palabras hasta hacerlas casi irreconocibles—. Pero palabras vacías. Huye de esa pocilga que defiendes y quizá decidamos matarte otro día.

Tavi rio. Hizo un sonido lleno de arrogancia y desprecio.

—No estás en tu patria. Esto es Alera, Sarl. ¿Hasta tal extremo ignoran los ritualistas cómo son las tierras que no son tuyas? ¿O acaso el único ignorante eres tú?

—Esta vez no te enfrentas a una expedición formada por un puñado de barcos, alerano —replicó Sarl—. Nunca habéis luchado contra una hueste de nuestro pueblo. No nos derrotaréis jamás. Moriréis.

—Algún día —reconoció Tavi—. Pero aunque nos mates a mí y a todos los hombres que están bajo mi mando, vendrán otros a ocupar nuestro lugar. Quizá no sea hoy. Ni mañana. Pero ocurrirá, Sarl. No dejarán de venir. Te destruirán. Cuando quemaste tus naves, convertirse en ceniza y humo tus últimas posibilidades de sobrevivir.

Sarl mostró los dientes y empezó a hablar.

—No pasarás —gruñó Tavi, interrumpiendo al cane—. No te cederé el puente. Si es necesario, lo destruiré antes de que caiga en tus manos. Vas a malgastar las vidas de tus guerreros para nada. Y cuando los señores de Alera vengan a limpiar sus tierras de tu especie, no habrá nadie que cante la canción de sangre de los caídos. Nadie llevará sus nombres a través del mar oscuro hacia las tierras de sangre. Vete, Sarl. Y vive un poco más.

—*Nhar-fek* —gruñó el cane—. Sufrirás por esta arrogancia.

—Hablas mucho —replicó Tavi—. ¿No es así?

Los ojos de Sarl brillaron. Levantó una mano y una garra oscura señaló hacia el cielo mortecino cubierto de nubes.

—Mira arriba, alerano. Vuestros cielos son nuestros. Te atraparé y te haré mirar. Y cuando os hayamos cazado a ti y a los demás *nhar-fek*, hasta la última hembra, hasta el último cachorro gimoteante, entonces y solo entonces te cortaré el cuello, para que puedas ver que la tierra ha sido purgada de tu especie contra natura. —Una de las manos del cane salió lanzada hacia su morral.

Tavi había estado esperando algo así. Sabía que, ocurriera lo que ocurriese, Sarl no podía permitir que lo desafiaran públicamente de esa manera. Si Tavi salía vivo de

aquella confrontación, Sarl mostraría debilidad ante los canim, y entre su especie ese podía ser un error fatal. Sarl no podía dejar que Tavi saliera bien parado, y Tavi sabía que solo era cuestión de tiempo que Sarl realizara un movimiento.

Tavi levantó un dedo y lo apuntó decididamente hacia el cane, y su voz crujió con una tensión y amenaza repentinas.

—Ni lo intentes.

Sarl se quedó helado. Los colmillos demostraban su odio.

Tavi lo miró fijamente, con el dedo apuntando y la montura removiéndose inquieta en el lugar.

—Tienes un poco de poder —reconoció en voz algo más baja—. Pero sabes lo que puede hacer el artificio de las furias alerano. Mueve un milímetro la mano y te asaré y te dejaré para los cuervos.

—Aunque lo consigas —gruñó Sarl—, mis acólitos te destrozarán.

Tavi se encogió de hombros.

—Es posible. —Sonrió—. Pero tú seguirás igual de muerto.

Los dos se miraron durante un momento que pareció eterno. Tavi luchó por conservar la calma y la confianza, como haría un artífice de las furias muy poderoso. La realidad era que si Sarl decidía acabar con él, solo podía confiar en la velocidad de su caballo y huir. Si Sarl probaba algún tipo de hechicería, le mataría. Con arreglo a todos los criterios razonables, estaba indefenso ante el cane.

Pero Sarl no lo sabía.

Y cuando se trataba de un combate cuerpo a cuerpo, Sarl era un cobarde.

—Estamos hablando bajo una tregua —gruñó, como si odiase ese hecho, y aquello fuera lo único que mantuviera a Tavi con vida—. Vete, alerano —ordenó y bajó la mano al costado—. Nos volveremos a ver dentro de poco.

—Ahora estamos de acuerdo en algo —reconoció Tavi.

El farol había funcionado. La ansiedad empezó a dejar paso a una sensación de alivio y mareo, que resultó casi tan difícil de contener como antes lo había sido el miedo.

Empezó a girar con la montura, pero se detuvo y miró al guerrero canim que se encontraba de pie detrás de la línea de los ritualistas de Sarl.

—Si queréis recuperar los restos de vuestros caídos —gritó—, permitiré que canim desarmados los retiren durante la próxima hora.

El cane no respondió. Pero después de pensárselo durante unos segundos, ladeó ligeramente la cabeza. Tavi imitó el gesto antes de empezar el regreso. Una brisa suave le daba en la cara.

Sarl husmeó de repente, con un sonido casi idéntico al de cualquier perro que husmea un rastro.

Tavi se quedó helado, y el alivio que había empezado a sentir se transformó en un

instante en un terror casi histérico. Miró hacia atrás a tiempo de ver cómo los ojos de Sarl se abrían de par en par a causa de la sorpresa y el reconocimiento.

—Te conozco —jadeó el cane—. Tú. El anormal. ¡El mensajero!

La mano de Sarl voló hacia el morral y lo abrió, al mismo tiempo que Tavi tomó la súbita conciencia de que el recipiente de cuero pálido, al igual que los mantos de los ritualistas, estaba confeccionado con piel humana. Sarl sacó la mano y la levantó por encima de la cabeza. La mano estaba cubierta con sangre fresca y escarlata. Unas gotitas volaron en el aire, se esparcieron y desaparecieron. Aulló algo en la lengua de los canim y los acólitos que tenía detrás se unieron a él.

Tavi giró el caballo, desesperado por huir, pero todo se movía con una lentitud de pesadilla. Ante de poder espolear al animal, las nubes se iluminaron con un infierno de relámpagos escarlatas. Tavi levantó la vista a tiempo para ver un círculo enorme de rayos que se condensaban de repente en un punto al rojo vivo sobre su cabeza.

Tavi intentó espolear al caballo para que galopara, pero se movía demasiado despacio y no podía apartar los ojos de la condensación de poder, el mismo poder que había masacrado a los oficiales de la Primera Alerana, ninguno de los cuales estaba tan indefenso como Tavi.

El punto de fuego se expandió de repente en una luz blanca y cegadora y en una avalancha de ruido estremecedor, y Tavi abrió la boca y gritó de terror e incredulidad. Pero no llegó a oírse.

La luz cegadora dejó a Tavi sin ver nada. Una presión repentina se convirtió en un dolor insoportable a un lado de la cabeza. Dejó de oír sonidos. Perdió el sentido de la orientación y, por un momento, todo dio vueltas a su alrededor. Se quedó sin ningún punto de referencia, incapaz de distinguir arriba y abajo.

Entonces regresó la vista, con sombras que se convirtieron en colores, y fue capaz de discernir sus percepciones.

Primero, estaba vivo, lo que le resultó toda una sorpresa.

Segundo, seguía montado, aunque el caballo se revolvía con pequeños saltitos, como si no pudiera decidirse a salir corriendo o a descabalarlo. Le rodeaba un olor apabullante a ozono, limpio y fuerte.

Tavi miró hacia abajo, medio aturdido. Había humo por todas partes y sintió que estaba tosiendo aunque no se podía oír. El suelo por debajo de él estaba quemado y negro, y la hierba convertida en cenizas. Ardía más hierba en seis metros a la redonda, casi la misma extensión que la tierra abrasada donde se levantaba la tienda de mando.

Su ropa estaba intacta. La armadura había quedado ennegrecida, pero no estaba caliente. Seguía sosteniendo las riendas de la montura y la lanza que lucía el estandarte de la legión. El astil del estandarte estaba quemado por un lado, pero entero. El águila de la bandera estaba confeccionado con un hilo diferente del resto. Se había quemado, de manera que en lugar de un emblema azul y escarlata todo el pájaro de guerra era ahora negro.

Tavi miró como un tonto al pájaro negro. Encima de su cabeza había miles de cuervos que volaban y bailaban con una excitación hambrienta. La brisa le pasó silenciosa por una mejilla, y el humo se empezó a aclarar. Mientras lo hacía, Tavi empezó a recuperar sus sentidos. Fue consciente de dónde estaba y, de alguna manera, consiguió que el caballo desistiera de tirarlo, aunque se removía sin pausa.

El humo se disipó y Tavi se encontró a menos de diez metros de Sarl.

El ritualista canim se había estirado en toda su altura con la cabeza tirada hacia atrás en una extraña postura de éxtasis, las fauces abiertas y la mano ensangrentada aún levantada hacia el cielo. Entonces se estremeció, evidentemente porque había oído algo y bajó los ojos para fijarlos en Tavi. Los ojos del cane se abrieron de par en par, las fosas nasales se ensancharon y las orejas le temblaron y se echaron hacia atrás. Las mandíbulas se abrieron y cerraron dos veces, con un movimiento vacilante, aunque Tavi no pudo oír ningún sonido, si es que Sarl emitió alguno.

Tavi seguía aturdido. Trataba de averiguar lo que había pasado y nunca llegó a pensar realmente en lo que iba a hacer. Le salió de dentro como una especie de instinto animal cuando sus emociones se fundieron en un fuego de rabia

incandescente y clavó los talones en los flancos del caballo, que estaba a punto de sucumbir al pánico.

El caballo salió disparado hacia delante, a galope tendido, y se dirigió derecho contra Sarl. Tavi sintió cómo gritaba, sintió el repicar de los cascos del caballo contra la tierra y sintió cómo la bandera se movía contra el aire cuando bajó el estandarte para atacar a Sarl con toda su fuerza y en un silencio total.

Tavi acertó. El pesado astil de la lanza bajó en ángulo contra el morro de Sarl y lo golpeó con tanta fuerza que las mandíbulas del cane se cerraron con fuerza atrapándole la lengua y derribando al ritualista.

Tavi giró la cabeza a tiempo para ver cómo uno de los acólitos de Sarl se lanzaba contra él. Tavi hizo girar la montura para enfrentarse al cane, y los cascos del caballo de guerra salieron disparados y golpearon con una fuerza terrible. Un segundo cane corría hacia Tavi. Este lanzó la cantonera de la lanza contra la cara del atacante, y golpeó con tanta fuerza que vio con claridad como volaban por los aires trozos amarillos de los colmillos destrozados.

De golpe recuperó todo el sentido y supo que los demás acólitos lo empezarían a atacar, y que detrás de ellos había otros sesenta mil canim. Había rechazado a los dos primeros, pero aunque no recibieran ayuda, lo matarían si se quedaba para presentar batalla. Miró a su alrededor con rapidez, tomó una decisión, hizo girar al caballo en dirección al pueblo y espoleó a la montura.

El animal no necesitaba que lo animasen y huyó en busca del refugio del pueblo.

Aunque el caballo era rápido, no lo fue lo suficiente para evitar a otro de los canim que se lanzó contra él con garras frenéticas, desgarrando la cruz del caballo y arrancándole un reguero de sangre. El cuerpo del animal tembló con un relincho de dolor que Tavi no pudo oír y giró bruscamente, arrancando las riendas de las manos de Tavi.

Una mirada hacia atrás le permitió ver más acólitos que corrían hacia él, y otros que atravesaban las filas de guerreros sentados, aunque estos no se pusieron en pie. Uno de ellos lanzó algún tipo de dardo. Tavi no pudo ver si había acertado, pero el caballo se contorsionó de dolor y estuvo a punto de caer. No obstante, siguió adelante.

Tavi intentó alcanzar las riendas, pero la cabeza le seguía dando vueltas y el caballo se desplazaba sobre campo abierto a toda la velocidad que podía alcanzar. Ya resultaba bastante difícil de por sí permanecer en la silla y, cuando Tavi recuperó las riendas, levantó la mirada para ver las anchas aguas del Tíber a menos de cincuenta metros de él.

Tavi le echó un rápido vistazo a su alrededor y encontró las murallas de la ciudad a varios cientos de metros hacia el este. Miró atrás, y vio varias docenas de ritualistas que se encontraban a menos de diez segundos. Las heridas del caballo debían de

haber reducido su velocidad. Tavi hizo girar el caballo hacia el pueblo, pero los cascos resbalaron en la tierra suelta y húmeda cerca del río y el animal cayó. Arrastró a Tavi.

El agua del río le golpeó con fuerza en la cara, y sintió una presión breve y terrible sobre una de sus piernas. El caballo pateó salvajemente y Tavi supo que el animal aterrorizado bien podía matarlo en su frenesí. Entonces desapareció el peso del caballo y Tavi intentó levantarse.

No pudo. La pierna que había quedado atrapada bajo el caballo se había hundido en el lodo del lecho del río. Estaba atrapado con la superficie a menos de medio metro.

Casi se echó a reír. Era inconcebible que hubiera escapado de todo un ejército de canim y sobrevivido a un maldito rayo letal para morir ahogado.

Se obligó a no patalear presa del pánico y en su lugar hundió los dedos en el lodo. El agua lo había reblandecido o en caso contrario la tarea hubiera sido inútil, pero Tavi fue capaz de liberar la rodilla y a partir de ahí pudo arrancar la pierna de las frías garras del lecho del río.

Tavi salió del río, echó un rápido vistazo a su alrededor y vio el estandarte, tirado y medio sumergido en el agua. Caminó hasta la orilla del río, lo agarró, adoptó una posición de combate y levantó la mirada para enfrentarse a más de veinte acólitos ritualistas con sus capas negras y mantos de piel humana. Habían caído sobre el caballo al salir del agua, y ahora tenían las garras y los colmillos escarlatas con la sangre fresca.

Tavi miró hacia atrás y a la izquierda, y vio que la caballería alerana ya estaba en movimiento sobre el Elinarch. Iba a resultar un gesto inútil. Cuando llegasen ya no quedaría nada de Tavi que pudieran rescatar.

Resultaba extraño que todo estuviera tan tranquilo, pensó Tavi. Vio la muerte en los ojos de los canim ensangrentados. Le parecía que algo así debía ser mucho más ruidoso. Pero no oía nada. Ni los gruñidos de sus enemigos ni los gritos desde la ciudad. Ni el gorgojeo del agua mientras el Tíber fluía alrededor de sus rodillas. Ni siquiera el sonido de su respiración acelerada o los latidos del corazón. Todo estaba perfectamente en silencio. Casi en paz.

Tavi agarró con fuerza el estandarte y sin desplazarse se encaró con los canim que se abalanzaban sobre él. Si iba a morir, sería de pie, contra ellos y se llevaría por delante a todos los que pudiera.

«Hoy soy un legionare», pensó.

El miedo se desvaneció. Tavi echó de repente la cabeza hacia atrás y rio.

—¡Venid! —les gritó—. ¿A qué estáis esperando? ¡El agua está espléndida!

Los canim corrieron hacia él y de repente se pararon en seco con dos docenas de miradas inhumanas y aterradas.

Tavi parpadeó, completamente confuso. Entonces miró detrás de él.

A ambos lados, las aguas del Tíber habían formado dos figuras sólidas, esculturas de agua similares a las que había visto antes.

Similares, pero no iguales.

Dos leones, leones del tamaño de caballos, se alzaban a ambos lados con los ojos brillando con un fuego verde azulado. Aunque estaban formados de agua, todos los detalles eran perfectos, hasta en el pelaje, hasta en las cicatrices de batalla sobre sus poderosos pechos y hombros. Aturdido, Tavi levantó la mano y tocó el flanco de una de las bestias y aunque la sustancia parecía líquida, eran tan dura como una piedra bajo los dedos de Tavi.

Tavi se volvió para mirar de nuevo a los canim. Otro tanto hicieron los dos leones, que abrieron las fauces y dejaron escapar un rugido. Tavi no los podía oír, pero sintió cómo le vibraba la armadura y la superficie del agua formó ondas y se agitó en un radio de una treintena de metros en todas las direcciones.

Los canim se alejaron del río y cambiaron su comportamiento: ahora eran recelosos y sus ojos aprensivos. Y entonces, como si fueran uno solo, se dieron la vuelta y huyeron por la pradera, de regreso con la hueste canim.

Tavi contempló cómo se alejaban, antes de salir del río y plantar la cantonera del estandarte en el suelo. Se inclinó agotado en él y volvió la cabeza para mirar las furias enormes que se habían alzado en su defensa.

Un ligero temblor del suelo le advirtió de que se acercaban caballos. Levantó la mirada y vio cómo Max y Crasus se aproximaban al galope. Los jóvenes legionares desmontaron y se acercaron a él. Max empezó a decir algo, pero Tavi lo frenó con un gesto.

—No oigo nada.

Max le frunció el ceño. Entonces se volvió hacia la más grande de las dos furias de agua. El león viejo y enorme saludó a Max y le acarició la mano con tanto cariño como si fuera un gatito. Max colocó la mano sobre el morro de la furia y asintió, en un gesto tanto de agradecimiento como de despedida, y la furia se volvió a hundir en el río.

A su lado, Crasus realizó casi los mismos gestos y el segundo león de agua se hundió hasta desaparecer. Los dos hermanastros se quedaron quietos durante un momento, mirándose. Ninguno de los dos habló. Entonces Crasus se ruborizó y se encogió de hombros. Max abrió la boca y dejó escapar una carcajada estruendosa de las suyas, a las que Tavi estaba acostumbrado. Luego movió la cabeza, le dio a su hermano un puñetazo cariñoso en el hombro, y se volvió hacia Tavi.

Max lo miró y vocalizó de manera exagerada para que Tavi pudiera leerle los labios.

—Esto no estaba en el plan.

—Descubrió el farol —explicó Tavi—. Pero lo dejé en bastante mal lugar. Es posible que haya funcionado.

Max gesticuló:

—¿Esto es lo que ocurre cuando funciona? Estás loco.

—Muchas gracias —le agradeció Tavi, e intentó que sonase seco.

Max asintió.

—¿Cómo está la pierna?

Tavi frunció el ceño sorprendido y bajó la mirada. Se sorprendió al descubrir en la parte alta del muslo izquierdo una mancha ancha y húmeda de sangre fresca en los pantalones. Se tocó con cuidado la pierna, pero no sintió ningún dolor. No lo habían herido. La tela ni siquiera estaba rota.

Entonces tuvo una inspiración y metió la mano en el bolsillo. En el fondo, justo encima de la mancha de sangre, Tavi encontró la piedra escarlata que le había robado a lady Antillus. Tenía un tacto extrañamente caliente, casi incómodo.

—Estoy bien —respondió Tavi—. No creo que sea mía.

Volvió a fruncir el ceño, miró hacia la hueste canim y después las nubes escarlatas que tenía sobre la cabeza.

«No debes temer el poder de su especie, y lo sabes», le había dicho Kalarus a lady Antillus. Y justo después le había ordenado que volara hasta Kalare. Pero si podía volar, ¿por qué había robado los caballos?

Porque la piedra la habría protegido de la hechicería ritualista canim que cubría los cielos.

Como acababa de proteger a Tavi del mismo poder.

El corazón se le aceleró. Intentó pensar en otra explicación, pero eso era lo único que tenía sentido. ¿De qué otra manera habría podido sobrevivir al estallido del mismo poder que había asesinado a los oficiales de la legión?

Por supuesto. Los canim sabían el sitio exacto donde debían golpear. Los comandantes de la legión sitúan sus tiendas en el mismo sitio en cualquier campamento, no importa donde estén. Se suponía que nadie debía sobrevivir al ataque, excepto lady Antillus, que habría llevado encima la piedra si Tavi no se la hubiera robado junto con la bolsa.

Tavi tuvo claro el plan original de los traidores. Después de ponerse al frente de la legión con arreglo a la cadena de mando, lo más seguro habría sido que lady Antillus dirigiese la retirada. De este modo, los canim habrían controlado el puente, y evitado cualquier incursión alerana desde el norte que pudiera invadir las tierras de Kalarus.

Por supuesto, ese había sido el plan antes de saber que los canim habían llegado en tal cantidad. Kalarus había intentado usarlos como arma, pero se habían revuelto y le habían mordido en la mano que le daba de comer.

—¡Eh! —gritó Max, y puso la cara delante de la de Tavi—. ¿Estás bien?

Max y Crasus giraron súbitamente la cabeza hacia la hueste canim y después miraron hacia sus caballos. Max le gesticuló a Tavi.

—Ya vienen. Nos tenemos que ir.

Tavi sonrió, asintió, cogió el estandarte y montó detrás de Max. Los tres regresaron al pueblo mientras la hueste canim reanudaba la marcha. Tavi levantó el estandarte, en señal de desafío, y dejó que el viento que provocaba la velocidad hiciese volar al águila ennegrecida donde todo el mundo lo pudiera ver.

Tavi seguía sordo mientras traspasaba las puertas del pueblo, pero cuando se cerraron detrás de ellos levantó una mirada sorprendida hacia las almenas y el patio que lo rodeaba. Todos los hombres que veía, ya fueran peces o veteranos por igual, norteños de ojos pálidos y sureños de ojos oscuros, viejos y jóvenes, caballeros, centuriones y legionares, estaban mirando a Tavi, golpeando sus puños cubiertos de acero contra los petos en lo que debía ser un trueno ensordecedor mientras gritaban y vitoreaban el regreso de su capitán.

El dolor le atravesó de nuevo la cabeza a Tavi. Fue repentino, agudo y lo aturdió tanto como la explosión del rayo que le había dejado sordo. Alguien empezó a proferir palabrotas con gran volumen y sinceridad.

Un segundo después, Tavi se dio cuenta de que era él quien maldecía, y se calló. De pronto pudo oír la batalla que sabía que se estaba librando en las puertas, los aullidos ensordecedores de un mar de canim interrumpidos por las oleadas de gritos y vítores de los defensores de la ciudad.

—Ya está, señor —murmuró Foss—. Teníais los tímpanos rotos. Les ocurre a menudo a los jóvenes caballeros Aeris cuando intentan alardear. Los tímpanos se pueden curar por sí mismos, pero esas cosas llevan un tiempo del que no disponemos, y además no resulta fácil evitar que enfermen. —El alto sanador se agachó en la parte superior de la bañera y chasqueó los dedos a ambos lados de la cabeza de Tavi—. ¿Lo habéis oído? ¿A los dos lados?

Los chasquidos tenían una reverberación extraña que Tavi no había escuchado nunca, pero los podía oír.

—Bastante bien. En cualquier caso, no deberías malgastar conmigo tus energías.

—Un capitán sordo no nos iba a ser de mucha ayuda, señor —replicó Foss—. Y de momento vamos por delante de los heridos.

Tavi gruñó y salió de la bañera. Los músculos y las articulaciones chillaron en señal de protesta. El rayo de Sarl no le había matado, pero la caída del caballo no había sido ninguna caricia. Empezó a vestirse.

—¿Me ayudas con la armadura?

—Sí, señor —murmuró Foss y se acercó para ayudar con los cierres.

—¿Cómo va el recuento? —preguntó Tavi en voz baja mientras se vestía.

—Setenta y dos heridos —respondió Foss de inmediato—. Excepto once, todos han vuelto al combate. Nueve muertos.

—Muchas gracias, Foss. De nuevo.

El veterano gruñó, y dio una palmada con la mano en el peto de Tavi.

—Ya estáis listo.

Tavi se ajustó el cinturón con la espada y enfundó el gladius de repuesto que le había conseguido Magnus. En el exterior estalló una nueva ronda de canciones entre las tropas que esperaban en el patio para reforzar la muralla o la puerta. Las estrofas contenían ahora muchas más referencias desdeñosas a los hombres que se encontraban sobre las murallas, completadas con alabanzas entusiastas a los hombres que esperaban a que los supuestos incompetentes se apartasen de su camino.

Magnus entró en la tienda y saludó con un gesto.

—Señor —saludó—. Crasus me ha pedido que os diga que Jens ha terminado.

—¿Jens? —preguntó Tavi.

—Nuestro único caballero Ignus, señor.

—Está bien —asintió Tavi—. Bien. Muchas gracias, Magnus.

Saludó y salió de la tienda, de regreso hacia los combates en la muralla. Al abandonar la tienda, Ehren apareció a su lado y mantuvo el paso a la izquierda de Tavi, que lo saludó con la cabeza.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Tavi a Magnus.

—Los canim han enviado por delante a un tercio de los saqueadores. Valiar Marcus dice que los regulares han cambiado su posición y que avanzarán dentro de nada.

Tavi sonrió.

—Malditos cuervos.

Magnus bajó la voz.

—Valía la pena intentarlo. Es posible que las lealtades de los canim no estén tan fracturadas como esperábamos.

—Eso parece —suspiró Tavi—. Están usando a sus saqueadores para debilitarnos. Enviarán a los regulares cuando nos hayamos ablandado.

—Es bastante probable —reconoció Magnus.

—¿Cómo va el proyecto de la tribuno Cymnea? —preguntó Tavi.

—Digamos que estuvo bien que no permanecierais demasiado tiempo en el río, capitán.

—Bien —asintió Tavi—. Cuando caiga la noche, los canim intentarán cruzar algunas tropas. Querrán golpearlos por detrás y enviar a los regulares a través de la puerta delantera. —Se calló porque había tenido una idea. Entornó los ojos hacia la silueta mortecina del sol poniente detrás de las nubes de sangre—. ¿Dos horas?

—Un poco menos —rectificó Magnus.

Tuvieron que detenerse cuando Crasus y su media docena de caballeros Aeris pasaron volando para atacar las líneas enemigas con vientos huracanados y estallidos de llamas. Las galernas en miniatura que los sostenían impidieron la conversación durante un momento.

—¿Cómo está el puente? —preguntó Tavi cuando pudo oír de nuevo.

—Los ingenieros dicen que les gustaría disponer de más tiempo para reforzarlo, pero eso es lo que dicen siempre. Ya han conseguido lo que les habíais pedido. —Magnus se detuvo—. ¿Queréis dar la orden ahora?

Tavi se mordió el labio.

—Aún no. Defenderemos la puerta hasta que se haya puesto el sol.

—No podéis saber si los regulares atacarán en ese momento —le recordó Magnus—. Y para los hombres que hay en la puerta será muy duro quedarse allí. Sin mencionar el hecho de que les será difícil maniobrar y retirarse en la oscuridad.

—Entonces, traslada tropas de refresco desde el lado norte del río —replicó Tavi, mirando a Ehren. El cursor asintió—. Después dile al Primera Lanza que aumente la rotación en las murallas y que mantenga a los hombres todo lo descansados que pueda.

—Si lo hacemos, tendremos que empezar a utilizar a los peces.

—Lo sé —reconoció Tavi—. Pero en algún momento tendrán que enfangarse. Al menos, de esta manera contarán con el respaldo de los veteranos.

Magnus esbozó una sonrisa hueca.

—Señor, el plan no va a ser fácil, ni siquiera si nos ponemos en movimiento ahora mismo. Si esperamos dos horas más... —Negó con un gesto—. No sé qué salimos ganando con la espera.

—Sin más caballeros Ignus, solo nos queda lanzar un golpe demoledor. Tenemos que acertar. Los regulares son su espina dorsal y esta es nuestra única oportunidad de romperla. —Miró hacia atrás a Ehren y asintió, y el espía partió a la carrera para entregar las órdenes de Tavi.

—¿Cuánto tiempo lleva Marcus en la muralla?

—Desde que empezó. Unas dos horas poco más o menos.

Tavi asintió.

—Necesitamos que esté fresco y al mando cuando nos retiremos, ¿no te parece?

—Desde luego —reconoció Magnus—. El Primera Lanza tiene más experiencia que ningún otro sobre el terreno.

—De hecho, cualquiera que esté a nuestro lado —murmuró Tavi.

—¿Eh? ¿Qué habéis dicho?

—Nada —suspiró Tavi—. De acuerdo. Le voy a ordenar que baje. Llévale algo de comida y asegúrate de que esté listo al anochecer.

Magnus le dedicó a Tavi una mirada recelosa.

—¿Podrá con ellos solo en la muralla?

—Yo también me tengo que enfangar en algún momento —replicó Tavi y entornó los ojos hacia la muralla—. ¿Dónde está el estandarte?

Magnus levantó la mirada hacia las murallas.

—Lo han quemado y está bastante manchado de barro. He ordenado que confeccionen uno nuevo, pero tardará unas horas en estar listo.

—El quemado es perfecto —indicó Tavi—. Tráemelo.

—Lo pondré en un astil nuevo, como mínimo.

—No —negó Tavi—. El viejo está cubierto con la sangre de Sarl. Servirá.

Magnus le lanzó a Tavi una sonrisa.

—Ensangrentado y sucio, pero inquebrantable.

—Como nosotros —asintió Tavi.

—Muy bien, señor. Lo enviaré con sir Ehren.

—Muchas gracias —replicó Tavi, que se calló y puso una mano sobre el hombro de Magnus, antes de decir en voz más baja—: Muchas gracias, maestro. No creo que os lo haya dicho ya, pero disfruté del tiempo pasado en las ruinas. Muchas gracias por compartirlo conmigo.

Magnus le sonrió a Tavi y asintió.

—Muchacho, es una vergüenza que estés demostrando aptitudes para el mando militar. Habrías sido un gran académico.

Tavi rio.

Entonces Magnus saludó, se dio la vuelta y se fue con paso rápido.

Tavi comprobó que llevaba bien colocado el yelmo y subió corriendo hacia las almenas, recorriendo la línea de legionares agachados, con escudos, arcos y cubos que contenían de todo, desde más pez hasta simple agua hirviendo. Se abrió camino con agilidad a través del combate, sin empujar ni obstaculizar a ningún hombre. Encontró al Primera Lanza en la muralla. Estaba gritando órdenes a diez metros de las puertas, donde los canim estaban intentando fijar más cuerdas de escalada, hechas de cuero y cuerda trenzada, con las que habían sustituido a las cadenas. Los compañeros que estaban más abajo golpeaban la muralla con lanzas improvisadas y piedras enormes.

—¡Que os lleven los cuervos! —ladró Marcus—. No tenéis que levantar la cabeza de chorlito para cortar una cuerda. Utiliza el cuchillo, y no la espada.

Tavi se agachó y, mientras esperaba a que Marcus terminase de gritar, sacó el cuchillo y cortó con rapidez la cuerda trenzada que estaba unida a un gancho que aterrizó cerca de él.

—Nos quedamos también con los ganchos, tribuno —añadió Tavi—. No los tiréis para que no los vuelvan a utilizar contra nosotros.

Tavi miró hacia el patio y tiró el gancho hacia ese lado.

—¡Capitán! —gritó uno de los legionares y una salva de gritos de saludo recorrió las murallas.

Valiar Marcus miró hacia atrás y vio a Tavi. Lo saludó con un gesto seco y golpeó el guantelete contra el peto en señal de saludo.

—¿Estáis bien, señor?

—Nuestro tribuno Medica me ha recompuesto —respondió Tavi—. ¿Qué tal el tiempo?

Una piedra lanzada desde abajo acertó en la cimera del yelmo del Primera Lanza y el acero resonó durante un segundo. Marcus movió la cabeza y se agachó un poco más.

—Si se fuera el sol, seguiríamos luchando en la sombra —respondió un momento después, mostrando los dientes en una sonrisa rápida y combativa—. Dos o tres de ellos han conseguido poner pie en la muralla, pero los hemos repelido. Hemos

quemado seis arietes más y no lo han vuelto a intentar.

—No hasta que oscurezca —replicó Tavi.

El Primera Lanza le dedicó una mirada de reojo y asintió.

—Para entonces ya no tendrá importancia.

—Resistiremos —indicó Tavi—, hasta que empleen a los regulares.

Valiar Marcus lo miró durante un momento, antes de poner cara agria y asentir.

—Sí. Nos costará, señor.

—Si podemos derrotar a sus regulares, valdrá la pena.

El soldado veterano asintió.

—Eso es cierto. Me ocuparé de ello, capitán.

—Tú no —replicó Tavi—. Ya llevas aquí arriba demasiado tiempo. Quiero que te sientes, comas algo y bebas. Necesito que estés fresco al anochecer.

El Primera Lanza apretó la mandíbula y durante un segundo Tavi pensó que iba a discutir.

Entonces un grito recorrió la muralla y Tavi levantó la mirada para ver a Ehren que corría hacia ellos a lo largo de las almenas, y aunque el pequeño cursor mantenía la cabeza baja, llevaba levantado el estandarte ennegrecido y los hombres lanzaban vítores al verlo.

El Primera Lanza miró a los hombres, luego al estandarte y después a Tavi, y asintió.

—Pensad un poco —indicó—. Confiad en los centuriones. No corráis riesgos. Dentro de cinco minutos subirá otra cohorte veterana para relevar a esta.

—Lo haré —asintió Tavi—. Busca a Magnus, que tiene algo dispuesto para ti.

Marcus asintió y ambos intercambiaron un saludo antes de que el viejo soldado bajara de la muralla, manteniendo la cabeza baja. Ehren se acercó deprisa al lado de Tavi. Mantenía en alto el estandarte.

El ataque continuó sin tregua, y Tavi se acercó a los dos centuriones sobre las murallas, ambos veteranos y ambos preocupados por sus hombres. Tavi vio que una serie de legionares respiraban con dificultad. Un hombre cayó al suelo, golpeado en el yelmo por una piedra casi tan grande como la cabeza de Tavi. Enseguida se oyó el grito de llamada al médico. Tavi agarró el escudo del hombre y bloqueó con él la almena, protegiendo al médico que corría hacia el legionare caído. Una lanza impactó contra el escudo y un momento más tarde le golpeó una piedra con tanta fuerza que rebotó contra el yelmo de Tavi y le hizo ver las estrellas. Entonces otro legionare se puso en posición con su escudo y el combate siguió adelante.

Resultaba aterrador, pero al mismo tiempo se había convertido en una experiencia extrañamente similar a una tarde de duro trabajo en su antiguo hogar en la explotación de su tío. Tavi se movía de aquí para allá a lo largo de la muralla, de una posición a la siguiente, animando a los hombres y vigilando cualquier cambio de

comportamiento del enemigo. Tras lo que pareció una hora, llegaron tropas de repuesto para relevar a los legionares, y los hombres en la muralla intercambiaron con exactitud su posición, una almena detrás de otra, con su reemplazo. Y la batalla siguió adelante.

Por dos veces los saqueadores canim consiguieron afirmar una serie de ganchos en puntos donde la salva de piedras había debilitado las defensas, pero en los dos casos Tavi pudo indicar a Crasus y sus caballeros Aeris que descargaran una oleada de dolor y confusión entre el enemigo, retrasándolos hasta que la defensa alerana se pudo solidificar de nuevo.

Contra los saqueadores, los legionares arqueros tenían un efecto bastante mayor. Las tropas irregulares no eran tan disciplinadas como los regulares, lo que los frenaba sustancialmente cuando intentaban colaborar entre ellos. Su armadura era también mucho más ligera, si es que llevaban alguna, y las flechas acertaban y ocasionaban heridas que eran mucho más útiles para la defensa que las que mataban directamente al enemigo. Los canim heridos pataleaban y gritaban, y un par de sus compañeros los tenían que alejar de los combates, lo que entorpecía de manera considerable lo que fuera que estuvieran intentando. A los muertos, que se contaban por centenares, los dejaban tirados sobre el terreno. Eran tantos que los canim se vieron obligados a apilarlos, como si fueran leña, y se protegían con ellos de las flechas enemigas.

Aun así, Tavi sabía que se podían permitir las bajas con mucha más facilidad que los aleranos. Tavi pensó que desde el punto de vista de Sarl, gracias a esas muertes había menos bocas hambrientas que alimentar. Si podían matar a algún alerano mientras morían, mucho mejor.

Y entonces ocurrió. Los legionares de servicio empezaron a cambiar con la siguiente unidad de la rotación, que tenía una mayor concentración de reclutas aún verdes. Una lluvia especialmente densa de piedras subió desde la base de la muralla, pasó por encima en un arco alto para caer casi a plomo sobre los defensores. Las piedras no iban a golpear con la misma fuerza que si se lanzaban directamente contra un blanco, pero eran tan grandes que bastaba con que cayeran un metro para volverse peligrosas, incluso para un legionare cubierto de armadura.

Tavi se encontraba a unos seis metros cuando ocurrió, y oyó claramente como se rompía un hueso, justo antes de que el hombre herido empezase a gritar.

Entonces se produjo de repente una oleada furiosa de aullidos y gritos de guerra canim, y más ganchos con cuerdas empezaron a aparecer a lo largo de toda la muralla, justo en el momento en que otro grupo de canim aparecía desde su retaguardia y cargaba hacia delante con otro ariete pesado.

Tavi lo miró durante un segundo, intentando comprender todo lo que estaba ocurriendo. Era muy consciente de que debía actuar con rapidez, o de lo contrario se arriesgaba a que les pasasen por encima. Tenía que dirigir la fuerza de sus caballeros

hacia el punto donde fueran más necesarios. Si los canim ganaban la muralla, se les podría contener en mayor o menor medida. Obstaculizados por la necesidad de escalar con la cuerda, podían subir en una marea continua pero limitada. Si rompían las puertas, toda la fuerza podía pasar a través de ellas con gran rapidez. Ocurriera lo que ocurriera, las puertas tenían que resistir.

Tavi silbó con fuerza y le hizo una señal a Crasus para que atacase el centro enemigo: tenía que confiar en que el joven tribuno de los caballeros vería el ariete y lo identificaría como la amenaza más importante contra las defensas del pueblo. No podía hacer mucho más contra el ariete que se estaba acercando, porque los únicos legionares que no estaban totalmente ocupados rechazando el asalto eran los hombres apostados encima de las puertas. Tavi señaló a la mitad de los hombres que se encontraban allí.

—Tú, tú, tú y vosotros dos. Seguidme.

Los legionares cogieron los escudos y las armas, y Tavi les condujo por la muralla hacia el primer punto atacado, donde dos canim ya habían ganado la muralla, mientras otros les seguían. Un recluta bastante verde gritaba y atacaba al cane más cercano, olvidando el principio básico del combate en la legión: el trabajo en equipo. El cane no llevaba más arma que un pesado garrote de madera, pero antes de que el joven legionare se pudiera acercar lo suficiente para tenerlo al alcance de su gladius reglamentario, el cane movió el garrote con las dos manos y lo golpeó contra el escudo del legionare. Lo lanzó por los aires hasta que aterrizó en el patio, con una fuerza capaz de romperle todos los huesos.

—Ehren —gritó Tavi mientras blandía la espada.

El cane volvió a mover el garrote, levantándolo para golpear a Tavi antes de que se pudiera acercar.

Pero en el momento en que el cane empezaba el movimiento, apareció un destello acerado en el aire y el cuchillo lanzado con maestría por Ehren golpeó en el morro del cane. La punta de la hoja falló por pocos centímetros y solo provocó un corte reducido a través de la nariz negra del cane. Aun así, el cuchillo resultó letal. El cane se contrajo a causa del dolor repentino en una zona tan sensible, de manera que perdió el impulso y la coordinación del ataque. Tavi rodeó el garrote pesado, avanzó con fuerza y atacó con un tajo que abrió el cuello del cane hasta llegar al hueso de la nuca.

El cane herido de muerte dejó caer el garrote e intentó agarrar a Tavi con los dientes desnudos, pero Tavi siguió adelante, dentro del alcance del cane. Los legionares que iban detrás de él añadieron su peso al impulso del capitán, de manera que tiraron al cane contra las almenas, donde lo liquidaron de manera salvaje y despiadada.

Tavi sajó una cuerda gruesa que pasaba por encima de la almena, pero el duro

material se negó a partirse a pesar de los muchos golpes, de manera que otro cane se agarró a lo alto de la muralla para impulsarse hacia arriba. Tavi lanzó un tajo contra la mano del cane, que gritó de dolor antes de caer hacia atrás. Tavi aprovechó para acabar de cortar la cuerda.

Levantó la mirada a tiempo de ver cómo sus legionares se abrían camino por la muralla, liquidando al segundo cane, aunque la espada en forma de hoz de la criatura le cortó la mano a un veterano antes de caer. Los legionares cortaron las cuerdas de escalada que quedaban. Se oyó el aullido del viento y después un rugido y un estallido de llamas ante la puerta, y mientras tanto seguían lloviendo sobre las cabezas y los hombros de los aleranos esas piedras lanzadas en un arco alto.

—¡Cubos! —gritó Tavi—. ¡Ahora!

Los legionares cogieron los cubos de pez, agua hirviendo y arena calentada y los vertieron sobre los canim en la base de las murallas, lo que provocó más chillidos. Eso les otorgó a algunos de los defensores el tiempo necesario para cortar las cuerdas que quedaban, y a los arqueros la oportunidad de disparar contra el enemigo, a quienes les infligieron más heridas, incluso antes de que Crasus y sus caballeros realizaran una segunda pasada a lo largo de la muralla, cegando y ensordeciendo al enemigo con el huracán de su paso.

La moral de los atacantes se quebró y empezaron a huir de las murallas, al principio de manera vacilante y después en una oleada enorme. Los arqueros les dispararon con toda la rapidez que pudieron, e hirieron a muchos más, mientras que los legionares empezaron de nuevo a gritar y lanzar vítores.

Tavi hizo caso omiso de los canim, mirando hacia un lado y otro de la muralla. Habían rechazado el ataque, pero los defensores habían pagado un precio muy alto. Las piedras lanzadas en un arco alto habían sido alarmantemente efectivas, y los médicos que corrían a atender a los heridos se veían superados por las bajas. Las tropas inexpertas que habían subido a la muralla no se movían con la rapidez y la decisión de los veteranos, y los médicos y los legionares que intentaban llevarse a los heridos no estaban ayudando a mejorar la situación. Los legionares habían conseguido retener la muralla a duras penas y, si no se reorganizaban y recuperaban la disciplina de las posiciones defensivas en las almenas, los canim los podían superar. O al menos, lo podrían haber hecho de haber continuado con el ataque en lugar de retirarse.

Los graves cuernos canim empezaron a resonar, y Tavi levantó la mirada hacia la hueste al otro lado de las murallas.

Los regulares de armaduras negras se habían puesto en pie y se movían con una velocidad terrible y despreocupada hacia las murallas del pueblo.

Tavi respiró hondo mientras se acercaban los regulares. Estaba seguro de que atacarían al atardecer, pero para eso faltaba aún una hora, y Marcus no se encontraba en la muralla. Para que la trampa tuviera éxito, los canim necesitaban algo que ocupara su atención. El plan de los aleranos había consistido en retirarse en pleno combate, obligando a los canim a mantener la presión sobre la tropas en retirada.

El problema de ese tipo de maniobra era que el pánico fingido bien podía convertirse en auténtico, y hacer que la situación se les fuera completamente de las manos. La disciplina y la instrucción eran lo único que le otorgaba a la legión algo parecido a una oportunidad contra un enemigo como los canim. Así pues, al ponerlas en peligro se comportaba como un comandante loco o desesperado.

Tavi supuso que era ambas cosas.

—Necesito que Max se presente aquí de inmediato —le dijo a Ehren, y el joven cursor saltó inmediatamente de la muralla, cayó sobre un carromato y salió a la carrera patio a través.

—¡Centuriones, terminad la rotación y despejad las murallas de no combatientes! —gritó Tavi—. ¡Médicos, utilizad los carros para llevaros los heridos a la enfermería secundaria!

Entonces se dio la vuelta y levantó la mano, a modo de señal hacia un tejado ubicado a varias calles de distancia. Allí lo esperaban Crasus y sus caballeros Aeris. Tavi marcó con la mano una ola de derecha a izquierda y después realizó un gesto rápido como si se cortase el cuello. Crasus se volvió a uno de sus caballeros y bajaron del tejado.

Tavi se giró con rapidez para vigilar a los canim y descubrió que los saqueadores seguían en retirada, lo que les dejaba a los regulares mucho espacio para maniobrar. Tavi estaba por primera vez en la cima de la colina, y pudo distinguir las siluetas de numerosos canim con capas negras y mantos pálidos. Parecía que Sarl, o al menos algunos de sus acólitos ritualistas, querían observar el asalto de los regulares.

—¡Moveos! —gritó Tavi al acercarse los regulares—. ¡Reservas, retiraos a las posiciones secundarias cerca del puente! —Tavi se volvió con rapidez, vio al centurión más cercano y gruñó—: Que esos hombres fijen con más fuerza el escudo. Una de esas piedras hará que les gire ese maldito trasto en el brazo y les arranque la cabeza.

El joven centurión se dio la vuelta para mirar a Tavi con la cara totalmente pálida, saludó y empezó a gritarle a los legionares lo que le había indicado.

El centurión era Schultz. Tavi miró a derecha e izquierda y encontró algunos rostros de su misma edad. Solo los centuriones eran veteranos en algún sentido, pero aun así parecían jóvenes que servían por primera vez con ese rango.

Cuervos, no debería haber ordenado que los veteranos abandonasen la muralla, pero ahora ya era demasiado tarde para cambiar. Después de la paliza que habían recibido, después de la batalla brutal y agotadora sobre la muralla, posiblemente no habrían podido resistir una oleada de canim acorazados. Quizá los peces eran más indicados para la maniobra que los veteranos, acaso porque su inexperiencia hacía que no se dieran cuenta del peligro al que se enfrentaban.

Tavi se mordió el labio y recapituló rápidamente y en silencio. Esa no era forma de pensar en unos jóvenes que estaban a punto de jugarse la vida por el Reino, por sus compañeros legionares y por él. Estaba a punto de ordenarles que se sumergieran en una tormenta de violencia y sangre.

Y a pesar de eso, la fría realidad era que si el plan funcionaba, podía destrozar el ejército canim, quizá más allá de su voluntad de luchar. Si Tavi tenía que sacrificar un centenar de legionares —o un millar— para contener la invasión canim, su deber era hacer precisamente eso.

Al final la muralla quedó despejada, trasladaron a los heridos a la enfermería y la cohorte de reserva que debía sustituir a los peces se ubicó en el punto de retirada. Tavi miró por las murallas una vez más y vio a jóvenes aterrorizados y silenciosos, todos muy pálidos y todos preparados.

Una botas resonaron en las almenas, y Max y Ehren llegaron junto a Tavi. Crasus se encontraba a una docena de pasos. Tavi miró hacia atrás y se encontró con que la mayoría de los caballeros Aeris no estaban preparados para volar en combate, y corrían hacia sus posiciones delante de la puerta.

—Grandes cuervos sangrientos —jadeó Max al ver el ataque canim.

—Listos, capitán —añadió Crasus—. Jens lo tiene todo dispuesto.

—Esta es una maldita y enorme tirada de dados, señor —comentó Max—. No he oído que nunca se haya utilizado algo así.

—¿Cuánto tiempo trabajaste en el taller de una explotación agrícola, Max? —le preguntó Tavi.

Max frunció el ceño.

—Lo sé, lo sé. Pero nunca he oído hablar de ello.

—Confía en mí —replicó Tavi—. El serrín es más peligroso de lo que crees. Y si el almacén de grano hubiera estado a este lado del pueblo, habría sido aún mejor. —Contempló cómo se acercaban los regulares—. De acuerdo. Vosotros dos, regresad y preparaos para cubrirnos.

Crasus saludó y se dio la vuelta para irse, pero Max se quedó quieto. Frunció el ceño en dirección a los canim.

—Hey —exclamó Max—. ¿Por qué se han parado?

Tavi parpadeó y se dio la vuelta.

Los regulares canim se habían detenido varias docenas de metros más allá del

alcance de las flechas. Para gran sorpresa de Tavi, todos se sentaron sobre las patas traseras y había tantos que el sonido se pareció al retumbar de un trueno distante.

—Esos —comentó Ehren en voz baja—. Son un montón de canim.

Delante del centro de los regulares solo seguía en pie una figura: el mismo cane con el que Tavi había intentado hablar con anterioridad. Desplazó la mirada sobre los canim blindados, asintió y blandió una espada de guerra larga y curvada que llevaba colgada de un costado. Levantó el arma, mirando hacia el pueblo, y lentamente la dejó a un lado. Entonces avanzó sobre el campo de batalla cubierto de cadáveres y se detuvo a medio camino de la muralla.

—¡Capitán alerano! —llamó el cane con una voz ronca, grave e inquietante—. ¡Soy el maestro de batalla Nasaug! ¡Quiero hablar contigo! ¡Sal!

Max dejó escapar un gruñido de sorpresa.

—Bueno —murmuró Ehren, al lado de Tavi—. Bueno, bueno, bueno. Esto es interesante.

—¿Qué crees, Max? —preguntó Tavi en un murmullo.

—Creen que somos idiotas —respondió Max—. Ya han roto una vez la tregua. Intentaron mataros la última vez que fuisteis a verlos, capitán. Propongo que les devolvamos el favor. Llamad a nuestros caballeros Flora, los llenamos de flechas y seguimos adelante.

Tavi dejó escapar una risita.

—Probablemente esa sería la opción más inteligente.

—Pero vais a hablar con él —replicó Max.

—Me lo estoy pensando.

Max frunció el ceño.

—Mala idea. Mejor voy yo. Si se pone tonto, le enseñaré cómo hacemos las cosas en el norte.

—Ya me conoce, Max —le recordó Tavi—. Tengo que ir yo. Si hace algún movimiento extraño, líquídalo. En caso contrario, déjalo tranquilo. Asegúrate de que todo el mundo cumple la orden. Y mientras tanto, dile a Marcus que vuelva a subir.

—¿Crees que has clavado una pica entre los guerreros y su líder? —preguntó Ehren.

—Es posible —respondió Tavi—. Si ese Nasaug nos hubiera atacado en lugar de detenerse ahí, lo habríamos pasado muy mal. Ahora tenemos la posibilidad de recuperar el aliento y reorganizarnos. Cabe suponer que Sarl no está lo que se dice entusiasmado con todo esto.

Ehren movió la cabeza.

—No me gusta. ¿Por qué lo hace?

Tavi respiró hondo.

—Voy a preguntárselo —respondió.

Esta vez Tavi no salió a caballo para encontrarse con el canim. En su lugar se acercó a las puertas, que se abrieron lo suficiente como para dejarlo salir de la protección que ofrecían las murallas. El suelo bajo los muros apestaba a sangre y miedo, fuego y vísceras. Los cuerpos de los canim yacían apilados. Los cuervos habían aprovechado el final del combate para descender y darse un festín con los muertos.

Tavi luchó para mantener el estómago bajo control mientras acudía al encuentro con el maestro de batalla. Era un rango similar al capitán alerano; es decir, un comandante al mando de toda una fuerza. Cuando estuvo a veinte metros del cane sacó la espada y la dejó en el suelo a su lado. Tanto si la llevaba como si no, tenía pocas posibilidades de salir airoso si luchaba a pie contra un cane con armadura y experiencia. Podía sentir en el cogote las miradas preocupadas de sus compatriotas aleranos. Ellas lo protegerían mejor que un caballo o una armadura más fuerte. En términos generales, Tavi contaba con cierta ventaja, ya que Nasaug estaba al alcance de sus compañeros, pero Tavi se encontraba lejos de los canim de Nasaug.

Aun así, a medida que Tavi se fue acercando a Nasaug, tuvo que admitir que el tamaño del cane era suficientemente aterrador para servirle de protección. Y eso, sin mencionar que sus armas naturales eran mucho más temibles que las del alerano. No estaban en un equilibrio perfecto, pero se acercaba al ideal.

Tavi se detuvo a tres metros de Nasaug.

—Soy Rufus Scipio, capitán de la Primera Alerana.

El cane lo contempló con ojos oscuros y sangrientos.

—Maestro de batalla Nasaug.

Tavi no estuvo seguro de quién se movió primero, y no recordaba que hubiera tomado la decisión consciente de hacer el gesto, pero ambos ladearon la cabeza muy ligeramente a un lado en señal de saludo.

—Hablad —indicó Tavi.

Los labios del cane se separaron de los colmillos en un gesto que lo mismo podía indicar diversión que una amenaza sutil.

—La situación me ha impedido recuperar a mis caídos en el tiempo que se me ha permitido —comentó—. Solicito vuestro permiso para recuperarlos ahora.

Tavi se dio cuenta de que había levantado las cejas.

—Habida cuenta de cómo se han sucedido los acontecimientos con anterioridad, mis hombres se pueden poner nerviosos al ver a los suyos tan cerca de las murallas.

—Se acercarán desarmados —replicó Nasaug—. Y yo permaneceré aquí, al alcance de vuestros caballeros Flora, en calidad de rehén.

Tavi miró a Nasaug durante un buen rato y creyó ver cierta cantidad de sorna y engreimiento en sus ojos. Sonrió, y le mostró los dientes.

—¿Jugáis al *ludus*, Nasaug?

El cane se quitó el yelmo y las orejas le salieron disparadas de debajo del acero.

—A veces.

—Permitidme que llame a un mensajero para impartirles las órdenes a mis hombres mientras vos mandáis llamar al vuestro. Vuestros hombres irán desarmados, y se podrán acercar hasta que se ponga el sol. Yo me quedaré aquí con vos hasta ese momento, con el objetivo de evitar cualquier posible malentendido.

Un gruñido barboteante surgió de la garganta de Nasaug. Tal vez fuera la risita más amenazadora que Tavi hubiese escuchado en su vida.

—Muy bien.

Y de esta manera, cinco minutos después Tavi se enfrentaba a Nasaug al otro lado de un tablero de viaje de *ludus*, una caja que se desplegaba y se convertía en una pequeña mesa portátil. Unos discos de piedra llevaban grabados en un lado los nombres de las piezas, en lugar de las estatuillas en miniatura de los tableros convencionales. Tavi y Nasaug empezaron a jugar, mientras ochenta canim, cubiertos de armaduras pero desarmados, avanzaron y empezaron a remover la carnicería en la base de las murallas para localizar los cadáveres con armadura negra de sus hermanos de armas caídos en combate. Ninguno de ellos pasó a menos de seis metros de los dos comandantes.

Tavi contempló al cane cuando empezó el juego y lo inició con lo que parecía un ataque temerario.

Nasaug, por su parte, entornó los ojos, reflexionando a medida que progresaba la partida.

—Vuestro valor no tiene nada de malo —comentó bastantes movimientos más tarde—. Pero eso, por sí solo, no asegura la victoria.

—Vuestra defensa no es tan fuerte como podría ser —replicó Tavi unos movimientos más tarde—. Si la presiono lo suficiente, la podré quebrar.

Nasaug empezó a mover en serio, intercambiando las primeras piezas, mientras otras más ocupaban sus posiciones, y se reunían para la sucesión de intercambios posteriores. Tavi perdió una pieza a manos del cane y después otra a medida que se frenaba su ataque.

De repente se acercaron unos pasos y un cane con las vestiduras de uno de los acólitos de Sarl se aproximó a ellos. Le mostró los dientes a Tavi y se volvió hacia Nasaug.

—*Hrrrshk naghr lak trrrng kasrrrash* —gruñó.

Tavi lo comprendió: «Te ordenaron que atacases. ¿Por qué no lo has hecho?».

Nasaug no contestó.

El acólito gruñó y se acercó a Nasaug, puso una mano sobre el hombro del maestro de batalla y empezó a repetir la pregunta.

Nasaug giró la cabeza hacia un lado, abrió las mandíbulas y con un mordisco

demoledor arrancó la mano del brazo del acólito y lo derribó con una patada tremenda. El cane aullaba de dolor.

Nasaug estiró la mano y cogió la extremidad arrancada del acólito que tenía en la boca y se la lanzó desdeñoso sin levantar la vista del tablero.

—No interrumpas a tus superiores —gruñó en la lengua de los canim.

Tavi lo pudo entender casi todo.

—Le puedes decir a Sarl que si desea un ataque inmediato, me debería haber dado tiempo para recuperar a mis caídos ante los aleranos. Dile que atacaré cuando y donde quiera. —El maestro de batalla miró al acólito y gruñó—: Muévete antes de que te desangres.

El cane herido apretó el muñón ensangrentado contra el vientre y se retiró, emitiendo con la garganta unos gemidos agudos.

—Mis disculpas —le dijo Nasaug a Tavi—. Por la interrupción.

—No hay de qué —replicó Tavi con tono pensativo—. No os gustan demasiado los ritualistas.

—Vuestros ojos pueden ver el sol a mediodía, capitán —repuso Nasaug, que siguió estudiando el tablero—. Vuestra estrategia era correcta. Sabéis mucho de nosotros.

—Un poco —reconoció Tavi.

—Se necesitan valor e inteligencia para intentarlo. Por eso, os habéis ganado nuestro respeto. —Nasaug miró a Tavi por primera vez desde el inicio de la partida—. Pero por mucho que desprecie a Sarl y a los de su calaña, mi deber está claro. Sarl y sus ritualistas son pocos pero tienen la fe de la casta productora. —Movié una oreja en un gesto vago hacia la enorme cantidad de saqueadores—. Es posible que sean unos idiotas por creer en los ritualistas, pero no nos volveremos contra los productores, ni los abandonaremos. He estudiado vuestras fuerzas. No nos podéis detener.

—Puede que sí —reconoció Tavi—, o puede que no.

Nasaug volvió a enseñar los dientes.

—Vuestros hombres están a medio formar. Vuestros oficiales han muerto, y vuestros caballeros son más débiles de lo que deberían. Recibiréis poca ayuda de los aleranos de la ciudad. —Hizo avanzar un Señor del *ludus*, con lo que iniciaba su ataque—. No habéis visto a nuestra casta en combate, excepto por la escaramuza de esta mañana. No nos volveréis a repeler, alerano. Todo habrá acabado antes del atardecer de mañana.

Tavi frunció el ceño. Nasaug no iba de farol. No había ni amenaza ni rabia ni diversión en su tono de voz. Sencillamente estaba exponiendo los hechos, sin añadirles ninguna emoción ni ninguna amenaza. Aquello era mucho más inquietante que cualquier otra cosa que hubiera podido decir.

Pero Nasaug era un cane guerrero. Si se parecía a Varg, sus palabras eran como la sangre: no se derramaban a menos que fueran necesarias. Y, en ese caso, el mínimo posible.

—Me pregunto por qué os molestáis en hablar de ello.

—Para ofrecer una alternativa. Retiraos y dejad el puente intacto. Tomad a vuestros guerreros, a vuestra gente, a vuestros jóvenes. Os daré dos días de ventaja, durante los cuales me aseguraré de que no se envía ninguna fuerza en vuestra persecución.

Tavi miró el tablero durante un momento en silencio y alteró la posición de una pieza.

—Qué generoso. ¿Por qué lo ofrecéis?

—No he dicho que no os vayamos a destruir sin pérdidas, capitán. Esto salvará las vidas de mis guerreros y de los vuestros.

—¿Hasta que volvamos a luchar otro día?

—Sí.

Tavi negó con un gesto.

—No os puedo entregar el puente. Mi deber es defenderlo o destruirlo.

Nasaug asintió.

—Vuestro gesto de permitirnos retirar nuestros caídos ha sido muy generoso. En especial si se tiene en cuenta el trato que os ha otorgado Sarl. Por eso os he ofrecido lo que he podido.

El cane empezó a mover las piezas en serio y se inició un intercambio rápido. Tardó tres movimientos en darse cuenta de lo que había hecho Tavi y se detuvo, mirando el tablero.

El asalto imprudente de Tavi no lo había sido en absoluto. Había pasado mucho tiempo pensando en la estratagema del embajador Varg durante su última partida, y la había adaptado a sus virtudes como jugador. El sacrificio de algunas de las piezas inferiores al principio del juego había otorgado a las piezas mayores una posición mucho más dominante. Apenas tardaría dos movimientos en controlar completamente el tablero del cielo y, de ese modo, conseguir la posición y el poder necesarios para derrotar al Primer Señor de Nasaug. A cambio, sus piezas iban a sufrir pérdidas terribles, pero Nasaug había visto la trampa un movimiento demasiado tarde y ya no tenía escapatoria.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —comentó Tavi en voz baja.

Ya habían encontrado al último de los canim caídos y sus compañeros desarmados lo habían trasladado al campamento de la hueste. Un cane canoso le hizo un gesto a Nasaug al pasar de largo. Este miró a Tavi y entonces movió la cabeza ligeramente hacia un lado: estaba reconociendo la derrota.

—No. Por eso mis guerreros no serán los primeros en entrar en el pueblo.

El corazón de Tavi se le detuvo en el pecho.

Nasaug se había oído la trampa. Tal vez no conociera los detalles, pero sabía que estaba allí. Tavi miró impasible al maestro de batalla.

Nasaug dejó escapar otra risita e hizo un gesto hacia el tablero.

—¿Dónde aprendisteis esa estrategia?

Tavi miró al cane y se encogió de hombros.

—Varg.

Nasaug se quedó helado.

Sus orejas se lanzaron hacia Tavi demostrando una gran atención.

—Varg —gruñó en voz muy baja—. ¿Varg vive?

—Sí —respondió Tavi—. Prisionero en Alera Imperia.

Nasaug entornó los ojos y le temblaron las orejas. Entonces levantó la mano e hizo un gesto de llamada.

El cane canoso regresó, llevando un atadillo de tela en las palmas levantadas. Ante un gesto de Nasaug, el cane bajó el atadillo sobre el tablero de *ludus* y lo desplegó. Dentro se encontraba el gladius de Tavi, que este había dejado de lado aquella mañana.

—Sois peligroso, alerano —comentó Nasaug.

El instinto le dijo a Tavi que esas palabras eran un gran cumplido.

—Muchas gracias —respondió sin apartar la mirada.

—El respeto no cambia nada. Os destruiré.

—El deber —replicó Tavi.

—El deber. —El maestro de batalla hizo un gesto hacia la espada—. Esto es vuestro.

—Lo es —reconoció Tavi—. Tenéis mi agradecimiento.

—Muere bien, alerano.

—Muere bien, cane.

Una vez más, Nasaug y Tavi se mostraron ligeramente el cuello. Entonces Nasaug se retiró varios pasos antes de darse la vuelta y regresar con su ejército. Tavi volvió a recoger el tablero de *ludus* en su caja, recuperó las dos espadas y regresó también a la ciudad. Entraba a través de las puertas cuando empezaron a redoblar unos tambores graves y resonaron los cuernos de guerra *canim*.

Tavi vislumbró a Valiar Marcus y lo llamó.

—¡Primera Lanza, que los hombres ocupen sus posiciones! ¡Eso es todo!

—Muy bien —exclamó lady Aquitania, que le hizo un gesto a Odiana y continuó—: Ha llegado el momento de ponerse el disfraz.

Odiana abrió rápidamente una mochila y le entregó a Amara su disfraz.

Amara se quedó mirando la seda escarlata que tenía en las manos.

—¿Dónde está lo demás? —preguntó.

Aldrick estaba al lado de la ventana del hostel, vigilando la calle. El fornido espadachín miró a Amara, dejó escapar una risita ahogada y devolvió su atención a la calle.

Odiana no tuvo tanto control. La encantadora bruja de agua echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una carcajada, un sonido demasiado fuerte para la habitación que habían alquilado en Kalare a un casero malhumorado.

—Oh, oh, mi señor. Se está ruborizando. ¿No es encantadora?

Para su horror, Amara se dio cuenta de que Odiana tenía razón. Sentía las mejillas como si pudiera calentar agua en ellas, y no tenía ni la más remota idea de qué podía hacer al respecto. No la habían entrenado para manejarse en aquel tipo de situaciones. Se alejó de lady Aquitania y su vasalla y levantó el disfraz.

Consistía en una simple capa de seda roja, sostenida por un par de diminutas tiras de seda. El cuello, si es que existía, era alarmantemente bajo, y por la espalda el vestido la desnudaba casi hasta la cintura. Con suerte, el dobladillo del minúsculo vestido le llegaría a la parte alta de los muslos.

—Vamos, vamos —le regañó lady Aquitania a Odiana—. Enséñale el resto.

—Sí, Vuestra Gracia —asintió Odiana con una pequeña reverencia.

Entonces sacó un par de sandalias ligeras con cordones que le rodearían la pierna hasta la rodilla, un par de delgados brazaletes de plata en forma de zarcillos de hiedra, un tocado con cuentas que se parecía ligeramente al almófar de una cota de mallas y una banda sencilla de metal liso.

Un collar disciplinario.

Se trataba de un artefacto de los esclavistas, forjado con furias para que el amo pudiera controlar a quienquiera que lo llevase. Podía incapacitar a su portador con dolor y, de una manera más insidiosa, por deseo del esclavista, podía proporcionar la sensación contraria y con la misma intensidad. Los collares disciplinarios se usaban a veces para contener a artífices de las furias especialmente peligrosos que estaban en espera de juicio, aunque existían pocos precedentes legales a lo largo de la historia.

Pero poco más o menos durante el último siglo se habían extendido su fabricación y uso, a medida que se profundizaba la institución de la esclavitud y adquiría tintes más tenebrosos. Una exposición prolongada al collar podía destruir la mente y la voluntad. Forzados continuamente a través de la agonía del tormento y de la euforia,

los víctimas eran obligadas a obedecer a los esclavistas y se les obligaba a experimentar placer cuando lo hacía. Con el paso del tiempo, a menudo años, muchos de estos esclavos quedaban reducidos a poco más que animales, a los que se había arrebatado su humanidad. Esta se había sustituido con los impulsos básicos e irresistibles del collar. Lo más aterrador era que solían ser inmensamente felices con su situación.

Los individuos de carácter más fuerte podían resistir el nivel extremo de deshumanización que sufrían otros, al menos durante algún tiempo. Pero ninguno de ellos sobrevivía ileso. La mayoría se volvían locos sin posibilidad de recuperación.

—Ruborizarse —canturreó Odiana mientras giraba los pies marcando los pasos de una pequeña danza. Su vestido de seda cambió de color, pasando del azul pálido al rosa—. Justo de este color, cursor.

—No voy a llevar ningún collar —afirmó Amara en voz baja.

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—¿Por qué no?

—Soy consciente de lo peligrosos que pueden llegar a ser, Vuestra Gracia —contestó Amara—. Y tengo algunas reservas ante la idea de cerrar uno alrededor de mi cuello.

Odiana ocultó una risita con la mano, mientras miraba a Amara con ojos brillantes.

—No es necesario que tengáis tanto miedo, condesa —murmuró—. Para seros sincera, en cuanto te pones el collar resulta bastante difícil imaginarse la vida sin él. —Le recorrió un escalofrío y se lamió los labios—. No dejas de gritar, pero solo en tu fuero interno. Gritas y gritas pero solo lo puedes oír cuando duermes. Por lo demás, es bastante encantador. —Le lanzó a Aldrick una mirada algo petulante—. Mi señor no me quiere poner un collar, y no importa lo desagradable que sea.

—Paz y amor —murmuró Aldrick—. No es bueno para ti. —Miró a Amara y explicó—: Los collares no son de verdad, condesa. Los hice esta mañana con los cuchillos de la cubertería.

—No es el tipo de papel que me gusta interpretar —bufó Odiana—. Nunca me deja tener mis preferidos.

Se alejó de Aldrick, le pasó un segundo disfraz a lady Aquitania, que era similar al de Amara, y cogió un tercero para ella.

Lady Aquitania miró pensativa a Amara.

—Tengo algunos cosméticos que conseguirán que los ojos parezcan encantadores, querida.

—Eso no será necesario —replicó Amara envarada.

—Sí lo será, condesa —replicó Rook en voz baja.

La joven de aspecto vulgar estaba sentada en una silla en el rincón más alejado de

Aldrick y Odiana. Tenía los ojos hundidos y tensos, y unas arrugas de preocupación le cruzaban las cejas.

—Las esclavas de placer que Kalarus importa para sus vasallos y su guardia personal en la ciudadela son algo habitual. Los comerciantes de esclavos preferidos por Kalarus siempre están compitiendo entre ellos y no reparan en gastos. La ropa, los cosméticos, el perfume. Todo lo que esté por debajo de eso atraerá una atención indeseada.

—Hablando de perfumes —murmuró lady Aquitania—, ¿dónde está el buen conde de Calderon? Todos olemos como personas que llevan días de viaje.

Un latido después se abrió la puerta de la habitación y entró Bernard.

—El baño está listo —anunció en voz baja—. Al otro lado de la sala y dos puertas más allá. Solo hay dos bañeras.

—Supongo que tener un baño adecuado era esperar demasiado —comentó lady Aquitania—. Tendremos que ir por turnos. Amara y Rook, iréis las primeras.

Rook se puso en pie y recogió su ropa, los mismos colores oscuros que llevaba cuando fue capturada por la cursor. Amara apretó los labios hasta formar una línea casi recta mientras recogía su disfraz y se volvía hacia la puerta.

Bernard se apoyó despreocupadamente en la puerta y levantó una mano.

—No lo creo —anunció—. No quiero que estés sola con ella.

Amara le arqueó una ceja.

—¿Por qué no?

—No me importa lo que tenga que perder o no, es la principal asesina de un Gran Señor rebelde. Preferiría que no te quedarás a solas en los baños con ella.

—O quizá —sugirió Odiana— quiere ver que aspecto tiene la Señora Cuervo de Sangre bajo la ropa.

Bernard abrió las fosas nasales y miró fijamente a Odiana. Pero en lugar de hablar se giró para mirar a Aldrick.

El fornido espadachín no hizo nada durante varios segundos. Entonces soltó lentamente el aire y le dijo a Odiana.

—Amor, ahora cállate. Déjales que lo decidan en paz.

—Solo quería ayudar —replicó Odiana con devoción, mientras se movía para colocarse al lado de Aldrick—. Yo no tengo la culpa de que sea tan...

Aldrick deslizó un brazo alrededor de Odiana, colocó una mano ancha que quemaba sobre su boca, y la apretó con suavidad contra su pecho. La bruja de agua se rindió de inmediato y Amara pensó que había algo engreído y autosatisfecho en sus ojos.

—Creo que sería acertado tener un par de ojos en la sala, por si acaso —le contestó Amara a Bernard—. ¿Puedes esperar al otro lado de la puerta?

—Muchas gracias, condesa —intervino lady Aquitania—. Gracias a las furias

alguien en esta habitación es capaz de ser razonable.

—Yo iré primero, condesa —anunció Rook en voz baja, mientras se acercaba a la puerta con los ojos bajos y esperaba hasta que Bernard se apartaba de ella con reticencias—. Muchas gracias.

Amara salió detrás de ella y Bernard la siguió de cerca. Rook entró en la sala de baño y Amara empezó a seguirla cuando sintió la mano de Bernard sobre un hombro.

Se detuvo y lo miró.

—Que te lleven los cuervos, mujer —exclamó Bernard en voz baja—. ¿Tan malo es que te quiera proteger?

—Por supuesto que no —respondió Amara, aunque no pudo apartar una sonrisita de la cara.

Bernard le frunció el ceño durante un momento, miró hacia la habitación del hostel e hizo rodar los ojos.

—Cuervos sangrientos. —Suspiró—. Me has sacado de esa habitación para protegerme.

Amara le acarició la mejilla con una mano.

—Al menos una persona en esa habitación está loca, Bernard —replicó—. Uno ya te ha pasado por encima una vez. La otra te podría matar, hacer desaparecer el cuerpo y contar el cuento que quisiera cuando volviese del baño.

Bernard frunció el ceño y movió la cabeza.

—Aldrick no lo haría, y no te haría daño.

Amaraladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo no le dispararía por la espalda ni le haría daño a Odiana.

—¿Habéis hablado los dos sobre esto?

—No es necesario —respondió Bernard.

Amara movió la cabeza y bajó la voz.

—Eres demasiado noble para este tipo de trabajo, Bernard. Demasiado romántico. Aldrick es un asesino profesional y es leal a Aquitania. Si ella te señala con el dedo, te matará. No te dejes convencer de lo contrario.

Bernard estudió su cara en silencio durante un momento y sonrió.

—Amara. Todo el mundo no es como Gaius. O Aquitania.

Amara suspiró, frustrada, pero al mismo tiempo sintió una oleada de calidez que la recorría por la... fe de su marido, según suponía, en que había algo noble en los seres humanos, incluso en alguien tan violento y con la sangre tan fría como el espadachín mercenario. Pero esa época se encontraba ahora muy lejos de ella. Había terminado en el instante en que su mentor la traicionó ante el mismo hombre y la misma mujer que se encontraban ahora en la habitación con lady Aquitania.

—Prométeme —le exigió en voz baja— que tendrás cuidado. Con un acuerdo o

no con Aldrick, ten cuidado cuando le des la espalda. ¿De acuerdo?

Bernard sonrió, pero asintió sin mucha convicción y se inclinó para depositar un beso en su boca. Parecía que estaba a punto de añadir algo, pero el pequeño vestido escarlata de Amara le llamó la atención y alzó las cejas.

—¿Qué es eso?

—Mi disfraz —respondió Amara.

La sonrisa de Bernard no llegaba a ser lasciva... por muy poco.

—¿Dónde está el resto?

Amara le devolvió una mirada fría mientras sentía como le ardían las mejillas, de manera que se dio la vuelta y entró con firmeza en el cuarto de baño. Cerró la puerta a su espalda.

Rook ya estaba sentada en una de las pequeñas bañeras, lavándose con rapidez. Dobló un brazo modesto sobre los pechos hasta que se cerró la puerta. Después se siguió bañando, mientras observaba a Amara por el rabillo del ojo.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Amara en voz baja. Las palabras salieron más beligerantes de lo que había pretendido.

—Una maestra asesina del Gran Señor que ocupa actualmente el trono —replicó Rook con un tono que solo contenía un rastro mínimo de ironía—. Preferiría no quedarme a sola con ella en los baños.

Amara levantó la barbilla y le lanzó a Rook una mirada fría.

—Yo no soy una asesina.

—Perspectiva, condesa. ¿Podéis decir que nunca habéis matado al servicio de vuestro señor?

—Nunca con una flecha lanzada durante una emboscada —respondió Amara.

Rook sonrió ligeramente.

—Eso es muy noble. —Entonces frunció el ceño y ladeó la cabeza—. Pero... no. Vuestro entrenamiento no ha sido como el mío. O de lo contrario no os ruborizaríais con tanta facilidad.

Amara le frunció el ceño a Rook y respiró hondo. No sacaría nada de discutir con la antigua cuervo de sangre. No iba a conseguir nada más que perder el tiempo. En lugar de contestar de forma airada e irreflexiva, empezó a desvestirse y a bañarse también con rapidez.

—Mi educación como cursor no incluyó... este tipo de técnicas, no.

—¿No hay espías de dormitorio entre los cursores? —preguntó Rook con tono escéptico.

—Hay algunos —admitió Amara—. Pero a cada cursor lo evalúan y entrenan de una manera diferenciada. Pretenden que juguemos con nuestras fortalezas. En algunos casos, esto supone que nos eduquen en materia de seducción. Pero mi entrenamiento se centró en otras áreas.

—Interesante —reconoció Rook con tono frío y profesionalmente clínico.

Amara intentó imitar su tono.

—¿Debo suponer que te entrenaron para seducir a los hombres?

—Cómo seducir y dar placer, a hombres y a mujeres por un igual.

Amara dejó caer el jabón en el agua a causa de la sorpresa.

Rook se permitió una risita, pero murió en cuanto le frunció el ceño al agua del baño.

—Relajaos, condesa. Yo no elegí nada de eso. Yo... no creo que me importase no vivir otra vez situaciones similares si puedo evitarlo.

Amara respiró hondo.

—Ya veo. Tu hija.

—Un producto colateral de mi entrenamiento —reconoció Rook en voz baja.

—¿Su padre?

—Podría ser cualquiera entre diez o doce hombres —respondió Rook con voz fría—. El entrenamiento fue... intensivo.

Amara negó con la cabeza.

—No me lo puedo imaginar.

—Nadie debería ser capaz de imaginarlo —replicó Rook—. Pero Kalarus está muy interesado en este tipo de entrenamiento para sus agentes femeninas.

—Les da más control sobre ellas —concluyó Amara.

—Sin recurrir al uso de collares —confirmó Rook en tono amargo, mientras se refregaba con un paño, con fuerza, casi con maldad—. Deja intacta la inteligencia y son más capaces de servirle.

Amara volvió a negar con la cabeza. Su experiencia como amante no era demasiado extensa, y se reducía a un solo joven en la Academia, que la había cortejado durante tres meses gloriosos antes de morir en los fuegos que habían llamado la atención del Primer Señor sobre ella, y Bernard, que hacía que se sintiera en la gloria y hermosa... y amada.

Casi le resultaba inconcebible realizar semejante acto de manera fría, sin el fuego del amor y del deseo para calentarlo. Tan solo para ser... usada.

—Lo siento —dijo Amara en voz baja.

—Vos no tenéis la culpa —replicó Rook.

La mujer cerró los ojos durante un momento y sus rasgos faciales empezaron a cambiar. La alteración no fue rápida ni espectacular, pero cuando volvió a levantar la mirada, a Amara no le pareció la misma persona. Salió de la bañera, se secó y se empezó a vestir con su ropa oscura.

—Aquí estamos tan seguros como en cualquier otro sitio de la ciudad, condesa. Este propietario sabe para quién trabajo y ha demostrado que puede ser ciego y sordo cuando sea necesario, pero cuanto antes nos vayamos, mejor.

Amara asintió y terminó de bañarse con rapidez, levantándose para secarse y recoger el «vestido» escarlata.

—Es más fácil levantarlo desde los pies que ponérselo por la cabeza —aconsejó Rook—. Será mejor que os ayude con las sandalias.

Así lo hizo y cuando Amara se deslizó los brazaletes alrededor de los bíceps y se contempló, se sintió algo más que un poco ridícula.

—De acuerdo —asintió Rook—. Veamos cómo camináis.

—¿Perdón? —se sorprendió Amara.

—Andad —repitió la espía—. Os tenéis que mover de manera correcta si os tengo que infiltrar como una nueva esclava de placer.

—Ah —replicó Amara, que se paseó hacia un extremo de la habitación y de vuelta.

Rook negó con un gesto.

—Otra vez. Y ahora, intentad relajaros.

Amara lo hizo, más cohibida con cada paso que daba.

—Condesa —la interrumpió Rook con tono franco—, tenéis que mover las caderas. La espalda. Debéis parecer una esclava tan condicionada al uso que disfruta si se le da lo que espera. Parece como si fuerais al mercado. —Rook movió la cabeza—. Miradme.

Y con eso la espía se quedó quieta y su actitud cambió de manera sutil. Entonces se inclinó un poco hacia delante con los ojos medio cerrados y la boca curvada en una sonrisita perezosa. Sus caderas se bambolearon de manera lánguida con cada paso, con los hombros echados hacia atrás y la espalda ligeramente arqueada, de manera que todo su comportamiento llamaba —o invitaba— a cualquier hombre que estuviera mirando a que siguiera haciéndolo.

Rook se giró sobre los talones y le dijo a Amara:

—Así.

El cambio que se produjo en la mujer fue sorprendente. Por un momento parecía una cortesana en sus habitaciones privadas con un joven señor después de media botella de vino mezclado con afrodina. Al instante siguiente se había convertido en una joven poco atractiva y atareada con la mirada seria.

—Se trata solo de lo que pretendáis. Si pretendéis atraer los ojos de todos los hombres al pasar a su lado, lo conseguiréis.

Amara negó con la cabeza.

—Incluso en —hizo un gesto vago— esto, no soy el tipo de mujer a la que miran los hombres.

Rook hizo girar los ojos.

—A los hombres les gusta mirar al tipo que respira y lleva poca ropa. Pasaréis la prueba. —Hizo un gesto con la cabeza—. Imaginaos que son Bernard.

Amara parpadeó.

—¿Qué?

—Desfilad para ellos como lo haríais para él —explicó Rook con tranquilidad—. Una noche en que no tengáis intención de permitirle que vaya a ningún sitio.

Amara se dio cuenta de que volvía a ruborizarse. Pero se fortaleció, cerró los ojos e intentó imaginárselo. Sin abrir los ojos, atravesó el cuarto, y se imaginó la habitación de Bernard en la guarnición de Calderon.

—Mejor —aprobó Rook—. Otra vez.

Practicó muchas más veces antes de que Rook quedase satisfecha.

—¿Estás segura de que esto va a funcionar? —preguntó Amara en voz baja—. ¿Esta vía de entrada?

—Eso está fuera de toda duda —respondió Rook—. Haré que entréis. Descubriré dónde están las prisioneras. Lo más difícil será salir. Con Kalarus siempre lo es.

Bernard llamó a la puerta.

—¿Están casi listas, señoras? —preguntó con educación.

Amara intercambió una mirada con Rook y asintió. Entonces se puso el tocado sobre el cabello y se colocó el falso collar de acero alrededor del cuello.

—Sí —respondió—. Estamos listas.

Se podría pensar que colarse en la ciudadela de un Gran Señor de Alera, el bastión más seguro de su poder, sería una tarea casi imposible, reflexionaba Amara. Pero a pesar de eso, cuando te guiaba la espía principal del mismo Gran Señor, la tarea era evidentemente bastante más sencilla.

Al fin y al cabo, Fidelias había demostrado el mismo principio solo unos años antes, cuando condujo a lady Aquitania hasta la ciudadela del Primer Señor en Alera Imperia en una misión desesperada para salvar al Primer Señor, de manera que ella y su traidor esposo pudieran asegurar que serían ellos, y no Kalarus, quienes lo sustituirían.

Amara llegó a la conclusión de que, en efecto, la política hacía extraños compañeros de cama. Una idea que adquiriría un giro incómodo, si se tenía en cuenta la proximidad a la línea de pensamiento que exigía su papel actual.

Amara se bamboleaba a desgana por las calles de Kalare con su disfraz de esclava, comportándose con un cierto aire de decadencia con los labios separados en todo momento y los ojos siempre entrecerrados. El movimiento tenía una sensualidad peculiar y, aunque una parte de ella era plenamente consciente de que se encontraban en peligro mortal al pasearse por la ciudad de manera tan indisimulada, le había obligado a su parte más razonable y analítica a quedarse recluida en la zona más remota de su mente. Por eso, la actividad de caminar acarreaba una sensación sensual y casi perversa de gratificación, dulcemente femenina y pecaminosamente excitante a partes iguales. Por primera vez en su vida, atrajo miradas largas y valorativas de los hombres con los que se cruzaba.

Eso era bueno. Significaba que su disfraz estaba más logrado que si no hubiera conseguido esas miradas. Y, aunque casi no lo podía admitir, el hecho de que la mirasen y deseasen le ofrecía una sensación de placer casi infantil.

Además, Bernard, vestido con ropa sencilla y el equipo de un mercenario de viaje, caminaba a un brazo de distancia detrás de ella. Sabía, por las miradas ocasionales de reojo, que la estaba contemplando con mucha más intensidad que cualquier varón transeúnte.

Lady Aquitania caminaba delante de Amara. Había alterado su apariencia con un artificio de agua. Se había oscurecido el tono de la piel hasta un rojo amarronado oscuro de los habitantes de la ciudad de Rodas, y cambiado el cabello a las ondas de unos rizos exóticos y de un color rojo cobrizo. El vestido era verde esmeralda, pero a excepción de ese detalle, era igual que el de Amara. La Gran Señora se movía con el mismo aire medio consciente de sensualidad gratuita, y había que reconocer que era mucho mejor que Amara en este aspecto. Al frente de la fila de esclavas se encontraba Odiana, cubierta de seda azul, toda ella cabello oscuro, piel pálida y

dulces curvas. Aldrick caminaba delante de ella y el gran espadachín iba envuelto de tal aura de amenaza que incluso en las calles abarrotadas de Kalare, el tráfico a pie no los llegó a obstaculizar en ningún momento. Rook andaba a su lado, con expresión aburrida y gestos profesionales mientras guiaba al grupo hacia la ciudadela.

Aunque estaba concentrada en su papel, Amara se daba cuenta de detalles de la ciudad y los extrapolaba en sus observaciones. La ciudad propiamente dicha era, a falta de un término más preciso, una sórdida cloaca. No era tan grande como las otras grandes ciudades del Reino, aunque albergaba a más población que todas ellas, a excepción de Alera Imperia. Estaba tremendamente abarrotada. La mayor parte de la ciudad estaba en pésimas condiciones de mantenimiento, y las chozas empobrecidas habían sustituido a construcciones más sólidas, además de cubrir el terreno alrededor de las murallas de la ciudad en varios centenares de metros en todas las direcciones. El sistema de saneamiento de la ciudad era pésimo, acaso porque se había diseñado para una población mucho más reducida y nunca se había ido mejorando a medida que aumentaban sus habitantes y todo el lugar apestaba y le revolvió el estómago.

Los habitantes de la ciudad eran, como grupo, los seres humanos de aspecto más miserable que había visto nunca. La ropa estaba confeccionada en su mayor parte con tejidos caseros y casi toda ella remendada. Se ocupaban de sus asuntos con el tipo de determinación apática que hablaba de generaciones de privaciones y desesperación. Los vendedores ofrecían bienes de mala calidad mostrados en mantas extendidas al borde de la calle. Un hombre, cuya vestimenta proclamaba que era un ciudadano o un mercader enriquecido, pasó de largo rodeado por una docena de hombres morenos y de miradas duras, que eran claramente matones profesionales.

Había esclavos por todas partes, que estaban aún más abatidos que los habitantes libres de la ciudad. Amara no había visto nunca tantos juntos. De hecho, por lo que podía ver, había casi tantos esclavos como hombres libres andando por las calles de Kalare. Y en cada cruce y marchando a intervalos aparecían los soldados con la librea verde y gris de Kalare. O al menos eran hombres armados y recubiertos de armadura que lucían los colores de Kalare. A juzgar por la manera desaliñada con la que se comportaban y llevaban el equipo, Amara estaba segura de que no eran legionares de verdad. No obstante, había muchos y la deferencia y el miedo instantáneos que generaban en el lenguaje corporal de los que se cruzaban con ellos dejaba claro que el gobierno de Kalarus se basaba más en el terror que en la ley.

También le contaba cómo los Grandes Señores de Kalare habían conseguido reunir una fortuna más grande que la de ningún otro Gran Señor del Reino, y que habían llegado a rivalizar con la Corona, mediante el recurso de arrebatar de manera sistemática y metódica todo lo que pudieran generar el pueblo de Kalare y sus tierras. Lo más probable era que actuaran así desde hacía un centenar de años.

En el último distrito de la ciudad antes de llegar la ciudadela residían los señores

más poderosos de Kalare. Esa parte de la ciudad era al menos tan encantadora como lo que había visto en Riva, Parcia y Alera Imperia. Las fuentes de un elegante mármol blanco e iluminadas por las furias y la arquitectura exquisita contrastaban de manera más intensa con el resto de la ciudad, de manera que sintió repulsión física al verlo.

La injusticia que proclamaba un simple paseo por Kalare despertó la rabia en Amara, que amenazó con perturbar su concentración. Intentó separar los sentimientos de los pensamientos, pero le resultó casi imposible, en especial cuando vio la riqueza con la que vivía la élite de Kalare a expensas de los no ciudadanos.

Pero entonces salieron del barrio de los ciudadanos, y Rook les condujo por una calle mucho menos concurrida, una calzada larga y recta que subía hasta las puertas de la fortaleza interior de Kalare. Los guardias situados a pie de calle, que tenían un aspecto quizás algo menos lamentable que sus compañeros de la ciudad inferior, saludaron a Rook con un gesto y movieron la mano para que ella y sus grupos de esclavas siguieran adelante, sin molestarse en levantarse del banco cercano donde estaban sentados.

Después de eso, tan solo tuvieron que subir por una ladera larga que conducía a la entrada principal de la ciudadela. Los colores de Kalare cubrían las almenas, pero el escarlata y el azul de la Casa de Gaius destacaban por su ausencia.

Amara se dio cuenta al instante de que los guardias de la puerta no tenían nada que ver con los que habían visto al pie de la colina o en la ciudad. Eran hombres jóvenes dotados de una estupenda condición física. Las armaduras estaban decoradas y perfectamente lustradas, y su actitud y prestancia eran tan suspicaces y atentas como las de cualquier guardia real. Al acercarse, Amara vio algo más: el brillo metálico de un collar alrededor de sus cuellos. Cuando le dieron el alto a Rook y a su grupo, estaba lo suficientemente cerca como para ver la inscripción en el acero: *IMMORTALIS*. Eran miembros de los Inmortales de Kalarus.

—Señora Rook —saludó uno de ellos. Saltaba a la vista que era el jefe del puesto de guardia—. Bienvenida de vuelta. No he recibido ningún aviso de vuestra llegada.

—Centurión Orus —replicó Rook con tono educado pero distante—. Estoy segura de que Su Gracia no tiene necesidad de informaros de las idas y venidas de sus vasallos personales.

—Por supuesto que no, señora —replicó el joven centurión—. Aunque debo confesar que me sorprende veros entrar por aquí, en lugar de hacerlo con un carruaje aéreo en la torre.

—Me he adelantado a Su Gracia y a sus capitanes —le contó Rook—. Me han ordenado que prepare la ciudadela para una celebración.

Los ojos de Orus brillaron, al igual que los de los demás Inmortales. Amara no pudo ver en esos ojos lo que estaban pensando.

—¿Su Gracia ha resultado victorioso en el campo de batalla?

Rook le lanzó una mirada fría.

—¿Lo dudabais?

Orus se puso firmes.

—No, señora Rook.

—Excelente —reconoció Rook—. ¿Quién es el tribuno de guardia?

—Su Excelencia el conde Eraegus, señora —respondió Orus—. Debo enviar un mensajero por delante.

—Innecesario —replicó Rook, pasando de largo—. Sé donde está su oficina.

—Sí, señora Rook. Pero el reglamento prohíbe que vasallos armados entren en la ciudadela. —Hizo un gesto hacia Aldrick y Bernard, y le lanzó a Rook una mirada de disculpa—. Me temo que debo pedirles que dejen aquí sus armas.

—Desde luego que no —le cortó Rook—. Su Gracia me ha encargado la protección especial de estas esclavas hasta que llegue el momento en que permita que se tomen libertades con ellas.

Orus frunció el ceño.

—Comprendo. Entonces me sentiré complacido en asignar a un par de mis guardias para cumplir con dicho deber.

Amara luchó para no perder su apariencia somnolienta y lánguida. Resultaba difícil porque estaba bastante segura de que Aldrick acababa de deslizar ligeramente el pie para tenerlo en posición cuando sacara el acero.

—¿Son eunucos? —le preguntó Rook con tono seco.

Orus parpadeó.

—No, señora.

—Entonces me temo que no son adecuados, centurión. —Rook imprimió el énfasis más suave al pronunciar el rango—. Me aseguraré de aclarar este asunto de inmediato con el conde Eraegus, pero por el momento tengo mis órdenes. Aquí están las vuestras. Permaneced en vuestro puesto.

El joven centurión pareció bastante aliviado. Saludó con una precisión milimétrica y se retiró a su puesto.

—Tú —le ordenó Rook mirando a Aldrick—. Por aquí.

Los guardias se apartaron mientras el grupo de Rook entraba tranquilamente por la puerta principal de la ciudadela.

—Rápido —indicó Rook en voz baja en cuanto dejaron atrás a los guardias y penetraron en el patio pequeño que había a continuación—. Hasta que alcancemos los niveles superiores hay demasiadas posibilidades de que alguien nos vea y empiece a hacer preguntas.

—Alguien lo acaba de hacer —murmuró Bernard.

—Alguien con cabeza —aclaró Rook—. Kalarus ejerce un control total sobre sus

Inmortales, pero los collares han dañado su capacidad de plantear preguntas o de tomar decisiones. A cambio ofrecen una obediencia perfecta. Los Inmortales no me van a interrogar ni a actuar contra mí a menos que se lo ordenen, pero el personal y los oficiales de Kalarus sí pueden hacerlo. Es a ellos a quienes debemos evitar.

Aceleró el paso, los condujo a un pasillo lateral y después a una ancha escalera de caracol que subía a través del corazón de la torre.

Amara contó ciento dieciocho escalones antes de oír un paso por delante de ellos. Un hombre cetrino y con sobrepeso, vestido con una librea de buena factura manchada de vino, apareció cuatro escalones por encima de ellos. Tenía los carrillos marcados con cicatrices, el cabello espeso y despeinado, y la cara sin afeitar. Se detuvo y los miró con los ojos entornados.

—¿Rook? —preguntó.

Amara vio cómo Rook se envaraba, pero no mostró ningún otro signo de nerviosismo. Hizo una reverencia con la cabeza y murmuró:

—Lord Eraegus. Buenos días.

Eraegus gruñó y miró a las otras mujeres. Su boca se ensanchó en una sonrisa lasciva.

—¿Nos traes unos juguetes frescos?

—Sí —respondió Rook.

—Qué hermosas —comentó Eraegus—. ¿Cuándo has llegado?

—La madrugada pasada.

—No te esperaba tan pronto de vuelta —reflexionó.

Amara pudo ver la curva de la mejilla de Rook al ofrecerle a Eraegus una sonrisa arrebatadora.

—Tuvimos suerte en el camino.

Eraegus gruñó.

—No era eso lo que quería decir. Me informaron de que era posible que te hubieran capt...

Se calló y miró fijamente durante un instante. Miró a Rook a Aldrick, y a la espada del mercenario, y todo el mundo se quedó inmóvil. Durante un segundo interminable, los ojos de Eraegus miraron hacia todos lados antes de lamerse los labios y respirar hondo.

El canto de la mano de Rook impactó en su garganta antes de que pudiera gritar para dar la alarma. Eraegus la empujó con una fuerza malévolamente que solo podía ser el resultado de un artificio de las furias, y se dio la vuelta para huir.

Antes de que se pudiera mover tenía a Aldrick a su espalda con un cuchillo en la mano.

—¡Alto! —siseó Rook—. ¡Espera!

Antes de que pudiera terminar la primera palabra, Aldrick había abierto con el

cuchillo el cuello de Eraegus. El hombre con la cara marcada se retorció y pataleó, y consiguió golpear la espalda de Aldrick contra el muro de piedra del lateral de la escalera. Pero el mercenario amortiguó el golpe y, al cabo de unos segundos, Eraegus se derrumbó y Aldrick dejó que el cuerpo cayera sobre los escalones.

—¡Idiota! —bufó Rook con un susurro rabioso.

—Iba a dar la alarma —gruñó Aldrick.

—Le tendrías que haber roto el maldito cuello —rugió Rook—. Lo podríamos haber colocado en su oficina, le habríamos tirado un poco de vino encima y nadie se habría dado cuenta de nada extraño hasta que hubiera empezado a hincharse. —Lanzó una mano hacia las manchas de sangre—. El siguiente turno de limpieza estará aquí en poco más de un cuarto de hora. Lo verán y darán de todas formas la maldita alarma.

Aldrick le frunció el ceño a Rook y después miró a Odiana.

—Ella lo puede limpiar.

—Y hacer saltar las alarmas —replicó Rook muy enfadada—. ¿Me estabais prestando atención cuando expliqué las medidas de seguridad? Si alguien utiliza en la torre una furia que no cuente con el permiso de Kalarus, despertará a las gárgolas. He visto los cuerpos de veintitrés idiotas que lo hicieron a pesar de las advertencias en contra.

—Entonces lo harás tú —ordenó Aldrick—. Eres una artífice del agua y sierva de Kalarus. Seguramente tienes autorización.

Rook se entornó los ojos.

—Kalarus es arrogante, señor, pero no tanto como para confiar en que sus asesinos tengan acceso a todos sus artificios en su casa. —Rook se detuvo y después añadió con tono vitriólico—: Obviamente.

—¿Obviamente? —preguntó Aldrick cada vez más enojado—. Entonces también debería resultar obvio que nuestro amigo estaba utilizando una fuerza reforzada con un artificio de tierra. Físicamente no le podría haber roto el cuello, pero me habría podido romper el mío si no lo hubiera eliminado enseguida.

Amara dio un paso al frente y se colocó entre los dos.

—Silencio, los dos —ordenó. Ambos se callaron. Asintió y añadió—: No disponemos de mucho tiempo, y no vamos a perderlo con discusiones y reproches. Así que muévete —le indicó a Rook.

Esta asintió y casi subió corriendo por las escaleras. Sus botas resonaban ruidosamente en las piedras. Salió a un pasillo y lo cruzó hasta una puerta abierta. Entró, y Amara la siguió a una oficina pequeña.

—El despacho de Eraegus —informó Rook con voz suave. Empezó a pasear la vista por los papeles sobre el escritorio—. Ayudadme. Aquí debería estar la información de dónde retienen a vuestros ciudadanos. Buscad cualquier cosa que

podiera indicar su localización.

Amara se unió a ella, repasando con rapidez página tras página de informes, resúmenes contables y otros documentos de todo tipo.

—Aquí —indicó Amara—. ¿Qué es esto de enviar sábanas al aviario?

Rook siseó.

—Está en lo más alto de la torre. Una jaula de hierro en el techo. Tenemos que llegar a través de los aposentos personales de Kalarus. Vamos.

Regresaron corriendo a las escaleras. Siguieron a Rook hasta la cima de la torre. De vez en cuando pasaban ante saeteras situadas en los muros.

—Espera —gruñó Bernard—. Silencio.

Todos se quedaron inmóviles. Amara cerró los ojos y oyó un sonido, aunque las estrechas aberturas que hacían la función de ventanas distorsionaban lo que solo se podía describir como unos tonos distantes de algún tipo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bernard en voz alta.

De repente la cara de Rook se quedó sin sangre.

—Oh —exclamó y la voz de la joven estaba marcada por el pánico—. Oh, oh cuervos y malditas furias. Corred.

—¿Por qué? —preguntó Amara, pisándole los talones a Rook—. ¿Qué es?

—Es la fanfarria —tartamudeó Rook aterrorizada—. El Gran Señor Kalarus acaba de regresar a la ciudadela.

—Malditos cuervos —gruñó Amara.

Entonces se produjo un grito desde algún punto inferior de la escalera y empezaron a sonar las campanas de alarma de la ciudadela de Kalare.

—¡Guardias! —bufó Amara.

—Seis en el piso superior —informó Rook—. Bajarán por las escaleras y defenderán el único acceso al tejado.

—Donde están las prisioneras —recordó Amara—. Tenemos que pasar.

—Exacto —gruñó Aldrick y blandió la espada—. Calderon.

Bernard ya había soltado el arco de la aljaba que llevaba colgada de la espalda. El arma ya tenía colocada la cuerda porque para hacerlo necesitaba que un artificio de tierra le diera la fuerza suficiente. Colocó una flecha en la cuerda y Aldrick y él empezaron a subir por la escalera.

Amara se volvió hacia lady Aquitania.

—¿Podéis contener a Kalarus?

—Esta es su casa —respondió lady Aquitania con voz fría—. No sería nada inteligente que nos enfrentáramos a él aquí.

—Entonces será mejor que nos demos prisa —intervino Odiana—. Al tejado. Liberamos a las prisioneras y nos vamos de inmediato.

—¡Mi hija! —gruñó Rook—. Se encuentra en el nivel por debajo del puesto de guardia.

—¡No hay tiempo! —insistió Odiana—. ¡Ya vienen!

—¡Pero la matará! —gritó Rook.

El ruido de botas pesadas en las escaleras inferiores se acercaba cada vez más.

—¡Ella no es importante! —le replicó Odiana a gritos—. Nuestra prioridad son las prisioneras. Ya tenemos lo que necesitamos de la espía, condesa, y está claro que vuestro deber...

Amara le cruzó la cara a Odiana con una bofetada. Ahuecó la mano al hacerlo, para que el golpe doliera y la hiciera reaccionar.

Odiana se quedó mirando a Amara, con la sorpresa dibujada en el rostro, que se contorsionó de rabia.

—Cierra... la... boca —ordenó Amara con una voz baja y fría, haciendo énfasis en cada palabra. Entonces se volvió hacia lady Aquitania—. Coged a Odiana y llegad al tejado. Ayudadles a limpiar el camino, pero por todo lo sagrado, no utilizéis ningún artificio a menos que sea imprescindible. Si no tenemos expedito el camino de retirada cuando se despierten las gárgolas, ninguna saldrá de aquí.

Lady Aquitania asintió, le dio un recio empujón a Odiana para que se pusiera en marcha y las dos empezaron a ascender por las escaleras detrás de Aldrick y Bernard.

Amara se volvió hacia Rook y vio que la espía la estaba mirando con los ojos muy abiertos.

La cursor puso un brazo alrededor de los hombros de la mujer.

—No hay tiempo que perder —anunció en voz baja—. Vamos a por tu hija.

Rook parpadeó para limpiar de lágrimas los ojos y entonces algo acerado se deslizó sobre sus rasgos y condujo a Amara escaleras arriba a la carrera.

Rook abrió una puerta y la atravesó a la carrera, pero Amara se retrasó durante un instante cuando, desde lo alto de la escalera, se oyó el ruido de acero contra acero. Parecía que Aldrick se estaba enfrentando a los guardias. Sin duda era uno de los tres o cuatro hombres más peligrosos del mundo con la espada. Era un antiguo *singulare* del Princeps Septimus, y no había duda de que por eso Aquitania se había hecho con sus servicios. Aun así, existía una diferencia muy tenue entre un espadachín excelente y un espadachín extraordinario, como era el caso de Aldrick. Seis espadachines excelentes podían superar incluso a Aldrick ex Gladius.

Llegaron gritos desde arriba. Recibieron respuesta desde abajo, aunque Amara apenas pudo comprender nada. Un instante más tarde, no fue necesario que los comprendiera porque vieron más guardias que subían corriendo por las escaleras. No estaban demasiado lejos.

Amara maldijo. Debería haber cogido la hoja del oficial caído cuando tuvo la oportunidad, en el momento en que se había esfumado la posibilidad de que su entrada pasara totalmente desapercibida.

—¡Bernard! —gritó.

Su esposo bajó corriendo la escalera con el arco en la mano.

—¡Son caballeros Ferro Inmortales! —le gritó—. ¡Aldrick tiene problemas, y yo no tengo una posición de tiro clara!

—Tendrá más problemas si sube el resto de los guardias y se colocan a su espalda —indicó Amara—. Tienes que contenerlos.

Bernard asintió, sin frenar el paso, con los pies moviéndose con rapidez y silencio escaleras abajo. Un latido más tarde oyó el zumbido pesado y grave del arco y un grito de dolor.

Amara quería chillar de miedo, por su esposo, por ella y por todas las personas que contaban con que esa misión saliera bien. Pero en su lugar apretó los dientes y se lanzó tras Rook.

Este nivel de la torre consistía en un apartamento ricamente amueblado. La habitación de entrada era un estudio grande con una biblioteca adosada. Las alfombras tejidas, los tapices, una docena de pinturas y numerosas esculturas eran encantadoras, pero se habían agrupado sin ningún gusto por el estilo, el tema o el sentido común. Amara llegó a la conclusión de que reflejaba el carácter de Kalarus. Sabía lo que era la belleza, pero no comprendía qué la volvía valiosa. Su colección era cara y extensa, formada por innegables obras maestras, y eso era lo único que le preocupaba: el caparazón, el precio, la proclamación de su riqueza y poder, no la belleza por méritos propios.

Kalarus no amaba la belleza. Solo la utilizaba, y lo más probable era que el muy idiota no tuviera ni idea de qué diferencia había entre ambos conceptos.

Amara comprendió por qué Rook había escogido aquel método para entrar y las había disfrazado de esa manera. Se trataba de un punto ciego en su pensamiento. Como controlaba los asuntos domésticos en mayor medida que ningún otro Gran Señor a quien conociera Amara, sus prejuicios e idioteces quedarían reflejados y multiplicados en ellos, incluida su tendencia a valorar las cosas basándose nada más que en las apariencias externas. Todo el mundo estaba acostumbrado a asistir a la llegada de nuevas esclavas para entretener al personal. A un grupo de nuevas esclavas le franquearían el acceso sin hacer preguntas, y se olvidarían de ellas de inmediato.

O, al menos, así habría sido si Aldrick no le hubiera cortado el cuello a Eraegus.

Rook frunció el ceño mientras cruzaba la puerta que la conducía a la siguiente habitación. Se abrió al tocarla y contempló una pequeña sala de estar o antecámara. Como los espacios más grandes que acababan de atravesar, era lujosa y carecía de ese tipo de calidez que la podría haber convertido en algo más que una simple habitación.

Rook se acercó a una sección sencilla de paneles de madera clara y la empujó con fuerza con la palma de la mano. En el panel se abrió una grieta, y Rook apartó una sección de madera que ocultaba una zona de almacenamiento que se encontraba detrás. Enseguida sacó un par de espadas: una hoja larga de duelista y un gladius normal de tamaño reglamentario. Le ofreció las empuñaduras a Amara, que eligió la espada más corta.

—Quédate con esa —le indicó.

Rook la miró.

—¿Queréis que vaya armada, condesa?

—Si tuvieras intención de traicionarnos, Rook, creo que ya lo habrías hecho. Quédate con ella.

Rook asintió y agarró la funda de la espada con la mano izquierda.

—Por aquí, condesa. En este nivel solo quedan su dormitorio y el baño.

La siguiente puerta daba acceso a un dormitorio al menos tan grande como el estudio. La cama era del tamaño de un velero pequeño. Los armarios de madera tallada habían quedado abiertos de manera negligente, y revelaban filas y más filas de las mejores ropas que podía ofrecer Alera.

Las prisioneras estaban retenidas con cadenas unidas a las piedras de la chimenea.

Lady Placida, sentada en el suelo, tenía las manos recogidas tranquilamente en el regazo y una expresión majestuosa y desafiante al ver que se abría la puerta. Solo llevaba puesta una fina combinación blanca y un basto anillo de hierro le rodeaba el cuello, unido a una cadena pesada, que a su vez se fijaba en las piedras de la chimenea. Miraba hacia la puerta cuando se abrió, con ojos duros y ardientes, pero parpadeó sorprendida cuando entraron Amara y Rook.

—¡Mamá! —llamó con un pequeño grito de alegría una niña de unos cinco o seis años que atravesó corriendo la habitación.

Rook se detuvo para recogerla con un gritito y abrazarla con fuerza contra su pecho.

—¿Condesa Amara? —preguntó lady Placida.

La Gran Señora pelirroja se puso en pie, pero la retuvo la cadena corta, que tenía una longitud que le impedía erguirse por completo.

—Vuestra Gracia —murmuró Amara, saludando con la cabeza a lady Placida—. Hemos venido a...

—¡Condesa, la puerta! —gritó lady Placida.

Pero antes de que pudiera terminar, la pesada puerta de la habitación se cerró de golpe con una potencia y una decisión que solo podían ser el resultado de un artificio de las furias. Amara se giró hacia la puerta e intentó abrirla, pero el pomo no giraba y ni siquiera pudo mover la puerta en el marco.

—Es una trampa —suspiró lady Placida—. Cualquiera puede abrirla desde el otro lado, pero...

Amara se volvió hacia la Gran Señora.

—He venido a...

—Rescatarme, obviamente —terminó lady Placida con un gesto de asentimiento—. Y llegáis a tiempo. El cerdo regresa hoy mismo.

—Ha llegado hace un momento —le informó Amara mientras se acercaba a lady Placida—. Disponemos de poco tiempo, Vuestra Gracia.

—Amara, cualquiera que me rescate de la pequeña cámara impersonal de este idiota puede llamarme Aria —dijo lady Placida—. Pero tenemos un problema. —Señaló con un gesto la cadena que iba unida al anillo que le rodeaba el cuello—. No hay cerradura. Han colocado la cadena con un artificio. Se tiene que romper, y si miráis hacia arriba...

Amara lo hizo y descubrió cuatro figuras de piedra que le devolvían la mirada, figuras talladas de bestias terribles que descansaban sobre los pilares de piedra en cada rincón de la habitación. Las gárgolas debían de pesar un centenar de kilos cada una. Amara sabía que, aunque no se movían más rápido que un ser humano, eran mucho más pesadas y mucho más poderosas, de manera que eran letales para todo aquel que se interpusiese en su camino. Nadie podía bloquear el golpe increíblemente poderoso del puño de una gárgola. Uno se podía apartar de su camino, o dejar que lo aplastasen. No había término medio.

—Según mi anfitrión —explicó lady Placida—, las gárgolas están condicionadas para animarse si detectan mi artificio de las furias. —Su boca se contorsionó con amargura y lanzó una mirada significativa a Rook y a la niña—. Además, me aseguró que yo no sería su primera víctima.

La boca de Amara formó una línea dura.

—Cabrón.

Les llegaron más gritos y chillidos desde la escalera central, amortiguados por la puerta gruesa hasta convertirse en un murmullo bajo.

—Por lo que se puede oír, está subiendo.

—Entonces tu equipo no tiene demasiado tiempo —indicó lady Placida—. Sacará a sus hombres y cubrirá de fuego la escalera. No dudará en sacrificar unos pocos de esos pobres idiotas con collares si eso significa incinerar un equipo de cursores de la corona.

Amara tosió.

—En realidad, soy la única cursor. Esta es Rook, antigua jefa de los cuervos de sangre de Kalarus. Nos ha ayudado a llegar hasta aquí.

Las cejas delgadas y de un color rojo dorado se arquearon con fuerza, pero miró de Rook a la niña y una expresión de comprensión le cubrió el rostro.

—Ya veo. ¿Y quién más?

—El conde de Calderon, Aquitanius Invidia y dos de sus vasallos.

Los ojos de lady Placida se abrieron de par en par.

—¿Invidia? Estáis bromeando.

—Me temo que no, mi señora.

La Gran Señora frunció el ceño con unos ojos calculadores.

—Es muy poco probable que juegue de buena fe hasta el final, condesa.

—Lo sé —reconoció Amara—. ¿Podréis controlar a las gárgolas si la niña deja de formar parte de la ecuación?

—Supongo que si lo consigo quedará una última oportunidad de salir de aquí —respondió lady Placida—, o de lo contrario Kalarus no habría necesitado esta medida adicional. —Miró a la niña, miró de lado a cada una de las estatuas y dijo—: Sí, podré con ellas. Pero será cuerpo a cuerpo. No tendré mucho tiempo para actuar, y me resultará difícil luchar contra ellas si estoy encadenada al suelo.

Amara asintió, y pensó a toda prisa.

—Entonces, lo que tenemos que hacer es determinar exactamente cuál será vuestro primer artificio de las furias —concluyó.

—Uno que me libere, me deje en disposición de destruir las gárgolas con rapidez y os permita abandonar la habitación de manera que no os mate mientras hago todo eso —explicó lady Placida—. Y no olvidemos que Kalarus vendrá a por mí echando espumarajos por la boca en cuanto se dé cuenta de que estoy libre.

—Albergo la esperanza de que lady Aquitania y vos podáis neutralizar sus artificios hasta que consigamos escapar.

—Gaius siempre favoreció a los optimistas en las filas de los cursores —replicó lady Placida con tono seco—. ¿Debo suponer que tenéis alguna idea brillante?

—Bueno, al menos una idea —contestó Amara. Miró hacia Rook para asegurarse de que estaba escuchando—. Disponemos de poco tiempo, y os tendré que pedir que ambas confiéis un poco en mí. Esto es lo que quiero que hagáis.

La noche cayó oscura y densa bajo la capa de nubes de tormenta de los ritualistas. Las tinieblas hicieron que los gritos de batalla canim fueran aún más terroríficos, y Tavi pudo sentir cómo en lo más profundo de sus pensamientos se alzaba el miedo primario e inevitable a colmillos y bocas hambrientas. Ninguna lámpara de furia iluminaba las murallas mientras corría hacia su posición encima de la puerta. La única luz era la franja anaranjada del final de la puesta de sol. No podía ver tan bien a los hombres apostados sobre las murallas como para distinguir sus expresiones, pero al pasar a su lado pudo oír movimientos de nerviosismo y se dio cuenta de que eran bastante más delgados que la mayor parte de los veteranos de la tropa. El Primera Lanza había mantenido en la muralla la cohorte de peces.

—¿Marcus? —preguntó Tavi cuando llegó al centro de la muralla.

—Señor —gruñó una forma oscura cerca de él.

—¿Todo listo?

—Sí, señor —respondió el Primera Lanza—. Estamos listos.

—¿Los hombres conocen la señal?

—Sí, señor —gruñó Marcus con tono contenido—. Eso era lo que quería decir cuando dije que estamos listos, señor.

Tavi empezó una réplica tajante, pero contuvo la lengua. Se quedó en silencio mientras la luz se seguía desvaneciendo. Los tambores redoblaban en el exterior. Los cuernos resonaban. La noche caía y la oscuridad solo quedaba rota por algunos rayos de luz escarlata.

Entonces se produjo un silencio repentino.

—Ahí vienen —jadeó Tavi.

Los aullidos que atravesaban el aire eran cada vez más fuertes y el suelo empezó a temblar.

—Quedaos al lado de las lámparas de furia —ladró Tavi.

Los jefes de lanza repitieron la orden a lo largo de la muralla. El destello de un relámpago le mostró a Tavi una masa de canim cubiertos de armaduras negras que se acercaban a las puertas.

—¡Lámparas de furia, ahora! —gritó.

Una docena de grandes lámparas de furia, suspendidas de cadenas que colgaban a un metro y medio por la parte exterior de la muralla, cobraron vida. Emitían una fría luz azul sobre el terreno delante de las murallas, iluminando el suelo para los defensores aleranos, mientras daban directamente a los ojos de los canim atacantes.

—¡Disparad! —gritó Tavi.

Los legionares se dividieron en equipos de dos hombres: escudero y arquero. Las flechas se precipitaron contra los guerreros canim, que iban fuertemente blindados,

pero esta vez muchos de ellos llevaban escudos pesados de acero escarlata y las flechas apenas surtieron efecto. Enseguida llegaron las jabalinas pesadas y letales, apuntadas contra los legionares que se encontraban entre las almenas. Uno de los arqueros tardó un instante de más en apuntar y lo atravesó una lanza, cuya punta le salió por la espalda; la fuerza del impacto lo lanzó de las almenas y lo hizo aterrizar en las piedras del patio. Otro legionare no había fijado bien el escudo en el brazo, que salió disparado hacia atrás cuando una lanza impactó contra él; lo golpeó en la cara y se le salió de la articulación, con un crujido estremecedor.

—Allí —gritó Tavi, señalando hacia un grupo numeroso de canim que se acercaban en dos filas—. El primer ariete. Preparad la pez.

—¡Pez preparada! —ladró Marcus.

El ariete se acercó a la puerta y la golpeó una vez. Entonces los hombres sobre el portón vertieron la pez sobre los atacantes, pero algo fue mal porque no subieron aullidos de dolor. Tavi se arriesgó durante un segundo mortal a inclinarse sobre las almenas para mirar hacia abajo. Un trozo largo de madera, que no era más grueso que la pierna de Tavi, ardía bajo la capa de pez, pero era demasiado ligero como para ser un ariete de verdad. Los canim lo habían abandonado después de un solo golpe contra las puertas para completar la pantomima.

Tavi se dio cuenta de que había sido un señuelo.

Un segundo grupo formado por muchos canim avanzó hacia las puertas. Iban bajo algún tipo de cubierta portátil construida con escudos superpuestos. Tavi apretó los dientes. Aunque hubieran tenido más pez dispuesta, habría sido inútil contra la cubierta del ariete.

Excelente.

El ariete golpeó contra las puertas con fuerza suficiente para que temblaran las piedras bajo las botas de Tavi. Otra vez, en la mitad del tiempo que habría tardado un grupo de aleranos en volver a mover el ariete. Bum, bum, bum. Con el siguiente golpe se oyó un crujido agudo: uno de los maderos de la puerta había cedido.

—¡Eso es! —gritó Tavi—. ¡Patio!

Los legionares que esperaban en el patio se dieron la vuelta y se alejaron de las puertas en dirección al puente, siguiendo una fila de lámparas de furia muy espaciadas. Mientras lo hacían, más ganchos volaron por encima de la muralla, unidos a cadenas de acero. A medida que cedían las puertas, más guerreros blindados ganaban las murallas bajo la cobertura de jabalinas lanzadas desde abajo.

—¡Han pasado! —gruñó Marcus.

En el exterior, los cuernos canim empezaron a tocar a la carga, y muchos de los guerreros de armadura negra se apartaron para permitir que los saqueadores no se encontraran con ningún obstáculo en su carga contra las puertas. Miles de saqueadores inhumanos avanzaron a la carrera en una masa compacta de colmillos y

músculos.

—¡Retirada! ¡Sartén! —gritó Tavi—. ¡Retirada! ¡Sartén!

La puerta cedió y los canim dejaron escapar un rugido. Tavi y los legionares que defendían la muralla corrieron hacia abajo en una carrera frenética y terrorífica. Un joven legionare tropezó, cayó por un tramo de escaleras, y se quedó tendido en el patio. Se produjo un sonido agudo y siseante, seguido de un repentino alarido de dolor. Dos de sus compañeros lo cogieron y empezaron a arrastrarlo entre los dos.

—¡Vamos! —chilló Tavi, empujando a los legionares que pasaban a su lado y bajando las escaleras, mientras no dejaba de mirar a través de la confusión y la oscuridad para asegurarse de que nadie quedaba atrás—. ¡Vamos, vamos, vamos!

—¡Ya están todos! —gritó Marcus.

Juntos corrieron hacia el patio y lo atravesaron a toda velocidad. Tavi pudo sentir un calor incómodo a través de las suelas de sus botas claveteadas después de dar una docena de pasos. Pudo oír cómo las puertas caían a su espalda y los canim aullaron triunfantes.

Marcus lanzó un grito a su lado y Tavi vio cómo caía el Primera Lanza. Una jabalina canim le había acertado en la pierna, clavándose en la pantorrilla justo por debajo de la rodilla.

Marcus consiguió caer sobre el escudo. Con ello evitó que la carne tocara las piedras y se friera como un trozo de tocino, como le había sucedido a un pobre legionare justo antes. Intentó arrancarse la jabalina de la pierna, pero la punta debía de haberse clavado en el hueso y no la pudo soltar.

Tavi se detuvo y fue a buscar al Primera Lanza. Una jabalina soltó chispas en las piedras a un paso de él. Tavi agarró a Marcus del brazo y lo puso en pie de un salto. El Primera Lanza dejó escapar un grito de dolor entre los dientes apretados y cojeó todo lo rápido que pudo hasta que, desesperado, Tavi lo colocó sobre el hombro y salió corriendo.

Entonces llegaron al borde del patio y vio las siluetas de los caballeros Aeris agachados sobre los tejados. Un viento repentino empezó a soplar hacia abajo. Se convirtió en un vendaval cuando llegó a las puertas, e impidió que los proyectiles acertaran. Tavi miró hacia atrás y vio cómo los saqueadores se precipitaban por las puertas que habían abierto los guerreros. Acto seguido empezaban a lanzar aullidos de dolor porque sus pies desnudos estaban pisando las piedras calentadas del patio. De la misma manera que no podrían haber remontado a nado una cascada, tampoco podían darse la vuelta a causa de la marea de su propio asalto. Miles de compañeros enloquecidos se abalanzaron sobre las puertas destrozadas, y sus chillidos rompieron el aire.

Los canim intentaron a la desesperada encontrar una salida de las piedras ardientes, saltando hacia las casas, las tiendas y el resto de edificios del patio. Aun

así, llegaban cada vez más, y en algunas zonas ya no quedaba sitio adonde ir. Los canim caían, y sucumbían ante el dolor, que se redobló cuando sus carnes tocaron en toda su extensión las piedras del patio. Los vientos huracanados soplaban contra los ojos, las orejas y las narices de los canim, y la confusión transformó la carga en un manicomio de muertos y moribundos.

Aun así, seguían llegando más canim. Los saqueadores, ahora enloquecidos y aullando, sedientos de sangre, caminaron por encima de los quemados y los cuerpos en llamas de sus compañeros muertos y moribundos para evitar las piedras abrasadoras del patio. Se dirigieron al puente y Tavi vio que empezaban a cargar contra él. Bajó la cabeza y corrió, flanqueado por los caballeros Aeris, que se desplazaban de tejado en tejado e impedían que los canim más cercanos ciegos vieran a Tavi y los rezagados de la muralla.

Pareció que tardaba una eternidad en recorrer el escaso centenar de metros hasta el Elinarch y las defensas que habían construido los ingenieros. Con la arcilla del lecho del río habían construido cinco muros espaciados sobre el puente a intervalos regulares, les habían dado forma con un artificio de tierra. Después los habían endurecido con un artificio de fuego hasta que la arcilla había adquirido una consistencia casi tan dura e impenetrable como la piedra, lo que dejaba una abertura lo suficientemente ancha para que pasasen dos hombres. En el extremo meridional del puente se encontraba otra de estas barreras, que era tan grande como las murallas de la ciudad.

Tavi y los caballeros Aeris que lo estaban cubriendo atravesaron las defensas recién creadas, mientras que los canim, enfurecidos por las piedras calientes, cargaban.

—¡Médico! —gritó Tavi.

Apareció Foss, y Tavi dejó caer al Primera Lanza en los brazos del sanador. Después corrió hacia el muro y subió los bastos escalones construidos para llegar a las almenas improvisadas. Max y Crasus, junto con la primera cohorte de la Primera Alerana, esperaban en posición, con el resto de caballeros Aeris distribuidos a lo largo de la muralla. El último de los caballeros Aeris siguió a Tavi hacia las almenas.

Max y Crasus parecían extenuados, y Tavi sabía que el artificio de fuego que habían utilizado para calentar las piedras había sido tremendamente agotador. Pero si tenían mal aspecto, el joven caballero Ignus, pelirrojo y delgaducho, que estaba a su lado parecía mucho más muerto que vivo. Estaba sentado con la espalda apoyada en las almenas, los ojos perdidos en la distancia y temblando a causa del frío de la noche. Ehren apareció de la nada con el estandarte de la legión. Tavi le hizo un gesto y Ehren clavó el estandarte del águila ennegrecido en un hueco en las almenas de adobe que los ingenieros habían preparado a tal efecto.

En el pueblo habían quedado suficientes lámparas de furia para que Tavi pudiera

ver a los saqueadores atravesando las calles, saltando entre tejados con una agilidad inhumana. Sus ojos brillaban rojos en la oscuridad casi total. Sus gritos y aullidos fueron cada vez más fuertes.

Tavi los contempló impasible, hasta que el más cercano estuvo a poco más de cincuenta metros del puente.

—Listo —le indicó en voz baja a Max.

Max asintió y puso una mano sobre el hombro de Jens.

Tavi intentó contar los canim que llegaban, pero la luz cambiante —ora solo las lámparas de furia, ora estallidos de relámpagos rojos— no se lo permitió. Más de mil, quizás el doble o el triple. Esperó unos instantes más para darles a los canim todo el tiempo posible para que entrasen más tropas en la ciudad.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. La sartén ya está. Ha llegado el momento de encender el fuego.

—¡Levantad el viento! —ordenó Crasus, y sus caballeros Aeris y él se enfrentaron a los enemigos que se les echaban encima, levantando un vendaval fuerte y constante.

—Jens —le ordenó Max al joven caballero—. Puedes soltarlas.

Jens dejó escapar un jadeo y se tambaleó como un hombre a quien hubieran dejado inconsciente con un golpe en la nuca.

Y de repente toda la parte meridional del pueblo se convirtió en una enorme hoguera. Tavi pudo visualizar las cajas y los barriles que se habían llenado de serrín fino. Lo habían manufacturado *ex profeso* unos voluntarios del pueblo y del campamento de los seguidores a lo largo de varios días. Después lo habían almacenado en todos los recipientes que pudieron encontrar y a continuación repartieron al azar mucho más serrín a través de los edificios. En cada contenedor había una lámpara de furia, colocada por Jens. Cada una de las pequeñas furias de fuego estaba unida a su voluntad, contenida para que no cobrase vida dentro del serrín fino y volátil.

Cuando Jens las liberó, cientos de pequeñas furias de fuego quedaron libres para correr por doquier, y los barriles de serrín estallaron en llamas. Los edificios cubiertos de serrín se encendieron como antorchas y los fuertes vientos impulsados por los caballeros de Crasus alimentaron los fuegos con aire, con lo que se calentaron aún más, y los impulsaron hacia los enemigos que seguían llegando al pueblo.

Tavi contempló cómo morían los canim, horriblemente consumidos por las llamas, atrapados dentro de las murallas de piedra de la ciudad. Supuso que algunos podrían sobrevivir. Pero incluso con el viento que mantenía el incendio alejado del puente, el calor que desprendía incomodaba a Tavi en la cara. El fuego produjo un rugido enorme, ahogando los truenos ocasionales de los relámpagos que bailaban sobre sus cabezas, los gritos de los canim moribundos y los vítores de los aleranos

que contemplaban como caían sus terribles enemigos.

Tavi lo dejó seguir durante cinco o diez minutos. Luego le hizo una señal a Crasus con la mano, y el tribuno de los caballeros y sus caballeros Aeris temblaron aliviados. Cesaron el esfuerzo. Un largo silencio cayó sobre las murallas, roto tan solo por el rumor grave de las llamas y el chillido ocasional de la madera torturada cuando se derrumbaban los edificios en llamas.

Tavi cerró los ojos. En un tono muy sutil podía distinguir otro sonido por debajo del fuego: los aullidos largos, doloridos y rabiosos de los canim moribundos.

—Descansen —ordenó Tavi sin dirigirse a nadie en particular—. Maximus y Crasus, conseguid algo de comida para vuestra gente y descansad. Pasarán un par de horas antes de que bajen los fuegos y puedan pasar. Pero cuando vengan, estarán muy enfadados.

Crasus le frunció el ceño a Tavi y su voz sonó pesada.

—¿No creéis que esto les habrá convencido de que se vayan a otra parte?

—Han tenido muchas bajas —reconoció Tavi—. Pero no entre los mejores. Se las pueden permitir.

Crasus profundizó el ceño y asintió.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora vais a comer y descansar. Aún tenemos un puente que defender. Haced que también suban algo para la primera cohorte.

—Sí, señor —asintió Crasus, que saludó y empezó a darles órdenes a sus hombres mientras descendía de la muralla.

Un rato más tarde llegaron numerosos peces con recipientes de té especiado y pan recién horneado. Con un gesto de Tavi, los veteranos de las almenas fueron a buscar comida y bebida. Tavi aprovechó el momento para dirigirse al extremo más alejado del muro. Se sentó en la muralla, dejó colgar los pies hacia el otro lado y apoyó la cabeza en la almena.

Tavi oyó cómo se acercaban los pasos de Max.

—¿Estás bien? —preguntó Max.

—Ve a buscarte algo de comer —contestó Tavi.

—Cojones. Habla conmigo.

Tavi se quedó en silencio durante un segundo.

—No puedo. Aún no —reconoció.

—Calderon...

Tavi negó con la cabeza.

—Déjalo, Max. Aún tenemos trabajo por delante.

Maximus gruñó.

—Cuando acabemos, nos vamos a emborrachar, y entonces hablaremos.

Tavi hizo un esfuerzo para sonreír.

—Solo si pagas tú. Sé todo lo que puedes llegar a beber, Max.

Su amigo bufó y se alejó por la muralla, dejando solo a Tavi con sus pensamientos.

La estratagema de Tavi había provocado la muerte en el infierno de quizá media legión de canim, pero los edificios en llamas iluminaban el terreno más allá de las murallas y la cantidad enorme de canim que se movían hacia el río. A simple vista no podía decir que el enemigo hubiera sufrido ninguna baja.

La fría realidad de las matemáticas no les dio tregua a sus pensamientos. Sabía que el ejército canim superaba en número a los aleranos, pero una cosa son los números que aparecen sobre el papel, sobre un mapa táctico, o en una sesión de planificación, y otra completamente diferente son los números aplicados a un enemigo real, físico y letal al que puedes ver marchando contra ti. Mientras contemplaba los miles de canim que estaban a la vista y que se estaban moviendo por primera vez, Tavi obtuvo una perspectiva completamente nueva de la magnitud de la tarea que tenía por delante.

Se sintió amarga y mortalmente cansado.

Al menos había ganado unas horas de respiro para los hombres. Valieran para lo que valiesen. Excepto para aquellos que ya habían muerto, por supuesto. Esos tenían ahora todo el tiempo del mundo para descansar.

Se quedó sentado durante un momento, contemplando como ardía la mitad del pueblo que estaba defendiendo. Se preguntó cuántos hogares y negocios acababa de destruir. Cuántas generaciones de riqueza y conocimientos duramente ganados acababa de sacrificar. Cuántos objetos y herencias familiares había convertido en cenizas.

No sabría decir cuándo se quedó dormido, pero algo frío en la cara lo despertó. Dio un respingo, al que siguió una mueca de dolor cuando reparó en que tenía el cuello agarrotado por haberlo apoyado en la almena de adobe, y los músculos contracturados. Se masajó la nuca con una mano, parpadeó varias veces y oyó un pequeño goteo. Volvió a ocurrir. Le cayó agua fría sobre la mejilla.

Gotas de lluvia.

Tavi miró hacia las nubes mortecinas y empezó a caer más lluvia; primero, ligera, pero no tardó en convertirse en un torrente, una tormenta que liberaba la lluvia en cortinas tan densas que Tavi tuvo que escupir agua de la boca cada pocas bocanadas de aire. Le dio un vuelco el corazón, presa del pánico, y se puso en pie de un salto.

—¡A las armas! —gritó—. ¡Todas las cohortes a sus posiciones!

La cortina de lluvia se precipitó sobre el pueblo en llamas y empezó a apagar los incendios. Nubes de vapor y humo empezaron a elevarse en el cielo y, junto con la lluvia, ocultaron completamente al enemigo.

Una vez más, empezaron a resonar los cuernos canim.

Los gritos sonaron a través del aguacero, amortiguados por la lluvia. Las botas resonaron en la piedra. Tavi apretó los dientes y golpeó la almena con el puño. Los veteranos sobre la muralla se pusieron en movimiento, colocándose los escudos y poniendo las cuerdas en los arcos, que iban a ser muy poco efectivos a causa de la lluvia. Al morir el fuego, las siluetas de los hombres sobre el muro se fueron difuminando.

—¡Luces! —gritó Tavi a los hombres que se encontraban sobre el puente—. ¡Subid luces, rápido!

Uno de los legionares que había en el muro gritó, y Tavi se giró para ver unas formas con armaduras negras, casi invisibles en la oscuridad, que avanzaban a una velocidad increíble. Tavi se dio la vuelta para ordenar a más hombres que se situaran en la «puerta» improvisada en el muro. Esta no era más que un arco lo suficientemente ancho como para que dos hombres pudieran pasar erguidos, y demasiado pequeño para un cane. Al hacerlo, tropezó con un veterano que corría hacia su posición con un arco en la mano y ambos resbalaron en el suelo de adobe, ablandado por la lluvia.

De no haberlo hecho, los dos habrían muerto con los demás.

Cuando los legionares se dispusieron en orden de batalla, se produjo un zumbido, y después una sucesión de truenos en miniatura. Uno de los veteranos estalló en un surtidor de sangre a menos de un metro de Tavi; cayó sin emitir sonido alguno. No fue el único de los defensores de la muralla a quien le sucedió lo mismo. Algo atravesó un escudo y mató al veterano que se protegía detrás de él. Uno de los arqueros dio un respingo y se derrumbó. Otra cabeza salió lanzada hacia atrás con tanta fuerza que Tavi oyó con claridad como se rompía el cuello. El cadáver cayó cerca de él, con la cabeza colgando a un lado y los ojos abiertos y sin parpadear. Una vara metálica tan gruesa como una nuez sobresalía del yelmo. Al mirar Tavi, un reguero de sangre se deslizó sobre uno de los ojos ciegos del legionare, y casi de inmediato quedó diluido y desapareció bajo la lluvia.

Unos segundos más tarde, Tavi oyó de nuevo el zumbido y se oyeron gritos procedentes del nivel del puente. Entonces surgió un horrible rugido que más bien parecía un ladrido, y Nasaug pasó a la carga a través de la pequeña abertura con una facilidad y agilidad terroríficas con la curvada espada de guerra en la mano. El cane maestro de batalla mató a tres legionares antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. La enorme espada les rompió los huesos a través de la armadura de acero y sajó la carne expuesta con una eficacia implacable. Detuvo el ataque con la espada de otro legionare, aferró con una garra el filo del escudo del hombre y, con un movimiento sencillo y limpio, lo lanzó unos seis metros en el aire y por encima del borde del puente. El legionario cayó al río sin dejar de gritar.

Nasaug apartó a otro par de legionares. A continuación aplastó con varias patadas

rápidas las lámparas de furia que estaban subiendo a la muralla. Toda la zona quedó sumida en la oscuridad. Bajo los estallidos cada vez más frecuentes de relámpagos rojos, Tavi vio más canim que entraban detrás de Nasaug. Daba la impresión de que sus cuerpos largos y esbeltos se doblaban por la mitad al pasar a través de un hueco tan pequeño.

El veterano que Tavi tenía a su lado se puso en pie, levantó el arco y apuntó a Nasaug.

—¡No! —gritó Tavi—. ¡Al suelo!

Sonó un zumbido y otro proyectil de acero pasó a través de la armadura que cubría la parte baja de la espalda del veterano. Un par de centímetros de la punta del proyectil salió a través del peto. El hombre jadeó y cayó. Un segundo más tarde chilló de puro terror cuando los gritos salvajes de los canim se alzaron en la oscuridad. Los legionares luchaban contra los guerreros en una oscuridad de pesadilla, rota por los relámpagos de luz sangrienta. Hombres y canim gritaban de rabia, desafío, terror y dolor.

Tavi se tumbó y permaneció quieto. Si se ponía en pie, los francotiradores que estaban disparando esos letales proyectiles de acero lo matarían, pero el asalto cane había sido tan rápido y terrible que Tavi ya se encontraba prácticamente aislado de los legionares que tenía debajo. Si descendía hacia el puente se tendría que enfrentar a los canim sin otra ayuda que su gladius.

Tavi no recordaba que hubiera sacado la espada, pero le dolían los dedos de la fuerza con que apretaba la empuñadura mientras intentaba pensar a la desesperada en la mejor manera de encontrar una salida.

Y entonces la figura ensombrecida de un cane de armadura negra y unos ojos que reflejaban los estallidos de luz roja en la penumbra empezó a subir los escalones hacia la muralla. Tavi sabía que no tardaría en verlo.

Se le había acabado el tiempo.

Tavi no tenía adonde ir, ningún lugar en el que esconderse y, si no hacía nada, lo matarían.

Así que mientras el cane subía las escaleras, Tavi lanzó un aullido de terror y rabia y se lanzó contra el cuerpo blindado de su enemigo con toda la fuerza, violencia y temeridad que pudo reunir.

Le dio al cane un fuerte golpe en la parte alta del peto. Aunque el cane era bastante más grande, el factor sorpresa, el peso de la armadura de Tavi y la inercia bastaron para abrumarlo. Tavi lo empujó por las escaleras hasta producir un fuerte impacto contra la superficie de piedra del puente. Sin darle tiempo a recuperarse, Tavi golpeó una y otra vez con el yelmo la nariz y el morro del cane, que eran muy sensibles. Alzó la espada, con una mano agarrando la empuñadura y la otra colocada hacia la mitad de la hoja, y la empujó con todas sus fuerzas contra el cuello del cane.

O bien no le acertó a ningún punto vital o bien el cane era demasiado duro como para morir. Así pues, el cane agarró a Tavi y lo apartó de un empujón. Tavi se golpeó contra el pretil del puente, pero la armadura amortiguó la mayor parte del impacto. Se puso en pie cuando el cane herido se incorporó mostrándole los dientes desnudos en una sonrisa horrible.

—¡Capitán! —gritó una voz, y el fuego abrió la noche y se elevó en una cortina formada por las piedras que separaban a Tavi del cane herido.

Bajo aquella luz, Tavi solo tuvo tiempo de vislumbrar los rasgos de su oponente. Se trataba del cane canoso que le había llevado a Tavi la misma espada que acababa de utilizar. Entonces los caballeros Aeris descendieron a su alrededor.

Aterrizaron con ímpetu. Antes de que tocasen el suelo, Nasaug se dio la vuelta y lanzó una de las barras de acero que Tavi había examinado el día anterior. Le dio un tremendo golpe en la rodilla a uno de los jóvenes caballeros y lo arrojó al suelo, con la pierna doblada.

Crasus aterrizó al lado de Tavi y, gruñendo por el esfuerzo, lanzó una llamarada contra el cane más cercano. Surgió muy débil bajo el diluvio que caía, pero bastó para obligar al cane a detenerse. Los caballeros Aeris agarraron a Tavi por los brazos y, dirigidos por Crasus, lo levantaron del puente y se perdieron en el cielo nocturno. Otro relámpago de luz mostró a Nasaug lanzando otra barra contra Crasus, pero el joven tribuno de los caballeros la apartó con destreza valiéndose de la espada, y condujo a los caballeros Aeris fuera del alcance de los proyectiles.

Pero no fuera del alcance del acero mortal.

Desde abajo sonaron más zumbidos. Uno de los caballeros Aeris que sostenían a Tavi soltó un gruñido: cayó y desapareció en la oscuridad. El otro caballero estuvo a punto de dejarlo caer, y todo dio vueltas y más vueltas a su alrededor. Entonces

apareció Crasus, que ocupó el puesto del caballero caído, y la cansada banda de voladores descendió detrás de la segunda posición defensiva, a un centenar de metros del extremo meridional del puente.

Las horas siguientes se resumieron en un enorme borrón de oscuridad, frío y desesperación. El sorprendente primer asalto había destruido dos cohortes enteras. La primera cohorte había quedado aniquilada hasta el último hombre, hecha trizas por los proyectiles de acero y superada por los guerreros canim a quienes conducía Nasaug. La novena cohorte había intentado avanzar para contener el ataque en el extremo del puente, pero las tropas de Nasaug las eliminaron entre las tinieblas casi impenetrables. Solo el equivalente de una centuria había conseguido retirarse a la siguiente posición defensiva, pero ocho de las diez centurias de la cohorte perecieron en el puente. Los sanadores, desbordados, apenas pudieron atender a los heridos que consiguieron acceder a ellos. No había manos suficientes, y muchos hombres que en otras circunstancias habrían sobrevivido a sus heridas murieron esperando su turno.

Cayeron cerca de seiscientos aleranos.

Todo había durado siete u ocho minutos.

Tavi recordaba haber dado órdenes y haber recibido preguntas y respuestas frenéticas por parte del Primera Lanza. Nunca había luz suficiente. Los canim destruían todas las lámparas que ellos o sus francotiradores habían conseguido. Además, las lámparas de furia ya escaseaban debido a la trampa que Tavi había dispuesto en el lado sur del pueblo. Tavi se enfrentó otras dos veces a enormes guerreros canim en una oscuridad casi total. Luchó tan solo para retirarse y sobrevivir.

Los canim superaron las dos posiciones defensivas siguientes sobre el puente. Todo se redujo a una carrera por ver quién conseguía llegar primero al arco central del puente: o los canim o los ingenieros aleranos que intentaban derrumbarlo a la desesperada.

En medio de la oscuridad y la confusión, los canim ganaron la carrera. Tavi contempló con frustración, impotencia y terror como el propio Nasaug saltaba por encima de las fortificaciones mucho más bajas en el ápice del puente, mataba a media docena de aleranos que intentaban defender el muro y empezaba a destrozar a los legionares que se batían en retirada.

Tavi sabía que si no detenían a los canim en ese punto, iban a usar la inercia de la «bajada» hacia el otro extremo del puente para pasar a través de las restantes líneas defensivas y penetrar en el pueblo por el extremo septentrional del puente. Si lo hacían, se cebarían en los civiles que se apiñaban allí en busca de protección.

De alguna manera, el Primera Lanza y él consiguieron reunir un bloque sólido de hombres delante de la última muralla que había sobre el puente, mientras los extenuados caballeros Aeris de Crasus formaban detrás de ellos sobre la muralla baja

de la ciudad. Tavi tenía a sus espaldas dos pilas enormes de muebles traídos desde el pueblo, empapados en licor. Max las había encendido para proporcionarles luz a los legionares, y las mantuvo ardiendo con un artificio de fuego. Los caballeros enviaron un vendaval contra las caras de los canim, tanto para proteger los fuegos como para cegar al enemigo bajo el aguacero. Una carga rugiente conducida por el Primera Lanza golpeó contra el avance canim. Tavi contempló desde la muralla como los legionares y los guerreros se trababan en una batalla desesperada y mortal. Una vez hubieron contenido la inercia de los canim y se hubo disipado la oscuridad con las hogueras, los legionares que combatían en el espacio reducido del puente cobraron ventaja debido a su coordinación, disciplina y desesperación. Paso sangriento tras paso sangriento, fueron rechazando a los canim, hasta que el enemigo inhumano pasó por encima de la penúltima muralla y pasó a una posición defensiva.

Tavi ordenó a los legionares que regresaran a la última muralla sobre el puente: temía que los francotiradores canim los hicieran trizas si permanecían en campo abierto.

Y al cabo de una hora, la batalla había terminado.

Tavi se dejó caer al suelo detrás de la última muralla y se quedó sentado durante un momento. Se quitó el yelmo y alzó la cara hacia el cielo para beber la lluvia que seguía cayendo. La tormenta había ido amainando a lo largo de la última hora. Hacía que la noche fría fuera mucho más incómoda, y los escalofríos no dejaban de recorrerlo.

—¿Capitán? —llamó Ehren en voz baja. Tavi no lo había oído acercarse—. ¿Te encuentras bien?

—Cansado, eso es todo —respondió Tavi.

—Deberías protegerte de la lluvia y comer algo caliente.

—No hay tiempo —replicó Tavi—. Ellos pueden ver en la oscuridad. Nosotros, no. Nos volverán a atacar antes del amanecer. Necesito que la tribuno Cymnea reúna todas las lámparas de furia que pueda encontrar, cualquier madera que arda y hasta la última gota de licor que pueda localizar por toda la ciudad. Los vamos a necesitar para encender hogueras y que los hombres puedan ver. Valiar Marcus está haciendo un recuento. Pídele a Foss las cifras de muertos y heridos y entrégaselas al Primera Lanza.

Ehren frunció el ceño, pero asintió.

—De acuerdo. Pero después de eso...

—Después de eso —le interrumpió Tavi—, coge los dos caballos más rápidos que puedas encontrar y sal de aquí.

Ehren se quedó en silencio.

—Es tu deber —explicó Tavi en voz baja—. El Primer Señor tiene que saber lo que los ritualistas son capaces de hacer. Y sobre esos lanzadores de proyectiles que

están usando los canim. Y... —Movi6 la cabeza—. Dile que vamos a encontrar una forma de derrumbar el puente. Transmítele mis disculpas por no poder mantenerlo intacto.

Se produjo otro momento de silencio.

—No me puedo ir así como así y dejar a mis amigos —replic6 Ehren.

—No te vayas, corre. Lo m6s r6pido que puedas. —Tavi se puso en pie y se volvi6 a colocar el yelmo. Entonces puso una mano sobre el hombro de Ehren y lo mir6 a los ojos—. Si Gaius no recibe como m6nimo la noticia, todo habr6 sido en vano. No lo permitas.

La lluvia pegaba el cabello al cr6neo del peque6o cursor. Entonces baj6 la cabeza y asinti6.

—De acuerdo.

Tavi le apret6 el hombro en se6al de agradecimiento. Al menos iba a conseguir que un amigo saliera vivo de todo este l6o.

—Mu6vete.

Ehren le ofreci6 una sonrisa d6bil y un saludo desma6ado antes de darse la vuelta y alejarse a paso r6pido.

—Tiene raz6n, ¿sabes? —coment6 Max en voz baja desde la oscuridad m6s cercana.

Tavi dio un respingo sorprendido y mir6 en direcci6n a la voz de Max.

—Cuervos, Max. Me has dado un susto que me ha quitado diez a6os de vida.

Max buf6.

—Me parece que, en cualquier caso, no ten6as intenci6n de utilizarlos.

—Deber6as comer —replic6 Tavi—. Descansar. Muy pronto vamos a necesitar tus artificios.

En respuesta, Max sac6 un cuenco de cer6mica de debajo de la capa y se lo pas6 a Tavi. Estaba tan caliente que lo pudo sentir a trav6s de los guantes, pero cuando el aroma del guiso espeso le lleg6 a la nariz, una petici6n repentina de su est6mago hizo que dejara atr6s sus precauciones y engull6 el caldo, casi sin detenerse a masticar la carne. Max llevaba otro cuenco y se qued6 en compa6a de Tavi.

—De acuerdo —asinti6 Tavi—. Probablemente deber6a...

—Marcus lo est6 organizando —le cort6 Max—. Dice que deber6as comer. Sentarte durante un minuto. As6 que rel6jate.

Tavi empez6 a hacer un gesto de negativa, pero el cuerpo dolorido le impidi6 hacer otra cosa que apoyarse contra el muro.

—Esto est6 bastante mal —coment6 en voz baja—, ¿no es cierto?

Max asinti6.

—Lo peor que he visto.

Desde una cercan6a sorprendentemente pr6xima se oyeron el gru6ido fren6tico de

un cane enrabietado y golpes violentos contra el agua. Max desenfundó la espada antes de que se diluyera el sonido, y no tardó ni un segundo en mirar a su alrededor.

—¿Qué cuervos...?

Tavi no se había movido.

—Es en el río, debajo de nosotros.

Max arqueó una ceja.

—¿No deberíamos estar preocupados de que envíen tropas hacia la otra orilla?

—No en especial. Lo están haciendo desde el anochecer. Aún no han conseguido llegar a esta orilla.

Max frunció el ceño.

—¿Furias de agua?

—¿Crees que iba a dejar que los sanadores perdieran el tiempo en algo así? —preguntó Tavi.

—Eres demasiado listo para tu propio bien, Calderon —gruñó Max.

—Tiburones —explicó Tavi.

—¿Qué?

—Tiburones. Peces enormes con grandes dientes.

Max alzó las cejas.

—¿Peces?

—Hummm. Atraídos por la sangre que hay en el agua. La tribuno Cymnea ha estado recogiendo la sangre de todo el mundo que ha matado animales en el campamento y en el pueblo, y la ha estado tirando al río. Los tiburones han captado el rastro de la sangre desde el mar. Cientos de ellos. Ahora están devorando a cualquiera que se atreva a nadar allí. —Tavi señaló el agua con un gesto vago—. Los pescadores ancianos que trabajan en el río me contaron que incluso han conseguido atraer a un bebé leviatán. Pequeño, de unos doce metros.

Max gruñó.

—Peces. Tarde o temprano se saciarán y los canim conseguirán colocar un equipo de asalto a este lado del río. Deberías dejarme enviar a algunos jinetes a patrullar la orilla.

—No es necesario —indicó Tavi—. Kitai verá a cualquier cane que consiga pasar.

—¿De verdad? —dijo Max con escepticismo—. Está sola, Calderon. ¿Qué puede hacer ella que no consigan cincuenta de mis hombres?

—Ver en la oscuridad —respondió Tavi.

Max abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Oh.

—Además —continuó Tavi—, si no estuviera allí, estaría aquí.

Max soltó el aire.

—Sí. Siempre tan listo.

—No siempre —reconoció Tavi y pudo oír la amargura en su tono—. Nasaug me ha dejado en evidencia.

—¿Cómo?

—Creía que estaba retrasando el ataque para fastidiar a Sarl. Pero no era eso lo que estaba haciendo, en absoluto. Sarl fue tan estúpido como para ordenar un gran ataque contra la muralla cuando aún quedaba una hora de luz solar. Nasaug consiguió retrasar ese ataque hasta la caída de la noche, puesto que entonces los canim tendrían una gran ventaja. Derribó las puertas y las protegió para que sus tropas más sacrificables sufrieran las pérdidas de la trampa de fuego. —Tavi movió la cabeza—. Debería haberme dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Aun así —replicó Max—, no habría existido ninguna diferencia.

—Y esos lanzadores de proyectiles. —El estómago de Tavi le dio un vuelco al pensar en todos los hombres a los que habían matado—. ¿Por qué me quedé tan tranquilo pensando que solo tenían armas de mano para el combate de corto alcance?

—Porque eso es lo que han usado siempre —respondió Max—. Nadie lo podría haber previsto. Esta es la primera vez que he visto u oído algo así.

—Es igual —se cerró en banda Tavi.

—No —replicó Max—. Que te lleven los cuervos, Calderon. Has hecho mucho más de lo que nadie esperaba de ti. Probablemente más de lo que deberías haber sido capaz de hacer. Deja de culparte por todo. Tú no has traído a los canim hasta aquí.

Oyeron como otro cane gritaba en el río, en la oscuridad.

Tavi dejó escapar una carcajada cansada.

—¿Sabes qué es lo que más me preocupa?

—¿Qué?

—Cuando estaba a la orilla del río y aquellos canim venían a por mí, y se alzaron los leones, solo durante un instante... —Negó con un gesto—. Creí que quizás era algo que había hecho yo. Que quizás eran mis furias. Que quizá no era... —Se le hizo un nudo en la garganta.

Max habló en voz baja desde la oscuridad.

—Padre no me dejó nunca que manifestara una furia. Una criatura, ¿sabes? Como el perro de piedra de tu tío, o el halcón de fuego de lady Placida. Pero nunca me enseñó nada del agua, y en la biblioteca tenían un viejo libro de historias. En él había un león de agua como ese. Así que... prácticamente he aprendido solo todo lo que sé sobre los artificios de agua. Y cuando no estaba cerca, se manifestaba como un león. Le puso el nombre de Androcles. —Tavi no podía estar seguro pero en la penumbra le pareció que Max se ruborizaba—. Me sirvió de compañía cuando murió mi madre.

—Crasus debió de leer el mismo libro —comentó Tavi.

—Sí. Curioso. Nunca pensé que tuviera nada en común con él. —Se removió nervioso—. Siento mucho que no fuera lo que esperabas.

Tavi se encogió de hombros.

—Está bien, Max. Quizás ha llegado el momento de dejar de soñar con tener mis propias furias y seguir viviendo sin ellas. Las he deseado durante mucho, mucho tiempo, pero... tus furias no cambian nada.

—Nada de lo que realmente importa —reconoció Max—. No en el interior. Mi padre siempre me decía que el artificio de las furias de un hombre solo lo hacían más de lo que ya era. Un idiota con furias sigue siendo un idiota. Un buen hombre con furias sigue siendo un buen hombre.

—El viejo Killian intentó enseñarme algo por el estilo —explicó Tavi—. El día de nuestro combate final. Cuanto más pienso en ello, más convencido estoy de que estaba intentando que comprendiera que hay muchas más cosas en el mundo además de las furias. Que hay más vida que lo que podría hacer con ellas.

—No era tonto —reconoció Max—. Calderon. Sé lo que has hecho. Te debo la vida, a pesar de todos mis artificios de las furias. Al final eras el único que seguía en pie. Y eso vale el doble para Gaius. Has matado asesinos y monstruos sin ninguna ayuda. Derrotaste a un señor de la guerra canim sin armas ni la ayuda de un artificio de las furias que te protegiera, y no conozco a nadie que lo haya hecho nunca. La trampa al sur del puente ha matado a más canim en una hora que las legiones en los últimos diez años. Y aún no tengo ni la menor idea de cómo has conseguido detener su carga: creía que estábamos acabados. Y lo has hecho solo, sin la ayuda de ninguna furia. —El puño de Max golpeó ligeramente el hombro de Tavi cubierto por la armadura—. Eres un maldito héroe, Calderon. Con o sin furias. Y eres un capitán innato. Los hombres creen en ti.

Tavi negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que creen?

—De todo —respondió Max—. Creen que debes de ocultar algún artificio de las furias de los grandes si has sido capaz de sobrevivir al impacto de ese rayo. Y la mayoría no ha terminado de entender todo ese plan del serrín y las lámparas de furia. Solo vieron que movías la mano y toda la parte sur del pueblo estallaba en llamas. Conseguiste salir luchando del ataque que mató a toda la primera cohorte, y algunos de esos veteranos eran artífices del metal cercanos al nivel de un caballero. —Otro cane gritó en el río, a mayor distancia—. Te garantizo que ahora mismo están corriendo rumores de que tienes furias en el río matando canim.

—Yo no he hecho nada de eso, Max —replicó Tavi—. Están creyendo en una mentira.

—Los cojones —exclamó Max con voz seria—. Lo has hecho, Tavi. En algunos casos has tenido ayuda. Otros han costado un montón de trabajo. Ninguno de ellos ha implicado un artificio de las furias, pero lo has hecho. —Max señaló el pueblo con un gesto—. Saben lo que está ocurriendo. Cualquier hombre cuerdo saldría corriendo

hacia las colinas. Pero en lugar de eso están rabiosos. Les hierva la sangre por luchar. Durante la batalla has estado aquí a su lado. Has golpeado a los canim a la carrera por puro instinto y les has hecho sangrar sus delgadas narices. Los hombres creen que lo puedes hacer de nuevo. Te seguirán, Calderon.

—Pero has visto esas fuerzas, Max. Sabes lo que queda aún ahí fuera. Y nosotros estamos cansados, arrinconados y sin más trucos a los que recurrir.

—Eh —replicó Max—. Así es como funciona la fe. Cuanto peor sea la situación, mayor será la fe que la sostenga. Les has dado algo en que creer.

Tavi sintió unas ligeras náuseas ante esa afirmación.

—Tenemos que derrumbar el puente, Max. Tenemos que conseguir que los ingenieros lleguen a lo alto del arco para derribarlo.

—Creía que no teníamos personal suficiente que pudiera realizar un artificio de tierra —comentó Max.

—Si recuerdas —replicó Tavi—, en el Pabellón hay muchos empleados que tienen mucha práctica con los artificios de tierra.

Max parpadeó.

—Pero son bailarinas, Calderon. Profesionales... eh... cortesanas.

—... que han practicado artificios de tierra todos los días de su vida profesional —comentó Tavi—. Sé que una obra en piedra no es lo mismo, siempre me has dicho que cualquier aplicación en una de las áreas del artificio de las furias conduce a diferentes usos del mismo don.

—Bueno —reconoció Max—. Sí, pero...

Tavi arqueó una ceja.

—¿Pero...?

—Conseguir con un artificio que una sala llena de legionares se ponga frenética es una cosa, pero alterar una obra realizada con piedras pesadas es otra muy diferente.

—Las he puesto a practicar —reconoció Tavi—. No son exactamente ingenieros, pero no se trata de un artificio muy complicado. Es una demolición. Lo que necesitan realmente los ingenieros es músculo para el artificio de tierra, y las bailarinas lo tienen. Si conseguimos llevarlas con los ingenieros a la cima del puente, lo pueden derrumbar.

—Eso es un *sí* muy grande —replicó Max en voz baja.

—Sí.

Max bajó aún más la voz al darse cuenta de las implicaciones.

—Alguien tendrá que contener a los canim mientras trabajan. Sea quien sea, caerá al río o quedará atrapado en la mitad meridional del puente cuando se derrumbe.

Tavi asintió.

—Lo sé. Pero no hay alternativa. Nos costará conseguirlo, Max. Tenemos que resistir durante la noche. Si lo conseguimos, aún tendremos más bajas al rechazar a

los canim a través de nuestras defensas. Quizá tantas que no podamos resistir.

—Otorga un poco de confianza a los hombres —replicó Max—. Como te he dicho, creen. En especial, los peces. Lucharán jodidamente bien.

—Aunque lo hagan —reconoció Tavi—, es posible que no podamos vencer. Es posible que no lo consigamos.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

—Y si es posible —continuó Tavi—, quien contenga a los canim, morirá. —Se quedó en silencio durante un momento antes de proseguir—: Yo lo haré y pediré voluntarios.

—Es un suicidio —concluyó Max en voz baja.

Tavi asintió antes de que lo volviera a recorrer un escalofrío.

—¿Hay alguna posibilidad de que hagas algo con esta lluvia?

Max miró hacia arriba con los ojos entornados.

—No se trata de ningún artificio. Creo que un artífice lo suficientemente poderoso podría cambiarlo un poco. Pero para hacerlo, tienes que subir ahí arriba, y con esas cosas flotando alrededor...

—De acuerdo —lo interrumpió Tavi—. Que los cuervos se lleven la lluvia. Sin ella, seguirían esperando a que se apagasen los incendios en el pueblo. Sin ella, podríamos encender una hoguera enorme en el puente y dejar que los contuviera hasta el amanecer.

Max gruñó.

—Qué no daría ahora mismo por veinte o treinta caballeros Ignus, en lugar de todos esos Aeris. Miles de canim atrapados en un puente estrecho. Con un buen grupo de caballeros Ignus podríamos convertir todos esos perros en papilla.

Una idea golpeó a Tavi con tanta fuerza que el cuenco se le cayó de repente de los dedos entumecidos y se rompió en las piedras del puente.

—¿Calderon? —preguntó Max.

Tavi levantó una mano, pensando a toda velocidad y obligando a su mente cansada a que evaluara con rapidez la idea, las posibilidades.

Podía funcionar.

Por todos los cuervos y truenos, podía funcionar.

—Me lo dijo —oyó Tavi que decía él mismo totalmente sorprendido—. Maldita sea, me dijo exactamente dónde debía golpearles.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Max.

—Nasaug —respondió Tavi y sintió cómo una sonrisa amplia y repentina le estiraba la boca—. Max, tengo que hablar con los hombres —indicó—. Quiero que tu hermano y todos los caballeros Aeris se reúnan al otro lado de las puertas del pueblo. Necesitarán tiempo para practicar.

Max parpadeó.

—¿Qué tienen que practicar?

Tavi levantó la mirada hacia las pesadas nubes de tormenta, con su lluvia helada y los relámpagos escarlata, mientras le llegaban los aullidos de los canim procedentes de las posiciones enemigas en el Elinarch.

—Un viejo truco románico.

—¿Estáis segura de que va a funcionar, estatúder? —preguntó Giraldi en voz baja.

El centurión había arrastrado la cama del dormitorio al lado de la bañera de sanador e Isana estaba tendida en ella con la mano aún atada a la de Fade. La espada se encontraba dentro de su funda al lado de su cuerpo.

Isana cerró los dedos de la otra mano en la empuñadura de la espada.

—Sí.

—Hacer un artificio de las furias mientras dormís —comentó Giraldi y no parecía contento—. Sueno peligroso.

—Fade fue capaz de ponerse en contacto conmigo cuando estaba en un estado cercano al sueño —explicó—. Si me quedo dormida, como lo está él, es posible que pueda ponerse en contacto de nuevo.

—No está durmiendo una siestecita, estatúder —replicó Giraldi—. Se está muriendo.

—Razón de más para intentarlo.

—Y aunque lo hicierais —continuó Giraldi—, ¿serviría de algo? Aunque decida que quiere vivir, no hay mucho que pueda hacer para conseguirlo.

—No lo conoces como yo —replicó Isana en voz baja—. Tiene más voluntad que cualquier hombre a quien conozca. Excepto uno, quizá.

—¿Y si su voluntad es morir? —presionó Giraldi—. No puedo dejar que eso os ocurra, Isana.

Isana sintió cómo se le quebraba la voz con el ardor repentino.

—Él tampoco puede. Pero es necesario recordárselo lo antes posible. —Se volvió hacia el centurión—. Sin interrupciones.

Giraldi apretó la mandíbula y asintió.

—Suerte.

Isana apoyó la espalda en el colchón y cerró los ojos, sin dejar de concentrarse en el artificio. Se concentró en ello todo lo que pudo. El cansancio obstaculizaba la concentración, pero solo durante un instante breve y mareante. Y entonces...

Y entonces estaba de vuelta en Calderon. Hacía veinte años. De regreso a aquella noche terrible.

Pero esta vez el sueño no era el suyo.

Se vio más joven, corriendo a través de la noche, redondeada a causa del embarazo, jadeando a causa del dolor. Su hermana pequeña Alia andaba a su lado, sosteniendo uno de los brazos de Isana para que no perdiera el equilibrio mientras seguían avanzando a trompicones. Araris iba con ellas, pero delante, después al lado, y más tarde detrás, con los ojos vigilantes y brillantes.

En la distancia, los rayos de luz que atravesaban el cielo nocturno dibujaban el

contorno de árboles y colinas en la visión de Isana como borrones oscuros y mareantes. Desde aquí el rugido de los ejércitos en lucha sonaba como el mar rompiendo contra la orilla durante la marea alta, mientras la Legión de la Corona se sacrificaba contra la horda marat.

Isana siguió las imágenes del sueño, una testigo silenciosa e invisible, pero la conciencia de las cosas que no podía conocer atravesó sus pensamientos. Le impresionó que su yo más joven hubiera mantenido semejante zancada, y estuvo segura de que no podría haber dejado atrás a ningún explorador bárbaro. Ya habían rodeado dos posiciones enemigas, lo que sorprendió a Isana porque en aquel momento no se dio cuenta de ello, y en una de las breves desapariciones a la vista de Isana y su hermana, Araris había matado en silencio a un marat que intentaba tenderles una emboscada, sin que lo hubiera mencionado nunca.

Isana vio cómo su yo más joven perdió el equilibrio de repente y cayó, gritando y agarrándose al vientre hinchado.

—Cuervos —maldijo la joven Isana sin aliento—. Malditos cuervos. Creo que viene el bebé.

Alia estuvo inmediatamente a su lado, y la ayudó a levantarse. La mujer más joven intercambió una mirada de incertidumbre con Araris.

Araris siguió adelante.

—¿Estáis segura?

Isana contempló cómo otra contracción doblaba a su yo más joven, que lanzó una ristra de maldiciones dignas de un centurión veterano. Le costó un momento recuperar el aliento antes de jadear:

—Razonablemente.

Araris asintió y miró alrededor.

—Entonces nos tenemos que ocultar. Hay una cueva a poca distancia. —Miró a su alrededor durante un momento, sin duda evaluando sus alternativas.

El sueño quedó congelado.

—Ese fue mi primer error —dijo una voz al lado de Isana.

Allí estaba Fade, desaliñado, quemado, vestido con harapos, una figura destrozada por la vida dura y el tiempo.

—¿Fade? —preguntó Isana en voz baja.

Él negó con la cabeza y sus ojos mostraban amargura.

—Nunca te debí dejar allí.

El sueño volvió a cobrar vida. Araris se desvaneció en la noche, moviéndose como una sombra por el bosque, merodeando durante unos tres o cuatro minutos hasta que encontró la silueta oscura de la entrada de la cueva. Entonces se dio la vuelta y corrió hacia Alia e Isana.

Mientras se acercaba, de repente se dio cuenta de la presencia de otro cazador

marat a menos de tres metros de las dos jóvenes. Estaba oculto en las sombras. Se puso en movimiento de inmediato. Desplazó una mano hacia el cinturón, donde colgaba el cuchillo, pero a Isana le pareció que todo ocurría muy despacio. El marat salió de su escondite con el arco en la mano y una flecha con punta de obsidiana dispuesta en la cuerda. Isana se dio cuenta, a través de los recuerdos que tenía Fade de la escena, de que el marat había visto el cabello dorado de Alia como una zona incongruente de sombra más clara. La había apuntado a ella porque la podía ver mejor.

Fade lanzó el cuchillo.

El marat soltó la flecha.

El cuchillo de Fade se hundió hasta la empuñadura en el ojo del marat. El cazador se derrumbó, muerto antes de tocar el suelo.

Pero la flecha que había disparado impactó en Alia con un golpe seco y pesado. La muchacha dejó escapar de golpe el aire y cayó sobre manos y rodillas.

—Cuervos —gruñó Fade y se acercó a ella. Se mantuvo quieto durante un momento. Estaba destrozado.

—Estoy bien —comentó Alia con voz temblorosa, pero se puso en pie con el vestido manchado de sangre a bastantes centímetros por debajo del brazo—. Solo es un corte. —Recogió un trozo de un astil de madera roto con plumas negras de cuervo que lo identificaban como el proyectil del marat—. La flecha se ha roto. Debía de estar tarada.

—Déjame ver —pidió Araris y miró la herida.

Se maldijo por no saber más de las artes de sanar, pero no había demasiada sangre, o al menos no la suficiente para que la muchacha perdiera la conciencia.

—¿Araris? —preguntó Isana, con la voz contraída por el dolor.

—Ha tenido suerte —respondió con brevedad—. Pero ahora tenemos que escondernos, mi señora.

—Yo no soy tu señora —replicó Isana como por reflejo.

—Es incorregible —suspiró Alia. Su voz transmitía un tono de alegría forzada—. Venga, vamos. Escondámonos.

Araris y Alia ayudaron a Isana a llegar a la cueva. Tardaron mucho más de lo que le habría gustado a Araris, porque Isana casi no se podía mantener en pie. Pero al final llegaron a la caverna, uno de los muchos lugares similares que habían preparado los exploradores de Septimus por si los miembros de la legión necesitaban un refugio a causa de las violentas tormentas de furia de la zona, o de las duras ventiscas invernales procedentes del mar de Hielo.

Con la entrada oculta detrás de unos matorrales espesos, la cueva se retorció con un pequeño túnel en forma de S que impedía que saliera la luz y se descubriera el lugar. A partir de ahí se abría en una pequeña sala, que quizá tenía el doble del

tamaño de una tienda reglamentaria de los legionares. Ya se había dispuesto un hueco para el fuego y se había colocado el combustible. También se había desviado un pequeño arroyo para que corriera a lo largo de la parte trasera de la cueva. Cayó por la pared de roca hacia una laguna pequeña y somera, antes de proseguir su camino por la roca.

Alia ayudó a Isana a sentarse al lado del fuego y Araris lo encendió con el esfuerzo rutinario de un pequeño artificio de las furias. También hizo que las lámparas de furia cobraran vida, que ardieron con una llama baja y escarlata.

—Me temo que no hay ropa de cama —comentó, mientras se quitaba la capa escarlata y la enrollaba para formar una almohada que deslizó bajo la cabeza de Isana.

Los ojos de la joven Isana estaban vidriosos a causa del dolor. Su espalda se contorsionó con otra contracción, y apretó los dientes para ahogar un grito de dolor.

El tiempo transcurrió como ocurre en los sueños, infinitamente lento mientras pasaba con una velocidad mareante. Isana recordaba muy poco de aquella noche, excepto los ciclos continuos e interminables de dolor y terror. No tenía una idea clara de cuánto tiempo estuvo tendida en la cueva hacía tantos años, pero excepto una rápida excursión para ocultar el rastro de su paso, Araris estuvo a su lado todos los momentos de todas las horas. Alia estuvo sentada a su lado, limpiándole la frente con un pañuelo mojado y dándole agua entre los ataques de dolor.

—Señor caballero —comentó finalmente Alia—. Algo va mal.

Araris apretó los dientes y la miró.

—¿Qué ocurre?

La verdadera Isana respiró hondo. No recordaba esas palabras. El último recuerdo que tuvo de su hermana fue verla a través de una neblina de lágrimas mientras Alia usaba un trapo húmedo para limpiar las lágrimas y el sudor de los ojos de Isana.

—El bebé —explicó Alia y la muchacha se mordió el labio—. Creo que viene en mala posición.

Araris miró impotente a Isana.

—¿Qué podemos hacer?

—Necesita ayuda. Una comadrona o un sanador con conocimientos.

Araris negó con la cabeza.

—No hay ninguna explotación agrícola en todo el valle de Calderon, al menos hasta que lleguen los nuevos estatúderes el próximo año.

—¿Y los sanadores de la legión?

Araris la miró fijamente.

—Si hubiera alguno vivo, ya estaría aquí —respondió.

Alia parpadeó sorprendida y frunció el ceño confundida.

—¿Mi señor?

—Nada más que la muerte haría que mi señor abandonase el lado de vuestra hermana —respondió Araris en voz baja—. Y si él muere, significa que las fuerzas marat son apabullantes y la legión muere con él.

Alia se lo quedó mirando y el labio inferior le empezó a temblar.

—P-pero...

—Por ahora, los marat controlan el valle —explicó Araris con tranquilidad—. Llegarán refuerzos desde Riva y Alera Imperia, probablemente antes de acabar el día. Pero por ahora sería un suicidio abandonar este lugar. Nos tenemos que quedar hasta que sea seguro salir.

Otra contracción golpeó a la joven Isana, que la soportó jadeando y mordiéndose un trozo de cuero retorcido, cortado del cinturón del *singulare*, aunque estaba demasiado débil a causa de las horas de parto para lanzar un grito demasiado fuerte. Alia se mordió el labio y los ojos de Araris parecían poseídos mientras la miraba impotente, incapaz de ayudar.

—Entonces... —Alia enderezó la espalda y levantó la barbilla.

Al verlo entonces, a Isana le resultó un gesto desgarrador, el esfuerzo evidente de una niña para infundirse valor... y un fracaso igualmente claro.

—Entonces estamos solos.

—Sí —reconoció Araris en voz baja.

Alia asintió lentamente.

—Entonces... con vuestra ayuda, creo que la puedo ayudar.

Él alzó las cejas.

—¿Artificio de agua? ¿Tenéis ese tipo de talento?

—¿Señor? —respondió Alia dubitativa—. ¿Tenemos alternativas?

La boca de Araris se torció en las comisuras, formando una sonrisa pasajera.

—Supongo que no. ¿Habéis actuado alguna vez como comadrona?

—Dos veces —respondió Alia, antes de tragar saliva—. Hum. Con caballos.

—Caballos —repitió Araris.

Alia asintió con los ojos hundidos en las sombras y preocupada.

—Bueno. En realidad lo hizo padre. Pero yo le ayudé.

La joven Isana volvió a gritar.

Araris asintió en cuanto pasó la contracción.

—Cogedle el otro brazo.

La imagen desarrapada de Fade, que se encontraba al lado de Isana, comentó:

—Ese fue mi segundo error. Idiota. Era tan idiota.

Juntos trasladaron a Isana al lado del estanque somero. Araris se quitó la armadura con gestos rápidos y se arrodilló detrás de Isana, apoyando el cuerpo sobre el pecho, mientras Alia se arrodillaba delante de ella.

Isana contempló la escena, fascinada por los recuerdos de Fade. Ella no recordaba

nada de eso. Nadie se lo había explicado nunca.

Araris le dio las manos a la joven Isana y ella se las apretó hasta dejarlas sin circulación durante cada una de las contracciones. Alia estaba arrodillada delante de su hermana, rodeando el vientre con las manos y con los ojos cerrados en un gesto de concentración. La escena adquirió una sensación intemporal, algo que había quedado separado de todas las demás cosas que estaban sucediendo, encerrado en su mundo privado.

Alia cayó de repente hacia un lado en el estanque. Salpicó agua. La mirada de Araris saltó hacia ella.

—¿Os encontráis bien?

La muchacha tembló durante un momento antes de cerrar los ojos e incorporarse de nuevo. La cara se le había quedado pálida.

—Estoy bien —respondió—. Solo es el frío.

—Idiota —murmuró Fade al lado de Isana—. Idiota.

El vientre de Isana se retorció en una comprensión repentina y horrible de lo que estaba por venir.

Pasó una hora con Alia animando a su hermana cada vez más tambaleante y más pálida, mientras Araris centraba toda su concentración en apoyar a Isana.

Finalmente, se produjo un gritito medio ahogado. Alia sostuvo con suavidad una pequeña forma en sus brazos y la envolvió en una capa que estaba dispuesta a su lado. El bebé siguió llorando con un sonido desesperado y terriblemente solitario.

Alia, que se movía muy despacio, extendió los brazos y le pasó el bebé a la joven Isana. Ella vio una mata de cabello fino y oscuro. El bebé se empezó a tranquilizar cuando su madre medio dormida lo apretó contra ella y la miró con los ojos verde hierba de Septimus.

—Ave, Octavio —susurró Alia.

Entonces se dejó caer al suelo, dentro de la laguna y de repente se quedó inmóvil.

Araris lo vio y se dejó llevar por el pánico. Con un grito, alejó a Isana y el bebé del agua y regresó a por Alia, que no se movía ni respiraba.

Fade apartó el vestido de la herida y descubrió una visión horrible. El extremo roto de una flecha salía de la herida como una espina obscena y Araris se dio cuenta con gran sorpresa que varios centímetros de flecha, rematados por la cabeza de vidrio volcánico habían penetrado profundamente.

Cayó la oscuridad.

—Mintió —le explicó Fade en voz baja a Isana—. Estaba más preocupada por ti que por ella. No quería distraerme de ayudarte a ti y al bebé.

Las lágrimas le emborronaban la visión y sintió en el corazón una nueva punzada de dolor al presenciar la muerte de Alia, seguida de una horrible y aplastante montaña de culpa que cayó sobre los hombros de Isana porque su hermana pequeña había

muerto para salvarla a ella.

—Nunca debí dejaros solas —reconoció Fade—. Ni siquiera durante un instante. Me debí dar cuenta de lo que le pasaba. Y Tavi... —Fade tragó saliva—. Nunca encontró sus furias. Debió ocurrir durante el alumbramiento. Quizás el frío. A veces un parto difícil puede dañar al bebé, alterar su mente. Si hubiera recordado mi obligación. Usado mi calor, le traicioné... y a ti, y a Alia y a Tavi.

—¿Por qué, Fade? —susurró Isana—. ¿Por qué dices eso?

—No puedo —murmuró—. Era como un hermano. No debió haber ocurrido. Nunca.

Y entonces, de repente, la escena cambió. Isana y Fade se encontraban de vuelta en el campamento de la legión, justo antes del ataque. Septimus estaba delante de él en su tienda de mando, la mirada dura y calculadora. De su boca no dejaban de salir órdenes. Les daba instrucciones a sus tribunos mientras Araris le ayudaba con la armadura.

Terminó y la tienda se vació mientras el campamento se preparaba para la batalla. Araris terminó con el último cierre de la armadura y golpeó con fuerza el hombro blindado de Septimus. A continuación cogió el yelmo del Princeps y se lo pasó a Septimus.

—Voy a ayudar a preparar el puesto de mando —comentó Araris—. Os veré allí.

—Rari —lo detuvo Septimus—. Espera.

Araris se quedó quieto, frunciéndole el ceño al Princeps.

—Necesito que hagas algo.

Araris sonrió.

—Me ocuparé de ello. Ya estamos alejando a los no combatientes.

—No —replicó Septimus, que puso una mano sobre el hombro de Araris—. Necesito que las saques de aquí en persona.

Araris se envaró.

—¿Qué?

—Quiero que te lles a Isana y a su hermana.

—Mi puesto está a vuestro lado.

Septimus vaciló durante un instante y miró hacia el este con ojos preocupados.

—No. Esta noche no —dijo al final.

Araris frunció el ceño.

—¿Vuestra Alteza? ¿Estáis bien?

Septimus se movió como un perro que se estuviera secando el agua y la incertidumbre se desvaneció de su expresión.

—Sí. Pero creo que finalmente he comprendido lo que ha estado pasando desde las Siete Colinas.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Araris.

Septimus negó con la cabeza y alzó la mano.

—No hay tiempo. Quiero que te las lleves a un lugar seguro.

—Vuestra Alteza, puedo asignar una unidad montada para que las escolte.

—No. Tienes que ser tú.

—Cuervos, Septimus —exclamó Araris—. ¿Por qué?

Septimus lo miró directamente a los ojos.

—Porque sé que cuidarás de ella —respondió en voz baja.

Los ojos de Araris se abrieron de par en par y empalideció. Negó con la cabeza.

—Sep, no. No, no es así. Nunca querría algo así. No para mi señor. No para mi amigo.

El rostro del Princeps se iluminó de repente con una sonrisa y echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Cuervos. Ya lo sé, Rari, so idiota. Sé que no lo querrías.

Araris bajó la cabeza con el ceño fruncido.

—Aun así. No debo. No es correcto.

Septimus golpeó con el puño el hombro de Araris.

—Venga ya, hombre. No le puedo tirar piedras a todo el mundo que se enamora de ella. Al fin y al cabo, yo lo hice. —Lanzó una mirada en dirección a la tienda que compartía con Isana—. Ella es algo especial.

—Lo es —asintió Araris en voz baja.

El rostro de Septimus se puso serio.

—Tienes que ser tú.

—De acuerdo —aceptó Araris.

—Si me ocurriera algo...

—No te ocurrirá —le interrumpió Araris con firmeza.

—No lo podemos saber —replicó Septimus—. Nadie lo puede saber. Tienes que ser tú. Si me ocurriera algo, quiero que cuides de ella. —Miró a Araris—. No puedo soportar la idea de que ella y el bebé se queden solos. Prométemelo, Araris.

Araris movió la cabeza.

—Eso es ridículo.

—Es posible —reconoció Septimus—. Eso espero. Pero prométemelo.

Araris le frunció el ceño al Princeps durante un momento, antes de levantar la barbilla y asentir con un gesto seco.

—Cuidaré de ella.

Septimus le golpeó el brazo con suavidad.

—Muchas gracias —se lo agradeció con tono cálido.

El sueño se detuvo, congelado en esa imagen.

Fade, al lado de Isana, se quedó mirando la imagen de Septimus.

—Le fallé —comentó, mientras las lágrimas le bajaban por las mejillas y pasaban

por encima de las cicatrices de la quemadura—. Debí quedarme con él. Pero cuando llegó el momento... lo único que quería era alejaros de la batalla. Asegurarme que estabais seguras. —Inclinó la cabeza—. Dejé que el corazón guiara a la cabeza. Dejé que me cegara ante mis obligaciones. Me cegara ante los peligros potenciales. Me cegara ante la herida de tu hermana. Me cegara ante lo que le podía ocurrir al bebé.

Levantó la mirada hacia ella con gesto apenado.

—Te amaba, Isana. La mujer de mi mejor amigo, de mi hermano de armas. Te amaba y me siento avergonzado.

Isana se quedó mirando la imagen de Septimus durante un buen rato, aunque las lágrimas del sueño le emborronaban la visión.

—Fade...

—No puedo corregir mis errores —la interrumpió Fade—. Nunca conseguiré lavar la sangre en mis manos. Déjame ir. Aquí ya no queda nada para mí.

Isana se volvió a mirar a Fade y levantó las manos pálidas y delgadas para enmarcar el rostro del esclavo. Podía sentir su culpa angustiada, sentir el dolor, las recriminaciones, y el pozo sin fondo de los remordimientos.

—Lo que ocurrió —explicó en voz baja—, no fue culpa tuya. Fue horrible. Odio que ocurriera. Pero tú no lo provocaste.

—Isana... —susurró Fade.

—Solo eres humano —le interrumpió Isana—. Todos cometemos errores.

—Pero el mío... —Araris negó con la cabeza—. También tiene su implicación en esta guerra. Si Septimus hubiera vivido, habría sido el Primer Señor más grande que Alera hubiera conocido en toda su historia. Habría sido un heredero fuerte y dotado. Con una esposa amable y compasiva a su lado. Y nada de esto habría ocurrido.

—Quizá sí —reconoció Isana con suavidad—. Quizá no. Pero no puedes utilizar en tu contra las acciones de miles de personas diferentes. Tienes que dejarlo ir.

—No puedo.

—Sí puedes —repitió Isana—. Tú no tuviste la culpa.

—Tavi —insistió Fade.

—Tú tampoco tuviste la culpa de eso, Fade. —Isana respiró hondo—. Fue culpa mía.

Fade parpadeó durante un momento.

—¿Qué?

—Yo se lo hice —reconoció Isana en voz baja—. Cuando era un bebé. Cada vez que lo bañaba pensaba en qué pasaría si mostraba los talentos de su padre. Cómo atraería la atención sobre él. Cómo lo señalaría como heredero de Gaius. Como objetivo de los maníacos hambrientos de poder del Reino que intentaban hacerse con el trono. Al principio no me di cuenta de lo que le estaba haciendo. —Lo miró fijamente a los ojos—. Pero cuando lo hice... no paré, Fade. Me reafirmé en la tarea.

Detuve su crecimiento para que aparentara ser más joven de lo que era, de manera que pareciera imposible que fuera el hijo de Septimus. Y al hacerlo, de alguna manera también detuve su mente. Evité que pudieran surgir sus talentos, hasta que las furias de agua alrededor de la explotación estaban tan acostumbradas a ello que casi no necesitaba pensar en el tema.

»A diferencia de ti —continuó—, yo sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y por eso, soy tan culpable de esta guerra como tú.

—No, Isana —negó Fade.

—Lo soy —repitió Isana en voz baja—. Por eso estoy aquí. Contigo. Cuando te vayas, me iré contigo.

Los ojos de Fade se abrieron de par en par.

—No, Isana, no, por favor. Déjame.

Ella cogió sus manos con las suyas.

—Nunca. No dejaré que desaparezcas, Araris. Y por todos los cuervos y truenos, aún no has cumplido con tu deber. Se lo juraste a Septimus. —Le apretó las manos, mirándolo con dureza a los ojos—. Era tu amigo. Se lo prometiste.

Araris le devolvió la mirada, temblando y en silencio.

—Sé hasta qué punto está herida tu alma, pero no te puedes rendir. Ahora no puedes abandonar tu deber, Araris. No tienes ese derecho. Te necesito. —Alzó la barbilla—. Octavio te necesita. Volverás a tus obligaciones. O convertirás en realidad tu traición dejándote morir... y llevándome contigo.

Él empezó a llorar.

—Araris —lo llamó Isana con una voz baja y compasiva, mientras le cogía por la barbilla y la levantaba hasta que se encontró con sus ojos. Entonces, con mucha suavidad, dijo—: Elige.

Amara intentó sonreírle a la niña pequeña y le extendió los brazos.

—Masha —explicó Rook en voz baja—. Esta es la condesa Amara. Ella te va a sacar de aquí.

La niña pequeña frunció el ceño y se aferró con más fuerza a Rook.

—Pero esta vez me quiero ir contigo.

Rook parpadeó rápidamente durante unos segundos antes de replicar.

—Esta vez nos vamos juntas, cariño. Te veré fuera.

—No —se negó la niña, y se aferró con más fuerza.

—Pero ¿no quieres volar con Amara?

La niña levantó la cabeza.

—¿Volar?

—Te veré en el tejado.

—¿Y entonces nos iremos y conseguiremos ponis? —preguntó Masha.

Rook sonrió y asintió.

—Sí.

Masha sonrió a su madre y no puso objeciones cuando Rook la levantó para entregársela a Amara. La niña rodeó con sus piernas la cintura de Amara y le puso los brazos alrededor del cuello.

—De acuerdo, Masha —dijo, tensando los músculos del cuello bajo el abrazo de la niña—. Agárrate fuerte.

Rook se volvió hacia la gran cama y arrancó un trozo de sábana de seda acolchada lo suficientemente grande como para servir de pabellón. Corrió hacia uno de los grandes armarios, pasó una punta de la sábana alrededor de la pierna y la ató con movimientos rápidos y eficientes.

—Lista.

—¿Vuestra Gracia? —preguntó Amara—. ¿Estáis dispuesta?

Lady Placida levantó la mirada con un rostro distante a causa de la concentración. Se arrodilló en el suelo mirando hacia la pared opuesta con las manos recogidas tranquilamente en el regazo. Ante las palabras de Amara, cambió de posición y adoptó algo parecido a la postura de salida de un corredor.

—Lo estoy —asintió.

El corazón de Amara empezó a latir desbocado y sintió que le temblaban las piernas con un pánico creciente. Levantó la mirada hacia las cuatro gárgolas encima de los pilares y entonces atravesó la habitación para colocarse al lado de Rook contra una pared. Concentró los ojos en el centro del techo, donde podría ver cualquiera de las gárgolas si se empezaban a mover.

—Muy bien —indicó en voz baja—. Comenzad.

Lady Placida concentró sus ojos desafiantes en la pared opuesta y gruñó:

—¡Lithia!

No ocurrió nada.

Lady Placida gruñó, levantando un puño apretado y gritó:

—¡Lithia!

Y con eso el suelo de la habitación tembló y se elevó, y las piedras formaron la silueta de un caballo, con la cabeza y los hombros por encima del suelo mientras corría hacia la pared opuesta.

Al mismo tiempo, Amara llamó a Cirrus. Encerradas como estaban en la habitación de piedra, se encontraba lejos del aire libre que amaba la furia y Cirrus respondió lentamente y con reticencias a su llamada. No esperaba nada más —por el momento—, y solo confió en la rapidez natural de la furia para acelerar sus movimientos.

Así, cuando las cuatro gárgolas cobraron vida de repente, vio la reacción súbita con gran lentitud, porque sus sentidos quedaban distorsionados debido a su unión con la furia.

Las gárgolas abrieron los ojos, y revelaron el brillo de unas esmeraldas verdes, que relucían con luz propia. Talladas en la basta forma de un león, sus cabezas eran la mezcla monstruosa de un hombre, un león y un oso. Unos cuernos afilados surgían de los laterales de las anchas cabezas, apuntando directamente por delante de sus ojos como puñales letales y las patas delanteras lucían unas garras desmesuradas, como las de un ave de presa.

Como Kalarus había advertido a lady Placida, las gárgolas se concentraron de inmediato en la niña.

Amara vio cómo la gárgola más cercana saltaba de su sitio, y planeaba hacia ella como una hoja que cayera de un árbol. Se apartó de la pared, con lo que evitó el ataque, pero sintió cómo temblaba el suelo al aterrizar y oyó un sonido atronador a su espalda.

Masha empezó a lloriquear cuando se le empezó a resbalar el abrazo alrededor del cuello de Amara. A pesar de la fuerza con la que se agarraba la niña, la velocidad de reacción de Amara había estado a punto de separarla por completo de ella, de manera que agarró con una mano uno de los brazos de Masha y una pierna con la otra. Tuvo que invertir la inercia cuando la segunda gárgola cayó al suelo de la habitación y se lanzó contra ella.

Acababa de evitarla, agachándose y rodando por el suelo cuando la tercera furia de tierra saltó y pasó a través del espacio que había ocupado su cabeza un instante antes. Se puso en pie un latido más tarde de lo que debía. La niña que llevaba a la espalda había alterado su centro de gravedad, lo que la obligaba a esforzarse para mantener los movimientos fluidos y equilibrados. Saltó sobre la cama, rebotó para

atravesarla y arrancó el dosel, tirando los pesados cortinajes sobre la cabeza de la cuarta gárgola mientras intentaba huir de su persecución.

Pero parecía que sus oponentes se movían cada vez con más rapidez, y una oleada de terror recorrió a Amara cuando se dio cuenta de que Cirrus, encerrado entre piedras, había empezado a debilitarse. Solo le quedaban segundos.

Entonces lady Placida volvió a gritar, y Amara giró la cabeza a tiempo de ver cómo la furia de tierra de la Gran Señora golpeaba contra la pared exterior de la torre. La piedra se hizo añicos y crujió como protesta, y la furia de tierra abrió un agujero del tamaño del escudo de un legionero en la piedra endurecida contra los asedios que formaba el recubrimiento exterior de la ciudadela.

El pánico dio paso a la exaltación cuando Amara sintió cómo Cirrus cobraba fuerzas de nuevo, y saltó hacia delante, plantó un pie enfundado en la sandalia sobre la cabeza de una de las gárgolas que se acercaba a ella y saltó hacia la abertura. Pasó a través de ella en el mismo instante que lady Placida agarraba la pesada cadena con una mano y la arrancaba de la pared con un simple tirón fuerte, sacando un bloque de piedra del tamaño de la cabeza de un hombre.

Amara cayó.

Masha volvió a gritar mientras caían, y Amara llamó desesperadamente a Cirrus. Se trataba de una carrera contra la gravedad. Aunque la furia la podía sostener a ella y a la niña sin ninguna dificultad, se tardaba un tiempo precioso en crear una corriente de aire, y la caída desde la torre no era demasiado larga.

A menos, por supuesto, que fuera incapaz de detener su descenso, en cuyo caso era lo suficientemente larga.

De repente el viento aulló a su alrededor de una manera extraña, como si fuera el relincho desafiante de un caballo de batalla, una silueta nubosa y nebulosamente equina resultó visible a su alrededor cuando Cirrus convirtió la caída en un deslizamiento hacia adelante a poco más de medio metro del suelo. Amara alteró el curso, utilizando la inercia para lanzarse a una subida vertical.

Al hacerlo, los gritos de terror de la niña se convirtieron en gritos de excitación y alegría que Amara no le podía reprochar que estuviera sintiendo en esos momentos. Pero también estaba casi segura de que la ciudadela de Kalarus estaría protegida por toda una legión de furias del viento en miniatura cuyo único cometido sería obstaculizar el vuelo de todo artífice del viento indeseado. Lo más probable era que Cirrus pudiera pasar a través de ellas, al menos por el momento, pero Amara sabía que solo era cuestión de tiempo el que consiguieran expulsarla del cielo.

Volvió los ojos ansiosos hacia la parte superior de la torre, y vio cómo Rook se deslizaba por el agujero de la pared con los pies por delante. Se impulsó desde el borde. Durante un segundo, Amara creyó que se iba a caer. Pero en su lugar, la antigua cuervo de sangre sostenía un montón de sábanas de seda que había atado al

armario. Rook se dio la vuelta al caer y se impulsó hacia la pared. Absorbió el golpe con los pies y las piernas. Lo hizo con la habilidad de un montañero experto.

Ahora que Rook se encontraba fuera de la habitación, lady Placida era libre de ocuparse de las gárgolas sin hacerles daño a sus aliadas. Unos crujidos horribles y unas nubes de polvo surgieron de la cámara superior de Kalarus. Empezaron a sonar más campanas de alarma. Amara oyó chillidos dentro de la torre, sonidos terribles de hombres y mujeres moribundos, y se dio cuenta horrorizada de que la torre debía contener muchas más gárgolas que las cuatro del dormitorio. Oyó cómo alguien soplaba un cuerno de órdenes con unas notas precisas y supuso que eran los Inmortales que estaban reaccionando de inmediato ante la alarma y coordinando esfuerzos.

Amara salió disparada hacia la habitación. Se detuvo a una distancia que esperaba que estuviera fuera del alcance de cualquier gárgola.

—¡Lady Placida!

A unos tres metros de la pared por debajo del primer agujero, las piedras volvieron a explotar hacia fuera. Esta vez crearon una abertura mucho más grande, y una de las gárgolas salió volando junto con los escombros. Cayó pataleando con violencia, hasta que impactó contra el suelo, y se convirtió en esquirlas y cantos rodados.

Amara levantó de nuevo la cabeza, justo a tiempo de ver cómo una de las gárgolas se asomaba por el primer hueco de la pared. Le brillaban los ojos verdes, y se preparaba para lanzarse contra Masha.

Amara viró hacia un lado en un esfuerzo por evitar el salto de la gárgola. Antes de que la furia pudiera saltar, un enorme bloque de piedra unido a una cadena pesada la golpeó por detrás, la lanzó fuera de la torre y la hizo caer. De este modo compartía el destino de su compañera.

Lady Placida apareció en la abertura, con la cadena todavía unida al collar. La sostenía como a medio metro por encima del trozo de piedra que seguía unido a su extremo, como si allí tuviera una tara. Le hizo a Amara un gesto seco, dejó caer la piedra y partió la cadena con el mismo esfuerzo que le cuesta a una costurera cortar un hilo.

—¡Hecho! ¡Al tejado!

—¡Allí nos vemos! —gritó Amara, que se dirigió hacia arriba mientras lady Placida volvía a meter a Rook en el dormitorio.

Amara oyó otro crujido un instante más tarde, presumiblemente el sonido que produjo la puerta cerrada del dormitorio al derribarla, y aterrizó en el tejado de la ciudadela, buscando la presencia de más gárgolas o guardias, pero el espacio estaba desierto, al menos por el momento.

El tejado de la torre era bastante llano y su superficie solo estaba marcada por dos

rasgos distintivos. El primero de ellos era una abertura cuadrada en el centro del suelo, donde empezaban las escaleras que bajaban por la torre. Amara oyó acero trabado con acero dentro del hueco.

A poca distancia de las escaleras se encontraba el aviario de Kalarus. Era una sencilla cúpula de barras de acero, quizá de un metro y medio de diámetro y que solo le llegaba a Amara a la altura de la cintura. Dentro se encontraba una muchacha que no debía de tener más de quince o dieciséis años. Al igual que lady Placida, no llevaba nada más que una combinación de muselina blanca, y tenía el cabello lacio y sin brillo por el calor y la humedad en la cima de la torre. A un lado de la jaula había unas sábanas extendidas en el suelo. Sin duda era el asunto del que hablaba la carta que Rook y ella habían encontrado antes.

La muchacha estaba agachada en el centro de la jaula, con los ojos muy abiertos, y Amara sintió cierta sorpresa al comprobar su parecido con Gaius Caria, la segunda y casi repudiada esposa del Primer Señor. Pero sus facciones carecían de los rasgos de engreimiento amargado que Amara había visto siempre en el rostro de Caria. La muchacha la miró con una mezcla de desesperación, preocupación y confusión.

—¿Aticus Minora? —preguntó Amara en voz baja.

—Me podéis llamar E-Elania —respondió la chica—. ¿Q-quién sois?

—Amara ex Cursori —contestó Amara, al mismo tiempo que ponía el dedo delante de los labios, pidiéndole que guardara silencio—. He venido a sacaros de este lugar.

—Gracias a las furias —suspiró la muchacha, manteniendo el tono bajo—. Lady Placida está dentro. No sé dónde.

—Yo lo sé —le informó Amara.

Los sonidos del acero más cercano quedaron ahogados de repente por un siseo atronador y Amara giró la cabeza para ver cómo la cabeza y los hombros de un Inmortal cubierto de armadura salía del agujero en el suelo, mientras seguía mirando hacia las escaleras. Pero antes de que pudiera salir del todo, se produjo otro coro de sonidos siseantes, y lo que Amara solo podía describir como gotas de lluvia al rojo vivo salieron disparadas del interior de la torre en una nube que atravesó al desafortunado soldado Inmortal e impactó contra su cuerpo acorazado, pasando a través de él con la misma facilidad con que la aguja atraviesa la tela, y dejando a su paso pequeños agujeritos ardientes en el acero de su armadura. El hombre se tambaleó, pero se mantuvo en pie a duras penas, y lanzó una estocada hacia alguien que había por debajo de él.

Una voz de mujer resonó con tono imperativo, y una segunda oleada de gotas de fuego atravesó al Inmortal condenado. Esta vez el ataque dejó media docena de agujeros rojos y calientes en su yelmo y el hombre cayó.

—¡Deprisa! —gritó la voz de lady Aquitania.

Aldrick fue el primero en salir de la escalera. Recorrió todo el tejado de la torre con su mirada implacable. Abrió los ojos un poco al ver a Amara, y la cursor se dio cuenta de que, de manera inconsciente, estaba tirando hacia abajo del dobladillo de la túnica.

—¡Muévete! —insistió lady Aquitania—. Kalarus está a punto de...

Entonces Amara oyó cómo hablaba un hombre con una voz dotada de una fuerza increíble y rugiente que conmovió literalmente las piedras de la torre que había bajo sus pies.

—¡Ningún hombre se burla de mí en mi casa! —tronó la voz ampliada por las furias.

Entonces le contestó una voz de mujer tan fuerte como la primera, aunque no tan melodramática, e irónicamente divertida.

—Las demás casi ni necesitamos intentarlo. Dime, Brencis —se burló lady Placida—, ¿sigues teniendo el mismo problemita para acostarte con las mujeres como cuando estabas en la Academia?

La respuesta de Kalarus fue un rugido de pura rabia que hizo temblar la torre y levantó una nube de polvo asfixiante.

—¡Muévete, muévete! —gritó lady Aquitania desde abajo, antes de que apareciera Odiana empujando frenéticamente a Aldrick por la espalda.

El enorme espadachín cayó sobre el tejado, mientras Odiana y lady Aquitania subían las escaleras a gran velocidad y se arrojaban a ambos lados de la abertura.

Menos de un segundo más tarde, un rugido titánico hizo temblar de nuevo la torre, en cuyo interior explotó una columna de fuego al rojo vivo. Subió rugiendo entre las piedras y se levantó a decenas de metros sobre el cielo de Kalare. El aire se volvió seco y caliente en un instante, y Amara se tuvo que poner rápidamente los brazos delante de los ojos para que no la cegara la luz de la llama que Kalarus había creado con un artificio.

El fuego pasó con rapidez, aunque el estallido de calor de una llama tan grande dejó el aire bochornoso y muchas de las barras de la jaula en forma de cúpula brillaron con un fuego mortecino. Amara levantó la mirada hacia Odiana, Aldrick y lady Aquitania.

—¿Bernard? —gritó y se dio cuenta de que su voz sonaba quebrada a causa del pánico—. ¿Dónde está? ¿Bernard?

—¡No hay tiempo! —replicó Odiana.

Lady Aquitania señaló la jaula.

—Aldrick.

El espadachín se acercó a la jaula, afirmó los pies y movió la espada en tres tajos rápidos. Las barras de acero lanzaron chispas y Aldrick dio un paso atrás. Un latido más tarde, una docena de secciones de las barras de hierro cayeron sobre las piedras

con un sonido metálico, con las puntas brillando a causa del calor del corte, dejando en la jaula en forma de cúpula un hueco de sección triangular.

En un gesto cortés, Aldrick le tendió la mano a Aticus Elania.

—Por aquí, señora, por favor.

Lady Aquitania miró de reojo a la chica antes de volverse a Odiana.

—Cristales de fuego —ordenó con voz aguda.

La mano de Odiana se hundió en el escote bajo su túnica de esclava y tiró de la costura, poniendo debajo la otra mano. Atrapó algo que cayó del escote y se lo pasó a lady Aquitania: tres cristales pequeños, dos escarlatas y uno negro, brillaron en la palma de su mano.

—Aquí, Vuestra Gracia —indicó Odiana—. Están preparados.

Lady Aquitania los cogió de la mano de Odiana, musitó algo en voz baja y los lanzó hacia el extremo más alejado del tejado de la torre, donde empezaron a formar de inmediato una nube de humo: dos volutas de un brillante color escarlata y una del negro más profundo, los colores de Aquitania.

—¿Qué-qué está pasando? —preguntó Elania con voz temblorosa.

—El humo es una señal —le respondió Aldrick a la chica con un tono atropellado y educado—. Nuestro carruaje tardará un momento en llegar.

—¡Lady Aquitania! —intervino Amara.

La Gran Señora se quedó quieta de manera deliberada durante un latido, y se volvió hacia Amara con un arqueado de ceja.

—¿Sí, condesa?

—¿Dónde está Bernard?

Lady Aquitania se encogió de hombros con elegancia.

—No tengo ni idea, querida. ¿Aldrick?

—Estaba defendiendo la escalera detrás de nosotros —explicó Aldrick con concisión—. No he visto lo que le ha podido ocurrir.

—No puede haber sobrevivido a esa tormenta de fuego —concluyó lady Aquitania con tono pragmático y tajante.

Las palabras despertaron una oleada de rabia que Amara no había sentido nunca y se dio cuenta de que estaba de pie con las manos convertidas en puños y la mandíbula apretada mientras veía las estrellas. El primer impulso que sintió fue el de lanzarse sobre lady Aquitania, pero en el último instante recordó que la niña seguía colgada de su espalda y se obligó a permanecer en el sitio. Amara necesitó un segundo para controlar la voz y que no saliera como un gruñido incoherente.

—Eso no lo sabéis.

—Lo habéis visto —replicó lady Aquitania—, estabais aquí, igual que yo.

—Mi señora —intervino Odiana con voz vacilante, incluso servil.

—Aquí llegan —señaló Aldrick y Amara levantó la mirada para ver cómo los

caballeros Aeris descendían a toda prisa hacia la punta de la torre, portando el carruaje entre ellos.

Lady Aquitania volvió a mirar a Amara. Entonces cerró los ojos durante un momento, apretó los labios y movió la cabeza con gesto rígido.

—En este momento ya no importa, condesa. Ahora que las alarmas están sonando, nos tenemos que ir lo antes posible, si queremos salir de aquí. —Miró a Amara y añadió bajando la voz—. Lo siento, condesa. Todos aquellos que queden atrás tendrán que valerse por sí mismos.

—Resulta muy agradable que se preocupen de una —intervino lady Placida, que subía por las escaleras con la cadena y la piedra en una mano.

La combinación de muselina blanca mostraba una media docena de desgarrones y una multitud de marcas de quemaduras. Llevaba la mano derecha levantada y doblada por el codo con un pequeño halcón de puro fuego descansando sobre la muñeca, como si fuera un diminuto sol alado.

—Teniendo en cuenta de que siempre llegáis cortésmente tarde, Invidia —comentó—, esperaba que tuvierais más tolerancia con los demás.

Se dio prisa en salir al tejado y se dio la vuelta de inmediato para ofrecerle la mano a Rook. La joven espía parecía desorientada y desequilibrada, y si lady Placida no le hubiera ayudado a mantener el equilibrio, Rook se habría caído.

Amara sintió cómo se le paraba el corazón durante un momento terrible y aparentemente eterno, pero entonces salió Bernard detrás de Rook, con el arco en la mano y el rostro pálido y descompuesto. Tenía una mano sobre la rabadilla de la espía y la estaba empujando hacia arriba con más o menos fuerza. Amara se sintió aliviada, apretó las manos con fuerza y bajó la cabeza hasta que pudo apartar las lágrimas imprevistas de los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Kalarus ha intentado freírnos —respondió Bernard con voz ronca—. Lady Placida se lo ha impedido. Nos protegió de las llamas, y después ha sellado la escalera con piedras.

—Ha querido decir «lady Placida y yo» sellamos la escalera con piedras —aclaró lady Placida con firmeza—. Aunque a tu amiga le han golpeado algunos escombros en la cabeza. Estoy agotada, y Kalarus no tardará demasiado en abrir un pasadizo a través de la piedra que hemos colocado en su camino. Será mejor que nos demos prisa.

Antes de terminar de hablar, el viento se levantó hasta alcanzar el rugido familiar de una corriente de aire compartida. Los caballeros Aeris mercenarios de lady Aquitania se aproximaron al tejado y aterrizaron de manera pesada y torpe. El carruaje golpeó las piedras.

Amara llamó a Cirrus, preparada para levantar una corriente de aire, pero

descubrió que la conexión con la furia se había vuelto más tenue. Maldijo y gritó.

—¡Deprisa! ¡Creo que Kalarus ha enviado a sus furias de viento para que interfieran con las nuestras y eviten que huyamos!

—Dad las gracias porque mientras lo hace se va a quedar escaleras abajo — replicó lady Aquitania—. Intentaré contenerlo hasta que estemos más lejos. ¡Al carruaje!

Se lanzó al interior, seguida por Odiana, Aldrick y Aticus Elania.

Mientras Bernard cubría la puerta con el arco, Amara bajó de los hombros a la niña completamente sorprendida y la depositó en los brazos de lady Placida. Ayudó a la aturdida Rook a subir al carruaje, que se estaba llenando con rapidez. Entonces otro temblor en las piedras bajo los pies la obligó a levantar la vista y mirar alrededor a tiempo de ver cómo dos gárgolas, muy parecidas a las que había liquidado lady Placida, subían hasta lo alto de la torre, clavando las garras en la piedra como si fuera barro y pasaban por encima de las almenas.

—¡Bernard! —gritó Amara señalando.

Su esposo giró sobre los talones a la vez que tiraba de la cuerda hasta la mejilla y disparaba la flecha contra la gárgola más cercana, todo por puro instinto.

Amara creyó que el disparo no iba a tener ninguna consecuencia, teniendo en cuenta que las gárgolas eran de piedra y que el viento que estaban levantando los caballeros Aeris hacía que fuera imposible acertar, excepto para el mejor de los arqueros.

Pero Bernard era uno de los mejores, y Amara habría tenido razón sin la combinación letal de la fuerza sobrehumana de un artífice de tierra junto con la experiencia de un arquero que a la vez era artífice de madera. Bernard era lo suficientemente poderoso y hábil como para poder actuar como caballero Terra o Flora en cualquier legión del Reino. Su arco de guerra era una de las armas fabricadas por los cazadores y los agricultores del extremo septentrional de Alera, un arma diseñada para derribar a depredadores que superaban en cientos de kilos a un hombre y con fuerza suficiente para atravesar un peto del mejor acero de Alera. Además, Bernard estaba utilizando una flecha con una punta fina y pesada, diseñada para atravesar armaduras y el experimentado artífice de tierra conocía la piedra como pocos aleranos la llegarían a comprender nunca.

Todo ello combinado significaba que, como regla general, cuando el conde de Calderon disparaba una flecha contra un blanco, esperaba derribarlo. El hecho de que ese blanco fuera de piedra viva en lugar de carne blanda solo era un detalle menor, y desde luego no representaba ninguna excepción a la regla.

La primera flecha de Bernard impactó en la gárgola más cercana donde debería estar el corazón. Se oyó un crujido tremendo, una lluvia de chispas blancas y una red de grietas muy finas se extendió sobre el pecho de piedra de la gárgola. Saltó de las

almenas al techo de la torre y se derrumbó en media docena de piezas separadas con el impacto.

Antes de que cayera la primera gárgola, Bernard había vuelto a disparar y la segunda flecha destrozó la pata delantera izquierda de la segunda gárgola, haciendo que se cayera hacia un lado. Otra flecha se clavó en la cabeza de la gárgola cuando intentó levantarse un latido más tarde. El impacto arrancó la cuarta parte de la desgraciada cabeza de la furia, volvió a derribarla y, como era evidente, desorientándola cuando intentó ponerse en pie, de nuevo con una energía inútil.

Bernard saltó hacia el carruaje cuando los artífices del viento empezaban a elevarlo. Atrapó con una mano la barandilla que recorría el lateral, se pasó el arco por el cuello y utilizó las dos manos para subir, mientras el carruaje se alejaba de Kalare, y ganaba velocidad de manera constante.

Amara llamó a Cirrus y descubrió que la furia respondía mejor, aunque seguía más reticente de lo que era normal, presumiblemente gracias al contraartificio de lady Aquitania contra las furias de viento de Kalarus. Se elevó hasta el carruaje, aterrizó sobre la barandilla, pasó el brazo izquierdo a través de la ventanilla del carruaje, y le extendió a Bernard la derecha.

Su marido miró hacia arriba, recorrió con la mirada la pierna que desnudaba su túnica escarlata de esclava y le sonrió con picardía mientras cogía la mano. Amara se dio cuenta de que estaba riendo y ruborizándose —de nuevo— mientras le ayuda a entrar en el carruaje.

—¿Estás bien? —le gritó Bernard.

—¡No! —le respondió también a gritos—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Bernard dejó escapar una carcajada y Amara se apartó del carruaje para dejarse abrazar por Cirrus, estabilizándose antes de salir disparada por delante y un poco por encima del carruaje. Miró hacia atrás, y se maldijo a sí misma por el hecho de que a causa del disfraz no se hubiera podido trenzar el cabello y no había pensado en traer nada para atárselo en una cola. Ahora se movía como un salvaje alrededor de su cara, en los ojos o incluso en la boca, y tardó un momento en apartarlo lo suficiente para mirar hacia atrás.

Casi deseó no hacerlo.

Las figuras brillantes de los caballeros Aeris se estaban elevando desde Kalare. Rook les había advertido de la presencia de poco más o menos una veintena que se habían quedado en la guarnición de la ciudad. Amara miró los cuatro caballeros Aeris mercenarios que intentaban mantener en el aire el carruaje sobrecargado. No tenían velocidad suficiente para evitar la persecución y el terreno que tenían debajo les ofrecía muy pocas oportunidades para jugar al escondite con las fuerzas de Kalarus. Sin la posibilidad de elevarse hasta los vientos superiores, no podían utilizar las nubes para ocultarse, que era la otra táctica preferida para evitar una persecución

aérea, y la única que habría podido utilizar su grupo que era mucho más lento.

Amara pensó que eso significaba que tendrían que luchar.

No le pareció ridículo pensar que realmente podían vencer a una veintena de caballeros enemigos, no con la presencia de Amara y al menos dos Grandes Señoras de Alera.

Pero mientras Amara seguía mirando, se elevaron más caballeros Aeris desde la ciudad. Veinte más. Cuarenta. Sesenta. Y más aún.

Descorazonada, Amara se dio cuenta de que Kalarus debió de regresar a la ciudadela por aire y que debía de llevar consigo su escolta personal, formada por sus caballeros Aeris, más capaces y experimentados.

Contra veinte caballeros podían tener una oportunidad. Pero contra cinco veces esa cantidad y, con casi toda la seguridad, Kalarus en persona...

Imposible.

Se le secó la garganta cuando le indicó a los portadores del carruaje que les estaban persiguiendo.

Amara pensó con rapidez, intentando encontrar cursos de acción alternativos. Se obligó a contemplar la situación de una manera desapasionada. Ningún enemigo era invencible, ni ninguna situación irresoluble. Algo podrían hacer para, al menos, mejorar sus posibilidades y eso significaba que debía evaluar de alguna manera la capacidad y los recursos del enemigo.

Y de repente se dio cuenta de que quizá no estaba todo perdido.

Era cierto que varias decenas de caballeros Aeris iban de camino, pero solo veinte habían estado en Kalare en su puesto habitual. El resto acababan de regresar a la ciudad con su amo, y eso significaba que tal vez estuvieran viajando desde antes de amanecer, lo que implicaba a su vez que posiblemente no podrían resistir una caza prolongada, en especial si se veían obligados a perseguirlos a través de los vientos inferiores que les obligaban a gastar más energía.

Y entonces le asaltó otra idea. No se había producido el lento rugido de aproximación de un grupo tan grande de voladores que se acercaban a baja altitud. Habían oído claramente como se aproximaban los caballeros de lady Aquitania minutos antes de que llegasen a la torre. Deberían haber oído como se acercaba un grupo veinte veces más grande de artífices del viento a mucha más distancia, antes de que llegasen realmente a la ciudadela. Lo que quería decir...

De hecho, ahora que pensaba en ello, no podía ser nada más. Lo más seguro era que Kalarus no se había pasado los diez u once días anteriores volando a ras del suelo como se había visto obligado el grupo de Amara. Su presencia habrá sido absolutamente necesaria con una o más de sus legiones, de manera que no podía perder días y más días en el viaje. Aunque era sádico, despiadado y ambicioso hasta extremos inhumanos, no era estúpido.

Eso quería decir que Kalarus y sus caballeros habían llegado desde las capas superiores del aire en un acercamiento mucho más convencional, después de medio día o un día y medio de viaje. Lo primero le permitía volar de Ceres a Kalare y lo segundo era el tiempo que se tardaba en regresar desde las fuerzas situadas para vigilar las legiones de lord Parcia.

Y si Kalarus podía enviar grupos a través de las capas superiores cuando el resto del Reino se tenía que quedar en tierra por culpa de la capa de nubes antinaturales de los canim, eso le daba una ventaja enorme en la campaña.

También significaba, como pudo advertir con una fría oleada de náusea, que si había sorteado la prohibición de los canim de acceder a las capas altas cuando ni siquiera Gaius podía hacerlo, ello se debía a que se quería que Kalarus lo pudiera hacer. Lo que indicaba una coordinación con el peor enemigo de todo el Reino.

Kalarus había llegado a un acuerdo con los canim.

Que idiota había sido. ¿Habría podido encontrar una manera más clara de decirle a los enemigos de Alera que sería vulnerable ante cualquier ataque? ¿O una manera más certera de enemistarlo con toda la ciudadanía de Alera, que en caso contrario habría podido permanecer neutral?

Eso no quería decir que su falta de neutralidad pudiera serle de ninguna utilidad a Amara. Tanto ella como el resto del grupo llevarían muertos desde hacía mucho tiempo si era cierto que Kalarus podía usar las capas altas del aire mientras que su partida se tenía que conformar con un vuelo a ras de suelo.

Pero un vuelo en los niveles altos los ocultaría por completo y los dejaría totalmente ciegos. Kalarus no podía ver a través de las nubes, como tampoco lo podían hacer todos los demás. Aunque podría viajar más lejos, más rápido y saltar por delante de ellos, si se alejaban mucho, lo único que tendrían que hacer para despistar esos saltos era alterar el rumbo.

Por eso su mejor opción era un *sprint*, una apuesta de que dejarían atrás a los caballeros Aeris perseguidores, contando que estarían cansados después del viaje. Eso, al menos, podía reducir el número de los perseguidores. Y no resultaba imposible que entre las Grandes Señoras pudieran obstaculizar la caza del enemigo. Era cierto que las señoras Placida y Aquitania estaban cansadas a causa de los esfuerzos anteriores, pero lo mismo le ocurría a Kalarus.

Amara asintió, decidida. Se dio cuenta de que solo habían pasado unos segundos desde que había vislumbrado por primera vez a sus perseguidores, pero estaba segura de que su razonamiento era correcto. Incluso era posible que tuvieran una posibilidad real de escapar.

Se deslizó delante de la vista de los portadores del carruaje y les hizo las señales para que volasen a su máxima velocidad. El jefe de vuelo hizo la señal afirmativa y se levantó el viento mientras le pasaba la señal a sus hombres, reunían sus furias y salían a toda velocidad. Amara les hizo un gesto afirmativo y descendió para volar a la altura de la ventanilla del carruaje.

—¡Nos están persiguiendo! —gritó—. Kalarus y entre ochenta y noventa caballeros Aeris. Pero su escolta tiene que estar cansada si han volado hoy. Vamos a intentar dejarlos atrás.

—¡El carruaje está sobrecargado! —le respondió Aldrick a gritos—. ¡Los hombres no podrán mantener un ritmo alto durante mucho tiempo!

—Vuestras Gracias —interpeló Amara a las señoras Placida y Aquitania—. ¿Puedo albergar la esperanza de que ayudéis a los portadores o desaniméis a los perseguidores de alguna manera? Si conseguimos dejarlos atrás, es posible que no tengamos que luchar.

Lady Aquitania le lanzó a Amara una sonrisita fría y después miró a lady Placida.

—Creo que soy más de la opinión de desanimar a Kalarus y compañía.

—Como deseáis —asintió lady Placida, con un gesto seco, mientras sostenía la forma lánguida de Rook.

Se inclinó hacia el otro lado del carruaje y le ofreció a Amara la empuñadura de una espada larga que se había llevado del dormitorio de Kalarus en la torre.

—En caso que seáis de la misma opinión que lady Aquitania, condesa.

Amara cogió la espada con una gesto de agradecimiento con la cabeza e intercambió una mirada con Bernard. Entonces pasó al otro lado del carruaje con tiempo suficiente para inclinar la cara por la ventanilla y darle un beso en la boca.

—Mi turno —jadeó.

—Cuidado —le aconsejó con voz ronca.

Ella lo volvió a besar, con fuerza, antes de llamar a Cirrus y elevarse por encima del carruaje con la espada en la mano.

Lo que siguió se diferenció poco de cualquier otro día de vuelo, excepto por los pequeños detalles. El viento cantaba y chillaba a su alrededor. El paisaje se deslizaba a decenas de metros por debajo de ella, tan lentamente que se podría pensar que no se estaban moviendo.

Los pequeños detalles desmentían la apariencia rutinaria. El carruaje se desviaba y bamboleaba cuando los porteadores aprovechaban las corrientes favorables para cortar hacia uno u otro lado, subiendo y bajando varios metros para ganar cada ápice de velocidad sin aumentar el esfuerzo. Amara sentía como los vientos cambiaban a su alrededor, lo que a veces le facilitaba la labor de Cirrus, pero a veces lo hacía todo un poco más difícil, mientras voluntades y talentos más grandes que los suyos luchaban por el control del cielo. La habilidad de lady Placida les estaba proporcionando más velocidad con menos esfuerzos, pero Amara estaba segura de que las furias de Kalarus luchaban contra ella, y tan cerca del corazón de sus dominios, tenía una gran ventaja frente a los extraños.

El poder de lady Aquitania era un susurro sombrío que pasaba rápidamente de largo de Amara y los otros caballeros Aeris para interferir con las corrientes de aire de los caballeros perseguidores, dificultando sus esfuerzos y obligándoles a trabajar más duro para no perder terreno. Al cabo de un momento, Amara vio cómo descendía de repente el primer caballero exhausto, incapaz de seguir con la persecución. Otros más quedaron por el camino con el transcurso de los kilómetros, pero no con la suficiente rapidez y no en el número que Amara había esperado.

Pero lo peor de todo era un detalle pequeño y sencillo.

Kalarus y sus caballeros estaban disminuyendo lentamente la distancia.

Los porteadores del carruaje también lo vieron, pero no podían hacer nada por impedirlo, a pesar de lo preocupante que era presenciarlo. Amara los animaba sin descanso, y no dejaba de responder a sus señales frenéticas con órdenes para que continuasen el rumbo a toda la velocidad que pudieran desarrollar. En el transcurso

de la hora siguiente recibió una recompensa: vio a otros veintiséis caballeros enemigos que se veían obligados a abandonar la persecución.

El instinto le advirtió que no perdiera de vista el cielo que tenían por encima y cuando los caballeros enemigos se acercaron a unos cincuenta metros, vio un movimiento en las pesadas nubes grises que tenían encima y unas volutas de niebla que se desprendían formando espirales, que se desplazaban como si acabaran de pasar más caballeros Aeris, aunque no había ninguno a la vista.

En el último instante se dio cuenta de lo que estaba viendo, y lanzó una señal de alarma a los portadores. Solo la vieron los que se encontraban en el lado izquierdo del carruaje, pero se dieron cuenta de lo que significaban sus gestos de pánico y se giraron en los arneses, lanzando todo el poder de sus furias contra la inercia del carruaje. Sus esfuerzos empujaron el vehículo hacia un lado en un ángulo agudo y la pérdida de sustentación los lanzó a un descenso súbito y pronunciado, mientras los hombres al otro lado del carruaje intentaban evitar que se deslizaran hacia una barrera mortal.

Amara se desplazó hacia un lado solo un segundo antes de ver a través de la forma ondulada de un velo que se aproximaba con rapidez cinco figuras volando en la clásica formación de ataque en V, que descendían en picado entre el carruaje y su posición. Vio el brillo de los collares en el cuello de los caballeros Aeris —«más de esos locos Inmortales», pensó—, antes de cruzar su mirada con la del Gran Señor Kalarus en persona. Sus rasgos delgados se habían estirado hasta unas proporciones lobunas a causa de la tensión, la ambición desesperada y la rabia, y sus ojos ardían de puro odio, cuando pasó de largo en su ataque en picado, frustrado por el aviso de Amara.

Pero aunque el ataque que Kalarus había ocultado detrás del velo hasta que casi fue demasiado tarde no había tenido éxito, había triunfado en un aspecto. El carruaje había reducido su velocidad y los caballeros Aeris más rápidos que lo perseguían se abalanzaron sobre él con las espadas brillando en las manos.

Amara se lanzó hacia abajo en dirección a los caballeros Aeris.

—¡Abajo! ¡Tan cerca del suelo como podáis! —gritó.

Los hombres, cansados, respondieron de inmediato. El descenso les proporcionó velocidad suficiente como para seguir por delante de los atacantes durante unos momentos más. Mientras tanto, Amara maniobraba virando en un arco amplio hacia un lado y después revertiendo de manera abrupta el movimiento con toda la velocidad que le pudo proporcionar Cirrus. De este modo se situó detrás de los caballeros más cercanos al carruaje, que en su carrera excitada se habían adelantado un poco a sus compañeros.

Amara no intentó utilizar la espada, sino que apretó los dientes, estiró los brazos y dispuso las muñecas de manera que empezó a dar vueltas en círculos como si fuera

un sacacorchos. Entonces le gritó a Cirrus y ganó velocidad para lanzarse contra la espalda de los cansados caballeros.

Cuando la corriente de aire de Amara pasó entre ellos, se había convertido en un vórtice giratorio situado a un lado de su plano de movimiento, de manera que derribó a la media docena de caballeros Aeris como si fueran hojas secas bajo un vendaval otoñal. La táctica no era nada original, y todos los caballeros Aeris habían pasado muchas jornadas de instrucción que les permitían recuperarse de semejante interrupción de su corriente de aire. No obstante, nunca se había intentado entrenar cómo se podía contrarrestar esa táctica volando a solo tres o cuatro metros por encima de la copa de los árboles, mientras el Gran Señor y las Grandes Señoras luchaban por influir en los vientos más fuertes, en el tramo final de una persecución agotadora que ya había reducido su número a menos de la mitad del contingente original.

Los caballeros Aeris, prácticamente extenuados, se habrían podido recuperar y volver a volar al cabo de unos segundos.

Pero Amara no les dio tanto tiempo.

Los hombres salieron despedidos de su trayectoria de una manera brutal. Oyó un crujido estremecedor cuando uno de ellos impactó contra el tronco de un roble especialmente alto. De los otros cinco, cuatro se precipitaron contra las ramas e incluso las partes más altas y frágiles de los árboles les obstaculizaban y desviaban, dependiendo de la velocidad de vuelo cuando las golpearon. Si conseguían evitar los impactos más sólidos contra los troncos de los árboles, podrían sobrevivir a la caída, siempre que tuvieran muchísima suerte.

El último de los caballeros Aeris, al igual que Amara, descubrió que la colisión de las fuertes corrientes de viento en direcciones divergentes lo había lanzado un poco hacia arriba, pero tardó mucho más tiempo que la cursor en recuperar el equilibrio. Cuando lo consiguió, Amara volvía a cruzarse en su rumbo de vuelo y bajaba la espada contra la espalda del hombre. La hoja era fina y salieron disparados algunos eslabones de la cota de malla. La herida no era profunda, pero la sorpresa y el dolor le bastaron para distraer al caballero, que se unió a sus compañeros al desaparecer a través de las ramas del bosque que les esperaba abajo. Amara lo perdió de vista.

Sus ojos se quedaron prendidos durante un momento en el punto situado entre los árboles donde habían caído los hombres. Ahora aún no podía sentir el remordimiento, las náuseas y la empatía hipócrita por los hombres que había herido y matado. Se negó a ello. Pero acababa de asesinar a seis hombres. Desde luego, había sido en servicio del Reino y en defensa propia, pero ni siquiera había sido un combate. Con lo cansados que estaban, no podían sobrevivir al vórtice que una furia tan poderosa como Cirrus había lanzado contra ellos, excepto si se producía algún accidente, como el que había sufrido el último hombre. Aun así, él tampoco había visto llegar la

espada. Una cosa era matar a un enemigo en batalla, pero no se había librado ninguna. En realidad, no. Había sido una ejecución.

Era terrible. Resultaba terrorífico que pudiera hacer algo así, y lo era aún más saber que, si cometía un error similar, la podían matar con la misma facilidad. Entre los enemigos había al menos un artífice del viento que la podía derribar con la misma facilidad con que ella había eliminado a los caballeros. Era tan vulnerable y tan mortal como ellos... De hecho, lo era más, porque lo único que llevaba encima era una túnica de seda roja ridículamente escasa. Si caía entre los árboles con su velocidad, sin ninguna protección, quedaría aplastada y, al mismo tiempo, cortada en pedacitos.

¡Cuervos! En realidad, gracias al disfraz iba a tener quemaduras y cortes a causa del viento en zonas del cuerpo humano que era muy raro que sufrieran ese tipo de heridas. Suponiendo que consiguiera sobrevivir.

Amara apartó los ojos de los árboles y volvió a concentrarse en las obligaciones que tenía por delante. Levantó la mirada y vio que el carruaje había conseguido alejarse un poco. Mientras vigilaba los alrededores descubrió que una docena de hermanos vengativos de los caballeros que había derribado se estaban acercando a ella, valiéndose de la velocidad ganada en el descenso para dar impulso a su carga.

Amara esperó hasta que estuvieron casi encima de ella, se lanzó hacia un lado y salió disparada hacia arriba con toda la velocidad que pudo reunir, con la esperanza que los atraería a una subida casi vertical. En aquellas condiciones, sería demasiado esfuerzo para que lo pudieran mantener, y era posible que les obligara a abandonar la caza.

No funcionó como Amara había esperado. Aquellos caballeros volaban en alas triangulares y cerradas formadas por tres hombres cada una. Esa formación era muy difícil mantener si no se poseía una larga experiencia en el vuelo cooperativo. Mientras el hombre en punta lo tenía más fácil para volar, los de los flancos tenían una corriente de aire más constante y más fácil de mantener. Como resultado, esta formación permitía que dos hombres pudieran descansar, mientras que el tercero realizaba la mayor parte del esfuerzo. De ese modo, los tres iban rotando en la punta. Era excelente para los vuelos a larga distancia, y una señal de que aquellos hombres conocían su oficio.

Los caballeros más rápidos que había derribado del cielo debían de ser más jóvenes e inexpertos, probablemente algunos de los caballeros que se habían quedado en Kalare cuando lord Kalarus empezó su campaña. Pero estaba claro que se las estaba viendo con veteranos. Un ala la siguió con paciencia y precaución, lo suficientemente cerca para que se tuviera que esforzar en mantenerse por delante de ellos, pero sin intentar alcanzarla. Otra ala empezó una subida lenta y poco pronunciada, mientras que las otras se le colocaron en los flancos y se adelantaron.

Estaba en un aprieto y lo sabía. Los caballeros Aeris enemigos estaban utilizando la táctica paciente y despiadada de la manada de lobos. El ala que se elevaba lentamente acabaría llegando a la misma altitud que ella, pero sin tanto esfuerzo. El grupo más cercano le pisaría los talones y la obligaría a seguir maniobrando, con lo que desgastaría su resistencia mientras que el enemigo iba rotando en cabeza con caballeros relativamente descansados. Las dos alas en los flancos la mantenían encerrada, hasta que se cansase y la derribasen los perseguidores directos, o hasta que el ala en ascenso estuviera en una posición de picar contra ella y derribarla, probablemente lanzando sal contra Cirrus y precipitándola a una caída letal.

Al menos había atraído a buena parte de los caballeros Aeris que quedaban. Pero mientras la estaban persiguiendo, Kalarus y sus Inmortales asaltarían el carruaje.

Y Bernard.

Amara apretó los dientes, e intentó pensar qué más podía hacer. Relámpagos escarlatas jugaban a través de las nubes que tenía encima. El trueno que siguió le retumbó en el vientre y en el pecho, y ejerció una presión dolorosa contra sus oídos. Amara miró de repente hacia las nubes.

—Oh —se dijo en voz alta—. Qué mala idea. —Respiró hondo—. Pero supongo que no tengo muchas alternativas.

Se decidió con un gesto firme de la cabeza.

Entonces volvió a impulsar a Cirrus y salió disparada hacia las nubes de tormenta de los canim con sus truenos ensordecedores y relámpagos de color sangre.

Amara se precipitó a través de la fina niebla y descubrió que estaba tremendamente fría. Había atravesado muchas veces una cubierta de nubes, pero nunca con tan poca ropa. El paisaje que quedaba a sus pies era de una incomodidad tan sofocante como el resto del Reino en esa época del año. Pero parecía que el sol le había negado a estas nubes antinaturales su calor, como si las rodeara para alcanzar a la tierra que se extendía debajo de ellas. No podía ver a más de una docena de metros en medio de la niebla, lo cual, dada la velocidad a la que volaba, equivalía a estar ciega.

Aquello no era lo más conveniente, si se tenía en cuenta lo que habitaba en las nubes que había creado la hechicería.

Amara empezó a temblar y no se molestó en engañarse diciendo que se debía al cambio de temperatura.

Durante un tiempo tremendamente inquietante todo estuvo en silencio, con el único sonido del paso constante del viento que ahogaba sus jadeos rápidos. Y entonces oyó unos sonidos agudos y lejanos, como si fueran los aullidos de los pequeños lobos del desierto de las secas montañas al este de Parcia. Los gritos recibieron respuesta inmediata desde todas las direcciones. Aunque Amara no podía ver a las criaturas que emitían esos sonidos, se acercaron e hicieron más fuertes con gran rapidez.

Vislumbró un movimiento parpadeante por el rabillo del ojo y cambió inmediatamente de rumbo: viró con un giro cerrado que provocó un remolino en la niebla. Alto tangible le rozó la cadera y sintió una quemadura repentina y aguda como la picadura de las hormigas rojas. Entonces empezó a salir de la niebla y descubrió que las cuatro alas de caballeros Aeris que la perseguían estaban cruzando la parte inferior de las nubes, extendidos en una línea de búsqueda y dirigiéndose directamente hacia ella.

Una vez más, Amara ganó velocidad, sobre todo cuando la niebla que tenía a su espalda estalló de repente con aullidos y movimientos. El horror con tentáculos que los canim habían colocado en la niebla salió disparado tras ella. Los caballeros Aeris los vieron venir e intentaron evitar la masa de pesadilla, pero una vez más Amara había calculado muy bien sus movimientos y no tuvieron más remedio que hundirse en un bosque de ramas que quemaban y picaban.

Los hombres gritaban y morían, y de repente se quedó sin perseguidores.

El corazón le latía a toda velocidad a causa del terror y la exaltación por haber sobrevivido, y al mismo tiempo luchó contra una vergüenza y un asco mareante por la muerte y el dolor de los que era responsable. Algunos de los caballeros podrían pasar a través de las criaturas, pero ninguno de ellos iba a estar en condiciones de perseguir el carruaje. Si no estaban muertos, desde luego tendrían que abandonar la

caza.

Amara descendió con toda la velocidad que le fue posible, hacia el carruaje que seguía huyendo, y descubrió que lo estaban atacando.

Más caballeros Aeris habían abandonado la caza, y quizás una docena de ellos habían alcanzado al carruaje. Volando por encima y por delante del vehículo se encontraba un ala de cinco hombres: lord Kalarus y sus Inmortales. Amara no podía ver por qué no habían atacado ya y derribado el carruaje. Parecía que estaban esperando algún tipo de movimiento.

Media docena de caballeros se aproximaron a cada lado del carruaje, por debajo del nivel de sus ocupantes, para atacar a los portadores. Alguien debió gritar una advertencia porque, de repente, el vehículo descendió de golpe un par de metros, viró hacia un lado, y se precipitó casi directamente contra los atacantes por el flanco.

Los caballeros Aeris descendieron y arrojaron lanzas a través de las ventanillas del carruaje, pero la puerta del vehículo se abrió de golpe y en el hueco apareció Aldrick ex Gladius. Tenía las piernas dobladas y colgaba de una mano sujeta a algo que había dentro del carruaje. Mientras tanto, blandía la espada larga con la otra. Un par de tajos rápidos partieron dos lanzas, provocó una herida en el muslo de uno de los caballeros, que estalló como una fuente letal de sangre, y le abrió una herida larga en el cuero cabelludo al segundo caballero, de manera que la sangre le cubrió la cara y los ojos, y formó una neblina a su espalda.

Lady Aquitania se deslizó por debajo del brazo de Aldrick y levantó la mano con un gesto imperioso. Volutas de humo blanco se formaron en la punta de sus dedos, que giraban como tormentas en miniatura antes de lanzarlas lejos a medida que se expandían hasta formar un banco enorme de una niebla casi opaca. Desde su posición, por encima y por detrás de ellos, Amara vio cómo el carruaje se lanzaba hacia un lado y después al otro. Los caballeros Aeris atacantes tuvieron que alejarse, cegados e incapaces de apoyarse entre ellos. Y eso, sin mencionar el hecho de que si cometían el más mínimo error o simplemente tenían mala suerte, se arriesgaban a estrellarse contra todo el peso del carruaje zigzagueante y eso podía ser tremendamente peligroso estando tan cerca de las copas de los árboles.

Eso lo explicaba todo. Kalarus sabía que lady Aquitania estaba allí y que solo utilizaría artificios de agua menores, guardando sus fuerzas para cuando él personalmente asaltara el carruaje. Kalarus no era un tipo valiente y malgastaba las vidas de sus caballeros en un esfuerzo por cansar —o si tenían suerte incluso podrían herir o matar— a lady Aquitania. Pero la táctica le proporcionaba la máxima ventaja que podía obtener en esta situación y la estaba empleando sin compasión. Simplemente contemplando la labor de los portadores, Amara podía decir que se estaban cansando. Los movimientos y las maniobras con tanto peso los estaban agotando.

Los caballeros enemigos estaban esperando cuando el carruaje surgió del banco de nubes de lady Aquitania y reanudaron el ataque de inmediato. Esta vez estaban preparados. Se acercaron por un lado y la puerta del vehículo se abrió de golpe. De ese modo Aldrick golpeó a uno de los caballeros, pero el movimiento borroso de un brazo movido por un artificio de las furias lanzó la jabalina contra el enorme espadachín.

El brazo de Aldrick se movió en una parada perfecta, quizás una décima de segundo demasiado tarde, y la lanza tirada hacia abajo le entró por el muslo derecho y le salió por la parte trasera de la pierna.

El espadachín se tambaleó y estuvo a punto de caer. Aunque Amara sabía que, en caso de necesidad, Aldrick podía hacerle caso omiso a un dolor lo suficientemente fuerte como para dejar inconsciente a un hombre, ese talento no le iba a servir para recomponerle la pierna de modo que soportase su peso si había quedado dañada. Lady Aquitania lo agarró por el cuello y tiró de él hacia el interior del carruaje, de manera que los caballeros Aeris se acercaron más con las lanzas y las espadas preparadas para atacar.

Uno se echó hacia atrás y cayó con unos giros salvajes y descontrolados mientras se desvanecía entre los árboles, quizás alcanzado por un golpe o un arma. Otro se acercó demasiado y tiraron de él hasta meter la cabeza y los hombros dentro del carruaje; a continuación lo tiraron como una piedra, con la cabeza bamboleando sobre un cuello roto. Otra explosión de niebla blanca lo ocultó todo a la vista de Amara, pero pudo oír los gritos y los chillidos mientras los caballeros enemigos seguían cerca, continuando con el ataque en lugar de retirarse.

Kalarus acercó su ala un poco más a la acción y sacó la espada con un movimiento aparentemente preparatorio, similar al de un lobo lamiéndose los morros. Hizo un gesto con la espada, completamente concentrado en el carruaje, le gritó a su escolta y...

... y Amara se dio cuenta de que no habían detectado su presencia.

La boca de Amara se quedó completamente seca y, durante un segundo, pensó que sus manos iban a soltar la espada. Kalarus Brencis, Gran Señor de Kalare. Uno de los titanes del artificio de las furias, un hombre que había conseguido llevar al borde del agotamiento a lady Placida y lady Aquitania, que las había atacado y había librado una batalla por el control del cielo mientras mantenía un velo alzado, manteniéndose en el aire y coordinando el ataque de sus hombres. Con la reputación de ser un espadachín de la más alta categoría y con un talento para el artificio de las furias que una vez pudo apagar todo un incendio forestal cuando estaba a punto de consumir una plantación de sus maderas más preciosas y caras. Otras historias sostenían que había matado un leviatán que atacaba sus costas, y que ejercía el poder y la autoridad con una habilidad consumada y calculadora, de manera que amenazaba

con derribar a Gaius de su trono.

Peor aún, Amara había visto parte de lo que había creado en su ciudad para las personas que estaban sometidas a él y sabía lo que era en realidad: un monstruo en todos los sentidos importantes de la palabra, un asesino odioso que había esclavizado a niños con collares disciplinarios hasta convertirlos en los locos Inmortales que le servían, cuyos agentes habían asesinado a los cursores por toda Alera; los compañeros de Amara. Algunos, sus amigos. El hombre no respetaba la vida de nadie, excepto la suya. Si se volvía contra Amara, la podía aplastar con la misma facilidad que un hombre aplastaba a una hormiga y con la misma cantidad de preocupación.

Si no se daba cuenta de que estaba allí —no hasta que fuera demasiado tarde—, podía tener una oportunidad. Solo era un hombre. Peligroso, poderoso y capaz, pero seguía siendo un hombre. Ni siquiera necesitaba descargar un golpe mortal. Se encontraban quizás a unos sesenta metros por encima del carruaje, pero si lo podía atraer hacia abajo y conseguir que perdiera el control durante unos segundos, el bosque no le iba a tratar de manera diferente que como había tratado a sus hombres caídos.

El más mínimo error significaría su muerte, y Amara lo sabía.

Si no hacía nada, estaba claro que derribaría el carruaje y mataría a todos sus ocupantes.

Eso hacía que su decisión fuera muchísimo más fácil de lo que habría pensado. Aunque empezó a temblar con más fuerza, mientras se sumergía en una oleada mareante de su propio miedo, también siguió adelante, reforzando su corriente de viento todo lo posible pero sin llamar la atención de Kalarus o de alguno de sus caballeros. Se situó por encima de ellos, observándolos y juzgando lo mejor que podía el curso que iban a tomar.

Y entonces se aferró a la espada con tanta fuerza que el dolor le recorrió todo el brazo derecho, justo antes de despedir a Cirrus y, con la furia, su flujo de viento.

Amara se precipitó contra la forma pequeña del carruaje que se encontraba muy abajo, cayendo en un silencio total, sin el uso del artificio de las furias que descubriría su presencia a alguien con el poder y la habilidad de Kalarus. Sabía cómo controlar la caída, con los brazos y las piernas estiradas, mientras iba ganando velocidad, completamente concentrada en su objetivo: la nuca desnuda del Gran Señor de Kalare, una tira de piel pálida que se mostraba en medio de los pliegues de ropa de su capa gris y verde.

De repente se desplazó varias decenas de metros en un latido, aunque seguía debajo de ella y volando en el curso estimado, vigilando cuando el carruaje surgiera de la niebla formada por el artificio de las furias. Amara levantó la espada con las dos manos en la empuñadura y bajó la punta mientras caía.

Amara gritó y golpeó, llamando a Cirrus mientras lo hacía.

El viento se convirtió en un vendaval enorme y caótico cuando Cirrus perturbó las corrientes de aire de Kalarus y su escolta.

En el último segundo, uno de los Inmortales que volaba al lado de Kalarus miró hacia arriba y giró inmediatamente sobre sí mismo, colocando su cuerpo entre la espada de Amara y la espalda de Kalarus.

Amara golpeó al Inmortal con una fuerza tremenda. La espada atravesó la cota de malla como si no la llevara y se hundió en él hasta la empuñadura. Sintió el impacto como un mazazo terrible que le hizo temblar todo el cuerpo a la vez. Oyó un crujido y el brazo izquierdo se convirtió en un dolor ardiente. El mundo daba vueltas en círculos mareantes y a través del dolor casi no podía sentir la presencia de Cirrus.

Algo le golpeó en la parte baja de la pierna y sintió cómo las cintas de la sandalia se soltaban y se llevaban consigo el calzado. Aquello la hizo reaccionar y vio que había golpeado las ramas más finas de un árbol especialmente alto y la piel se le había abierto con la precisión y limpieza de la incisión de un cuchillo. Llamó desesperadamente a Cirrus, incapaz de discernir nada a través de la neblina de sensaciones, dolor, color y sonido. De alguna manera consiguió no desaparecer entre los árboles, y se encontró volando al lado del carruaje con un rumbo zigzagueante, como si estuviera borracha y con el brazo izquierdo colgando inútil y sin la espada.

—¡Condesa! —gritó lady Placida—. ¡Cuidado!

Amara parpadeó durante un segundo antes de girarse y ver cómo uno de los caballeros Aeris se abalanzaba sobre ella con la lanza en la mano. Empezó a virar, pero sabía que era inútil. Era demasiado lenta.

El caballero enemigo tiró hacia atrás la espada para golpear. Una flecha lo alcanzó en el cuello, provocando un estallido repentino de sangre mientras se desplomaba impotente contra los árboles.

Amara parpadeó y se volvió para mirar hacia el carruaje.

El conde de Calderon estaba agachado encima del vehículo con el arco de guerra en la mano, las piernas abiertas y braceando contra el aullido del viento. Estaba encima del carruaje simplemente manteniendo el equilibrio, sin ningún tipo de arnés de seguridad, sin ni siquiera una cuerda para afianzarse. Bernard se había quitado la capa y su expresión mostraba la indiferencia fría y distante de un arquero profesional. Moviéndose con una precisión calculada, colocó otra flecha con los ojos fijos por encima y detrás de Amara, y el proyectil salió volando.

Amara se dio la vuelta para ver cómo acertaba en otro caballero enemigo, aunque la flecha se había desviado con el viento y había impactado en el brazo derecho del hombre en lugar del corazón. Gritó y redujo la velocidad, controlando cuidadosamente el vuelo para dejar que el enemigo se alejara.

—¡Amara! —gritó Bernard, mientras cogía una punta del arco y le extendía la

otra.

Aturdida aún, tardó un segundo en comprender lo que debía hacer, pero agarró el arco y dejó que Bernard tirase de ella para aterrizar sobre el techo del carruaje. Se quedó sentada durante un momento y Bernard disparó dos veces, aunque falló. Sin la posibilidad de tocar la tierra y conseguir la fuerza de su furia, solo podía tirar de la cuerda una parte de la distancia normal, lo que dificultaba la puntería y cambiaba la dinámica del vuelo de la flecha. Y a pesar de su habilidad, las turbulencias del vuelo hacían que fuera muy difícil acertar en un blanco a menos que se encontrase a unos pocos metros de distancia, y por el momento los caballeros Aeris mantenían las distancias, girando y virando mientras se acercaban y alejaban para provocar los disparos de Bernard y que este gastase las flechas en lanzamientos que era bastante difícil que acertasen en sus enemigos. Podían ver, lo mismo que Amara, que en la aljaba solo quedaban un puñado de flechas, pero cuando Bernard se dio cuenta de lo que estaban haciendo, ya solo quedaban tres.

Los pensamientos de Amara se aceleraron de repente. Le seguían doliendo el brazo y el hombro izquierdos, pero eran molestias menores y lejanas. Una mirada hacia las copas de los árboles más cercanos le indicó que el carruaje se desplazaba a gran velocidad, pero que se estaba bamboleando, perdiendo peligrosamente el equilibrio a medida que se diluían las fuerzas de los porteadores.

—¿Qué estás haciendo, so loco? —le gritó a Bernard.

—Dentro no había sitio para disparar, amor mío —respondió Bernard.

—Si sobrevivimos a esto, te mataré con mis propias manos —le amenazó. Se inclinó por un lateral y gritó—: ¡Lady Aquitania! ¡Más velocidad!

—¡No os puede oír! —respondió Aldrick, con la voz quebrada por el dolor—. ¡Las dos hacen todo lo que pueden para mantener el carruaje en el aire!

Estalló un relámpago rojo y una sombra cayó hacia la parte trasera del vehículo.

Amara miró hacia atrás y vio a Kalarus descendiendo hacia ellos. La capa estaba destrozada en una docena de sitios por las ramas del mismo árbol que había convertido el lado izquierdo de la cara en carne hinchada y ensangrentada. Apretaba los dientes con odio y rabia y cuando se encontró con los ojos de Amara, la hoja de su espada empezó a brillar de repente como el hierro en la forja, rojo, después naranja y finalmente rojo blanco. El metal chirrió con una protesta angustiada.

Bernard movió las manos con gestos borrosos y disparó dos flechas a medida que Kalarus se iba acercando. El Gran Señor de Kalare las desvió con la hoja ardiente, destrozándolas con sus puntas capaces de atravesar una armadura. Kalarus se acercaba con la muerte en los ojos. Amara lanzó a Cirrus contra él, pero fue como si intentase detener la carga de un gargante con un trozo de seda. El Gran Señor pasó a través de la furia como si no hubiera estado allí.

Amara quería gritar de frustración y terror, en una protesta inútil de que esta

basura, esta, esta... criatura la iba a matar a ella, a su esposo, a todo el mundo en el carruaje y precipitar Alera al caos total. Se volvió hacia Bernard, buscando sus ojos. Quería que estuviera mirándolo cuando la espada de Kalare le quitase la vida. No quería mirar al animal que la iba a matar.

El rostro de Bernard estaba pálido, pero sus ojos no tenían ni rastro de derrota, ni deseos de rendición. Miró a Amara con rapidez y le guiñó el ojo.

Entonces colocó en la cuerda la última flecha y la disparó cuando Kalare se encontraba a unos tres metros del carruaje. Una vez más, Kalare hizo una mueca burlona y la espada se movió con una gracia sinuosa que golpeó la flecha antes de que lo pudiera alcanzar. El astil se convirtió en astillas.

Pero la punta de la flecha, un cristal tallado y translúcido de sal de roca, como las que había utilizado contra los manes del viento en Calderon, explotó y se convirtió en polvo.

Se precipitó contra las furias del viento de Kalarus, envolviéndolo, desgarrando sus corrientes de viento, liquidando el poder que lo mantenía en el aire.

Kalarus tuvo tiempo de mostrar una expresión desconcertada de sorpresa e incredulidad.

Y entonces gritó mientras caía como una piedra sobre los árboles de abajo.

Después descendió el silencio, excepto por el trueno del viento constante.

Bernard bajó lentamente el arco y dejó escapar el aire. Asintió pensativo antes de decir:

—Creo que le voy a escribir a Tavi y darle las gracias por esta idea.

Amara se quedó mirando a su esposo, incapaz de pronunciar palabra.

Tenía que decirle a los porteadores que siguieran adelante todo el tiempo que pudieran antes de aterrizar para descansar bajo el follaje del bosque, en algún lugar cerca de un arroyo grande o un río pequeño, para que pudieran avisar al Primer Señor. Pero eso podía esperar un momento. Por ahora necesitaba mirarlo a la cara para darse cuenta de que estaban vivos y juntos, lo que era mucho más importante que simples reinos.

Bernard se pasó el arco por el hombro y se arrodilló al lado de Amara, tocándola suavemente en el brazo.

—Tranquila. Vamos a ver lo que le has hecho.

—Una de tus flechas de sal —comentó en voz baja, moviendo la cabeza.

Bernard le sonrió con unos ojos relucientes con brillos verdes, marrones y flecos dorados; colores de vida, crecimiento y calidez.

—Las pequeñas cosas son siempre las más importantes —comentó—. ¿No te parece?

—Sí —reconoció Amara y le besó suavemente en la boca.

—Excelente —reconoció la figura de agua de Gaius, una silueta translúcida que carecía de los colores sólidos que solía utilizar el Primer Señor—. Bien hecho, condesa. ¿Cómo se encuentran las rescatadas?

Amara se encontraba a la orilla de un torrente rápido que fluía desde las colinas a muchos kilómetros de Kalare. Aquí el bosque era especialmente espeso y casi no habían conseguido aterrizar sin destrozar el carruaje. Los portadores se habían quedado dormidos al instante, sin ni siquiera desabrochar los arneses de vuelo. Bernard se acercó a cada uno de los hombres, desenganchándolos del carruaje y dejando que se estirasen en el suelo. Las Grandes Señoras se encontraban en un estado similar, aunque lady Aquitania consiguió sentarse decorosamente en la base de un árbol antes de reclinar la espalda y contemplar cómo Odiana ayudaba a Aldrick a acercarse al torrente para cuidarle la herida.

No parecía que lady Placida tuviera fuerzas suficientes para mantener la cabeza erguida, pero insistió en quedarse con Aticus Elania, que había resultado herida durante el vuelo, no por ningún arma, sino cuando Aldrick cayó herido en el interior del carruaje. Había caído pesadamente contra uno de los bancos abarrotados y le había roto el tobillo a la muchacha. Lady Placida había conseguido calmar el dolor de Elania y después se había dejado caer en la hierba para dormir.

Rook bajó del carruaje con los ojos cerrados, sosteniendo la mano de su hija. Encontró una zona cerca de la orilla del torrente, donde la luz del sol calentaba la tierra. Se sentó bajo la luz, abrazando a su hija, con la cara cansada hundida a causa de la conmoción.

—¿Condesa? —la pinchó Gaius con suavidad.

Amara volvió a mirar la figura de agua.

—Mis disculpas, sire. —Respiró hondo antes de continuar—: Aticus Elania Minora ha resultado herida durante la huida, pero no es nada serio. Un tobillo roto. Dentro de nada se curará con un artificio.

Gaius asintió.

—¿Y lady Placida?

—Agotada, pero bien, sire.

Gaius levantó una ceja interrogativa.

Amara se explicó.

—Lady Aquitania y ella se han agotado por el esfuerzo de dar velocidad a nuestra huida e impedir la persecución. Solo algo más de una veintena de un total de casi cien caballeros Aeris consiguieron alcanzarnos, y sin el esfuerzo de las señoras estoy segura que nos habrían superado y matado.

—¿Dónde estáis ahora? —preguntó Gaius, pero de inmediato levantó una mano—. No, mejor no lo digas. Otros podrían observar esta conversación. Sin entrar en detalles, ¿cuál es vuestra situación?

—Seguimos adelante todo lo que pudimos después de la caída de Kalarus, sire, pero no conseguimos llegar demasiado lejos. Es posible que en una segunda búsqueda nos pueda encontrar, así que solo vamos a descansar durante una o dos horas y seguiremos adelante.

Gaius alzó ambas cejas.

—¿Kalarus cayó?

Amara sonrió e inclinó la cabeza.

—Cortesía del buen conde de Calderon, sire. No estoy segura de que haya muerto, pero si ha sobrevivido, dudo mucho que esté en condiciones de dirigir una revolución.

Gaius mostró de repente los dientes en una sonrisa lobuna.

—Querré los detalles en persona en cuanto sea posible, condesa. Por favor, exprésale mi agradecimiento a Su Excelencia de Calderon —indicó el Primer Señor—, y también a las damas y sus vasallos.

—Intentaré mantener una expresión neutra cuando lo haga, sire.

Gaius echó la cabeza hacia atrás y rio, y al hacerlo la imagen de agua cambió. Durante un instante tuvo más color, más detalles y más animación. Entonces movió la cabeza.

—Os dejaré descansar y viajar, cursor —comentó.

—¿Sire? —preguntó Amara—. ¿Hemos llegado a tiempo?

Gaius asintió.

—Eso creo. Pero me tengo que mover con rapidez. —La imagen miró a Amara a los ojos, antes de que Gaius hiciera un levísima reverencia con la cabeza—. Bien hecho, Amara.

Amara respiró hondo a la vez que sentía una oleada de orgullo y satisfacción.

—Muchas gracias, sire.

La imagen volvió a descender al torrente y Amara se dejó caer pesadamente en la orilla, mientras el brazo le seguía latiendo, aunque la incomodidad se iba desvaneciendo lentamente. Miró hacia un lado a Bernard, que estaba de pie al lado de lady Aquitania, a la sombra del mismo árbol, sus ojos distantes, como si estuviera conectado a las furias de tierra y madera que tenía vigilando para que no se acercase nadie.

—Hola, Amara —saludó Odiana con alegría.

A pesar del cansancio y la incomodidad, Amara dio un respingo de sorpresa y el dolor le envió un mensaje plateado desde el hombro a la base del cuello. La bruja de agua se había acercado totalmente en silencio y le había hablado a medio metro de distancia.

—Lo siento —se disculpó Odiana, sin ocultar demasiado la diversión en las palabras—. No pretendía asustaros de esta manera. Eso ha debido de doler un

montón. Saltar de esa manera... ¡Pobrecilla!

—¿Qué queréis? —preguntó Amara en voz baja.

Sus ojos oscuros brillaron.

—Arreglaros el pobre hombro, pequeña peregrina. Sois tan útil para vuestro señor como un halcón con un ala. No lo podemos permitir.

—Estoy bien —replicó Amara en voz baja—. De todas formas, os lo agradezco.

—No, no —negó Odiana moviendo un dedo—. No se dicen mentiras. Os prometo que dejará de doler.

—Ya está bien de burlas —intervino lady Aquitania con suavidad.

Odiana le frunció el ceño a lady Aquitania y le enseñó la lengua antes de ponerse en pie para seguir su paseo perezoso por la orilla del torrente.

Lady Aquitania se levantó del pie del árbol.

—Ahora nos encontramos en una encrucijada, cursor. Debemos tomar decisiones difíciles.

—¿Sobre qué? —preguntó Amara.

—El futuro —respondió lady Aquitania—. Por ejemplo, yo debo decidir si permitiros vivir o no va a resultar útil o un inconveniente. Al fin y al cabo sois un agente muy capaz de la Corona. Teniendo en cuenta el ambiente político, os podéis convertir en un obstáculo pequeño pero significativo para mis planes si volvéis vuestra mano contra mí. —Le dedicó a Amara una mirada pensativa—. Pero estáis en situación de resultar muy útil si alcanzamos algún tipo de acuerdo.

Amara respiró hondo para tranquilizarse.

—Supongo que era mucho esperar que fuerais a actuar de buena fe una vez conseguido lo que queríais —replicó en voz baja.

—No estamos jugando la partida por aries de cobre, cursor. Lo sabéis tan bien como yo.

—Sí. Pero ya he escuchado antes esta oferta. Creo que sabéis cuál fue mi respuesta.

—La última vez que se planteó la oferta —aclaró lady Aquitania—, no estabais casada.

Amara entornó los ojos.

—¿Estáis segura de que os vais a salir con la vuestra? —preguntó con tono helado.

—¿Si decido tomar ese camino? —Lady Aquitania se encogió de hombros—. Puedo explicar simplemente que nos descubrió por la noche una de las partidas de búsqueda de Kalarus y que hay pocos supervivientes.

—¿Y creéis que la gente se va a creer semejante tontería?

—¿Por qué no, querida? —replicó lady Aquitania con tono frío—. Al fin y al cabo le acabáis de decir a Gaius que el grupo aún corre el riesgo de que lo descubran.

—También entornó los ojos con su cara pálida tan inexpresiva como una piedra—. Y no quedará nadie para contradecirme. No solo me saldré con la mía, condesa, sino que lo más probable es que me den otra medalla.

—Mi respuesta es no —replicó Amara en voz baja.

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—Los principios son buenos y sanos, condesa. Pero en esta situación concreta, vuestras opciones son muy limitadas. Podéis trabajar para mí... o Aldrick le puede cortar la cabeza a Aria, momento en que volveré a plantear la pregunta.

Amara miró con dureza hacia atrás, donde el espadachín, que seguía cojo, se cernía sobre la figura reclinada de lady Placida, con la espada en una guardia alta.

—Ahora mismo —continuó lady Aquitania—. Lo más probable es que Gaius esté en contacto con Placida, explicándole que su esposa está segura. Pero si muere ahora, las furias que controla quedarán libres con resultados catastróficos para las tierras y los campesinos de Placida. Desde su posición no tendrá muchas más alternativas que llegar a la conclusión de que Gaius le ha traicionado.

—Suponiendo que cumpláis la amenaza —replicó Amara—. No creo que seáis capaz de matar a sangre fría a otro miembro de la Liga.

—¿No lo soy, condesa? —preguntó lady Aquitania con frialdad en la voz—. Sabéis que soy perfectamente capaz de mataros a todos antes de permitir que os interpongáis en mi camino. Lo sabéis.

Amara miró a Rook, que abrazaba con fuerza a Masha en la orilla del torrente y tenía la cabeza agachada en un intento por pasar desapercibida.

—¿Incluso a la niña?

—Los niños de padres asesinados con frecuencia crecen para buscar venganza, condesa. Esa es una vida dura abocada a un final terrible. Le estaré haciendo un favor.

Bernard colocó la punta de la daga ligeramente sobre la nuca de lady Aquitania, agarrando un puñado de su cabello lustroso para que no se moviese.

—Vais a ser tan amable de decirle a Aldrick que enfunde la espada, Vuestra Gracia —le ordenó.

Aldrick apretó los dientes con un gruñido.

El labio de lady Aquitania se retorció en una mueca.

—¿Odiana, querida?

De repente el agua surgió del torrente con una serie de tentáculos que no eran tan terribles como los de las bestias de las nubes canim. Rodearon a Rook y Masha como serpientes, encerrándolas en un abrazo mortal. Durante un segundo angustiante, uno de los tentáculos de agua les cubrió la nariz y la boca, ahogándolas antes de que Odiana hiciera un gesto y les permitiera respirar de nuevo.

Lady Aquitania miró a Amara y ladeó la cabeza con una expresión que la

desafiaba a responder.

—Hay un fallo en el razonamiento, Vuestra Gracia —explicó Amara en voz baja—. Aunque los mercenarios las maten, estaréis muerta.

La sonrisa de lady Aquitania se volvió aún más desdeñosa.

—En realidad, hay algo con lo que no habéis contado, condesa.

—¿Con qué?

Lady Aquitana echó la cabeza hacia atrás y rio, mientras su cuerpo sufría cambios y la cara se contorsionaba con rasgos diferentes, y cuando volvió a bajar la cabeza, era Odiana la que se encontraba en el lugar que había ocupado lady Aquitania.

—Yo no soy lady Aquitania.

—De verdad, condesa —comentó la voz de lady Aquitania detrás de Amara—. Estoy algo desilusionada con vos. Estaba bastante segura de que descubriríais el cambio.

Amara miró hacia atrás y descubrió que era lady Aquitania, y no Odiana, la que controlaba el artificio de agua en el que estaban atrapadas Rook y Masha.

—¿Podéis evaluar ahora la situación, cursor? —prosiguió lady Aquitania—. El juego ha terminado. Habéis perdido.

—Quizá sí. —Amara sintió cómo la boca le dibujaba una sonrisita y le hizo un gesto a Rook—. Quizá no.

Rook lanzó una sonrisa dura y desagradable, antes de que se produjese un estallido de luz y una repentina nube de vapor provocada por la figura en llamas de un halcón, la furia de fuego de lady Placida, que destruyó las ataduras de agua y se lanzó contra lady Aquitania como un cometa en miniatura.

En ese mismo instante, la figura inconsciente de lady Placida barrió la pierna buena de Aldrick y el herido cayó al suelo. Antes de que se pudiera recuperar, tenía a lady Placida sobre su espalda con una rodilla apoyada entre los omoplatos y una cuerda fuerte alrededor del cuello.

Lady Aquitania levantó las manos para contener la carga de la furia de fuego. Se tambaleó y resbaló por la orilla hasta caer en el agua.

Rook se puso en pie antes de empezar a cambiar, haciéndose más alta y más delgada hasta que apareció lady Placida en su lugar, con la niña sorprendida apoyada en la cadera. Levantó la otra mano y la furia de fuego regresó a su muñeca, descansando en ella, mientras miraba a lady Aquitania.

Al mismo tiempo, la figura encima de Aldrick también empezó a cambiar hasta convertirse en Rook, que lo tenía atrapado.

—Debo confesar que estoy algo desilusionada con vos —le dijo Amara a lady Aquitania; arrastraba las palabras—. Estaba bastante segura de que descubriríais el cambio. —Le mostró los dientes a lady Aquitania—. ¿Creíais realmente que no me daba cuenta de que espiabais mis conversaciones con Bernard?

El rostro de lady Aquitania se empezó a ruborizar de enfado.

—¿Me creísteis de verdad cuando dije que no tenía ni idea de lo que podíais hacer, ni idea de lo que podíais preparar, ni idea de si os volveríais o no contra nosotros? —Amara negó con un gesto—. Nunca intenté evitar que escucharais porque quería que lo oyeseis, Vuestra Gracia. Quería que creyeráis que ibais a tratar con un corderito indefenso. Pero para seros sincera, no creía que fuerais tan estúpidamente egocéntrica como para caer en la trampa.

Lady Aquitania apretó los dientes, rabiosa y empezó a salir del agua.

—Invidia —le advirtió lady Placida, haciendo un pequeño gesto con la muñeca en la que descansaba la furia de fuego—. La semana se me ha dado muy mal.

—¿Podéis evaluar ahora la situación? —preguntó Amara con tono duro—. Este juego se ha acabado. Habéis perdido.

Lady Aquitania tomó aire lentamente, mientras hacía un esfuerzo visible para controlar su temperamento.

—Muy bien —reconoció con una voz baja y peligrosa—. ¿Cuáles son vuestras condiciones?

—Innegociables —respondió Amara.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —preguntó Bernard.

—Desde luego —respondió Amara.

—¿Cómo sabías que esas dos iban a cambiar de forma durante el rescate?

—Por la presencia de Odiana —contestó Amara—. Con el corazón en la mano, ¿para qué se necesitaba su presencia si no era para eso? Lady Aquitania no necesitaba traer una sanadora de recambio y no puedo imaginar que permitiese la presencia de una loca como ella en una operación como esta solo para que estuviera en compañía de Aldrick. No necesitaba nada de eso. Necesitaba a alguien que se pudiera parecer a ella y servir de doble, su as en la manga. Parecía razonable que lady Aquitania quisiera ocultar su verdadera identidad durante el intento de rescate. De esta manera, si salía mal, o si a largo plazo Kalarus se hacía con el trono, podría negar su implicación.

Bernard negó con la cabeza.

—Yo no sé pensar de una manera tan retorcida. ¿E indujiste a lady Placida y a Rook a que hicieran lo mismo? ¿Intercambiar sus identidades?

—Sí, de manera que, durante el enfrentamiento, lady Aquitania actuara contra los objetivos equivocados y nos diera la oportunidad de vencerla por completo.

—Habrá quien diga —replicó Bernard en voz baja— que deberíamos haberlos matado.

Amara se encogió de hombros.

—Es muy posible que lady Aquitania y sus vasallos se hubieran llevado por

delante a algunos de nosotros si hubieran tenido la seguridad de que iban a morir. El compromiso ha permitido que salgamos ilesos. Y teniendo en cuenta los contactos y las influencias de lady Aquitania, detenerla y someterla a juicio habría sido un ejercicio inútil.

—Puede que esa respuesta no satisfaga a algunos —murmuró Bernard—. Esas personas te dirían que podrías haberlos matado con total impunidad en cuanto se rindieron.

—¿Personas como Gaius? —sugirió Amara.

—Él es una de ellas —asintió Bernard.

Amara se volvió hacia su esposo y lo miró fijamente a los ojos.

—Juré conservar y defender el Reino, mi señor. Y eso significa que estoy sometida a la ley. No se arresta, juzga, sentencia y ejecuta a los prisioneros sin un procedimiento legal. —Levantó la barbilla—. Ni una agente de la Corona rompe su palabra, una vez dada. Además, el Primer Señor sigue necesitando el apoyo de Aquitania hasta que estén sometidas las legiones de Kalare. Asesinar a su esposa habría reducido el entusiasmo de su apoyo.

Bernard estudió su cara con un gesto indescifrable.

—Esa gente es peligrosa, Amara. Para mí, para mi familia, para ti. Estamos en tierras deshabitadas en medio del caos de la guerra. ¿Quién se iba a enterar?

Amara le devolvió la mirada con serenidad.

—Yo lo sabría. Las personas decentes no asesinan a otros seres humanos si no es necesario. Y, al fin y al cabo, Invidia ha prestado un gran servicio al Reino.

—Tienes razón. Hasta que se torció un poco hacia el final —gruñó Bernard.

Amara cogió la cara de Bernard con las dos manos.

—Déjala que tenga su mundo. Es frío y vacío. Para nosotros no basta con ganar, mi señor. No basta con sobrevivir. No quiero vivir en un reino en el que los cálculos del poder se impongan a la justicia y a la ley, sin importar lo inconveniente que sea para la Corona.

Bernard mostró los dientes en otra sonrisa blanca y ancha. Le dio un tierno beso.

—Eres más de lo que se merece ese anciano —comentó.

Ella le dedicó una cálida sonrisa.

—Ten cuidado, mi señor esposo. Si hablas más de la cuenta, tendré que informar al Primer Señor de tus opiniones sediciosas.

—Hazlo. ¿Cuánto crees que tardarán en salir de allí?

Estaban sentados juntos en el carruaje. Rook, que no se separaba de su hija, se había quedado dormida mientras la abrazaba, con la mejilla descansando sobre los rizos de Masha. Las mejillas de la niña se habían sonrojado con la calidez del sueño profundo de los niños pequeños. Lady Placida y Elania también estaban sesteando.

—Quizás unos diez minutos —respondió Amara—. En cuanto lady Aquitania

haya descansado un poco, romperá las cuerdas y liberará a los demás. Pero sin transporte para sus vasallos, nos tendrá que perseguir sola. No lo hará, aunque lady Placida no estuviera en disposición de destruir su imagen pública y el apoyo de la Liga Diánica con su dañino testimonio sobre una conspiración para cometer asesinato.

Bernard asintió.

—Ya veo —admitió—. ¿Y qué impide que los portadores nos dejen caer al suelo y vayan a buscarla?

—Son mercenarios, mi amor. Les hemos ofrecido dinero. Montones de dinero.

—De acuerdo —asintió Bernard—. Nos hemos salido con la nuestra. Aunque tengo la sensación de que lo debo preguntar... ¿Por qué los hemos dejado desnudos? ¿Para ralentizarlos?

—No —bufó Amara—. Porque esa bruja venenosa se lo merecía.

Los ojos de Bernard se entornaron y se giró para depositar un beso lento y tierno en la boca de Amara y otro sobre cada uno de los párpados. Amara descubrió que una vez cerrados, sus ojos se negaron a volverse a abrir y se recostó en la calidez deliciosa de Bernard y se quedó dormida antes de dejar escapar un suspiro de placer.

Tavi tembló bajo la lluvia, intentado que los hombres que tenía a su alrededor no se dieran cuenta. Lo que más deseaba en el mundo era estar caliente y dormido.

Los aleranos estaban preparados para enfrentarse al siguiente asalto en menos de una hora. Las antorchas y lámparas de furia rechazaban la oscuridad de una manera mucho más eficaz que bajo el primer asalto, y los legionares estaban más organizados y decididos.

Al menos, eso era lo que esperaba Tavi.

Estaba en lo alto de la última muralla de adobe al lado de Valiar Marcus. El Primera Lanza se movía con una cojera apreciable gracias a una jabalina canim. Llevaba la pierna envuelta con una vendaje manchado de sangre y la herida cerrada con aguja e hilo, prueba de que los sanadores de Foss estaban sobrecargados de trabajo. En otras circunstancias, habrían cerrado y tratado una herida como la de Marcus y el Primera Lanza habría vuelto a la acción prácticamente como nuevo. Los sanadores habían estado tratando tantas heridas leves —y cerrando otras peores para mantener con vida a los hombres gravemente heridos para poderlos tratar más tarde— que el Primera Lanza, según todos los informes, le había pedido a un veterano herido que le sacase la jabalina y después él mismo había limpiado y cosido la herida, la había cubierto con una venda y había regresado a su puesto cojeando.

La lluvia seguía cayendo fría y constante. Los estallidos ocasionales de relámpagos escarlatas no mostraban nada más que cortinas de lluvia. Tavi había podido vislumbrar algunos movimientos en la oscuridad, pero las murallas defensivas construidas por los aleranos a lo largo del puente le impedían ver los detalles.

No obstante, el hecho de que Tavi pudiera estar de pie en la muralla y observar le indicaba un detalle: los lanzadores de proyectiles canim habían dejado de emitir sus zumbidos letales.

—Creía que estabais en la lista de bajas, Primera Lanza —observó Tavi.

Marcus miró al legionare más cercano y bajó la voz para que el hombre no lo pudiera oír.

—Nunca me ha interesado demasiado la lectura, señor.

—¿Estáis capacitado? —preguntó Tavi.

—Sí, señor —respondió Marcus—. No voy a participar en ninguna carrera, pero puedo quedarme sobre la muralla.

—Bien —reconoció Tavi en voz baja—. Os vamos a necesitar.

—Señor —empezó Marcus—, no hay manera de saber si sus guerreros se han retirado.

—No. Pero tiene sentido —aclaró Tavi—. Los guerreros son su punta de lanza. Después vienen los saqueadores con las tareas de limpieza. Esto les ahorra bajas entre

sus tropas más eficaces y permite que los saqueadores ganen experiencia.

—No tiene sentido —gruñó Marcus—. Otro empujón con fuerza y acaban con nosotros.

—Lo sé —reconoció Tavi—. Tú lo sabes. Supongamos que Sarl y los ritualistas también lo saben. No creo que quieran que el maestro de batalla Nasaug obtenga la gloria de una victoria que parece que ha conseguido por sí mismo. Sarl tiene que ser quien acabe con nosotros para conservar la buena opinión de la clase de los productores. Los productores son los primeros en repartirse el botín si acaban con nosotros. Nasaug desaparece del escenario, y Sarl sigue siendo popular entre los productores.

—Si tenéis razón —puntualizó Marcus.

—Si estoy equivocado —replicó Tavi—, lo más probable es que nos indigestemos con uno de esos proyectiles de acero dentro de muy poco.

El Primera Lanza gruñó.

—Al menos será rápido. —Su voz transmitía una amargura poco habitual.

Tavi se quedó mirando durante un momento el perfil bajo, fornido y tosco.

—Siento mucho lo de la primera cohorte. Los hombres de tu centuria —comentó.

—Debería haber estado con ellos —se quejó.

—Estabas herido —le recordó Tavi.

—Lo sé.

—Y yo me quedé con ellos en tu lugar —concluyó Tavi.

La postura envarada de Marcus se relajó un poco y miró a Tavi.

—Eso he oído. Después de sacarme de allí como una oveja herida.

Tavi bufó.

—Las ovejas con las que he trabajado tenían el doble de tu tamaño y los carneros eran aún más grandes.

Marcus gruñó.

—¿Erais un campesino?

Tavi apretó las mandíbulas. Había vuelto a olvidar su papel. Podía echarle la culpa al cansancio, pero era igual, Rufus Scipio no había estado nunca demasiado cerca de una explotación agrícola.

—Trabajé con ellas durante un tiempo. Mi gente me dijo que ganaría en experiencia.

—Se pueden aprender oficios peores si se quiere dirigir hombres, señor.

Tavi rio.

—No tenía planeado que ocurriera de esta manera.

—Las guerras y los planes no son compatibles, señor. Se matan entre ellos.

—Os creo —reconoció Tavi, mientras contemplaba la larga extensión vacía del puente, que se elevaba hacia el centro, una cuesta de piedra de doscientos metros de

largo y nueve metros de ancho, cubierta de aleranos y canim caídos—. Tenemos que resistir hasta el amanecer, Marcus.

—¿Queréis atacarles con las primeras luces del día?

—No —respondió Tavi—. Al mediodía.

Marcus gruñó a causa de la sorpresa.

—No vamos a estar más fuertes. Cuanto más dure esta batalla, menos probable resulta que los podamos empujar hacia el otro lado.

—Al mediodía —repitió Tavi—. En esto tendréis que confiar en mí.

—¿Por qué?

—Porque no estoy seguro de que no tengamos más espías en el campamento y necesito saberlo, Primera Lanza.

Marcus se lo quedó mirando durante un momento y asintió.

—Sí, señor.

—Muchas gracias —replicó Tavi en voz baja—. Cuando avancemos hasta el centro del puente, yo seguiré adelante con una cohorte mientras los ingenieros trabajan.

—¿Una cohorte? —preguntó Marcus.

Tavi asintió.

—Si el plan funciona, una cohorte será suficiente. Si no funciona, podremos contener a los canim hasta que los ingenieros hayan terminado.

Marcus inhaló lentamente. El Primera Lanza comprendía las implicaciones.

—Voy a pedir voluntarios —explicó Tavi en voz baja.

—Los tendréis —le aseguró Marcus—. Pero no veo por qué no les podemos atacar con las primeras luces, cortar el puente y decidir que hemos vencido.

—Si perdemos el puente, pueden defender todo el frente septentrional con unas pocas tropas y el resto estará libre para matar aleranos en cualquier otro punto. Mientras el puente siga en pie, podremos colocar a las legiones en el territorio al sur del puente y no se atreverán a dividir sus fuerzas. —Tavi entornó los ojos—. Esta es nuestra tarea, Marcus. No es bonita, pero no se la puedo dejar a nadie más.

El gruñido de aceptación de Marcus emitió un cierto tono de frustración.

—Dejaré que los voluntarios descansen hasta que ataquemos. El resto de la Primera Alerana está a vuestra disposición, al igual que nuestros caballeros Flora.

—Los seis —suspiró Marcus.

—Decidles que agachen las cabezas. Si esos francotiradores vuelven a las andadas son nuestra única posibilidad de acabar con ellos.

—No intentes dar clases a tu maestro —murmuró Marcus.

Tavi bufó y se volvió hacia el Primera Lanza.

—Tenéis que conservarlos, Marcus. A cualquier precio.

Marcus soltó el aire con lentitud.

—¿Puedo haceros una sugerencia, señor?

—Adelante —respondió Tavi.

—No dividáis una cohorte cuando pidáis voluntarios. Esos hombres se conocen, han entrenado juntos y eso puede marcar la diferencia.

Tavi frunció el ceño.

—No llevaré conmigo a nadie que no quiera ir.

—Entonces asegurados de que los hombres que están dispuestos a morir por vos tengan todas las posibilidades para sobrevivir. Se lo debéis.

Tavi arqueó una ceja.

—¿Trescientos veinte hombres que se presenten voluntarios juntos? ¿Qué posibilidades hay de que ocurra?

Marcus lo miró de reojo.

—Señor, esto es la infantería.

Tres cohortes se presentaron voluntarias para encabezar el ataque.

Tavi lo decidió a suertes. Cuando los canim reanudaron el ataque, se encontraba en el extremo norte del Elinarch con los ganadores. O, según su impresión, con los perdedores. Dependiendo de si su idea funcionaba o no.

Su corazón se saltó un par de latidos pero le ordenó con severidad que volviera al trabajo.

—Señor —lo interpelló Schultz—, cuando Antillar Maximus era nuestro centurión, era el centurión más veterano de la cohorte y su centuria era la primera centuria. Pero yo solo soy un centurión accidental, señor. No tengo la veteranía para mandar la primera centuria y mucho menos la cohorte.

Tavi miró al pez.

—He hablado con los demás centuriones y están de acuerdo en que sabes lo que se hace, Schultz, y que tu centuria es la más disciplinada. Así que eres el centurión más veterano hasta que yo te diga lo contrario. ¿Me has entendido, soldado?

—Sí, señor —respondió Schultz de inmediato.

—Bien —asintió Tavi.

Un rugido se elevó de los legionares en la última muralla, y todos los hombres de la cohorte puntera parecieron de repente muy tensos. Resonaron los cuernos canim, redoblaron tambores pesados y el griterío del combate se extendió por el pueblo mientras el resto de la legión luchaba contra los canim en el puente.

Tavi escuchó durante dos minutos antes de ver la señal en la muralla: un pendón azul izado al lado del estandarte de la legión.

—Buenas noticias, capitán —observó Max en tono divertido, mientras se acercaba desde la parte trasera de la cohorte, agarrando la espada mucho más larga que preferían los duelistas y los legionares montados—. Han hecho lo que pensabais.

Nos están atacando con los saqueadores.

Tavi soltó el aire muy lentamente y asintió.

—¿Estás preparado?

—Yo nací preparado —contestó Max con alegría, provocando una ronda de risitas amortiguadas entre los legionares que estaban esperando.

Los únicos tres caballeros Terra de la legión venían con él, recubiertos por una armadura estruendosa y unas armas de tamaño desmesurado y aspecto malévolamente apoyadas pesadamente sobre el hombro.

Tavi hizo un gesto de saludo hacia los caballeros y alzó la voz.

—¿Tribuno Antillus?

—Preparados cuando deis la orden, señor —gritó Crasus desde la retaguardia de la cohorte, donde esperaba con los caballeros Aeris y con los ingenieros de la legión, incluidos los nuevos reclutas, las bailarinas del Pabellón, vestidas con las armaduras de los legionares muertos o incapacitados.

—Entonces, todo preparado —concluyó Tavi—. Mantened a los hombres en este patio, pero que coman y descansen. En cuanto empecemos el avance no habrá tiempo para nada más.

Maximus le hizo un gesto con la cabeza a Schultz, que empezó a repartir órdenes entre su cohorte sin experiencia para que rompieran filas, fueran a buscar comida y permanecieran en las cercanías.

—Capitán —dijo Max por debajo del ruido circundante—. Siéntate. Nos queda algún tiempo de espera y no has descansado.

—No —se negó Tavi—. Tengo que estar en la muralla con el Primera Lanza hasta que sea el momento de avanzar. Entonces regresaré aquí.

—Capitán —repitió Max, exactamente con el mismo tono de voz, pero esta vez puso la mano sobre el hombro de Tavi y sus dedos se cerraron como bandas de acero—. Ahí arriba no vas a hacer nada que no pueda hacer él. Solo conseguirás cansarte aún más y eso hará que pienses con menos rapidez. Y como todos estamos apostando por tus ideas, señor, creo que lo mejor será que te asegures de que estás en buena forma. —Max lo miró a los ojos—. Por favor, Calderon.

Tavi cerró los ojos durante un segundo y ese cansancio horrible se volvió a apoderar de él. Una parte de él le quería ladrar a Max que cerrase la boca y cumpliera las órdenes. Pero el resto se daba cuenta de que el gran antilano tenía razón. Le estaba pidiendo a estos hombres que arriesgasen sus vidas por un plan que había elaborado él. Les debía que tuvieran a su disposición lo mejor de él cuando todo estuviera preparado.

—De acuerdo —se rindió Tavi—. Me sentaré. Pero solo durante un minuto.

—Un minuto —repitió Max con un gesto de asentimiento—. Eso está bien.

Tavi se quitó el yelmo, se sentó apoyando la espalda en una columna de piedra en

la base del Elinarch y cerró los ojos. No iba a ser capaz de dormirse, pero al menos podía conseguir unos minutos de tranquilidad para ordenar las ideas, repasar las posibilidades y todo lo que podía ir mal en su plan.

Por mucho que lo intentó, no pudo pensar en nada más que pudiera hacer y después de unos momentos de esfuerzo, movió la cabeza y abrió los ojos.

La mortecina luz del día saludó a sus ojos y el sol velado casi no se podía ver a través de las nubes que cubrían la tierra. Tavi parpadeó confuso durante un segundo. El agarrotamiento de un músculo le atravesó el cuello y desencadenó una serie de dolorosas contracciones similares en los músculos entre sus omoplatos. Se puso en pie con gran esfuerzo y se inclinó, intentando estirar la musculatura, hasta que se fueron soltando las contracturas.

—Señor —saludó Schultz a su espalda.

—Centurión —murmuró Tavi, dándose la vuelta—. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Horas, señor —contestó Schultz—. El tribuno Antillar dijo que no os molestásemos.

Tavi murmuró algo sobre Max, pero resultó inaudible. Al fin y al cabo, no estaba bien que un capitán de la legión llamase de todo a uno de sus tribunos delante de sus hombres.

—Oh —exclamó Schultz, antes de tragar saliva y correr hacia un lado para recoger una bandeja cubierta con una servilleta y una jarra de peltre que había al lado—. Me dijo que os entregara esto en primer lugar, señor.

Tavi apretó los dientes y consiguió controlarse para no arrebatarse la bandeja y la jarra de las manos de Schultz.

—Muchas gracias.

—A sus órdenes, señor —respondió Schultz y se retiró con rapidez como si temiera que Tavi le fuera a arrancar la cabeza.

Tavi ahogó un gruñido de mal humor, devoró la comida y se bebió el agua de la jarra. Cuando terminó, el malestar persistente de los músculos agarrotados se había desvanecido.

—¿Podéis formar palabras, señor? —preguntó Max acercándose a Tavi con grandes zancadas.

Le hizo un gesto a Schultz, y el centurión en funciones empezó a gritar órdenes para que formase la cohorte. Los legionarios empezaron a levantarse de donde estaban durmiendo, en el suelo o sentados, esperando su turno para luchar.

—No me obligues a hacerte daño, Max —respondió Tavi, mientras movía la cabeza hacia la cuesta del puente, donde continuaba el sonido de la batalla—. ¿Nuestra situación?

—Valiar Marcus lo ha conseguido —respondió Max—. Los ha contenido.

Tavi le lanzó a Max una mirada imprecisa.

—Pero eso ya lo sabes —continuó Max—. Porque todos estamos aquí.

—Max...

Max le dedicó una sonrisa.

—Solo intentaba animaros un poco, señor. Siempre estás tan huraño por las mañanas. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la muralla—. Los saqueadores han estado atacando durante toda la mañana. Los caballeros Flora empezaron a nadar por medio de las flechas como si fuera agua y el Primera Lanza los pescó desprevenidos entre ataques y les obligó a regresar a la segunda muralla hace una hora.

—¿Bajas? —preguntó Tavi.

—Muchas —respondió Max con expresión seria—. Sin unas puertas adecuadas, alguien tiene que detener a los canim a pie cuando las atraviesan e incluso sus saqueadores son difíciles de matar para cualquier legionare. Y hace un rato aparecieron esos ritualistas y empezaron a lanzar contra nuestros hombres ese humo de incienso. El humo era venenoso. Ha matado a un montón de hombres. Y no ha sido rápido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tavi.

—Los caballeros Flora empezaron a disparar contra los ritualistas en cuanto asomaban la nariz y el viento ha cambiado después de amanecer. Si lo intentan ahora, les devolverá el humo a los canim. Desde entonces no hay más humo.

Un carromato llegó traqueteando, tirado por un par de caballos cansados, conducidos por un muchacho. Hizo girar el carro y Tavi pudo ver el brillo de la sangre que cubría el centro del vehículo. El chico gritó y del puente llegaron corriendo unos legionares con sus compañeros heridos y los subieron al carro. Estaban claramente desesperados y cargaban a los hombres con toda la rapidez que podían. Cuando el carro estuvo lleno, el muchacho azuzó a los caballos y los condujo de vuelta con los sanadores todo lo rápido que pudo.

Tavi contempló, hastiado, como otro carruaje se cruzaba con el primero. Detrás de él venían otros más para recoger a los heridos y llevarlos con los sanadores.

Tavi intentó tragar saliva.

—¿Cuántos?

—Eh..., alrededor de mil cien muertos, creo —respondió Max con tono tranquilo y neutral—. Casi el mismo número de hombres fuera de combate. Foss y sus muchachos tienen el aspecto de haber pasado por los picos y las garras de los cuervos. Eso es todo lo que pueden hacer para salvar a unos hombres que se desangran.

Tavi contempló cómo, siguiendo sus órdenes, cargaban a más legionares en la media docena de carros reservados a los heridos.

Los muertos se apilaron como si fueran leña en el último de los carromatos. Era el

más grande de los vehículos en servicio, con unas barandillas muy altas, y para tirar de él se requería la enorme fuerza y paciencia de un par de bueyes.

—El Primer Lanza tiene a sus hombres preparados para el ataque —anunció Max—. Pero están cansados y casi no pueden resistir más. Dice que si no atacamos pronto, no lo podremos hacer.

Tavi respiró hondo, asintió y se colocó el yelmo.

—¿Los caballeros?

—De camino, señor —respondió Max.

Tavi se ajustó el yelmo y se dirigió hacia la cohorte de peces que lo estaba esperando. Max se mantuvo a su lado y las figuras acorazadas de los caballeros Terra lo siguieron. Antes de que Tavi llegase ante los peces, Crasus y sus caballeros Pisces se colocaron en posición a paso ligero al lado de la cohorte voluntaria. Crasus ordenó parar y los caballeros se detuvieron con una disciplina destacable, teniendo en cuenta el poco tiempo que habían tenido para hacer la instrucción. Mientras tanto, los ingenieros se colocaron rápidamente en formación detrás de las otras dos fuerzas.

Tavi se detuvo delante de ellos, mirando a los hombres e intentando pensar qué les podía decir en un momento como este. Entonces se detuvo y parpadeó al ver la armadura de los dos grupos de hombres.

La armadura de los legionares había cambiado. En lugar del águila azul y rojo de la Primera Alerana, la insignia sobre el corazón se había convertido en la silueta perfectamente negra de, no un águila, sino un cuervo en pleno vuelo.

A su lado, la armadura de los caballeros Pisces también había cambiado. La insignia original de la legión se había sustituido esta vez con la forma definida y de un negro sólido de un tiburón con las fauces muy abiertas.

Tavi arqueó una ceja y miró a Crasus.

—Tribuno. ¿Esto es obra tuya?

Crasus saludó a Tavi antes de responder.

—Esta mañana hemos visto a los canim que intentaban atravesar el río a nado, señor. Aparentemente no se dieron cuenta de lo peligrosos que podían ser un puñado de peces. —Crasus estiró la espalda—. Parecía apropiado, señor.

—Hum —replicó Tavi, antes de mirar a Schultz—. ¿Y tú, centurión en funciones? ¿Tus hombres también han decidido cambiar el uniforme?

—Señor —empezó a responder Schultz con un saludo tenso—. ¡Solo queríamos reproducir el estandarte, señor! —Schultz miró de lado a Tavi—. ¡E informar a los canim que esta vez los cuervos vienen a por ellos, señor!

—Ya veo —replicó Tavi.

Se volvió para hablar con Max y encontró a Ehren al lado del tribuno, recubierto con un peto que le sentaba fatal. El pequeño cursor llevaba el estandarte de Tavi en la mano derecha y la armadura y el yelmo hacían que tuviera un aspecto mucho más

formidable de lo que Tavi hubiera podido imaginar.

Al lado de Ehren se encontraba Kitai. La chica marat llevaba otra armadura que, aunque estaba claro que no era suya, se ajustaba perfectamente a su figura alta y atlética. También llevaba colgado de la cadera un gladius reglamentario de la legión. Su boca formaba una sonrisita de excitación y sus exóticos ojos verdes ardían con intensidad a causa de lo que les esperaba.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —preguntó Tavi.

—Se me ocurrió, capitán —respondió Ehren—, que como ya están de camino mensajes sobre el Elinarch para el Primer Señor, y sus capitanes y él estarán aquí como muy tarde dentro de dos o tres semanas, y a mí me iba a llevar unas cuatro semanas cabalgar hasta encontrarme con él; la manera más rápida de enviarle un mensaje era quedarme aquí, capitán.

Kitai resopló.

—Alerano, ¿de verdad creías que te íbamos a permitir que nos ordenases que nos alejásemos del peligro mientras tú te enfrentabas a él?

Tavi miró a Kitai a los ojos durante un momento largo y silencioso, antes de mirar a Ehren.

—No tengo tiempo para discutir con vosotros —replicó en voz baja—. Pero si salimos de esta, os voy a arrancar la piel a tiras.

—Eso puede resultar interesante —murmuró Kitai.

Tavi sintió cómo le ardían las mejillas y se volvió hacia sus hombres.

—De acuerdo, muchachos —empezó Tavi lo suficientemente fuerte para que todos lo pudieran oír—. Los canim han hecho lo que esperábamos. Los saqueadores han intentado terminar lo que empezaron los guerreros. El Primera Lanza Valiar Marcus y vuestros hermanos de legión no se lo han permitido. Así que ahora que estamos bien descansados, nos ha llegado el turno. Les vamos a empujar al otro lado de la muralla central en el vértice del puente. Vosotros y yo, junto con el tribuno Antillar, todos los caballeros y nuestros compañeros legionares vamos a darle tan fuerte a los canim que los dientes les van a salir volando hasta el otro lado del maldito océano.

La cohorte estalló en una carcajada contenida.

—Si esto sale bien —prosiguió Tavi—, saldremos victoriosos y las cervezas corren de mi cuenta. —Se calló hasta que se calmó otra carcajada—. Pero no importa lo que ocurra, en cuanto tengamos a los ingenieros en el punto adecuado para destruir el puente, tenemos que resistir. No importa lo que ocurra después, pero ese puente tiene que caer. Lo sabéis y a pesar de eso estáis aquí.

Tavi blandió la espada, se puso firmes y saludó a las filas de hombres jóvenes con el símbolo del cuervo que tenía delante.

—¡Primera Alerana, Cohorte del Cuervo de Batalla! —gritó Tavi—. ¡Primera

alerana, Caballeros Pisce! ¿Estáis conmigo?

Respondieron con un rugido de voces y aceros extendidos. Max, Ehren, Kitai y los caballeros Terra lo rodearon cuando Tavi se dio la vuelta y condujo a los Cuervos de Batalla y los caballeros Pisce hacia el Elinarch.

El Elinarch era una maravilla de la ingeniería alerana. Cruzaba las aguas del Tíber, y cubría una distancia cercana a un kilómetro con un arco de granito sólido surgido de los huesos del mundo. Lleno de furias propias, el puente era casi una criatura viva, que se curaba los daños que se le infligían, alterando su estructura para compensar el calor del verano y el frío intenso del invierno. El mismo artificio que permitía que las calzadas desplazaran y fortalecieran a los viajeros aleranos, también atravesaba toda la extensión del puente. Podía alterar su superficie para desaguar el exceso de agua y hielo y durante las tormentas pequeñas canaletas a ambos lados del puente recogían el agua de lluvia.

No obstante, durante esta tormenta, esos canales corrían llenos de sangre.

Tavi condujo a sus hombres a paso ligero por el puente. A unos veinte pasos del punto de partida, Tavi vio los riachuelos de sangre dentro de los canales. Al principio creyó que las nubes rojizas simplemente relucían en el agua de lluvia recogida en el desagüe. Pero la lluvia había parado hacía unas horas y el día lúgubre drenaba el color del mundo en lugar de resaltarlo. No creyó realmente que fuera sangre hasta que la olió: fuerte, metálica e inquietante.

No eran riachuelos largos, solo tenían la profundidad de la palma de la mano de un hombre adulto y la anchura de sus dedos extendidos. O mejor dicho, no habrían sido grandes riachuelos de agua de lluvia. Pero Tavi sabía que la sangre que corría por los desagües del puente se llevaba consigo las vidas de muchos hombres a lo largo de las piedras despiadadas y despreocupadas del puente.

Tavi apartó la mirada, obligándose a concentrarla en lo que tenía por delante, en la marcha cuesta arriba que le estaba esperando. Oyó cómo alguien sufría arcadas en las filas detrás de él, cuando los legionares se dieron cuenta de lo que estaban viendo.

—¡Mirada al frente! —ordenó Tavi a los legionares—. ¡Tenemos una tarea por delante, caballeros! ¡Concentraos!

Llegaron a la última muralla defensiva, que ahora estaba ocupada por una media cohorte de legionares, todos ellos heridos pero capaces de manejar las armas. Saludaron a Tavi al acercarse junto con sus voluntarios.

—¡Dadle fuerte a esos cabrones! —gritó un centurión muy veterano.

—¡Enviadlos con los cuervos, capitán! —chilló un pez herido con un vendaje ensangrentado alrededor de la cabeza.

—¡Dadles fuerte!

—¡Acabad con ellos!

—¡Primera Alerana!

—¡Pateadles el pelaje...!

—¡Formación de asalto! —ordenó Tavi a gritos.

Sin detenerse, la cohorte cambió de formación, transformándose en una columna de dos legionares en fondo. El paso se ralentizó un poco cuando la columna pasó a través de la abertura en la muralla defensiva más septentrional y Tavi los mantuvo en la misma formación mientras se acercaban a paso ligero a la siguiente muralla defensiva. El sonido de la batalla fue creciendo en intensidad.

El grueso de la legión se encontraba en la muralla siguiente. Tavi pudo ver la silueta baja y fornida de Valiar Marcus sobre la muralla, gritando órdenes. Los legionares defendían las almenas y después se extendían dos largas filas a ambos lados del puente, donde esperaban ante unos escalones bastos para subir a las almenas improvisadas. Cuando un legionare caía en la muralla, el hombre siguiente en la fila ocupaba su lugar. Tavi tembló al imaginarse la pesadilla de esperar en fila a que llegase el dolor y la muerte, sin nada más que hacer que contemplar como la sangre de tus hermanos de armas se perdía por los desagües.

Una fuerza importante estaba situada delante de la abertura en el centro de la muralla para bloquearla. Los legionares más cercanos al hueco luchaban con escudos y espadas cortas, pero los que estaban detrás utilizaban las lanzas para pasar por encima y alrededor de la primera fila con el fin de herir y distraer la llegada constante de saqueadores canim que intentaban abrirse camino a base de fuerza bruta. Los cadáveres canim yacían en pilas que se habían convertido en barricadas improvisadas. Entre ellos yacían aleranos inmóviles, y sus compañeros eran incapaces de liberarlos de la presión incontenible del cuerpo a cuerpo.

Alguien lanzó un grito y los cansados legionares de la Primera Alerana respondieron con una esperanza repentina.

—¡Max! —llamó Tavi—. ¡Crasus!

—¡Muchachos! —gritó Max, antes de sonreírle a Crasus y lanzar un guiño a su medio hermano.

Crasus se lo devolvió como una parodia pálida y fantasmal de una sonrisa. Max y Crasus se situaron a la cabeza de la columna con los caballeros Terra ocupando las dos filas siguientes, seguidos de Tavi y Ehren. Kitai, como era inevitable, no corría en formación, sino a un lado de la columna, con los ojos verdes brillando y el trote ligero y cómodo a pesar del peso de la armadura prestada.

—¡Alera! —gritó Tavi, levantando la espada para señalar la carga.

La columna ganó velocidad y el corazón le latía con tanta fuerza que creyó que se le iban a romper las costillas.

Valiar Marcus volvió rápidamente la cabeza y empezó a ladrar órdenes. En el último instante, la tropa sobre el puente se abrió, apartándose a ambos lados y con un aullido de triunfo muchos canim pasaron a través de la abertura.

Los recibieron los hijos de Antillus Raucus con aceros brillantes en las manos.

Para Tavi, el ataque de Max y Crasus solo fue un borrón reluciente. Max dio un

paso al frente y les dio primero con gran velocidad, violencia y un acierto letal con la espada saizando desde arriba. Acertó en el cane más cercano y le abrió el brazo que sostenía el arma hasta el hueso a la altura del hombro, entonces giró hacia un lado y la hoja atravesó el cuello de otro cane. Volvió a mover la espada y desvió el ataque de una espada en forma de hoz.

Crasus luchaba tan perfectamente coordinado con el ataque de Max que podría haber sido la sombra de su hermano. Liquidó al cane desarmado con un tajo que lo atravesó por el cielo de la boca, bloqueó un ataque frenético y desesperado de un cane cuyo cuello ya se estaba vaciando de vida sobre el puente y cortó la mano que sostenía el arma de un tercer cane mientras Max desviaba el arma, abriendo su defensa.

Los hermanos pasaron a través de los primeros canim y llegaron al hueco en la muralla sin frenar el paso. De la abertura llegaban los gritos y los chillidos de los canim cuando los caballeros Terra pasaron a través de ella y se abrieron a ambos lados. Tavi y Ehren fueron los siguientes y el hedor metálico de la muerte era asfixiante en un pasadizo terriblemente estrecho. Salieron de él en menos de un latido, aunque a Tavi le pareció una eternidad, y se encontraron ante la enorme extensión de un puente en ascenso que se elevaba hacia la muralla improvisada, construida en la cima del Elinarch.

El impulso lo era todo. Max y Crasus se empezaron a abrir camino a través de los canim como si fueran exploradores rodesios abriendo una senda a través de las junglas de su patria. En cuanto los caballeros Terra se pudieron desplegar a ambos lados, empezaron a emplear sus armas enormes. Tavi contempló cómo una espada movida con la fuerza impulsada por las furias cortaba en dos a un canim a la altura de la cintura, cayendo al suelo en dos mitades confusas, sangrantes y moribundas. Un martillo enorme se elevó y cayó, aplastando a otro cane con tanta fuerza que los huesos rotos en el tórax y la espina dorsal salieron disparados a través de la piel.

Tavi vislumbró un movimiento por el rabillo del ojo y se giró para ver cómo un cane saltaba por encima de los caballeros y aterrizaba en las piedras que tenía delante, descargando un garrote enorme contra su cabeza. Tavi se agachó, amagó hacia un lado y se acercó antes de que el cane pudiera recuperar el equilibrio. Lanzó hacia arriba un tajo con fuerza, que abrió las grandes arterias en la parte interior del muslo del cane, se apartó de la caída del enemigo y utilizó la inercia del giro para alcanzar el cuello del cane. El tajo no era lo suficientemente fuerte para cortar el cuello musculoso y cubierto de pelaje del cane, pero fue más que adecuado para llegarle hasta la nuca, de manera que cayó impotente al suelo y se desangró hasta morir.

Un segundo cane saltó por encima de la primera fila, aterrizando fuera del alcance de la espada de Tavi. Se volvió hacia Ehren.

El pequeño cursor movió el astil del estandarte, el águila ennegrecida de la legión

—ahora un cuervo, supuso Tavi en un rincón desconectado de su mente—, de manera que la bandera salió disparada y golpeó la nariz del cane como si fuera un látigo. El golpe no hizo nada más que sorprender al cane durante un segundo. Tavi podría haber atacado durante ese segundo, pero no lo hizo. El instinto le advirtió de que no lo hiciera y Tavi reconoció y confió en su instinto.

La figura acorazada de Kitai descendió desde la muralla detrás de ellos con espadas en ambas manos que atacaron y abrieron unas heridas horribles en el cane. La chica marat había subido por las escaleras mientras ellos pasaban por el túnel y había saltado de las almenas un latido después de su salida. Kitai rodó hacia delante, bajo los tajos ciegos y rabiosos de la espada en forma de hoz del cane, se puso en pie detrás del saqueador y lo derribó en una rápida sucesión de tajos letales.

Kitai limpió la sangre de las espadas y se dio la vuelta para avanzar a la derecha de Tavi, mientras Ehren se colocaba a la izquierda. Siguieron adelante, rodeados de violencia y ruidos enfurecidos por todos lados, y detrás de ellos los Cuervos de Batalla empezaron a salir del pasadizo a través de la muralla, conducidos por el centurión en funciones Schultz, el astil de la lanza detrás de la punta letal formada por Max y Crasus.

Los canim no estaban preparados para defenderse de un ataque, según se dio cuenta Tavi. El enemigo debía saber que las fuerzas para combatir de los aleranos se estaban acabando y que el tiempo y las heridas se estaban cobrando su peaje. Tavi supo de alguna manera que los canim habían pasado la última hora anticipando con ansia la caída final y letal de los defensores aleranos, y cuando los defensores habían abandonado el hueco en la muralla, los canim supieron que finalmente había llegado el momento del asalto definitivo y demoledor. Habían avanzado ansiosos por descargar el golpe mortal que destruiría a su enemigo.

Pero se habían encontrado frente a uno de los espadachines más letales de la legión y con el poder sobrehumano de los caballeros Terra, seguidos por la bandera ennegrecida y ensangrentada del capitán que había desafiado a Sarl y a sus ritualistas, lo había avergonzado delante de la hueste y vivía para contarlo a pesar de los poderes terribles que le habían lanzado los ritualistas.

Según se dio cuenta Tavi, las batallas se libran en terrenos embarrados, en ciudades en llamas, en bosques traicioneros, en montañas despiadadas y sobre las piedras manchadas de sangre de puentes en disputa. Pero las batallas se ganan dentro de la cabeza y el corazón de los soldados que las libran. Ninguna fuerza era derrotada en una batalla hasta que creía que estaba derrotada. Ninguna fuerza podía triunfar hasta que creyera que saldría victoriosa.

La Primera Alerana creía.

Los canim no estaban seguros.

En aquel momento, en ese puente, ante las espadas terribles de los hijos de

Antillus, ante el poder aplastante de los caballeros Terra, ante la bandera ennegrecida de la Primera Alerana y ante la carga imparable y frenética de los Cuervos de Batalla, esos eran los dos únicos hechos que importaban.

Era tan sencillo como eso.

La resistencia de las fuerzas canim en el puente no solo se tambaleó, sino que se desvaneció abruptamente cuando se dejaron llevar por el pánico. Max y Crasus siguieron con el avance y Tavi condujo a los Cuervos de Batalla detrás de ellos. En las murallas a sus espaldas resonaron las trompetas. Valiar Marcus había visto como se rompían los canim y el resto de la cansada legión corrió hacia delante para aportar su fuerza y empuje al avance.

El asalto tenía que cubrir casi unos quinientos metros cuesta arriba hasta alcanzar las defensas en la cima del puente, que no se habían construido para defenderse contra un ataque desde el lado alerano del puente. Sin almenas, la única protección que podía ofrecer a los canim era el obstáculo que representaba para el movimiento y la abertura relativamente estrecha que la atravesaba.

No obstante, el hueco también detuvo a los canim que ahora intentaban huir. Los legionares a pie eran más lentos que sus oponentes, pero los atraparon cuando la estrechez en la muralla les obligó a permanecer en el lado septentrional.

Tavi casi no pudo disponer su cohorte en un frente de combate más convencional, incorporando a los caballeros en el centro, antes de que los vengativos aleranos cayeran sobre los canim. Los canim chillaron. Los legionares cayeron. Tavi se esforzó en mantener un frente estable y en retirar a los heridos antes de que los pisotearan. Los canim, desesperados, subieron a las almenas y se lanzaron hacia el otro lado, prefiriendo la caída que el empuje del avance de la Primera Alerana. Algunos incluso se lanzaron del puente en lo que era una caída larga y peligrosa porque las aguas se encontraban en el punto más alejado puesto que el puente alcanzaba la altura máxima por encima de su superficie.

Por muy peligrosa que fuera la caída, los tiburones que los estaban esperando eran una amenaza mucho más seria y después de dos días de un goteo constante de sangre en el agua y relativamente poca comida, estaban hambrientos. Nada de lo que cayó al río salió con vida.

Tavi fue el primer legionare en subir a las almenas en el centro del puente. Ehren le pisaba los talones y los aleranos lanzaron un rugido cuando la bandera con el águila cuervo ennegrecida se alzó sobre la muralla.

Tavi contempló cómo Max y sus caballeros atravesaban el hueco en la muralla para asegurarse de que los canim tuvieran una buena razón para proseguir la retirada. Les siguieron un número de Cuervos de Batalla excitados que deberían haber ocupado posiciones defensivas, pero que habían permitido que el calor del combate controlase sus movimientos. Max, Crasus y los caballeros Terra descargaban golpes

que dejaban incapacitados a los canim que huían y los legionares que les seguían remataban la terrible tarea que habían iniciado los caballeros.

Tavi no tenía ni idea de si Max se había dado cuenta de lo lejos de la muralla que lo había llevado el avance, de manera que le hizo una señal al trompetero de los Cuervos de Batalla para que tocara alto. El clarín resonó a lo largo del descenso hasta el lado más alejado del puente y al oírlo Max miró a su alrededor e incluso a un centenar de metros, Tavi pudo ver la expresión de consternación en el rostro de Max cuando vio hasta dónde lo había llevado el ataque.

Al lado de Tavi, Kitai suspiró e hizo girar los ojos.

—Aleranos.

Max detuvo a los caballeros y los legionares, e inició una retirada ordenada hacia la muralla en el centro del puente.

Tavi miró hacia atrás, antes de volver la atención hacia la extensión delantera del puente y empezar a ladrar órdenes.

—¡Traed a los ingenieros! ¡Caballeros Aeris, a las murallas! ¡Cuervos de Batalla, conmigo!

Ehren le siguió pisándole los talones.

—Eh..., ¿señor? ¿No nos tendríamos que preparar..., uf..., ya sabe, para defendernos de un contraataque?

—Eso es lo que estamos haciendo —respondió Tavi, mientras pasaba por el hueco en la muralla y salía al otro lado del puente.

Tavi miró por la bajada del Elinarch hacia donde se estaban reuniendo los canim junto a la siguiente muralla defensiva.

—¡Schultz! ¡Tráelos aquí!

—De acuerdo —asintió Ehren, pero la voz sonaba claramente nerviosa—. Es que parece un desperdicio que los ingenieros se hayan molestado tanto en construir una muralla realmente buena y estemos aquí fuera a la intemperie, delante de ella. Sin utilizarla. Me temo que estemos hiriendo sus sentimientos.

—Los caballeros necesitan espacio en la muralla y los ingenieros no se pueden permitir que les interrumpa una incursión. A todos ellos les tenemos que garantizar el espacio para trabajar —explicó Tavi.

—Nosotros —aclaró Ehren—. Y una cohorte. —Miró hacia el puente—. Contra algo así como sesenta mil canim.

—No —intervino Kitai en voz baja—. Nosotros contra uno.

Tavi asintió.

—Sarl.

—Ah —exclamó Ehren y miró hacia atrás mientras los Cuervos de Batalla se colocaban en posición a su alrededor—. ¿No crees que exista la posibilidad que se traiga a uno o dos amigos?

—Esa es la idea —respondió Tavi—. Asegúrate de que pueden ver el estandarte. Ehren tragó saliva y sostuvo la bandera contra el viento.

—Así saben exactamente donde estás.

—Exacto —reconoció Tavi.

Bajando por el puente empezaron a resonar una vez más los cuernos de bronce, esta vez en una secuencia diferente a la anterior. Tavi vio cómo los canim empezaron a salir por la abertura en la siguiente muralla y el corazón se le aceleró.

Cada uno de ellos vestía con el manto y la capucha de los ritualistas. Se colocaron en filas, envueltos por un humo verdoso que se elevaba desde los incensarios, muchos de ellos sosteniendo largas barras de hierro, que estaban rematadas por una docena de hojas de acero en forma de colmillos. Formaban la punta de una columna de saqueadores, que salían por docenas hacia el puente. Por cientos. Por miles.

—Oh, por las grandes furias —exclamó Ehren en voz baja.

—Allí —le indicó Tavi a Kitai, sin poder suprimir una oleada de excitación—. Avanzando desde el fondo. ¿Ves la brillante armadura roja?

—¿Es él? —preguntó Kitai—. ¿Sarl?

—El mismo.

—Señálaselo a los caballeros Flora —sugirió Ehren—. Ordena que lo maten cuando avance. Casi lo pueden hacer desde aquí.

—No es suficiente —replicó Tavi—. No podemos simplemente matarlo. Su lugar lo ocuparía el siguiente ritualista en el escalafón. Lo tenemos que desacreditar, destruir su poder, demostrar que no puede cumplir lo que le ha prometido a su pueblo.

—No podrá cumplir nada si tiene una flecha clavada en la mollera —objetó Ehren, pero suspiró—. Parece que siempre lo tienes que hacer todo por el camino más difícil.

—Costumbre —reconoció Tavi.

—¿Cómo lo vas a desacreditar?

Tavi se dio la vuelta e hizo un gesto. Crasus saltó ágilmente de la muralla, como si no existiera la caída de tres metros. Se abrió camino hasta Tavi a través de las tropas y saludó.

—Capitán.

Tavi se adelantó un poco a la tropa para que no lo pudieran oír.

—¿Listo?

—Sí, señor —respondió Crasus.

Tavi sacó del bolsillo una bolsita de tela y se la entregó a Crasus. El tribuno de los caballeros abrió la bolsa y dejó caer en la mano la piedra de sangre roja y pequeña. Se la quedó mirando durante un momento, la volvió a meter en la bolsita y la cerró.

—Señor —dijo en voz baja—. Estáis seguro de que estaba en la bolsa de mi

madre.

Tavi sabía que no iba a conseguir nada repitiéndose.

—Lo siento —se disculpó con Crasus.

—¿Era la única de estas gemas que tenía?

—Por lo que yo sé —respondió Tavi.

—Ella es... es ambiciosa —reconoció Crasus en voz baja—. Lo sé. Pero no puedo creer que haya...

Tavi esbozó una sonrisa hueca.

—Es posible que no conozcamos toda la historia. Quizás estemos malinterpretando sus acciones.

Tavi no lo creía ni por un instante, pero necesitaba un Crasus confiado y no corroído por la culpa y las dudas.

—Es que no me lo puedo creer —repitió Crasus—. ¿Creéis que está bien?

Tavi puso una mano sobre el hombro de Crasus.

—Tribuno —empezó en voz baja—, ahora mismo no podemos perder la concentración. Después habrá mucho tiempo para plantear preguntas y os juro que si sigo con vida, la encontraremos y las responderemos. Pero por ahora, necesito que dejéis esto de lado.

Crasus cerró los ojos durante un momento y le recorrió un escalofrío, con un movimiento que a Tavi le recordó el de un perro secándose el agua. Entonces abrió los ojos y saludó con un gesto firme.

—Sí, señor.

Tavi devolvió el saludo.

—En marcha. Buena suerte.

Crasus le ofreció a Tavi una sonrisa forzada, saludó con la cabeza a Max, que estaba de pie con los caballeros en la muralla, y salió disparado hacia el cielo con una repentina columna de viento.

Tavi se protegió los ojos de la lluvia de gotas de agua y sangre, y contempló cómo Crasus se iba elevando antes de volver a su puesto en la fila.

—Creía que esas nubes estaban llenas de una especie de criaturas —comentó Ehren—. Y que por eso no podemos volar.

—Lo están —le explicó Tavi—. Pero la piedra de sangre es una especie de antídoto contra el poder de los ritualistas. Lo debería proteger.

—¿Debería?

—Me protegió a mí —respondió Tavi—. De aquel rayo.

—Eso no es lo mismo que unas nubes llenas de criaturas —replicó Ehren—. ¿Estás seguro?

Tavi apartó los ojos de la figura del joven caballero que iba desapareciendo y volvió a mirar hacia la cuesta.

—No, pero él sabe que es una suposición.

—Una suposición —repitió Ehren en voz baja.

—Hummmm.

Los tambores de la hueste canim empezaron a redoblar y los canim iniciaron el avance con paso tranquilo y controlado. El sonido de cientos de voces gruñendo al unísono se alzó como un viento oscuro y terrible.

—¿Qué ocurrirá si te equivocas?

—Lo más probable es que Crasus muera. Después, los ingenieros y los caballeros Terra derribarán el puente mientras contenemos a los canim.

Ehren asintió, mordiéndose el labio.

—Hum. Odio preguntarlo, pero si Crasus tiene la gema, ¿qué va a detener a Sarl si decide freírte con un relámpago en cuanto te vea?

Tavi se giró cuando Schultz le pasó un escudo y empezó a ajustarlo con fuerza al brazo izquierdo.

—La ignorancia. Sarl no va a saber que no lo tengo.

Ehren bizqueó.

—¿Por qué me parece que eso es otra suposición?

Tavi sonrió al ver cómo se preparaba el asalto.

—Espera y verás.

En ese instante Sarl echó hacia atrás la cabeza y lanzó un aullido escalofriante, que contestó toda la hueste con una oleada ensordecedora y dolorosa de gritos de guerra. Los oídos recién curados de Tavi le volvieron a dar punzadas y la superficie del puente empezó a temblar.

—¡Listos! —gritó Tavi, aunque la voz se perdió en el tumulto.

Sacó la espada y la levantó por encima de la cabeza, y a su alrededor los Cuervos de Batalla hicieron lo mismo. Ante la señal, los caballeros Flora sobre la muralla a su espalda empezaron a disparar flechas contra los canim, intentando herir más que matar en un esfuerzo por obligar a los canim a reducir la velocidad de la carga para recoger a sus heridos.

Sin embargo, Sarl no iba a permitir ninguna vacilación en el avance y los canim dejaron atrás a los heridos, abandonándolos para que se desangraran en el suelo y sin reducir su velocidad.

Tavi murmuró una maldición. El intento había valido la pena.

—¡Muro de escudos! —gritó Tavi y los Cuervos de Batalla cambiaron de formación, acercándose a los legionares que tenían al lado y sobreponiendo el acero de sus escudos.

Kitai y Ehren no se podían unir al muro si no llevaban escudo y se retrasaron varias filas en la formación. Tavi sintió cómo su escudo golpeaba el del hombre que tenía al lado y apretó los dientes, intentando controlar el temblor que le provocaba el

miedo.

Entonces Sarl volvió a aullar, levantando la vara rematada por los colmillos, y los canim, dirigidos por los ritualistas de ojos enloquecidos, cargaron contra los Cuervos de Batalla.

El terror en estado puro redujo la visión de Tavi a un túnel. Se dio cuenta de que estaba gritando junto con todos los hombres de la cohorte. Se acercó aún más al hombre que tenía al lado y sus figuras acorazadas se apretaron mientras las filas que tenían detrás se acercaron todo lo que podían, apoyándose en el hombre que tenían delante para aportar su peso y resistencia al muro de escudos.

La hueste canim impactó contra el muro de escudos alerano como un ariete vivo y enfebrecido. Las espadas brillaron y la sangre salió volando.

Tavi luchaba desesperadamente por ver y para comprender lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero el ruido, los gritos y la confusión de la lucha cuerpo a cuerpo lo cegaban para todo lo que no fuera el instante inmediato. Se agachó detrás del escudo y tuvo que mover la cabeza hacia un lado cuando una espada en forma de hoz se precipitó directamente contra él. La punta curvada del arma amenazó con pasarle por encima del escudo y clavarse en el yelmo. Contraatacó a ciegas con los golpes que Max y Magnus le habían enseñado hacía una eternidad. No pudo decir si todos o algunos de ellos dieron en el blanco, ni mucho menos si provocaron alguna herida, pero afirmó los pies y defendió el terreno, impulsado por el apoyo de las filas posteriores.

Otros no tuvieron tanta suerte. La vara de colmillos de un ritualista acertó y desgarró el cuello de un legionare cercano como si fuera una especie de sierra espantosa. Otro se agachó detrás del escudo, pero la punta de una espada en forma de hoz le atravesó el yelmo y el cráneo a la vez. A otro legionare lo sacaron del muro tirando del escudo y lo destrozaron un trío de ritualistas con sus mantos de piel humano.

Los Cuervos de Batalla mantuvieron el terreno a pesar de las bajas y el asalto canim se rompió salvajemente contra ellos, rugiendo como las olas de un mar sangriento que golpease inútilmente contra un acantilado rocoso.

Al caer un hombre, un compañero de cohorte ocupaba su lugar, avanzando con todo el poder, la coordinación y la fuerza de combate que podían reunir.

Era inútil. Tavi sabía que lo era. El acantilado podía resistir durante un tiempo contra el océano, pero poco a poco el mar lo iba desgastando, solo era cuestión de tiempo. Los Cuervos de Batalla habían detenido la carga inicial, pero Tavi sabía que no podían detener el enorme número de canim en el puente más que durante un rato.

Tavi se encontró luchando al lado de Schultz. El joven centurión descargaba tajos rápidos, salvajes y poderosos con el gladius, derribando a un ritualista y dos saqueadores con cuatro golpes precisos y bien calculados, hasta que pagó el precio de

su bravura y resbaló con la sangre de los enemigos, de manera que salió trompocado hacia delante y se alejó del muro. Un cane dirigió una lanza contra el cuello expuesto de Schultz.

Tavi no dudó. Se giró y cortó el astil de la lanza con un golpe seco y duro, aunque dejó su flanco izquierdo completamente expuesto a la vara con colmillos del ritualista con espuma en la boca que tenía delante. Vio por el rabillo del ojo como el cane atacaba y supo que no sería capaz de bloquear o evitar el arma letal.

No fue necesario.

El legionare a su izquierda giró hacia delante, apartando la vara con el escudo y lanzando un tajo amenazador contra la cabeza del ritualista, que le obligó a echarse hacia atrás para evitarlo. No lo retrasó demasiado, pero fue suficiente para que Schultz recuperara el equilibrio, de manera que Tavi y él regresaron a la formación y prosiguió la lucha.

Y siguió.

Y siguió.

Los brazos de Tavi le ardían a causa del esfuerzo de usar el escudo y la espada, y le temblaba todo el cuerpo como consecuencia del esfuerzo agotador de sostenerlos frente a un enemigo apabullante. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban combatiendo. Segundos, minutos, horas. Habría podido ser cualquiera de esas posibilidades. Lo único que sabía con toda seguridad era que tenían que conservar el terreno hasta que hubiera acabado. De una u otra manera.

Murieron más hombres. Tavi sintió una bocanada de calor en la mejilla cuando una espada canim en forma de hoz le pasó cerca. Los canim caían, pero no parecía que su número fuera disminuyendo y poco a poco Tavi fue sintiendo como cedía la presión de las filas que tenía detrás. El colapso inevitable no iba a tardar demasiado. Tavi apretó los dientes de pura frustración y vio un destello rojo a unos pasos de distancia. Ahí se encontraba Sarl con su armadura escarlata y Tavi vio cómo la vara con colmillos del ritualista golpeaba a un legionare que ya estaba herido y lo derribaba contra la superficie del puente.

Con decisión, Tavi empezó a transmitir la orden de avanzar. Un empujón fuerte y repentino podía dejar a Sarl al alcance de su espada y estaba decidido a que ocurriera lo que ocurriese, Sarl no iba a abandonar el puente con vida.

Cuando estaba a punto de gritar la orden, de repente la dorada luz del sol cubrió el puente.

Durante el espacio de un latido, la confusión convirtió el combate en un ejercicio cansino e ineficaz porque prácticamente todos los implicados miraron sorprendidos al cielo. Por primera vez en casi un mes, el sol dorado brillaba sobre el Elinarch, el sol resplandeciente y cálido de una tarde de finales de verano.

Aunque sabía que no lo iba a oír, Tavi gritó:

—¡Max!

En la muralla a su espalda, los caballeros dejaron escapar un rugido repentino a causa del esfuerzo enorme y descargaron contra los canim un arma que los aleranos no habían visto nunca.

Aunque no todos los caballeros Aeris sabían volar bien, su falta de habilidad era más una cuestión de inexperiencia que de fuerza. Cada uno de los caballeros Aeris presentes tenía un poder considerable para la aplicación del artificio del viento y teniendo en cuenta lo básico que era este, todos estaban preparados para realizarlo.

Tavi solo podía imaginar lo que estaba ocurriendo en ese momento detrás él y encima de las murallas y en el cielo sobre el Elinarch. Treinta caballeros perfectamente coordinados levantaron un artificio para ver a lo lejos, del tipo que solía utilizarse para ver objetos a cierta distancia. No obstante, en lugar de formarlo entre sus manos, este artificio era enorme y todas sus furias trabajaban juntas para formar un artificio en forma de disco con un diámetro de casi cuatrocientos metros, justo por encima de la muralla en la que se encontraban. Esta lente concentró de repente toda la luz del sol, manipulándola y convirtiéndola en una corriente desbocada de energía de solo unos pocos centímetros de diámetro que se concentró directamente por encima de Max.

Tavi oyó cómo Max gruñía y el ojo de la mente le proporcionó otra imagen: Max levantando su artificio para ver desde lejos, formado por una serie de discos individuales que curvaban y doblaban la luz para que recorriera toda la bajada del puente.

Para convertirla en un arma. Lo mismo que el trozo de vidrio curvado románico que Tavi había utilizado para encender el fuego, solo que... más grande.

La punta abrasadora de la luz del sol recorrió el puente y donde tocaba a alguien, ritualistas y saqueadores chillaban cuando la piel se ennegrecía y la ropa y el pelaje estallaban inmediatamente en llamas. Tavi miró hacia atrás y vio a Max sobre la muralla, con los brazos extendidos por encima de la cabeza y con una expresión de tensión y rabia. Gritó y esa luz terrible empezó a barrera a los canim, que cayeron ante ella como el trigo cae bajo la guadaña. Un hedor horrible y una cacofonía de chillidos tremendamente espantosos llenó el aire.

La luz se movió de un lado a otro, letal, precisa, y los canim no tenían donde esconderse. Docenas murieron durante cada uno de los laboriosos latidos del corazón de Tavi y de repente la suerte de la batalla empezó a cambiar. El hueco en las nubes se hizo más grande, pasó mucha más luz y Tavi creyó que podía ver la sombra de una persona en lo más alto del cielo, en el centro del área despejada de nubes.

Y cuando el ataque de los canim se frenó en seco, Tavi vio de nuevo a Sarl a menos de seis metros de distancia. El ritualista miró hacia arriba durante un segundo y se dio la vuelta para ver cómo moría su ejército, abrasado hasta la muerte bajo sus

ojos. Se volvió a girar con el rostro contraído en una mueca de terror cuando su asalto final se convirtió en una huida desesperada. Los saqueadores, aterrorizados, corrían para salvar la vida, pisoteaban a sus compañeros y se tiraban del puente en un esfuerzo por evitar la hechicería alerana, horrible e inesperada. Los más cercanos a la muralla siguiente consiguieron atravesarla a tiempo.

Los demás murieron. Murieron por el fuego, a manos de sus compañeros, o en las fauces de las hambrientas bestias marinas en el río que corría por debajo. Murieron a cientos, a miles.

Al cabo de unos segundos solo los canim más cercanos al muro de escudos alerano y por eso demasiado próximos a los defensores para que se pudieran convertir en un blanco fácil, seguían con vida. Los que intentaban huir eran aniquilados por el rayo de sol letal de Antillar Maximus. Los demás, casi todos ellos ritualistas, huyeron con un frenesí cada vez mayor nacido en la desesperación de saber que la muerte había venido a por ellos.

Tavi esquivó con fuerza el ataque salvaje de una vara con colmillos y cuando volvió a mirar hacia Sarl vio que el canim lo estaba mirando y después desplazó la vista hacia el cielo.

Los ojos de Sarl se volvieron calculadores, ardiendo de rabia y locura, y entonces empezó a aullar de repente, con el cuerpo arqueado de manera similar al día anterior.

Sarl debía de saber que su vida estaba a punto de terminar, y Tavi sabía que Sarl disponía de mucho tiempo para invocar una vez más el rayo... y a Tavi lo rodeaban sus compañeros aleranos. Aunque la descarga estaba destinada a él, también morirían todos los que le rodeaban, lo mismo que había ocurrido cuando el rayo de Sarl cayó sobre la tienda de mando del capitán Cyril.

Le había dado a Crasus la piedra de sangre de lady Antillus, de manera que Tavi tomó la única decisión posible.

Corrió hacia delante, abandonando el muro, y cargó contra Sarl.

Una vez más, el poder crujió en el aire. Una vez más, las luces resplandecieron alrededor del cuerpo del ritualista. Una vez más, los relámpagos escarlata se filtraron a través de las nubes alrededor del hueco de cielo azul despejado que había abierto Crasus.

Una vez más, la luz blanca cegadora y el ruido atronador cayeron sobre Tavi.

Y una vez más, no hicieron nada.

Esquirlas de piedras calientes salieron volando del puente. Un ritualista que se encontraba accidentalmente demasiado cerca acabó convertido en carne carbonizada y humeante. Pero Tavi no se detuvo. Cruzó el espacio que los separaba de un solo salto y con la espada levantada.

Sarl tuvo un instante para mirar a Tavi con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa. Manoteó para adoptar una posición defensiva con su vara de colmillos.

Antes de conseguirlo, Tavi clavó la espada en el cuello de Sarl. Se quedó mirando durante un segundo los ojos sorprendidos del cane, antes de girar la hoja y retirarla, abriendo un gran tajo en la garganta del ritualista.

La sangre se derramó sobre la armadura escarlata de Sarl y cayó sin fuerzas sobre el puente para morir con la expresión de sorpresa aún en la cara.

Los ritualistas soltaron un grito horrorizado cuando vieron caer a su maestro.

—¡Cuervos de Batalla! —aulló Tavi, señalando con la espada que debían avanzar—. ¡A por ellos!

Los Cuervos de Batalla cargaron contra los canim con un rugido.

Y unos momentos más tarde, la batalla del Elinarch había concluido.

Max llegó corriendo al lado de Tavi cuando liquidaron al último de los ritualistas. Los canim enloquecidos no habían dado ni pedido cuartel, lo que Tavi supuso que era lo mejor. No estaba seguro de qué hubiera podido contener a sus legionares después de las pérdidas que habían sufrido.

—Calderon —lo llamó Max—. Ha intentado lanzarte un rayo. De nuevo. —Max estaba sudando por el esfuerzo del artificio y parecía pálido—. ¿Cómo cuervos has sobrevivido?

Tavi alargó la mano hacia el cinturón y sacó el cuchillo canim que había capturado durante los combates contra las partidas de saqueadores el día anterior a la batalla. Levantó el pomo en forma de calavera. Una piedra de sangre brillaba húmeda en uno de los ojos. Una sangre roja y húmeda goteaba desde la joya y caía por la empuñadura.

—Teníamos otra gema, ¿recuerdas?

—Oh —se acordó Max—. De acuerdo. —Frunció el ceño—. ¿Cómo es que me puedes oír?

—Abrí la boca y llevo un poco de forro en el yelmo —respondió Tavi—. Foss me dijo que podía ayudar. Algo sobre la presión del aire.

Max le frunció el ceño a Tavi.

—Casi me da un ataque al corazón. Creía que estabas muerto y durante todo este tiempo llevabas encima otra gema. —Movié la cabeza—. ¿Por qué no le diste esa a Crasus?

—No estaba seguro de que funcionase —contestó Tavi—. Sabía que la que le di sí era eficaz. Para el plan, él era más importante que yo.

El joven caballero en cuestión descendió cansado desde el cielo y aterrizó en el puente entre vítores de los caballeros Pisces. Crasus se acercó lentamente a Tavi y saludó.

—Señor.

—Bien hecho, tribuno —le elogió Tavi con voz cálida—. Bien hecho.

Crasus sonrió un poco y Max le dio con fuerza en el hombro.

—No ha estado mal.

Ehren, que seguía llevando el estandarte, también lo felicitó, aunque Kitai solo le lanzó a Crasus una mirada sorprendida.

Tavi miró a su alrededor, intentando ordenar las ideas. Había sido más difícil de lo que había creído en un principio. Le asaltaban demasiadas emociones contradictorias. Alivio porque su plan había funcionado. Culpabilidad aplastante de que hubieran hecho falta tantas muertes para que tuviera éxito. Rabia contra los canim, contra Kalarus, contra la traicionera lady Antillus, y rabia también contra Sarl

y los de su especie, cuyas ansias de poder había matado a tantos aleranos y canim por igual. Náuseas, unas náuseas incontrolables al ver y oler tanta sangre, tantos cadáveres, destrozados por el acero o abrasados por el salvaje fuego del sol que sus caballeros habían descargado contra el enemigo. Vértigo por el hecho de que, a pesar de todas las dificultades, había sobrevivido durante los últimos días. Y... comprensión.

El trabajo no había acabado.

—De acuerdo —dijo elevando la voz—. Schultz, lleva los heridos con los sanadores y regresa a la muralla. Dile al Primera Lanza que quiero que consolide las unidades con demasiadas bajas para que vuelvan a ser cohortes operativas y que ocupen posiciones defensivas hasta que estemos seguros de que el enemigo se ha retirado del pueblo y está en el camino de regreso hacia Founderport. Que todo el mundo coma y descanse un poco, en especial los sanadores y dile... —Tavi se detuvo, respiró hondo y negó con la cabeza—. Él sabe lo que tiene que hacer. Dile que refuerce las defensas y se ocupe de la gente.

Schultz le dedicó un saludo cansado.

—Sí, señor.

—Max —llamó Tavi—. Ve a buscar los caballos.

Max alzó las cejas.

—¿Nos vamos de cabalgata?

—Hummm. Tráete un alae de caballería. Vamos a seguir la retirada de los canim y asegurarnos de que se siguen alejando.

—Sí, señor —asintió Max. Saludó, silbó con fuerza, le hizo una señal con la mano a alguien que había sobre la muralla, y se fue.

—Sir Ehren, por favor, encuentra a Magnus e infórmale de lo ocurrido.

—De acuerdo —aceptó Ehren. Saludó a Tavi con la cabeza y le entregó el estandarte—. De todas formas, no me llevo demasiado bien con los caballos.

Tavi les repartió muchas más órdenes a los demás miembros de la legión, pero después de eso se encontró contemplando el cadáver caído de Sarl. El cane parecía ahora mucho más pequeño, como un juguete roto a los pies de Tavi. El cuerpo escuálido y el pelaje sarnoso solo quedaban parcialmente cubiertos por la armadura escarlata y sus dientes amarillentos estaban desgastados.

Tavi intentó encontrar algún tipo de satisfacción por haberle arrebatado la vida a un enemigo del Reino, a una serpiente asesina cuyos planes casi habían matado a sus amigos y a su patrón durante el Final del Invierno, hacía unos años. Pero no pudo. Sarl había sido una amenaza. Ahora estaba muerto. Para Tavi no había ningún rencor en ese pensamiento ni orgullo. Ni vergüenza. Pero quizá una punzada de arrepentimiento. Sarl podía ser un traidor asesino, pero Tavi dudaba que cada cane que lo había seguido fuera el mismo tipo de monstruo. Y sus órdenes habían matado a

miles de ellos. Ellos también habían sido peligrosos, pero no de la misma manera maliciosa. O no completamente de esa manera. Aun así, había tenido pocas opciones. Pero le hubiera gustado encontrar un camino que no hubiera implicado tanta sangre. Tanta muerte.

Sintió la presencia de Kitai a sus espaldas y la miró. Ahora estaban solos en el puente, aunque la muralla que quedaba detrás estaba cubierta de legionares. Tavi se preguntó cuánto tiempo llevaría mirando a los muertos.

Kitai se puso a su lado y también contempló a los caídos.

—No tenías más remedio —afirmó en voz baja—. Te habrían matado. Habrían matado a todo el mundo.

—Lo sé —reconoció Tavi—. Pero...

Kitai levantó la vista y lo miró durante un momento con un ligero fruncimiento del ceño.

—Estás loco, alerano —concluyó con tono amable—. Puedes ser fuerte. Duro. —Puso la punta de los dedos sobre el peto de Tavi—. Pero por debajo de eso, lloras por los caídos. Incluso por los que no pertenecen a tu gente.

—Dudo que exista ningún otro alerano vivo que haya pasado tanto tiempo hablando con los canim como yo —explicó Tavi—. Lo habitual es que mi pueblo pase directamente a matarlos. Lo mismo hacen ellos.

—¿Crees que eso está mal?

—Creo... —empezó a responder Tavi con el ceño fruncido—. Creo que esto dura ya tanto tiempo que ninguno de los dos ha pensado en la posibilidad de detenerlo. Hay demasiada historia. Demasiada sangre.

—Si estuvieran en tu lugar, no llorarían por ti.

—Eso no importa —replicó Tavi—. No se trata de ser justo y ecuánime. Se trata de la diferencia entre bueno y malo. —Se quedó mirando el Elinarch ensangrentado—. Y esto ha sido malo. —De repente se le emborronó la visión a causa de las lágrimas, pero su voz siguió tranquila—. Necesario. Y malo.

—Estás loco, alerano —repitió Kitai en voz baja, pero sus dedos se encontraron con los de Tavi y sus manos no se separaron durante un rato.

Las pesadas nubes de tormenta seguían en el cielo, pero ahora se movían inquietas y entre fuertes aguaceros se abrían con frecuencia huecos entre las nubes, que dejaban pasar más luz del sol.

Tavi dejó escapar de repente una pequeña carcajada.

Kitai ladeó la cabeza y esperó.

—Mis partidas de *ludus* con Nasaug. Le estaba advirtiéndole. Mostrándole que nos debía temer. O, al menos, intentándolo. Pero durante todo ese tiempo me estaba utilizando como una de sus piezas. Empujándome hacia donde quería que fuera.

—¿De qué manera? —preguntó Kitai.

—Me ha utilizado para matar a Sarl —respondió Tavi—. No podía abandonar a los compatriotas que lo acompañaban. Ni tampoco podía permitir que Sarl los condujera al desastre. Tampoco podía pedirme ayuda porque Sarl había conspirado con Kalarus. Vio cómo intentaba que Sarl saliera de su hueste y dirigió ese asalto nocturno para asegurarse de que si Sarl no intervenía, Nasaug sería el vencedor de la jornada. Entonces, en lugar de respaldar a Sarl, se quedó a un lado para mirar. Y nosotros hemos matado a Sarl por él. Tal como quería.

Kitai negó con la cabeza.

—Creo que los canim se parecen más a tu pueblo que al mío —concluyó Kitai—. Solo un loco resolvería un problema de esa manera. Cuando mi padre no estuvo de acuerdo en como Atsurak dirigía a mi pueblo, lo desafió y lo mató. Lo resolvió en cuestión de minutos.

Tavi sonrió.

—Todos no podemos ser tan sabios como los marat. —Sintió cómo se desvanecía la sonrisa—. He hecho lo que él quería. Pero es posible que haya cometido un error a largo plazo.

Kitai asintió.

—Es posible que Nasaug no tenga los poderes de Sarl, pero dirigirá a su pueblo con mayor eficacia de la que Sarl habría podido tener nunca.

—Sí. Inspira lealtad. Valor. Nasaug está aislado de su hogar, de recibir ayuda. Pero puede convertir en guerreros a todos los canim que le acompañan. Nos enfrentamos bastante bien a los saqueadores, pero casi no le hicimos ni cosquillas a los guerreros. Imagina que disponga de cincuenta mil en lugar de diez mil. Habría tomado el puente en un día.

—Me lo imaginaré cuando lo tenga delante —replicó Kitai con firmeza—. Le estás pidiendo al destino que haga realidad tus temores, alerano. Pero por el momento, solo son temores. Es posible que lleguen. Si ocurre, entonces nos enfrentaremos a ellos y los superaremos. Hasta entonces, no les prestes atención. Ya hay suficientes cosas en las que tienes que pensar.

Tavi respiró hondo y asintió.

—Probablemente tengas razón. Lo intentaré.

A su espalda, Tavi oyó cómo las murallas improvisadas gruñían y chirriaban. Miró por encima del hombre y vio que los ingenieros estaban ampliando la abertura en las murallas para que pudieran pasar los caballos. Unos instantes más tarde, Max y la caballería se acercaron a ellos.

—¿Vais a vigilar la retirada canim? —preguntó Kitai.

—Sí. Es posible que Nasaug los vuelva a reunir y ataque de nuevo antes de que nos podamos recuperar. No creo que lo podamos detener, pero mientras lo tengamos vigilado, siempre podremos derribar el puente antes de que lleguen aquí.

—Iré con vosotros —anunció Kitai con un tono que no admitía discusión.

Tavi le dedicó una sonrisita.

—En cuanto la gente tenga un momento para recuperar el aliento, se van a dar cuenta de que no eres alerana.

Kitai mostró los dientes con una sonrisa.

—Eso va a resultar interesante.

Tavi se sentía como si hubiera recorrido veinte kilómetros por carreteras malas, pero Kitai y él montaron y partieron con Max y la caballería. Siguieron a cierta distancia el cuerpo principal de la hueste canim que se retiraba hacia Founderport. Durante el viaje sufrieron dos veces los ataques de canim heridos, rezagados que habían perdido el contacto con la columna. Los ataques fueron rápidos, brutales y terminaron con rapidez, y la caballería avanzó en una columna poco compacta, liquidando a todos los canim que no podían seguir el ritmo de la retirada.

Al final del día, Tavi contempló exhausto como un grupo de ocho jinetes penetraban en las ruinas ocupadas de un granero en una de las explotaciones incendiadas. Tavi los siguió mientras revisaban las ruinas y de la oscuridad surgieron gruñidos y el sonido del entrechocar de las armas.

Tavi vio cómo una sombra grande saltó por encima de una pared en ruinas y salió corriendo. El cane era más lento que los demás, llevaba un paso vacilante y en el pánico de la huida se dirigía directamente hacia la caballería alerana que esperaba fuera de las ruinas. Un segundo grupo avanzó para interceptar al cane solitario.

Entonces Kitai dejó escapar un jadeo duro y repentino desde el caballo que montaba al lado de Tavi.

—Detenlos —siseó—. Ahora mismo.

Tavi parpadeó, pero inmediatamente gritó:

—¡Segunda lanza, alto!

Los jinetes detuvieron sus monturas, mirando confusos hacia atrás.

—Ven, alerano —indicó Kitai y salió detrás del cane solitario.

—Espera aquí —le ordenó Tavi a Max—. Volvemos dentro de un rato.

—Uh. ¿Señor? —replicó Max.

Tavi no le hizo caso, y siguió a Kitai, quien lo condujo por la penumbra hasta que encontraron al cane huido, agachado bajo la débil protección que le ofrecía un saliente de tierra medio derrumbado al lado del río.

Ella los miró con ojos asustados y muy abiertos, y apretó contra su pecho unas cuantas formas pequeñas que gimoteaban lastimeramente.

Ella.

Ella.

Tavi la miró sin poder pronunciar palabra. Un cane hembra, con crías. Recién nacidos, al parecer. Debió de haber dado a luz cuando se inició la retirada canim.

Ningún alerano había visto nunca a una hembra cane, y a lo largo de los siglos eso había dado lugar a muchos rumores desagradables sobre como se reproducían los canim. La verdad era mucho más sencilla, mucho más obvia, y la encarnación de esta estaba temblando bajo la lluvia delante de él, abrazando a sus hijos, tan desesperada y asustada como lo estaría cualquier madre alerana en su lugar.

Tavi avanzó hacia la cane hembra. Bajó la barbilla hacia el pecho y enseñó los dientes.

Los ojos de la hembra brillaron con una rabia desesperada, que luchaba con un miedo aún más desesperado. Entonces aplastó las orejas, ladeó la cabeza y estiró el cuerpo para mostrar el cuello en gesto de rendición abyecto.

Tavi se relajó y le hizo un gesto a la cane hembra. Después ladeó ligeramente la cabeza y movió la mano hacia ella como si estuviera alejando algo.

La hembra levantó la cabeza y lo miró. Movi6 las orejas.

—Vete —le ordenó Tavi.

Intentó recordar la palabra adecuada en la lengua de los canim y se decidió por la que Varg solía utilizar en ocasiones cuando creía que Tavi se estaba tomando demasiado tiempo para mover una pieza en el tablero de *ludus*, mientras hacía el mismo gesto.

—*Marrg*.

La hembra se lo quedó mirando durante un momento. Entonces volvió a mostrar el cuello, se puso en pie, sin quitarle los ojos de encima, y se desvaneció en la noche.

Tavi la vio desaparecer, y pensó todo lo rápido que pudo.

Los canim habían llegado a Alera y se habían llevado a sus compañeras y a sus retoños, a sus familias, algo que no había ocurrido nunca.

Eso significaba...

—Grandes furias —jadeó Tavi—. Ya no temo a Nasaug.

Kitai miró hacia la cane hembra y asintió lúgubrementemente.

—Temo por lo que le ha expulsado de su hogar —susurró Tavi.

EPÍLOGO

Isana se despertó con el sonido de trompetas distantes y con un clamor en el pasillo que había delante de la puerta. Se incorporó, desorientada. Se encontraba en su cama. Alguien la había bañado y llevaba un camisón blanco y suave que no era suyo. En la mesa al lado de la cama había tres cuencos y una taza sencilla. Dos de los cuencos estaban vacíos. El tercero estaba medio lleno de algún tipo de caldo.

Se sentó, una tarea que resultó sorprendentemente difícil, y se apartó el cabello de la cara.

Entonces recordó. La bañera de sanador.

Fade.

La bañera no estaba, y no veía al esclavo desfigurado.

Si no hubiera estado tan cansada, el corazón se le habría desbocado temerosa por el destino del hombre. Pero en esas circunstancias, sus preocupaciones solo eran un ligero acicate. Isana bajó de la cama, aunque necesitó toda su voluntad porque se sentía muy débil. Uno de sus sencillos vestidos grises estaba colgado en el respaldo de una silla y se lo puso por encima del camisón, antes de caminar cuidadosamente hasta la puerta.

En el pasillo exterior se oían gritos y los golpes secos de pasos a la carrera. Abrió la puerta y encontró a Girdi que estaba de pie en el pasillo, mirando hacia la puerta medio abierta de la habitación que se encontraba en frente de la suya.

—Puede que sea así —estaba gruñendo el viejo soldado—, pero no eres tú quien va a decir si estás bien o no. —Se calló mientras pasaban corriendo tres jóvenes, tal vez pajes—. Lady Veradis dice que tienes suerte de estar vivo. Te vas a quedar en la cama hasta que ella diga lo contrario.

—No veo a lady Veradis por ninguna parte —replicó un hombre con túnica y botas de legionare.

Estaba de pie en el quicio de la puerta, mirando por el pasillo, de manera que Isana lo vio de perfil. Era guapo, aunque curtido por los elementos, y el cabello marrón, que llevaba corto al estilo de las legiones, estaba marcado de gris. Era delgado, pero con una constitución que era todo fibra y músculo, y se comportaba con una confianza relajada. La mano descansaba con una familiaridad inconsciente sobre la empuñadura del gladius que le colgaba de la cadera. Tenía una voz suave y profunda.

—Por eso, obviamente, no puede decir lo contrario. ¿Por qué no vamos a preguntárselo?

El hombre se volvió hacia Girdi e Isana vio que el otro lado de la cara estaba horriblemente desfigurado con cicatrices de quemaduras, labradas en la piel con la marca de cobardía de las legiones.

Isana se dio cuenta de que había abierto la boca.

—Araris —dijo en voz baja.

Giraldi gruñó sorprendido y se volvió hacia ella.

—Estatúder. No sabía que estuvierais despierta...

Isana se encontró con la mirada tranquila de Araris. Intentó decir algo, pero lo único que le salió de la boca fue:

—Araris.

Él sonrió y le ofreció una pequeña reverencia formal.

—Os doy las gracias por mi vida, mi señora.

Y ella lo sintió. Entonces lo sintió en él, lo sintió cuando se encontró con sus ojos. Nunca lo había sentido en el pasado, ni en todos los años en el transcurso de los cuales había servido a su hermano y después a ella. Estaba en sus ojos. Durante todos esos años, con el cabello largo y descuidado, nunca había llegado a ver toda su cara, nunca había visto los dos ojos a la vez. Él nunca le había permitido que lo viera. Nunca le había dejado saber lo que sentía por ella.

Amor.

Abnegado, tranquilo, fuerte.

Había sido el amor lo que le había sostenido durante los años de trabajo y aislamiento, el amor lo que le había impulsado a desprenderse de su identidad, a marcarse, a disfrazarse, aunque le había costado su posición, su orgullo, su carrera como soldado... y su familia. Había asesinado por voluntad propia todo lo que era en nombre del amor, y no solo por el que sentía por Isana. Eso también lo podía sentir en él, la pena y el amor agri dulce y profundo por su amigo y señor, Septimus, y, por extensión, por la esposa e hijo de su amigo.

Por su amor había luchado por proteger a la familia de Septimus, y había soportado una vida de trabajo duro en la herrería de una explotación agrícola. Por su amor había destruido su vida y, si las circunstancias lo requerían, gastaría el último aliento y derramaría la última gota de sangre para protegerlos sin vacilar en ningún momento. Su amor no podía aceptar menos que eso.

Los ojos de Isana se nublaron con lágrimas repentinas cuando la inundó la calidez y el poder de ese amor, un océano silencioso cuyas olas se movían con los latidos de su corazón. Isana se sentía sobrecogida —y humilde— ante ese amor. Y en respuesta, algo se agitó en su interior. Durante veinte años solo lo había sentido en sueños. Ahora, algo se había roto dentro de ella, destrozado como un bloque de hielo bajo el martillo, y su corazón se disparó de exaltación con una carcajada pura, dorada y burbujeante que creía que había desaparecido para siempre.

Por eso no lo había sentido nunca en él. Nunca había sentido como crecía en su interior durante los largos años de trabajo, pena y remordimientos. Nunca se permitió comprender la semilla que había arraigado y empezado a crecer. Se había quedado

tranquila y paciente, esperando el final del invierno de luto, dolor y preocupación que le había helado el corazón. Esperaba una calidez nueva. Esperaba la primavera.

Su amor había matado a Araris Valeriano.

El amor de ella le había devuelto la vida.

No confiaba en sus piernas para andar, así que le tendió una mano.

Araris se movió con cuidado, señal clara de que aún no estaba recuperado del todo. Isana no podía ver nada más que un borrón, pero su mano tocó la de ella, cálida y suave, y sus dedos se entrelazaron. Ella empezó a reír a través de las lágrimas y oyó cómo él se unía a la risa. Sus brazos la entrelazaron y se sostuvieron sin dejar de reír y llorar.

No dijeron nada.

No era necesario.

Amara levantó cansada la vista del libro cuando giró el pomo de la puerta de su habitación en el ala de invitados de lord Cereus. La puerta se abrió y entró Bernard con una bandeja cargada de comida.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con una sonrisa.

Amara suspiró.

—Podrías pensar que en estos momentos ya me he acostumbrado a los calambres. Los he tenido cada mes desde que era una niña. —Movi6 la cabeza—. Al menos ya no estoy hecha un ovillo y gimoteando.

—Eso es bueno —reconoció Bernard en voz baja—. Ten. Té de menta, tu favorito. Y un poco de pollo asado...

Se acercó al sitio donde Amara estaba encogida en un sillón delante del fuego. A pesar del calor estival, el interior de los gruesos muros de piedra de la ciudadela de Cereus proporcionaba un frescor que le resultaba inc6modo, en especial durante los calambres. Entre el cansancio del viaje, los golpes, los arañazos y los moretones que había recibido, el hombro dislocado y los recuerdos nuevos y horribles de violencia y muerte, la desilusión de que su ciclo continuase impert6rrito había adquirido unas proporciones monstruosas. De hecho, había llegado hasta tal punto que había aceptado el ofrecimiento de Bernard de asistir en su lugar a la reuni6n con el Primer Se6or y los Grandes Se6ores Cereus y Placidus.

Quizás eso había sido poco profesional por su parte. Pero tampoco habría sido muy profesional que prorrumpiese en lágrimas a causa del peso de tantos dolores con sabores tan diferentes. Sin duda, tendría que analizar esa decisi6n y tomar medidas en el futuro, cuando el recuerdo del dolor se hubiera suavizado, pero donde se encontraba en ese momento, bajo la sombra del peor tormento físico y emocional que había sentido nunca, no se iba a escatimar el tiempo necesario para recuperarse.

—¿Cómo ha ido la reuni6n? —preguntó.

Bernard depositó la bandeja en el regazo de Amara, descubrió el pollo y vertió unas gotas de crema en el té.

—Come. Bebe.

—No soy una niña, Bernard —replicó Amara, que no había tenido intención que la voz le sonase tan petulante, pero Bernard sonrió cuando vio su expresión—. No lo digas —le advirtió.

—No me atrevería. —Se acercó a un sillón y se instaló en él—. Ahora, cómete el almuerzo y bébete el té, y te lo explicaré todo.

Amara le lanzó otra mirada reluciente y cogió el té. Estaba a la temperatura perfecta, adecuada para beberlo sin abrasarse, y saboreó el calor que se extendió desde el cuello al vientre.

Bernard esperó para empezar hasta que mordió el primer bocado de pollo.

—El resumen general es que las fuerzas de Kalarus están en retirada. Eso está bien porque ya no se dirigen hacia aquí y está mal porque siguen siendo legiones capaces de retirarse y combatir otro día.

»Aquitania ha aplastado a las dos legiones que guardaban los pasos de las Colinas Negras, aunque se han podido retirar en un orden razonablemente bueno.

Amara esbozó una sonrisa hueca.

—Probablemente está negociando con sus oficiales e intentará sobornarlos para que abandonen a Kalarus. ¿Por qué vas a destruirlos cuando los puedes reclutar?

—Has pasado demasiado tiempo con lady Aquitania —respondió Bernard—. Termínate el pollo y haré algo agradable por ti.

Amara arqueó una ceja, se encogió de hombros con timidez y volvió a comer. Bernard prosiguió.

—En cuanto la hija de Aticus estuvo libre y estuvo seguro de que Kalarus no lo iba a emboscar en el momento en que se pusiera en marcha, Aticus heló la maldita llanura aluvial hasta que se convirtió en una enorme placa de hielo. Entonces la atravesó con sus legiones para aislar a las tropas más orientales de Kalare y atraparlas en las fortalezas que habían tomado. Ahora las tiene asediadas, y Gaius ha enviado a la Segunda Imperial para que le ayude.

—¿Y las nubes? —preguntó Amara.

—Parece que se empezaron a romper sobre las ciudades más alejadas en el interior el día antes de que llegamos a Kalare. Al cabo de dos o tres días se han disuelto por completo.

Amara sorbió el té pensativa.

—¿Sabemos cómo lo hicieron los canim?

—Aún no.

Amara asintió.

—¿Cómo han conseguido llegar tan rápidamente a Ceres las legiones de Placida?

Llegaron antes que nosotros y nosotros llegamos por el aire. Creía que tendrían que marchar toda la distancia desde su ciudad de origen.

—Sospecho que todo el mundo supuso lo mismo —explicó Bernard—. Pero en lugar de eso, las tres se situaron en la frontera de su territorio el día después de que Kalarus secuestrase a su esposa. En cuanto Gaius le dijo que Aria estaba a salvo, acudieron a marchas forzadas hasta Ceres. Tardaron menos de un día por las calzadas.

Amara arqueó una ceja.

—¿Las tres legiones?

Bernard asintió.

—Supuso que o bien liberaban a Aria, en cuyo caso podría ayudar a Ceres a la primera oportunidad, o bien la matarían, en cuyo caso iba a reunir a todos los soldados a su disposición para perseguir al malnacido que lo había hecho. —Bernard movió la cabeza—. No me parece el tipo de hombre que pueda vivir y dejar vivir a alguien que haya tocado a su esposa.

—No —reconoció Amara en voz baja—. No lo es. Pero siempre habrá idiotas que crean que si a un hombre no le gusta la violencia y hace todo lo posible por evitarla, está dando señales de debilidad y vulnerabilidad.

Bernard negó con la cabeza.

—En general existe una cantidad ilimitada de idiotas. Lord Kalarus sirve de ejemplo. ¿Recuerdas que me dijiste que debía estar compinchado con los canim?

—Estoy bastante segura de que nunca utilicé la palabra «compinchados» para describirlo —murmuró Amara.

—Calla y come —le reprendió Bernard—. Gaius me ha pedido que te explique que, al parecer, se ha producido una incursión canim muy significativa, que se inició más o menos al mismo tiempo que la rebelión de Kalarus.

Amara contuvo la respiración.

—¿De verdad? ¿Qué ha ocurrido?

—Los detalles aún no están muy claros —respondió Bernard—. Los cursores de la zona fueron atacados por los cuervos de sangre de Kalarus. Muchos han muerto, muchos más están desaparecidos, y cabe suponer que han pasado a la clandestinidad. Pero parece que Gaius tiene algunos medios para ver lo que está ocurriendo por allí una vez que han desaparecido las nubes. Los canim desembarcaron cerca de... —Frunció el ceño—. Se trata de un puente enorme sobre el Tíber. No puedo recordar el nombre y no lo había oído antes.

—El Elinarch —le aclaró Amara—. Es el único punto por el que una fuerza considerable puede cruzar el río con seguridad.

—Eso es —asintió—. Envió a la Primera Alerana para defender el puente.

—¿La Primera Alerana? ¿Esa... legión decorativa? Existe una porra entre los cursores sobre cuántos años van a pasar antes de que ese circo entre realmente en

combate.

—¿Hummm? —replicó Bernard—. Espero que no hayas apostado mucho.

Amara alzó las cejas.

—Parece ser que han conseguido resistir ante unos sesenta mil canim.

Amara casi se atraganta con un trozo de pollo.

—¿Qué?

Bernard asintió.

—Desembarcaron cerca del puente, pero se desplazaron hacia el sur para ocupar muchos pueblos fortificados en la zona y a lo largo de la costa.

—Los canim nunca han hecho algo así —replicó Amara—. Ni han llegado en esa cantidad. —Se mordió el labio inferior—. Sesenta mil...

—Aproximadamente diez de sus legiones, sí —aclaró Bernard.

Llamaron a la puerta. Bernard se puso en pie y se dispuso a abrir. Su voz profunda habló en un murmullo mientras Amara terminaba de comer y regresó seguido de Placidus Aria.

Lady Placida tenía de nuevo una apariencia majestuosa y tranquila, y lucía un vestido de seda gris immaculado. El cabello de un color castaño profundo iba suelto y le enmarcaba el rostro, que sonreía con calidez a Amara mientras se acercaba y la saludaba con una ligera reverencia con la cabeza.

—Conde, condesa.

Amara empezó a dejar a un lado el té para ponerse en pie, pero lady Placida levantó una mano.

—No, Amara, por favor. Sé que estáis herida. Por favor, descansad.

Bernard le lanzó a lady Placida una mirada de agradecimiento y le ofreció su sillón.

—No, muchas gracias, conde —lo rechazó—. No voy a quedarme mucho tiempo. Solo os quería ver a los dos, para daros las gracias por sacarme de un lugar tan horrible. Me pueden considerar profundamente en deuda con los dos.

—Vuestra Gracia —replicó Amara negando con la cabeza—. No hay ninguna necesidad de...

—Muchas gracias —la cortó lady Placida—, porque solo estabais cumpliendo con vuestro deber y mi agradecimiento debería ir por derecho propio al Primer Señor, sí, sí. Ahorraos el discurso, Amara. Lo que hicisteis fue algo más que un trabajo. En especial, si tenemos en cuenta la turbia dinámica de grupo de vuestros asociados, que, hablando de todo un poco, manejaisteis muy bien. —Sus ojos brillaron con una alegría maliciosa—. En particular cuando les quitasteis la ropa.

Amara negó con la cabeza.

—Tal vez lo mejor habría sido no hacerlo —comentó.

—No temáis, querida —la tranquilizó lady Placida—. Sois demasiado decente

como para buscar su favor, demasiado inteligente como para creer todo lo que os dijo y demasiado leal al Reino como para implicaros en sus juegucitos. Nunca podréis ser nada más que la enemiga de Invidia. —Sonrió—. Solo que... lo habéis empezado un poco pronto. Con estilo.

Amara sintió cómo se le escapaba una risita.

La expresión de lady Placida se puso seria.

—Fuisteis más allá de la llamada del deber. —Giró la cabeza hacia Bernard y volvió a inclinarla—. Los dos lo hicisteis. Y mi señor esposo y yo estamos en deuda con vos. Si alguna vez tenéis alguna necesidad, solo tenéis que pedirlo.

Amara le frunció el ceño y después miró a Bernard.

—¿Rook...?

—He hablado con Gaius en su favor —respondió Bernard en voz baja—. Perdonada y libre.

Amara sonrió, un poco sorprendida por la sensación de satisfacción que le proporcionaban sus palabras.

—Entonces, lady Placida, hay algo que os querría pedir.

—Solo —replicó tozuda—, si dejáis de utilizar el título. Tengo un nombre, querida.

Amara sonrió de oreja a oreja.

—Aria.

—Hablad.

—Rook y su hija no tienen adonde ir, y ni siquiera son dueñas de la ropa que visten. Ella no quiere seguir en el juego porque tiene que cuidar a su hija. Si no es mucho pedir, quizá conozcáis alguna explotación donde pueda encajar. Un lugar tranquilo y seguro.

Aria frunció los labios, mirando a Amara pensativa.

—Es posible que conozca un lugar así.

—Y... —Amara le sonrió a Bernard—. Otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Bernard, antes de que su expresión cambiase al comprender, y sonrió—. Oh, de acuerdo.

Amara volvió a mirar a Aria.

—También necesita un poni. Su hija quiere uno. Rook se lo ha prometido, y me gustaría que pudiera cumplir su promesa.

—Necesitará dos —intervino Bernard. Le sonrió a Amara, miró a Aria y añadió—: Mi favor puede ser el otro poni.

Lady Placida los miró a los dos, movió la cabeza y volvió a sonreír de oreja a oreja.

—Creo que me gustáis cada vez más —comentó en voz baja, antes de hacer otra reverencia, esta vez más profunda, y añadir—: Me ocuparé de ello. ¿Si me perdonáis?

—Por supuesto —replicó Amara inclinando la cabeza—. Y muchas gracias.

Bernard acompañó a lady Placida hasta la puerta y regresó al lado de Amara. Se detuvo un momento para contemplarla, con el orgullo reflejado en los ojos. Entonces se inclinó y la besó en la frente, en los ojos y en los labios.

—Te quiero mucho, ¿sabes?

Amara le devolvió la sonrisa.

—Yo también te quiero.

—Ha llegado el momento de algo agradable —anunció y la cogió en brazos, la levantó casi sin esfuerzo y la llevó a la cama.

—Bernard... —empezó Amara—. Me vuelves loca de deseo, pero hoy no es el mejor día...

—Ni se me había pasado por la imaginación —la interrumpió Bernard—. Pero todos esos vuelos con el vestidito de seda roja no le han sentado nada bien a tu piel.

La tendió en la cama y con suavidad le quitó la ropa. Entonces cogió una jarrita del cajón de la mesilla y la abrió. Un aroma cálido, parecido a la canela, se elevó en el aire. Bernard se sentó en la cama a su lado y vertió en la palma de la mano una parte del contenido de la jarrita, una especie de aceite aromatizado, y se frotó las manos durante un momento.

—El sanador dijo que es lo mejor para que la piel se cure sola —murmuró—. Creo que empezaremos por las piernas.

Entonces sus manos fuertes y cálidas se empezaron a deslizar sobre las piernas de Amara, extendiendo el aceite sobre la piel irritada, sensible y seca. Amara sintió cómo se derretía en un charquito el cansancio contenido y durante la hora siguiente se dejó llevar por sus manos. De vez en cuando movía sus extremidades para ocuparse de ellas. La calidez del aceite, la sensación de sus manos suaves sobre los músculos agotados y la calidez satisfecha y pesada de la comida en el estómago se combinaron para infundirle calor y mantenerla en un sopor lánguido, en el que se hundió sin vergüenza.

Amara se despertó más tarde abrazándose y con la mejilla apoyada en el hombro de Bernard. Estaba oscuro. La única luz procedía de los últimos rescoldos del fuego.

—¿Bernard? —susurró.

—Estoy aquí —contestó él.

Se le cerró la garganta y susurró:

—Lo siento mucho. Nunca me había retrasado. —Cerró firmemente los ojos—. No quería desilusionarte.

—¿Desilusionarme? —murmuró Bernard—. Esto solo significa que lo tenemos que intentar con más decisión. —Sus dedos dibujaron una línea en la garganta de Amara y el roce hizo que le recorriese un escalofrío de placer—. Y con más frecuencia. No puedo decir que me sienta desilusionado por eso.

—Pero...

Bernard se volvió y la besó suavemente en la boca.

—Calla. No hay nada que perdonar. Y no ha cambiado nada.

Ella suspiró, cerró los ojos y se acarició la mejilla con la piel cálida de Bernard. Los diversos dolores se habían suavizado y podía sentir cómo el sopor empezaba a llenar el vacío que había en su interior.

Se le ocurrió una idea justo al borde del sueño y la conciencia, y oyó cómo murmuraba soñolienta:

—Falta algo.

—¿Hummm?

—Lady Aquitania. Se llevó como ayudantes a Aldrick y Odiana.

—Tienes razón. Yo estaba presente.

—¿Por qué no se llevó a Fidelias? Es su vasallo con más experiencia, y ha realizado misiones de rescate similares en una docena de ocasiones.

—Hummm —respondió Bernard con una voz espesa a causa del sueño—. Quizá lo haya enviado a otro sitio.

«Quizá —pensó Amara—. Pero ¿dónde?».

Era tarde, y Valiar Marcus estaba solo en el centro del Elinarch, contemplando el río en silencio.

Habían pasado diez días desde el final de la batalla. Las murallas meridionales del pueblo se habían reconstruido hasta levantarse como una defensa aún más formidable, anticipándose a un ataque canim que no acabó de llegar. Los trabajos se habían realizado con rapidez en cuanto limpiaron los restos calcinados de los edificios que el capitán había destruido y los ingenieros habían reconstruido en piedra esta parte del pueblo, diseñando las calles como una fuerte red defensiva que permitiría una retirada de pesadilla si volvían a superar las murallas.

Las nubes antinaturales se habían vaciado durante muchos días de una lluvia constante y el nivel del río había subido casi un metro. Las aguas seguían llenas de tiburones que se habían dado un festín con los restos de los canim caídos, que habían ido tirando durante más de una semana.

Muy pocas lámparas de furia habían sobrevivido a la batalla, y las piras funerarias de los aleranos caídos proporcionaban las únicas luces mortecinas que Marcus podía ver. Las últimas piras seguían ardiendo en la zona funeraria al norte del puente: había demasiados cuerpos para enterramientos individuales y dignos, mientras que la lluvia había complicado por un igual las piras y las fosas, y Marcus estaba contento que el trabajo más difícil, que era dar reposo a los caídos, hubiera terminado por fin. Caras muertas y desaparecidas desde hacía días o décadas le perseguían en sus sueños, pero no perturbaban su descanso como había ocurrido tres años antes.

Marcus sentía pena por ellos y lamentaba su sacrificio, pero también sacaba fuerzas de su recuerdo. Esos hombres podían estar muertos, pero seguían siendo legionares, formaban parte de una tradición que se hundía en el pasado y se desvanecía en las nieblas de la historia de Alera. Habían vivido y muerto en la legión, como parte de algo que era más grande que la suma de sus partes.

Marcus también era así. Siempre lo había sido, aunque lo había olvidado durante algún tiempo.

Suspiró, levantando la vista hacia las estrellas y disfrutando del aislamiento y la soledad de la oscuridad en el punto más alto del puente, donde la brisa nocturna se llevaba el último hedor de la batalla. Aunque la acción había sido difícil y peligrosa, Marcus estaba muy contento de volver a vestir el uniforme.

De librar un buen combate por una causa que valía la pena.

Movió la cabeza y se rio de sí mismo. Ridículo. Esas eran ideas que pertenecían a corazones mucho más jóvenes y mucho menos amargados que el suyo. Lo sabía. Aun así, no perdían su poder.

Oyó un leve susurro a su espalda, provocado por una tela movida por el viento.

—Bien —dijo en voz baja—. Me preguntaba cuándo ibais a aparecer.

Un hombre alto con una sencilla capa de viaje gris con capucha apareció al lado de Marcus y también apoyó los codos en las piedras que formaban el pretil del puente y contempló el río que fluía por debajo.

—¿Y bien?

—Ha dado la talla —respondió Marcus en voz baja.

Gaius lo miró de reojo.

—¿De verdad?

—Siempre os lo he dicho, Gaius. Un buen disfraz no consiste en parecer diferente. Se trata de ser otra persona. —Movió la cabeza—. El artificio del agua es el principio, pero no es suficiente.

—Es posible —reconoció el Primer Señor y contempló el río durante un rato—. ¿Y bien?

Marcus soltó pesadamente el aire.

—Cuervos sangrientos, Sextus. Cuando lo vi de uniforme, impartiendo órdenes en la muralla, durante un momento creí que me había vuelto senil. Podría haber sido Septimus. La misma mirada, el mismo estilo de mando, la misma...

—¿Valentía? —sugirió el Primer Señor.

—Integridad —concluyó Marcus—. El valor solo es una parte de ello. Y la manera como ha jugado sus cartas... cuervos. Es más inteligente de lo que era Septimus. Tiene más voluntad y muchos más recursos. —Miró de reojo al Primer Señor—. Me lo podríais haber dicho.

—No. Lo tenías que ver por ti mismo. Siempre lo haces así.

Marcus dejó escapar una carcajada seca y corta.

—Supongo que tenéis razón. —Se giró para mirar a Gaius de frente—. ¿Por qué no lo habéis reconocido?

—Conoces la razón —respondió Gaius con voz baja y dolorida—. Sin artificio de las furias, sería lo mismo que si me cortase el cuello, convirtiéndolo en el objetivo de hombres y mujeres contra los que posiblemente no se podría defender.

Marcus lo evaluó durante un momento.

—Sextus. No seáis idiota.

Se produjo un silencio breve y sorprendido.

—¿Perdón? —reaccionó el Primer Señor.

—No seáis idiota —repitió Marcus recalcando las palabras—. Ese joven acaba de manipular a sus enemigos para que salgan huyendo y ha destrozado a un ritualista con cincuenta mil seguidores fanáticos. No solo lo ha derrotado, Sextus. Lo ha destruido. Él en persona. Ha luchado hombro con hombro con los legionares, ha sobrevivido a la hechicería canim que ha matado al noventa por ciento de los oficiales de esta legión, dos veces, y ha empleado el artificio de las furias de sus caballeros con unos efectos devastadores. —Marcus se volvió y movió las manos hacia el campamento de la legión que había en el lado sur del puente—. Se ha ganado el respeto de los hombres, y sabéis lo raro que es eso. Si ahora mismo le dice a esta legión que se ponga en pie y en marcha para acabar con los canim, lo harán. Le seguirán sin dudar.

Gaius se quedó en silencio durante un buen rato.

—No se trata del artificio de las furias, Gaius —prosiguió en voz baja—. Ese nunca ha sido el tema. Se trata del valor personal y de la voluntad. Él los tiene. Se trata de la capacidad de liderar. Él la posee. Se trata de inspirar lealtad. Él la inspira.

—Lealtad —repitió Gaius, con una ligera ironía en la palabra—. ¿Incluso en ti?

—Me ha salvado la vida —respondió Marcus—. No tenía ninguna necesidad de hacerlo. Casi lo matan por ello. Se preocupa.

—¿Estás diciendo que estás dispuesto a trabajar para él?

Marcus se quedó en silencio durante un momento.

—Estoy diciendo que solo un loco lo descartaría por la simple razón de que no tiene artificio de las furias. Cuervos, acaba de detener una invasión canim, ayudó a forjar una alianza con los marat, y evitó personalmente que os asesinaran durante el Final del Invierno. ¿Qué más malditos exámenes tiene que superar?

Gaius lo asumió en silencio durante un momento.

—Te gusta ser Valiar Marcus —comentó.

Marcus bufó.

—Cuando acabé con él y se retiró de las legiones en la Muralla del Escudo... olvidé lo mucho que me gustaba ser él.

—¿Cuánto tardaste en elaborar la cara?

—Tres semanas, más o menos, muchas horas cada día. Nunca he sido muy hábil con los artificios de agua. —Los dos se quedaron en silencio. Marcus suspiró—. Cuervos, Sextus, si lo hubiera sabido.

Gaius soltó una risita sin demasiado humor.

—Si yo lo hubiera sabido...

—Pero no podemos volver atrás.

—No —reconoció el Primer Señor—. No podemos. —Se volvió hacia Marcus—. Quizá podamos seguir adelante.

Marcus frunció el ceño.

—¿Qué?

—Lo reconociste cuando le pudiste echar una buena mirada. ¿No crees que le ocurrirá lo mismo a cualquiera que sirviese bajo el mando de Septimus? —Gaius movió la cabeza—. Se está convirtiendo en un hombre. No podrá pasar desapercibido durante mucho más tiempo.

—No —asintió Marcus—. ¿Qué queréis que haga?

Gaius lo miró.

—Nada, Marcus.

Valiar Marcus frunció el ceño.

—Ella lo descubrirá muy pronto, tanto si se lo digo como si no.

—Es posible —reconoció Gaius—. Pero también es posible que no. En cualquier caso, no hay ninguna razón para que no te hayas dado cuenta como le ha ocurrido a todos los demás. Y difícilmente se sentirá enfadada de tener un agente como la mano derecha de confianza de Octavio.

Marcus suspiró.

—Es cierto. Y supongo que si me niego, adoptaréis las medidas habituales.

—Sí —asintió el Primer Señor con un ligero remordimiento en la voz—. No lo deseo. Pero sabes cómo se juega la partida.

—Hummm —replicó Marcus, y los dos se quedaron en silencio durante unos diez minutos, antes de que volviera a hablar—. ¿Sabéis lo que es el muchacho?

—¿Qué?

Marcus oyó el ligero asombro en su propia voz cuando habló.

—Esperanza.

—Sí —reconoció Gaius—. Destacable.

Gaius extendió la mano y colocó varias monedas de oro sobre el pretil de piedra al lado de la mano de Marcus. Entonces cogió otra más, un antiguo toro de plata, una moneda desgastada por el tiempo, y la colocó al lado de las demás.

Marcus recogió el oro y se quedó mirando durante un buen rato la moneda de plata, el símbolo de autoridad de un cursor.

—Tú y yo no nos podremos reconciliar nunca.

—No —reconoció Gaius—. Pero quizás Octavio y tú sí podáis.

Marcus se quedó mirando la moneda de plata, el símbolo de la alianza de un cursor con la Corona. Entonces la cogió y se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué edad tenía Septimus cuando empezó a realizar artificios con las furias?

Gaius se encogió de hombros.

—Creo que unos cinco años. Incendió la guardería. ¿Por qué?

—Cinco. —Marcus movió la cabeza—. Mera curiosidad.

El hombre con la capa gris se dio la vuelta para irse.

—No teníais que mostrarme esto —le dijo Marcus a su espalda.

—No —replicó Gaius.

—Muchas gracias, Sextus.

El Primer Señor se giró e inclinó la cabeza ante el otro hombre.

—De nada, Fidelias.

Marcus contempló cómo se alejaba. Entonces sacó la vieja moneda de plata y la levantó para que los fuegos distantes relucieran en su superficie.

—Cinco —musitó.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, alerano? —preguntó Kitai.

—Este otoño hará cinco años —respondió Tavi.

Kitai caminaba al lado de Tavi cuando abandonaba el hospital, el primer edificio que Tavi había ordenado que reconstruyeran los ingenieros de la legión. Un lugar limpio y seco para atender a los heridos y a los enfermos, que era muy necesario teniendo en cuenta el número de los heridos y el cansancio de Foss y sus sanadores, en especial durante las horas finales de la batalla, cuando los sanadores casi no habían podido hacer nada más que estabilizar a los moribundos y en ningún caso devolverlos a la acción.

Tavi había pasado la tarde visitando a los heridos. Siempre que encontraba un momento libre, visitaba a algunos más de sus hombres, preguntándoles sobre su estado y animándoles todo lo que podía. Era agotador ver a un legionare herido detrás de otro, todos ellos heridos mientras obedecían sus órdenes.

Durante las visitas siempre se traía a Kitai... de hecho, iba con ella a todas partes, incluso a las reuniones de estado mayor. La presentó como la embajadora Kitai y no ofreció ninguna explicación sobre su presencia y su actitud sugería que pertenecía a ese lugar y que cualquiera que tuviera preguntas o comentarios lo mejor que podía hacer era guardárselos. Quería que los hombres se acostumbrasen a su presencia y a hablar con ella hasta que se convenciesen de que no era ninguna amenaza. Se trataba de un método adaptado de las lecciones de pastoreo de su tío. Tavi había pensado con cierta diversión que era lo mismo que entrenar a las ovejas para que aceptasen la

presencia de un pastor o un perro nuevos.

Ella había abandonado su vestimenta de mendiga por una de las túnicas de uniforme de Tavi, pantalones de montar de cuero y botas altas de jinete. Se había rapado el cabello largo al estilo de la legión, y lo que quedaba era de su color natural blanco plateado.

Kitai asintió mientras andaban

—Cinco años —repitió—. Durante ese tiempo, ¿alguna vez he intentado engañarte?

Tavi puso un dedo sobre la fina cicatriz blanca que le recorría una mejilla.

—La noche en que te conocí me hiciste esto con uno de esos cuchillos de piedra. Y creía que eras un chico.

—Eres lento y tonto. Los dos lo sabemos. Pero ¿alguna vez te he engañado?

—No —respondió—. Nunca.

Ella asintió.

—Entonces tengo una idea que le deberías presentar al Primer Señor.

—¿Oh?

Kitai volvió a asentir.

—Nos vamos a enfrentar a Nasaug y a su pueblo durante un tiempo, ¿cierto?

Tavi asintió.

—Hasta que el Primer Señor pueda aplastar a las fuerzas de Kalarus, nos tendremos que quedar para contenerlos y hostigarlos con la esperanza de que el mayor número posible quede confinado en esta zona y no puedan ayudar a Kalarus; pero evitando otra batalla campal.

—Entonces vas a necesitar muchos exploradores. Fuerzas para acciones en grupos reducidos.

Tavi sonrió y asintió.

—Sí, y no va a ser nada divertido.

—¿Por qué no?

—A causa de su rapidez —respondió Tavi—. Resulta demasiado fácil ver o seguir a los exploradores y después acabar con ellos, en especial durante la noche. Pero no hay caballos suficientes para que puedan ir montados. Si no puedo encontrarle una solución al problema, vamos a perder un montón de buena gente.

Kitai ladeó la cabeza.

—Entonces, ¿seguirás siendo el capitán?

—Por ahora —contestó Tavi—. Foss dice que Cyril va a perder la pierna izquierda. La Corona no permite que haya ningún oficial en las legiones que no pueda marchar y luchar al lado de sus hombres. Pero estoy casi seguro de que seguirá vinculado a la legión como delegado de la Corona o lo nombrarán cónsul Estratégica de la región.

Kitai arqueó una ceja.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que me dará órdenes y consejos sobre cómo y dónde moverme. Pero yo tomaré las decisiones al entrar en combate.

—Ah —asintió Kitai—. Un maestro de guerra y un maestro de campamento, los llama mi pueblo. Uno toma decisiones fuera de la batalla. El otro dentro de ella.

—Más o menos —reconoció Tavi.

Kitai frunció el ceño.

—Pero ¿tú no estás sometido a la misma ley? Tú no puedes marchar con tus hombres. No puedes usar el artificio de las furias de las calzadas de tu pueblo.

—Es cierto —respondió Tavi con una sonrisa—. Pero ellos no lo saben.

Las cejas de Kitai salieron disparadas hacia arriba por la sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Tavi.

—Tú... tú no estás... —frunció el ceño— amargado. Triste. Siempre lo estás cuando hablas de tu falta de hechicería. Eso te causa dolor.

—Lo sé —reconoció Tavi y se sintió un poco sorprendido de escuchar como lo decía con tranquilidad, sin el deje habitual de frustración y tristeza a causa de la injusticia de la situación—. Supongo que ahora ya no es importante para mí. Ahora sé lo que puedo hacer, incluso sin artificio de las furias. Durante toda mi vida he estado esperando que ocurriera. Pero si no va a ocurrir nunca, así sea. No me puedo quedar sentado conteniendo el aliento. Ha llegado el momento de dejarlo de lado, de seguir viviendo.

Kitai lo miró fijamente antes de ponerse de puntillas y besarlo en la mejilla.

Tavi sonrió.

—¿Y eso a qué ha venido?

—Por forjar tu propia sabiduría —respondió Kitai y sonrió—. Es posible que aún haya esperanza para ti, *chala*.

Tavi bufó mientras se acercaban al segundo edificio de piedra que habían construido los ingenieros: un centro de mando. Lo habían construido con las piedras más pesadas que habían podido sacar de la tierra y habían hundido la mayor parte del edificio a tanta profundidad en la tierra que las salas más profundas, entre ellas su sala de mando, se encontraban en realidad por debajo del nivel del río. Tavi no había querido que el edificio fuera prioritario, pero Magnus y el resto de los oficiales habían ignorado en silencio su autoridad y lo habían construido de todas formas. Los ingenieros le habían asegurado que los canim iban a necesitar más de uno de sus rayos letales para destruir el edificio.

Tavi tenía que admitir que había resultado de gran ayuda tener a su alrededor un lugar sólido para organizar la legión. El resto de la legión había dispuesto las tiendas alrededor del edificio de mando y el hospital, siguiendo el orden habitual, y aunque

se echaba mucho en falta a los heridos y a los caídos, una sensación de normalidad y de continuidad había regresado a la Primera Alerana. Tavi resolvía los problemas a medida que iban surgiendo, aunque la mayor parte de los días se sentía como una especie de loco que apagaba al azar incendios con una manta antes de salir corriendo hacia el siguiente punto humeante.

Si hubiera sabido que iban a construir en el edificio de mando un apartamento completo con baño privado, les habría dicho que no lo hicieran. Pero tan solo lo habían llevado allí al final de la visita de inspección. Tenía una sala de estar pequeña, un cuarto de baño y un dormitorio, que habría sido de unas dimensiones bastante modestas en cualquier otro sitio que no fuera un campamento de la legión. Con sus dimensiones, habría podido levantar en su interior una tienda reglamentaria sin ningún problema, y la cama era lo suficientemente ancha como para estirarse sin inconvenientes, a diferencia del camastro plegable y el atillo de dormir que eran reglamentarios en la legión.

Los guardias estaban de servicio a la entrada del edificio de mando y saludaron a Tavi cuando llegó a él con Kitai a su lado. Les devolvió el saludo con un gesto. Los dos eran Cuervos de Batalla.

—Milias, Jonus. Descansen.

La joven cohorte había asumido con una determinación silenciosa el deber de proteger el edificio del capitán y los hombres de guardia siempre tenían mucho cuidado de que el uniforme estuviera immaculado y que el símbolo del cuervo, que la cohorte había adoptado como propio, estuviera bien visible en el peto y, de manera mucho más estilizada, en el yelmo y el escudo. El estandarte quemado se había duplicado muchas veces, siempre con el cuervo negro en lugar del águila de la Corona y uno de esos estandartes colgaba sobre la puerta del edificio de mando.

Tavi entró y se dirigió a la zona posterior de la primera planta: su apartamento. Estaba amueblado con sencillez y buen gusto, con muebles sólidos y funcionales. A primera hora del día había dejado numerosos objetos en él, pero sería la primera vez que pasase la noche.

—¿Cuál es la idea?

—Me parece que tienes un problema —respondió Kitai—. Tus exploradores no son lo suficientemente rápidos como para escapar del enemigo si los descubren. Ni pueden ver en la oscuridad, cosa que el enemigo sí puede hacer.

—Eso acabo de decir.

—Entonces, lo que necesitas son exploradores rápidos que puedan ver en la oscuridad.

Tavi se quitó la capa y la dejó sobre una silla.

—Sería estupendo, sí.

Kitai prosiguió.

—Resulta que la hermana de mi madre es la persona indicada. De hecho, creo que conoce a algunas más que comparten esas cualidades.

Las cejas de Tavi salieron disparadas hacia arriba. La tía de Kitai era Hashat, jefa del clan marat de los caballos, y posiblemente la segunda más influyente de los jefes del clan marat.

—¿Traer una fuerza marat hasta aquí? —preguntó.

—Las pruebas sugieren que pueden sobrevivir —respondió Kitai con tono seco. Tavi bufó.

—Creía que Doroga necesitaba a Hashat para controlar las cosas en casa.

—Es posible —reconoció Kitai—. Pero no vas a necesitar a todo el clan. Una manada o dos de jinetes serán suficientes para tus necesidades. Si es necesario se puede prescindir de esa fuerza con el objetivo de asegurar la estabilidad de tu Reino de locos. El orden de Alera es tan importante para los marat como nuestra estabilidad para vosotros.

—Eso es cierto.

—Y la colaboración entre tu pueblo y el mío, aunque solo sea a pequeña escala, puede ser un paso importante para fortalecer nuestra amistad.

—Lo podría ser —asintió Tavi—. Deja que piense en ello y se lo tendré que preguntar al Primer Señor.

—Y salvará vidas que en caso contrario te verás obligado a sacrificar.

«Lo haría», pensó Tavi. Pero en ese momento se le ocurrió una idea, arqueó una ceja y ladeó la cabeza hacia Kitai con una sonrisa.

—Solo lo dices para poder montar a caballo con mucha más frecuencia.

Kitai le dedicó una mirada altiva.

—Quería un caballo. Pero te obtuve a ti, alerano. Tengo que sacar todo lo que pueda.

Tavi se acercó a ella, la empujó contra la pared con cierta cantidad de fuerza bruta, la atrapó con el cuerpo y la besó. La respiración de la chica marat se aceleró y se fundió en el beso, levantando las manos para tocar y moviendo el cuerpo con una tensión lenta y sinuosa contra el de Tavi.

Tavi dejó escapar un gruñido grave cuando el beso provocó que ardiese de deseo por ella. Levantó el dobladillo de la túnica y deslizó las manos sobre la piel suave y enfebrecida de su cintura y la parte baja de la espalda.

—¿Podríamos probar el baño?

Ella rompió el beso el tiempo suficiente para decir:

—Aquí. Ahora. Baño luego.

Entonces agarró con las dos manos la túnica de Tavi con unos ojos verdes rasgados intensos y ansiosos, y empezó a empujarlo hacia el dormitorio.

Tavi se detuvo en el quicio de la puerta y dejó escapar un gruñido.

—Espera.

La mirada en los ojos de Kitai le hizo pensar en una leona hambrienta a punto de saltar, y sus caderas se movieron contra las suyas, pero se detuvo y esperó.

—La lámpara de furia —suspiró Tavi—. Mientras esté encendida, el centinela sabrá que estoy disponible y puedo recibir visitas.

Los ojos de Kitai se entornaron.

—¿Y?

—Y no puedo hacer nada para evitarlo. Tendré que buscar a Max o a alguien.

—¿Por qué?

—Porque no le puedo decir a la luz que se apague.

La oscuridad cayó sobre la habitación.

Tavi cayó al suelo de culo a causa de la sorpresa.

Se quedó sentado sintiendo una sensación extraña y trémula en el vientre y sentía en la cabeza como si algo con muchas patitas le estuviera corriendo por encima. Se dio cuenta de que tenía el vello de punta.

—¿Alerano? —susurró Kitai en tono bajo e incluso sobrecogido.

—Yo... —respondió Tavi—. Solo he dicho... que quería que se apagase. Y...

Las enormes implicaciones de aquel hecho lo golpearon con súbita dureza. Se dio cuenta de que estaba jadeando, incapaz de respirar a pleno pulmón.

Le había dicho a la lámpara de furia que se apagase.

Y lo había hecho.

Había conseguido que se apagase.

La había apagado con un artificio.

Había realizado un artificio de las furias.

—Luz —consiguió susurrar un momento después—. Necesito que se encienda.

Y lo hizo.

Tavi miró a Kitai con los ojos muy abiertos y ella le devolvió la misma mirada de incredulidad.

—Kitai. Lo he hecho. ¡Yo!

Ella solo lo podía mirar.

—¡Luz, apagada! —exclamó Tavi y se apagó. Inmediatamente ordenó—. ¡Luz, encendida! —Y se encendió—. ¡Cuervos sangrientos! —maldijo con una carcajada burbujeando en la voz—. ¡Apagar! ¡Encender! ¡Apagar! ¡Encender! ¡Apagar! ¿Lo has visto, Kitai?

—Sí, alerano —respondió con el tono de alguien que se sentía de repente profundamente ofendido—. Lo he visto.

Tavi volvió a reír y golpeó el suelo de piedra con los talones.

—¡Encender!

La luz se encendió y descubrió a Kitai de pie delante de él con las manos en las

caderas y el ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó Tavi.

—Todo este tiempo —contestó Kitai—, lloriqueando. Triste. Seguro que ha sido terrible. ¿Para esto?

—Bueno. Sí. ¡Apagar!

Kitai suspiró.

—Típico.

Se oyó el susurro de la ropa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tavi—. ¡Encender!

Cuando la lámpara cobró vida, ella seguía de pie delante de él, desnuda y hermosa, y Tavi casi explotó de deseo cuando una oleada de lujuria, alegría, amor y triunfo lo atravesó.

—Lo que quiero decir, alerano —respondió en voz baja—, es que durante todo este tiempo has estado actuando como si se tratara de una tarea monumental. Cuando es tan sencillo. —Volvió la cabeza lo suficiente como para mirar la lámpara de furia y ordenó con firmeza—: ¡Apagar!

La lámpara se apagó.

Y antes de que Tavi pudiera pensar en la enorme sorpresa que se había llevado, Kitai lo aplastó contra el suelo y le tapó la boca con un beso.

Tavi decidió que la maldita lámpara podía esperar.

Había cosas mucho más importantes.



JIM BUTCHER es un escritor estadounidense, nació en Missouri en 1971. Creció con sus padres y dos hermanas, siendo el único hijo varón. Actualmente vive con su mujer, Shannon K. Butcher (escritora romántica), con su hijo y con su perro guardián F.D.M. Butcher en Independence.

Sus géneros literarios se circunscriben a la fantasía lo que le ha proporcionado ser uno de los superventas más clásicos en las listas del *New York Times*. Se le conoce por ser el autor de la serie sobre *Harry Dresden* aunque también ha escrito la serie de *Codex Alera*.